



B<sup>o</sup> 5. — . 300.





BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

---

# ORLANDO FURIOSO

por

**ARIOSTO.**

---

**Adornada con 45 grabados.**



**ARIOSTO.**

**MADRID**

**GASPAR Y ROIG, EDITORES**

calle del Príncipe, núm. 4.

---

**1851**



## ORLANDO FURIOSO

PIRE

ARIOSTO.

### VIDA DEL ARIOSTO.

La vida del Taso es todo un drama cuyas últimas palabras no han podido hallarse aun; la del Petrarca es una extensa elegía realizada en ciertas partes por rasgos sublimes de grandezas; la fisonomía del Dante conserva aun ciertas huellas del colorido sombrío de la DIVINA COMEDIA; pero se equivocaría completamente el que por analogía procurara hallar en el ORLANDO FURIOSO un reflejo siquiera del Ariosto. Esto, aunque murió once años antes de que naciera el Taso, tiene en su carácter una especie de tendencia más moderna. Menos caballeresco que el Taso, no tan parecido á los trovadores como el Petrarca, y mezclándose en los asuntos mundanos de distinto modo que el Dante, sólo en la inspiración se asemeja á estos tres poetas eminentes. No ha traspasado las proporciones comunes; los sufrimientos suyos nada tienen de heroicos, y sus amores nada tienen de novelescos sino el misterio con que cuidó de rodearlos. El Ariosto nunca estuvo en el infierno, no amó á princesa alguna, ni se durmió arrullado por el dulce marmullo de la fuente de Vaucluse; nada, en fin, hay poético en su vida más que sus versos. En él, el hombre y el poeta aparecen perfectamente delineados con entera distinción del uno al otro. Su imaginación siguió distinta senda que sus pasos; merced á aquella vivió en la región de los ocultos, donde los hadas le refirieron sus cuentos más bellos; pero bajó con frecuencia de aquel mundo ideal para tomar en el mundo positivo su parte de las miserias de su época y de los disgustos reservados á su sublimó genio. La vida ideal del Ariosto está toda entera en su ORLANDO, la positiva está en sus canciones, sobre todo en sus sátiras, confesiones candidas y sin vel, de una alma arrogante aunque se conservó recto en un siglo corrompido.

Ludovico Ariosto nació el 8 de setiembre de 1474, en Reggio, en la época en que era gobernador de esta ciudad el autor del ORLANDO ENAMORADO, obra que el Ariosto debía hacer olvidar después continuándola.

Su familia era pobre, pero noble, y sus padres habían disfrutado la privanza de Hércules de Este, duque de Ferrara.

Luis era el mayor de diez hermanos que, habiendo quedado huérfanos en tierna edad, hallaron más tarde en él un padre lleno de solicitud y abnegación.

Revelóse desde la infancia su instinto poético, pero nada anunciaba todavía al audaz narrador. El futuro cantor de Jocunda hacía su ensayo en los trágicos amores de Pirramo y Thisbo; compuso sobre este argumento una tragedia que representaba con sus hermanos y hermanas. Era esta indudablemente una reminiscencia de sus lecturas de Ovidio.

Solicitó su padre por cultivar su buena disposición, le envió á la universidad de Ferrara, donde sorprendió á sus maestros y á sus émulos con su común talento. Cuando llegó á la edad de diez y seis años, resolvieron hacerlo jurisconsulto, mas no nos apresuremos por esto á clasificar al padre del Ariosto entre esas inteligencias limitadas que nunca dejan de luchar, en obsequio de una preocupación vulgar, contra la vocación de los genios superiores. Mas bien se debe creer que por una especie de adivinación paternal, iluminado tal vez por su propia experiencia, quiso el padre del Ariosto evitar á su hijo los disgustos de una servidumbre brillante; y mas de una vez sin duda en su codiciada esclavitud de Ferrara, se preguntaría el Ariosto si había hecho bien en desentenderse de la sábia prevision de su padre.

Sea como quiera; tenía muy poca afición al estudio de las leyes. Escuchemos lo que él mismo decía:

«¡ Ah! cuando la edad abrió mi corazón al encanto de los versos, cuando apenas florecía en mis mejillas el primer vello de la juventud ;

«Mi padre me perseguía encarnizadamente para hacerme hojarastos y glosas, y me tuvo cinco años sepultado entre estas insulseces.

«Mas cuando vió el poco fruto que yo reportaba de mis estudios y que gastaba en ellos mi tiempo inútilmente, después de haber luchado largo tiempo, me restituyó mi libertad.»

Tenia entonces el Ariosto veinte años. El primer uso que hizo de esa libertad que tan caramente comprara fue colocarse bajo la docta disciplina de Gregorio de Spoleto. Bajo los auspicios de ese hábil maestro, leyó Torcato, Horacio, Ovidio y particularmente á Plauto, por lo cual se ve claramente que, entregado de nuevo á sí mismo, empezaba á seguir su inclinación natural. Bosquejaba ya desde entonces sus dos preciosas comedias *Y SIPPPOSITI* y *LA CASSARIA*.

Sin embargo quedose pronto sin las lecciones de Gregorio. La inmensa fama de este hombre sábio hizo que se fijara en él la atención de Isabel, duquesa de Milan, quien lo llamó para colocarle al lado de su hijo, y cuando el joven príncipe fue despojado de sus estados, consintió Gregorio al seguirle á Francia, donde murieron ambos. El corazón del Ariosto sintió profundamente esta pérdida.

Continuó todavia algun tiempo sus estudios, pero un acontecimiento lamentable le arrancó de nuevo á sus solitarios ensueños; murió su padre, y como él mismo lo dice con un lenguaje evangélico de una melancolía exquisita, debió sustituir las obras de Marta á los pensamientos de María. El que antes soñaba, despertó padre de familia. Parece que se consagró con valor á sus nuevos deberes, y habia do ello en términos que lo hacen sor querido, y que revelan en él cualidades excelentes. Volviese, empero, poco á poco á sus libros, mas no ya con el mismo ardor, y no encontraba en ellos tanto encanto: «Aquel cuya dulce compañía alimentaba en mí el amor al estudio, y que por medio de una dulce emulación me empujaba hacia adelante,

«Mi padre, mi amigo, mi hermano, ó mejor dicho, mi alma, mi alma toda entera, sin quitársela los mas instantes.

«Puedo morir poco después. ¡Ah! ¡traza de Ariosto, qué rudo golpe fue para ti el que to despojo de esta rama, quizás la mas hermosa de todas!»

Esa alma del Ariosto estaba abierta naturalmente á todas las emociones mas tiernas y delicadas. El estudio por sí solo no podía llenarla, pero al menos buscaba en él nuevos consuelos, y renacían insensiblemente los ensueños. En los escasos momentos que le dejaba libres una tutela difícil y embarazosa, escribía en latin algunas poesías poco notables, y en italiano sonetos, madrigals y estrofas que empezaban á formar su reputación.

Estos primeros ensayos lo conciliaron la protección y favor del cardinal Hipólito de Este, hijo de Hércules, y lo agregó á su casa en calidad de gentil-hombre.

Es difícil formar una idea exacta de lo que eran en el siglo xvi aquellas cortes pequeñas de Italia, que representan un papel muy insignificante en la historia, pero que ocupan un lugar muy distinguido en la poesía. Bajo la ilusión encantadora de los poemas y el brillo de los cuadros, desaparece por entero la realidad. Los parajes han conservado su belleza, y á despecho de los testimonios mas auténticos, la imaginación no quiere volver á colocar en aquellos jardines deliciosos, en el borde de aquellas fuentes de mármol, ante aquellas pinturas al fresco tan grandiosas, entre aquellas estatuas animadas, sino una sociedad caballeresca, pueblo ideal que solo reconoció por sus legítimos soberanos á un Bocaccio, un Ariosto y un Taso. ¡Ah! preciso es confesarlo, nada se asemeja menos á la realidad que aquellas imágenes brillantes. La verdad ha de buscarse en la prision del

Taso. El Ariosto se habia doblegado antes que aquel bajo el peso de los peligrosos favores de la casa de Este, que en el fondo no eran sino una esclavitud llena de miserias y dolores.

Hé aquí, por ejemplo, de lo que vivia el Ariosto: tenia una tercera parte de beneficio en las actas que extendia manse Constabili, notario de la cancelleria del obispado de Milan.

En cuanto á las funciones que desempeñaba, siondo alternativamente secretario, negociador y aun soldado, no le era licito convertirse esa poeta sino en sus horas perdidas. Como nuestro inmortal Cervantes manejó las armas, pero en una ocasion bastante oscura: el cantor de Orlando y de Carlomagno habia morecido, sin embargo, tener tambien su batalla de Lepanto.

No entraremos en el minucioso rolato de los acontecimientos tan variados de aquella época, y solo nos contentaremos con buscar en ellos las huellas del Ariosto.

En 1542, habiendo ido á Roma el duque de Ferrara, Alfonso de Este, á disculparse con Julio II de haber empuñado las armas contra él, fue retenido en close de prisionero por aquel papa; pero hallando medio de evadirse, se aprovechó de él, y regresó á sus estados. De vuelta ya en Ferrara, tuvo miedo: Julio II era un papa terrible, y fue preciso apaciguarle. No viendo el duque entre sus cortesanos persona alguna á quien pudiera encomendar tan espioso encargo, eligió al Ariosto en la casa de su hermano. Un poeta es cosa de poco precio y que puede esponsarse sin escrúpulo; ademas contaba el magnate con la imaginación tan fértil del Ariosto. Hubiérase escusado muy gustoso este de que lo dispusieran al honor; hacia algunos años ya que solo vivia en un mundo de paladines: escribía su Orlando Furioso.

El poema del Boyardo habia hecho renacer el gusto caballeresco en todas las imaginaciones Italianas. El Ariosto, aficionadísimo muy pronto á aquellas relaciones maravillosas, en fuerza de vivir con aquellos héroes de la fábula moderna, se lanzó á la palestra, y cual otro encantador, les suscitó nuevas aventuras. La misión que Alfonso le comisionó, le sorprendió en el mejor parrafo de su obra, y experimentó por sí mismo la contradicción que tanto se complace en hacer sentir á sus lectores. Fuele preciso abandonar á Rugiero y Bradamante para comparecer ante un soberano irritado que nada tenia desgraciadamente de la mansedumbre de Carlomagno. Se puso pues en camino, y entró en Roma, torturando su ingenio para saber cómo entablaría la negociacion con el papa. Dijéronle que Julio estaba á la sazón en nan de sus casas de campo: se apresuró á ir á ella, pero fue mal acogido, y solo tuvo el tiempo preciso para librarse por medio de la fuga de los efectos nada apostólicos de la catedral del pontífice, que habia da de arrojarle al mar como de la cosa mas sencilla. El Ariosto sabia perfectamente que sus héroes, en semejante caso, hallaban siempre una roca hospitalaria para secarse al sol; pero como no ora cosa esta que se encontrara tan fácilmente en el mar Tirseriano, se consoló muy feliz con haber podido escaparse, y regresó á Ferrara, algo confuso y avergonzado por el éxito de su primer ensayo diplomático.

En el año siguiente murió Julio II, sucediéndole Leon X. El cardinal dos Medicis habia sido amigo del Ariosto, quien habia contribuido mucho á dulcificar los rigores de su destierro. Volvió pues el poeta á Roma, pero esta vez fue con una alegría que no procuró siquiera disimular. El papa lo recibió amistosamente, prometió mucho, y le permitió que le abrazara, pero nada mas hizo.

«Salí de Roma con el corazón y los bolsillos llenos de esperanzas, pero caído por la lluvia y cubierto

de lodo; cabalgué toda la noche para llegar á Montu-  
nedonde cené.»

No obstante, algunas debería llevar el divino Ariosto, en sus bolsillos. Esa de creer que fueran entonces cuando se le ocurrió aquella peregrina idea de la donación de Pepino, tan graciosamente hallada por Astolfo en la lana, con todas las demás cosas que se estravin en esto mundo.

Seamos justos, sin embargo: Leon X, dió á su antiguo amigo una bula para la impresion de su poema. El carácter de fiscalización que reina en esta bula la hace ser digna de aquel vendedor de indulgencias. Escamula á cualquiera que osase imprimir, hacer imprimir ó vender sin licencia del autor, el poema de ORLANDO FURIOSO, y condena además al contraventor á cien escudos de multa, de los cuales habia de ser la mitad para la Santa Sede. La bula misma no fue expedida gratuitamente, puesto que el Ariosto tuvo que satisfacer una parte de los derechos de cancelleria. Pero quizas aquel dinero sirviera para pagar una de las columnas de San Pedro en Roma: ¡descanse en paz la fria ceniza de Leon X!

Apresurémonos tambien á decirlo, porque este es uno de los rasgos distintivos del carácter del Ariosto: no se dejó arrastrar por ningún arrebatado de mal humor contra su antiguo amigo. Con su admirable buen juicio perfeccionado por ese conocimiento del corazón humano que resplandece hasta en sus rasgos mas singulares, iluminado, sobre todo, por esa rara moderación que añade tanto brillo á las luces naturales del ingenio, comprendió desde el primer momento que Leon X, debía dar cuenta al papa de las promesas del cardenal, y se tradujo á sí mismo su propio pensamiento en uno de esos preciosos apólogos que entremezcló en sus sátiras.

«Hubo una época en que la tierra fue asolada por tan terrible sequía, que parecia que al sol habia confiado de unero á Tueton las riendas de sus corceles.

«Los pozos, los manantiales, los arroyos y los estanques estaban secos, y para pasar los rios mas famosos no eran necesarios puentes.

«Entre los que padecian esta calamidad habia un pastor; ¡diré que estaba rico ó que tenia numerosos ganados?

«El cual despues de haber buscado inútilmente agua en todos los huecos de los alrededores, se volvió hacia el Señor que nunca abandona á los que confían en él.

«Una inspiracion repentina le advirtió que hallaria muy lejos, en el fondo de cierto valle, aquella agua tan deseada.

«Dirigióse á aquel paraje, seguido de su mujer, de sus hijos y de todo lo que poseia en el mundo, y con sus aperos de labranza halló el agua, sin tener siquiera que profundizar mucho.

«Pero no teniendo sino una vasija pequeña para sacar el agua, dijo: No os incomodéis porque sea yo el primero que beba.

«Mi mujer beberá la segunda; es muy justo que veagan despues mis hijos, y así sucesivamente hasta que todos hayan apagado su sed ardiente.

«En seguida quiero que llegue la vasija á los servidores que me han ayudado á hacer la escavacion, en proporcion al trabajo que cada uno hayo tenido.

«Finalmente se cuidará á las reses, y se hará que beban primero aquellas cuya pérdida fuera mas difícil reponer.

«Arregladas así las cosas, cada uno fue á beber por su turno, y para no ser de los últimos, cada cual exageró sus méritos.

«Una marica, á la que en todo tiempo habia querido mucho su dueño, porque le deleitaban sus gracias, al ver y oír aquello, exclamó: ¡Desgraciada de mí!

«No soy parienta suya, no he trabajado en la esca-

vacion del pozo, y nunca podré hacer por él mas de lo que he hecho hasta aquí.

«Veo que me voy á quedar detras de todos los demás, y me moriré de sed si no me apresuro á buscar para mí uso otro manantial.»

Y el pobre Ariosto se resignaba gustoso á buscar tambien otro manantial.

Su embargo su poema acababa de terminarse: habia empleado en él once años de su vida, once años de un trabajo asiduo, interrumpido tan solo por los viajes que habia tenido que hacer siguiendo al cardenal.

El ORLANDO FURIOSO se publicó en 1516, obteniendo un éxito rápido y asombroso. En aquella época de estenuacion literaria, en que ya no habia sino insipidos imitadores del Petrarca, Ariosto era el pastor de su apólogo, descubriendo, por una inspiracion de su genio, aquel manantial de agua viva en que cada uno iba á satisfacer su sed. Imagínese lo que debió ser para unas elmas que carecian ya de la sencillez de las primeras creencias, sin tener aun mas que el instinto confuso de las verdades modernas, una composicion que, bajo las formas antiguas, ocultaba tan fina malicia y que sin embargo tenia tanta dulzura en la ironía. La grande popularidad del ORLANDO ENAMORADO venia tambien en auxilio del éxito siempre creciente del ORLANDO FURIOSO. Sus héroes eran todas personas á quienes se conocia y se amaba, y con las cuales se habia vivido; solo que se baltaban en sus miradas mas viveza, mas juventud y audacia en su porte. Eran unos amigos que habian corrido un poco el mundo, y que traian de los paises lejanos esa libertad de imaginacion y de criterio que dan los viajes y la comparacion entre los diferentes pueblos. Lo que los caballeros del Boyardo perdieron en candor, lo habian recompensado en esquisita gracia. Luterio les habia inspirado sin duda horror todavia; pero se puede asegurar que mas de una de sus peregrinaciones habria encontrado al prudente Erasmo. Este es el punto en que se detuvo el Ariosto, y esta reserva que á sí mismo supo imponerse, y que era tan innata en su carácter como en los hábitos de su imaginacion, no es lo que menos encanta en sus graciosas y ligeras narraciones.

El Ariosto tenia cuarenta y dos años cuando publicó esta primera edicion de su poema, y el resto de su vida le consagró á perfeccionarle. Sin embargo, su salud, profundamente alterada por el trabajo, necesitaba que se la cuidara; pero el cardenal lo creyó que habiere hecho bastante aun para obtener su descanso. Este cardenal tenia en Hungria algunos beneficios considerables que parecian exigir su presencia en aquel pais, y en 1518 se resolvió á ir á él. El Ariosto fue invitado á acompañarle; inútilmente procuró que le dispensaran de hacerlo: el cardenal se mantuvo inflexible, y el cantor del ORLANDO FURIOSO tuvo que resignarse á perder el favor de aquel á quien acababa de inmortalizar. En una de sus sátiras ha expuesto prolijamente las razones barto justas que le retenian en Ferrara.

Tenia miedo al frio y temia el calor de los poetas. Se hacia viejo, y pronto se veria obligado á ocultar su calva frente bajo un gorro. ¿Cómo seguir en su viaje el régimen severo que le habian prescrito los médicos? Además, quedábase aun su quinta berrnan por casar, y sus hermanos se baltaban ausentes. «La edad avanzada de nuestra madre, añade el Ariosto, conmueve mi corazón de compasiva ternura, y no podemos abandonar á todos á un tiempo sin cometer una infamia.» Pero motivos de esta especie no eran propios para conmovier el alma fria del cardenal. Por eso el poeta, recordando tristemente los elogios que habia prodigado á la causa de Este, exclama poseido de generosa cólera, en la cual se descubre aun mas arrogancia que amargura.

«Rugiero, si de tan poco auxilio me sirves para con tu raza, y si nada me produce haber cantado tu valor é ilustres hazañas,

» ¿Que habrá de bucar aquí, puesto que no sé triunfar una perdiz, ni atar los perros en tralla, ni á los halcones?

«Nunca he hecho tales cosas, ni jumas, tampoco, sobre lucernas, es barto elevada ni estatura para que yo sepa poner ni quitar botas y espuelas.

«El mismo me lo ha dicho; su elogio cantado por mí no merece recompensa; esta es para el que corre la posta.

«La reserva para quien le sigue á su quinto y á su parque, quien le ayuda á vestirse y desnudarse, y quien pone sus botellas en la fuente con el objeto de refrescarlas para la comida de la tarde.

«Para quien vela por la noche hasta la hora en que los bergamascos se levantan para fabricar clavos, para quien con frecuencia se cae de sueño espordándose con la tea en la mano.

«En cuanto á mí, si en mis versos le he ensalzado, dice que ha sido por mi gusto y mero pasatiempo, y que hubiera hecho mejor en permanecer á su lado.»

Quedóse pues el Ariosto en Ferrara, cayendo en desgracia con el cardenal; pero el duque Alfonso, recordando entonces el peligro que corriera el poeta en su tiempo por servirle, le tomó en el número de sus gentiles-hombres. En su nueva condicion empezó el Ariosto á respirar.

«Me agrada el servicio del duque particularmente porque rara vez se aparta del nido en que nació.

«Por eso estorba poco mis estudios, y no me estranea de donde no puedo alejarme por entero, porque mi corazón permanece siempre allí.

«Pero yo le veo sonreír desde aquí, y decirle que, si tan poca afición tengo á los viajes, no son la causa ni la patria ni el estudio, sino una mujer.

«Lo confieso ingenuamente, y ahora silencio, porque para defender una mentira, nunca se me verá empuñar la espada ni el broquel.

«Sea cual fuere la razón que me induce á permanecer aquí, no puedo muy gustoso; y que usted se tome más interés que yo por mis propios asuntos.»

«¿Cuánto encierran estos pocos versos! En primer lugar, muéstrase en ellos sin rebozo la afición del Ariosto á apoltronarse en casa; aunque describió muchos países, y con una exactitud que muchas veces sorprendió á los geógrafos, no es de esos poetas que se ven precisados á scalar su imaginación con el espectáculo de la realidad, y que solo recordando saben inventar. Bastábale los mapas. Quien quisiera ver la Inglaterra, la Hungría, la Francia, la España, podía ir sin él. Había visto la Toscana, la Lombardía, la Romania, los montes que dividen la Italia, los que le sirven de límites y los dos mares que le bann, y esto era bastante para él. Lo demás irá á buscarlo con Ptolomeo, hálese el mundo en paz ó guerra. Por eso el Ariosto, al cual, no sabemos con qué fundamento, se ha denominado el Humero de Ferrara, no ha impreso en sus descripciones esos colores tan vivos de la naturaleza bómérica. Al viajar con él brillase uno siempre un poco en el mundo de los encantos. Este humor tranquilo va generalmente acompañado con el gusto al estudio, y el Ariosto vivía mucho con los libros. Aunque su obra no proceda directamente de las grandes literaturas antiguas, se ve, no obstante, en ella el soplo vivificador del genio de la antigüedad, y aunque precisamente no se halle le imitaci6n, no obstante, existe. Pero lo que particularmente retarda al poeta en Ferrara, y más quizás de lo que convenia, era el amor, el cual ha representado un papel muy importante en su vida. En efecto, ¿cómo hubiera podido si no aprender á describirle tan profundamente, y con la inagotable variedad de sus emociones? En el principio de sus cantos se

encuentran algunas reflexiones que en sapiencia suelen ser muy generales; pero no sorprende hallarlas, porque pertenecen tan exactamente al alma del poeta, que dejau de ser vulgaridades. Hay ciertas aspiraciones penetrantes de la pasión que, para escaparse de los lábios de Bradamante ó de Orlando, tuvieron que travasar el alma del Ariosto. Se sabe además que este tuvo dos hijos, pero ¿quién fue su madre? ¿A quién se dirigian secretamente aquellos cantos escritos para servir de diversion á la corte de Ferrara? El amorcillo que está encima de la escribanía preciosamente conservada del Ariosto, y que tiene un dedo apoyado en su boca, ha guardado fielmente el secreto de su dueño, mas no han sido tan discretos los biógrafos.

Beliecase que el Ariosto halló un día, en Florencia, en la casa de Niccolò Vespucci, á una viuda jóven, parienta de su huésped y que pertenecía á una familia noble. Se amaron, y de aquí resultó uno de esos equívocos que, siendo casi tan insolubles como el matrimonio, permiten no obstante al que los contraspirar á las dignidades eclesiásticas. Lo único que diremos de la dama del Ariosto, es que era rubia, y según la bella descripción que hizo de ella en una de sus canciones, no les costó sin duda mucho trabajo á sus contemporáneos conocerla. Esta misma canción indica además con exactitud la fecha de aquel enlace, que fue el día de San Juan de 1513. Petrarca lo indica mejor, puesto que además del día decía la hora. Nada prueba que desde aquella época fuera el Ariosto menos fiel y constante que Petrarca.

«Siempre ha sido mi opinion, y he dicho con frecuencia, que el hombre no podría ser perfectamente bueno sin tener una mujer á su lado. «Al leer tan bella frase, no queda duda alguna de que el Ariosto consideraba como sagrado el lazo que le unia á su amada, y el comentario admirable que acompaña á estas palabras rubustece mas aun esta convicción. La sátira que escribió sobre el matrimonio es una obra de un sábio y de un amante á la vez.

En 1520 se decidió á volver á Roma. Proposáase dos fines al hacer este viaje: el primero, hacer regurar por el papa su derecho á las actas de Coastabili; el segundo, escamotear (palabra testual suya), cierto beneficio de Santa Agita, del cual deseaba deslucirse en favor suyo un tío anciano. Ariosto solo queria aventajar su celeridad á otro competidor que amenazaba al buen suocio con envenenarle si no le concedía la preferencia. En cuanto á nuestro poeta no pensaba conservar el beneficio sino entregarlo en manos pures.

«Para mí, dice, no quiero esculla ni sibe, ni ton-surra en mi cabeza.

«Ni tampoco estola ni anillo que me sujeten y me priven de la facultad de elegir tal ó cual cosa...»

Habia dicho antes: «El rubic6n no puede vivir en jaula; el jilguero le habita mas gustoso, y el pardillo muere aun; pero la golondrina se muere de rabia en ella en un día.»

Mas el Ariosto, poco nómada por naturaleza, no tenia mas punto de contacto con la golondrina que su amor al calor y al sol. Lo que pedía á sus amigos de Ro na cuando se decidió á retirarse con ellos, no era que le buscasen una habitación cómoda, una mesa opípara; se contentaba con poco, y debieri haber nacido en la época en que los hombres se alimentaban con bellotas. Un cuartito, un chiribitil es lo único que necesita, con tal que tenga algunas luces; después un colch6n de lana ó de sogados; en el cual pueda disfrutar de un buen sueño; para su alimento un trozo de carne de buey ó de certero, y un cántaro de agua del Tiber; finalmente, algunos libros para ayudarle á sobrelevar con paciencia las satesales de los pedrúas.

Esta parte de beneficios que tenía en las aciscs de Constablil le producía unos veinte y cinco escudos cada trimestre, y esta era la renta mas positiva que tenía. Alfonso había añadido una especie de derecho sobre las gabelas ó impuestos sobre la sal; pero empujéronse las épocas, y los impuestos se pagaron mal. A su vez cesó tambien de pagar el notario de Milan; sin embargo era preciso vivir, y el Ariosto se vió precisado á rogar al duque que se le permitiera buscar fortunas en otra parte.

El magnate tuvo buen cuidado de no acceder; amaba sinceramente á nuestro poeta y á schemas íbale en ello su gloria, pero hallándose tan pobre como él, no sabía á qué medio recurrir para conservarle á su lado. Hizo entonces como esos deudores que viéndose muy apurados, á falta de dinero apartan á sus acreedores mas necesitados arrojándoles lo que tienen mas á la mano. Vacó un gobierno y se lo dió al Ariosto.

Durante las cnestiones de los duques de Ferrara con la Santa Sede, Julio II se habia apoderado de una pequeña porcion del territorio de aquellos, llamada la Garafagnana. La muerte de Leon X la restituyó á sus primitivos dueños, y este pais fue el que el Ariosto tuvo en cargo de gobernar. Llegó á él el 20 de febrero de 1532. Al aspecto de aquella comarca inculta y salvaje, oprimióse el corazon y los disgustos inseparables de sus funciones no eran más que propósito para reconciliarse con su nuevo cargo. Oigámoslo.

«La novedad del sitio era tan grande á mis ojos, que hice lo que el pájaro al que se muda de jaula y permanece muchos dias sin cantar.

«No mato, hiero ni pincho; no doy disgustos á nadie; solo me quejo de ballarme tan lejos de la que siempre está conmigo.

«¿Qué sitio puede haber mas desfavorable que este para las etuillos sagrados, mas desprovisto de encanto ni mas erizado de horrores!

«Entre el Oriente y el Mediodia se balla el Paria, calvo y desauado; por la otra parte tengo enfrente de mí la montaña que tanta celebridad adquirió por la nombradía de un santo peregrino.

«El paraje en que habito es un agujero profundo y no puedo dar un paso fuera sin tener que trepar por la fragosa y áspera pendiente del Apenino.

«Ya permanezca en mi ciudadito ó salga á tomar el aire, solo oigo susurros y ruidos, quejas, robos, asesinatos, venganzas, odios y raptos de inmundas cólera.

«Tanto que, con semblante alternativamente risueño ó severo, siempre tengo que rogar, amenazar, condenar ó absolver.

«Cada dia tengo que emborronar papel, escribir al duque pidiéndole consejos ó rogándole que venga á auxiliarme para arrojar á los banditos que por todas partes me asedian.

«Ya debes saber en qué snarquía ha caído este pais desde que la pantera y el leon lo tuvieron alternativamente entre sus garras.

«Los asesinos andan por él en partidas tan terribles, que las que se ouisan para apoderarse de ellos no se atreven á desplegar banderas.

«El mas prudente es el que se aparta poco del castillo. Inútilmente escribo á quienes esto conviene; nunca es la respuesta tal cual yo la deseara.

«Cada distrito de la comarca enderza las astas por su parte y hay veinte y tres todos en completa sedición.

«Imagínate ahora si Apolo, cuando le invito á ello, estará de humor de abandonar á Deos y Cintia y venir á estas rocas á no oír sino quarellas.»

Y ya el poeta no cantaba. Su única alegría era enseñar na poco de latin á su querido Virgilio y soñar para aquel hijo amado de su dama un porvenir menos triste que el suyo. Pero habia muchas y largas horas en que sentía apoderarse de su alma una melancolía

profunda al solo recuerdo de la que habia dejado en Ferrara. Esta ciudad se adoraba á sus ojos con todas las gracias que presta á Roma anagente la imaginacion de Ovidio. Velaba al traves de su destierro mas bello que cuando la dejara. Particularmente recordaba con pena aquella quinta de su primo Sismondo Maleguccio, aquella villa deliciosa en que habia bellido tan tiernas inspiraciones, inmediata al Ródano, con aquel estanque apacible rodeado por el jardín, y el límpido arroyo que se deslizaba blandoamente entre la yerba para ir mas lejos á dar vuelta á la rueda de un molino. No podía apartar de su memoria las viñas, el valle, la colina, y aquella torre tan bien situada. ¡Ah! entre todo esto lo que tambien echaba menos el Ariosto era su juventud.

Háblese seguido, empero, su gloria á su gobierno. Un dia que pasaba por una cañada, escoltado por seis ó siete criados á caballo, encontró sentados á la sombra algunos hombres armados y de mal aspecto. Cuando el smo budo pasado, uno de aquellos hombres que parecia masudar á todos los demas preguntó á uno de los criados qué era aquel caballero. Apenas le supo carió á alcanzar al Ariosto, el cual se detuvo un poco sorprendido. Habiéndose aproximado el bandido á él respetuosamente, le rogó que le perdonara el que no habiéndole conocido no se acercara antes á saludarle, pero que sabiendo ya su acmbre, no habia podido resistir al deseo de ver de cerca al que tanto couocia por su reputacion. En cunsato á él, llamábase Felipe Pacchione, y ponía toda su partida á las órdenes de su señoría. ¡Enviense pues poetas á purgar los caminos en un pais en que los ladrones saben leer! Nos agrada demasiado, preciso es confesarlo, esta anecdota, para averiguar si es verosímil en todos sus puntos. En último resultado nada tiene de extraordinario en un pais en que los gondoleros cantan los versos del Taso.

Sin embargo el Ariosto no se consolaba. «Te confieso, escribia, que he perdido aquí el canto, la alegría y la risa.» Piotófilo, secretario del duque, para procurar restituirseles, le dió á entender al fin del segundo año, que por poco que le deseara obtendría fácilmente ser enviado á Roma en calidad de embajador. Pero Roma era una continuation de su destierro y el poeta solo con Ferrara soñaba. No obstante hay motivos para creer que por algunos momentos estuvo tentado á aceptar. Aquellas ruinas grandiosas tenían motivos para atraerle, allí debía hallar los amigos de su juventud, Bembo, Sadelet, Vida, Jove y tantos otros. Pero en Ferrara habia tambien una persona que le esperaba. Concluyó su tercer año, y se volvió á Ferrara, haciendo esta vez firme propósito de no traspasar la línea del castillo de Argenta.

Se han conservado pocos pormenores sobre el resto de su vida. Unicamente parece que encargando de dirigir las bestas de la corte, terminó é hizo representar las comedias que bosquejara en su juventud. Pero se ocupó particularmente en corregir su poema, al que añadió seis cantos nuevos, y en 1532 hizo una segunda edicion de él.

Poco tiempo despues fue atacado por una enfermedad de la vejez que, al cabo de ocho meses de padecimientos, le condujo al sepulcro el 6 de junio de 1533, á la edad de cincuenta y nueve años. Dicese que las numerosas faltas que afeaban la nueva edicion de su ORLANDO, contribuyeron á desarrollar en él la enfermedad de que murió.

Esto nos sorprende un poco; el Ariosto, escritor cuidadoso y delicado, debia sentir vivamente las contrariedades de esta especie. Que fue severo para sí mismo, lo prueba evidentemente que los manuscritos suyos conservados en Ferrara están llenos de raspaduras. Preferimos creer estos testimonios permanentes de sus pocietes veladas mas bien que la siguiente frase que se le ha atribuido. Uno de sus lectores le

preguntó por qué se había hecho edificar una casa tan sencilla cuando en su poema había levantado tan suntuosos palacios.—Porque es más fácil, respondió, reunir palabras que piedras...—Y en el fondo es muy capaz de preferir á los magníficos palacios creados por su imaginación, aquella casa humilde en cuyo frontispicio había escrito:

PARVA SED APTA MIHI, RED NULLI OGNITO, SEO NON  
SORDIDA, PARTA NEO SED TAMEN ORE DOMUS

Estos dos versos resumen á la vez su carácter y su vida. Un último extracto de sus sátiras acabará de demostrarnos el golpe de vista tan profundo y exacto que había fijado en las cosas humanas, y toda la verdadera filosofía que encerraba su moderación indolente. Este era también uno de sus apólogos predilectos.

«En el tiempo en que el mundo era joven todavía, y eu que los hombres faltos aun de experiencia desconocían la astucia que reina en el día;

«Al pie de una montaña cuya cumbre parecía tocar al cielo, vivía en el fondo del valle un pueblo que yo uo podría nombrar.

«Este pueblo en fuerza de observar la luna y verla en su curso desigual, tan pronto quebrada como llena, girar en derredor del cielo,

«Imaginé que desde la cima de la montaña podría llegar á ella y ver cómo crece y cómo se recoge dentro de sí misma.

«Hélos pues, este con un saco, aquel con una cesta subiendo por una montaña y corriendo á porfía tras del astro, muy convencidos todos de que podrían alcanzarle.

«Pero viendo que no por esto se acercaban á él, dejábase caer estenuados de cansancio, y sintiendo, aunque en vano, no haberse quedado en el valle;

«Mientras que los que desde las colinas inferiores los veían arriba, creyendo que tocaban ya á la luna, apresuraban el paso para unirse á ellos.

Lamartine en sus *Harmonías*, escritas la mayor parte en Italia y muy cerca de la patria del Ariosto, ha recordado este magnífico apólogo escribiéndolo en verso francés.

El Ariosto era alto y bien formado; su fisonomía era noble, sus costumbres morigeradas, su humor igual, su carácter apacible y alegre.

Ahora bien, el OLLANO FURIOSO ¿es ó no una epopeya? ¿Es superior, ó inferior á la JERUSALEN LIBERTADA? Graves cuestiones son estas que dividen aun á la Italia, pero que traspasan los límites de una simple noticia de la vida del Ariosto. Sea embargo, si se insistiera para saber nuestro dictamen sobre estas cuestiones, nos atreveríamos á confesar que nos han parecido siempre ociosas. ¿A quién conceder la palma entre el Taso ó el Ariosto? Este es uno de esos problemas en que cada uno toma su partido según el giro y las tendencias de su imaginación. En cuanto á saber si el Ariosto escribió verdaderamente un poema épico, ¿qué importa? Si no se sabe en qué clase colocarle, llámesele un poema dístico: tal es el sobrenombre que la Italia entera ha concedido al poeta mismo.

## CANTO PRIMERO.

Argumento.—Reynaldo persigue á su caballo Bayardo y encuentra á Angélica que va bayando.—Ataca Terrugio al paladín y cae en sus brazos orillas de la encrucijada.—Conoce Terrugio á Angélica por su belleza y sus dulces ojos; esto se enterma al encabezarla. Sin embargo los escudos Reynaldo, y sus gritos turban su dulce coque.

Canto la galantería, los combates, los caballeros, las damas, los amores y las hazañas que presencié la época en que el audaz Agramante, arrastrado por el

ardor de una juventud fogosa, atravesó al mar con sus moros y vino á asolar el reino de Francia; quería vengar en Cárlos, emperador de los romanos, la muerte de su padre Troján. Referiré también del célebre Orlando lo que aun no nos han dicho la prosa ni la poesía, y como aquel héroe, modelo de prudencia, víctima de un error desgraciado, fue presa de la locura mas furiosa. ¡Ojalá puede yo cumplir todo lo que prometo; permita el cielo que la que se compla en turbar mi razón, me deje la suficiente para continuar mis cantos!

Raza generosa de Hércules, ornato y esplendor de nuestro siglo, Hipólito, dignate acoger el homenaje que te tributa tu humilde súbdito. Escucha estos acentos, testimonio de mi gratitud por los beneficios que de tí he recibido; el poeta te dedica aun versos, su única riqueza; no rechaces su ofrenda barto pequeña. Entre los héroes mas notables cuya fama me propongo cantar, hallará á aquel Rugiero famoso, que fue el origen antiguo de tu raza ilustre. Si das treguas por un momento á tus elevados pensamientos, me oírás celebrar sus acciones brillantes y su precioso valor.

Enamorado hacia mucho tiempo de la hermosa Aegélica, Orlando había llenado el Oriente, la Medea y la Tartaria de inmortales trofeos. Regresaba con ella al Occidente, cuando bala al pie de los pirineos al ejército brillante y numeroso de franceses y alemanes que Cárlos había reunido para reprimir la audacia y las incursiones de Agramante y de Marsilio. Llevaba consigo Agramante todos los guerreros que encerrara el Africa; Marsilio había deshabitado cuasi la España para inundar de soldados el reino que quería destruir. Así es que el valiente Orlando llegaba muy oportunamente para defender su patria; pero aguardábale en aquellos pasajes un dolor amargo, tanto es lo que se engaña el hombre en sus proyectos. Aquella mujer que había traído desde las comarcas en que nace la aurora á las orillas del Poniente; aquella á quien libertara de todos los peligros, á costa de las victorias mas peligrosas y difíciles, debía serle arrebatada sin el menor combate, en su mismo país, en medio de sus amigos. El prudente y sábio emperador quiso extinguir así las funestas discordias que hubieran producido los celos de Orlando y la pasión ardiente que á su primo Reynaldo de Montauban había inspirado la bella Angélica, Cárlos la colocó bajo la custodia del anciano duque de Baviera, y aquel príncipe, en nombre del emperador, que era tio de ambos rivales, la prometió por esposa á aquel de ellos que en la próxima batalla matare por su mano mayor número de infelices é hiciera mayores bañanzas. Mas la fortuna adversa desvaneció tales proyectos: habiendo sido batidos y dispersados los cristianos, el duque de Baviera fue hecho prisionero con otros muchos paladines, y Angélica abandonó la tienda de campaña en que se hallaba encerrada. Para librarse de la suerte que en la reservaba el vencedor, montó en un corcel y huyó antes de presenciar el último resultado de la batalla. Adivinando que la victoria no recompensaría los esfuerzos que hacían los cristianos, si dirigió á un bosque inmediato, y cerca de un sendero angosto baldó á un caballero revestido de su coraza, con el casco en la cabeza, la espada ceñida y el escudo; corría por el bosque, mas ligero que el alideno medio desnudo que va á disputar el premio de la carrera. La pastorcilla tímida no buye mas veloz el ver á una serpiente cruel, que Angélica al conocer al hijo de Aimon, señor de Montauban. Este guerrero había perdido á su caballo Bayardo, que se había escapado de sus manos. Bestóle una sola mirada para conocer, aunque desde lejos, el rostro de la hermosa cuyo dulce yugo le agobia. Pero la doncella vuelve riendo y lanza su pulcrán á todo escape por entre los matorrales, sin seguir camino alguno.

Pálida, temblorosa, y fuera de sí, corre á la aventura, y llega despues de mil rodeos á la orilla de un río. Ferragus habia ido allí cubierto de sudor y polvo, despues de la batalla, á buscar descanso y apacar su sed. Cuando se inclinó hácia la mansa corriente, cayó en ella su casco, y hacia esfuerzos inútiles para hallarle.

Al divisar á una mujer que huye despavorida lanzando gritos de terror, sube el sarraceno á la orilla, mira á Angélica, á quien no habia visto hacia mucho tiempo, y la conoce al momento, no obstante su palidez y turbacion. Perdido de amor como los dos primos, y lleno de cortesania, vuelta en auxilio suyo cual si tuviera aun guarecida la cabeza con su casco. Tira de la espada y se dirige á Reynaldo, á quien no intimidan sus amenazas; ambos se conocen, y en otro tiempo probaron mutuamente su valor.

Empeñase al instante terrible pelea: nada podrán resistir á sus furiosos golpes, ni las cotas de maila, ni el acero de las armas, ni los yunque mas macizos. Mientras ellos se batén, el caballo de Angélica necesita usar de todo su instinto, porque la jóven, precipita su desordenada carrera por la campiña y

los bosques. Ambos adversarios agotan todos sus esfuerzos para conseguir la victoria: iguales son su valor y destreza. Preocupado con su amor, dice el señor de Montauban al caballero de España: «¡Creviendo castigarme te perjudicas á tí mismo! Si los ardientes rayos de ese nuevo astro han abrasado tu corazon, ¿qué consigues con detenerme aquí? Aun cuando me prives de la libertad y de la vida, no por seerás á esa belleza, que huye á favor de nuestra lucha. ¿No sería mejor seguir sus huellas y detenerla antes de que se haya alejado mas? Cuando la tengamos ya en nuestro poder, las armas decidirán nuestra querrela; mas ahora solo puede resultar de este combate igual perjuicio para ambos.»

Acepta el infiel este convenio, y así se suspende el desafío. Establécese de pronto entre ellos tal union (¡si es que la cólera y el odio pueden olvidarse hasta tal punto!) que Ferragus no quiere dejar á pié al valeroso hijo de Aimon y le presta á que monta á la grupa de su caballo. ¡Oh virtud maravillosa de los paladines de los antiguos siglos! ¡aquellos dos rivales, de religion tan diferente, contusos y magullados por los rudos golpes que se habian dado, otraviesan



Ferragus y Reynaldo persiguiendo á Angélica.

juntos y sin desconfianza alguna las sendas tortuosas de un bosque sombrío! El corcel, aguijonado por cuatro acicates, los lleva velozmente á un sitio en que el camino se divide en dos. Vacilantes, no saben ya el camino que habrá seguido Angélica... ¡En ambos caminos se van huellas recientes!... Se entregan al aceso: Reynaldo sigue un camino, Ferragus emprende el otro; y despues de haber recorrido el sarraceno el bosque, se encuentra de nuevo á orillas de aquel mismo río en que perdió por la mañana el casco. Perdiendo la esperanza de alcanzar á Angélica, solo piensa ya en buscar su casco; coge una rama de árbol despojada de sus hojas, la arrastra por la arena y empieza á buscar. Surge de pronto del fondo del río un caballero de aspecto fiero y amenazador; está completamente armado, y sostiene en su mano dere-

cha el casco que tan inútilmente buscara Ferragus. Melandrin, hijo de moro, le dice con irritado acento ¿por qué imaginas arrebatarme de nuevo este casco que me habías prometido hace mucho tiempo restituirme? Acuérdate de aquel hermano de Angélica que encumbió bajo tus golpes: ¿no conoces ya á Argail? Delinas haber echado al río mi casco y mis armas, ¡lo que tu olvidaras, el destino lo ha cumplido; no puedes sentirlo, y mas bien debes sonrojarte de tu deslealtad! Pero si deseas conseguir un casco de lino temple, con mas honra; el paladin Orlando y el valeroso Reynaldo los tienen quizas mejores. El primero le usó Almorte, Mambrino llevó el segundo. ¡Sea uno de ellos el premio de tu valor! En cuanto á este, preciso es que renuncies á él, y me lo dejes.»

Al ver la súbita aparicion de aquel fantasma, pa-

lídece el sarcenno, erízasele el cabello, y espiran en sus lábios las palabras. Oye á aquel guerrero, inmóvil por su mano en otro tiempo, reconvenirle por su mala fe, y se conmueve de vergüenza y cólera. Permanece silencioso, comprende su falta, y no intenta disculparse. Agobiado por el oprobio, jura por la existencia de su madre Lanusa no usar más casco que el que arrancó Orlando en Apremout al arrogante Alunorte, y cumplió mejor este juramento que el primero. Humillado, pesroso y triste, invierte varios días en buscar al paladiu por todos los sitios en que imagina hallarle.

Sucedente otras aventuras al valiente Reynaldo, que sigue diferente camino. Apenas ha empezado su carrera cuando ve á su corcel saltar delante de él: «¡Detente, detente, Reyardo querido, esclama, sin ti soy desgraciado!» Pero sordo á sus clamores, huyó el caballo con mayor rapidez, y furioso Reynaldo le persigue tenazmente.

Volvamos ahora á la hermosa Angélica, que huye por distinto lado. Vaga por los bosques sombrío, buscando los sitios salvajes y solitarios, y temblando al oír el leve ruido que producen las hojas de los olivos y las hayas agitadas por los vientos; las sombras leves que se dibujan en las colinas ó en los valles solo sirven para aumentar su terror, pues en todas partes cree ver á Reynaldo siguiéndola de cerca. Cual joven corsa ó tierno cabritillo que, al ver al leopardo cruel que ha hecho presa en su madre, y desgarrado sus entrañas palpitantes, huye del bosque en que nació; en su espanto, todo, hasta el arbusto que le roza ligeramente en su carrera, le hace creer que le roza cruel está ya próxima á devorarle.

Después de haber corrido todo aquel día, la noche siguiente, y aun la mejor parte del segundo día, Angélica, incierta y vacilando, se detiene por fin en un bosquecillo espeso cuya enramada acaricia blanda y suavemente el céreo, y cuyos ramos bañan dos arroyuelos transparentes que murmuran con dulce y grata armonía al huir por entre guijarros de variados colores. Allí va, creyéndose Angélica muy lejos de Reynaldo, agobiada por aquella carrera violenta y el calor abrasador, su decide á descansar en un lecho de flores, que apenas deja percibir un mullido césped. Apéase sobre aquellas flores, y quita las bridas á su palafreñ que, próximo á caer estenuado de cansancio y hambre, trata de recuperar sus fuerzas con la fresca yerba que cubre las orillas de entrambos arroyuelos. Angélica se acerca á una espesura de espino blanco y rosales en flor; aquellos arbustos, que parecen estar dispuestos por la mano artística y previsora del hombre, están situados cerca del agua en la que se reflejan y multiplican inclinando sus ramas en forma de cúpula. Bajo aquella verde bóveda, protegida por el espeso ramaje de robles elevados, hay un espacio tapizado de musgo fino, y de una yerba espesa y mullida. Apenas se abandona Angélica á las dulzuras del sueño, cuando oye de repente el ruido de un caballo que se adelanta hacia el arroyo; pronto distingue á un caballero pardo en una orilla. Palpitándola el corazón de temor y de esperanza, contiene la joven su respiración que pudiera revelar su presencia allí. El paladín se ha sentado en la florida orilla; apoya tristemente su cabeza en una mano, é inmóvil cual un mármol sopita-se en una profunda meditación. Permanece así mas de una hora, como agobiado por el dolor, después fija la vista en tierra, mezcla profundos suspiros con débiles sollozos; su tierna voz hubiera conmovido á los tigres y las rosas. Un torrente de lágrimas inunda sus mejillas, y su pecho se abraza con el fuego de un volcan: «¡Oh pensamiento fatal, esclama, que hielas y abrasas alternativamente mi corazón; único motivo del pesar que me devora! ¿qué te he de hacer? ¡Otro lo cogido la flor que tanto he deseado! Apenas consigo

una palabra, una mirada, y otro la he conquistado los tesoros mas preciosos!... Pero ¿por qué tal sentimiento?... ¡La joven doncella es como la rosa enciente que, sobre su espioso tallo, forma el adorno de los jardines! Solitaria y tranquila mientras que el pastor y su ganado no se acercan á ella, el céfiro apacible, las perlas lágrimas de la aurora, el agua que baña el pie del rosa, la tierra misma que le sostiene, todo la da brillo y frescura. Los amantes y las hermosas la admiran y codician; estos quieren adornar con ella sus senos, aquellos esperan adornar su cabellera con la flor, pero en cuanto la arrancan de entre las verdes espigas, pierde todos las favores que recibían del cielo y de los hombres. Así la doncella, privada de ese tesoro que debiera apreciar mas que á sus ojos y aun que su vida misma, por un amante favorecido ve alejarse á todos los demás despreciándola. ¡Feliz aun, si conserva el amor del que la robó el honor!... ¡Oh adversa fortuna! ¡Tráislan otros, y mero de despecho, sin esperanza de obtener nunca nada! ¡Ah! ¡prefero perder mil veces la vida á renunciar á mi amor!»

Aquel guerrero es Sacripante, rey de Circasia; el amor que le abraza es la causa única de sus tristes lamentos. Angélica ha reconocido en él uno de sus adoradores mas solícitos. Al saber la noticia de la partida de su amada con Orlando, ha corrido desde el mas remoto extremo del Oriente. Informado del intento de Carlos, que la había confiado á otro caballero y la prometa como recompensa del valor y de los servicios prestados á la causa de los lioses, penetró Sacripante en el campo del emperador, vió la derrota de los cristianos y marchó en seguimiento de Angélica sin poder hallarla. Alarmado por la suerte que pudiera haberla, temiendo por ella los mayores peligros, se desespera aquel tierno amante, sus lamentos hubieran enternecido á los corazones mas insensibles, y detenido al sol en su majestuosa carrera.

Mientras que desahoga su pena y que sus ojos se convierten en dos fuentes salubres, quiere su buena estrella que Angélica que le está escuchando se conmueva, y aquel instante es mas favorable á su amorosa llama que pudiera haberlo sido hasta entonces mil años de inútil suspirar. La hermosa ha oído las quejas de un amante tan fiel, y aunque so haya mostrado insensible siempre hasta entonces, no hallando el universo un caballero digno de agradarla, reflexiona que, sola en medio de los bosques, Sacripante podría ser para ella un excelente guía. ¿Y qué mortal sería bastante obstinado para no pedir socorro cuando, viéndose próximo á ser sepultado por las aguas, se considera ya perdido? La ocasión es excelente, ¿cómo podía esperar un protector mas seguro? ¿No tiene ella pruebas de que el rey de Circasia es el mas constante de todos sus admiradores? Esta firmemente resuelta á no acceder nunca á sus deseos, pero quiere dárle algunas esperanzas, proponiéndose volver á su natural dureza y desden en cuanto deje de necesitar de su apoyo.

Radnate de gracias y hermosura, salo de improvisos de su reino: así aparecen en los juegos teatrales Diana y Citeren. «¡Guardaos Dios, y el proteja nuestra reputación! ¡Pues el Supremo Inocador podrá carme de tus injustas sospechas! Un madre tierna que flora la auencia de su hijo á cuyos compañeros de armas ve volver sin él, no siente al verle aparecer, un día de gozo mas vivo que el que experimentó el sacramento á la imprevista aparición de aquella belid graciosa y seductora. Transportado de amor y alegría, corre al encuentro de la divinidad de su alma, da la soberana do su corazón, y Angélica, que tan fría y severa se mostrara siempre en el palacio de Carlay, le recibe en sus brazos... Renace la esperanza en el pecho angustiado del amoroso mancebo; y la hermosa dama cuenta con su apoyo para regresar al reino

de sus padres. Refiérole en pocas palabras todas sus aventuras, y cómo, desde el día en que imploró el auxilio de Nabute, rey de Sericania, la defendió Orlando de la muerte, de la deshonra y de otros mil peligros; protesta que, gracias á aquel héroe, ha podido conservar intacta y pura aquella flor preciosa que recibe la doncella de las entrañas de su madre... Quizás decía verdad, pero aquella confesión hubiera hallado menos credulidad en un hombre que fuera más dueño de su razón. Sacripante, hombre loco de amor, hubiera creído en aquel sustento de mentiras más desmembradas. ¡Amor! ¡amor! ¡así nos disfrazas los hechos que presencia nuestra vista, mientras que nos haces creer lo que no existe. El desgraciado cree con facilidad lo que desea, y Sacripante dio otro crédito á las palabras de Angélica: «¡Ah! se dice á sí mismo, ¡el caballero de Angers ha perdido momentos tan preciosos!... ¡Quizás llegue á arrepentirse de ello, porque su huido feliz no conseguirá devolverle este tesoro inestimable!... No lo imitaré yo, no dejaré escapar tan oportuna ocasión, pues mi dolor sería eterno si lo hiciera; arrancaré sin más detención esa rosa fresca y pura. ¡No sé yo acaso que una joven derrama lágrimas y se resiste, aunque esa violencia no carece de placer para ella? La negativa y fingida cólera de esta yo detendrán mis impetuosos deseos.»

Esto dice y se prepara á llevar á cabo su intento; pero oyese de pronto en el inmediato bosque un ruido de armas y de pisadas de un caballo. Furioso Sacripante al ver que le interrumpen, como está armado, se pone con presteza el casco, y se arroja á las bridas de su corcel, en el cual monta, enristrando su lanza. Ve llegar entonces á un caballero de aspecto audaz y altanero; blancas cual pura nieve sus armas y su band; un largo penacho del mismo color ondea sobre su cimera. Sacripante le dirige coloridas miradas, y ardiendo en deseos de castigar su audacia, lo desafia y quiere arrojarse al caballo.

Sin atararse por sus amenazas, se prepara el desconocido para el combate; sus caballos, escitados á un mismo tiempo por las espuelas, caen uno sobre otro con la rapidez del rayo. Entrambos paladines procuran herirse en la visera del yelmo. Dos golpes, dos toros irritados que se atacan de frente dejando las astas, no se encuentran con más violencia. El choque hace temblar las cédulas de las montañas y las vallas sombrías. Los dos escudos son atravesados por el hierro de las lanzas, y solo el fino temple de las corazas puede librar sus pechos; ambos caballos se tropiezan de frente, cual enfurecidos carneros; el del sarraceno cae muerto á pesar de su vigor y queda su cadáver tendido encima del ginete; el corcel del desconocido se levanta apenas siente el acicate. Al ver á Sacripante tendido bajo su corcel muerto, no intenta el caballero incógnito continuar la pelea, y pensando que lo hecho basta para gloria suya, se aleja con rapidez; se halla ya á más de una milla de distancia cuando consigue el sarraceno levantarse. A la manera que el labrador aturdido aun por el rayo que le ha muerto á sus bueyes unidos al arado, camtea con tristeza su desgracia y el pino secular que ve á lo lejos despojado repentinamente de todas sus ramas, así Sacripante permanece de pro, teniendo á Angélica por testigo de su triste aventura; gime y solloza, menos aun por el dolor que siente en un brazo y pie, que por la humillación de su derrota. Oabierto su rostro con el rubor de la vergüenza, recibe el auxilio de Angélica; y aun cree que hubiera permanecido mudo si los consuelos de la hermosa dama no hubieran tenido el irresistible poder de restituirle el uso de la palabra. «¡Calento, señor, le dicen, esa caída solo puede atribuirse á la debilidad de tu caballo; mas necesarios le eran reposo y alimento que un combate. No creo ademas que ese desconoci-

do pueda reportar la menor gloria de este encuentro, pues, par su brusca retirada, entablábase vencido.»

Mientras le está consolando, ven llegar á una especie de mensajero montado en un mal caballo, lleva colgando una trompa y una bolsa; parece estar inquieto y cansado. En cuanto llega al alcance de la voz, pregunta á Sacripante si ha visto pasar á un caballero cubierto de blanca armadura, y con un penacho del mismo color en el casco. «¡Usted mismo me lo ha visto, contestó el pagano, él es quien acaba de ponerme en esta estado; díme su nombre para que pueda yo buscarle.» — Lo haré gustoso, replica el mensajero. Sabe que has sido derribado por un joven tan temible como hermosa; y para decirte su nombre que has sabido hacer ya celebre, te diré que es la ilustre Brandamante quien te ha arrebatado la victoria.»

Al decir estas palabras, aléjase el mensajero á rienda suelta, dejando al Sarraceno más humillado y confuso que nunca. Triste y avergonzado al pensar que el brazo de una mujer le ha derrotado tan fácilmente, monta el infel sin proferir una palabra en el caballo de Angélica, pone á esta en la grupa, y se aleja para buscar un sitio más tranquilo.

Apenas han andado dos millas, cuando un nuevo ruido turba el silencio del bosque; ven á un caballo vigoroso, cubierto con un arnés retemado de oro, saltar zanjás y montañas, trinchando á su paso los árboles y las ramas. «Si mi vista puede penetrar entre esas ramas y esa niebla espesa, esclama Angélica, ese corcel que huye con tanto estrépito es Bayardo; sí, no me queda duda, es el mismo, y parecen venir espaldas á sacras del apuro en que nos pone la poca resistencia de nuestra cabalgadura.»

Salta al suelo Sacripante, se aproxima al arrogante corcel y quiere coger las riendas, pero vuelve grupo Bayarda y le tira un par de coques capaz de reducir á polvo una montaña de cobre. El malhadado príncipe se libra con dificultad. Sin embargo, con la misma alegría y mansedumbre que puede tener un perro fiel que vuelve á ver á su ama después de una ausencia de varios días, se aproxima el noble caballo á Angélica; no ha olvidado los cuidados que esta le prodigaba en Albrague, cuando Angélica estaba á Reynaldo, pues varias veces le llevó ella mismo el alimento.

Coga Angélica una de las riendas con la siniestra mano y con la diestra le acaricia los hocicos y el cuello: Bayarda, dotado de un instinto maravilloso, se está entonces quieto, y dócil como un cordero. El sarraceno aprovecha este momento para saltar á su lomo y oprimirle con fuerza; Angélica deja su palafren y monta á la grupa de Sacripante. Pero dirigense de pronto sus miradas hacia un sitio en que se oye pronto estrépito de armas. Un paladín completamente armado corre hacia ellos, y la hermosa doncella, llena de cólera y desprecio, conoce al hijo del duque Armon. Aquel héroe la adora más que á su propia existencia, y ella le odia con más horror que la tímida palama al balcon. Hubo un tiempo, sin embargo en que adoró á Reynaldo, y á la sazón le detestaba, habiéndose trocado los papeles completamente. Dos fuentes de mágicas aguas han verificado este milagro, inmediatas una á otra, corren en las Ardenas: un fiene el corazón de amorosos deseos, y el que bebo de la otra cae en la indiferencia más completa. Reynaldo bebió de la primera y abusó el amor su pecho; Angélica apagó su sol en la segunda, y ya su corazón solo siente hacia Reynaldo odio y aversión.

Al ver al paladín quedarse en demencia muda de espanto; sus ojos pierden el brillo y seriedad que poco há reinaba en ellos, nublase su frente; y con voz tremula suplica á Sacripante que haya sin esperar al guerrero. «¡Haced pues tan poco caso de mi valor,

replicó el sarraceno, que dudais de mí cete en deliraderos? ¿Haleis olvidada la batalla de Albrague y aquella noche en la que per salvaros, me batí sola y cuasi sin armas con Agrican y tede su ejército? Sin saber Angélica qué ha de hacer, no responde; pero Reynaldo llega cerca de ellos ya, y se adelanta amenazando al circasiano, pues ha encoide á su caballo y á la mujer á quien adora, y renace en su corazon todos los fuegos del amor y de la cólera. Pero guarda para el cante siguiente la relación de la lucha que se empeñara entre aquellos dos rivales soberbios.

## CANTO II.

Argumento. — Reynaldo se bate con Sacripante. — Un ermitaño negociaba un día sus ensueños para hacer cesar el combate. — Reynaldo persigue á Angélica hacia Paris. — Carlos vive á este cerco en Inglaterra. — Se embarca en Calais. — Traición. — Bradamante encuentra en un bosque á Pírrulo de Naxos. — Combate entre Rugiera, Gradasso y el magico. — Los dos guerreros son vencidos. — Encuentra Bradamante á un mensajero de Norrela. — Arrestada por el amor sigue á Pírrulo que la hace traidora y la obliga á caer en la greda de Nerli.

¡Ahén injusto! ¿por qué en nuestros deseos haces que reine tan poca la simpatía? ¡Pírrulo, te complaces en separar dos corazones! ¡Nos alejas de las floridas sendas, para arrastrarnos al fondo de abismos tenebrosos! Quieres que desdeñe á la que me ama, y que adere á aquella de quien soy aborrecido. Así, cuando Angélica ha subyugado á Reynaldo, haces que esta paladina sea insupportable y odiosa. En otro tiempo adoraba al invencible Reynaldo, y ahora que él se abruza da amor por ella, Angélica le aborrece mas que á la misma muerte.

Sineuburga el paladín grita á Sacripante con voz arrogante: «Ladron, ese corcel es mio, y no suela sufrir que nadie se apodere de mi propiedad. Ya sabré castigar tu audacia. ¡Voy á arrebatarte tambien esa dama: dejártela seria un crimen! Una doncella tan perfecta y el corcel una hermosa no son propios de un bandido como tú. — Mientes, replica el sarraceno con igual arrogancia; ese diablo te conviene mejor que á mí, si he de creer lo que dice la fama. Veremos quién ha de ser el poseedor de esta dama y esta caballo, aunque estoy pronta á confesar castigo que nada hoy en el mundo es comparable á esta belleza.»

Come dos perras vigorosas, escitados por el odio y la envidia, se aproximan uno á otro rechimido los dientes, con ojos contornados y erizado el pelo y se atacan y destruyen con furor; así Reynaldo y el rey de Circasia pasan de las injurias á las estocadas: uno está á pie, el caballo el otro; pero no es esta una ventaja para el indio: muestra tan poca destreza como un paja sin experiencia. El rey de Circasia no quiere perjudicar al dueño á quien quiere, resiste á las espuelas y al freno: retrocede cuando Sacripante quiere hacerle avanzar y se precipita en el momento en que debe estarlo quieto; unas veces inclina la cabeza y tira coces, otras se pone de manos. Perdiendo Sacripante la esperanza de dominarle, apóyase en el arzon y se arroja con presteza al suelo; entones es cuando, libre ya de los saltos del caballo, empieza el rey un combate digno de su bravura; las espadas se elevan y descienden alternativamente; menos rápidos son los golpes de los pesados martillos de Vulcano, cuando en sus ennegrecidas cavernas, furia los rayos de Júpiter. Entrambos combatientes, igualmente diestros, hacen ataques falsos y paran los golpes; uno se pone en guardia, el otro se inclina; tiranse á fondo unas veces, y otras se descubren. Andan, se detienen, giran sin retroceder; así al uno cede una línea de terreno, apodérase en ella al otro. Por último se lanzan Reynaldo sobre su adversario, con la espada levantada; Sacripante le apoya su escudo formado de huesos de un pescadimonstruoso y forrada con una clapa fuerte da acara. Dividele Hamberg á pesar de su espesor, el ruido del golpe hace rutilar las ámbitos del bosque, el hueso y el acero vuelan hechas trizas, y el brazo del sarraceno se queda desarmado y entumecido. Al ver tal espectáculo, la tímida jovencilla, semeante al criminal cuyo suplicio está ya próximo, palidece de terror. Cree verse ya presa del vencedor, jdo aquel Reynaldo á quien aborrece y que tanto la adora!

Al instante mueva riendas y lanza su corcel por medio del bosque, siguiendo una pendiente rápida y escabrosa, y mira con frecuencia hacia atrás, creyendo que Reynaldo va ya á cogerla. Poco despues encuentra en el fondo de un valle á un ermitaño cuya barba blanca le baja hasta la cintura: su aspecto es pálido y venerable. Agachado bajo el doble peso de la austeridad y de los años, camina lentamente men-



El ermitaño.

tada sobre un asno. La apacible calma de su rostro revela una conciencia pura y tranquila. Sin embargo aquel ermitaño tiene buenas aias, y á pesar de su decrepitud, siente una ligra emoción al ver á una mujer de tan maravillosa belleza.

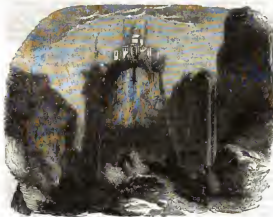
Angélica le pide que le enseñe el camino, y le ruega que la guie hacia algun puerto da mar donde pueda embarcarse para abandonar la Francia y no volver á oír el nombre odioso de Reynaldo. Este ermitaño es un nigremático; tranquiliza á la doncella y la

promete salvarla: despues sacó de su morral un libro. Apenas ha acabado de leer la primera página, cuando un espíritu, obediente á sus evocaciones, aparece bajo la forma de un erido. Le da una órden el auciano, y el fantasma se dirige al bosque en que se baten los dos caballeros; se arroja atrevidamente en medio de ellos y les grita: «¿Queréis decirme qué fruto reportará el vencedor de su victoria? ¿Que recompensa obtendrá sus esfuerzos despues de tan encarnizada lucha?... Sabed, pues, que Orlando, sin riesgo al peligro alguno, sin que le cueste ni una sola maila de su armadura, conduce tranquilamente á Paris la mujer por quien con tanta furia os estais batiendo. A una milla escasa de este sitio, le he encontrado riendo y chancaceándose con Angélica de vuestra lucha sin objeto; ambos se dirigen á Paris, y mejor hariais en procurar alcanzarlos mientras sea tiempo aun. Si Orlando llega á tenerla en aquella ciudad, no la volveréis á ver.»

Al escuchar tan fatal nueva, hubiérase visto á los rivales tristes y estupefactos, acensarse á sí mismos de haber carecido de sentido y talento, dando motivo á su rival para burlarse de ellos. Suspira Reynaldo de vergüenza y de furor, y jura arrancar el corazon á Orlando si consigue alcanzarle. Ea séguese se aproxima á Bayardo, monta en él, y le hace partir á galope, dejando á su adversario á pie, en medio de los bosques, sin despedirse siquiera de él.

Dócil á la mano de su dueño, el robusto corcel salta las zanja y los precipicios, rompe y derriba todos los obstáculos. Nada le detiene, ni los ríos, ni los peñascos, ni los árboles, ni los barrancos. Preciso es, señor, que os explique el motivo de la docilidad de aquel mismo Bayardo, al que Reynaldo, despues de muchos dias de persecucion, no habia podido coger siquiera de las riendas. Aquel noble animal, dotado de una inteligencia mas que humana, habia huido de su amo obligándole así á que le siguiera, mas no hacia así por mero capricho, sino que quería llevarle al encuentro de Angélica. Habíala visto escaparse de su tienda en el momento en que Reynal-

do echaba pie á tierra para batirse con un enemigo terrible: Bayardo siguió entonces á Angélica, para hacer así que la hallara su dueño. De este modo le condujo dos veces cerca de donde ella estaba, en medio del bosque, sin dejar no obstante que la montara, por temor de que el freno le hiciera cambiar de direccion; pero dos veces fue distraído Reynaldo de su intento, por Ferragus y por el rey de Circasia. Entonces, engañado como su amo por el duendo que les indicaba el camino que seguia la fugitiva, Bayardo sumiso y dócil llevaba hacia Paris á su amo que se abrasaba de cólera y de amor. Sin embargo, cree Reynaldo que anda demasiado despacio para lo que él desea; no seria Bayardo bastante rápido aun cuando le prestara el Aquilón sus potentes alas. Impaciente por batirse, y engañado por el artero mensaje del nigromántico, el señor de Angers no descansa ni un momento, y no cesa de correr en toda la noche. Llega por fin á la ciudad, en donde Carlos ha reunido los restos de su ejército derrotado y disperso. Para precaver el monarca un nuevo ataque, hace levantar nuevas fortificaciones y componer las antiguas: ábrese anchos fosos; lo mas selecto de los guerreros se reúne bajo sus estandartes. Pienso en enviar á Inglaterra un embajador para solicitar refuerzos que le permitan ocupar la llanura y formar un nuevo campamento. Reynaldo, á quien habia elegido, deberá pasar á aquella comarca que se llamó por tanto tiempo la Gran-Bretaña y que lleva ya el nombre de Inglaterra. Aquella misión contraria los proyectos del paladin; pero no le repugna hacer este viaje, y reflexiona que debe alejarse aun la menor detencion y sin descansar un solo dia. Arrancado á sus pesquisas y ocupado siempre el corazon con la memoria de Angélica, obedece al emperador, y parte con celeridad hacia Calais. Bástanle pocas horas para llegar á esta ciudad, y se embarca al momento. Ardiendo en deseos de volver cuanto antes, desprecia los consejos de los marineros, desafía al mar irrito y á la tempestad que se anuncia, pero enfurecidos los vientos, parece que quieren castigar su temeridad. Elevanse las on-



Castillo fabricado por los diables.

das en derredor del bajel con tal furia que bañan las vergas; los marineros experimentados arrian las velas mayores, y creen que se debe regresar al puerto de donde salieron con tanta imprudencia. «Yo castigaré su audacia,» grita la tempestad, y dobla su furor. Amenazándolos sin cesar con el naufragio, los

arrastra lejos de su derrotero; el viento impetuoso conmueve tan pronto la popa como la proa, y á cada momento se hace mas terrible. Por último, flotando el bajel á la ventura, es arrastrado á alta mar.

Pero señor, la tela que estoy urdiendo se compone de mil hilos distintos, cuyo conjunto forma mi obra.

Heje, pues, á Reynaldo luchando con la furia indomable de los elementos, y vuelve á Bradamante. Esto guerrera hermana y valiente, que liza medir el suelo á Sarripante, debe la existencia á Aímor y á la virtuosa Beatriz, y es hermana de Reynaldo. Solo es comparable en valor al du su hermana; Carlos y todos los caballeros franceses aminoran su audacia y su pujanza. Uno de los guerreros de Agrumante ama á Bradamante; dídale á luz la desdichada hija de Agolante, y llámase Rugiero cual su padre. No fue criada Bradamante por una osa ni por una leona: tan solo una vez viera al pakolú, y no desleía su amor. Para volver á verle ha emprendido una escursión errante, y aunque camina sola, va tan tranquila como si la escoltaran mil escudrones. El día mismo en que Sarripante fue vencido, atravesó Bradamante el bosque, y después de haber pasado una montaña, llegó á la orilla de un claro arroyo. Serpentea en masa corriente por una pradera estensa; árboles seculares dan sombra á sus orillas, y el dulce murmullo de las aguas convida al pasajero á descansar allí. Un collado cultivado lo proteje contra el calor del medio día. Mientras admira Bradamante las bellezas de aquel sitio, distingue á un caballero que, sentado á la sombra de un bosquecillo, se halla entregado á silenciosa meditación; sirvele de asiento verde césped empujado de flores; su casco y su escudo están cerca de él colgados en las ramas de una haya, á cuyo tronco está atado su caballo; sus ojos iluminados en llanto y la expresión de abatimiento que se ve en su rostro, rebelan sus penas y dolor. Impulsada por ese deseo que nos induce á averiguar los secretos ajenos, pregunta Bradamante al caballero cuál es la causa de su pesar, y él, creyendo tener ante su vista á un guerrero de gran valor, se comueva al ver su cortesano. Siéntese dispuesto á abrirle su corazón, y comienza así su testó: «A la vez concluyendo unos cuantos infantes y ginetes al ejército de Carlos, que quiere disputar á Marsilio el paso de las montañas; llevas hasta mi custodia á una dama joven á quien adoras, cuando, cerca de la noche, vi á un caballero cubierto con su armadura montado en un caballo alado. No sé decir si era un mortal condenado á un monstruoso salida del averno... Apenas hubo visto á mi hermosa dama, cuando se precipitó sobre ella cual la hace el halcón sobre su presa, la engió y la arrebató á pesar de su débil resistencia. No había tenido yo tiempo para prever siquiera un ataque, y los gritos de mi angustiada dama me suocieran mi infortunio. Así se ve al milano voraz arrebatado al tierno polluelo, mientras que la diligida madre llora en vano á su hijuelo con sus gritos. Yo no podía seguir por los aires al bárbaro raptor; hallábame en el fondo de un valle rodeado por in los lindes de rocas cortadas á pico, y mi débil corcel no podía salir á la sazón por caminos tan escabrosos. Desesperado hasta el último extremo llamé á la muerte en mi auxilio, y dejando á mis compañeros de armas que privilegiaran su camino, emprendí solo y sin guía alguna el sendero que el amor me mostraba, procurando ver de nuevo al cruel bandido que acababa de despojarme de todo mi bien y mi esperanza. Durante diez días enteros recorrí parajes desiertos donde el hombre no ha impreso nunca la huella de sus pasos; ofrecíase por todas partes á mi vista precipicios espantosos. Llego por fin á un valle salvaje, rodeado de montañas elevadas y de profundas cuevas. En el centro, sobre un peñón aislado, se alza un magnífico castillo, que brilla cual refugente llama. Admiro su arquitectura y sus murallas, que no están formadas de ladrillo ni de mármol. Después he sabido que los demonios, obligados por ciertos encantos y mágicas palabras, habían construido aquellas murallas con un acero forjado en los fuegos del infierno y templado en las aguas de la laguna Estigia; así es que el arión puede uno volver-

le, ni aun empuñar su brilla. Aquel castillo es la guarida de un encantador cuyas escursiones están aisladas día y noche la cámara. Es insensible á los clamores y maldiciones de sus víctimas, ningún muro es capaz de detenerlo. Allí es donde tiene encerrada á la soberana de mi corazón, á la dama de mis pensamientos, y pierdo la esperanza de volverla á ver. ¿Puedo yo hacer más que contemplar aquel peñón espantoso, en que respira el objeto de mi adoración? Así como la zorra sin estremece horrorizada al escuchar á sus hijuelos que chillan en el aire, arrebatados por las voraces garras de una águila, pero no puede avanzarlos ni librarlos, así vea ya que hubiera necesitado alas para llegar á la cuspide de aquel peñón escarpado.

«Mientras me hallaba yo inmóvil, llegaron dos caballeros guindos por un enano, y llenos de confianza y ardor; uno de ellos era Gradisse, rey de Sericania; el otro un joven héroe, celebre ya por su valor en el ejército africano, se llamaba Rugiero. — Vienen, me dijo el enano, para burlarse con el dueño de ese castillo que, montado en un caballo alado, hace singulares esesiones. — ¡Ah! ¡señores, exclamé al instante, apíalos de mi infortunio; devolvéme mi amada si, como lo espero, triunfais de ese bárbaro! Referíles cómo me había sido arrebatado, y mis lágrimas atestiguaron mi sinceridad. Me prometieron su apoyo y empezaron á lavar la cara del pie de la roca. Yo me decidí á permanecer desde lejos como espectador de la lucha que iba á emprenderse, juzgando á Dios favoreciera á aquellos valerosos campeones.

«Notas al estilo una reducida llanura. Cuando hubieron llegado los dos guerreros al pie de la roca, disputáronse el honor del primer ataque; la suerte á el consentimiento de Rugiero permitió á Gradisse que haga retumbar los coes con el sonido de su trompeta. Abrense de pronta las puertas, y aparece el mágico en su caballo alado. Así como la grulla vuela que en el momento de tomar su vuelo corre rastrera y después vuela pesadamente antes de hendir los aires, el nigromántico se elevó al pronto con lentitud, pero pronto se pierde entre las nubes, adonde no pudiera alcanzarle el águila audaz. Después se precipita rápidamente hacia la tierra, como el halcón que quiere coger á una paloma. El nigromántico con la lanza en ristre que sobre Gradisse con horrible estrépito, y el paladin se siente herido antes de haberse podido poner en defensa. La lanza se ha roto sobre la armadura; la fuerza del golpe ha hecho doblar al lomo de la robusta Aplane, la mejor y mas hermosa de todas las yeguas. Los golpes de Gradisse solo hicieron al aire: el mágico había remontado de nuevo su vuelo, y cayó con la misma impetuosidad sobre Rugiero que estaba mirando atentamente á su compañero de armas. Inclínase el héroe bajo la violencia del golpe, y retrocede su caballo: levántase Rugiero sobre los estribos para defenderse, pero ya está su enemigo á la altura de las nubes. Golpeados alternativamente en la cabeza y en el pecho por un enemigo casi invisible, en vano procuran los dos caballeros que alcancen sus golpes. El nigromántico, con la rapidez del rayo, omienza el uno, hiere al otro, describe mil círculos fantásticos, y los deslumbra los ojos de ambos guerreros ya pueden distinguir de dónde proceden los golpes.

«Esta lucha entre los dos paladines que pelean en tierra y su alado adversario, se prolonga hasta el momento en que la noche tendió su opaca velo sobre todos los objetos, privándolos de sus vivos colores. Hubiera yo vacilar en referir tales prodigios que mas bien parecen una fábula que una verdad, pero los he visto por mis propios ojos. Por último, el mágico descubrió un gran escudo envuelto en una tela tupida de seda, que sostenía con su brazo izquierdo, y produjo tan brillante esplendor, que los dos cabal-

heras cayeron en tierra, perdida el sentido, y quedaron en poder de su enemigo. Yo mismo, deslumbrada por aquella luz sin igual, aunque me hallaba mas lejos, perdí tambien el conocimiento. Cuando volvi en mí despues de un prolongado desmayo, me vi ya al encantador, á los caballeros ni al enano: el campo de batalla estaba desierto, y las tinieblas de la noche me rodeaban. Conoci que el mágico, despues de divertirse con sus inútiles esfuerzos, habia puesto fin al combate descubriendo su escudo resplandeciente: su desgracia me arrebató la última esperanza y me alejó para siempre de aquel sitio que encierra la felicidad de toda mi vida. Juzgad ahora si puede haber penas de amor comparables á las mías. » Al decir estas palabras cor de nuevo el caballero en su profundo dolor. Era Pinabel, hijo de Anselmo, cuando de Huterine, el cual, lejos de desmentir la perfidia y la deshonrosa reputación de la raza de Mugoncia, igualaba y aun sobrepasaba á todos sus odios en vileza y cobardía.

Conmovida y enternecida Bradamante, habia manifestado una viva alegría al oír el nombre alzado de Rugiero, mas quedó consternada cuando supo la suerte que cupiera á su amante, y rogó á Pinabel que repitiese su relato. Caballero, le dice, nuestro encuentro llegará á ser gran á vuestra memoria, y heredareis este día. Guíadme al instante hacia ese castillo en que gime vuestra hermosa dama, si me ayuda la fortuna no os arrepentiréis de este nuevo trabajo. — ¡ Ah! Respondió Pinabel, no vacilaria en subir á la montaña para guiaros. ¿Qué me importan los trabajos y consueño despues de haber perdido á la que amo? Pero debo divertirlos que vais á cruzar ruinas y precipicios para hallar al fin un encierro. No me aconseis algun día de huberos ocultado los peligros que queréis arrostrar. » Dice, y volviendo las riendas, guía á Bradamante que por salvar á Rugiero va á desafiarse á los peligros y al encantador.

Poco despues les alcanza el mensajero que habia dicho á Sacrificante el nombre de su vencedor. « ¡ Deteneos! ¡ deteneos! » le grita desde lejos. Se apresura á anunciarles que el Langueado y la Proenza han levantado el estandarte de guerra. Los habitantes de Aigues-Mortes están sobre las armas, Marsella, aterrada, no ve á la que ha de defenderla; solicita los consejos y el apoyo de Bradamante. El emperador Carlos, que ve con placer y admiración á su varón sobriano, y está seguro de su hostad, le ha confiado el gobierno de aquella ciudad hermosa, situada en la orilla del mar, entre el Rodano y el Vaz. Marsella misma enviaba aquel correo á Bradamante; vacilante esta entre el deber imperioso que la llama por una parte, y el tierno amor que por otra le impulsa á volver en auxilio de Rugiero, no sabe la guerrera á qué decidirse. Por último, vence el amor; despide al correo con promesas, y prosigue su camino, firmemente decidido á salvar á su amante y romper sus cadenas.

Pinabel que acaba de saber que su compañera pertenece á la ilustre familia de Clermont la sigue con terror. Un odio inveterado y antiguo separa á ambas familias, que han tenido ya varios combates sangrientos. El ortero corno inaugura perder á Bradamante para siempre, é separarse de ella en la primera ocasión favorable. Preocupado con su inquietud y su odio, apartase involuntariamente del camino, y llega ambos á un bosque espesa y sombrío, en el cual se eleva una montaña cuya árida cima es una roca dura. Pinabel quiere aprovecharse de la espesura del bosque para huir de Bradamante, que no se separa un punto de él. « Preciso es, le dice, buscar mejor asilo antes de que sean mas densas las tinieblas. Si no me engaña lo de haber el opuesto lado de esa montaña un castillo suntuoso. Esperadme aquí, que voy á reconocer el pais desde lo alto de esa roca. » Al con-

cluir estas palabras, empieza á subir á la montaña, buscando los senderos mas apartados para ocultarse á la vista de la guerrera. En la cumbre de la montaña, ve una cueva que parece tener mas de treinta brazas de profundidad. Envolábase en el interior; una segun la abertura da paso á otra cueva mas estensa, de la que sale un resplandor semejante al de una antorcha encendida. Bradamante se reúne con el traidor en el momento en que este medita su proyecto infame.

Renunciando ya la esperanza de separarse de Bradamante por medio de la fuga, cambia de intento Pinabel y se decide á darla muerte. La induce á que suba hasta la abertura, que se asemeja á la de un pozo, y lo asegura que lo visto en la cueva á una joven cuyo traje suntuoso revela su elevada alcurnia, su llanto y oflicion indican que se halla allí cautiva. Añade que en el momento en que él quería bajar para interrugarla, aparecia un hombre enfurecido que la arrastró al fondo de la caverna, en dando ambos desaparecieron.

Bradamante, intrépida y osada, creen con facilidad los imposturas de Pinabel, y estimulada por el deseo de socorrer á aquella infeliz, busca el medio de bajar á la cueva. Cien de ella hay un olivo cargado de ramos largos; desaga la mas fuerte con su espada, y la coloca en la abertura de la cueva. Despues ideo á Pinabel que coja la rama por el extremo mas grueso y la sostenga con fuerza, mientras que ella se desuelga hasta el fondo de la cueva. Cuando está ya suspendida en la boca del abismo, sonrrese el traidor y la grita: « ¿ Sabes saltar bien? » Y abre las manos con perdida alegría. Mientras rueda Bradamante con la rama, añade: « ¡ Ah! ¿ Por qué no hon de estar aquí ahora todos los tuyos? ¡ De un solo golpe extinguir una raza maldita!... »

Sin embargo, no fue tan terrible la suerte de la crédula guerrera cual lo esperaba Pinabel. Las ramas pequeñas disminuyeron la rapidez de la caída, y la rama al romperse amortiguó la fuerza del golpe. Bradamante solo quedó aturdo, y pudo ver lo que releriré en el canto siguiente.

### CANTO III.

ACUERTE.— Encuentra Bradamante en la gruta á Helio — Sigue la voz de Meris. — Prohombres de aquel conde. — Helio hace aparecer ante Bradamante las sombras de sus descendientes. — Eligio del cardenal Hipólito de Este — Helio encena á Bradamante los medios de llegar á su cueva. — Descripción del castillo del encantador, y de la sortija que convierte en invisible al que la lleva puesta, y de la persona de Helio. — Bradamante encuentra á Bircel.

¿ Qué podrá hacer que mis versos y mis acenos sean dignos del noble asunto que voy á cantar? ¿ Qué me prestará alas para elevarme á la altura de lo que voy á describir? ¡ Nuevos fuegos deben inflammar mi alma! Al principio mi bienhechor y á sus antiguos y nobles ascendientes consagro este canto. Entre los reyes ilustres que bajaron del cielo para hacer la felicidad del mundo, ¿ visteis nunca, ni sol, raza mas fecunda en heroes tan nobles y magnánimos en la paz y en la guerra? No hay ninguna que enservars por tanto tiempo su brillo, y si he de creer el profético espíritu que se apodera de mi mente, cesará la tierra de girar sobre sus pilos antes de que pierda aquella raza su esplendor. Para celebrar dignamente la gloria de sus héroes, preciso fuera tener mas fuerza que la mia; necesitaría ya aquella lira en que Apolo dió gracias al soberano del Olimpo por la derrota de los Titanes. ¿ Que no tuviera yo los cincueles celestes! consignaría mi talento y esfuerzos á grabar en el mármol esos figuras colosales. Mi burlil harto débil procurará bosquejar esta obra, que quizás algue día perfeccionará mis cuidados.

Mas volvamos á aquel cobarde que tiembla aun guarecido bajo las armas de mejor templo. Hablemos

del de Maguncia, de aquel Pinabel que creyó haber hecho perecer á Bradamante. Piensa que esta guerra ha hallado la muerte en el fondo del precipicio, y se apresura á montar á caballo. Con el rostro pálido y descompuesto, abandona el teatro de su crimen, y como el infame montonía iniquidades sobre iniquidades, se apodera del caballo de su víctima. Dejándole correr al encuentro de su pérdida, y provocar un justo castigo. Veamos lo que aconteciera á la noble jóven, que parece haber hallado de un solo golpe la muerte y un sepulcro. Cayó sobre una roca, aturdida por la violencia del golpe, se levanta penosamente, se adelanta hacia una puerta y entra en una segunda cueva mas estensa que la primera. Espaciosa y cuadrada, asemejase á una capilla; columnas de alabastro de hermosa arquitectura sostienen y embellecen la bóveda; en el centro, elevase un altar, ante el cual arde una lámpara cuya luz brillante derrama en ambas cuevas dulce resplandor.

Conmovida Bradamante al ver un sitio que parece ser sagrado póstrase de hinojos, y dirige á Dios sus fervorosas oraciones. Abrese entonces una puerta pequeña, rechinando sobre sus goznes, y sale por ella una mujer con los pies descalzos, sin cinturón y sueltos los cabellos, que la llama por su nombre. «Valiente y generosa Bradamante, la dice, sabe que la voluntad divina es la que te conduce aquí. El alma de Merlin, cuya fría ceniza habías de saldar al seguir tu errante camino, me había predicho tu llegada, y te estaba esperando para revelarte la suerte que te reservan los decretos del destino. Esta gruta famosa y temida, es otra del sábio encantador Merlin. Ahí es donde le hizo traición la Dama del Lago, y en ese sepulcro descansan sus restos mortales. Para obedecer á un capricho de la mujer á quien amaba, se acostó vivo en esa tumba, y yació en ella el sueño eterno. Ahí debe permanecer hasta el día en que la trompeta fatal despierte á los hombres para llamarlos ante el que sabrá distinguir la blanca palma del cuervo negro; pero el espíritu profético de Merlin no se ha separado de sus helados huesos; contesta su voz á los que pueden aproximarse á su sepulcro, y le preguntan sobre el pasado ó el porvenir. Hace ya tiempo que he venido desde un país lejano para consultarle, y habiéndome anunciado tu llegada Merlin, que nunca me engaña, he permanecido aquí para verte.»

La hija de Aimon, muda y turbada al presenciar tantas maravillas, no sabe si sueña ó está despierta. Confusa y padecida baja los ojos. «¿Quién soy yo, pues, dice con modestia, para que se digan los profetas ocuparse de mí?» Responde, no obstante, con tanta extraordinaria aventura, y sigue sin vacilar á la indígena que la conduce al sepulcro de Merlin, el cual estaba formado de una piedra dura y brillante, que despedía un resplandor rojizo, suficiente para iluminar aquel sitio terrible en que nunca penetrara el sol. ¿Tienen ciertos mármoles la virtud de producir la sombra y la luz? ¿O era el efecto de los encantos, talismanes y mágicos signos con que Merlin había rodeado su sepulcro? La claridad permitía admirar la escultura y ricos adornos de aquel paraje encantado. Apenas traspasa Bradamante el dintel del sagrado recinto, de pronto, desde el fondo de su tumba, habla el encantador con voz fuerte y distinta: «¡Ayuda la fortuna á tus proyectos, esta y noble jóven! De tus entrañas ha de salir una raza numerosa, que será la gloria de la Italia y del mundo entero. La antigua sangre de Priamo, reuniendo en ti sus dos fuentes principales, producirá un linaje ilustre que hará la felicidad y la alegría de los pueblos desde las orillas del Indus y del Nilo hasta las del Tajo y del Danubio, y desde la Osa mayor hasta el Polo. Tus hijos serán ensalzados á las mayores dignidades; serán duques, marqueses y emperadores. Caballeros famosos y ca-

pitanes ilustres saldrán también de tu augusta raza, y restituirán á la Italia su antiguo esplendor y sus armas invencibles. Príncipes bienhechores y justos, harán revivir, cual Augusto y el sábio Numa, el siglo de oro. Para cumplir los decretos del destino es preciso que un matrimonio contigo como los despos de Rugiero. Descuida, nada se opondrá á que le libras, y el ser maldito que le tiene encadenado sucumbirá bajo tus golpes.»

Cállase Merlin y deja á Melisa el cuidado de hacer comparezca ante los ojos de Bradamante su ilustre posteridad. La mágica da sus órdenes, y numerosos espíritus, obedecien lo á sus evocaciones, aparecen bajo mil formas distintas y por diferentes lados á un mismo tiempo. La mágica conduce á la hija de Aimon á la primera cueva; troza en derredor suyo un círculo que tiene un colo mas de diámetro que su altura, y la cubre con un vasto dosel; despues la encarece que no salga del círculo, que guarde silencio y la mire atentamente. Los espíritus debían dar tres vueltas en derredor del círculo, y volver á entrar en el sepulcro. Abre entonces Melisa su libro, y conjura á los espíritus; salen todos de la primera gruta y rodean el círculo; en vano procuran penetrar en él: hubiérase dicho que un brazo de mar ó un fiso se lo impide. «Bradamante, esclama Melisa, si procurara yo hacerte conocer los nombres y hazañas de todos los heroes que verás aparecer, antes de haber nacido, no me bastaría una sola noche, y no tendría término nuestra entrevista. Me contentaré, pues, con indicarte algunos, á medida que se vayan presentando ante nosotros. El primero te se asemeja por su gracia y su nobleza; digos hijo de Rugiero y de Bradamante, será el tronco de tu familia en Italia; vengará la sangre de su ilustre padre, y castigará á los traidores que la hayan derramado cobardemente. Bajo sus golpes sucumbirán los señores de Poitiers; arrancará la Lombardia al yugo de Didier, y será soberano de Este y de Calais. Su hijo Alberto le sigue; vencedor de los bárbaros salvará la Hispania, y en mas de una ocasión será lo egipcia protectora de la Iglesia. Mira á Alberto, ese héroe invencible que llenará los templos de trofeos. Su hijo Hugo sometrá á Milan y se apoderará del estandarte de las antiguas culebras. Este es Azon; sucesor de su hermano, gobernará á los insubrianos. Mira á Alberto, cuyos saldos consejos consiguen arroyar de Italia á Berenguer y á su hijo. La hermosa Alda, su hijo, digno esposa de Oton, ocupará el trono de los Césares. Aquel llega otro Hugo. ¡Oh noble sucesion de heroes, en que es hereditario el valor! Mira cuál castiga el orgullo de los romanos, y les arranca á Oton III y al pontífice, á quienes retenían entre sus implas manos. Hé aquí al generoso Toulques, que abandonando á su hermano todos sus estados de Italia, va allende los rios y montes, á buscar en la Germania un gran ducado. Hereda por su madre á la casa de Sajonia, lo levanta de su decadencia, y perpetúa una raza inspirante. Ese otro que se dirige hacia nosotros prefiere la paz á la guerra; es Azon, segundo de este nombre. Sus dos hijos Bertoldo y Alberto vienen á su lado. El primero, vencedor de Enrique II, rienda los empujos de Parma con la sangre de los alemanes. Secúndale Alberto. Las virtudes de Bertoldo le hacen obtener la mano de la prudente y hermosa Matilde. Por esta union llega á ser sobrino de Enrique II, y recibe por herencia la mitad de la Italia. Su hijo Reynoldo tiene la incomparable gloria de librar á la Iglesia romana de los ataques del ímpio Federico. Otro Azon poseerá á Verona y su hermano territorio; Oton IV y el pontífice Honorato II, recompensarán sus servicios con el marquesado de Azzona. Me falta el tiempo para nombrarte todos tus descendientes que, defendiendo el pendon sagrado, se distinguirán con hazañas de importante utilidad para la Iglesia: Obizzo, Foul-

ques, Azzon, los Hugos, los dos Enriquez, el padre y el hijo, que está á su lado. Dos Güelfos, uno será el conquistador de la Umbría, y el otro vestirá el manto ducal de Espoleto. Azzon V, enjugará el llanto de la desconsolada Italia; su espado castigará á Ezzelino, móstruo infernal, devastador de la hermosa Ausonia, mas cruel que Neron, Caligula, Mario, Sylla y Antonio. El mismo Azzon arrancará el cetro de Federico II; bajo ese reinado feliz prosperará la feraz comarca que riega el rio en que Febo llamaba con su quejumbrosa lira al hijo temerario que habin querido guiar el carro del sol; fértiles orillas donde gime Cycous, el de las plateadas plumas, y donde las lágrimas de las Héliades se convirtieron en ámbur perfumado. En premio de sus piadosos esfuerzos, la Santa Sede le concederá aquel estenso territorio. Tampoco podrá olvidar á su hermano Aldobrandino, aquel héroe que por salvar la tiera, ataca á Otón IV, que estaba acampado con los gibelinos al pie del Capitolio! La poderosa Florencia le ha prestado su oro para sostener tan santa guerra, pero ha tenido que dejar en rehenes á su hermano querido, y después ha desplegado sus estandartes contra los germanos. Mas tarde castigará á los condes de Celono. El sumo pontífice, repuesto en sus estados, librará la muerte prematura de un héroe que fue su libertador. Azzon, su hermano menor y su heredero, gobernará á Pisa, Auccoa, y las comarcas comprendidas entre el mar, el Apenino, el Isaura y el Trooto. Azzon parece haber recibido tambien como herencia sus virtudes y piedad, tesoros mas preciosos é imperecederos que los ricos dones que la fortuna nos prodiga. Allí ves á su hijo Reynaldo; no es menos brillante su valor; pero la muerte envidiosa, del engrandecimiento de esa familia ilustre, le arrebató al principiar su carrera. La noticia de su triste muerte resonará desde Nápoles hasta al sitio en que su padre se halla prisionero y de consuelo. Sucede el joven Obizzo á su abuelo; agrega á su patrimonio la hermosa ciudad de Reggio y la soberbia Módena. Confiados en su valor, todos los pueblos querrán guarecerse á su amparo, y someterse á sus leyes. Azzon VI lleva el estandarte sagrado, llega á ser duque, y se casa con la hija de Cárlos de Anjou, rey de Sicilia. En ese grupo ilustre ven reunidos á los principes mejores y mas nobles: Aldobrandino, Obizzo, Nicolás el Cojo y Alberto el Clemente. Sería muy largo el referirte cómo reunirán Taenza al rico ducado de que Adra es la capital; esta ciudad da su nombre al mar Adriático de agitados olas. Así como en la Grecia se vieron países estensos que tomaron sus nombres de las rosas, del mismo modo la ciudad asentada en medio de los lagunas y hacia los dos embocaduras del Pó lleva un nombre que recuerda el deseo que tienen sus habitantes de ver al mar enfureci lo y á los vientos favoreciendo su pesca. Nicolás, jóven aun, hereda los dominios de sus padres, y confunde los esfuerzos inútiles que hace Tida para encender la guerra civil en sus estados. Los juegos de su infancia son el manejo de pesadas armas; gusta de los trabajos y fatigas de la guerra; desde los primeros pasos que da en la carrera de las armas, es ya la flor de los héroes y destruye los planes de sus rebeldes súbditos. Otón III; tirano de Parma y de Reggio, conocerá harto tarde su poderío, y perderá por su propia falta el trono y la vida. Penetrará todas las estratagemas, y nadie podrá engañarle. Así crecerá ese hermoso reino de siglo en siglo; sus hermanos no se apartarán del verdadero camino de la gloria, y nunca desvanecerán la espada injustamente. El Supremo Hacedor no podrá límites á su elevacion, su reinado será próspero mientras giro el universo sobre sus eges invisibles. Ahí está Lionel y al famoso Borsio, que fue el primer duque de Ferrara. Amigo de la paz, encadenará á Marte y domará sus furoros; la felicidad de sus súbditos cons-

tituirá su gloria y su orgullo. Ahí aparece Hércules; débil y con el pie medio quemado, obliga á tocar en retirada á Budrio. Su mirado y su voz bastan para poner en fuga á sus enemigos; sin embargo, le harán retroceder hacia la orilla del mar. Al examinar su vida, no sé si se habrá de preferir la gloria de las armas á lo de la paz. La Pouille, la Calabria y la Lucania conservarán el recuerdo de sus hazañas; en un combate singular vencerá al rey de los catalanes, y adquirirá una insignia fama aun entre los capitanes mas ilustres. Deberá á su valor el obtener un señorio que solo hubiera ocupado treinta años despues, y nunca pueblo alguno recibiera de su soberano mayores beneficios. Sus derechos al amor de sus súbditos no consistirán en haber transformado pantanos cenagosos en fértiles llanuras, ni en haber rodeado de murallas y fosos sus ciudades hermosas con plazas, templos, teatros y palacios; no en haberlos arrancado de las terribles garras del leon alado de San Marcos; no tampoco en haber mantenido la paz en sus estados, sin pagar tributos vergonzosos, en el momento en que los franceses cubrian de llamas el resto de la Italia; no, nada son estos beneficios en comparacion de la gloria de los principes que ballarán entre sus descendientes. Tales son Alfonso el Justo, Hipólito el Bienhechor; estos dos hermanos estarán mas unidos que lo fueron los hijos de Tyndaro, que alternativamente se privaban de la luz y volvian á entrar en las profundas tinieblas del Tártaro. Alfonso á Hipólito estarán prontos siempre á arriesgar su vida el uno por el otro, y su afecto consolidará la paz pública mejor aun que si el brazo de Vulcano hubiera rodeado su capital con un doble cinturón de acero. La sabiduría y bondad de Alfonso harán pensar que los cielos, de donde nos vienen los veranos y los inviernos, habrán concedido á los mortales la vuelta de Astrea. Su prudencia y valor, dignos de su padre, le serán necesarios particularmente cuando Venecia por una parte, enviara sus ejércitos contra sus batallones poco numerosos, mientras que su existencia será amenazada por una madre injusta; ¿qué digo? ¿una madrastra mas cruel que Medea y Progné! Cuando salga de sus ciudades á la cabeza de sus fieles soldados, ya sea á la claridad del día, ya durante las tinieblas de la noche, hará sufrir á sus enemigos derrotas memorables, en mar y en tierra. Los pueblos de la Romanía, desertores de su causa, harán con su sangre las llanuras en que correo el Pó, el Sauterne y el Zanolé. Los españoles, soldados mercenarios de un pontífice cruel, recibirán en aquellas mismas orillas un pronto castigo de sus crueldades con el gobernador y la guarnicion de Bastia. Degollados á su vez sin piedad, perecerán todos desde el capitan hasta el último soldado, y ninguno de ellos irá á llevar á los romanos la noticia de su desastre. Ese mismo Alfonso, en los campos de la Romanía, tanto con su sabiduría como con su lanza, decidirá á la victoria á colocarse bajo las banderas de los franceses en aquella jornada en que batirán á Julio II y á los españoles: jornada terrible en que se verá á los caballos entrar hasta el petral en la sangre de los vencidos, donde fallarán brazos para dar sepultura á los guerreros alemanes, españoles, griegos, italianos y franceses. Fija tus miradas en ese noble y generoso Hipólito, que se acerca revestido con hábitos pontificales, adornada la cabeza con el birrete de púrpura. ¡Cardenal sublime á quien la prosa y los versos celebrarán á porfia en todos los idiomas del universo, el cielo justo ha querido que, cual otro Augusto hallaras un nuevo Virgilio! Semejante el sol, cuyo brillo oscurece el de los demas astros y hace el principal adorno del universo, será el orgullo de tu raza. Llegará un día en que salgas de tu capital con un pequeño número de guerreros, y poco despues, radiante de gloria, volverás el puerto coe quince galeras apresadas

y mayor número de otros hieles. Há ahí á los dos Sigismundos, á Alfonso y sus cinco hijos queridos cuya lana cruzará los mutes y los mares. Uno de ellos, Hércules II, casará con la hija del rey de Francia; otro, Hipólito, no menos empuente y brillante que su tío, dará nuevo lustre á su familia. Francisco es el tercero, los otros dos llevan el nombre de Alfonso. Pero lo repito, oh Bradamante, si hubiera de mostrarte á todos los descendientes y referirte sus laudas, veríamos al sol concluir y volver á empezar su carrera varios veces; y tiempo es ya de que vuelva la libertad á estos fantasmas y de que yo me calle. Al decir estas palabras, cerró su libro con el acotamiento de Bradamante, y aquellas sombras fugaces se precipitaron al momento en el sepulcro de Merlin.

Libre ya para poder hablar le dice la guerrera á Melisa: «¿Quiénes son los príncipes que he visto entre Hipólito y Alfonso? Adelantábanse suspirando, triste la vista y lloja en el suelo; parecían ballarse sin voz y sin fuerzas; retirados á un lado, no osaban aproximarse á sus hermanos.» Al oír Melisa esta pregunta, denudóse el rostro, y sus ojos se llenaron de lágrimas; ¡infelicitados! esclama; ¡qué abismo les han arrastrado los consejos perversos y perversos! Hipólito, Alfonso, no de-minuís las virtudes de vuestros abuelos. ¡Sed clementes! Esos desgracia los son hermanos vuestros; piedad vuestra justicia á la piedad. ¡Después cómo en voz baja: «¿Para qué decirte más? No quiero turbar tus dulces ilusiones. No te adije ni silencio!... Mañana al rayar el alba, seguiremos juntas el camino mas corto para ir á ese castillo de acero resplandeciente, prision actual de Rugiero. No te alejandraré hasta que hayas salido de este bosque salvaje. Cuando estemos á la orilla del mar te enseñaré el camino de modo que no puedas ya extraviarte.

La intrépida Bradamante permanece el resto de la noche en aquella cueva, conversando con el alma de Merlin, é informándose de los medios de socorrer á Rugiero. Á los primeros albores de la aurora, parte con Melisa, siguiendo senderos oscuros y escabrosos, y atravesando los precipicios y las montañas escarpadas que las rodean por todas partes. Sin descansar ni un instante, trepan por las rocas, cruzan los torrentes, y destruyen las penosas fatigas de aquel viaje singular hablando de lo que la era mas caro y precioso á Bradamante. Melisa le dice que necesita tanta estirnia como valor para conseguir mayor éxito su proyecto. «Aun cuando fueras Marte ó Palas, aun cuando tuvieras á tu disposición las innumerables tropas de Agramante y de Cúro, no podrías resistir al nigromántico. Esos muros de acero edificadas sobre una roca insuperable cuya cima se pierde entre las nubes, el caballo alado que le lleva por los aires lo hacen ser quizás mas terrible que su escudo, del que salen rayos tan penetrantes y peligrosos, que los ojos que los perciben quedan deslumbrados, paralizan todos los sentidos y se queda el cuerpo en un estado semejante al de la muerte. Imposible te sería, ademas, correr los párpados; y cómo dirigirías entonces ni pararas los de tu adversario? Para librarte de esa luz deslumbradora y de los dolores encantados del mágico, te enseñaré el único secreto que puedes emplear. Agramante, poseedor de un anillo que fue sustraído en otro tiempo á una reina de la India, te ha entregado á uno de sus oficiales llamado Brunel. Este hombre nos precede por el mismo camino que seguirnos; y solo nos lleva algunas millas de ventaja. El anillo es un talisman contra todos los encantamientos, y Brunel es tan astuto y tan gran mágico como el que retiene cautivo á Rugiero. Agramante ha confiado en su celo para librar á un guerrero tan útil á su causa, y Brunel ha prometido conseguirlo. Mas es preciso, oh Bradamante, que solo á ti deba el paladin su salvación, y he aquí el medio de

conseguirlo. Seguirás caminando durante tres dias por la orilla del mar: en la tarde del tercer día, llegarás á la hostería en que estará Brunel, poseedor del anillo. Le conocerás fácilmente por su estatura de menos de cuatro pies, y su abultada cabeza cubierta de una lana negra y encrespada. Torvo es su mirar, su color livido y aplastada su nariz; sus erizadas cejas se unen con su poblada barba. Por último, su traje es corto y tosco como el de un simple mensajero. Podrás entablar conversacion con él fácilmente, habiéndole de esos encantamientos singulares, é informándole de su deseo de batierte con el mágico. Pero guárdate de darle á entender que conoces el poder del anillo mágico de Agramante. Se ofrecerá á guiarte, y partireis juntos. Ten cuidado de mantenerle detras de ti; en cuanto os halleis cerca del castillo de acero, degüella á Brunel sin escuchar la voz secreta de una compasion mal entendida. Procura que no sospeche tu intento, pues le bastaría meters en la boca el anillo para desaparecer instantáneamente de tu vista.»

Hablando así, llegaron Melisa y Bradamante á orillas del mar, cerca de Burdeos y no lejos de la embocadura del Garona. Allí se separaron derramando lágrimas, y la hija de Aimon, anhelando librar á Rugiero, continúa su viaje con tal rapidéz que llega muy pronto á la hostería en que solo hacia breves instantes que se hallaba Brunel. Tiene presente en la memoria el retrato que de él le hiciera Melisa, y conoce al momento el sarcasmo. Pregúntale de dónde viene y cuál es el objeto de su viaje, y las respuestas que obtiene son imposturas. La guerrera por su parte, le oculta cuidadosamente su patrin, su religion, su sexo y su nombre. Se mantiene apostada observando todos sus gestos y movimientos, porque Brunel es capaz de las raterías mas sôtilas. De pronto resuena en sus oidos un gran rumor: y se diré la causa, señor, mas permitid que mi voz descanse un momento.

#### CANTO IV.

Asesinato — Aparicion de Atlante sobre su corcel alado. — Brunel sirve de guia á Bradamante — Este le quita su anillo encantado. — Se batió con Atlante y le hace prisionero. — Destruccion del castillo. — Muerte de Rugiero en el sepulcro y su alaba por los aires — Resucitose Bradamante y reapareció en aquel sitio — La tempestad arrojó á Reynaldo á las costas de Escocia. — Ley serva de este viaje para la cordura de las mujeres. — Observaciones de Reynaldo sobre esta ley. — Muerte de socorrer á Genova. — Encuentro á Dalmira y la libre de manos de dos asesinos.

El disimulo es un defecto grave que indica mala intencion, pero hay una multitud de ocasiones en que, por este medio se evitan los peligros y aun la muerte. Nuestros dias, mas tristes que serenos, transcurren en medio de la envidia y de mil pasiones bajas. Preciso es hacer muchas investigaciones y pruebas muy largas para hallar un amigo verdadero á quien se pueda con toda tranquilidad confiar sinceramente todos los afectos del alma. ¿Qué habia de hacer la hermosa amante de Rugiero en presencion de un hombre tan perverso y villano como Brunel, cuya estufa y perfidia le habia advertido Melisa? Resolvió disimular y luchar con aquel trano consumado.

Mientras vigilaba las manos diestras y sutiles de aquel bergante, de-puso oir un gran rumor. «Oh reina de los cielos, gloriosa y divina madre, esclamó Bradamante, ¿de dónde proviene ese ruido?» El hostalero y toda su familia, desde las ventanas y el camino, tenían fija la vista en el espacio, como si hubieran contemplado un cometa ó un eclipse. Bradamante divisó entonces un corcel con alas, montado por un jinete cubierto de rica armadura, que herida el aire con rapidéz. Las alas colosales de aquel corcel maravilloso estaban formadas de plumas de diferentes co-

lores; las armas del ginete eran de bruñido y brillante acero. Dirigió su vuelo hacia el Occidente, y pronto desapareció tras la cima de las montañas. «Es un encantador», dijo el hostelero (y no mentía), «sigue con frecuencia esa dirección y hace escursiones mas ó menos lejanas. Tan pronto vuela cerca de las estrellas, como va rozando el suelo y arrebatá todas las mujeres hermosas que halla al paso. Por eso las jóvenes del país que creen hallarse dotadas de alguna hermosura (y hay muy pocas que no lo creen), no se atreven ya á salir durante el día. Posee un castillo construido por sus encantamientos en la cumbre de los Pirineos; ese edificio, hecho todo él de acero, es tan hermoso y resplandeciente, que nunca vió el mundo maravilla igual. Varios caballeros han intentado ya penetrar en él, pero ninguno ha vuelto. Mucho me temo que hayan encontrado allí la muerte ó un encierro. Escucha Bradamante estas palabras con interés, y espera destruir con el poder del anillo los encantos del mágico y su castillo. Hay entre tus criadas, dice el hostelero, alguien que sepa el camino de esa fortaleza? Mi corazón está impaciente, y arde en deseos de combatir al mágico.—No te faltará un guía, exclama Brunel; estoy pronto á acompañarte. Poseo un mapa para dirigirnos, y otra cosa mas que te hará muy útil mi compañía.» Aludía á su anillo, pero tuvo buen cuidado de no enseñarle, y no dijo una palabra mas. «Te verá con gusto á mi lado», contestó Bradamante, y regocijase al pensar que pronto será dueña del precioso talisman. Siempre en guardia para saber lo que ha de decir á ocultar á

Brunel, le compra al hostelero un caballo propio para el viaje que iba á emprender y bueno para pelear. Al siguiente día, anunciando los primeros rayos del sol un tiempo hermoso, se aleja por un valle angosto, teniendo cuidado de seguir paso por paso á su compañero, á quien hace ir siempre delante.

De bosque en bosque, y de montaña en montaña, llegan por fin á la cumbre de los Pirineos. Desde aquel paraje elevado, cuando el día está despejado y sereno, se descubren la Francia, la España y las dos mareas, del mismo modo que desde lo alto del Apenino, en el camino que conduce á Camalduli, se ven el mar de Toscana y el golfo Adriático. Brunel y su compañero bajan por un sendero escabroso y molesto á un valle profundo; en el centro hay un peñasco, cuya cúspide está rodeada por un muro de acero. Este peñasco domina á todas las montañas circunvecinas, y á todas que se tengan alas, no se puede subir á él. «Hé ahí, dice Brunel, la fortaleza en que el mágico detiene cautivos á las damas y caballeros.» Y á la verdad que solo el dueño de un caballo alado podía elegir por vivienda aquel peñon cortado perpendicularmente á pico por los cuatro costados.

Jexa entonces Bradamante ya llegado el momento de usar á Brunel para arrebatarle su anillo, mas no puede decidirse á manchar sus manos con la sangre de aquel hombre indefenso y vil. Esperando que conseguirá apoderarse del talisman sin tener que avergonzarse de haber cometido un asesinato, coge á Brunel que nada sospecha, le ata súbitamente á las ramas de un pino corpulento, y le quita el anillo,



Bradamante quita á Brunel el anillo misterioso.

sin que puedan enternecerla los gritos, gemidos y sollozos del arrancado. En seguida baja levemente á la llanura y se aproxima al castillo; para atraer al encantador y provocarle al combate toca la trompa, y después, con voz robusta, le llama y le detalla. No tarda en aparecer el mágico; hiende su caballo el aire, y se precipita hacia el auxilio que le provocan. Observa Bradamante que no lleva lanza, espada, maza, ni arma alguna ofensiva, pero que de su brazo

izquierdo pende un escudo cubierto con una tela de seda: en la derecha tiene abierto el libro que le sirve para sus encantamientos. Por su arte mágico, mientras está lejos aun, hace que el guerrero que pelea con él crea estar ya hundiéndose y sentir sus golpes. Sin embargo el caballo alado no es un fantasma; fruto de los amores de una yegua y de un grifo, tiene como su padre la cabeza de aguilá y las patas de leonteras armadas de garras puntiagudas. Tiene alas y

plumas; el resto de su cuerpo es semejante al de su madre: aquel animal singular se llama hipogrifo. Se ven algunos, aunque en pequeño número, en los montes Rúfios, mucho más allá de los mares glaciales. El mágico, á fuerza de cuidados y aplicación habiéndose sabido atraer á este con el poder de su arte mágico. Habiale bastado un mes para acostumbrarle al freno, y se dejaba montar y volaba por do quiera le dirigía su dueño. Pero aunque el hipogrifo no era un ser imaginario, el mágico se rodeaba de misterioso prestigio; hubiera podido hacer que la púrpura más brillante pareciera amarilla. Pero todos sus artificios eran impetentes con Bradamante, á quien iluminaba y protegía la virtud del anillo. Dócil la guerrera á los consejos de Melisa, se agita y mueve sin cesar, esgrimiendo la espada en todas direcciones, después de haber hecho esto algun tiempo á caballo, echaba á tierra, también por consejo que la diena Melisa, para poder calcular mejor sus golpes. El mágico se resuelve á emplear el más poderoso de todos sus encantos, y descubre el escudo fatal, seguro de que su vivo resplandor hará caer firme en tierra á su enemigo. Sin duda que hubiera podido usar desde luego este medio tan eficaz y rápido, pero se complacía en ver á los guerreros esgrimir la espada y manejar la lanza, así como el gato se divierte con la débil defensa de un ratón hasta que, cansado de jugar, le dá el golpe mortal. En sus combates anteriores había sido el encantador el gato, y sus adversarios los ratones, mas no sucedió lo mismo con Bradamante, protegida por el anillo. Atenta á todos los movimientos de su enemigo, le va descubriendo el escudo. Para no inspirarle la menor sospecha, cierra los ojos y se deja caer en el suelo con la esperanza de escitar al mágico á que baje y se aproxime á ella. Esta estratagemá obtiene un éxito completo; el nigromántico hace bajar el vuelo á su corcel; cubre su escudo, le cuela con el libro al arzon de la silla y se aproxima á Bradamante, que espía todos sus movimientos como el lobo oculto en un matorral observa al tierno cabritillo. En cuanto le ve ya á su alcance, levántase la guerrera de improviso, le sujeta con fuerza y le oprime con aquella misma cadena de que se servía el mágico y con la cual creyera atar á Bradamante como á sus desuás victimas. Ya no empuña aquel libro que le aseguraba la victoria; enciende indeseado y débil queda al momento en poder de la robusta guerrera, que va á cortarle la cabeza.... Pero su victorioso brazo queda suspendido en el aire, y mira como una venganza vilísima el inmolarse á aquel anciano de blancos cabellos, cubierto de arrugas el rostro y tendido á sus pies. «¡Por piedad, joven, arráncame la vida!» esclama el mágico poseído de cólera y despecho, pero cuanto más implora la muerte, menos dispuesta se halla Bradamante á dársela. Sin embargo, deseando saber su nombre y el motivo que le ha impulsado á elegir aquel sitio salvaje para edificarse un castillo insuperable, le interroga. «¡Ah! le responde el enciende derramando lágrimas, no he construido esa fortaleza en la cima de la roca para ocultar robos, ni facilitar rapiñas. Solo fue por salvar la existencia de un caballero joven, objeto de toda mi solicitud. Muerde que ha revelado que ha de perecer á traición poco tiempo después de abrazar la religión cristiana. Se llama Rugiero: el sol es su carrera de polo á polo no vicia otro tan bello ni perfecto. Yo desgraciado Atlante, fui quien le crié desde su edad más tierna. La sed de gloria, ó mejor dicho, su inmutable destino, le ha conducido á Francia, al campo de Agnante, y este príncipe le profesa paternal afecto. He querido alegrarle de este país donde solo le esperan peligros; construí ese castillo para encerrarle, y me apoderé de él por los mismos medios que empleara contigo. Damas y caballeros, cautivos en ese recinto, habían de hacer agradable su residencia á Rugiero. Para

quitarle toda idea de recobrar su libertad, reuní allí todos los placeres y gozos de la vida: conciertos, trajes suntuosos, variados juegos, manjares exquisitos, todo lo que halaga al corazón y á los sentidos. Recogía ya el fruto de mis desvelos, cuando tu llegada vino á destruir todo mi proyecto. ¡Ah! si es tu alma tan bella cual tu rostro, no te opongas al éxito de mi generosa empresa. Toma ese escudo, te lo doy; tome también ese corcel rápido que hiede los aires, pero respeta mi asilo. Llévate á los caballeros que quieras elegir; ¡ah! ¡llévate á todos con tal que me dejes á mi querido Rugiero! Si es inmutable tu resolución, si quieres llevarle á Francia, arráncame esta alma desconsolada, cuya euejeada y tosca corteza está ya próxima á desprenderse.—Llévate á ese héroe, replica Bradamante: inútiles son tus ruegos. ¡Pretendes ofrecermelo como un regalo ese caballo y ese escudo? ¿No son ya míos? Además, ¿podría yo preferirlos á Rugiero? Deteniéndole aquí crees poder oponerte á los decretos del destino, pero tu arte es impotente, puesto que no has sabido prever la suerte que te aguardaba. ¿Cómo pretendes conjurar los peligros que amenazan á otro, cuando no has podido evitar el golpe que ahora te agobia? En vano me pides la muerte: si tu alma es fuerte y valerosa, te quedarán mil medios para desembarazarte de una vida importuna, aun cuando el universo entero te robuara su auxilio. Pero empieza ahora por restituir la libertad á tus cautivos.» Y al decir esto arrastra al mágico hacia el castillo y le obliga á subir delante, pues á pesar de la resignación que aparenta tener, aun desconfiaba de él. Al llegar al pie de la roca, ve una puerta pequeña; una escalera de caracol los conduce á la entrada del castillo. Levanta Atlante una piedra larga y lisa que forma el dintel, y sobre la cual hay grabados figura y caracteres estranos. Allí hay unos vasos llenos de un fuego oculto, de los cuales sale denso humo... Atlante los rompe... Es el momento mismo se desvanecen las murallas, la torre y el castillo. Solo se ve la cima inculca y árida de la montaña. El mismo encantador desaparece con la rapidez del pájaro que se escapa de su jaula. Las damas y caballeros, libres ya aparecen diseminados en aquella tierra estéril, y algunos echan de menos las delicias de su cautiverio. Allí están Gradasso y Sacripante; Prasido, valiente caballero que desde la estremidad del Oriente había seguido al paladín Reynaldo, á su lado está Trohe, su amigo más querido. La hija de Aimon conoce también á su fiel Rugiero, que la acoge con la mayor galantería y ternura. Ama á Bradamante desde el día en que por complacerle se quitó esta guerrera el casco, y fue herida en el momento mismo. Serio harlo largo referir aquí quién fue el que la hizo aquella herida. Desde entonces se buscaron sin cesar, recorriendo bosques y montes desiertos. Al conocer Rugiero á su libertadora, al ver á la que tanto adora, nada hay capaz de igualar á su dicha y alegría. Ambos bajan el valle en que Bradamante consiguió la victoria, y hallan al hipogrifo con el escudo fatal colgado aun del arzon de la silla. Se adelanta Bradamante para coger las riendas, y el hipogrifo parece aguardarla, pero tomando vuelo de repente, se eleva por el aire y va á posarse á cierta distancia en la pendiente de la montaña. La guerrera le persigue: el corcel la deja que se aproxime á él, y cuando está ya cerca, echade nuevo á volar. Así se ve en las áridas arenas del desierto á la coneja burlarse de los perros que la quieren coger.

Rugiero, Gradasso, Sacripante y todos los demás caballeros se colocan en diferentes sitios, tanto en la llanura como en la montaña. Procuran todos sorprender al hipogrifo que tan pronto los atrae á la cima de los montes, como al fondo de los valles. Por último, permite á Rugiero que se aproxime á él, era este un lazo que le tendió el encantador. Lleno de inquietud,

y queriendo librar al joven paladín de los peligros que le amenazan, le envía Atlante el hipógrifo para arrancarle de Europa. Coje Rugiero las riendas del caballo alado, mas no puede sujetarle ni hacerlo obedecer. Apésese entonces de su fiel Frontino y sube en

el hipógrifo, clavándole las espuelas. Escitado el ardor del animal, galopa buen rato, y de improvviso, mas rápido que el halcón cuando se le quita la caperuza y descubre una presa, se eleva en el espacio. Cousternada y afligida Bradamante, ve el peligro que



Atlante levanta la piedra que cubre el fuego oculto.

corre su Rugiero adorado; lo que ha oído referir del rapto de Ganimedes, arrebatado del palacio de su padre y transportado al Olimpo, la hacen temer que sufra igual suerte un joven héroe no menos bello y amable. Siguele sus ojos por el aire, y cree verle aun cuando ya ha desaparecido. Su alma entera parece irse con Rugiero, y al fin se entrega al dolor mas profundo y desesperado. Fíjase su vista en Frontino, y le coge para evitar que aquel caballo excelente caiga en manos extrañas; quizás algun día podrá restituirlo á su dueño.

Inhálbil Rugiero para manejar el hipógrifo, pasa por encima de las montañas mas elevadas; pronto ya no puede distinguir los montes de las llanuras, y él mismo no parece mas que un punto en el espacio. El hipógrifo dirige su vuelo hacia el Poniente, y hiede el aire cual bajel ligero que se desliza sobre las olas, impulsado por los céfiros. Dejémosle proseguir este viaje que no será desgraciado, y volvamos al paladín Reynaldo. Jugueté de los vientos furiosos, recorre durante dos días enteros estensos mares, desde el Poniente al Norte. La tormenta dura toda la noche, y arroja el bajel hacia el cabo de Escocia en que se halla el célebre bosque Caledoniano, cuyos árboles seculares oyeron con tanta frecuencia el ruido de las armas y los combates. Allí acudían los andantes caballeros mas famosos de la Gran-Bretaña, de los países inmediatos y aun de los mas lejanos;

los paladines de Francia, de Alemania y de Noruega. El que no tenga un valor á toda prueba, guárdese de penetrar allí; al buscar la gloria, solo la muerte hallaría. Aquellos sitios sombríos presenciaron las hazañas de Tristan, Lancelote, Arturo, Galasse, Galvino y de todos los caballeros de la antigua y moderna Mesa-Redonda. Allí se ven aun los monumentos de su valor, y sus gloriosos trofeos.

Reynaldo coge sus armas, hace que le desembarquen con Bayardo en la playa, y ordena al patron del bajel que vaya á esperarle al puerto de Beuviek. Solo y sin guia el paladín, se interna en las sinuosidades del bosque inmenso; sigue varios caminos, esperando hallar uno que le conduzca á alguna aventura extraordinaria. En la tarde del tercer día llegó á una abadía hermosa, en donde se dispensa hospitalaria acogida á las damas y caballeros que llegan á ella. El abad y los religiosos hacen un recibimiento distinguido al paladín. Después que una comida abundante ha repuesto sus fuerzas, preguntales Reynaldo cómo podrá señalar un caballero su valor en aquel país; le contestan que no hay en todo el universo un sitio mas fértil en aventuras, pero que la mayor parte de ellos quedan sepultadas en el olvido. «Buscad mas bien, añaden, países en que los actos de valor no queden ignorados. Si queréis poner á prueba vuestra pujanza, preséntase ahora la ocasión mas bella que pudiera ofrecerse jamás á un paladín. La hija del rey

necesita un defensor y un campeón contra un caballero llamado Lurcuno, que quiere hacerla perder el honor y la vida. Arrastrado por un odio ciego y feroz, acusa a Lurcuno ante el rey, su propio padre, de haber introducido por la noche á un amante en su palacio. Pretende haber visto al amante escalar el balcón con la ayuda de la princesa. Las leyes de este reino la condenan á morir en la hoguera si en el término de dos meses no encuentra un campeón que quiera pelear con el acusador y probarle su mentira. Tal es la ley de Escocia, ley severa y rigorosa que quiero que todos veáis, sea cual fuere su linaje, acusada de haber tratado con otro cualquiera que no fuese su marido, sufra la muerte si no se presenta un caballero que sostenga y pruebe con las armas su inocencia. Deplorando el rey la suerte de Genièvre (este es el nombre de su hija) ha hecho pregonar en todas las ciudades y castillos que el campeón que se arme en defensa suya y confunda al calumniador, recibirá en premio, siempre que sea de noble origen, la mano de la princesa y un dote digno de tan ilustre alianza. Pero si no encuentra de aquí al fin del mes caballero alguno que la defienda, ó si sucumbe su defensor, Genièvre perecerá. Mas fama reportareis, señor, de acometer tamaña empresa que de vagar á la aventura por este bosque. Eterna gloria será el premio de vuestra victoria, y recibiréis por recompensa la mano de la princesa mas bella que existe en todas las regiones comprendidas entre la India y las columnas de Hércules. Tendréis riquezas, una posición que asegurará para siempre vuestra dicha, y la amistad de un gran monarca que os deberá el honor y la vida de su hija. ¿No debe un caballero castigar á los malandrines y proteger á las damas, sobre todo cuando estas son modelos de virtud y de prudencia? Reflexiona un momento el paladin, y contesta: «¿Decís que una de vuestras leyes impone el castigo de muerte á la mujer que recibe en sus brazos á su amante? ¿Maldición en los que fueron inventores de leyes tan bárbaras! ¡maldición, mayor aun, en los que consistent en sufrirlas! ¡Ah! perforce mas bien la mujer cruel que hace desesperar á un amante fiel..... Que la hermosa Genièvre haya hecho ó no feliz al suyo, me importa poco, y aun hallárase mal corazón dispuesto á elogiarla si hubiera obrado con misterio. Mi único deseo es defenderla: dadme un guía que me conduzca adonde se halla su acusador, y con la ayuda de Dios espero salvarla. No sostendré que sea inocente: lo ignoro, y podría equivocarme; pero si que una falta semejante no merece tal castigo. Diré que vuestros legisladores son locos y bárbaros, y que es preciso sustituir á esas leyes otras mas suaves. Si un mútuo ardor, si los mismos arrebatos arrestran á los dos sexos al tierno desenfado que el necio vulgo considera como un crimen, si el hombre se abandona sin freno alguno á sus pasiones y hace consistir toda su gloria en obtener buen éxito á qué censurar y castigar á las infelices mujeres por haber escuchado los ruegos de uno ó varios amantes? Esa ley pues, tan rigorosa para las mujeres, es una violación de todos los principios de equidad. ¡Vive el cielo que yo sabré probar cuán horrible sería conservar por mas tiempo! ¡Applaudiendo todos los monjes y conviene en la injusticia de los antiguos legisladores, exclamando unánimes que hacia muy mal el rey en no usar de su poder para revocar leyes tan crueles.

Cuando la mañana aurore empezó á engalunar el campo con sus matizados y rojizos colores, Reynaldo, vestido ya la armadura montó en Bayardo.

Un escudero que toma en la abadía le guía rápidamente por el espeso bosque, hasta el sitio en que debe decidirse la suerte de la hermosa Genièvre.

Para abreviar el viaje dejan el camino y se dirigen por los tajos; oyen de improvisa gritos lamentables y angustiosos. Reynaldo y su escudero lanzan sus caballos hacia el valle en que suenan los gemidos, y ven

dende lejos á una mujer bastante hermosa que lucha con dos mallechores. Llorosa y desesperada, le suplica inútilmente que la perdonen la vida, y van á herirla cuando Heynaldo corre hacia ellos proferiendo gritos amenazadores. Al verle huyen los dos asesinos y desaparecen en las sinuosidades del valle. Desdoblado persiguiéndolos, el caballero se aproxima á la dama, la pregunta la causa de su desgracia, é invítandola á que monte á la grupa de un escudero, continúa su camino. A pesar de su terror y su palidez se ve que aquella mujer es hermosa y de modales distinguidos; interrógala de nuevo Heynaldo sobre su aventura: entouces con aire modesto, la refiere lo que os diré en el siguiente canto.

## CANTO V.

ARGUMENTO.—Historia de Delinda y de Genièvre.—Ariadante abandona la corte y se arroja al mar.—Anuncia su muerte un peregrino.—Lurcuno acusa á Genièvre y ofrece probar su crimen por medio de un combate singular.—Ariadante disfrazado se burla con su hermano para defender la inocencia de Genièvre.—Llega Bayardo y descubre al rey la perfidia del duque de Albano.—Reynaldo se burla con Pelinoro y le mata.—Ariadante se quita al casco y se da á conocer.

Viven todos los animales unidos y en paz. Si se hacen la guerra nunca se ve al macho atacar á su compañera. La osa en los bosques está segura al lado del oso: la leona descansa tranquilamente al lado del león: la loba no huye del lobo, y no teme la vaca al toro. ¡Qué ferocidad, qué instintos crueles se han apoderado pues del corazón del hombre! ¿No se ve con frecuencia á dos esposos llevarse de injurias y reconvencciones, pegarse, herirse el rostro, empujar un llanto, y aun ensangrentar con su sangre el lecho nupcial? Esa ya una acción harto criminal, contra todas las leyes de la naturaleza y ofensiva para el Creador, el altar la mano contra los frágiles miembros de una mujer, y erraríamos un solo cabello! Pero emplear el veneno, el cordel ó el puñal para quitar la vida á una joven, no es acción propia de un hombre, sino mas bien la inspiración de un espíritu infernal revestido de humanas formas. Tales eran sin duda los dos bandidos á quienes Reynaldo puso en fuga en el momento en que arrastraban aquella dama al fondo de un valle solitario. La hemos dejado en el momento de empezar á referir las desgracias al paladin su protector; continuemos ahora nuestra relación. «Os referiré, señor, una historia tan atroz y tan cruel, que Argos y Mýcenos no vieran nunca semejantes iniquidades. ¡Quiera al sol negar su luz á este país maldito y ocultar tantos crímenes á las miradas de los mortales! En todas las épocas se ven hartos ejemplos de la crueldad implacable del hombre para con sus semejantes; pero querer destruir al que se complace en prodigarlos beneficios, es mas aun que un crimen; es una impiedad. Preciso es que os refiera la historia de mi vida para que sepáis la causa verdadera de la suerte que me preparaban esos malvados.

«Desde mi edad mas tierna me crié con la hija de nuestro rey; destinado á su servicio, ocupaba en la corte un puesto distinguido; pero el cruel Amor, envidioso de mi felicidad, quiso para vengarse someterme á sus leyes. El duque de Albano me pareció mas bello que todos nuestros pajes y caballeros, y me declaró su ardiente llama, y le adoré con todo mi corazón. Escúchense las palabras amorosas, se ve el rostro de un amante; pero ¿cómo leer sus pensamientos? Crédula por demas, fui seducida y me atreví á recibirle en mi cuarto; no reflexioné que era esta la habitación á la que Genièvre se retiraba algunas veces, y en la que colocaba sus adornos mas sutuosos. Este cuarto tenía un balcón, y una escala de cuerda atada á él facilitaba á mi amante la entrada cuando la princesa cambiaba de aposento para evitar el frío y el calor. Aprovechémoslo su ausencia para vernos; favorecidos por las ruinas que rodeaban el balcón, pa-

saba el duque siu que le vierna, y protegidos nuestros placeres por el misterio, duraron muchos meses.

Como yo estaba ciega no observaba el poco efecto que me demostraba mi amante, y sin embargo mil indicios debíern haberme revelado su disimulo y su perfidia. El amor creció sin cesar, y tal llegó á ser mi desvario que el duque no temió confesarme que estaba enamorado de Genieira. No sé si quizá la amaría antes que á mí; pero viéndose dueño absoluto de mi razon y de mi albedrio, no vació en confiarme sus proyectos. Me decía, á la verdad, que su amor á la princesa no era positivo; pero que necesitaba fingir para obtener del rey la mano de su hija, dueña ya de elegir un esposo. «No hay, añadía, caballero mas digno que yo de tal rango y honra.» Me persuadí que, si con mi auxilio llegaba á ser yerno del rey (y esta era la posición mas elevada á que pudiera elevarse un súbdito), sería tan eterno su agradecimiento como el recuerdo de tan buen servicio. «Pero tú serás siempre á mis ojos la mas bella, añadía, y yo continuaré siendo tu fiel amante.»

«Acostumbrada á anticiparme á sus deseos, ni supe ni pude contrariar su intento; considerábame feliz con su dicha, y solo procuraba complacerle. Me sacrifiqué, y aprovechando la primera ocasion favorable hablé de él con enemigo á la princesa. Hice todos mis esfuerzos, empleé toda mi destreza para hacer que le amara Genieira; ¡Dios sabe que nada omití para conseguirlo! Cuidados inútiles: todos los dias, todos los pensamientos de Genieira estaban recomentados en un caballero jóven y bermoso que habia llegado á la corte de Escocia de un pais lejano de Italia con su hermano. Pronto sobresalió entre los paladines mas diestros y valientes de la Gran-Bretaña. El rey le concedió su amistad y le dió castillos, villas y dignidades que le biceran ser igual á los barones mas poderosos. Querido del monarca, lo era tambien de su hija. Cautivábala menos su valor brillante que la sinceridad de su amor; sabia que en el corazón de Ariodante ardía una llama mas viva que los fuegos que devoraron á Troya, y que los del Vesubio y el Etna. El tierno y constante amor que ocupaba su alma, hizo que Genieira, insensible á todos mis argumentos, manifestara todo su desden y aversión hacia el objeto de mi pasión. Con frecuencia intenté convencer al duque de que renunciara á sus inútiles proyectos, diciéndole que nunca podría hacer variar á un corazón ocupado por otro amor; quería yo probarle que todas las olas del Océano inmenso no conseguirían apagar aquel fuego tan abrasador. Polinesio (este era el nombre del duque) me escuchaba por fia, y comprendió que sus deseos no se conseguirían nunca. Genieira le despreciaba por un rival, y el orgullo herido cambió pronto su amor en odio. Quiso entonces producir entre los dos amantes discordias tan crueles y tal enemistad, que se desamieran para siempre, haciendo recaer sobre Genieira el peso de una calumnia tan odiosa que no pudiera nunca destruirse. Disimulando su proyecto, me lo ocultó tambien á mí, y una vez ligado su plan, me dijo un dia: «Querida Danilla (asi me llamo yo), el árbol cortado varias veces, renace de sus propias raices, y asi es mi pasión: todas las negativas solo han podido irritar y me consumirá sin cesar hasta que haya alcanzado el objeto deseado. Menos me incita el atractivo del placer que la firme voluntad de conseguir un buen éxito. Pero si son insuperables los obstáculos, no podria yo consolarme con una dulce ilusión?... Consiente en ponerte en traje de Genieira durante su sueño, arregla tus cabellos como ella, y arrójame la escala de cuerda; creeré ver á la princesa, y á su vez satisfecho mi desvario, se apagará mis deseos.» Asi habló y privada yo de razon, no conocí que lo que me proponía era un ardido grosero. Vestíme un traje de Genieira, y ayudé yo misma á Polinesio á subir al balcón con la

ayuda de una escala de cuerda que yo misma le arrojara. Herto tarde conocí su perfidia; Polinesio habia sido amigo de Ariodante y al convertirse en rivales trocésese su amistad en odio profundo. Aproximóse á él y le dijo estas palabras: «Mucho me sorprende que te acuerdes tan poco de las pruebas de amistad y estimacion que te he dado. Ha tiempo ya que amo á la princesa: el rey me concedo su mano; tú lo sabes y vienes á turbar mi dicha obstinándote en obséquiarla. Si estuvieras en mi lugar y yo en el tuyo, el cielo me lo permitiera que no obraria yo de ese modo.—Y á mí, contestó Ariodante, me sorprende mucho mas aun lo que me dices. Genieira ha recibido mis juramentos de amor mucho antes de que tú la conocieras. Nada igual á nuestro mútuo amor: consiente en ser mi esposa, y sé que no te ama. Haz pues lo que me pedias há poco en nombre de nuestra amistad antigua, y lo que yo tambien habiera hecho si hubieras sido tú el afortunado. Aunque mis riquezas no igualan á las tuyas, poseo tambien el favor del rey, y poseo ademas el afecto de su hija; por consiguiente puedo aspirar á esa alianza.—¡Ah! replica el duque, ¿cuán ciego estás! Crees ser tú el preferido y yo tengo la misma convicción: á las pruebas es preciso pues recurrir. Sé sincero conmigo y le contaré mis secretos: el menos favorecido cederá el puesto al vencedor. Estoy pronto á hacer el juramento de no revelar nunca lo que puedas decirme, si quieres prometerme no revelar nunca mis confidencias.» Juro de comun acuerdo puestas las manos sobre los Evangelios; despues empieza Ariodante con entera franqueza la narracion de sus amores con Genieira. Le ha prometido de palabra y por escrito no temer nunca otro esposo si el rey se opone á su union.—«Espero, añade Ariodante, que mis servicios y la amistad de su padre le determinarán á recompensar mi amorosa llama. Tal es la situación en que me hallo con ella: no temo que rival alguno me sustituya; no pretendo obtener otras pruebas de su amor, y nada de eso basta que plegue al cielo concedérmela por esposa. ¿Cómo me he de atrever á exigir de ella el favor mas leve?» Termina Ariodante su modesto y sincero relato. Polinesio, que se ha propuesto inspirarle vivo odio hacia Genieira, le dice: —«Veo que estás menos adelantado que yo; pronto convencerás en que soy el mas afortunado de los dos. Finge Genieira amante, pero no te profesa afecto ni estimacion: te halaga con engañadores promesas, y en nuestras entrevistas secretas se burla de tu amor. Recibo de su ternura prendas mas positivas, y la discrecion que mutuamente nos hemos jurado, me alienta á revelarte lo que debiera callar. Sabe, pues, que no transcurre mes ninguno sin que pase cuatro, seis, y hasta diez noches en sus brazos, viéndola participar de mis gozos. ¿Puede haber comparacion entre la dicha tan positiva que me concede y las falaces esperanzas que se digna darte? Créame, cede el campo al mas afortunado, y vé á buscar fortuna á otra parte.—No puedo creerle, esclama Ariodante; ¡mientes! ¡mientes villanamente! ¡inventas ese tejido de imposturas para hacerme renunciar á la mano de Genieira... ¿Oserás sostener esos ultrajes? Yo sabré obligarte á ello, y la pujanza de mi brazo probará tu perfidia y avilantez.—Mejor es, replica el duque, hacerte ver por tus propios ojos, si así te place, la verdad de mis palabras. ¿A qué conduciría aventurar á los amores de un combate la prueba de lo que está tan evidente? Al oír tales infamias, quedasen Ariodante suspeso; un frio mortal recorre sus miembros y la duda que conserva es el único lazo que le une á la existencia: con el corazón herido y descompuesto el rostro, le dice con amargo acento y voz temblorosa: «¡Pues bien! ¿cuidado me harás presenciar que Genieira te prodiga los favores de que el amor es tan avaro? Nada creeré hasta que yo mismo lo vea.—Te avisaré cuan-

do llegue el momento oportuno, » responde Polinesio y se separa del infortunado Ariodante.

«Pasáronse dos días é informé al duque de que podía ir á visitarme. Conociendo que es ya tiempo de completar su pérdida útil, dice á su rival que se

oculte la siguiente noche entre las ruinas solitarias que habia enfrente del balcón. Resuélvese á ello Ariodante, pero sospechando que Polinesio pueda haber buscado este pretexto para atraerle á un paraje favorable para un asesinato, va por la noche á las ruinas



Ariodante y Polinesio conversando sobre el amor de Genieva.

acompañado de su hermano Lurcano. Este caballero, dotado de una fuerza y valor sin iguales, le hubiere prestado mejor auxilio que otros diez defensores. Le ruega Ariodante que vaya armado, y en confiarle su secreto le coloca á corta distancia del balcón y de las ruinas. «Si me oyes llamarte, le dice, vendrá en mi auxilio; pero de lo contrario, júrme por nuestro amor fraternal que no saldrás de aquí. —Lo prometo, contesta Lurcano. Ariodante se adelanta entonces y se oculta detrás de las ruinas. Pronto aparece el traidor que arde en deseos de deshonorar á Genieva; hace la señal acostumbrada, y yo, que no podía adivinar aquella horrible perfidia de que era cómplice involuntario, salgo al balcón vestida con un traje blanco recamado de oro; sujeta mis cabellos una redicilla de oro y púrpura que solo la princesa acostumbraba usar. Contesto á la señal de Polinesio y me pongo de modo que podía verse de todas partes.

«Sin embargo, inquieto por la suerte de Ariodante, ó arrostrado por ese sentimiento que nos incita á profundizar todas las cosas, se desliza Lurcano silenciosamente á favor de las sombras de la noche, y se halla á diez pasos de su hermano. Ignorante yo de toda aquella trama, habíame adornado según acabo de describir, mi estatura y aun mi rostro tienen cierta semejanza con los de Genieva. Iluminada por los ténues rayos de la luna, que permiten distinguir mi traje, pueden confundirme con la princesa sobre todo á la distancia á que se ballan los dos hermanos. Polinesio los persuade fácilmente de que soy la misma Genieva. ¡Juzgar cuál sería la desesperación de Ariodante! Se aproxima el duque, le arroja la escala, sube por ella presuroso, y le recibo en mis brazos. Le prodigo las mas tiernas caricias, y finge el pánico correspondiente con las mayores demostraciones de amor. Al presenciar espectáculo tan cruel, sucumbe Ariodante bajo el peso de su estremado dolor. Quiere morir, y apoyando en el suelo el puño de su espada, va á clavársela en el pecho... Corre á él Lurcano y le

detiene. Ha visto con sorpresa al duque de Albania subir al balcón, pero sin conocerle; entonces salió del paraje en que estaba oculto, se acerca á su hermano, y gracias á su prontitud pudo contener el acceso de su desesperación. «¡Pobre insensato! le dice, ¿piensas matarte por una mujer! ¡Ah! ¿desaparezcan todas tal leve copo de nieve arrebatado por el buracán! Procura mas bien su muerte, que bien la merece, y conserva tu vida para sacrificarla en lance mas honroso. La entregastes tu albedrío porque la vistes digna de ello, é ignorabas su perfidia; pero ahora que la conoces debes aborrecerla, despreciarla. Coje esa espada que amenaza tu pecho, y la servirá para probar el crimen de Genieva en presencia del rey.»

«Aparente Ariodante renunciar á su siniestro intento, pero es inalterable su resolución; finge eacuciar los consejos de Lurcano y se aleja desesperado de aquel sitio fatal. Al día siguiente parte sin ser visto de nadie y sin participarle á su hermano con la muerte en el corazón, ignorándose durante muchos días lo que ha sido de él. En la corte y en todo el reino se atribuyen su ausencia á mil causas distintas: solo Lurcano y el duque de Albania conocen el verdadero motivo de su partida. Sin embargo, ocho dias despues de su desaparición, llega un viajero y participa á Genieva una noticia triste y desastrosa: ¡Ariodante habia perecido en medio de las olas! No era una tormenta ni una casualidad la causa de su muerte, sino una voluntad inmutable. Desde lo alto de una roca que se prolongaba hacia el mar, se habia precipitado á las olas. «Antes de ejecutar aquel acto de desesperación, continuó el viajero bañado de llanto al rostro, Ariodante á quien habia yo hallado en el camino, me dijo: «Ven y sé testigo de mi muerte, para referirselá á Genieva. Dila que muero por haber visto demasiado...» ¡Ah! ¡dichoso yosi mis ojos hubieran estado cerrados! Nos hallabamos entonces en el promontorio de Capobasso, que está situado en el mar de Irlanda.

Le vi correr hácia aquella roca, arrojarse al agua, y desaparecer entre las olas, y he venido sin perder un momento á comunicaros ese acontecimiento lamentable.»

«El dolor deja lúmbre á Geniebra; livida palidez cubre su frente. Cuando se quedó sola, ¡oh Dios! ¡cuál se manifestó su pena con lúchos y palabras! Desgarra su vestidura, golpeábase el seno, mesábase los cabellos, y repetía sin cesar las últimas palabras de Ariodante: ¡a! La causa de mi muerte es haber visto demasiado!»

«Espárese el rumor de que una desesperación cruel ha arrastrado á su pérdida al desdichado caballero. El rey, las damas y los caballeros, derraman lágrimas á su memoria; pero Lurcano, presa del dolor mas violento, está próximo á imitar á su hermano atentando á su vida. Piensa que Ariodante es víctima de la infidelidad de Geniebra; todo lo vió por sí mismo, y se apodera de su alma un furor sombrío, y ardiendo en deseos de vengarse, errostrará la ira del rey y del país entero. Presentase el monarca en el momento de hallarse rodeado por toda su corte, y le dice: «Sabed, señor, que vuestra hija es quien ha errastrado, ¡y mi hermano á su pérdida. Vióla infiel á sus juramentos, olvidar todas las leyes del padre, y desde aquel momento le fue odiosa la vida. El amor de Geniebra parecia corresponder á los respetuosos deseos del infortunado; estos deseos puedo manifestaros hoy: esperaba merecer con su valor y sus servicios la mano de la princesa. No pudo ver sin mortal pesadumbre que otro había profanado y cogido aquella flor, cuyo dulce perfume no hubiera él osado siquiera aspirar.» Concluye refiriendo todo lo que creía haber visto: afirma que viene á Geniebra en el balcón arrojar la escala y recibir á un hombre que por su disfras no pudo conocer. Después declaró en alta voz que sostendría su acusación con las armas en la mano. Fácilmente comprendieris por lo que acaba de referir cuál sería el estorpo y pena del rey; nunca había sospechado nada en su hija, y se ve obligado, á pesar suyo, á obedecer á la ley que ordena su suplicio. Geniebra perecerá si no se presenta un caballero que pruebe la falsedad de lo que Lurcano afirma, quitándole la vida. Tales son nuestras leyes, señor, no ignorais que toda inujer convencida de haber cedido á una pasión culpable, sufre una muerte vergonzosa si en el término de un mes no halla un campeón que consienta en defender su causa y hacer brillar su inocencia. Persuadido el rey de la injusticia de que es víctima su hija, se hecho proclamar que el vencedor de Lurcano, recibir á con enrico dote la mano de la princesa salvada por su valor. Nadia se ha presentado aun; vacilan, esperan, y temen el valor y fuerza del acusador. Para colmo de infortunios Zerbino, hermano de Geniebra, se halla ausente; hace muchos meses que está buscando la gloria en países lejanos. ¡Ah! si pudiera sospechar siquiera la suerte terrible que amenaza á su hermana volaría en su auxilio.

«Para asegurarse el rey de la verdad por distintos medios que un combate, hizo prender á las damas de honor de Geniebra á quienes creía confiantes de sus secretos. A la sola idea del peligro que nos amenazaba al duque de Albania y á mí, hui por la noche y fui á buscar á Polinesio, diciéndole cuán importante era para ambos no esperar que nos prendiesen. Alabó mi prevención y me dijo que nada temiera, confiándose, para proteger mi fuga de la corte, á dos hombres que habían de conducirme á un castillo suyo. Ya habéis podido juzgar del amor que yo tenía al duque: ¡ah! ¡por desgracia tantas pruebas le había dado ya de mi ternura! Vais á ver de qué modo me ha demostrado su gratitud y cuál ha sido la recompensa de mi abnegación. ¡Ah! no basta amar con fealdad para estar segura de ser correspondida. ¡Cuando

yo me comovía al ver su tierna solicitud para conmigo, el ingrato y pálido duque dudó de mi fidelidad! Temió que yo revelara su criminal ardor, y bajo el pretexto aparente de alejarme y librarme de la cólera del rey, me enviaba aquel monstruo á recibir una muerte horrible, pues los hombres á quienes me había confiado traían orden de quitarme la vida en cuanto nos internáramos en el bosque. ¡Premio luto digno de mi fidelidad! Consumárase ese crimen inaudito si no hubierais acudido en auxilio mío. ¡Bárbaro amor! ¡asi recompensas á los que observan tus leyes!»

Tal es la historia que refiere Dalinda á Reynaldo mientras prosigue su viaje. El peladín está gozoso por haber tenido tal encuentro y saber que Geniebra es inocente, aunque culpable ó no, estaba decidido á defenderla; pero á la sazón, viendo que era evidente la calumnia, se siente con mas fuerzas y bríos, animado por la justicia de su causa. Camina con mes presteza, y se dirige hácia la ciudad de San Andres, donde reside el rey con su corte. Allí debía celebrarse el combate; cerca de la ciudad, encuentra á un escudero y le pregunta qué noticias hay de la corte. Contéstale que un caballero, cubierto de negra armadura y con la visera caida siempre, se ha presentado para defender á Geniebra. Nadie le conoce, y su escudero contesta á todos los que le dirigen preguntas. «Juro que no puedo decir quién es mi amo.»

Pronto llegan á les murallas de la ciudad; Dalinda no se atreve á pasar de allí, pero le tranquiliza Reynaldo. Las puertas están cerradas, a; ¿Pur qué se tiene esta precaución?» pregunta Reynaldo. Le dicen que todos los habitantes han salido para ir á una predera estensa, donde va á efectuarse el combate entre Lurcano y un caballero incógnito, y que quizás hebría comenzado ya la pelea. El señor de Montauban lince que le abran la puerta, la cual vuelve á cerrarse tras él. Deja á Dalinda en una hostería, atraviesa la ciudad y llega cerca del sitio de la liza. Ya Lurcano, animado por el odio, se está batiendo con el desconocido, cuyo ardor es igual al suyo. El duque, montado en un magnífico caballo de guerra, desempeña en calidad de condestable las funciones de juez del campo. Seis hombres de armas custodian la liza, que está rodeada de sólidas barreras. El cruel Polinesio parece gozarse al ver el peligro inminente en que se halla Geniebra. Reynaldo atraviesa la multitud, abriéndole el brioso Bayardo sucho camino. La muchedumbre se estrecha al ver á aquel corcel veloz como el rayo. Reynaldo, con porte altanero y noble, se dirige al sitio en que se halle el rey, y todos prestan atento oído á sus palabras. «Gran monarca, grita con voz estentórea, haced cesar ese combate impio: la muerte de uno de los dos campeones sería un crimen. Lurcano cree tener razón, pero está engañado y no miente; el mismo error que ocasionó la muerte de su hermano arma hoy su brazo. Su adversario espone su vida á la aventura; la compasión, la generosidad, el deseo de salvar á una princesa de tan singular hermosura le han hecho equiparar las armas. A mi toca hoy haceros conocer la verdad, á fin de que podáis castigar la perdición. En nombre del cielo, haced que se suspenda ese combate, y prestad atento oído á lo que voy á revelar.

El tono imponente, los nobles modales de Reynaldo conmueven al rey, y ordena que separe á los combatientes. Entonces, en presencia de toda la corte, descubre el peladín la trama horrible de Polinesio y su infame calumnia, y declara que está pronto á sostener sus palabras. Hacen entonces que se aproxime el duque: está pálido y turbado, pero el orgullo despierta su audacia y alegra osadamente. «Veremos,» dice Reynaldo. La liza está abierta, armados ambos guerreros, y pueden batirse en el momento mismo. ¡Qué votos tan sinceros y vehementes elevan al cielo

el rey y todos los espectadores para que triunfe la inocencia de Genièvre. Todos creen que Polinesio, hombre avaro, cruel y soberbio, es capaz de iniquificación tan odiosa. Trémulo y conserando, aguarda la última señal y pone la lanza en tierra: Reynaldo cae sobre él, y dirige el hierro de su lanza al corazón. Atravesado el duque de parte a parte, va a caer á diez pasos de su caballo; salta en tierra el paladin, le impide que se levante y le arranca el casco. El traidor, incapaz ya de resistir, pide gracia y confiesa las imposiciones que le han conducido á aquella muerte desastrosa. Pierde el aliento y la vida, y no puede concluir. El rey ve á su hija justificada y su honor reparado: es mas grande su alegría que si hubiera recuperado su corona después de haberla perdido. Colma de elogios y distinciones á Reynaldo, y alza las manos al cielo en acción de gracias por haberle concedido tal defensor.

Sin embargo, el desconocido que se había batido tan generosamente en favor de Genièvre, se mantiene apartado y lo observa todo atentamente. Ansioso el rey de probarle su gratitud, pregunta su nombre y le ruega que se aice la visera. Después de instarle mucho, quítase el caballero el casco. Os diré su nombre en el canto siguiente, si es que os agrada escuchar esta historia.

### CANTO VI.

**ARGUMENTO.**—Alegría que causa en toda la corte el regreso de Ariodante.—El rey le concede en mano de su hija en el ducado de Albania.—Distintos se retiran á un convento.—Llega Rugiero á la isla de Alcina.—Hechos de esta isla secatastófica.—Rugiero resucita á Ariodante convertido en muerto.—Rubra Ariodante y Rugiero las señas de su ducado.—Consejos que da á Rugiero.—Es atacado por los monstruos de la isla.—Protección de los ninfas que le conducen al palacio de Alcina.—Llegan al puerto custodiado por Kripthia.

¡MALDICON al perverso que no teme cometer un crimen, confiada en el silencio y la impunidad! Aunque estuviese sagrado del silencio, la tierra que encerrara su víctima, el cielo mismo se estremecerían en derredor suyo. Permite Dios con frecuencia que el culpable se denuncie á sí mismo por imprudencia ó por casualidad. Así el miserable Polinesio creyó sepulir para siempre su crimen con la muerte de Daulida, único ser que podía descubrirle. Este segundo crimen uuido al primero, fue causa de su muerte. Hubiera podido evitar el castigo, mas su precipitación le impulsó á su ruina; perdió á la vez su fortuna, la vida y la honra; que es el mas precioso de todos los bienes mundanales.

He dicho que el caballero, obligado á alzarse la visera, descubrió por fin las facciones del valiente Ariodante, llorado por la Escocia entera, por su tierra y por Genièvre, por Lurcano, por el rey y toda la corte. Todos recordaban su valor y generosidad. El viajero había dicho la verdad, y refirió lo que había ocurrido á su vista, pues en efecto, Ariodante se precipitó en las olas. ¡Pero con frecuencia se llama á la muerte cuando mas lejano se halla, y cuando mas se quiere, aunque en vano, rechazarla!

Apenas sepultado en el abismo, el joven héroe recupera con el instinto de la propia conservación su fuerza, su destreza y valor. Sale á la superficie del agua, llega á la playa y abandona su proyecto fatal é insensato. Hómedo aun del agua del mar, llama á la puerta de una ermita, y se retira allí para saber la impresión que hará en Genièvre la noticia de su muerte. Pronto llega á su noticia que ha estado próxima la princesa á espirar de dolor; refiérenle su tristeza y el copioso llanto que derramara; ¡Resultado bien contrario á lo que imaginara el desdichado después del espectáculo que vieron sus ojos! Sube tambien que Lurcano acusa á la princesa, y su cólera contra su propio hermano igual, por lo menos, al fuego de su antiguo amor á Genièvre. Esta acción de Lurcano le

parece bárbara y cruel, aunque tenga por objeto vengarle. Llega después á saber que no se presenta ningún defensor, porque estiman la discreción y la lealtad de Lurcano, y temen su valor y pujanza. Unos temen defender una mala causa, los otros no se cuidan de atacar á semejante adversario. Consultando Ariodante tan solo á su valor, acepta el reto de su hermano. «¡No, se dice á sí mismo, no puedo dejar perecer á Lurcano; fuera mi muerte basta cruel y espantosa si espirara ella antes que yo! ¡No sigue siendo siempre la deidad que adoro, y la que me es grata como la luz del día? Ya sea inocente ó culpable, me batiré por ella y moriré á su vista. Defensor de una causa injusta, sucumbiré y tendré el dolor de pensar que mi muerte acarreará la suya. Pero consuéleme saber que su Polinesio no se ha ofrecido si quiera á socorrerla, mientras que yo, cuyo corazón lereré tan cruelmente, lo habré sacrificado todo por salvarla. Este género de muerte me vengará tambien de un hermano, causa de todos estos escándalos, porque en el momento en que crea vengar á Ariodante, le verá espirar bajo sus propios golpes.»

Esto dice, y ejecuta su proyecto. Cúbrense con una armadura nueva, y toma asimismo nuevo corcel; su cota de maila, su negro broquel, están guarnecidos de verde y amarillo. Eligió un escudero desconocido, de fuera de Escocia, y bajó á la liza para batirse con su propio hermano. Ya le refirió el resultado de aquel combate, y cómo fue conocido Ariodante en medio de los transportes de júbilo del rey que vela justificada á su hija. Este monarca pensó que Genièvre no podría hallar nunca amante mas tierno y fiel que aquel que, á pesar de las experiencias de un ultraje terrible había aceptado el reto de un hermano por defender la vida y la honra, dudosa para él, de su dama. Su cariño á Ariodante, sus deseos de su pueblo entero, y sobre todo las vivas instancias de Reynaldo, le determinaron á conceder la mano de su hija al jóven paladin. Habiendo quedado libre el ducado de Albania por la muerte de Polinesio, le recibió Ariodante en dote. Reynaldo obtuvo el perdón de Daulida, la cual, penetrada de vivo arrepentimiento y causada del mundo, dirigió sus pensamientos á Dios, y abandonando la Escocia se retiró á un monasterio de Duria.

Pero tiempo es ya de volver á Rugiero, á quien dejamos en el aire montado en su indócil corcel. Siempre animoso, no hizo el terror palidecer su rostro. Sin embargo, no puedo creer que no se conmoviera su corazón. Ya la desaparecido de su vista la Europa; el hipógrifo ha atravesado dilatado espacio, traspasando las columnas de Hércules. Mas veloz que el ave que conduce los rayos, avanza con una rapidez que no igualarou nunca la flecha que brende el aire produciendo siniestro silbido, ni la centella que cue y estalla con ruido eterno. Después de haber recorrido una distancia inmensa en linea recta, moderna el hipógrifo su vuelo; sus alas, casi invisibles, le sostienen sobre una isla semejante á aquella desde la cual la ninfa Aretusa, para sustraerse al amante de quien huía, buscó un camino oculto en el seno del mar. Rugiero no vió nunca nada tan bello, y el mundo entero no hubiera podido ofrecer á sus ojos maravilla comparable á aquella. Por dó quiera había fértiles llanuras, colinas feraces, fuentes cristalinas, arroyos que corrían entre árboles frondosos, y praderas deliciosas; bosques de laurel, mirtos perfumados, palmeras, cedros, naranjos cubiertos de flores y frutas erguían sus preciosas ramas y se extendían con vistosa armonía. En aquel asilo fresco y delicioso, saltando el ruiseñor de rama en rama, entonces sus melancólicos acantos. Entre las rocas perfumadas y las azucenas de resplandeciente blancura acariciadas por el blando céfiro, se ven correr las liebres, los conejos, los ciervos de arrogante cabeza, y pastar

pacíficamente la florida yerba, cerca del corzo y del cabritillo saltador, que juegan y retozan por el campo.

El hipógrifo, volando rastrero, permite á Rugiero que salte sobre el césped esmaltado de flores; pero no suelta el paladía las riendas, y para impedir que su extraño corcel remonte de nuevo su vuelo, le ata al tronco de un mirto que crece en aquella orilla, entre un pino y un laurel. Cerca de allí corre un arroyo cuyos bordes están cubiertos de odoríferos cedros y de palmeras. Rugiero deja su escudo, y se quita el casco y las manoplas; volviendo el rostro tan pronto hacia el mar como hacia las colinas, respira ansioso el fresco ambiente que agita dulcemente la enramada. Sus líbios se refrescan en la límpida corriente del arroyo; sepulta en el agua sus manos y las agita para calmar el fuego que parece circular por sus venas. El peso de la coraza y de las demás piezas de su armadura, y aquel viaje rápido y continuado de mas de tres mil leguas han agotado sus fuerzas, y procura ante todo disfrutar algún descanso. De pronto, el hipógrifo, al que ha dejado á la sombra de copudos árboles, parece forcejear espantado, como para huir de algun objeto oculto en la espesura, y sus esfuerzos conmueven el mirto, sacudiéndole con violencia. Ya se han desprendido todas las hojas del árbol, y aun no ha podido el corcel romper las riendas que le sujetan. Así como el tronco lleno de savia se caldea, chispea en el hogar, concluye de secarse, estalla por último dejando salir con estrépito por mil grietas el aire que contiene, lo mismo el mirto produce al pronto un murmullo confuso, se abre despues, y una voz plañidera y débil pronuncia distintamente estas palabras: «Si tu bondad y generosidad están en armonie con la perfección de tu semblante, aleje de mí á este animal importuno cuyos esfuerzos me producen vivo padecer. Baudantes penas estoy sufriendo, sin que otros males vengan á aumentarlos.» Al oír las primeras acentos de esta voz, vuelve Rugiero prontamente la vista hacia el mirto, y conoce con sorpresa que las palabras salen de su corteza; epiensúrase á desatar el hipógrifo, y cubierto de rubor el rostro, esclama con sentimiento: «¡ Quien quiera que seas, alma de un mortal ó divinidad de esta floresta, perdóname una falta involuntaria! Si hubiera sabido que esa dura corteza encerraba un ser sensible al dolor, no hubiera consentido que turbaran tu reposo. ¡ Pero tú que conservas voz, sentidos y razoe bajo tan grosera forma, dignese el cielo librarte siempre de la tempestad! ¡ Ah! ¡ si algun día me es permitido reparar el daño que acabo de causarte, te juro por el nombre de la que reina en mi corazón, hacer todo lo posible por restituirte la felicidad! » Apenas hubo concluido Rugiero de proferir estas palabras, cuando pareció agitarse el árbol desde sus raíces hasta la copa; cubriose la corteza de esa especie de sudor que sale de una rama verde cuando penetra en ella el fuego sin consumirla. «Tu cortesana, dice entonces el mirto, me impulsa á decirte quién fui yo, y cuál la potente mano que verificó mi metamorfosis en esta isla deliciosa. Llámábaseme Astolfo, y era primo de Reynaldo y de Orlando, esos dos héroes cuya fama llena los ámbitos del universo. Yo mismo fui uno de los paladines célebres de Francia, y debí ocupar el trono de Inglaterra despues de Otón, mi padre. Dichoso en amores, pero inconsecuente, fui adorado por mas de una dama. Solo yo he sido causa de mis propias desgracias. Cuando volví de esas islas lejanas que baña en el Oriente el mar de la India, con Reynaldo y otros caballeros libertados como yo por Orlando del cautiverio en que habíamos pasado, siguió nuestro bujel las costas occidentales, espuestas con tanta frecuencia al furor de los vientos del Norte. Cansados del mar, impulsados quizá por un destino funesto, desembarcamos en una playa hermosa, donde se halla el castillo de la

poderosa Alcina, que á la sazón se entretenia en pescar á la orilla del mar; sin reles ni anzuelos, atraía á su antejo á todos los habitantes del líquido elemento. El delfin corpulento, los atunes pesados y de roja boca, los bécarrons marinos despetados de su profundo sueño, los sargos, las rayes, los barbos, y los salmones nadaban presurosos por todas partes. Las orcas y las ballenas gigantescas mostraban en la húmeda playa sus lomos inmensos. Vimos á una de aquellas ballenas, quizas la mas corpulenta que alimentaran los mares, elevar su cuerpo monstruoso mas de once palmos por encima del agua; estaba inmóvil, y tal era la distincie que habie entre su cabeza y su cola, que todos creimos al pronto que era una isla.

«Alcina es hermana de la mágica Morgana, y quizas el mismo instante vió el nacimiento de entrambas. Alcina tiene, como su hermana, el poder de hacer surgir, por medio de palabras misteriosas, á los habitantes del mar. Esta encantadora nos vió, fijárouse en mí sus ojos, y vi que habia hecho en su corazón una impresion favorable. Formó al momento el proyecto de separarme de mis compañeros: su destreza y la mágia habian de hacerla conseguir su intento. Adelantóse hacia nosotros con semblante risueño y placentero. «Nobles caballeros, nos dijo, erepid la hospitalidad que os ofrezco en mi palacio. Si os gusta la pesca, os haré couocer mil cienes de pescados, unos cubiertos de escamas, y otros de piel suave ó de tococo y duro pelo, todos de especies variadas y mas numerosos que las estrellas del firmamento; os mostraré una sirena cuyo canto deleitoso aplica el furor de las olas embravecidas. Veid á esta orilla, hé aquí la hारा en que acostumbra venir.» Al decir estas palabras nos indicaba Alcina aquella ballena que habíamos tomado por una isla, y yo, siempre temerario (¡ bastante castigado estoy!) no vacié en subir al lomo de aquel monstruo. En vano Reynaldo y Dudon me hacian señas para que no lo verificara; Alcina, sonriéndose, deja á mis dos compañeros y sube á mi lado. La ballena, dócil á sus órdenes, se aleja surcando rápidamente el agua. Me arrepiento entonces de mi imprudencia, pero estoy harto lejos ya de la orilla y no puedo volver á ella. Reynaldo se echa á nado para acudir en auxilio mio, pero una fuerte tormenta alborota el mar; negras y espesas nubes cubren el firmamento; estuvo aquel heroe espuesto á hundirse en el espumoso abismo, é ignoro lo que le aconteció. Esfuérzase Alcina por tranquilizarme; llevados por el monstruo, pasamos toda la noche en el mar embravecido. Por fin abordamos á esta isla, cuya mayor parte poseo, por habérsele arrebatado á una de sus hermanas, heredera legitima de su padre; Alcina y Morgana son fruto entrambas de un incesto, pues lo he sabido de un modo positivo. Esas hermanas mellizas son los seres mas peridos, y capaces de los mayores crímenes; sin pudor ni honra, aborrecen á la mujer cuya vida es casta y virtuosa, ligándose ambas siempre contra ella; con frecuencia han reunido ejércitos para arrojalla de la isla y la han arrebatado en varias circunstanacias mas de cien castillos. Nada le quedaria siquiera á Logistilla si sus estados no se hallaran separados de los de Alcina por un golfo y una cordillera de montañas, del mismo modo que la Inglaterra y la Escocia están separadas por un ancho rio. Pero no estarán satisfechas Alcina y Morgana hasta que hayan usurpado todo el territorio de su hermana. Esos dos furias del averno, maculladas por tantos crímenes y vicios, aborrecen á la sálva y pública Logistilla.

«Continúa ahora mi relacion, para que sepas de qué modo fui convertido en mirto. Alcina, consagrada enteramente á su amor, me comió de felicidades; sus ciudades solícitas y su ternura produjeron en mi corazón una llama no menos violenta. Admiraba su belleza, hallando en ella todo lo que puede balagar al

alma y á los sentidos. No tenía pensamientos, ni forma proyecta alguna mas que para Alcina, olvidando á su lado mi patria, la Francia: es verdad que era entonces correspondido, que ella lo habia abeodonado todo por consagrarse á mí. Confidente de sus pensamientos mas íntimos, quería tenerme constantemente á su lado, su voluntad era siempre la mia, y siempre quise oír su voz. ¡ Ah! ¡ desgraciado, cómo irrito una herida lecurable! ¡ Por qué recordar, en el triste estado á que me veo reducido, mi perdida felicidad! ¡ Ah! ¡ en el momento en que, entregado por entero á mi amorosa embriaguez, creía mas que nunca en el amor de Alcina, era cuando me arrelataba su corazón y buscaba un nuevo amante! ¡ Harto conocí su punible veleidad, hallándola pronta sucesivamente para amar y detestar! Apenas habian trascurrido dos meses, cuando terminaba mi relouido; otro me habia sustituido, y ya era yo objeto de los desdenes y desprecios de Alcina, habiendo perdido todos mis derechos sobre ella.... Después he sabido que otros mil cabelleros habian corrido la misma suerte. Para impedirles que revelaran los misterios de su vida licenciosa y desordenada, poblaba este terreno fértil de infortunados convertidos como yo en olivos, pinos, cedros, ó palmeras; varios tomaron, á medida de su capricho, la forma de una fuente ó de una fierra; y tú, á quien un hado fenesto ha conducido á estos lugares, serás cansa sin duda de la metamorfosis de su último amante en árbol, piedra ó errorro: recibirás el ceira de Alcina, pero tarde ó temprano serás convertido á tu vez en planta, fuente ó roca. He querido prevenirte el peligro, aunque no tengo esperanza alguna de verte evitarlo; sin embargo, advertido de las costumbres de la mágica, como el carácter y costumbres de los hombres son tan distintos, quizás coesigas huir del precipicio en que tantos otros han caído.»

Sabe despues Rugiero que Astolfo es primo de su querido Bradamanta, y le ve con dolor convertido en un árbol, objeto que no recuerda tan valiente caballero. Por amor á la hermosa guerrera, hubiera descendido favorecerle y cambiar su triste suerte, pero solo consuelo puede ofrecerle. Le ruega que lo indique el camino del palacio de Logistile, con el objeto de huir del castillo de Alcina; el árbol le contesta que es preciso seguir, á corta distancia de allí cruzando el valle y las colinas, un sendero escabroso y lleno de rocas, que conduce á la cumbre de una montaña ngreste. Advértele que no debe prometerse concluir su viaje sin obstáculos: monstruos horribles y numerosos se opondrán á su paso; ademas he hecho Alcina edificar una muralla y abrir ambos fosos para detener á todos los que procuraran salir de sus dominios. Rugiero, perfectamente instruido de lo que he de hacer, da las gracias al mirto y se aleja..

Desata al hipógrifo y coze los riendas; pero el animal, indócil como antes, se resiste. Temiendo verse llevado á una nueva excursión aérea como antes, no intente ya Rugiero montarle y hace tan solo que lo siga.

Reflexiona sobre los medios de dirigirse al pabello de Logistile; el hipógrifo no puede servirle para ello; cómo guiarle? ¿ó es obra de la alquimia? diviéndose sobre esto las opiniones; en cuanto á mí, el ver su brillante resplendor, creo que es oro. Al aproximarse á aquel recinto magnífico y admirable, deja el paladín el camino llano que cruza la llanura iluminándose á las puertas de la ciudad, y sigue, como

mas seguro, el sendero de la derecha que conduce á la montaña. En el momento mismo le cierra el paso un tropel inmenso de monstruos. Nunca se he visto espectáculo mas horroroso que aquel conjunto de seres hediondos y esquerosos. Unos tienen forma humana desde el cuello hasta los pies con cabeza de mono ó de gato; otros tienen pies de sátiro: muchos de ellos se asemejan á los ágiles centáuros. Los jóvenes tienen aspecto impudente y travieso, los viejos parecen estar embrutecidos. Todos están cubiertos con pieles de animales desconocidos; estos corren á rienda suelta sobre un corcel sin freno, aquellos se arrettran lentamente sobre un asno ó un buey. Algunos cabalgan encaramados en el lomo de los centáuros; otros tienen por montura una águila, un avestruz ó una grulla. En aquel tropel inmundo y loco, unos llevan una trompa en la boca, otros hacen frecuentes libaciones en copes que llevan en las manos. Estos están armados con un garfio ó con un chuzo de hierro; aquellos llevan, para algun uso misterioso, una escala de cuerda y una lima sorde; unos son machos, hembras otras, y hay varios que son hermefroditas. El que parece ser su jefe tiene un vientre obeso y rubicundo rostro; sentado sobre una tortuga, camina á pasos lentos, y va durmiendo por efecto de su terrible embriaguez; sus compañeros se ocupaban sin cesar en enjuagarle el sudor y hacerle aire. Uno de los monstruos que sobre un cuerpo de hombre tenía la cabeza y las orejas de un perro slogo, empezó á ladrar á Rugiero para obligarle á emprender de nuevo el camino de la ciudad. «No retrocederé, esclama el paladín, mientras puede mi brazo sostener el acero.» Y hacia brillar su espada desnuda. El monstruo le pega un bote de lanza, pero le da Rugiero un quite y de una estocada le atraviesa de parte á parte; en seguida cubriéndose con el escudo, se arroja sobre aquella turba de cobardes enemigos: un caso con la calien hendiendo hasta el cuello, otro, partido por medio el cuerpo hasta la cintura; los cascos, los escudos y las corazas no pueden resistirle. Sin embargo, á pesar de sus esfuerzos, rodando todos y le oprimen de tal modo que apenas puede moverse. Para abrirse paso hubiera necesitado mas brazos y manos que Briaré. Descubriendo el escudo que Atlante dejara en el arzon de la silla, hubiera vencido Rugiero fácilmente á aquella horda de seres inmundos, haciéndoles caer á sus pies sin resistencia; pero ve sea que no se le ocurre emplearle, ó que desdeña aquel medio y solo quiere deber la victoria á su arrojo, no cesa de combatir, resuelto firmemente á perecer antes que dejarse coger por aquella ralea impura. De pronto ve salir de aquel muro brillante, que imagino sea de oro, dos mujercas jóvenes y hermosas, cuyo porte y suaviosos trajes anuncian un rango elevado. Cóncese que no se han criado bajo rústicos techos, sino en medio de las delicias y molice de los palacios. Cabalgan sobre dos unicornios arrogantes, y mas blancos que la nieve pura. Aquellas mujeres son tan bellas, su traje bizarro tiene tal elegancia, que solo los dioses contemplan encantos tan perfectos. Eran el tipo ideal de la belleza. Adelántense ambas por la pradera en que Rugiero pelea con la turba que le oprime, y desaparecen todos los monstruos ante ellas; presentan al paladín sus manos bellas y delicadas, y un dulce rubor tñe las mejillas de nuestro héroe. Sometido ya á su imperio, vuelve á seguir con ellas el camino de la ciudad de puertas de oro. Las esculturas están adornadas de pedrería y perlas preciosas; el pórtico descansa sobre cuatro columnas de puro diamante. Ya sean falsos ó verdaderos aquellos diamantes, su brillo engaña la vista; nada puede verse mas precioso y magnifico. En la puerta y alrededor de las columnas, juguetea un crepo de jóvenes hermosas, pero un poco de modestia hubiera dado mayor realce á sus atractivos. Todas llevan guirnala-

das de flores sobre vestidos de verde y trasparente gasa; coronas de rosas ciñen sus frentes. Incitan á Rugiero con dulces y vivos juegos á que entre en su Paraíso. Es lícito llamar así á sitios que son cuna del amor, y donde los bailes, las fiestas y los juegos mantienen la vida y los placeres. Las penas, las necesidades, la pobreza y sobre todo la vejez son allí

desconocidas. ¡Vese por do quiera el cuerno de la abundancia y la abundante copa de los placeres voluptuosos! Los jóvenes de ambos sexos, con la frente serena y despejada, tienen el risueño y encantador aspecto de los días hermosos de abril. Uno canta en la orilla de un arroyo cristalino, y su voz solo produce acentos dulces y melodiosos. En la pendiente de una



Rugiero en la isla de Alicia.

colina á la sombra de la verde enramada, se entregan unos á los placeres del baile y de juegos diferentes, mientras que otros mas afortunados, buscan los bosquecillos espesos y misteriosos para jurar eterna llama al objeto de su amor. En las ramas de los laureles y las hayas, sobre la erizada capa de los abetos, volotean lijeros amorcillos, gozosos unos por su victoria, mostrando otros su destreza y atravesando corazones con sus aceradas flechas; aquellos tienen lazos, estos mojan sus flechas en la corriente de un arroyo y aguzan las puntas en las rocas.

Le traen á Rugiero un soberbio alazan, lleno de bríos y arrogancia, cuyos arneses están recamados de oro y pedrería. El hipógrifo, que solo quiere obedecer al viejo Atlante, es confiado á la custodia de un pejecillo y sigue al paladín. Entonces sus dos libertadoras le dirijen estas palabras: «Señor, la fama de vuestras hazañas nos anima á implorar vuestro apoyo. Nos aproximamos á un río que divide esta estensa llanura en dos partes: una gigantea cruel, llamada Eriphila, custodia el puente que las une entre sí. Igual es su fuerza á su astucia: sabe vencer ó apartar á los que desean pasar á la opuesta orilla; sus dientes son largos, venenosos su mordedura, y tiene garras afiladas como las de un oso. Se complace en interceptar el camino, que hallárase libre á no ser por ella; y aun recorre con frecuencia estos vergeles, difundiendo en ellos terror y espanto. Entre esos monstruos que os han atacado, hay muchos que fueron concebidos en su vientre, los demás, tan inhospitalarios y malvados como ella, están sometidos á sus órdenes.—¡Ah! res-

ponde Rugiero, me estimaré dichoso al combatir, no una, sino cien veces en servicio vuestro. Disponed de mi brazo: no estoy armado para conquistar tierras ni riquezas, sino para proteger á los oprimidos y sobre todo á las hermosas.»

Agradeciente estas promesas tan dignas de un caballero, y pronto descubren sus ojos el río y el puente. De pronto, preséntase á su vista la temible gigante: viste una armadura de oro, sembrada de záfiro y esmeraldas. Pero tened á bien que os refiera en el siguiente canto los peligros á que se espuso Rugiero por combatirla.

#### CANTO VII.

Ascenso.—Descripción del monstruo Eriphila.—Rugiero la ataca y vence.—Entra en el palacio de Alicia.—Descripción de sus encantos y belleza.—Enamórase de ella Rugiero.—Vida deliciosa que tenían ambos amantes en aquella isla encantada.—Melisa accede á su voluntad que Rugiero este su poder de Alicia.—Eradicación de él al mundo mágico.—Melisa se hace transportar á la isla de Alicia.—Toma la forma de Atlante.—Reconvencciones de Melisa á Rugiero.—Siente este renacer su antiguo valor.—Deja al hipógrifo para encontrar en Rabican, y se dirige por el camino que conduce á los estados de Legistila.

Ex. mágico que va lejos de su patria observa con frecuencia prodigiosas maravillas, y cuando refiere á su regreso las cosas mas verdícas, no le creen, le tienen por embustero. Desconfía el vulgo de todo lo que le sorprende, y solo quiere creer lo que es evidente ó palpable.

Me prometo, pues, hallar muy poco crédito entre

los hombres de poca experiencia. Mas; ¿qué me importa! no me dirijo á los ignorantes sino á vosotros personas ilustradas, solo á vosotros, y no me acusa reis de embustero! ¡Vosotros seréis quienes me busquéis recoger ufano el fruto de mis desvelos y trabajos!

Ya recordareis que hemos dejado á Rugiero en el momento en que llega al río y puente defraudados por la terrible Eriphila. Las armas de la gigante son de un metal del mejor temple, y brillan con los diversos colores del rojo rubí, del crisolito amarillo, de la verde esmeralda y del precioso jacintho. Sirvéla de caligadura un lobo; con aquel corcel extraño, cuyos arneses son de una riqueza extraordinaria, atraviesa el río. No creo que la Pulla (1) haya producido nunca un lobo tan monstruoso; es más alto y gordo que un buey: la espuma de sus labios no le empañaba un freno alguno, é ignora por qué poder oculto le dirige su dueña. La cola de malla de Eriphila es de ese color de arena de las vestiduras que usan los obispos y los prelados cuando van á la corte. En medio de su broquel y en la cimera de su casco lleva dos sapos henchidos de veneno.

Las dos ninfas hacen observar á Rugiero que la gigante se dispuso á cerrarle el paso; con efecto le grita que se retire. El paladín levanta la lanza y la amenaza y desafia. No menos audaz Eriphila, se afirma en los estribos, enristra su lanza, clava el alcázar al lobo y tiembla la tierra bajo su paseo. Pronto se encuentran en medio de su carrera: el paladín la pega un bote con su lanza debajo del yelmo y la arroja de la silla con tal vigor que va caer á más de sesenta brazas hacia atrás. Ya empuña Rugiero su espada y se prepara á cortarle la cabeza: nada es más fácil, porque la gigante, privada de sentido, yace en tierra desmayada; pero las dos jóvenes le gritan: «contentaos con su derrota, señor, no busquéis una venganza cruel.» Y el generoso paladín dejó caer el acero homicida.

Pasamos el puente y prosigamos nuestro camino. Adelantase por un sendero escabroso y angosto que atraviesa un espeso bosque. Al llegar á la eminencia se encuentran en medio de una estensa pradera, en la cual se levanta magestuoso el palacio más admirable de cuantos pudieran verse.

Aparece Alcina fuera del pórtico y le sale al encuentro. Recibe á Rugiero rodeada de toda su corte, y hace tributarle los homenajes que hubiera podido conceder á un Dios que bajara de las celestes regiones. El palacio es menos digno de admiración por su magnificencia que por las gracias y belleza de las que habitan en él. Todos tienen los mismos atractivos y la misma juventud; pero Alcina brilla entre ellas como el sol en medio de los astros de la noche. Los pintores eminentes no podrían imaginar belleza más perfecta; sus cabellos flotaban en innumerables rizos más brillantes que el oro. Las rosas de sus megillas hacen dulce alianza con el terso marfil de su frente; dos cejas negras y bien arqueadas campeaban sobre unos ojos más negros aun, llenos de dulzura y poco pródigos de miradas: traviesos amorceillos parecían jugueteen en ellos y llenan su carcaj de dardos con que atraviesan los corazones. Una rival celosa no hubiera podido bailar defecto alguno en la perfección de su nariz; tenía su boca con los ricos colores del cinabrio, deja ver al abrirse dos sartas de escogidas perlas; aquella boca se embellece con las dulces palabras que pronuncia, y con una sonrisa que abraza los corazones. ¡Sonrisa divina que parece más bien pertenecer á los cielos que á la tierra! Su cuello, graciosamente toruado, oscurece la blancura de la nieve; su pecho es alto y ancho; su garganta, blanca como la leche, se agita blandamente; diríase que son las

oscilaciones del agua agitadas por no sé qué suave. Velos impenetrables aun para los ojos de Argos deslucen las miradas, pero se adivina que los contornos ocultos son dignos de los que están á la vista. Sus dos brazos de elegantes y proporcionadas formas, concluyen en dos manos cuya marcada blancura no deja aparecer las venas ni los resortes ocultos. Por último, dos pies pequeños y torneados sostienen á aquella criatura angelical, semejante á un espíritu celeste que se hubiera hecho visible á los ojos de los mortales. Todo es seductor en ella: sus palabras, su voz, su sonrisa, su porte y su acento tan dulce. ¿Cómo hubiera podido resistir Rugiero viendo tanta belleza? No duda que el culpable Astolfo había merecido su muerte y aun quizás un castigo más terrible; se persuade que su relato fue dictado por la cólera, los celos, el resentimiento y la venganza. Bradamante, la bella y querida poco ha, está á la sazón muy lejos de su mente. Los atractivos, ó más bien los encantamientos de Alcina, han destruido su antiguo amor, remplazándole ya una nueva pasión. Si alguna cosa puede excitar su inconstancia y veleidad, es la consideración de que cede su alma á la potente fuerza de la magia. Sin embargo, en la opulenta mesa del palacio de Alcina, las liras, las arpas y las ritarras hacen resonar el aire con sonidos armoniosos. Los cantores describen las dicias y transportes del amor, y las bellas ficciones de la poesía aúdan el amor encanto á sus palabras. Los manjares son más suntuosos y delicados que los de los sucesores de Nino: la célebre Cleopatra no hubiera ofrecido á Antonio, vencedor, un festín comparable al que ofrece Alcina al paladín amado, y aun dudo que Gaiómedes presentase nada semejante en los banquetes del dueño del Olimpo.

Levantábase las mesas: todos los convidados, reunidos en círculo, se entregan á esos juegos inventados por el amor para favorecer las palabras tiernas y discretas. Dícense mutuamente al oído una parte de los secretos del corazón. Alcina y Rugiero se hacen con dulce misterio las más tiernas declaraciones; un mismo deseo produce la misma promesa de hallarse de nuevo por la noche. Cesan los juegos más tempranos que los demás días, y varios pajes que entran con hachones de cera perfumada, produciendo una luz vivísima que disipa las tinieblas, conducen la alegre reunión á las habitaciones que cada cual debe ocupar. Un aposento más rico, elegante y perfumado que los demás está destinado al paladín; ofrecense de nuevo á los convidados, conservas y vinos exquisitos, después de lo cual se inclinan todos respetuosamente y se retiran. Rugiero descansa entre sábanas perfumadas que parecen tejidas por Arachné. Escucha con oído atento, por ver si percibe el ruido que ha de anunciarle la llegada de Alcina; al más leve rumor alza la cabeza lleno de esperanza. Con frecuencia cree oírlo, pero conoce su error y suspira. Algunas veces se arroja del lecho, abre la puerta, escucha en vano, y lleno de impaciencia, maldice las pesadas horas que retrasan el momento deseado. Con frecuencia dice: «¡ya viene!» y cuenta los pasos que le da de dar aun para llegar á su lado. Así le agitan mil pensamientos, y hay momentos en que tiene verse privado por algún obstáculo imprevisto de la dicha que parecía haber conseguido ya.

Por fin ha destruido Alcina todo temor, y mientras reinan en su palacio la quietud y el silencio, derrama sobre su cuerpo los perfumes más gratos y sale dulcemente de su aposento, trasladándose por un pasillo secreto al de Rugiero, quien está vacilando entre el temor y la esperanza. El sucesor de Astolfo ve aparecer por fin al astro encantador. Circula por sus venas un fuego abrasador: sus miradas penetran con avidez en aquel mar de delicias y belleza. Arrojase de su lecho y estrecha á Alcina entre sus brazos. La encantadora no tiene más velo que oculte

(1) Provincia del reino de Nápoles.

su cuerpo que una gasa diáfana de estremada blancura: despréndese esta bajo los apasionados besos de Rugiero, y aparece Alcina despojada del cristal que ocultaba sus blancos y rosados contornos. Enlázanse mutuamente, y la hiedra no oprime con mas fuerza al árbol que la sostiene. La flor que nace en las arenas de la Judea y las llanuras del Saba, no tiene tan suave perfume como el silencio de ambos amantes... Reina después allí el silencio, y todavía espresan sus lenguas mudas la felicidad que les arrebató.

Los misterios de aquella noche afortunada permanecieron secretos ó parecían menos que los ignoraron. Rara vez se arrepiente el hombre de haber sido discreto, y tiene que serlo con frecuencia. Todas las jóvenes hermosas sometidas á la voluntad de Alcina prodigaban atenciones y cuidados á Rugiero, pero ninguno no sospechar siquiera su dicha. Los dos amantes no pierden ningún placer; en el transcurso de un mismo día cambian dos ó tres veces de trajes. El curso de las horas corre para ellos en medio de los juegos, de las justas, de las luchas, del baile y de toda clase de diversiones. Sentados algunas veces á la sombra de los bosquecillos, cercanos á alguna fuente, leen antiguas historias de amor: otros ratos persiguen á la tímida liebre por las colinas y los valles, ó guisados por buenos perros de caza, hacen batidas en los matorrales de donde sale volando multitud de faisanes; los torcos se libran con dificultad de las varillas de liga ó de los lazos que tienden ambos amantes en los enebros perfumados. Los pescados perseguidos en sus profundos retiros, no pueden esquivar los anzuelos y las redes.

Así se entrega Rugiero sin reserva á la vida mas voluptuosa, á la molición mas vergonzosa, mientras se prepara Carlomagno á pelear contra Agramante. Por el pacer de habitarlos de Alcina no debo olvidar la historia de aquel gran emperador. Recordaré que Bradamante, desesperada por la pérdida de un amante adorado, se abandona á triste llanto, y recorre errante, día y noche, todos los sitios en que espera hallarle. Empezaré por decirlos que durante mucho tiempo buscó inútilmente en los valles y en los montes, en el campo y en las ciudades á aquel amante tan querido y que tan lejos de ella se hallaba. Dirigióse por fin al campamento de los sarracenos; espiora las tiendas de campaña y los diferentes cuarteles, interrogando á todos los que encuentra. El anillo de Melisa le hace ser invisible en cuanto se le pone en la boca, y la libra de todo peligro. No teme que la anuncien la muerte de Rugiero, porque la pérdida de un héroe de tanta fama hubiera resonado desde las orillas del Hidaspe hasta los países en que el sol se pone, pero no puede adivinar la desdichada qué camino ha seguido por la tierra ó por los aires. Solo con su dolor y sus penas, no cesa un momento de buscarlo, y decide por último á volver á la caverna on que descansa Merlin. ¡Quizás sus sollozos conmovieran hasta el frío mármol de aquel sepulcro! Obtendrá alguna respuesta y sabrá si vive aun Rugiero, ó si ha dado fin á su existencia; mejor instruida de su suerte podrá tomar una resolución definitiva. Dirígese de nuevo hacia los bosques inmediatos á Poitiers; allí está, en un sitio agreste y sombrío, la tumba del profeta Merlin. Pero la buena mágica que la reveló en aquella gruta los misterios de su nacimiento y su posteridad, no la olvida; llena de tierna solicitud para la que ha de dar al mundo tantos héroes superiores á todos los mortales y que serán casi semi-dioses, la misma Melisa vela sobre sus acciones y su existencia, é interroga sin cesar á los oráculos del Destino. Ha sabido que Rugiero, libre ya de las cadenas de Atlante, y arrebatado en el mismo día del lado de Bradamante, había sido transportado al fondo de las Indias. Melisa le ha visto, montado en aquel caballo lúdic que no podía dirigir, recorrer un in-

tervalo inmenso siguiendo un camino extraño y peligroso; no ignora que el paladín, olvidando á su hermosa dama, á su honor y á su rey, pasa una vida voluptuosa y afeimada en los festines y el ocio. Así consume Rugiero la flor de su juventud perdiendo á la vez su alma, su cuerpo y hasta su gloria, única cosa que le resista al hombre el morir y que lo sigue hasta mas allá de la tumba. La benéfica Melisa, consagrándose mas que él á su salvación, piensa volverle al escabroso sendero de la virtud. Seméjante al médico, que cruel en apariencia, enjia el hierro y el fuego para curar una herida envenenada y recibe después las muestras de gratitud del enfermo salvado y libra ya de sus vivos sufrimientos, Melisa no es ciega en su afecto á Rugiero. No es como Atlante, que se ocupa únicamente del deseo de conservar su vida; no piensa, como el virgo encantador, que sea preciso salvar su existencia á costa de su honor y de su fama, y sacrificar á un año mas de vida la admiración y elogios del universo entero. Aunque era quien había hecho transportar á Rugiero á la isla de Alcina, esperando hacerlo olvidar la gloria en el seno de aquella corte; por medio de un encanto mas poderoso, había dominado la inconstancia natural de la mágica, y no hubiera roto Alcina una cadena tan sólida, aun cuando alcanzara Rugiero le edad avanzada de Nestor.

Sigue Melisa el camino que ha de hacerla encontrar á Bradamante, aparece ante la guerrera cuando se dirige á la tumba de Merlin, y pronto el temor cede el puesto á la esperanza en el corazón de la dorecilla. Anunciála Melisa que Rugiero está cautivo en la isla de Alcina, y si pensar Bradamante que su amante está tan lejos de ella y que tantos peligros le amenazan, quédate casi inanimada. Arde en deseos de volar en su auxilio: Melisa la tranquiliza, derrama con sus palabras un bálsamo consolador en sus heridas mas vivas, y le prometa que dentro de poco tiempo volverá á ver á Rugiero. «Hija mía, le dice, confíame ese anillo que triunfa de los encantos mas fuertes; le llevaré al palacio en que oculta Alcina á su cautivo, y estoy segura de vencer su poder: traeré á Rugiero á tu lado. Poniéndome en camino á la primera hora de la noche, llegaré á lodad al despuntar la aurora.» Melisa la entera de los medios que va á emplear para arrancar el héroe de aquella vida afeimada y hacerle volver á Francia. Bradamante le entrega el anillo; hubiérale dado su corazón y aun su vida por salvar á su amante. La recomienda una y mil veces su querido Rugiero, y después se separan, dirigiéndose la guerrera á la Provenza.

A fin de ejecutar Melisa su proyecto, hace aparecer un palafren corpulento, cuyo cuerpo es enteramente negro, y solo tiene una pata roja. Seria sin duda uno de los dueños ó espíritus infernales sometidos á sus órdenes. La mágica sin clisturos, desnuda las piernas, con los enellos sueltos y desordenados, se quita el anillo del dedo, porque teme que perjudique á sus propios encantos. Es tan rápida su carrera que al día siguiente se encuentra ya en la isla de Alcina. Cree entonces su estatua mas de no palmo, y engruesan sus miembros tomando el aspecto y la estatura del encantador Atlante, que crió con tanto cariño á Rugiero. La sale una barba larga y blanca, surcan las arrugas su frente y todo su rostro; en el modo de andar, en el metal de voz, en las facciones, en todo es exactamente parecida al encantador. Mantéñese oculta espiondo el momento en que vea á Rugiero separado de Alcina, y no lo consigue sin dificultad, porque la mágica no puede estar un momento sin él. Por fin se queda solo el héroe, aspirando el fresco ambiente de la montaña en el borde de un arroyo que baja de una colina y forma un lago pequeño, terso y trasparente. Tiene el paladín una actitud afeimada y lleva un traje lujoso y perfumado; la mano de Alci-

na ha formado aquel tejido de oro y seda. Un collar magnífico de pedería le baja desde el cuello hasta el pecho, y sus nervudos brazos están cargados de joyas y brasaletes. Alcino ha agujereado sus orejas con un hilo de oro, y las ha adornado con dos perlas gruesas, cuya incomparable belleza envidiarían la India y Arabia; su cabellera rizada está humedecida con los perfumes mas suaves. Su actitud, sus menores

gestos respiran la molición de aquellos esclavos guantes de las damas de Valencia. Todo ha variado en él: tal es la fuerza de los encantos de Alcino, que solo el nombre conserva de Rugiero.

Bajo la forma de Atlante y con aire severo y triste se presenta Melis al caballero, que siempre respetó al anciano mágico; fija en él sus miradas irreconcilables y amenazadora que con frecuencia le hizo temblar en



Rugiero y Alcino.

su infancia, y si dice: «En ese, pues, el fruto de mis desvelos y lecciones? Te he alimentado con la grasa de los osos y los leones, te he enseñado á abogar terribles dragones, te he inspirado la audacia de arrancar las aceradas garras de las pautoras y los tigres y los colmillos de los jubales, para verte hoy convertido en Adonis ó el Atis de Alcino? En esto, pues, lo que la observación de los astros y de las fibras palpitantes de los animales, los horóscopos, los augurios, los sueños, y los diferentes sortilegios me habían anunciado cuando eras un niño? ¿A la edad en que hoy te veo

debiérais sobrepasar en valor á los héroes mas esclarecidos! Noble principio! ¿Piensas llegar á sor de ese modo rival de los Alejandro, de los Césares y Escipiones? ¡Ah! ¿quién hubiera creído que llegarás á ser esclavo de Alcino, y que para hacer un mas patente tu oprobio, llevaras en los brazos y el cuello la cadena de que se sirve aquala para guiarle á su autojo! Si eres ya insensible á las szabanas y á la esperanza del destino que te reserva el cielo, no envidiesas al mismo la raza que has de surgir de ti; no quieras extinguir, antes de que nasca, á tu gloriosa

posteridad, que será entre los mortales man brillante que el sol. No impidas á esas almas nobles, formadas ya en los decretos eternos que vivifiquen sus vástagos, de los cuales serás tú el ilustre tronco. No seas un obstáculo á los triunfos de tus hijos y sobrinos. Piensa, sobre todo, en aquellos que entre tus nobles descendientes harán florecer el árbol eterno y fecundo de tu raza, en aquellos dos héroes que bastarían por sí solos á conmover tu corazón, Hipólito y su hermano; los seres mas ilustres entre todos los mortales! Si te hablo de ellos con mas frecuencia que de los otros, es porque no les faltará ninguna de las virtudes para elevar al hombre al penáculo de los honores y la gloria. Sobre ellos quiero fijar particularmente tu atención, porque edificar tu alegría á la sola idea de que nazcan de tí esos dos héroes. ¿Qué tiene pues esa Alcina, soberana hoy de tu corazón, que atonjan también como ella otras mil cortesanas? ¿No se la entregó acaso á otros cien amantes, sin haber hecho siquiera le felicidad de uno de ellos? ¡Pero ca preciso que conozcas á Alcina y que sepas apreciar sus embustes y artificios! Toma este anillo vuélvelo á su lado, y podrás juzgar cuáles son sus encantos.»

¡Incierto y confuso Rugiero, fija la vista en tierra, no sabe qué contestar. Aprovecha Melise aquel momento y le pone en el dedo el anillo... Vuelve el héroe en sí: lleno de vergüenza quisiera anstrañarse á las miradas del mundo entero y sepultarse en las entrañas de la tierra. De pronto deja Melise la forma de Atlanta, inútil ya para ella; toma de nueva le suye é instruye á Rugiero del motivo de su viaje. La enamorada Bradamante es quien le envía, Bradamante que no puede vivir sin Rugiero! Le mágica ha corrido presurosa para arrancarle del poder de la encantadora, y para tener mas autoridad sobre él, tomó la forma de Atlanta de Carens; pero al verle vuelto á la razón, ha recuperado su primera forma para participarle lo que le interesa y no ocultarle nada. «La hermosa guerrera, añade, que te ama con tanta violenta pasión; aquella cuyas virtudes la hacen ser tan digna de tu afecto; Bradamante, tu libertadora ¡ah! ¡no puedes olvidarle! te envía ese anillo que destruye todos los encantos de la mágica. Me hubiere dado su propio corazón si hubiera podido serle útil, y volverte á tu primitivo ser.»

Melise le habla aun algun tiempo del profundo amor que lo profesa Bradamante, y sin dergese alucinar por su cariño, le habla también del veior de aquella guerrera. Cumple su misión con tal certeza y talento, que produce en el corazón de Rugiero el odio mas violento contra Alcina, causa principal de todas sus faltas: la detesta tanto como poco ha la amaba. Tal es el efecto del anillo, que triunfa de aquel amor y de los encantamientos de la mágica, y Rugiero solo ve ya sus vicios; convenciéndose de que todos sus atractivos son ficticios: todo en ella es mera ilusión. Así como el niño coge una fruta madura, la esconde y se olvida de ella, y cuando algunos dias despues la encuentra, se sorprende al verla desagradable, estropeada y asquerosa, y tira con desprecio y disgusto lo que antes fuera objeto de su codicia; lo mismo el paladin, merced á los consejos de Melise y con la ayuda de su anillo ve una criatura horrible en lugar de la hermosa Alcina, ofreciéndose esta á su vista como le mujer mas descripta y deforme. Tiene todo lo mas seis palmos de estatura; su rostro pálido y descarnado está surcado de arrugas; quedáale apenas algunos mechones de pelo blanco, y su boca carece de dientes: parece mas vieja que Hecuba y que la sibila de Cunes, pero por un arte que nos es desconocido consigue aparecer hermosa y jóven. Si por medio de su usgín ha seducido ya á un gran número de amantes, Rugiero descubre con su anillo todos los años que ha podido ocultar hasta entonces á su

vista; pierde todo recuerdo de su pasado amor al verla despojado completamente de las ficciones que le habian engañado tan cruelmente. Sin embargo sigue los consejos de Melise, y se conduce con Alcina lo mismo que antes. Finge que quiere probar sus fuerzas, y para asegurarse de que no le diaminiado su estatura se cubre con sus armas, por tanta tiempo olvidadas. Ciñese Belisarda su buena espada; coge el escudo de Atlanta, cuya luz deslumbradora es capaz de aturdir á los que se atreven á mirarle, y se le cuelga el cuello, cuidendo de envolverle en una tula de seda. Baja á las cuadras y hace que le ensillen un aoberbio corcel negro como el ébano; llámanse Rabican, y Melise le ha ponderado su ligereza. Llevado en otro tiempo por la ballena á nord á la isla de Alcina con su desdichado dueño que fijó á la sazón en la playa, es jugueta de los vientos y las olas. Hubiera podido coger también el hipógrifo que estaba entonces al lado de Rabican, pero la bembéngica le dice: «No olvides cuán indócil es ese animal!» Despues lo promete que se le hará encontrar en un sitio donde sea mas fácil domarle, añadiendo que le presencia de aquel corcel en las cuadras impedirá que sospechen su pérdida. Obedeciendo á los consejos de Melise, invisible entonces, consigue salir el héroe de palacio, engañando á la impúdica y villena vieja, y se dirige á una puerta que cue al camino de los estados de Logistila.

En el momento de ir á salir por ella es atenido de improviso por los guardes de Alcina, pero alzando su terrible acero, pronto los mata ó los pone en precipitada fuga. Lanzase entouces hacia el puente, le atraviesa su hallar resistencia alguna, y se aleja con rapidez antes de que hayan podido participar su fuga á la mágica. En el canto siguiente os diré el como que siguió y cómo llegó á los estados de Logistila.

## CANTO VII.

Asentando.—Rugiero es atenido por un criado de Alcina.— Descubre al escudo de Atlanta.— Alcina persuade á Rugiero por mar y tierra.— Melise restituye á los caballeros encantados á su forma natural.— Llega con Amelio al palacio de Logistila.—Reynaldo pide tropas á los reyes de Inglaterra y de Escocia.—Un armatista hace sacar un espíritu infernal en el cuerpo del caballo de Argénica.—Pasa al mar á bordo con su caballo.—Argénica mata cuervos.—Historia de Frons.—Argénica es condenada á ser devorada por un monstruo.—Arda yerta.—Una lluvia calante apaga al incendio.—Orlando abandonado á Faria.

¡On! ¡cuán lejos estamos de sospechar el número de encantadores y encantadoras que viven entre nosotros! Pare bacerse amar y seducirnos cambien todos incesantemente de forma y de lenguaje. El arte de evocar á los espíritus é interrogar los astros es mas débil que sus encantos; someten los corazones por medio del disimulo, la astucia y la mentira. Feliz el que poseyera el anillo de Argénico, ó estuviera dotado del raciocinio suficiente para distinguir á aquellos cuya alme está llena de ficciones y doblez! ¡Tal ser, que parece tener un corazón noble, no sería mas que un monstruo despreciable, si se consiguiere arrancar la máscara que lo ocubre! ¡Cuán feliz debió considerarse ¡tugiero por tener el anillo que le descubrió la verdad!

Segun he dicho antes, aquel paladin bien armado y cabalgando en el veloz Rabican, habia llegado cerca de la puerta disimulando su intento, y allí los guardias le atacaron de improviso. No estava ociosa su espada y dejando en seguida á los guentiles muertos ó dispersos, cruzó el puente y se dirigió hacia el bosque. Mas no tarda en encontrar á uno de los servidores de Alcina: es una especie de cazador que lleva un halcon en el puño, del cual se sirvo con buen éxito para coger le caza que hay en la llanura ó en una laguna inmediata; le acompaña un perro y camina sobre una jaca de bastante mala traza. Al ver á

Rugiero huir tan precipitadamente, adivina que el paladín quiere escaparse; corre á su encuentro y le pregunta audazmente cuál es el motivo de aquella carrera tan rápida. El silencio del héroe confirma sus sospechas, y procura detenerlo; tendiendo el brazo izquierdo con aspecto amenazador, exclama: «¿Qué dices si te obligo á quedarte y si mi laico con el hacha para ello?» Al decir estas palabras suelta su ave, cuya rapidísima zambra apenas Rabican; en seguida salta de la jaca, la quita el freno y parte el animal como una flecha, siguiéndole el cazador con el impetuoso del viento ó del rayo; el perro, á su vez, se arroja tras el caballo, y el leopardo que persigue á una liebre no lo hace con mas encorizamiento. Rugiero, temblando de cólera y vergüenza, se para y aguarda al atrevido cazador, que solo está armado con una varita que le sirve para castigar al perro. Deseñando el héroe desenvainar la espada le deja que se aproxime; recibe entonces un golpe de la vara, mientras que el perro le muerde el pie izquierdo; y el caballo le aplica coques multiplicadas y violentas; el halcon entretanto revolotea sobre su cabeza y la de Rabican, destrozando á ambos con sus garras. Asustado el caballo, no obedece al freno ni á la espuela, y Rugiero impetuosamente tira al fin de su espada Bolisurda para terminar aquella lucha ridícula. En vano amenaza al hombre y á los tres animales con la punta y el filo de la espada, pues aquellos roles malditos se encarnizan mas y mas, y ve el paladín la vergüenza y el peligro que le esperan. Resuena en los valles el ruido de los campanas, de las trompetas y los tambores; un momento de retraso puede hacer que le ataquen todas las tropas reunidas de Alcina; pero se avergonzaría Rugiero de emplear su espada contra un criado sin armas y su perro. Puradesahacerse mas pronto de ellos prefieren descubrir el escudo de Atlante; levanta una parte de la seda encarnada que le tapen, y le luz deslumbradora que arroja obra como lo ha hecho ya tantas veces. El cazador, su caballo y su perro caen en tierra, y ya las alas del halcon no le sostienen tampoco en el aire. Libre así de ellos Rugiero los deja vencidos por el sueño mágico.

Sin embargo, Alcina ve á sus guardias muertos, y adivina que Rugiero huye lejos de ella: vencida por el dolor parece estar pronta á exhalar el último suspiro, y desgarra sus vestidos, hiere el rostro y se acusa de estupidez y debilidad. Reúnense todas sus tropas: una parte de ellas sigue el mismo camino que lleva el paladín, y la otra se embarca en los bajeles para perseguirle por agua. En un momento se ve la mar cubierta de embarcaciones, y la misma música, desconsolada, pero impaciente por apoderarse del culpable, se embarca tambien, dejando á su ciudad y su palacio sin defensores. Melisa, que espía el momento favorable para librar á las victimas de Alcina, puede destruir y quemar sin obstáculo las imágenes, los talismanes, los caracteres misteriosos y los maleficios; recorre presurosa la campiña, y pronto aquella multitud de amantes antiguos de Alcina, convertidos en fuentes, árboles, rocas y fieras, recorren su primitiva forma y su libertad; todos aquellos caballeros valientes, libertados por su poder, siguen el camino que emprendiera Rugiero. Van al reino de la sabia Logistila, y de allí regresarán á Grecia, á la Persia, á la Escitia y hasta á las costas de la India. Melisa envía á su patria, recomendándole que tenga mas prudencia en lo sucesivo, á Astolfo, aquel príncipe de Inglaterra, que ha recobrado antes que todos su forma humana; es herido de Bradamante, y la intercesión de Rugiero le ha sido útil; este le da su anillo mágico para que el auxilio de Melisa sea mas eficaz. No contenta con haber devuelto á Astolfo su forma humana, le hace hallar sus armas, y sobre todo aquella lanza de oro que derriba á todos los caballeros apenas los toca con su punta: esta lanza, que estuvo

primero en manos de Argail, cayó después en poder del príncipe; en Francia le asegró mas de una vez la victoria. Melisa habia visto en el palacio de Alcina todas las armas de Astolfo; hace montar á este detrás de ella en la grupa del caballo al lado del viejo Atlante, y le conduce al palacio de Logistila, llegando á él una hora antes que Rugiero.

Este héroe, atreviendo rocas escarpadas, precipicios, montañas y caminos solitarios, llega hacia la mitad del día á una llanura de arena situada entre el mar y unas montañas inaccesibles. Es un desierto árido y estéril, abrasado por el sol, cuyos rayos reflejados por la montaña inmediata, aumen su calor al que arroja una arena ardiente. El aire cálido buelva fúndido hasta el vidrio mas sólido; los pájaros reposan silenciosos en las lejanas sombras; solo la cigarras, oculta bajo las ramas de los árboles, hace resonar su monótono canto.

Agobiado el joven héroe por el cansancio, ve con tristeza y desesperación el largo espacio que le falta recorrer: es preciso errar el calor y la sed. No ve obligado con sentimiento á dejarle en tan penosa situación; mas no puede hablarlos siempre de un mismo personaje, y vuelve á Escocia al lado de Reynaldo.

El señor de Montauban se ha granjeado el cariño del rey, de la princesa su hija, y del país entero. Ha dado á conocer su misión: Carlos solicita el apoyo de la Inglaterra y de la Escocia, y hace valer el paladín para con el monarca razones justas y fundadas. El rey le ha respondido el momento que enviará todas sus fuerzas en auxilio de la Francia, y que le bastarán pocos días para reunirlas; impidiéndole su edad avanzada que pase el mar y conduzca personalmente las tropas, dará el mando de ellas á su hijo, que tiene mas capacidad para dirigirlas bien, y está en estado de sostener mejor que él las fatigas de la guerra. Este hijo, cunento de Escocia á la sazón, volverá en tiempo oportuno para ponerse á la cabeza de su ejército. Da el rey al momento sus órdenes, y agolga recursos y tesoros para alistar infantes y ginetes; prepáranse lugares de trasporte y municiones de guerra; después acompaña á Reynaldo hasta Berwick y derrama lágrimas al separarse de él.

Un viento favorable hincha ya las velas; dispídese Reynaldo de sus regios huéspedes, se embarca y llega pronto á la vista de aquellos parajes en que la mar recibe y rechaza alternativamente las aguas del Támesis. Secundados los marineros por el flujo, suben el río á remo y vela hasta la ciudad de Londres. Reynaldo lleva cartas de Carlomagno al príncipe de Gales, y un mensaje del rey Oton, que se halla sitiado tambien en París, y le exhorta á enviar á Calais su infantería y caballería para volar al socorro de Francia. El príncipe de Gales, regente del reino durante la ausencia de Oton, colma de honores al hijo de Almon; ecode á su pretensión, y fija el día de la partida de todos los guerreros que reune en la Gran Bretaña y las islas inmediatas.

Mas permitidme, señor, que imite al hábil músico que toca alternativamente las cuerdas diferentes, y se complace en variar sus sonidos, pasado del tono grave al mas agudo. En el momento en que estaba hablando de Reynaldo, he recordado á la hermosa Angélica, á quien dejó huyendo del paladín y encontrando á un hermitaño viejo. Continuaré su historia. Ya os dije que suplicaba á aquel ermitaño que le indicara el camino del mar; tal es su aversión á Reynaldo, que cree no hallar sino seguro en Europa; y quiere al menos atravesar las olas: pero el viejo que se complace en verla á su lado, procura retenerla. Su singular belleza le inflama y reanima sus sentidos embotados; desesperando de conseguir su intento, y viendo que se aleja la sin par hermosa, clava las espuelas á su asno da paso lento y pesado, y pro-

cura seguiría. Aléjase Angélica mas y mas, y temiendo perderla de vista, llama en su auxilio á los espíritus infernales. Aparece entonces una tropa hedionda de demonios: eligi uno de ellos y le hace entrar en el cuerpo del corcel de Angélica, que parece arrebatado también su corazón. El perro acostumbrado á perseguir en la montaña á las liebres y á las zorras, deja con frecuencia de olfatear su rastro para esperarlas en el sitio en que deben ir á caer entre sus mortíferos coimillos. Del mismo modo conocen el ermitaño los senderos por donde ha de pasar Angélica; sospecha su proyecto, y os instruye de él no otro inocente. Angélica continúa su viaje sin desconfianza alguna, haciendo jornadas largas ó cortas, según mejor le parecia, y el demonio se mantiene tranquilo en el cuerpo de su caballo, así como el fuego, muchas veces, se mantiene oculto largo tiempo entre dos estallas en un incendio devorador. Cuando llegó la jóven á la orilla del mar que baña las costas de la Gascuña, guió su caballo por la playa, en los sitios en que la humedad daba solides á la arena. En el momento mismo arruja el demonio al caballo al medio de las olas y pronto se ve obligado á nadar el generoso bruto. Asustada Angélica se agarra con fuerza á la silla y tira de las riendas para hacer que su indócil caballo vuelva á la costa: ¡esfuerzos inútiles! internase mas y mas en el mar. La jóven recoge sus vestidos y encoge los pies; suelta la cabellera, ondea sobre su cuello á merced del viento. Cállase el aguilon impetuoso y parece contemplar estasiado tanta belleza. Baña inútil llanto sus mejillas y su seno; ee vano dirigen sus miradas á la tierra que huye mas y mas, y tardará poco ya en desaparecer de su vista. Por fin toma el caballo nueva direccion hacia la derecha, y deposita su preciosa carga en unas rocas que forman cavernas espantosas. Cuando sola Angélica en aquel sitio, cuyo solo aspecto helaba de espanto, se sumerge Febo en el seno de las aguas, y dejaba á las tinieblas el imperio de los cielos y del mar. Quédase inmóvil Angélica, y en aquel estado seria imposible distinguirla es un ser animado ó una estufa de olabastro, tendida en la arena, con los cubelos desordenados, juetas las manos y los labios temblorosos, eleva al cielo sus ojos lánguidos, y parece reconvenir al dueño del universo por haberla condenado á una suerte tan espantosa; permanece en el largo rato postrada y silenciosa. Por fin estallase libremente sus labios amargos quejas, y surge de sus ojos un torrente de lágrimas. ¡Oh fortuna! esclama, ¿no has agotado aun conmigo tus furores? ¿Qué mas puedo hacer que abandonarte mi vida miserable? ¿Al sacarme de las olas no que iba á perecer, quieres agobiarne sin darme con males aun mas crueles? ¿Pero podrías hallar acaso sufrimientos mas espantosos? Arroja el del trono y sie esperanzas de volver á subir á él, he perdido mi reputacion, y esta es el peor de todos los infortunos: aunque soy inocente, mis peregrinaciones errantes me han expuesto á las sospechas mas injuriosas. ¿Hay alguna felicidad en el mundo para la mujer que ha perdido su honor? ¡Maldicion en vosotros, juventud y belleza, únicas causas de todos mis penas! ¡No, no puedo dar gracias al cielo por haberme concedido estos dones que son el origen de todas mis desdichas! He visto perecer á mi hermano Arguil, aunque se hallaba cubierto con una armadura eucetada; por mí atacó Agucien, rey de los tártaros, á mi padre Gulafoe, gran khan del Cathay; tal es mi desgracia que me veo obligada á cambiar diariamente de asilo. De esta suerte, cruéis fortuna, me has arrebatado mi honor, mis estados y todos los objetos de mis afecciones mas tiernas: me has hecho todo al diño irragible; ¿á qué pruebas pretendes, pues, someterme ya? Si no te ha parecido bastante cruel la muerte que estaba próxima á hallar en el seno de las aguas, entrégame á alguna fiera que me devore. ¿Que

me importan ya los sufrimientos, con tal que se aproxime tu término? Te tributaré gratitud si mi vida ha de concluirse pronto. »

Mientras se lamenta de este modo, aparece á su lado el anciano ermitaño; hacia seis dias que llevando á aquellas rocas por un demonio, acechaba la llegada de la hermosa efígide, y se aproxima con aire mas devoto que hilarico á Pablo. Al ver su aspecto venerable, se tranquiliza la confusa Angélica; su semblante está pálido aun, pero cédase su terror. ¡Ah! ¡padre mio, le dicen al verle su lado, apiedados de mí, y de mi melindada suerte! » Y con voz interrumpida por los sollozos, le relata lo que él está muy lejos de ignorar: para consolarla le dirige el bergantín palabras devotas y llenas de evangélica unción, pero al mismo tiempo acrecia sus maeos profanas las uegillas húmedas de la doncella, y aun su hermoso seno, y cada vez mas atrevido procura abrazarla. Indignada Angélica le rechaza, y los vivos colores del pudor sonrosan su rostro. El pordio lleva un irasquito en una ceja; le destapa, y lanza algunas gotas del licor que contiene á los preciosos ojos de la jóven; bajo la influencia de aquel filtro envenenado, ciérranse sus párpados y queda tendida en el suelo á merced del viejo. Se duerme, quedando incapaz de oponer resistencia alguna; el ermitaño la estrecha entre sus brazos, y sus impúdicas manos recorren todos sus contornos tan bellos, mientras que sus labios devoran la boca y seno de Angélica. En aquel paraje aislado y solitario nadie pundo oponerse á sus infames designios; pero los años y la decrepitud hacen traicion á sus deseos, y cuanto mayores esfuerzos hace, tanto menos consigue el resultado apetecido... Duérmase por último al lado de aquella desdichada, á quien amenaza un nuevo peligro. ¡Ay! ¡cuando la fortuna adversa nos alcanza, no cesa un punto de maltratarlos! Una primera desgracia nos pre-agia otras muchas. Pero antes de referiros la continuacion de esta aventura, os conducire al fondo de los mures de Occidente. Mas allá de la Irlanda hay una isla poco poblada que lleva el nombre de Ebulin; sus habitantes entregados á la cólera de Proteo, han sido destruidos en gran parte por una orca enorme y otros monstruos terribles. Antiguas leyendas, ciertas ó apócrifas, relatan que aquella isla tenía en otro tiempo un rey cuya hija estaba dotada de singular belleza; la vió Proteo mientras paseaba con sus compañeras por la orilla del mar, y le inflamó el fuego ardent del amor. Impacient en el seno de las olas, espiró el momento favorable, la halló sola, y pronto llevó la jóven en sus brazos una prenda de su ternura. El rey, implacable y severo, tuvo la violenta cólera, que nada pudo blandarle, ni las lágrimas de su hija, ni los sentimientos de compasion; hizo dar muerte á la desdichada madre y á su hijo inocente. El terrible guardian de los rebaños formidables del soberano del mar, Proteo, poseído del dolor y rabia, trastornó las leyes generales de la naturaleza; envió orcas, focas y otros animales estraños que destruyeron los rebaños, los campos cultivados, los castillos y las ciudades.

Los habitantes abandonaron el campo y se retiraron dentro de las murallas de la capital, es donde los sitiaron los monstruos marinos. Presa del temor y constantemente sobre las armas, recurrieron los ebulinos al oráculo para saber cómo podrían término á tantas calamidades. La respuesta que obtuvieron fue que el único medio de aplacar á Proteo era hallar una jóven tan hermosa como aquella cuya pérdida lloraba, y esponsorla en la playa. «Si le satisface su belleza, añadió el oráculo, cesará en sus estragos; pero si prosiguen el curso de sus venganzas, debéis exponer sucesivamente otras jóvenes, hasta que se haya calmado su cólera. » Como exaron entonces á ofrecer diariamente á Proteo las jóvenes mas hermosas de Ebulin: la primera y todas las demas sufrieron la

muerte, cuando el rebaño cruel dormía en el fondo del mar, lanzábase á la playa una orca y devoraba á las víctimas. Que sea ó no cierta esta historia de Proteo, no lo afirmaré; pero puedo decir tan solo que existía esta ley bárbara, y que la orca devoraba á las jóvenes más bellas de Euboda. Si la juventud y la belleza son una desgracia en todos los países, en aquella isla eran presagio infalible de horrenda muerte. Cuando la suerte arrojaba á aquellas costas funestas alguna jóven infortunada, no dejaban los habitantes de sacrificarla al monstruo. La muerte destruyó tan inmenso número de doncellas ebodias, y los vientos les llevaban ya tan pocas víctimas, que exploraban con frecuencia las costas inmediatas en busca de mujeres hermosas. Embarcados en bergantines y otras embarcaciones ligeras, navegaban hacia lejanas playas, procurando huir por medio del oro los raptos ó la astucia, el medio de llenar sus cárceles con mujeres extranjeras, á fin de aliviar su gravoso tributo.

Una de sus fustas (1) pasó cerca de la costa solitaria en que yace una Angélica dormida; bajan á ella

algunos marineros á hacer la aguada y cortar leña, y trasportados de júbilo van á aquella bellad en los brazos del ermitaño. ¡Oh! ¡presa harto divina y grata para aquellos hombres feroces y despreciables! ¡Oh fortuna, cuán grande es tu influencia en todos los acontecimientos de la vida! vas á hacer que sea pasto del monstruo implacable esa jóven incomparable, por quien vino el gran rey Agrican desde las cumbres del Cáucaso á la cabeza de los escitas á buscar la muerte en las llanuras de la India; esa Angélica por quien espuso Sacripante su reposo y su honor; esa bellad á quien falló poco para empuñar la gloria del valiente señor de Angers, y le privó del juicio; esa, en fin que trastornó el Oriente y vió á todos los monarcas empuñar las armas y detenerse después á una mera señal suya. Ahora ¡ay! ¡sola y abandonada no recibe consuelos ni socorro!

Cárgala de cadenas los ebodios mientras duerme todavía con un sueño profundo y pesado, y la llevan con el ermitaño á su bajel, lleno ya por una multitud desconsolada. Hinchó el viento las velas é impulsó la



Los ebodios se apoderan de Angélica dormida.

embarcación hacia la isla funesta, donde las jóvenes son encerradas en estrecha prisión hasta el día fatal en que han de ser devoradas. Sin embargo, conmovidos los ebodios al ver la celestial belleza de Angélica, ceden á un sentimiento de compasión; dileren su sacrificio durante varios días y mientras les queda alguna otra víctima, consuevan á aquella la vida, pero al fin, aunque deplorando su aciaga suerte, la conducen á la playa y la dejan expuesta al monstruo.

¡Cómo reproducir aquí las quejas, la angustia y los gritos de la doncella, y las reconvenções que dirige al cielo! ¿Es posible que la fría roca en que descansa, sin velo alguno que le cubra aquel cuerpo divino no se conmueva? No soy yo quien puede comprender tanta dureza, yo que me siento tan poseído de dolor en este momento, que me veo obligado á interrumpir estos cantos lúgubres para dar descanso á mi confusa y turbada imaginación. La tigre furiosa por la pérdida de sus hijos, la venenosa serpiente que rastrea silbando por las pendientes del monte Atlas y las arenas abrasadas del Africa, hubie-

ra sentido alguna compasión al ver á aquella doncella hermosa encadenada á la roca. Y tú, Orlando, que en este momento vuelas hacia París para buscarla; vosotros, arrogantes caballeros, cuyo combate interrumpió un demonio enviado por el ermitaño, por qué no la vereis reducida á tan deplorable estado! ¡Ah! ¡arrostraríais mil muertes por socorrerla! ¿Pero qué podéis hacer estando tan lejos de ella, aun cuando supierais cuál era su suerte?

París estaba entonces sitiada por el célebre hijo de Trojan. Hallábase la ciudad reducida al último extremo, y parecia que los enemigos no tuvieran mas que intentarlo para apoderarse de ella, cuando accediendo el cielo á los ruegos de los cristianos, envió una lluvia abundante que libró á la ciudad de un incendio, librándose así la Francia y el santo imperio del acero de los africanos. El dueño soberano del universo dirigió sus miradas protectoras al anciano emperador; una tempestad violenta y repentina apagó el fuego destructor, contra el cual hubieran sido impotente todo socorro humano. Comprendió Cirlos que debía su salvación al auxilio divino; del cielo aguarda siempre el sabio su apoyo.

(1) Embarcación ligera de remo y vela.

Presa Orlando de mil ideas tumultuosas, se ha acostado en su lecho; se agita y atormenta sin poder hallar el menor descanso, así camu-se ven los rayos del sol ó del astro apacible de la noche, reflejados por la agitada superficie de una agua cristalina, elevarse ó bajarse á derecha é izquierda, por las paredes ó los techos. El recuerdo de Angélica vuelve incessantemente á ocupar su mente, ó mas bien no sale de ella nunca. Aquella mujer divina que tragara de Cathay, se ha sustraido á todas sus pesquisas desde el momento en que el ejército de Carlos fue destruido cerca de Burdeos. Era aun mas profundo su dolor cuando pensaba en lo debilidad que presidió á su conducta. «¿Es posible, se decía á sí mismo, que haya yo mostrado tal cobardía? ¿Cómo! ¿podía yo permitirme decir y noche á tu lado, Angélica adorada (entonces me la permitías) y he tenido la avilantez de entregarte al anciano duque de Baviera sin resistirle á una orden tan injuriosa? ¿A no podía haberle opuesto mil razones á cuál mas justas? ¿Que estuviera Carlos antisfeco ó descontento, poco me importaba! ¿Quién hubiera osado obligarme á entregarte? ¿Quién pudiera arrebatarte por la fuerza de las armas? Antes me arrancaran el corazón. ¡Pero ni Carlos ni todas sus legiones hubieran triunfado de mis esfuerzos! ¿Te hubiera puesto baja buena guardia en alguna fortaleza inexpugnable; qué digo! en el centro mismo de París. Te he perdido por ser lústa cobarde. ¿A qué canfiarte al duque de Baviera? ¿Quién podía custodiarte mejor que yo? ¡Ah! ¡a no debiera haberte dejada sin después de perder la vida, porque eres para mí mas que mi propio corazón, mas que lo luz del día! ¡Ay! ¡tan joven y tan bello, qué haces, amado mío, tan lejos de mí! Cuando el tímido corderillo estroviado en los bosques, anda errante en la noche oscura, su voz plañidera implora el socorro del pastor; pero oye el lobo sus balidos, corre á él y na tarda el pastor en llorar su pérdida. ¿Adónde vas, única esperanza mía? ¿Estas sola, fugitiva y sin apoyo? ¿Na habrás tropezado con lobos crueles mientras estás tan lejos de tu fiel Orlando? ¡Oh cielo! me estremeza de dolor. ¡Ay! ¡esa flor que me habiera hecho el mes feliz de las mortales; flor que conservé intacta mi respeto, la fuerza y la violencia te la habrán arrebatado quizás! ¡Oh cómo da infortunio! si esa flor que tuve en mi poder está ya en mi profanada, solo me resta nabelar la muerte. ¡Pader celestial, puedes agabarme con todas las demas desdichas, pero aharradme esta por piedad! ¡Ah! ¡si se realizan mis temores, mis propias manos desgarrarán mi pecho y darán libre salida á mi alma desesperada! Así llora y suspira Orlando, exclamando su dolor.

Ya se entregan al reposo todos los seres de la naturaleza; unos sobre el blando lecho, otras en los huecos de las rocas, en medio de la yerba ó hojalaramas de los mirtos y las hayas. ¡Solo tú desdichado Orlando, atormentado sin cesar por ideas crueles, apenas puedes cerrar los párpados; si disfrutas un sueño ligero y corto, no linitas en él bienlechera calma! ¡Creíase transportado á una verde arilla esmaltada de flores olorosas: cantempiaba el nácar y el naciente carmin que concedió el amor á aquella cuyos ojos brillantes retenían cautiva su alma en tiernas reles. Eran aquellas las miradas y fuciones de la reina de su corazón, y él se veía como el mas dichoso de los amantes... Levantóse de pronto una tarmenta, traeciendo las flores y arracandando los árboles de raíz; menas terrible es el huracan que producen el Aquilón, el Austria y el viento del Mediodia desencadenados! Hallábase en medio de un desierto, buscando en vano un asilo. Entonces, ¡ah prodigio inexplicable! desapareció Angélica en medio de una niebla densa! hacia resumar por el campo y los bosques aquel nómbrre querido. «¿Desdichado de mí! exclamaba,

¿quién ha podido convertir tan pronto mi felicidad en amargura? «Oia los gritos de Angélica que le llamaba y pedia su apoyo; lanzábase al paraje de donde parecían salir los lamentos, y se consumía en inútiles esfuerzos. ¡Oh dolor mortal, no podía variar! Después una voz lejana pronunció estas palabras: «¡No esperes yo disfrutar felicidad en la tierra! Despartóse Orlando horrorizada y bañada en llantos.

Sin reflexionar hasta qué punto son engañosos las ilusiones de un sueño producida por el temor ó los deseos, poraquéste el guerrero de que su hermosa amada está expuesta á peligros ó insultos. Lánzase furioso de su lecho y se arma de pies á cabeza: sin el auxilio de ningún escudero, ensilla á Brides-Oro, y para estar mas libre en su viaje, para ocultar mejor su elevada gerarquía, no toma la cota de malla blanca y roja que lleva generalmente y que le ha hecho tan célebre, sino que escoge otra armadura enteramente negra, que está mas en armonía con el estado de su alma, y que arrebató al surracoen Almonst, que su cambio á su paja. Mantado en Brides-Oro marcha á la mitad de la noche, sin despedirse del emperador y aun sin avisar á su querido Brandimarte. Pero cuando el sol, sacudieoda su dorada cabellera abandona la espléndida morada de Títon, y disipe las tinieblas, sube Carlos su partida: a'éjase su sobrino en el momento en que mas necesita su brazo. Na puede ocultar el emperador su cólera: exhala amargas quejas y denuestas, y amenaza á Orlando con todo el furor de su ira. Brandimarte, que ama á aquel paladín mas que á sí ¡rapio, ya sea que se afendiera al air las palabras de Carlos, ó que tuviera la esperanza de lacer volver á Orlando, marcha al final del mismo día sin anunciársela á Flor-de-Lis, temiendo que se oponga á su proyecto. Flor-de-Lis era una princesa hermosa, á quien amaba Brandimarte, y estaba dotada de suma prudencia y dulzura: ocultaba su partida porque esperaba no alejarse sien por un solo día, pero una multitud de aventuras le impidieron qua volviera tan presta.

Después de esperarle Flor-de-Lis un m.s. no pudiendo resistir á su inquieta ansiedad, partió en su busca sin guia ni escudero. Cuando llegue el momento oportuno diré los países que recorrió, y cómo consiguió reunirse á su amante. Es mas necesaria que os llame ahora del camp de Angers.

Despedido de sus armas y de las divinas de Almonst, se acerca Orlando á una de las puertas de París, y le dice al oido al capitán de la guardia: «Soy el conde. «Bájase el puente levadizo y toma el camino mas corto para ir al campo enemigo. En el canto siguiente se hallará lo que le aconteció.

## CANTO IX.

ACONTECIMIENTO.—Cruza Orlando el campo enemigo.—Promete librar á las mujeres de la sala de Eborac.—Un viento contrario arreja á Orlando á la costa de Irlanda.—Rederelo Olimpo su historia.—Acosante Orlando la empresa de librar á Bireno, y vengar á Olimpia.—Pasa á Heland.—Prueba de valor que da: mata á Cimocroque, libra á Bireno, y recobara el trono de Olimpia.—Esta se casa con Bireno.—Pare Orlando para Irlanda, se lleva el arcabuz y le arreja el mar.

¿Qué se puede esperar de un corazón sometido al cruel y pérdida amor? Orlando ha olvidado sus jurameetas. Un héroe tan sábio y prudente poco há, tan lleno de respeto hacia todos las cosas sagradas y defensor acérrimo de la Santa Iglesia, estroviada ahora por una posion fatal, no piensa ya en sus deberes, en el emperador su tio, ni aun en su mismo Dios. En cuanto á mí, le disculpo gustoso y me felicita por tener en mi debilidad tan noble campañera. No siento tan tilia, tan poca ardiente para el bien como vivía é impetuoso para gustar los placeres.

Cubierto Orlando con una armadura negra, sin cuidarse la mas mínimo de los nables compañeros que abandona, dirige se á la llanura en que los sar-

racenos da Africa y España han plantado sus tiendas. El campamento acaba de ser destruido por la lluvia y la tormenta; grupos de cuatro, seis, ocho diez ó veinte guerreros están esparcidos debajo de los árboles, ó bajo algunos restos de tiendas. La mayor parte de ellos, agobiados por el cansancio, se entregan al sueño; unos están tendidos sobre la tierra mojada, otros tienen la cabeza apoyada en la mano. Fácil le hubiera sido al generoso Orlando dar muerte á un gran número de ellos; pero desdeña servirse de Durandal para acuchillar á enemigos dormidos. Corre por todas partes, tratando de descubrir á Angélica. Interroga á todos los que encuentra despiertos, les describe el rostro y traje de su amada, y les pregunta el camino que puede haber seguido.

Empieza á desayuntar el día, Orlando lleva el traje de los sarracenos, y puede explorar todo el campo sin ningún obstáculo; habla el idioma de los africanos con tal facilidad, que cualquiera le creería hijo del Tripoli. Después de tres días de inútiles pesquisas, empieza á recorrer todas las ciudades y aldeas de Francia desde la Anormia hasta la Gasuña, desde los confines de la Provenza hasta la estremidad de la Bretaña, desde los límites de la Picardia hasta las fronteras de España.

Hállase en loez á fines de octubre y principios de noviembre, en esa época en que las nieblas y las escarchas despojan de su verdor á los árboles, orocho antes de los campos; después está desnuda su copa y secas sus ramas; entouces es cuando los pájaros se reúnen en bandadas numerosas para huir de los rigores del invierno. El enamorado paladín cenitúa sus pesquisas sin detenerse ni durante el invierno, ni en la estación siguiente. Acostumbrado á cambiar de países incesantemente, llega un día á la orilla de un río que separa la Bretaña de la Normandía y lleva al Océano sus tranquilas aguas. Estaba entouces crecido y cubierto de espuma; las nieves derretidas y los arroyos que bajaban de las montañas le habían hecho desbordarse, convertido en torrente impetuoso, arrastró en su violencia el único puente que permitía atravesarle. Orlando ve qué á no ser que se convirtiera en pez ó en ave no podría pasar á la opuesta orilla. Aparece de improviso una barquilla, conducida por una dama joven agraciada. El paladín la hace señas para que se aproxime; dirígese la frágil navicella hacia la orilla, pero cuidando la dama que la conduce de mantener la proa á tal distancia que nadie pueda embarcarse contra su voluntad. Orlando la suplica que le lleve á la opuesta orilla, mas lo contesta que ningún caballero recibirá de ella tal merced, si antes, accediendo á su ruego, se promete como: ter la mas justa y noble de todas las empresas. «Si quereis, onde, que os pase á la otra orilla, juradme que antes que se acabe el mes en que vamos á entrar ireis á uniros al ejército que está formando el rey de Irlanda; quiere destruir la isla de Ebludín, la isla mas cruel de todas las que baña el mar con sus olas. No ignorais que allende la Irlanda se encuentra un archipiélago; las habitantes de la isla de Ebludín, obedeciendo á una ley bárbara, van de costa en costa á robar todas las jóvenes hermosas que pueden hallar: después, entregan cada día una de ellas á la voracidad de un monstruo marino que habita en sus costas. Reciben tambien hermosas cautivas de manos de los corsarios y de los mercaderes de esclavas. Así cada día tiene su víctima. ¡Considerad, pues, cuántas jóvenes habrán perecido ya! Si os mereis compasión, si no sois rebelde al amor, no dudad que quereis unir vuestros esfuerzos á los de aquellos guerreros armados en favor de tan justa causa.»

Bastau estas palabras á Orlando no puede oír hablar de una acción injusta ó cruel sin anhelar castigarla: jura ser el primero en el combate. Un presentimiento secreto le hace temer que Angélica, á quien

buscara tanto tiempo en diferentes parajes, haya caído en poder de aquellos bárbaros. Esta idea le turba y le hace olvidar su primer intento. Decídese al momento á bogar sin detención hacia la isla cruel; al siguiente día, antes de que el sol se sepulte en el seno de los mares, llega cerca de San-Malo, y se empuñan en un buque. Despléganse las velas, y pasando de noche por el pie del Monte-San-Miguel, deja á su izquierda ó San Brieno y Landrigliez. Costea la Bretaña, y se dirige hacia las blancas rocas que hicieron dar á la Inglaterra su antiguo nombre de Albion. Pero ha cesado de soplar el viento Sur, y el Aquilon y el Austro se desencadenan con tal violencia que los marineros se ven obligados á amainar velas y abandonar á merced de las olas, perdiendo la embarcación en un día el camino que anduvo en cuatro. Marcháronse á alta mar, porque el navegante experimentado teme ver al bajel encallar y estreñarse contra la costa. Durante cuatro días es juguete la embarcación de los vientos irritados; por fin se aplica su furia, y entra el buque peliicamente en la hermosa ría de Amberes. Seguros ya, apresúranse todos á desembarcar. En seguida se adelanta un anciano, de blancos cabellos y aspecto venerable, hacia Orlando, á quien se conoce por gelfo de aquella gente, y le ruega que vaya á ver á una joven amable, hermosa y dotada de mucho talento; si el paladín lo exige irá aquella beldad á buscarle al bajo con para conferenciar con él. Añade el anciano: «Ningun caballero ha podido negarla hasta ahora este favor y algunos consejos, porque su posición es espantosa.» El generoso y cortés paladín salta en tierra al momento y no vacila en seguir al anciano.

Conducen á Orlando á un palacio, y encuentran en lo alto de la escalera á una dama vestida de rigoroso luto; su rostro, joven aun, lleva impreso el sello de un dolor profundo; en los salones y en todas las habitaciones de aquella morada se ven signos de tristeza. La dama dispensa al héroe distinguidos y honrosos obsequios; hízole sentar y con voz lánguida lo dirige este discurso: «Señor, soy hija del conde de Holanda. Aunque tuve dos hermanos, me amaba mi padre con tal ternura que accedía á todos mis ruegos. Era yo dichosa y veía colmados todos mis deseos, cuando el duque de Zelândia, que iba á Vizcaya á guerrear con los moros, vino á nuestra corte. Brillaban en el hermoso doncel todas las gracias y atractivos de la juventud. Pronto me sentí abrasada por los fuegos del amor, y lo costó pocos esfuerzos seducirme. Me figuré, y lo creo aun, que su corazón era tan sincero como el mio. Vientos contrarios para su embarcación, pero favorables para mis deseos le detuvieron á mi lado, y cuarenta días de felicidad transcurrieron con la rapidéz de un solo instante; pudo verme á su sabor, y jurarme que á su regreso se casaría conmigo: hízelo el mismo juramento. Apenas se había alejado el duque de Bireno (que así se llamaba mi amante), cuando el rey de Frijia, cuyos estados se hallan separados de los de mi padre por un río, concibió el proyecto de darme por esposo á su hijo Arbante, y envió á los magnates mas ilustres de su corte para pedir mi mano. No podía yo olvidar la fé que habia jurado; aunque lo hubiera intentado, no me lo permitiera mi amor! Tomé preventivamente las medidas necesarias para malograr aquella negociación, y confesé á mi padre que me parecia preferible la muerte al sentimiento de ser esposa del príncipe de Frijia. Aquel padre tierno, que no tenía mas voluntad que la mía, no imaginó si quiera contradecirme; se esforzó en prodigarme consuelos, y rompíronse las negociaciones. Llenos de despecho el orgulloso rey de Frijia y el odio y la rabia se apoderaron de su corazón; invadió la Holanda haciéndose una guerra cruel en que todos mis deudos hallaron la muerte. ¡Aquel príncipe está

dotado de una fuerza y un vigor sin igual! Háblame en extremo para hacer el daño, es tal su astucia, que ni la destreza, ni el valor, ni la misma fuerza pueden resistirle. Posee una arma desconocida de nuestras abuelas, y que nunca habíamos visto: consiste en un tubo hueco de hierro de dos bruzes de largo, en el cual se coloca pólvora y una bala; en cuanto se aproxima el fuego a un respirador colocado cerca de la base de aquel tubo, escapándose la bala con un ruido semejante al del trueno, atraviesa, abrasa, derriba y estropea, como el rayo, á todo lo que toca. Del mismo modo salta la sangre de la vena abierta por la lanceta del cirujano. Con el auxilio de esta arma derrotó dos veces á nuestro ejército, y mató á mis dos hermanos; en el primer encuentro, uno de ellos tuvo su corazón atravesado, y la bala le traspasó el corazón. En un nuevo combate, el otro que iba huyendo, recibió la bala en la espalda y le salió por el pecho. Despojado mi padre de todas sus estoras, defendiéndose un día en su último castillo, y recibió el tiro fatal en medio de la frente, asestado por la mano del traidor que le estaba apuntando hacia largo rato. Unica heredera de la Holanda después de la muerte de mi padre y de mis hermanos, recibí del rey de Frijia el ofrecimiento de una paz duradera bajo las mismas condiciones, é hizo saber á todos mis súbditos cuál era su intención si no accedía yo á casarme con su hijo. El odio que profesaba yo á los injustos destructores de mi familia y de mi trono, y la promesa que había hecho á Bireno de casarme con él á su regreso de España, me inspiraron el valor suficiente para contestar que prefería la muerte y una ruina completa á la suerte que me ofrecía. Mis súbditos procuraron ahuyentarme; muchos de ellos, asustados por las amenazas del enemigo, declararon que me entregarían juntamente con mis dominios antes que sufrir las calamidades de que iba á ser causa única mi obstinación: permanecí, no obstante, inflexible. Una gran parte de mis vasallos se amotinó é hizo un pacto criminal con el tirano; después, apoderándose de la fortaleza á que me había refugiado, la entregaron con mi persona al rey frijio. Este me trató al pronto con toda clase de miramientos y me prometió respetar mis bienes y mi vida, pero persistía en su proyecto de obligarme á que me casara con su hijo. La muerte me hubiera parecido entonces un beneficio, porque me habría librado de todos mis tormentos. Sin embargo, ardía en deseos de vengarme de tanto ultraje; ofrecíame á mi mente mil proyectos; disimulé mi odio, sinj deseear que olvidara mis primeras negativas, y aparenté andar unida á su hijo. Después, entre los servidores más fieles de mi padre, elegí á dos hermanos, cuya inteligencia y resolución me eran conocidas, habían pasado su infancia á mi lado, y estaba segura de que sacrificarían por mí sus bienes, su patria y aun su vida; les revelé mi proyecto, y juraron ayudarme. Uno de ellos pasó á Francia para flotar una embarcación ligera, y el otro permaneció á mi lado. Mientras que todos, frijios y extranjeros, aguardaban la próxima celebración de mi matrimonio, se supo que el duque Bireno reunía en Vizcaya un ejército, y que se proponía venir á Holanda. El día de la batalla en que pereció mi primer hermano, le había yo enviado un correo. Mientras se ocupaba él en alistar tropas, tuvo tiempo suficiente el rey de Frijia para reunir las suyas; mal informado Bireno de estos preparativos, continuaba reuniendo bajeles y soldados: dejó el tirano á su hijo el cuidado de apresurar la conclusión de mi matrimonio, se embarca en sus navios, sale al encuentro de Bireno, le ataca, quema ó echa á pique toda su flota, y le hace prisionero. Ignorando yo completamente tal desastre, me caso con Arbanta; apenas espiraba el día de nuestra boda, y ya quería el príncipe usar de sus derechos sobre mí. Detrás de las cortinas del lecho ha-

bía yo hecho ocultar á mi fiel criado; dejó al príncipe el tiempo suficiente para llegar y acostarse, y después, con brazo vigoroso, le parte la cabeza de un hachazo. Lánzome entonces fuera del lecho, y le sepulto al príncipe un puñal en la garganta: Arbanta pierde entonces la voz y la vida; cayó aquel ser aborrecido como un buey degollado por el carnicero. Arrostrando el furor de Cimosque, de aquel rey bárbaro, asesino de mi padre y mis hermanos, y que no contento con obligarme á entregar mi mano á su hijo, había intentado quizás asesinar también, fui antes de que pensarán en prenderme, llevando mis objetos de más valor. Mi cómplice me descolgó por una ventana del palacio que daba al mar: cerca de allí me esperaba su hermano con un baje que había traído de Zeladua; entonces, con la protección de Dios y el auxilio de nuestros remos y velas, buscamos nuestra salvación en la fuga.

«No sé si Cimosque se conmovió más de dolor que de cólera; triunfante, cargado de botín y dueño de Bireno, llegó al día siguiente á aquellos sitios, testigos de mi venganza; esperando hallar bodas y festines, sola vió por do quiera el luto más lúgubre y siniestro. No pudo el llanto sacar á los muertos de su sepulcro, y solo la venganza es capaz de aplacar el odio. Traspasado de dolor, poseído de rabia, no pienso Cimosque sino en apoderarse de mí. Todos aquellos á quienes sospecha de ser partidarios míos ó de mis dos libertanones, son llevados al último suplicio; quema y arrasa mis dominios; quiere dar muerte á Bireno, imaginando que será el sentimiento más cruel que pueda causarme, pero reflexione que reteniéndole cautivo tendrá constantemente un medio eficaz para hacerme caer en los lazos que me tienda. Le impone la cruel y terrible elección de entregarme en sus manos por medio de la astucia ó de la fuerza, con el auxilio de sus parientes y amigos, ó de recibir él la muerte en lugar mío: ¡ así es que de mi muerte depende su salvación! He hecho hasta hoy cuanto ha podido, exceptuando el entregarme á Cimosque, para librar al duque de Zeladua: he vendido seis castillos que tenía en Flandes; con el precio de ellos he procurado seducir á los guardias de Bireno, he querido sublevar contra el tirano á los ingleses y los alemanes; pero ya sea que mis emisarios hayan cumplido mal su deber ó que fueron inútiles sus esfuerzos, es lo cierto que solo he recibido promesas, pero auxilios, ninguno. Quizas se habrán apropiado el oro que les conlé. Sin embargo, aproxímase el término fatal; pronto no podré librar ya á Bireno del suplicio ni los tesoros ni la fuerza: le he sacrificado mi padre, mis hermanos y mi trono; con la esperanza de librarle, he perdido los pocos bienes que me restaban: no sé ya qué partido adoptar, y quizás por salvar la vida del hombre amado, habré de entregarme á mi enemigo más cruel. No vacilaría, y me sería muy dulce morir en holocausto; mas podré contar con que el traidor observe un pacto que ha de costarme tan caro. ¿Quién me asegura que el tirano no me engañará cuando me tenga ya en su poder? No satisfará conmigo sino una parte de su ira, y Bireno inmolado no tendrá tiempo siquiera para librar la muerte de la que habrá dado su vida por él.

«Estos son, señor, los motivos que me inducen á referiros mis desgracias y consultaros, así como á todos los caballeros que encuentro. Alimentó siempre la esperanza de que me indiquen el medio de tratar con seguridad con Cimosque, pero en vano les suplico que me acompañen: si he de entregarme al feroz tirano, deseo tener testigos y garantías de su promesa de librar á Bireno; no quiero que después de haberme inmolado me dé una segunda muerte con la de mi amante, y les ruego que obliguen al bárbaro Cimosque á cumplir su palabra, dando libertad á Bireno en cuanto haya yo perecido. La muerte me

parecerá mas dulce; porque habré salvado con ella á mi esposo. Ninguno de ellos ha podido asegurarme hasta ahora que comiata Cimosque en dejar libre á Bireno; en cuanto me tenga el tirano en su poder, me retendrá cautiva sin cuidarse de los caballeros mas valientes. Todos temen esa arma terrible, á la que no pueden resistir ni las corazas ni las cotas de maila. ¡Ah Señor! ¡si vuestro valor corresponde á la nobleza de vuestro rostro y á vuestro aspecto imponente!, consentiréis en acompañarme, y así desecharé todo temor, pues sobre el arrancarme de manos del bárbaro si se atreve á violar su palabra! Si la cumple, mi muerte salvará la existencia de mi esposo.»

La princesa de Holanda termina su discurso que han interrumpido con frecuencia los suspiros y sollozos. Orlando, cuyo corazón está pronto siempre á aliviar á los desgraciados, la responde: «Nunca contentaré yo, señora, con efímeras palabras: os seguiré y haré mas que lo que de mí solicitais.» No la aconseja que se entregue á Cimosque para librar á Bireno; se fia de su brazo y del buen temple de su espada Durandal para proteger á entrambos amantes. En el momento mismo, favorecido por el viento y por un cielo despejado, se dirige á la Frijia; se apresura todo lo posible, porque arde en deseo de batirse con el monstruo de Eludía.

Un piloto hábil dirige al bajel á alta mar, á la vista de las islas de Zelândia; las costas, las deja por la popa una despues de otra, y llegan á Holanda al tercer dia. Orlando no permite á la princesa que desembarque, confiado en evitarla este trabajo y anunciarla pronto la muerte de su enemigo. Cubierto con su armadura, salta en tierra y elige un caballo lanés robusto, erindo con los sustanciosos pastos de la Frijia; esta cabalgadura no es muy á propósito para correr con celeridad. Orlando dejó en un puerto de la Bretaña al hermoso y valiente Brides-de-Oro, á quien solo Bayardo es comparable.

Llega el héroe al puerto de Dordrecht; sus puertas están custodiadas por numerosas tropas, según la prencion usada siempre para tener sujeta á una ciudad recién conquistada. Los frijios no ignoran que un primo de Bireno ha reunido soldados y bajeles para socorrer á su pariente.

Orlando dice á uno de los guardias que dé aviso al rey de que un caballero amante desea medir sus fuerzas con las suyas, con lanza ó espada en mano: al vence Cimosque, le será entregada la que mató á Arbante; que está cerca de allí á disposicion del caballero; si es vencido el monarca, restituirá al momento su cautivo Bireno. Vuela diligente el mensajero á desempeñar su cometido; y el tirano cobarde y desleal, concibe al instante un proyecto sugerido á su mente por el fraude, la mentira y la villanía: quiere apoderarse del caballero, imaginando que si ha dicho la verdad, bastará cojerle para prender facilmente á la que le hizo tan cruel ofensa. Ordena á treinta hombres de armas que vayan por un camino estraviado y ataquen por retaguardia al caballero, á quien podrá asimismo cercar; despues gana tiempo por medio de palabras capciosas y equívocas, y cuando cree que los soldados se hallan ya emboscados, sale de su castillo á la cabeza de otros treinta hombres. Semejante al cazador que hace cercar á los venados en un soto, ó el pescador de Volane que circuye con estensas redes el espacio de mar en que se han reunido los pescados, el rey de Frijia no descuida lo mas mínimo para impossibilitar á Orlando de escaparse: espera enjerle vivo, y seguro ya de una victoria fácil, no lleva consigo aquella arma mortífera, rayo terrestre del que se sirvió para exterminar á tantos enemigos. El astuto cazador de pájaros conserva vivos á sus primeros cautivos para con sus reclamos atraer mayor número de pájaros á sus redes; del mismo modo imagina el traidor Cimosque utilizar á Orlando para atraer

á su enemigo. Pero por mucha que fuere la habilidad de este raciocinio, Orlando era un pájaro terrible y al primer choque rompió su brzo el círculo al que contaba encerrarle el rey de Frijia. El señor de Aagers cae con la lanza en ristre sobre el grupo mas compacto de la tropa: atraviesa al primer soldado de parte á parte, despues al segundo, al tercero, al cuarto, al quinto, al sexto; los mantiene á todos embastados en el aire: la lanza no es bastante larga para atravesar otro cuerpo de hombre, pero la punta que sobreesale de la espada del último soldado, mata foda al séptimo. El arquero hábil no se conduce de distinto modo cuando en las orillas de un canal ó da un pantano, dirige su flecha á las ranas; la punta les atraviesa el lomo y el medio del cuerpo, y pronto se cubre el hierro de ellas. Sin embargo la lanza de Orlando se rompe bajo aquel fardo harto pesado, y descevaína á Durandal. La espada formidable que nunca dió un golpe en vago, atraviesa y destroza á y infantes gruesos; al azul, el verde, el amarillo, el blanco y el negro, desaparecen bajo el rojo color de la sangre. Cimosque se arriepiente entonces de no haber llevado consigo el tubo hueco y el fuego que le hubieran proporcionado tan buen auxilio. Con voz altiva y amenazadora grita á sus soldados que se le treigan, pero no le oyen y huyen todos hacia la ciudad, de donde no se atreven ya á salir. El bárbaro que ve huir á su gente por todas partes, les sigue, corre á la puerta y quiere hacer subir el puente levadizo, pero Orlando le persigue demasiado de cerca: dejándole Cimosque por dueño del puente y de las dos puertas, se adelanta á todos los fugitivos. El paladin no se digna herir á aquellos guerreros miserables, sino que quiere alcanzar al traidor; sin embargo, su corcel harto pesado no puede seguir á Cimosque, á quien da alas al temor. Tomando esto un rodeo, desaparece de las miradas del héroe; despues, tarda poco en volver con una nueva arma: empuña su tubo hueco de hierro y espera á su enemigo al paso, á la manera que el cazador, acompañado de sus perros, con el pecho y los costados cubiertos de un cuero aspero, y armado con un fuerte venabio, acecha al jabali y baja de la montaña, el arrogante animal rompe con su cabeza los árboles y las rocas, y parece que el bosque se bunde y que el monte se entrebare con estrépito.

Cimosque está en su puesto, y acecha al eudaz conde: en el momento que le divisa, sopla la mecha, la aproxima al cañon, y sale la llama instantaneamente. Brillante coal relámpago, atraviesa el espacio con el ruido del trueno: conmueven las murallas, estremécose el pavimento, y los ecos repiten en lontananza aquel ruido aterrador; el proyectil ardiente atraviesa y destroza cuanto encuentra á su paso, pero no corresponde al pèrvido intento con que fuera disparado. Ya sea que Cimosque se haya apresurado demasiado ó que le estraviara el rencor, ya que el terror hiciera temblar su brazo, ó ya, en fin, que la bondad divina, protegiendo el campeón de tan justa causa, le haya librado de una muerte tan rápida, la bala solo hiere á un caballo que cae para no volverse á levantar: rueda el paladin con él, pero apenas toca al suelo, y mas arrogante y ágil que Auteo parece que se han duplicado sus fuerzas. Solo el que haya visto caer con horrendo estrépito los rayos de Jupiter, ó penetrar la llama bajo la bóveda en que están encerrados el carbon, el azufre y el salitre, cuando la atmósfera está surcada por el fuego, las paredes arruinadas, las rocas y los mármoles hechos pedazos, solo aquel podrá formarse una idea de Orlando, cuyo aspecto é iracundas miradas asustaran al mismo Marte.

Codiendo el rey de Frijia al espanto, vuelvo fiendos, pero el héroe, mas rápido que la flecha disparada por un brazo vigoroso, vuela en seguimiento suyo; su pesado corcel secundó mal sus esfuerzos, pero la

lijeroza de sus propios pies la servirá mejor. Persiga el perdido rey con rapidez increíble; pronto le alcanza, levanta á Durandel, y dejándola caer sobre la cimera del casco, divide en dos la cabeza del culpable: Cimosque cae en la tierra y exhala el último suspiro.

Entonces se oye un nuevo rumor en la ciudad: resuena el estrépito de las armas. El primo de Bireno, que conduce á un ejército para socorrerle, ha hallado abiertas las puertas y á los guardianes aterrados: ha entrado en la ciudad y la recorre toda entera sin obstáculo. Ignorando el pueblo quiénes son y lo que de sean aquellos guerreros, huye en el mayor desorden. Por fin sus trajes y su lengua dan á conocer que son zelandeses; presentan una bandera blanca en señal de paz, y el jefe del ejército ofrece su apoyo al de la ciudad contra los frijios, que tienen á su soberano cautivo. El pueblo aborrecía á Cimosque y echaba menos al rey difunto; había sufrido los efectos de la injusticia, la rapina y la crueldad de aquel tirano. Unido Orlando á los zelandeses y los zelandeses, esta ó dispersa á todos los frijios.

No fue necesario buscar las llaves de la prisión de Bireno, sino que se echaron abajo las puertas, y pudo aquel manifestar su profunda gratitud á Orlando. Seguido el héroe de una muchedumbre numerosa, se trasladó al bejel en que le aguardaba la hermosa Olimpia: este era el nombre de la joven soberana de aquel país. Nunca se hubiera atrevido á creer que el conde de Angers hiciera tales lazzas en beneficio suyo: su única esperanza era salvar á su esposo sacrificándose su propia vida.

Culmó el pueblo á Orlando de honores y pruebas de respeto, y sería superfluo enumerar aquí las acciones de gracias de Bireno y Olimpia. Volvió á subir la princesa al trono de sus padres, y el pueblo le juró lealtad y obediencia. Unió á su esposo por el sagrado yugo, le confió las riendas del poder.

Otros cuidados ocuparon á Bireno; dejando el gobierno de la Holanda confiado á su primo, indujo á su nueva esposa á que le siguiera á sus dominios y fortalezas de Zelândia. Anunció que se proponía conquistar la Frijia, y que tenía en su poder una garantía poderosa para obtener buen éxito, cual era la hija de Cimosque, que había quedado cautiva con un gran número de sus parciales, y á quien quería dar por esposa á su hermano menor. Orlando se embarcó el mismo día. De tantos despojos, solo llevaba consigo el generoso paladín aquella arma inortifera, cuyos efectos se asemejaban á los del rayo. No pensaba emplearla en defensa suya: una victoria conseguida por el abuso de tan inmensa ventaja le habría parecido el colmo de la cobardía; quería, por el contrario, sepultar para siempre y poner al abrigo de toda pesquisa el arma, la pólvora y las balas de que se apoderara. En cuanto se halló en alta mar, lejos de todos las costas y fuera del alcance de todas las miradas, la cogió y dijo: «¿No quiero que ningún caballero pueda confiar nunca en tí! no quiero que la debilidad y la cobardía triunfen así de la fuerza y el valor! ¡Invección maldecida, arma infernal forjada por el mismo Belcebú en las cavernas del Tártaro, vuelve á los infiernos que te vomitaron, tú que puedes destruir al universo entero! Al pronunciar estas palabras arroja el tubo al fondo del salobre abismo, y las velas, hechas por el viento, le llevan hacia la isla cruel.

No desembarca en Irlanda temiendo que alguna otra aventura retrase su llegada. «¿Al! exclama, ¡por qué no habré venido más presuroso! No se detiene en Inglaterra, en Irlanda, ni en las opuestas costas; arde en violentos deseos de averiguar la suerte de la que adora, de la que prefiere al resto del universo, y sin la cual no hay ya para él felicidad posible.

Pero dejemos bogar á este héroe, guiado por el

ciego niño cuyas flechas certeras han atravesado su corazón. Antes de proseguir su historia, os invito á regresar á Holanda: creo que os fuera tan sensible como ó mi dejar de asistir á las bodas que allí se preparan. El esplendor y magnificencia de aquellas fiestas nupciales que se preparan allí, serán sobrepujadas aun por las que se celebren en Zelândia; mas no me atrevo á induciros á que vayáis á ver estas, porque incidentes nuevos podrán turbarlas. Sabreis los pormenores en el canto siguiente, si tenéis la paciencia suficiente para escucharme.

## CANTO X.

ARGUMENTO.—Véase en memoria de la hija de Cimosque.—Falta para la Zelândia.—Abandona á Olimpia.—Desembarco de su esposo desgraciado.—Encuentra Rugiero á dos mujeres de la corte de Alicia.—Aparece la Bala de Alicia.—Legislación contra el fugitivo.—Combate naval.—Alicia es arrebatada.—Muerte de Rugiero en el biógrafo, y vuelta á Inglaterra.—Revista del ejército destinado á socorrer al rey Carlos.—Rugiero encuentra á Angélica en la isla del Lento.—Aparece el monstruo.—Rugiero le vence, rompe las cadenas de Angélica y se la lleva á la gruta en su alado morci.

Entras todos los amantes fieles, cuya ternura y constancia tanto en el infortunio como en la prosperidad, fueron célebres, puede servir Olimpia de modelo. La antigüedad y los tiempos modernos no ofrecen ejemplo mas sublime de amor. Le ha dado á Bireno las pruebas mas brillantes y seguras; habiéndole la desdichada todo lo que le ha sido posible, y le ha abierto su alma y su corazón. Si la confianza y la abnegación merecen ser correspondidas, nadie merecerá con mas justicia el afecto de Bireno, y hubiera debido amarla mas que á su propia vida. Insensible á los atractivos de aquella belleza que hizo empuñar las armas á la Europa y el Asia, ó de cualquiera otra mujer aunque fuera mas bella, antes que abandonar á Olimpia debía haber domado sus pasiones desenfrenadas y sus deseos, renunciar á la luz del día, á los lúes mas codiciados, y aun á la misma vida y la gloria. Si aun á Olimpia tanto como esta le amara, si correspondió á su fidelidad con igual constancia, si Olimpia llevó siempre aquel yugo tan grato, no llegaría á saber sin estrabazón, sin murmurar, sin fruncir el entrecejo, su villana ingratitude y su crueldad despiadada. Cuando sepais cuál fue el galardón de tanta abnegación y ternura, temeréis, doncellas, prestar oídos á vuestros amantes. Oídlos para seduciros que Dios quiere y escucha todas las cosas, y hacen promesas y juramentos que se lleva el viento con los apasionados besos. Ojalá pueda servir este ejemplo para instruirlos; sed menos sensibles para escuchar los ruegos y los suspiros. Beldades queridas, dichosos aquellos que saben aprovechar los ejemplos agenos. Guardaos sobre todo de esos adoradores jóvenes y brillantes, de semblante dulce y gracioso por te; sus deseos uacen, crecen y se estinguen como la llama de un haz de paja. Cuando el cazador, arrojando los ardores del sol ó el frío penetrante de la escarcha, ha cogido la liebre que persigue por la llanura y los montes, la desprecia al momento y emprende de nuevo la persecución de otro animal que huye de él. Así son los amantes; mientras que os mostrais severas ó insensibles os respetan: nada es capaz de igualar sus solícitos cuidados y su mansedumbre; pero una vez vencedores os dominan y avasallan, y los vais alejarse y llevar á otra parte su veleidoso amor. No quiero decir con esto, si Dios lo permita, que sea preciso guardarse de amar. Si amor serais cual la niña que falta de apoyo se arrastra por el suelo. Tan solo os aconsejo que eviteis las aduaciones de la juventud falaz; dejad las frutas harto verdes y amargas, pero no las cojis demasiadamente maduras.

Ya ha dicho anteriormente que entre los cautivos había una hija del rey de Frijie: Bireno anunció que

la destinaba á su hermano, pero codicioso de tan bella presa quería reservársela secretamente; cedérsela á otro le pareciera locura y necedad. Tenía apenas la niña catorce años, era fresca y bella cual la rosa recién abierta al salir el sol; Bireno se enamoró de ella, y el incendio destruye y devora las mieses con menos rapidez y violencia. Su pasión nació al ver el llanto que la hermosa cautiva derramaba sobre el cadáver de su padre. Así como el agua fría temple repentinamente el ardor del líquido que está hirviendo, el fuego que se enciende en el pecho de Bireno apaga la llama que le abrasaba poco las por la hermosa Olimpia. Saciado, ó mas bien cansado de ello, son tales su impaciencia y transportes por su nueva amante, que una espera harto larga, pudiera conducirle al sepulcro; pero hasta que llegue el momento favorable, sinje adorar á la que ya no ama. Olimpia parece ser objeto de sus cuidados, de sus pensamientos y galantería; sus atenciones para con la princesa de Frijia (y se las prodiga demasiado) no son mal interpretadas; atribúyelas á la bondad, á la compasión, al deseo de consolar á una desdichada agobiada por la desgracia. Lejos de censurarle, le elogia, porque se trata de una jóven, ó mas bien de una niña inocente. ¡Oh Dios omnipotente! ¿qué tinieblas, qué deusas nubes rodean á los humanos juicios! ¡Las caricias impías, las profanaciones de Bireno, considerase como desinteresadas y generosas!

Ya se doblan los marineros sobre los remos, y dejan gozosos la costa: el duque y sus compañeros bogan hacia la Zelandia, y pronto pierden de vista las costas de Holanda. Para evitar las cercanías de la Frijia, dirige el piloto el bajel á la izquierda, hacia las costas de Escocia; pero se levanta de pronto un viento impetuoso que le lleva á alta mar, y solo en la tarde del tercer día descubren una isla inculta y desierta. Puesto ya el bajel al abrigo del temporal en una ensenada pequeña, baja Olimpia á tierra con el pérdido á quien ama, y cuya traicion no puede sospechar. Armase una tienda en un sitio agradable, y ambos descansan en ella mientras vuelve su séquito á la embarcación. El cansancio de la navegación y el temor que infunde en el mar una tormenta, habían mantenido durante los últimos días á Olimpia en el insomnio; la dicha de hallarse á la sazón en sitio seguro, lejos del ruido de las olas, en los brazos de su esposo y halagada por gratas ilusiones, todo contribuye á sepultarla en un sopor que solo es comparable al de los lironeos y los osos. El traidor Bireno, meditando un proyecto horroroso, no ha cerrado los párpados; levántase con suma cautela, coge sus vestidos sin cuidar de ponerse, vuelve á su bajel y ordena á la tripulación que despiquen las velas con el mayor silencio: abandonan la playa y se dirigen á alta mar. Ya han dejado muy lejos la costa, cuando despierta Olimpia de su pesado sueño. En esa hora en que la aurora deja caer de su brillante carro un rocío transparente y blanco sobre la tierra, óyese sobre las olas al alibion exhalar su dolor con un grito penetrante. Medio despierta la hermosa jóven estiendo los brazos para estrechar al esposo que no halla ya á su lado; estiendo de nuevo la mano, la retira y busca otra vez pero en vano; pronto disipa el terror su adormecimiento: mira los ojos, mira y no ve á Bireno. Saltando al momento del blando lecho, se precipita fuera del pabellon, y con los cabellos sueltos y desordenados, y el rostro maltratado, corre á la orilla del mar, sus miradas recorren el espacio, y solo ve la playa: ¡llama á voces á Bireno, y solo los ecos, culpado de su desesperación, contestan á sus gritos! Trepa por una roca cuya base han socavado las olas, y que domina las olas; pronto llega á la cima (tal es la energía que el amor le da); ve desde lejos las velas hinchadas por el viento y el buque que se lleva á su cruel esposo, y le sigue largo rato con la vista. Ya no

es mas que un punto casi imperceptible al traves de la densa niebla, y cree la desdichada verle aun! ¡Al fin, temblorosa y mas yerta y blanca que la fría nieve, cae en tierra sollozando; llama á gritos al fugitivo bajel, y mas de una vez espira en sus labios el nombre del pérdido que se aleja. Despues, cuando ahoga su voz el dolor, mezcla en sus quejas mil señales. «¿Adonde buyes, cruel? ¡tu navio es harto veloz! Encierra ya mi alma; ¿temes llevar en él el peso de mi cuerpo?» Largo tiempo hace señas con las manos y con sus propios vestidos, para que vuelva la embarcación: pere el viento que lleva á alta mar al artero duque, lívase tambien los ruegos, quejas, gritos y gemidos de la infortunada. Tres veces seguidas, siéndola odiosa la vida se prepara Olimpia á precipitarse en las olas; por fin, apartando del mar su vista, vuelve á la tienda en que pasó la noche, y desesperada, bañada en amargo llanto, se arroja en su lecho. «¡Ay! exclama, aquí estábamos ambos; ¿por qué al despertar no te hallé á mi lado? ¡Pérido Bireno! maldito el día en que vieron mis ojos á la luz del cielo! ¿Qué va á ser de mí? ¿qué lie de hacer yo sola sin apoyo ¡ay! y sin consuelo? ¡No distingo vestigio alguno de la presencia del hombre en este sitio; no hay ninguna embarcación que pueda recibirme y salvarme: me moraré de hambre! ¡Nadie cerrará mis párpados, ni dará á mi cuerpo sepultura: quizás me sirvan de tumba las entrañas de algun lobo! Ya creo ver salir de esos bosques los osos, los leones, los tigres, todas esas fieras terribles que están armadas, para sus carniceros festines, de comilomos agudos y nubladas zarpas! ¿Cómo podré yo resistir á esos monstruos? Pero ellos solo una vez me quitarán la vida, al paso que tú, cruel Bireno, me haces sufrir mil muertes! ¡Aun suponiendo que algun navegante toque en esta costa, podrán acaso, conmovidos al ver mi peligro y enternecidos por mi infortunio, llevarme á Holanda, cuyos puertos y castillos ocupas tú todos? Me restituirán á mi patria de donde me arrancaste por una traicion villana? Bajo falaces apariencias de amor y alianza, te apoderaste de mis estados, y para usurparlos mejor bas llevado á ellos tropas que te son fieles. ¿Podré yo regresar á Holanda donde vendi los bienes que me restaban, lo poco que aun tenia, para salvarte y obtener tu libertad? ¡Desgraciada de mí! ¿adónde me encaminaré? ¡Iré á la Frijia, cuyo trono rebusé, negativa que causó la ruina y la muerte de mis hermanos, de mi padre y de todos mis deudos? ¡lagrato, no te echo en cara todo lo que hice por tí; tu conciencia te hablará con voz mas imperiosa que la mia: hé ahí tu recompensa! Antes que me arrebate algun corsario que me venderá por esclava, haced ¡oh mi Dios! que un leon, un tigre, un oso ó cualquiera otra fiera me lleve á su guarida, me destroce y devore mis miembros palpitantes!

Al decir estas palabras, arráncase Olimpia sus hermosos cabellos rubios, y despues vuela de nuevo á la playa; pálida, suelta la cabellera, y desesperada en extremo creerse ya por Hecube furiosa, llorando sobre el cadáver de Polidoro. Detiénese por último, en una roca, inmóvil y con la vista fija, semejante á una estatua de piedra.

Mas dejémosla entregada á su dolor, basta tanto que volvamos á hablarla. Os habréis de nuevo de Rugiero, á quien abandonamos en el momento en que atravesaba áridas llanuras, espuestas á los ardientes rayos del sol. Abrasa la arena y quizá su caballo, y su coraza no está menos caldeada que el día en que chispeaba bajo el martillo de los armeros. En aquellos desiertos áridos, la sed y el cansancio hacen que le parezca el camino mas penoso y largo. Sin embargo, á la sombra de una torre antigua, edificada á orillas del mar, encuentra á tres mujeres jóvenes, que por su porte y traje conoce ser doncellas de Alicia. Sentadas en blandas alfombras de Alejandria, disfru-

tan con delicia de bienhechora fresca; y delante de ellas hay vinos esquisitos y manjares delicados y de distintas clases: una barca amarrada en la playa se mece dulcemente sobre las tranquilas olas, y la vela inmóvil aguarda al céfiro silencioso. Al ver á Rugiero que con semblante abetido, cubierto de sudor y atormentado por la sed se adelanta por la arena movediza, los tres jóvenes le convidan á que beba pie á tierra, frescos y repare sus atenuadas fuerzas: una de ellas coge el estribo de su caballo para ayudarle á apearse, otra le presentó una copa de cristal llena de espumoso vino. Rugiero le rehusa todo: sabe que Alcina va en seguimiento suyo y quiere evitar todo motivo de retraso. No es tan rápida la explosión del azufre y el salitre, no es tan violenta la furia con que el mar se agita y trastorna á impulso de un negro turbión, como pronta fue en estallar la cólera de la tercera joven que, como las otras dos, segura de sus atractivos, veia á Rugiero proseguir su viaje despreciando la belleza de todas tres. «Tú ni eres noble ni caballero, le gritó con fuerza; has robado esa armadura y ese corcel, y quisiera verte sufrir un justo castigo. Debieran ahorcar, descuartizar y quemar á un ladrón ingrato, arrogante y brutal como tú.» Rugiero no contesta siquiera á tales injurias, que son seguidas de interminables ultrajes: qué honor podría reportar de semejante disputa? Embarcarse la joven con sus hermanas en la lancha y siguen á fuerza de remo al paladín, á quien llenan de insultos, amenazas y maldicciones. Llega este por fin á la orilla de un río que sirve de límite á los estados de Logistila: ve Rugiero á un barquero anciano que parece aguardar su llegada y se aproxima para recibirle. Si era permitido juzgar el corazón del hombre por el rostro de este, aquel aneiano debe unir la prudencia á la bondad; con semblante risaño se dispone á pasar á la orilla opuesta al joven, que salta á la barca y da gracias al cielo por su salvación. Al bogar por aquella corriente espaciosa, el anciano que parece tener gran experiencia y sabiduría, felicita á Rugiero por haber tenido la fuerza suficiente para alejarse del reino de Alcina antes de que aquella mágica le ofreciera, como á tantos otros, la copa del brebaje encantado; le elogia por haber emprendido el camino del palacio de Logistila, en el que admirará las costumbres puras, la belleza eterna, y las gracias infinitas que llenan y alimentan el corazón sin producir nunca la saciedad. «Logistila, continúa diciendo el anciano, llenará tu alma de respeto y admiración; cuando llegues á conocerla bien nada hallarás que la sea comparable. El amor que inspira es distinto de todos los demás; no se ve entregado el corazón alternativamente al temor y á la esperanza; al verla están satisfechos todos los deseos y se disfruta de una felicidad completa. Ella te enseñará á disfrutar de cosas más agradables que la música, el baile, los perfumes, los baños y la mesa; dará á tus ideas más elevación que la que alcanza el milano al cruzar el espacio, y podrás llegar á saber cómo acontece que un cuerpo perecedero obtenga la gloria y los gozos de las almas bienaventuradas.» Mientras habla de este modo boga tranquilamente la barca hacia la orilla que aun está lejos de ellos. De pronto descubren un gran número de cavos que navegan á fuerza de vela en persecución suya: es Alcina que llega ya con todos los guerreros que ha podido reunir. Por medio de un ataque desesperado, quiere arriesgar su trono y su vida, á ballar de nuevo al objeto de su cariño; el amor y el resentimiento de la injuria recibida son los que la animan al combate. Nunca sintió tan vivo deseo de vengarse: los remos golpean las olas con estrépito, la espuma blanquea los mástiles, el mar y las costas resumben y el eco repite aquel ruido atronador. El barquero exclama: «Rugiero, apresúrate á descubrir el escudo, si no quieres perder la vida ó

verte cargado de vergonzosas cadenas.» Al decir esto, coge por sí mismo el escudo, quita el paño que le cubre y deja salir su resplandor que brilla como un relámpago. Deslumbrados y ciegos caen los guerreros de Alcina, privados de conocimiento, sobre el puente de sus bajeles. Uno de los centinelas de Logistila que ha descubierto desde la cima de una roca á la flota enemiga, da la alarma: vuelan presurosas las tropas al puerto; las máquinas de guerra rechazan cual pudiera haberlo hecho una tempestad, á aquellos buques que querían arrebatar á Rugiero. Socorrido este por todas partes, conserva su vida y su libertad. Cerca de la orilla están cuatro damas envidias por Logistila: son la valerosa Andrónica, la prudente Fronesia, la modesta Dieila y la casta Sofrosinia, mas amable y hechicera que sus compañeras. Después sale de la ciudad el ejército mas hermoso del mundo y se forma en la playa; bajoles murallas del castillo, en un abrigo tranquilo y seguro, hay numerosos y fuertes navios, que día y noche están preparados para que al primer grito de alarma puedan dar la vela y marchar al combate. Pronto se empuja la pelea en mar y en tierra, y pierde Alcina la victoria y los estados que usarpára. ¡Cuántas guerras han tenido un resultado diametralmente opuesto al que se propusieran los que las emprendieron! No solo no consigue Alcina apoderarse del infiel amante, objeto de sus deseos, sino que de todos sus bajeles que cubrían la vasta extensión de las olas, no puede arrancar de las llamas mas que la miserable barquilla en que huye. Sus soldados han sido muertos en la acción ó han caído prisioneros y el incendio ha destruido su flota, pero no cesa la mágica de llorar y gemir por una pérdida mas dolorosa que todas las demás ¡la de su amado Rugiero! La desdichada no puede poner término á su infortunio dándose la muerte; porque una encantadora no puede morir mientras en nada varien las revoluciones del sol y de los astros! ¡A no ser por destino tan fatal, su afroz desesperación hubiera comovido á la misma Cloto que corta el hilo de la vida. Así como el Dido, la mágica hubiera dirigido á su pecho la punta de un puñal, ó cual la soberbia reina del Nilo, hubiera elegido la mortal ponzoña! Pero ¡ay! ¡las hadas no pueden morir!

Volvamos á Rugiero, tan digno de inmarcescible y eterna gloria, y dejemos á Alcina entregada á su dolor. Al saltar en aquella orilla pacífica y hospitalaria de el paladín gracias á Dios por su salvación y en seguida se dirige con paso rápido al castillo de Logistila, que está edificado á orillas del mar. Nunca contempló el ojo de mortal alguno un castillo mas suntuoso ni mejor fortificado. Las murallas son de una piedra mas preciosa que el diamante y el rubí: brilla por todas partes la pederla; sobre preciso verte para formarse una idea exacta de él, y quizás no haya otro semejante mas que en los cielos. Por medio de un arte maravilloso, mas admirable aun que todas aquellas piedras preciosas, puede el hombre leer en él lo que pasa en el fondo de su mismo corazón, descubriendo allí la imagen de sus vicios y virtudes. Hábil en el conocimiento de su propio ser, permanece sordo á las críticas injustas y á los elogios de los aduladores. Aquella luz resplandeciente cual los rayos del sol, hace inútil la carrera del carro de Febo, y con ella se puede andar con seguridad, aun en medio de la noche mas lóbrega. No solo las murallas son dignas de admiración: el arte y la materia de que se compone aquel castillo se han complicado en embellecerle, y sería imposible dar la preferencia á nada de lo que se ve. Sobre arcos tan elevados que parecen sostener el firmamento, se ven jardines extensos y deleitosos; difícil hubiera sido hacerlos semejantes al aun en una llanura. Por entre las almenas salen arbustos odoríferos cargados de flores y de frutas tan maduras como el invierno como en el verano. No está acostum-

brada la tierra á producir tales maravillas. Por do quiera se ven rosas, violetas, lirios, amarantos y perfumados jazmines; en otras partes se ve en un mismo día nacer, abrirse y marchitarse á estas flores, que sometidas á la intemperie de las estaciones, dejan un tallo despojado; pero en aquellos parajes el césped está verde siempre, y es eterno la belleza de las flores. Logistila, á fuerza de arte y cuidado, obtiene sin ningún auxilio sobrenatural lo que parecería una cosa imposible; ¡una primavera perpetua!

Logistila demuestra su gozo por recibir á tan noble doncel; quiere que le hagan buena acogida y que le colmen de honores. Rugiero encuentre á Astolfo que había llegado algun tiempo antes á aquella corte; pronto aparecen tambien todos los que ha liberado Melisa. Despues de algunos dias de reposo, los dos paladinos, Rugiero y Astolfo, impacientes por volver al Occidente, se dirigen á la prudente hada en cuyos dominios se hallan. Sirveles Melisa de intérprete, y suplica á Logistila que ayude con sus consejos y proteccion á los jóvenes guerreros que quieren volver á su patria. «Pensaré en ello, responde Logistila, y dentro de dos dias les daré los medios para ello.» Conversa con ellos y decide que el caballo alado será el primero que regrese á las costas de Aquitania, pero quiere antes preparar por sí misma la brida y el freno que han de servir para dirigirle. Enseña á Rugiero el modo de domarle, bacerle dar vuelta, y obligarle á elevar ó bajar el vuelo; aprende el doncel á guiarle por los aires con la misma facilidad que á un caballo dócil galopando por una pradera. Bien instruido ya el héroe, despídese de la hada benéfica, y despues de haberla jurado eterno y sincero afecto, sale de sus estudios. Continuaré hablándoos de él, y mas tarde os diré cómo el príncipe inglés despues de un viaje largo y penoso, se reunió con Carlomagno y sus aliados. Rugiero no emprende ahora el camino que siguiera á pesar suyo por encima de los mares, sin ver pais alguno; dueño ahora del vuelo del hipógrifo, elige nueva direccion, como los magos cuando huyen del bárbaro Herodes. Al salir de España habia ido directamente á la costa oriental de la India; allí era el teatro de la guerra entre los dos linajes rivales. Sigue entonces un camino opuesto y busca otras regiones distintas de las que están sometidos al imperio de Eolo; y como el sol, que da la vuelta al mundo,

volverá al sitio de donde saliera. El Cathay, la Mangiania y el vasto reino de Quauai, se ofrecen á su vista; vuela sobre el monte Imáu y deja á su derecha la Sericania. Bajando entonces desde los paises Hiperbóreos y las llanuras de la Escitia hasta las costas de la Hircania, descubre el reino de los Sarmatos. Al llegar á los confines de la Europa y el Asia, divisa la Prusia, la Rusia y la Pomerania. Aunque en único deseo es volver á ver pronto á su querida Bradamante, no puede resistir al placer de recorrer así el universo; visita la Polonia, la Hungría, la Germania y las bellas regiones del polo. Deténese por fin en Inglaterra. No creereis sin duda, señor, que durante este largo viaje estuviera siempre Rugiero montado en el hipógrifo; cada noche tomaba algun descanso, y evitaba cuidadosamente las malas hosterías. Trascorrieron así los dias y los meses en la contemplacion de las maravillas de la tierra y de los mares, hasta el momento en que bajando su vuelo el corcel, depositó á nuestro héroe en Lóndres, á orillas del Támesis. En medio de las praderas que rodean á aquella ciudad, vió un ejército numeroso de infantes y jinetes; desplegaban todos en buen orden por delante de Reynaldo, gloria de los paladinos. Este héroe, si no lo habéis olvidado, habia sido enviado por Carlomagno para pedir auxilios al rey de aquel pais. Llega Rugiero en el momento en que se pasa revista á aquel ejército brillante y numeroso; pero saber el motivo de aquellos aprestos militares, se apea del hipógrifo é interroga á un caballero. «Señor, le responde este cortesmente, la Escocia, la Inglaterra, la Irlanda y las islas inmediatas han reunido sus batallones. Despues de esta revista, iremos al puerto, en donde nos espera la flota que ha de conducirnos al socorro de los franceses, que están sitiados por los sarracenos, y cuentan con nosotros para triunfar; pero con el fin de hacerlos conocer mejor nuestras fuerzas, os señalaré las diferentes naciones que han suministrado su contingente. Ese gran estandarte en que se ven unidas las flores de lis á los leopardos, es el del general en jefe, Leoele, duque de Lancaster, es sobrino de nuestro rey, y la flor y nata de la caballería; su prudencia en el consejo y su valor en los combates han hecho ya célebre su nombre. Cerca del pendon real hay otro estandarte que agita blandamente el viento de la montaña, y tiene tres alas blancas en campo de



Anglicana es reconocida por los conserios.

sinople: es el de Ricardo, conde de Warwick. En ese otro están las armas del duque de Gloucester, las asias de un cervo con el cráneo despojado. El duque de York tiene por blason un árbol; el de Clarence, una tea. Esa lanza rota en tres pedazos indica ser la bandera de los duques de Norfolk. El conde de Kent tiene por emblema el rayo, y el duque de Pembrock, un

grifo. Los Suffolk llevan una balanza; los condes de Essex, dos serpientes sujetas con un mismo yugo; los Northumberland, una guirnalda en campo de azul; los señores de Arundel, un toro golpeado por las olas; el marqués de Berclay, una montaña entresbierta; el conde de la Marca, una palmera; el conde de Richmond, un pino cuyo pie baña el agua. Las banderas

de los condes de Derset y de Southampton tienen, la primera un carro, y la segunda una corona. Ese halcón, cuyas alas extendidas protegen su nido, es de Raimundo, duque de Devoushire; la bandera amarilla y negra es del conde de Vigorre; Derby tiene por blason un perro; el conde de Oxford un oso; el rico obispo de Beth, una cruz blanca; el estandarte de Arimón, duque de Somerset, lleva una ailla roja sobre un fondo ceniciento. Podréis contar cuarenta y dos mil hombres de armas y arqueros: los infantes duplican este número. Mirad esas banderas: una cenicienta, otra verde, la tercera amarilla, y la última guarnecida de azul y negro; están cerca de los gefes de la infantería: Godofredo, duque de Buckingham; Enrique, conde de Salisbury; el anciano German, señor de Burgenia; y Odoardo, conde Croisbere. Los ingleses son los que están hacia el Oriente y mas lejanos; en el ala opuesta está Zerlino, hijo del rey de Escocia, con sus treinta mil guerreros; allí veis, cerca de este principio, el estandarte real con sus dos unicornios y el león armado con una espada de plata. Zerlino es duque de Rosa: es el mas valiente y hermoso de los hombres; la naturaleza que se esmeró en formarle perfecto, rompió en seguida el molde. El conde de Athol lleva una barra de oro en su estandarte; el duque de Marr, un leopardo magnifico; el estandarte de Alcahiran está adornado de aguilillas que brillan con vivos colores; siendo el primer magnate de un país salvaje, destaca, no obstante, ese gefe, los títulos de conde marques y duque. Los Stralford tienen por emblema al águila que mira al sol; Lucrancio, conde de Angus, lleva en su estandarte un toro entre dos perros de presa; el conde de Bukan, un buitre destronado por un dragon verde; el pendon del duque de Albania está cuartado de blanco y azul; el del valiente Arman, señor de Forbes, está partido en pal con negro y blanco. El conde de Erelia tiene por blason una tea en campo de azul. En el centro del ejército y de la llanura están los irlandeses. El conde de Kildare está á la cabeza de uno de las divisiones; la otra, formada de montañeses, sigue el estandarte blanco con una banda roja, del conde de Desmond. Un pino inflamado es la enseña de los Kildares. Así la Inglaterra, la Escocia, la Irlanda, la Suecia, la Noruega, las islas de Thulé y de Islandia, todas las naciones belicosas del nolo han enviado auxilios al emperador Cárlos. Diez y seis mil bárbaros, salidos de sus bosques y de sus guaridas salvajes, con el rostro, el pecho, la espalda, las piernas y los brazos cubiertos de vello cual fieras, siguen la bandera de Morat. Este gefe ha tomado un estandarte blanco y espera teñirle en sangre de los moros; en derredor suyo parece que se eleva un bosque de lanzas.

Mientras contempla Rugiero aquellas banderas y todos aquellos caballeros británicos que corren á socorrer á los franceses, y le dicen los nombres de todos ellos, aporralanse á él varios guerreros con el fin de examinar su extraño y maravilloso corcel. Para aumentar su sorpresa y admiración, clavó las espuelas al hipógrifo, y de improviso se pierde entre las nubes, dejando á los caballeros en el colmo de la sorpresa y el estupor. Llega Rugiero á Irlanda, á aquella Hibernia fabulosa donde puede hallar el hombre el perdón de sus faltas, lavándose en las aguas de un pozo bendito por la mano de un santo anciano. En el momento en que vuela por las costas de la Bretaña, ve el paladín á Angélica encadenada á una de las rocas de la isla del Lianto. Tal era el sobrenombre que se había dado á aquella comarca, cuyos crueles habitantes enviaban corsarios armados á recorrer los mares para robar las mujeres mas hermosas, que entregaban después á unaorca gigantesca para que las devorara.

Angélica había sido encadenada aquella misma mañana, y esperaba la llegada del monstruo á quien ha-

bía de servir de pasto. Ya le dicho anteriormente cómo fue sorprendida la jóven por los ebullidos, dormida al lado del ermitaño; aquellos bárbaros exentos de todo sentimiento de piedad la habían puesto en la costa, completamente desnuda, y tal cual la formó la naturaleza, sin velo alguno que cubriera las azucenas y rosas de su hermoso cuerpo, flores brillantes que no podían marchitar los calores del verano ni los frios del invierno. Rugiero hubiera podido tomarla, el pronto por una estatua de alabastro ó de precioso mármol; pero rodaban gruesas lágrimas por sus mejillas y caían en su torrencial garganta: el leve soplo del céfiro agitaba su cabellera. Al ver á aquella hermosa, piensa Rugiero en Bradamante; el amor y la compasión agitan su alma: ¿cuál le trabajo detener el llanto, y moderando el vuelo de su corcel, dice á la jóven: «Desdichada hermosura, no mereces semejante suerte, y no debieras llevar mas cadenas que las del amor. ¿Que manos bárbaras han osado encadenar esos brazos de marfil? ¿Angélica se avergüenza de verse espuesta así á las miradas de Rugiero: un leve rubor sonrosea su blancura; huiéren querido ocultar su semblante con las manos, que están atadas con una cadena á la roca húmeda; corren sus lágrimas con abundancia é inundan su rostro; con los párpados inclinados y voz lánguida, se prepara á contestar cuando de repente un murmullo serdo comienza las nias é interrumpe sus palabras. Después sale del medio del agua un monstruo espantoso: mas rápido que el hiel impulsado por el aqualos, se precipita la orca hacia su presa; va á coger á Angélica, medio muerta de espanto, y sin esperanza alguna de salvacion..... No puedo comparar aquel animal horrendo sino á una montaña movediza; distingue en la cabeza, los ojos y los enmillos que son semejantes á los de un jabali. Rugiero enristra su lanza, se dirige al monstruo y le tira un bote á la cabeza; pero la roca y el acero no son mas impenetrables. El paladín le da un nuevo golpe; la orca que ve correr por la superficie del agua la sombrea de las grandes olas del hipógrifo abandona una presa segura y persigue con furor á aquel fantasma. Rugiero espía todos sus movimientos, cae sobre ella diferentes veces, y la pisa sin descanso. Del mismo modo cae el águila desde una elevacion inmensa sobre la corza que corre por la pradera ó sobre la culebra que tendida al calor de los rayos del sol, pule encima de la roca sus escamas nuevas; se ve al rey de las aves evitar la picadura emponzoñada, coger al reptil por el medio del cuerpo y agitar sus alas para evitar los ataques de su enemigo: así Rugiero pega al monstruo con su espada y hiza; dirige la punta á la cabeza, al lomo ó á la cola, y huye con destreza de sus agudos dientes. Cuando se vuelve la orca, se eleva por los aires y vuelve á caer sobre ella por otro lado; pero se cansa en esfuerzos inútiles, porque el paje es menos duro que la piel escamosa del monstruo; golpea esto las olas con tal violencia, que salta el agua hasta el cielo. Así se ve el atrevido mosquito durante la siega, en medio de los ardores de la canícula, encarnizarse con un alano clavándole alternativamente el aguijón en los ojos, en las orejas ó en el hocico, vuela en derredor suyo, zumba con violencia y procura hacerle nuevas heridas; el perro, rechinando los dientes, destrozaría á su enemigo si consiguiera apoderarse de él. Rugiero no sabe si está hartiéndose en medio de las nubes ó en el agua; las alas mojadas de su corcel apenas le sostienen ya, y teme verse reducido á servir de un frágil barquilla. Ofrécese á su mente un medio mas seguro de vencer, otras armas serán mas eficaces: el escudo mágico deslumbrará al monstruo. Vuela hacia Angélica que está atada á la roca y la pone en el dedo el anillo, talisman precioso. De manos de Brunel pasó aquel anillo á las de Bradamante, quien se le confió á Melissa para salvar á Rugiero y escarlo del

palacio de Aleina. La mágica después de haber hecho uso de él en la isla encantada, se le entregó al joven paladín, que lo lleva siempre consigo.

Desea Rugiero á aquella cuyos bellos ojos han cautivado su corazón; es para ella una prenda segura de salvación, y es preciso que el anillo no destruya el mágico poder del escudo..... Cúbrense el mar con la masa enorme del monstruo que se aproxima á la costa: espérale Rugiero con firme planta, levanta el velo que cubre el escudo, y un nuevo astro parece lucir con el resplandor del sol; sus rayos luminosos ciegan á la orca. A la manera que las carpas y truchas flotan en la superficie del riachuelo cuyas aguas ha emponzoñado con cal el pescador, así la orca echada con el vientre hacia arriba, se abandona al movimiento de las olas. Rugiero procura inútilmente clavarla su espada en el cuerpo; suplícale Angélica que no se canso en esfuerzos inútiles. «¡Por piedad, señor, le dice llorando, apresúrate mas bien á desatarme antes de que despierto el monstruo; llevadme con vos ó precipitadme en las olas, antes que dejarme espuesta de nuevo á su voracidad! » Enternecido por sus lamentos, rompe Rugiero las cadenas y la coloca en su corcel. En el instante mismo obedeciendo el hipógrifo á la espuela, se lanza y sube por los aires; la orca se ve privada de no manjar barto delicioso y exquisito para ella. Vuelvese Rugiero con frecuencia y cubre de besos la garganta y los ojos de su compañera, que respiran con felicidad.

Ya no piensa nuestro héroe en visitar la España, y se dirige hacia el promontorio que está en la estremidad de la Bretaña baja; la costa está cubierta de frondosos robles; en medio de aquellos bosques sombríos hay una península rodeada por las tranquilas aguas de un arroyo cristiano; allí entona Filomela su canto melancólico, y por todos lados rodean á aquel sitio colinas solitarias. Abrasado Rugiero por ardientes deseos, detiene su corcel que recoge las alas y se posa en la pradera. El paladín se dispone á dar asaltos mas dulces, y está fuera de sí. Su coraza y sus armas son un obstáculo incómodo; quítaselas apresuradamente y las arroja á lo lejos. Nunca la costura tanto trabajo desnudarse: ¡si desata un oído, hace otros dos! Pero este canto, señor, es ya harlo largo, y temo que os canso. Os referiré, pues, el fin de esta aventura en momento mas oportuno.

## CANTO XI.

**ARGUMENTO.**—Angélica se hace invisible. —Apodrésase de una yegua con intención de regresar á Oriente. —Pierde Rugiero el hipógrifo. —Cae ver á Bradamante entre los brazos de un gigante. —Entra en el palacio de Aleina. —Orlando encuentra en la sala de Ebeida á Olimpia, esposa del monstruo marino y mata á esta. —Ataca los isleños á Orlando. —Los irlandeses desembarcan en la isla, y le llevan todo á sangre y fuego. —Orlando crece á Olimpia y la saca de la roca. —Oberio, rey de Irlanda, se encuentra de Olimpia y promete vengarle del traidor Bircno. —Cansado Orlando su marcha se busca de Angélica.

MUCHAS veces acontece que un delgado freno detiene en medio de su carrera al fogoso corcel; pero es mas difícil que la sola fuerza de la razón pueda contener los transportes de un amante que halla una ocasión favorable á sus deseos. El oso no se aleja de la miel cuyo perfume ha olatando, y que ha paladeado algunas gotas de ella. ¿Quién podría contener al valiente Rugiero cuando en un bosque solitario estrechan sus brazos á la hermosa Angélica, cuyos atractivos no cubre ningún velo? Ha olvidado á Bradamante, que antes fuera única soberana de su corazón. En semejante ocasión, el austero Xucrutus no hubiera sido mas prudente que él. Ya ha dejado su lanza, su escudo, su coraza y toda su armadura. En aquel momento supremo, Angélica, avergonzada, baja los ojos á su cuerpo, espuesto en la mas completa desnudez, y conoce en su dedo el talisman que en

otro tiempo la robó Brunel en Albraque. Aquel era verdaderamente el anillo que trajo en su primer viaje á Francia, cuando acompañó á un hermano, armado con la lanza de oro que posee en la actualidad Atolfo. Con la ayuda de aquel mismo anillo fue como pudo penetrar en la caverna de Mertio, triunfar de los encantos de Mangia, y romper las cadenas de Orlando y de los demás caballeros cantivos de Dragontina, consiguiendo además huir invisible de la torre en que la tenía encerrada un viejo malféico. ¡Pero á qué conduce el daros todos estos pormenores que sabéis tan bien como yo? Brunel consigue robar este anillo á Angélica por complacer al rey Agramante. Desde entonces, agobiada la doncella por mil infortunios, ha perdido sus estados.

Al ver de nuevo aquel talisman en su dedo, apodéranse de su alma la alegría y la sorpresa; le mira, le toca, y apenas se atreve á creer lo que palpa y ve; después, quitándosele suavemente del dedo, se lo mete en la boca y desaparece mas que el relámpago, cual se oculta el sol tras negra nube. El desdichado Rugiero dirige sus miradas en torno suyo y se agita como un insensato; estupefacto, confuso, recuerda el poder del anillo y acusa de ingrata y desleal á la que así recompensa sus servicios, algrata hermanura. «¡Esclama, ¿era ese el premio que yo merecía? ¿Cómo prefieres robarme ese anillo que te hubiera yo cedido gustoso! ¡Ah! ¡seguramente le hubiera dado así como este escudo y ese corcel que, así como yo, te pertenecen! ¡No me niegues al menos que contemple tu agraciado rostro! ¡Cruel, bien me oyes, lo sé, y guardas silencio no obstante! » Y como un ciego estirando los brazos y se dirige de una parte á otra. ¡Oh! ¡cuántas veces abraza el aire, creyendo estrechar á Angélica!

Ya está lejos la hermosa; se detiene al pie de una montaña, en una cueva estensa donde halla con qué saciar su hambre y su sed. Un pastor, viejo ya, habita en aquella morada; sus yeguas pastan en el valle, á orillas de un fresco arroyo; á derecha é izquierda de la cueva hay frondosas alamedas en que se cobija la yeguada, guardándose así de los ardores del sol. Angélica, que continúa manteniéndose invisible, descansa largo rato en aquel paraje. Por la tarde, envuelta en un ropón encarnado, cuya tocsa tela le hace ser bien diferente de los vestidos santuosos y de variados colores con que se adornara siempre Angélica, se aleja de allí. Pero este traje modesto no puede ocultar sus atractivos y su gracioso porte. Cansó en vuestros cantos y alabanzas, admiradores de Filia, de Nerea, de Amarillis, y de la lijera Galatea, confesais, ó Tílvio y Meliboe, que ninguna de estas niñas es comparable á la reina de Cathay.

La joven elige una hermosa lucerna, y siente renacer entonces el deseo de regresar á Oriente.

Sostenido Rugiero por la esperanza de volver á ver á Angélica, la aguarda largo rato. Conoce por fin que es inútil su paciencia y se dirige al árbol en que está el hipógrifo: pero el animal ha roto las riendas y se ha marchado por los aires. Esta fuga, unida á la decepción cruel que acaba de sufrir, le parten el corazón. Su mayor sentimiento es haber perdido el precioso anillo, prenda del amor de Bradamante. Agobiado por el dolor, coge sus armas y su escudo, se aleja de la orilla del mar, y atravessando una pradera, se dirige á un valle estenso. Encuentra en el camino un bosque sombrío; entra en él y sigue la senda que le parece estar mas trillada. Pronto resueña hacia su derecha, en lo mas espeso del bosque, un estrépito terrible de armas; atraviesa los matorrales, y distingue en un claro pequeño dos caballeros que se baten con encarnizado furor. En sus rostros y en sus miradas se percibe un deseo implacable de venganza. Uno de ellos es un gigante de aspecto borrascoso; el otro, guerrero leal y valiente, se defiende con su es-

pada y su broquel, dando vueltas sin cesar para librarse de los golpes de maza del gigante; y cerca de él está su caballo muerto. Rugiero se detiene y considera aquella lucha; en su mente dirige al cielo fervientes votos para que venza el caballero, pero no cree deber auxiliarse, y permanece apartado. De pronto empuña el gigante su maza con ambas manos, y da un golpe con la mayor violencia sobre el casco de su adversario, que cae en tierra sin sentido; apresárase el gigante á arrancarle el casco para cortarle la cabeza con mas facilidad, y conoce Rugiero las facciones de su hermosa y dulce Bradamante: ella es á quien el bárbaro quiere quitar la vida. Corre á él el paladín con espada en mano y le reta, pero el gigante, sin aceptar un nuevo combate, levanta á la guerrera desnudada y la coloca sobre sus hombros. Así se apodera el lobo del débil corderillo, y coge el águila entre sus garras á la tímida tortola ó á cualquiera otro habitante de los aires. Precipitase Rugiero tras el vencedor de Bradamante, pero el jóven héroe apenas puede seguirle con la vista, pues sus desmesuradas piernas le llevan con rapidez. Huye el gigante, y corre en seguimiento suyo Rugiero; pronto entran en un sendero estrecho y oscuro, que se ensancha despues y sale á una pradera.

Paro es preciso que volvamos á Orlando, el cual, con el objeto de sustraer para siempre de manos del hombre el arma del rey Cismogus, acaba de arrojarla á lo profundo del mar. ¡Vana esperanza! el ene-migo implacable de los mortales habia inventado aquella arma fatal para imitar el rayo, que estaba y de-garra la nube. Desde el día en que sus encantos sedujeron á Eva, no habia hecho nada tan fuuuesto. En los siglos siguientes, en tiempo de nuestros últimos abuelos, un antiguo brujo guiado por el demonio, sacó el arma de su húmedo retiro. Por sus encantamientos salió el tubo infernal despues de muchos años, y fue espuesto á las miradas de los alemanes. Intentáronse variados ensayos; despues, el demonio les enseñó su uso, para desgracia nuestra. Los italianos, los franceses y todos los demás pueblos aprendieron una ciencia cruel: unos fundieron el bronce, y al salir del horno ardiente, formaron con él globos huecos. Otros horadaron el hierro y fabricaron armas de todas clases, de todos tamaños y de todos pesos; las llamaron cañones, fusiles, falconetes, culabreñas: sus tiros pulverizan el mármol y el acero. ¡Desdichado caballero! tu espada y tu coraza no te son ya de ningún auxilio; si quieres igualar las ventajas del combate, resígnate á cojer el arcabuz y el mosquete. Ob invocacion horrible y criminal, ¿como has hallado sitio en el corazon del hombre? Tú has aniquilado la gloria militar y el honor de las armas, has hecho inútiles la fuerza corporal y el valor; si mas intrépido es vencido por el mas cobarde; y la valentia y la audacia no son ya una ventaja en las batallas. Por tí han sucumbido ya y perecerán antes que concluya la guerra actual, los príncipes y los héroes mas ilustres. ¡Guerra lamentable que tanta sangre ha costado á la Europa y á la Italia! ¡Oh! seguramente no me equivoco al acusar de crueldad y perversidad sin igual al inventor de aquella máquina aborrecible. ¡Quiera Dios, para vengar tal infamia, onecrar por siempre en el tenebroso abismo el alma de aquel ser maldiceido, cerca de Judas el condenado! Pero sigamos al paladín Orlando, que vuela hacia la isla de Eubodia, en donde las mujeres mas bellas y perfectas son entregadas á un monstruo marino para servirle de pasto. Cuanto mas se apresura para llegar tanto mas parece contrariar el viento su intencion; sopla sin fuerza á derecha, á izquierda, á la popa, á la proa, y el buque navega lentamente. Algunas veces, las olas, sepultadas en profunda calma, se levantan de pronto con violencia, pero de modo que hacen retroceder al bajel, que se vuelve y da bordadas. Quiso

Dios sin duda que el héroe no llegara á la isla antes que el rey de los Hibernios, y pronto sabreis el motivo de esto. Orlando dice al piloto: «Aproximate á la costa; te quedarás aquí, y yo tomaré la lancha; me embarcaré solo en ella, y saltaré en esa roca árida: me llevaré el cable mas grueso y el ancla mas fuerte del bajel, y ya verás el uso que pretendo hacer de ello.» Al decir estas palabras, se arroja á la barca con todo lo que puede servirle para efectuar su proyecto; de todas sus armas, no lleva consigo mas que la espada, y se dirige á la roca. Vuelta la espalda á la costa rema y se aproxima á ella como el caudro que pasa entre las rocas ocultas para buscar el fondo de un rio. En la hora en que la aurora bella, á despecho de la euidia de Titos, esparcia su dorada cabellera á los ojos de Febo, medio oculto en el seno de Tétis. Orlando está ya á un tiro de piedra escaso de la roca... De pronto oye lastimeros gemidos; se vuelve y ve á una mujer desnuda, atada á un árbol corpulento; bañan sus pies las olas, y tiene la cabeza inclinada: Orlando no puede distinguir su rostro; rema con mas fuerza, y avanza para verla mejor... De pronto se conmueve el mar, retumban las cuevas y los bosques; levántanse las olas, se entrecruzan y vomitan un monstruo, cuya mas enorme parece ocultar el agua. Semejante al nublado que lleva en sus entrañas la lluvia y la tempestad, y levantándose del fondo de un valle, se derrama por el espacio y oculta la luz del día, así se adelanta la orca espantosa, haciendo estremecer las aguas. Orlando, sin perder el color, sin experimentar temor alguno, le espera con mirada altanera y tranquila. Para ejecutar su proyecto, se prepara á atacar al monstruo y dirige el esqui-fe entre la orca y la jóven á quien quiere librar. Dejando á Durandal en la vaina, coge el ancla y el cable y espera sin temblar el borroroso animal. En cuanto este ve al paladín abre para devorarle su inmensa boca en la cual cabria con facilidad un hombre á caballo... Precipitase Orlando en ella con su ancla, su cable, y suu creio que con su lancha; coloca los dos picos del ancla en la lengua y el cielo de la boca del monstruo: no puede este ya cerrar sus quijadas. Así el minero, para evitar el peligro de los hundimientos, sostiene con barras de hierro las galerías en que prosigue sus trabajos. Los dos brazos del ancla ocupan tal espacio, que para llegar al pico superior tiene Orlando que saltar. Despues de haberse asegurado de que la orca no puede cerrar ya la boca, descovaina el paladín su espada y tira estocadas y mandobles en aquella sima oscura. A la manera que los sitiados pelean inútilmente con los enemigos que han penetrado ya en el recinto de sus murallas, así la orca no puede deshacerse ya del paladín que tiene dentro de su boca; vencida por el dolor, tan pronto se lanza fuera del agua y descubre su lomo y escamas, como se hunde en el abismo cuyo lecho de arena labra en sus esfuerzos violentos. Orlando, que se ve espuesto á ahogarse dentro del mar, sale de la boca del monstruo, deja en ella su ancla bien agarrada, coge el cable que la sujeta, y uala hacia la roca. Allí, bulliéndose en terreno firme, tira del cable y atrae el ancla, cuyas puntas están fuertemente agarradas á las quijadas de la orca; con brazo robusto, diez veces mas fuerte que un cableante, la obliga á seguir al cable. El toro, cuyas astas están sujetas, se agita, salta de un lado á otro, se levanta, se tumba, y se revuolca por el suelo sin poder romper el lazo que le sujeta: así la orca, perdiendo su saugo con abundancia, se debate con violencia, se revuolca en las olas, y no consigue desembarazarse ni romper el cable que la atrae á la costa. Ya ha enrojecido el agua; entrecruza en su furor el mar, y descubre el fondo del abismo; en vano eleva montañas de agua hasta las nubes y cubre los cieios de negros torbellinos; el estrépito que produce hace retumbar los montes, los

bosques y las playas mas lejanas. El anciano Proteo sale de su gruta y aparece en la superficie del mar, ve el paladín penetrar en la boca del monstruo, y salir poco después orrastrando hacia la costa al enorme cetáceo: olvidado el dios da reunir su rebaño y huye al traves del océano. El mismo Neptuno, sobrecogido de espanto, monta en su carro tirado por delphin y se marcha á la Etiopia. Ido, acogojada, llevando á Melicerte en sus brazos, las Nereidas desgreñadas, Glauco, los Tritones y los demás dioses marinos huyen por todas partes. Ya llega la orca á la playa; Orlando no necesita esforzarse tanto, porque el monstruo, debilitado por la pérdida de la sangre, ha exhalado el último suspiro.

Los habitantes de la isla han acudido en tropel á contemplar aquel espectáculo; consideran aquella accion santa como un sacrilegio. Con el objeto de librarse de la cólera de Proteo, cuyos rebaños pueden amenazarlos con nuevos destrozos, y para merecer su perdón, quieren precipitar á Orlando al mar. A la manera que se estienda la llama de un hachón y abrasa con rapidez toda una comarca, así se apodera de todos los diuinos el siniestro proyecto. Armase uno con una honda, otro con un arco ó una lanza, y corren á la costa, y rodean por todos lados y atacan de mil modos á su libertador. Sorprende paladín tanta ingratitude y brutalidad, pues cree que la derrota de la orca le cubre de gloria y merece todo el agradecimiento de los isleños. Así como el oso, cautivo de un tiritero que ó litano, no se conmueve con los ladridos de los gozquecidos ó quienes desprecia, del mismo modo ve el héroe sin temor á aquella turba vil que su solo soplo pudiera derribar. Se vuelve y pronto le abre Durandal ancho camino. Los bárbaros han pensado que les sería fácil apoderarse de un hombre que está sin escudo, coraza y armadura: ignoran que Orlando es invulnerable por todo su cuerpo. Pero el héroe hace sufrir á los demás la suerte á que él no está sometido: sirvenle tan solo diez mandobles para derribar á treinta ebudios; todos se dispersan y huyen. Ya se aproxima Orlando para desatar á la víctima, cuando se oye un nuevo rumor en otro punto de la costa. Mientras que los isleños están contemplando la lucha de Orlando con la orca, los irlandeses han desembarcado sin ningún obstáculo, y seo justicia ó crueldad, asesinan despiadadamente á todos los habitantes, sin distincion de sexos ni edades. Los ebudios, cogidos de improviso y por sorpresa, poco numerosos y careciendo de valor, no intentan resistir. Saquean los juvenores el campo, queman la ciudad, destruyen las murallas, y no queda en la isla un solo ser viviente. Sin inquietarse por aquel tumulto, gritaría y malanza, se aproxima Orlando á la víctima espuesta á la voracidad de la orca, la mira, y cree reconocer á Olimpia. Ella era, en efecto: triste recompensa de la fidelidad. ¡Desdichada! No era bastante para ella haber sufrido los deshenes del amor, sino que la cruel fortuna la entregó en el mismo día en manos de los ebudios; pero, avergonzada por su desnudez, tiene la cabeza baja sin atreverse á hablar, el paladín ni levantar hacia él la vista. Pregúntala este por qué fatalidad se encuentra en aquella isla, ella, á quien depara poco há tan dichosa en los brazos de un esposo querido? «¡ Ah! contestó la hermosa náyida, ¿se yo acaso si deba agradeceros que me hayais librado de la muerte? ¿No habré de sentir que hayais conservado la mísera existencia mía? ¿Cómo es el cielo de bendiciones no obstante, por haberme salvado de un género de muerte tan horroroso; hubiera sido harto espantoso tener por sepulcro las entrañas de ese monstruo. Tan solo la muerte puede poner término á mis penas: me será muy dulce recibirla de mano vuestra.» Derrama copioso llanto al referirle cómo la sorprendieron los corsarios de Ebudia en la isla desierta en que la abandonara su pérido esposo.

Mientras está hablando Olimpia, conserva la actitud de Diana sorprendida en el baño por el cazador Acteon: se ha vuelto de lado y procura ocultar su seno y mil bellezas, porque teme no osar dejar ver sus demás encantos. Quisiera Orlando que su esquivo se aproximara, con el fin de ofrecer un velo á Olimpia, y mientras buscan sus miradas por todas partes, llega Oberto. Este rey de Irlanda acaba de saber la muerte de la orca y la victoria del caballero que habia tenido la audacia de clavar en la boca del monstruo una áncora inmensa, con cuyo auxilio lo habia vorado en la playa cual un baje de olto bordo. Oberto ha querido cerciorarse de la verdad del hecho; ha corrido presuroso, y sus guerreros han asolado la isla y han destruido á los ebudios. Aunque Orlando está cubierto de espuma y fango, le ha conocido el rey. Además, al oír referir aquella hazaña, pensó que solo Orlando habia podido ejecutarla. Educado en la corte de Francia, Oberto ha vuelto hace un año para ceñir lu corona que le ha dejado su padre, y conoce á Orlando. Alzándose al momento la viera de su casaca, se arroja á los brazos del paladín que no está menos gozoso por ver de nuevo al jóven príncipe. Entráchanse largo tiempo mutuamente; después refiero Orlando las aventuras de Olimpia y la traicion de un esposo á quien prodigó tantas pruebas de amor, explicand como, después de haber perdido su troyo y su familia, quiso sacrificarle su propia vida. Testigo oculor de todas estas aventuras, habia el héroe con entera convicción, y mientras hace su relato, caen lágrimas abundantes de los ojos de Olimpia. El hermoso rostro de la princesa se asemeja entonces á los risueños dias de la primavera, cuando una lluvia pasajera refresca el césped y las flores, y dulcifican las nubes el ordor del sol. Semejante al risueño que sucede dulcemente sus alas bajo la húmeda enramada, baña el amor sus alas en las lágrimas de Olimpia, y se regocija al ver su brillo. Forja sus dardos en el fuego de los ojos de la hermosa jóven, y las puntas están mojadas en las lágrimas que ruedan por sus mejillas sonrosadas; apunta al corazón del jóven rey, que no podrá guarecer ni su escudo, ni su coraza, ni su cota de malla. Oberto ha visto los ojos y lo cabellero de Olimpia: está herido ya profundamente. La desdichada jóven es hermosa; sus ojos, su frente, sus mejillas, sus cabellos, su boca, su nariz, sus bombros, son la misma perfeccion; nunca han contemplado los ojos de un ser humano cosa mas admirable que sus demás atractivos; su pecho, de una blancura deslumbradora, de tex tan suave cual marfil, uno al resplandor de la nieve la blancura de la leche; los dos globos están separados por un surco pequeño parecido al valle que se forma entre dos colinas cuando empieza el sol á derretir las nieves amontonadas por el invierno. Sus costados, sus cadenas torneadas, su cuerpo mas terso y brillante que un espejo, todo es tan bello y perfecto que se cree estar viendo la obra muestra de ridios ó de un escultor mas hábil todavía. ¡Por qué no podré yo describir las maravillas que Olimpia procura en vano ocultar!... Bistame deciros que nunca formó el cielo criatura mas admirable. Si en los valles de Ida se hubiera mostrado al pastor Troyano, quizás Vénus, la misma Vénus que sobrepasaba en belleza á todas las diosas no hubiera obtenido la manzana, y París no habria tenido el pensamiento de violar en Esparta lu santa hospitalidad. Menelao, hubiera exclamado, «¿guarda tu Helena, preliero este beldad! » Cuando Zeus quisó hacer, en Crotona, el cuadro destinado al templo de Juno, reunió las doncellas mas hermosas de la Grecia, con el objeto de copiar aquello que tuviera cada uno mas perfecto; pero, para hallar su inspiracion, solo á Olimpia habria necesitado. ¡No! si Bireno la hubiera contemplado sin ningún velo, nunca podré creer que fuera bastante cruel para abandonarla en la isla de-

sierta. No puede ocultar Oberto el fuego que le abrasa; se esfuerza por consolarla y la hace concebir la esperanza de que de tanto infortunio nacerá para ella la dicha. La promete llevarla á Holanda, y hacer que la restituyan sus estados: jura no deponer las armas hasta tanto que haya obtenido del pérdido una venganza justa y ruinosa, y está impaciente por marchar cuando antes á Irlanda. Sin embargo, buscan ambos jóvenes vestidos de mujer; y no es preciso salir de la isla, pues las víctimas que han sido inmoladas han dejado tan gran número de trajes! Encuéntrense de mil formas distintas, y Olimpia recibe de manos de Oberto un traje que hubiera este deseo hacer digno de ella. Pero ni el oro puro, ni los tejidos de seda que hace el hábil florentino, ni el vestido mas ricamente bordado, aunque fuese fruto de la paciencia y cuidados de Minerva ó del dios de Lemnos, no hubiera parecido al joven monarca bastante bello para encubrir los atractivos cuya perfección recordaba sin cesar. Regójase Orlando al ver aquella pasión naciente; sabe que Oberto no dejará impune la traición de Bireno: se ve libre de esta misión difícil, y así podrá consagrar todos sus cuidados á Angélica, á quien adora mucho mas que á Olimpia. La hermosa reina de Calbay no está en la isla de Eubadia: Orlando está seguro de ello, pero como han perecido todos los habitantes, no puede informarse de si ha llegado á ella.

Al siguiente día se embarca Oberto con su amada y Orlando, y vagan hacia Irlanda. La amistad no puede detener allí á nuestro héroe mas de un día: el amor le ordena que vuelva en auxilio de su dama, y no quiere permanecer en aquel país; parte después de haber recomendado Olimpia al rey, el cual cumplirá sus promesas. En efecto, Oberto junta al momento su ejército; secundado por sus aliados de Inglaterra y Escocia, se apodera de la Holanda y la Frijia, subleva la Zelandia contra Bireno, y no termina la guerra sino después de haberle inmolado. Castigo barto dulce al se compara con su crimen! Olimpia se casa con Oberto, y de simple condesa, llega á ser una reina poderosa.

Sigamos, no obstante, al paladín, que navega á toda vela, y no tarda en entrar en el mismo puerto de Francia de donde salió. Encuentra á Brides-de-Oro, y montando completamente armado en este ágil corcel, deja pronto detras de sí los vientos y el mar. Durante el resto del invierno ejecuta Orlando hazañas dignas de eterna memoria, pero rodeadas por tal misterio que no os las puedo referir. Pronto siempre para ejecutar toda acción laudable, es mas modesto que nadie y no gusta de referir sus triunfos: solo se averiguan por los que los presenciaron. Como pasó el resto del invierno solo, nada se sabe de sus aventuras; cuando el sol estuvo próximo á entrar en el signo de Aries, cuando el céfiro de dulce y tibio aliento trajo de nuevo la primavera, los esclarecidos bechos de armas de Orlando reaparecieron con las flores y el césped. Agobiado por la pesadumbre y el cansancio, vagaba por las montañas y las costas, cuando á la entrada de un bosque llegaron á sus oídos gritos lamentables. Aprestó el paso de Brides-de-Oro, desenvainó la espada y voló hacia el sitio de donde salían aquellos gritos. Pero aguardaré otro momento para continuar mi relación, si queréis seguir escuchándome.

## CANTO XII.

Ascenso.—Enagabado Orlando por el ardor de Atenea, entra en el palacio encantado.—Descripción de este palacio.—Orlando encuentra en él á Ferragús, Irendimarte, Gradasso y Sacripante.—Llega tambien Rugiero.—Angélica se muestra al rey de Ciréne y le toma por guia.—Combate entre Orlando y Ferragús.—Angélica arrebatada el caso de Orlando.—Apoderación de él Ferragús.—Encuentro Orlando dos escuderos de serracenos, y los extermina.—Llega á una caverna profunda donde encuentra á dos mujeres.

Cuando Cúres, después de haber dejado á la madre de los dioses, llegó al valle solitario en que el gigante TOMO II.

Encelade, herido por los rayos de Júpiter, gemía bajo el peso del Etna, no vió ya á su hija queridas. Entonces se arrancó los cabellos, y golpeó su rostro y pecho. Blandiendo dos pinos, los encendió en los fuegos de Vulcano, y quiso que no pudieran apagarse nunca. Luego, armada sus manos con aquellas antorchas eternas, subió en su carro, del que tiraban dos dragones, y recorrió los llanuras, los bosques, los montes y los valles, atravesando los rios y los torrentes. Después de buscar inútilmente sobre la tierra, bajó á las profundidades del Tártaro.

Si Orlando hubiera tenido el poder de la diosa de Eleusis, para buscar á su amada no habría olvidado interrogar á las llanuras, los bosques y los rios; hubiera explorado la tierra, el cielo y los infiernos; pero como no poseía el carro ni los dragones de Cúres, buscó á su hermosa dama como mejor pudo. Ya ha visitado la Francia: se prepara á recorrer la Italia, la Alemania, las Castillas Nueva y Vieja; atravesará el mar de Euzania y pasará á la Libia. Mientras forma estos proyectos, oye una voz lastimera; mete espuelas á Brides-de-Oro y ve á un caballero montado en un corcel gigantesco; lleva en sus brazos, echada en el arzon de la silla, á una mujer joven que trata de desahirse, poseída de terror, y llama á gritos á un defensor. Orlando la mira atentamente y cree conocer á Angélica, á quien busca noche y día por Francia y por todos los países. Sin asegurar que sea ella, puedo afirmar que so parece á aquella dulce Angélica tan tiernamente amada. Persuadido de que arrebataban á la diosa de su alma, el paladín, lleno de cólera, reta á su raptor en alta voz: le amenaza y le persigue; pero atento á conservar su presa, no responde el maldadín, y mas veloz que el viento continúa su carrera por la espesura. Huye el uno con rapidez, y el otro vuela tras él; retumba el bosque con gritos lastimeros: llegan por fin á una pradera estensa, en cuyo centro se levanta un palacio estenso y magnífico. Edi-



Orlando busca su casa para combatir con Ferragús.

ficado con los mármoles mas preciosos y variados, está adornado de esculturas espléndidas. El caballero que lleva á la dama cautiva se precipita á rienda suelta por una puerta de oro que se halla abierta; Orlando sin apensar de un corcel, penetra tambien en el palacio. Con aire arrogante y amenazador visita todas

las habitaciones, los diferentes pisos, y buscó hasta en los cuartos mas insignificantes. En varios lugares brillan el oro y la seda; las paredes y el pavimento están cubiertos de ricas telas y tapices: va el paladín por todas partes. ¡Trabajo perdido! no encuentra á Angélica ni á su raptor. Entregado á mil pensamientos, presa de la ansiedad mas viva, encuentra á Ferragus, Brandimarte, el rey Gradasse, Sacripante y otra porción de paladines famosos que no dejan un momento de buscar como él y con tan poco éxito en aquella morada, á cuyo invisible dueño maldicen sin cesar. Todos se quejan de algun robo: uno ha perdido su caballo, otro su amada, y todos ecusan el gigante de ser el autor de aquellos robos. Engañados por los mismos encantamientos, han pasado así varias semanas y aun meses enteros. Después de haber recorrido tres ó cuatro veces aquel recinto mágico, dícese Orlando á sí mismo: «¡Pierdo mi tiempo y mi trabajo; ese ladrón se habrá escapado por alguna salida secreta, y quizás esté ya lejos!» Ocupado su mente por esta idea, sale á la pradera que rodea al castillo; mientras busca en el suelo la señal de huellas recientes, oye una voz que pronuncia su nombre; vuélvese con presteza, y cree ver en una ventana las divinas facciones de Angélica, cuyos gritos parecen implorar su auxilio. «¡Protégeme, le dice; súpame mi honor mas que á mi vida! Usará un bandido ultrajarme á la vista misma del hombre á quien amo? ¡Ah! ¡puedo yo recibir de tu mano una muerte pronta antes que sufrir tal ultraje!» Estas palabras duplican el ardor de Orlando. Vuelve á entrar en el castillo á pesar del cansancio que le agobia, y sostenido por la esperanza, sigue buscando siempre. En cuanto se detiene, cree oír á Angélica reclamar su apoyo. Tan pronto por un lado como por otro, vuela hacia donde cree oír los gritos, y siempre en vano.

Pero volvamos á Rugiero, á quien dejó en medio de un sendero estrecho y lóbrego siguiendo á Bradamante. Al salir del bosque se vió en medio de una pradera dilatada, y pronto llegó al mismo palacio á que le precediera Orlando. El gigante que parece sujetar á Bradamante penetra en él, y le sigue Rugiero velozmente. En cuanto atraviesa el dintel de la puerta, mira al patio y á las galerías, y no ve ni á su amada ni al gigante; dirige á todos lados sus pasos y su vista, sube y baja para buscar la guarida del perdido, mas son inútiles todos sus esfuerzos. Recorre sin cesar tres, cuatro y cinco veces los corredores, las salas, los diferentes pisos; vuelve á ellos registrando hasta debajo de los esculeros. Vuelve al bosque para continuar allí sus pesquisas; de pronto una voz que pronuncia su nombre le induce á volver al palacio.

El fantasma que Orlando había tomado por Angélica toma á los ojos de Rugiero las formas de la hija del duque Aimou, soberana de su albedrío. La misma voz y el mismo fantasma han engañado también á Gradasse y á todos los paladines que vagan por aquel castillo: todos han sido seducidos por el objeto mas propio para excitar su ardor. Atlante de Carenne ha imaginado aquel nuevo y extraño encantamiento para que Rugiero, ocupado enteramente en sus investigaciones, pueda librarse de la suerte funesta que le amenaza. El encantador espera obtener así lo que no pudieron hacer el castillo de acero ni el palacio de Aicma. Los paladines mas valientes de Francia han sido atraídos á aquella morada para sustraer Rugiero á sus golpes. Por lo demas bailan allí con abundancia todo lo que puede halagar sus deseos.

Pero ahora volvamos á Angélica que, merced al anillo encantado puesto en su boca, se hace invisible, y triunfa de todos los lazos que la tienden tendiéndole melido en el dedo; ha encontrado en la cueva viveres, vestidos y una jaca, y se propone volver á la India y al hermoso reino de Cathay. Sin duda alguna

hubiera desado tener por compañeros de viaje á Orlando y Sacripante: no porque ame á uno ni á otro de estos paladines, que siempre ha rechazado su amor, sino porque tiene que pasar por tantas ciudades y castillos que un guía ó un compañero la protegería, y no puede desear compañeros mas fieles que estos dos caballeros. Los busca por todas partes, en las ciudades, en el campo, en los caminos, en los bosques espesos, mas no encuentra rastro ni vestigio alguno de ellos. Al fin llega por casualidad cerca del castillo en que Atlante ha subido á detener á Sacripante, Ferragus, Rugiero, Gradasse, Orlando y otra gran porción de paladines. Su anillo le permite que entre sin ser vista: Orlando y Sacripante, entregados á activas pesquisas, se ofrecen á su vista, y puede conocer el arte del viejo mágico que los engaña presentándoles su imagen, un fantasma efímero. Hállase indecisa su elección entre estos dos amantes. Orlando sería un defensor mas seguro y temible, pero es un dueño y no un guía; no sabrá después como apartarle de su lado y enviarle de nuevo á Francia cuando ya no necesite su apoyo. En cuanto al circasiano, aun cuando hubiera gustado ya la felicidad celestial, podrá deshacerse de él con facilidad cuando lo crea necesario. Concédele pues la preferencia; sacando el anillo de su boca, se levanta el velo y se presenta á las miradas de Sacripante. Pero mientras cree ser vista tan solo por él, llegan Orlando y Ferragus y también le distinguen. No han cesado de recorrer el palacio en todas direcciones, pero el anillo les ruto el encanto y se aproximan á Angélica: están completamente armados. Acostumbrados al peso de sus armaduras, que no se quitan ni de día ni por la noche, las han conservado puestas desde que entraron en el palacio. Ferragus, fiel al juramento que hizo á Argail, no lleva casco. No ha de usar otro sino el que conquistó Orlando al fiero Almonte, hermano de Trojan. Está á la sazón cerca del conde de Angers, y la lucha no ha podido empezar porque en aquel recinto encantado es imposible conocerse. Todos los caballeros que Atlante ha conducido á él no dejan nunca sus armas: llevan sus corazas, escudos y espadas, mientras que sus caballos, ensillados pero con la brida en el arzon, descansan á la entrada del palacio en una cuadra abundantemente provista de cebada y paja. El poder de Atlante no puede impedir que los tres paladines salten sobre sus corceles y sigan aquellos ojos negros, aquella cabellera dorada, aquellos labios de coral que los inflaman de amor. Muje la hermosa á rienda suelta, porque no quiere encontrar juntos á aquellos tres adonadores, á quienes separadamente hubiera elegido por defensores. En cuanto se hallan bastante lejos del castillo para no temer ya los artibios del viejo mágico, métense en la boca el anillo que le ha sacado ya de mas de un peligro; desquierece de repente y deja sepultados á sus perseguidores en estúpida sorpresa. Su primera idea fue elegir por compañero de viaje á Orlando ó á Sacripante, que le hubieran llevado á los estados que poseyó su padre Gaifron; pero cambiando repentinamente de resolución, no quiere deliber el uno ni al otro, pensando acertadamente que su anillo sustituirá ventajosamente el apoyo de aquellos. Los tres paladines dirigen estupefactos sus miradas á todos los sitios del bosque; se jurecen al perro de caza que ha perdido el rastro de la hembra de la zorra en un larranco ó en un matollar espeso. Angélica los ve, se rie de su sorpresa y observa sus acciones. Un solo camino atraviesa el bosque, y no dudán que la dama haya seguido por él; corre Orlando, sigue Ferragus, y no es Sacripante el que muestra menos ardor en clavar el anzote á su corcel. Angélica detiene su cabalgadura y los sigue tranquilamente. Llegan por fin á un sitio en que el camino se pierde en la espesura: buscan por todas partes, sus ojos de hallar ya la yerba alguna

buella. Ferragus, el mas arrogante de todos los mortales, se vuelve con insolencia y dice á sus compañeros: «¿De dónde venís? Retroceded ó emprended otro camino, si no queréis bailar aquí la muerte; no me conviene que me ayuden á buscar á la divinidad de mi alma.» Orlando contesta: «¿Qué lenguaje podría usar, pues, este insolente, si se dirigiera á las criaturas mas viles y cobardes que hubieren maejado el huso y la rueca?» Después dirigiéndose á Ferragus: «Villano atrevido, le dice, si tuvieras un casco, yo te haría ver con quién estás hablando.—¿Por qué te ocupas de lo que yo no me cuido siquiera?» replica Ferragus; solo y sin casco, sabré obligaros á ambos á que me obedezcáis.—¿Por favor, dice Orlando al rey de Circasia, prestadme nuestro casco para que pueda yo curarlo de su locura; nunca he visto presunción semejante á la suya!—¿No sería ya acaso mas inseguro que el si accediera á tu deseo? responde Sacripante. Prestale el tuyo, que yo será tan capaz de corregirle como tú.—¿Vosotros sois los imbéciles! esclama Ferragus; si hubiera querido ponerme un casco, ya hubiera perdido los vuestros, pues yo hubiera sabido quitarlos. Sabed que he hecho voto de permanecer con la cabeza descubierta hasta el momento en que haya conquistado el almete de Orlando.—¡Ah! replica este, ¿crees poder hacer sin casco al conde de Angers, lo que este hizo en Apremont al hijo de Agolante? Pues yo creo que si le vieras frente á frente temblarías de pies á cabeza, y lejos de pensar en arrebatarte su casco, le abandonarías toda tu armadura.—¡Ya he luchado mas de una vez con Orlando, esclama el moro de España con tono fanfarron; de mi ha dependido el despojarle sin trabajo de su casco y su coraza! Si no lo hice, fue porque no habia formado aun la intencion que hoy ocupa mi ánimo, y ahora cuento conseguirlo sin dificultad.» Orlando no puede contenerse mas tiempo. «Embustero, coarde, le grita, ¿en qué país, en qué tiempo me has venido tú con las armas en la mano? Yo soy ese mismo Orlando, hijo de tus fanfarronadas, y á quien supones muy lejos de ti. ¡Procura pues arrebatarme mi casco ó entregame tus armas! No quiero conservar ventaja alguna sobre ti.» Esto diciendo, cuelga su casco á las ramas de una haya, y desvainada á Druadal. Ferragus, sin conocerse, mantiene la punta de su espada en alto, y se cubre la cabeza con el broquel. Comenzan la pelea haciendo girar y dar vueltas á sus caballos; buscan el hueco de las corazas, pero las espadas se encuentran sin cesar. Nunca vió el mundo guerreros mas temibles; iguales en fuerza y valor, ambos son invulnerables. Ya sabeis, señor, que Ferragus tenia todo su cuerpo encantado, excepto en aquella pequeña parte por donde el niño se nutre cuando está en el vientre de su madre; por esto, el sarraceno, hasta el día en que bajó al sepulcro, llevó siempre sobre el ombligo siete placas del acero mas duro. El conde de Angers era tambien invulnerable y no podia ser herido mas que en las plantas de los pies; tenia buen cuidado de preservarlas de todos los golpes. Si se ha de creer lo que dice la fama, el resto de su cuerpo era mas duro que el diamante. Ambos combatian revestidos de sus armaduras mas bien por adorno que por necesidad. Aquel desafio espantoso, cuya vista horroriza, se anima y se hace cada vez mas cruel. Ferragus, siempre terrible, tira tajos y estocadas, y una vez da un golpe en vago. Orlando hace volar en menudos pedazos la coraza y todas las demas piezas de la armadura de su adversario; cada golpe rompe y destruya. Angélica, siempre invisible, es el único testigo de aquel espectáculo cruel. El rey de Circasia, persuadido de que la hermosa dama no puede estar muy lejos, ha aprovechado el momento en que sus dos rivales están batuyéndose, y marcha por el camino que en su concepto debe haber seguido aquella. Está, pues, sola

TOMO II.

Angélica al lado de los dos campeones. Sobrecogida de horror y cuasi aterrada, los contempla con admiracion algunos instantes; despues se la ocurre la idea de robar el casco para ver lo que harán los dos paladines; no piensa conservarle, sino entregárselo al conde de-pues de haberse divertido con la sorpresa de ambos. Descolgando pues, aquel yelmo, le coloca en los pliegues de su ropaje, contempla aun breve rato á los dos guerreros, y se aleja silen losamente. Ha recorrido ya una gran distancia antes de que los dos enemigos, ciegos de cólera, hayan notado la desaparicion del casco. Ferragus es el primero que fija la vista en el árbol, y apartándose del conde de Angers le dice: «¿Mira; el caballero que nos ha seguido nos trata como á unos incautos y necios! Se lleva el casco: ¿cuál será el premio del vencedor?» Deténese Orlando al ver la rama sin el yelmo, y se encoleriza. Cree, lo mismo que Ferragus, que Sacripante es el autor del robo, y lázase á todo escape en seguimiento suyo: Ferragus le sigue, llegan á un paraje en que la yerba pioteada indica haber pasado por allí Angélica y Sacripante. Orlando se internan en el valle persiguiendo al rey de Circasia; Ferragus se queda en la falda de la montaña y se dedica á seguir á la señora de sus pensamientos.

Hállase entonces la jóven al lado de una fuente situada en medio de la espesura, en un sitio fresco y agradable. Todo convidaba allí al reposo, y la pureza del agua escita al viajero á apagar allí su sed. Deténese Angélica y no teme que la vean porque la protege su anillo; deja pasar á su huésped y cuelga el casco de Orlando de las ramas de un árbol. El caballero moro que la va siguiendo llega cerca de la fuente. Al verle Angélica, salta sobre su cabalgadura sin cuidarse de tomar el casco: quiere cogerla Ferragus, pero desaparece de su vista con la misma prontitud que se horra la vana imagen de un sueño. Buscaba por todas partes, maldiciendo á Mahoma, Tervagante y todos los falsos profetas de su secta. Vuelve por último á la fuente y encuentra en la yerba el casco del conde. Una inscripción grabada en la visera indica el nombre del vencido, la época de la victoria, y el modo con que se apoderó de él Orlando. A pesar del sentimiento que experimenta el sarraceno al ver á Angélica aparecer y desaparecer sin cesar, se apresura á colocar en su cabeza el terrible casco. Vénanse colmados todos sus deseos si pudiera alcanzar á la que huye mas rápida que el relámpago; recorre todos los parajes del bosque, y perdiendo al fin toda esperanza, marcha á unirse con los moros acampados bajo los muros de París. Considerándose dichoso con poseer aquel casco y poder cumplir así su juramento, se consuela de la pérdida de Angélica. Habiendo sabido el conde de Angers la que acontació, buscó largo tiempo á Ferragus; mas no pudo recuperar su yelmo hasta el día en que hallado al sarraceno entre dos puentes, se le arrebató, quitándole tambien la vida.

Angélica, sola y siempre invisible, continúa su viaje con turbado rostro, porque siente haber huido con demasiada precipitacion, y haber olvidado el casco cerca de la fuente. «¿Debia ser ese, esclama, el premio de tantos servicios como me ha prestado? ¡Le he despojado de su yelmo! ¡En cual fuere el resultado, yo lo hice con buena intencion, Dios lo sabel! Esperaba yo haber dado fin así á aquel combate, y solo consigo satisfacer los deseos de ese marrofero! De esta suerte se lamenta siguiendo tristemente el camino que la parece ser mas corto; dirijese hacia el Oriente, y tan pronto se muestra como permanece invisible. Despues de haber recorrido un gran número de países, llega á un bosque en donde ve á un jóven tendido entre dos caláveres, y herido en el pecho. Mas tengo tantas cosas que referiros, que no puedo haberos ya mas tiempo de Angélica, de Fer-

3\*

ragus y del rey de Circasia. El príncipe de Angers llama mi atención y me aparta de todos los demás objetos; preciso que es oculto, antes de todos los trabajos, las penas, las fatigas que arrostró en la constancia de un amor que no pudo tener nunca feliz resultado. Con el fin de no ser crucificado, cúbrense Orlando la cabeza con el primer casco que le viene á las manos, sin reparar si es ó no del temple fino. ¿Qué le importa? ¿no es acaso invulnerable? Oculto así á todas las miradas, continúa noche y día sus investigaciones, sin que puedan detenerle el sol ni la lluvia. A la hora en que Fobos hace salir del seno de las olas á sus corceles inflamados y en que la Aurora sacude en el firmamento sus flores bermejas y azafránicas, en el momento en que cesan de brillar las estrellas, llega Orlando á las cercanías de París, y da una prueba brillante de su valor. Encuentra dos escuadrones sarracenos; olvíese uno de ellos al anciano Mamilardo, rey de Noricia, guerrero audaz y valiente en otro tiempo, mejor á la sazón para el consejo que para los combates; el otro está á las órdenes del rey de Tremisen, héroe famoso entre los africanos, y que se llama Alzirde. Aquellos soldados, como todos los demás cuerpos del ejército pagano, iban formados sus cuarteles de invierno, unos cerca de la ciudad, otros mas ó menos lejos de París, en poblaciones ó en castillos. Acompañado Agramante hacia varios meses de la playa, de la cual no podía poderarse, habiéndose decidido á dar un asalto. Con este objeto, reunió un número considerable de tropas; además de los moros y africanos de Marsilio, tenía asalariados una multitud de franceses. Todo el país entre París y Arles, la Gascuña (excepto algunas fortalezas) le estaban sometidos. En cuando el duro hielo del invierno, derritiéndose en arroyos de dulce murmullo, empezó á regar las praderas esmaltadas con nuevas flores, bajo arbustos de tierras bajas, el rey de los moros, para ejecutar su proyecto, reunió todos los guerreros que seguían su estandarte. Los reyes de Tremisen y Noricia se dirigían con sus tropas al sitio indicado para la revista general, cuando Orlando, que iba buscando á Angélica, los encontró por casualidad. El conde parece mas intrépido y audaz que el mismo Morte. Sorprendido Alzirde por su porte y aire formidables, sospecha que tiene ante su vista á un caballero ilustre. Joven y presumuoso, arde en deseos de probar su valor; en su impaciencia, adelanta su corcel y desafía á Orlando. Mejor hubiera hecho en quedarse á la cabeza de su tropa, porque el conde le traspasa el corazon y le arroya del caballo, el cual, libre de todo freno, huye espantado. Al ver la saugra que sale á torrentes del pecho de su príncipe, lanzan los sarracenos un grito terrible. Ebrios de furor, se lanzan en desorden y cubren á Orlando de estocadas; llueven los dardos y las flechas sobre el héroe. Oyese un rumor semejante al que suena en la lluvia cuando el oso ó el lobo salen de sus guaridas, bajan de la montaña, y arrebatan de en medio de sus hermanos á un joven. ¡Así caen los infelices sobre el paladín! Escuchan todos: «¡A él! ¡a él!» Mil dardos, mil lanzas golpean su coraza y su broquel; unos le dan por detrás golpes de maza, otros le hostigan por los costados, los mas valientes le atacan de frente. Pero inaccesible Orlando al terror, desprecia á aquella turba vil, á la manera que el lobo encerrado en un redil, teme poco la colera de los cordelleros. Escribe aquella espada temible, tan famosa para los sarracenos. Decir el número de ellos que inmoló sería largo y difícil; la sangre arrojada al suelo, y apenas puede contener el camino los cadáveres que hay amontonados en él. Nada resiste á Durandarte, ni los cascos, ni las rodajas, ni los mantos de seda, ni los innumerables pliegues de los turbantes. Por todas partes vuelan cráneos, piernas, brazos: resuena por todas partes los gritos y lamentos de los heridos.

La muerte, bajo mil formas hediondas, se cierne en el aire sobre los sarracenos, y dice para sí: «¡Cien guadañas como la mía no valdrían tanto como Durandarte en manos de Orlando!» Sucédenle sus golpes sin descanso, y pronto emprenden la fuga los sarracenos. Los que mas se habían adelantado creen vencer fácilmente á un hombre solo, y son los primeros que se dispersan sin esperar á sus compañeros de armas; unos huyen á pie, otros á caballo y á todo escape; undio se informa del camino mas recto. El honor les sigue: el honor, espejo fiel que nos muestra las manchas que empañan el lustre de nuestras almas. Ninguno de ellos osa fijar en él su vista, excepto el rey de Noricia. Es un muciano á quien la edad ha helado la sangre, pero que no ha perdido nada de su valor; prefiriendo la muerte á una fuga ignominiosa, enristra su lanza y la hace estallar en el escudo de Orlando, pero ni siquiera commueve al héroe; da al pasar un mandoble á Mamilardo, pero la fortuna aparta el cruel acero. ¿Y quién puede estar seguro de asestar siempre bien un golpe? El anciano rey, derribado del caballo, queda desmayado. Orlando no se detiene para acabar con su vida; derriba, corta y hiende todo lo que se le presenta; todos creen sentir el acero en sus espaldas. Pronto se abre largo espacio, porque los sarracenos se han dispersado como una bandada de estorninos que huyendo del esmerejon dejan libres las estensas regiones del aire. En fin, de toda aquella tropa, no hay uno solo que no haya, caiga, ó se eche boca abajo; la espada ensangrentada no se detiene sino después de muerte el último enemigo. Aunque el héroe conoce bien el país, no sabe qué camino seguir. ¿Se dirigirá á la derecha ó á la izquierda? Está indeciso su ánimo, pues teme alejarse de Anzelica en lugar de acercarse á ella. Al fin camina por llanuras y bosques, andando á la ventura como un insensato, y llega al pie de una montaña. Brilla á lo lejos una luz que sale por la hendidura de un peñasco; aproxímase Orlando con la esperanza de hallar á Angélica, y á la manera que el cazador que persiguiendo á una liebre en los matorrales, acude las malezas y los arbustos para encontrar la madriguera, así el amante lleno de esperanza, visita todos los sitios; diríjese presuroso hacia aquel rayo de luz; y ve en medio de un claro del bosque un respiradero angosto que sirve de entrada á una caverna profunda abierta en la falda de la montaña. De allí es de donde sale la claridad; algunas zarzas y espinos forman un muro espeso que oculta y protege la entrada de la gruta. Difícil hubiera sido descubrirla de día, pero aquella luz ha revelado su situación en medio de las tinieblas. Inquieto Orlando por saber lo que puede ser aquello, quiere asegurarse mejor; ata á un árbol á Bridu-de-Oro, aparta las ramas, se acerca con cautela y silencio, y penetra de improviso en la gruta. Baja varios escalones de aquella tumba estanca donde parecen hallarse sepultados algunos seres vivientes; la gruta, abierta á pico, no está enteramente privada de la claridad del día, pues la recibe, no por la puerta, sino por una ventana abierta en la roca. En medio de la cueva, al lado de una hoguera, distingue el paladín á una agradada doncella que podrá contar á lo mas tres lustros. Su admirable belleza convierte aquel sitio tenebroso en un paraiso, sus ojos están bañados en llanto, y manifiesta estar poseída de profundo dolor. Parece disputar con una vieja que está cerca de ella: es cosa esta bastante comun entre mujeres. Cállanse al ver al conde; este se dirigió á ellas con cortosía (siempre es preciso tenerla con las damas); levántanse al momento y le saludan con amabilidad. En el primer momento se alarman á la verdad, al escuchar y al ver á un hombre armado cuyo aspecto es tan terrible; Orlando les pregunta cual es el monstruo asaz lejano, bárbaro y aun feroz para sepultar en aquella cueva á una belleza tan deli-

os y encantadora. La joven le contesta con voz débil y entrecortada por los sollozos; parece que salen de su boca las perlas y el coral, las lágrimas surcan las azucenas y las rosas de su rostro, y van á caer á su seno. Mas permítid, señor, que guarde el final de mi relato para el canto siguiente, pues tiempo es que me defenga.

## CANTO XIII.

AGRADECIMIENTO.—Isabel refiere su historia á Orlando.—Estran vientos ladrones en la gruta.—Orlando las mira á todos, y mira á Isabel.—Toma á esta princesa bajo su protección, y marcha con ella.—Encuentran á una paladina prisionera.—Refusa consolar á Bradamante, y la indica por dónde va el medio de librar á Rugiero de los encantos de Alcántara.—La muestra las mujeres virtuosas y cieberras que han de surgir de su noble cuerpo.—Bradamante va á librar á Rugiero al palacio encantado, y eso en el mismo error.—Ordene Agramento una revista general de su ejército.

¿Cuán felices eran los caballeros de los tiempos antiguos! Hallában á veces en los valles, en las cavernas lóbregas, en los bosques sombríos, en medio de las serpientes, de los leones y los osos, doncellas hermosas, en la primavera de su vida, que apenas pudieran verse en los palacios mas suntuosos!

Ya os he dicho que Orlando, habiendo encontrado en la gruta á una joven, la preguntó el motivo de su presencia en tal sitio. Prosigo mi narración, y os referiré cómo la dijo con seductora y dulce voz, y en muy pocas palabras, sus tristes aventuras.

«Señor, le dice, estoy segura de que aumentaré así mi desdicha, pues esta vieja no dejaré de dar cuenta de ello al que me retiene cautiva. No obstante, nada os ocultaré. ¿Puedo temer acaso aventurar mi vida? ¡Puedo desear otra cosa que la muerte, término de todas las penas! Me llamo Isabel; hija soy del infortunado rey de Galicia, ó mas bien, solo soy hija del dolor y la desesperación. El amor es causa de ello: el cruel nos labaga primero dulcemente, y medita en secreto traiciones y pérdidas. Joven, amable, rica, modesta y bella, era yo feliz en otro tiempo: ahora soy pobre y estoy humillada. No puede haber suerte peor que la mía: os diré la causa, y aunque no pueda recibir de vos alivio alguno, conseguiré dulcificar en algo mis penas. Hace cerca de un año que mandó proclamar mi padre que daría un torneo en Bayona; el anuncio de estas justas atrajo á una multitud de caballeros de diferentes países. De todos los que concurrieron, ya sea que el amor dirigiera á su antojo mis ojos y mi corazón, ó que el verdadero mérito se manifestara por sí solo, solo Zerbino, hijo del poderoso rey de Escocia, me pareció digno de elogios. Al verio ejecutar en la liza hechos de armas brillantes, abrasóme el amor, y cuando paré mientes en mi debilidad, ya no era dueña de mi razón; no obstante regocijábame al conocer el sentimiento que me había rendido al hombre mas digno de mí. Zerbino se burlaba en valor y en hermosura á todos los demás caballeros; declaréme su pasión y su po persuadirme de que su ardor era tan sincero cual el mio. No carecíamos de ocasiones para estreparnos mutuamente nuestros sentimientos, y aun cuando no nos veíamos nuestras almas estaban unidas. Concluidas las justas, regresó á Escocia mi adorado Zerbino; si sabéis lo que es amor podreis juzgar cuál sería mi tristeza: noche y día pensaba en él sin cesar, y sabía que su dolor era igual al mio y que su corazón participaba de la constancia de mi amor. No pudiendo dominar ya sus deseos, pensó en los medios de tocarme á su lado. Era cristiano y yo musulmana; no quiso pedirme á mi padre por esposa y resolvió robarme. En los confines de mi hermosa patria había un jardín magnífico, situado en una llanura que rodeaban por una parte las montañas, y por la otra el mar; parecía favorable aquel sitio para su proyecto; me participó las medidas que había tomado para asegurar

nuestra felicidad y vencer el obstáculo que interponía entre nosotros la diferencia de religión. Cerca del puerto de Santa-Marta estaba oculta una galera tripulada por gente armada, al mando de Orlendico de Vizcaya. No pudiendo ejecutar el rapto por sí mismo, porque su padre, de edad ya avanzada, le confiaba el mando de las tropas de Escocia que enviaba al socorro de Francia, había dado Zerbino este encargo á un caballero vizcaíno, afamado en los combates de mar y tierra, y su amigo mas fiel y mas querido, á quien había colmado de beneficios. Debía yo dejarme sorprender en el jardín; seguido de una tropa de marineros determinados, llega Orlendico en el día fijado: sube por la ría que baña la ciudad y se aproxima con sigilo al sitio en que le aguardo. Me trasladan á la galera antes que se difunda por la ciudad la menor sospecha de aquel rapto; mis criados, sin armaduras ni armas de ninguna clase, huyen ó son degollados; algunos participaban de mi suerte. Así fue como abandoné mi patria, y no podré expresar con cuánta alegría, porque esperaba ver pronto á mi querido Zerbino. Apenas habíamos llegado á la vista de la Mongiana, cuando una tempestad horrenda oscureció el cielo, sereno hasta entonces; se alborotó la mar y las escarpadas olas subían hasta las nubes. Un viento nublal (1), que soplabá con fuerza y aumentaba por momentos, nos hacía desviar. Pronto fueron inútiles todos nuestros esfuerzos; en vano se arriaron las velas y bajaron los mástiles: vimos que éramos arrastrados hacia los escollos que hay cerca de la Rochela, y á no ser por la protección del que mora en el cielo, hubiérase estrellado nuestra embarcación en la costa. El despiadado viento no cesó de empujarnos con la rapidéz de una flecha que, con mano vigorosa, acaba de ser despedida del arco. Viendo tan lúminente peligro, recurre Orlendico á un medio que con frecuencia suele engañar: arrojase en la lancha y me lleva consigo; otras dos personas bajen también á ella, y toda la tripulación lo hubiera hecho asimismo, á no ser por la resistencia del vizcaíno y sus compañeros, que rechazan á los otros con espada en mano, y cortan el cable. Pronto está el esquife lejos del bajel, y varamos felizmente en la playa, mientras que la galera se va á pique con toda la tripulación. Buque, aparejo, marineros, todo es sepultado en las olas. Cruzadas las inausas, doy gracias al Creador, cuyo infinito amor y bondad eterna me han arraucado al furor del mar, dejándome la esperanza de ver á mi querido Zerbino. Mis joyas, mis vestidos, todo cuanto poseía lo he perdido en el mar, pero me resta la esperanza de reunirme con mi amante. La costa no ofrece señal alguna de sendero ó habitación; solo se ve en ella una montaña cuya nebulosa cumbre desafía á las tormentas, mientras que las olas bañan el pie de ella. Allí fue donde el amor tirano y cruel, que siempre desmiente todas sus promesas, que acecha siempre la ocasión de estorbar y oponerse á nuestros desiguos mas razonables, convirtió de un modo deplorable mi esperanza en dolor, y en desdicha mi alegría. El amigo á quien Zerbino creyera tan fiel arde en deseos impuros y olvida sus promesas. Ya sea que su pasión, nacida en el viaje, se hubiera contenido por respeto, ó que naciera en aquella soledad, Orlendico quiere llevar á cabo sin detención una idea odiosa. Piensa en desembarcarse de los dos hombres que se han salvado con nosotros. Uno de ellos se llama Almon, es escocés y muy adicto á Zerbino, que le ha recomendado al pólido como un guerrero valiente. Orlendico le dice que sería una imprudencia criminal llevarme á pie hasta la Rochela, y le induce á que vaya á buscar un caballo. Almon, sin desconfianza alguna parte con dirección á la ciudad que está detrás del bosque, á

(1) Nombre que se da en la Provenza á un viento muy violento.

seis millas de distancia todo lo mas de donde nos llamamos. Estouces, yo sea por no poder alejar al que queda, ó porque confia en él, apresúrese á manifestarle su infame proyecto. Aquel hombre, nacido en Bilbas, ha pasado su infancia con el pérfido, viviendo bajo un mismo techo; llámase Corebo. El villano Orderico se atreve á confiarle á él, en la creencia de que sacrificará su honor en aras de la amistad; pero Corebo, cuyo corazon es noble y leal, le reconviene indignado por su felonía, y se opone á su violencia. Escitados ambos por la cólera, echan mano á las espadas, y mientras se están batiendo, huye hacia el bosque. Orderico, mas diestro y ejercitado en las armas que su adversario, triunfa de él y le deja por



Isabel defendiéndose de Orderico.

muerto, y en seguida me persigne vivamente. El amor le presta sin duda sus alas para alcanzarme, y sus palabras mas dulces y seductoras para enternecerme. Pero antes que ceder á aquel monstruo tan biera preferido la muerte; permanezco sordo á sus ruegos, á sus quejas, y á sus amenazas. Quiere emplear entonces la violencia: eu vano le reconvento su traicion para con Zerbino y para conmigo, que me habia fiado da él... Estrechada por aquel hombre brutal y ciego, que avanza como un oso ébrio de sangre, no tengo en qué fundar esperanza alguna de salvarme mas que en mi propia desesperacion: me defiendo con los pies, con las manos, con las uñas y los dientes: le desgarró el rostro y se elevan mis gritos hasta el cielo. No sé si fueron mis gemidos que resonaban á una legua de distancia, ó la casualidad, ó la costumbre que tienen los habitantes de este pais de acudir á recoger los restos de las embarcaciones naufragas, oslo cierto que apareció en una colina un grupo de hombres y se dirigió hacia nosotros. Renunciando el pérfido Orderico á su proyecto, emprendo al momento la fuga. Aquellos hombres, señor, me sirvieron en aquel momento de excelente auxilio contra el traidor, pero hallábame reservada para nuevos peligros: era, como dice el proverbio, caer de Escila en Caribdis. Aquellos hombres no me hicieron violencia alguna, no por humanidad y generosidad, sino porque querían conservarme casta y para para venderme con mayor ventaja. Nueva mesa hace ya que estoy encerrada en

esto sepulcro; he perdido toda esperanza de ver á Zerbino, y por lo que me han dicho mis opresores, he sabido que me han prometido á un mercader de esclavas para venderme al soldan de Egipto. »

Tal fue la narracion de Isabel; los sollozos interrumpen con frecuencia su voz tan dulce, que hubiera enternecido á los tigres y las serpientes. Mientras renueva así sus penas; ó alivia quizá su martirio redimiéndole, penetran en la cueva unos valute hombres armados de hachas y cetros. Su jefe, de aspecto feroz, no tiene mas que un ojo; su mirada es sombría y terrible: una misma herida le hizo perder el otro ojo, la nariz y una quijada. Al ver al conde acoutado al lado de la jóven, vuélvese hacia sus compañeros y les dice: « Hé aquí un nuevo pájaro que cae en mis redes sin que me haya tomado yo siquiera el trabajo de tendérselas. » Luego, dirigiéndose al paladin, añade: « Jamas hallé enemigo mas cómodo ni complaciente que tú; ignoro si has adivinado ó si te han dicho mi deseo de poseer tu traje y tus armas; en verdad que llegas en momento muy oportuno, pues las necesito. » Levántase Orlando, y con omarga sonrisa responde al bandido: « Te venderé lo que desees, pero á un precio que no querría dar ningún mercader. » Dice, y cogiendo rápidamente un tizon inflamado, se le arroja á la cabeza, y le alcanza entre la nariz y las cejas; le quema los párpados, y el tizon reventó el único ojo que le quedaba al bandido; su alma maldita va á reunirse con las que Chiron y sus centáuros custodian en las lluevas abrasadas del Tártaro.

En medio de la cueva hay una mesa grande, de dos codos de espesor, en cuyo derredor pueden colocarse todos los bandidos; está sostenida por un pie macizo y toscamente esculpido. Orlando le arroja sobre aquella cuádrilla con la misma facilidad que un ginete moro hace volar su diárid por los aires. Estos quedan con el pecho y el vientre abiertos, aquellos tienen los brazos, piernas y cabeza rotas; unos quedan heridos, otros muertos, y los restantes huyen. Así una piedra enorme lanzada sobre un grupo de culebras que están enroscadas al dulce calor de un sol de primavera, las reventó ó estropeó á cuasi todas: una muere, otra pierde la cola; esta, no pudiendo arrastrarse, se retuerce convulsivamente; aquella otra, menos herida, rasrea por la yerba y busca en ella un refugio. El efecto que causa la mesa es inmenso y terrible: mas no hay que extrañarlo, puesto que es hazaña hecha por Orlando. Los que se libran de aquel choque espantoso, son tan solo siete: el arzobispo Turpin lo afirma. Procuran salvarse y huyen con rapidez, pero ciérrales el héroe la salida, y les echa fuertemente las manos con una cuerda. Entonces los lleva al pie de un serbal corpulento y frondoso, cuyas ramas corta con su espada; quiere espararlos allí á la voracidad de los cuervos, y para purgar la tierra de aquella vil ralea, no necesita cadenas y los engancha por la barba. Su amiga la vieja apenas los ve muertos, cuando huye llorando y mesándose los escasos cabellos: se refugia en la espesura del bosque. Siguió mucho tiempo por caminos escabrosos y estrechados, y llegó á la orilla de un río, donde encontró á un caballero que os nombraré mas tarde.

Vuelvo á Isabel, que suplica á Orlando no la deje sola, ofreciéndose á seguirle á todas partes. La consuela bondadosamente, y al siguiente día, en cuanto la blanca aurora engalanada con brillantes rosas y con sus velos de púrpura aparece en el horizonte, se aleja el paladin con la doncella. No tropiezan en su viaje con ninguna aventura digna de ser referida, pero ven al fin á un caballero á quien llevan cautivo. Mas tarde os contaré este suceso; debo ocuparme ahora de un objeto mas grato á la memoria vuestra, de la valerosa hija de Aimon, á quien dejamos entregada á sus amorosas penas. La hermosa guerrera estaba en Marsella, donde aguardaba suspirando el regreso de Ru-

giero. Hacia incansablemente escursiones contra los sarracenos en el Languedoc y la Provenza; cada día obtenía sobre ellos nuevas ventajas. Bradamante desmenuaba dignamente las funciones del general prudente y sábio, y del soldado valiente. Cuando vió que había pasado mucho mas tiempo del fijado para la vuelta de Rugiero, volvióse á hallar en continuas alarmas. Un día que se hallaba sola, llorando su desgracia, vió de pronto ante sí á la que con el auxilio de su precioso anillo, había roto las cadenas de Alcino y curado las heridas de Rugiero. Al verla aparecer sin el bálor, pierde la guerrera el color y apeaos puede sostenerse. La buena Melisa adivina el motivo de su angustia y se adelanta con semblante risueño como mensajera de buenas noticias. «Amable jóven, la dice al momento, ¿no tengas el mas mínimo temor por Rugiero! Lleno de vida y salud, te adora mas que nunca, pero está cautivo: tu enemigo le tiene en su poder. Si quieres librarle monta á caballo y sígueme, le indicare el medio de restituirle la libertad.» La instruye entonces de los arduos de Atlante de Carneo, y la dice cómo con el auxilio de un fantasma que reproducía la imagen de la guerrera arrebatada por un gigante feroz, arrojó el mágico á Rugiero á un palacio encantado, y habia desaparecido la vision. «Así es, añade, como detiene Atlante á todos los que su suerte los conduce cerca del palacio, mostrándoles los objetos de su afecto. Cada caballero cree ver en el mágico su dama, su escudero, su amigo, su compañero de armas. Cansansa todos en inútiles pesquisas, y sostenidos por la esperanza ¡no se atreven á salir del palacio! Cuando te halles cerca de aquella morada fatal, te saldrá Atlante al encuentro bajo la forma de Rugiero; te parecerá ver á tu amante vencido por guerreros de fuerza superior á la suya: volarás á socorrerle y sufrirás le misma suerte de los demás cautivos. Si quieres huir del lazo en que han caído tantas otras victimas, guárdale del fantasma que bajo la engañadora semejanza de Rugiero solicita tu apoyo. No temas darle un golpe mortal, pues no herirás á tu amante, sino el que cause todas tus penas. ¡Bien conozco que te será difícil matar á un guerrero parecido á Rugiero, pero no creas á tu vista! ¡No te oculten la verdad los artificios de Atlante de Carmel! Antes de llevarte al sitio en que está cautivo tu amante, quiero que sea inmutable tu resolucion: si por debilidad dejas vivir á tu enemigo, perderás á Rugiero para siempre.»

La valerosa guerrera firmemente decidida á seguir á Melisa, se propone arrancar la vida al mágico; empuñando sus armas, avanza rápidamente por los bosques y las llanuras. La hada, con el encanto de su conversacion, la hace olvidar los trabajos y el fastidio del viaje; recuérdala sin cesar que de su union con Rugiero han de nacer príncipes gloriosos, semi-dioses; la predice los acontecimientos venideros, porque tiene el poder de leer los decretos eternos. «¡Oh querida y prudente guia! dice entonces la hermosa guerrera; ya me habéis dado á conocer mis nobles descendientes; dignaos ahora nombrarme las princesas de mi raza que serán célebres entre las mas bellas y virtuosas. Contesto la buena Melisa: «Entre tus vistagos ilustres, vus madres de reyes y emperadores, modelos de castidad: aumentarán el brillo de las familias esclarecidas en que las haya colocado su suerte; protejeran vastos estados. La piedad, el valor, la prudencia y una sabiduria incomparable, las harán ser no menos célebres bajo las vestiduras de su sexo que los guerreros mas valientes bajo sus armaduras. Fáltarame el tiempo si quisiera referirte en vida y virtudes de todas esas princesas ilustres, pues ninguna debiera olvidar; pero á fin de satisfacer tu curiosidad, elegiré algunas de ellas entre otras mil. Si me hubieras manifestado ese deseo en la cueva de Merlin, las habria hecho aparecer á tu vista. De tu

sangre aparecerá la protectora de las letras y de las bellas artes: las gracias y tu belleza se igualarán con tu modestia, ¡generosa y magnánima Isabel! Tu fama y tu renombre harán célebre á la ciudad que, situada á orillas del Mincio, lleva el nombre de la madre de Ocasul. Un espaso digo de ella se complacerá en derramar sus beneficios y el ejemplo de sus virtudes; por sus hazañas á orillas del Taro y en el reino de Nápoles, librará este héroe á la Italia del yugo de los franceses: igual á Ulises en prudencia y en valor, tendrá una esposa no menos casta y celebre que Penelope. Me detengo y no te repito las palabras que Merlin me dijo, cuando en su gruta me hizo el elogio de las insignias virtudes de Isabel. Mi viaje seria mas largo que el de Tiphys si pretendiera recorrer este mar inmenso. Conténtate con saber que Isabel poseerá mil virtudes y los dones mas singulares. Su hermana Beatriz, cuyo nombre es un dulce presagio para ella, alcanzará durante su vida el cénit de la dicha; su beatífica influencia se extenderá sobre su esposo, y principie que antes fuera el mas feliz de los mortales, experimentará una série dilatada de desgracias despues de haberla perdido. Mientras viva Beatriz, Luis-el-Moro, Esforzia y las culebras de los Visconti, permanecerán invencibles desde las regiones polares hasta las orillas del mar Rojo, y desde el Indus hasta el Mediterráneo: mas cuando muera aquella princesa, su esposo y la Insubria caerán en la esclavitud. ¡Dios funestos en que la humana sabiduria habrá de ceder su puesto á la fatalidad! Algunos años antes de estas desgracias, nacerán otras princesas del mismo nombre: una ceñirá la espléndida corona de Panoría; otra, renunciando á los bienes terrenales, será venerada como santa en toda la Asonia. Callaré las demas para terminar mi relato, aunque cada una mereciera inspirar le heroica trompeta de la fama: las Blancas, las Lucrecias, las Constanzas, darán príncipes ilustres á la Italia y renovarán el esplendor de las familias mas nobles. Nunca raza alguna habrá sido mas fecunda en mujeres célebres: no lo será menos su princesas jóvenes cuyas cualidades brillantes igualarán las virtudes de las que hayan contraído el lazo del matrimonio. Merlin me ha revelado sus nombres y sus acciones; aún duda deseo que te los dé á conocer, y me apresuro á repetir sus palabras: Te hablaré primero de Ricarda, modelo de valor y castidad; jóven aun, envidiada; ¡las esposas mas nobles no están libres de este destino cruel! Verá á sus hijos desposeidos de los estados de su padre, vagar por tierras extrañas, mas no se dejará abatir por la desgracia y sabrá triunfar de ella. No puedo olvidar una princesa ilustre de la antigua casa de Aragón: los griegos y los italianos no nos ofrecen modelo mas perfecto. No hay mujer tan favorecida por la bondad divina, que la elige para ser madre afortunada de Hipólito, Isabel y Alfonso; ¡es Leonor! unirá sus destinos á los de tu familia. ¿Mas qué diré de su nueta, de Lucrocia Borgia? Como la floracion que crece y se eleva en un terreno férax, así su belleza, su virtud, su felicidad y su alta sombrada, yendo siempre en aumento, la harán admirar. Aun no ha nacido, y no obstante, venero ya á la que será, con respecto á las demas mujeres, lo que la plata comparada con el estaño, el oro con el cobre, la rosa con la amapola sombria, el laurel de inmortal verde con el pálido saúco, y las piedras preciosas con el vidrio pintado. Sin embargo, de todos los elogios que se la prodigan durante su vida y aun despues de su muerte, el mayor será el recuerdo de las virtudes y de los escotimientos nobles que sabrá transmitir á sus hijos, tan ilustres en el sacerdocio como en las armas. No pasará en silencio á Renata de Francia, hija de Luis XII y de Ana de Bretaña. En ella brillarán las perfecciones mas singulares que se hayan admirado en mujer alguna desde que el sol alumina á la tierra, desde que

ruje al mar en sus costas y gira el cielo alrededor de sus polos. Alicia de Sajonia, la condesa de Celare, Blanca María, princesa de Cataluña, la hija del rey de Sicilia, la hermosa Lippe de Boleña, y otras varías no serán olvidadas; mas si se hubieran de predicarlas todas las alabanzas que merecen, sería entrar en un océano infinito. »



Riccaña.

Después de haber dicho á Bradamante los nombres de la mayor parte de las mujeres de su posteridad, la refiere Melissa cómo fue llevada Rugiero á la morada del eucantador. Llegan por último á certa distancia de aquel palacio, y la linda benética no juzga conveniente ir mas lejos, temiendo que la divise el astuto viejo. Sepárase pues de la guerrera, después de haberla repetida mil y mil veces los consejos que antes la dió. Apenas hubo andado Bradamante dos millas, cuando vió á un caballero, exactamente igual á Rugiero. Dos guerreros de feroz aspecto estaban á punto de quitarle la vida. Olvidando Bradamante su resolución, pierde toda la confianza que tenía en Melissa: teme que la hada, obedeciendo á un odio ciego é infundado, haya querido hacer perecer al héroe bajo los golpes de su sincera amante. « ¡No es ese acaso, esclama, el objeto único de mi amor? ¿Podrían engañarme mis ojos? ¿Per qué liarme mejor de Melissa que de mí misma? A falta de mis ojos, ¿no me dice acaso mi corazón si Rugiero está lejos ó cerca de mí? » Mientras tales ideas agitan tumultuosamente su cerebro, cree oír la voz de su amado que la llama, y le ve huir á todo escape de sus adversarios que le persiguen con encarnizamiento. La hermosa guerrera se lanza tras ellos y corre hasta el interior del palacio mágico. Mas apenas ha entrado en él cuando participando de la ilusión general, busca á su amante por todas partes, por arriba, por abajo, en las pasadizas y hasta en los rincones mas lóbregos. Continúa con este afán noche y día, y es tan poderoso el encanto, que Bradamante ve sin cesar á Rugiero; le habla siempre y no puede concebirle al ser conocida por él.

Dejemos á la animosa doncella semejada á estos encantamientos, y us tengamos por ella la mas mínima inquietud; yo sabré librarla, así como á su amante aherido, cuando llegue el momento oportuno. La vinculación agrada á la imaginación y al alma: cuanto mas variada sea este historio, tanto mas interesará á los que la escuchan. Voome obligado, además, á servirme de diferentes hilos para tramar el large tejido

de mi tela. Dejadme pues que es digno el cómo los mores, saliendo de sus tiendas, temaren las armas para desfilir por delante de su rey. Agramante, que amenaza el imperio de las lises, quiere canocer con seguridad el número de sus guerreros. Han desaparecido infantes y ginetes; faltan varios gefes; los españoles, los livios, los etiepes, y etras naciones, han perdido sus generales: esta revista facilitará los medios do daries nuevos gefes y de remplazar los soldados muertos en las batallas ó en los combates singulares. Los reyes de España y de Africa han llamado á todos los guerreros de sus estados, con el objeto de distribuirlos en diferentes cuerpos y bajo distintos gefes. Pero señor, si así es place, hablaré de esta gran revista en el canto siguiente.

## CANTO XIV.

Asamblea. — Agramante crea nuevos gefes. — Unos mandan á sus banderas — Va á buscar á Orlando. — Haba á Babilonia. — Preparase Agramante á ir á Paris. — Envíase buca al arcañal San Miguel que vaya á buscar al silencio y la Diabólica. — El ángel encuentra á esta en un convento. — Su descripción. — Pasa el campo de los saracenos. — Descripción de la morada del duque. — El ángel y el silencio concuerdan al ejército de Babilonia. — Situación de Paris. — Descripción del sitio. — Valor de Rodomonte. — Pírecen los saracenos en las llamas.

En los combates crueles y en los asaltos que habian dado la España y el Africa á la Francia, los cadáveres de una percia de guerreros habian servido de pasto á los lobos, los cuervos y las aguilas. Los franceses no podian sostener la campaña, pero los saracenos tenian motivos mas poderosos para desesperarse, pues sentian la pérdida de la mayor parte de sus principes y de sus gefes mas valerosos. No se atrevian á regocijarse por triunfos adquiridos á costa de tanta sangre. Si es posible ¡oh magnánimo Alfonso! compar las hazañas de tan remotos tiempos con las de nuestra época, se conoce desde luego que la victoria de Raveaz, que hizo derramar tantas lágrimas y fue debida á vuestro brazo, tuvo los mismos resultados que los triunfos de las meres. Cuando atacásteis al español, que creía segura su victoria, los picardos, los merinos, los aquitanos y los normandos codian ya el terreno; conduchis ves una juventud brillante y valiente que recibió aquel día de vuestra mano el espadarse y las espuelas de orn. Aquellos campeñeros intrépidos de vuestros peligros os ayudaron á destruir las bellas tentonas y á romper el asta roja y amarilla. Salvásteis el heer de las lises, por lo cual se os debe lauro inmortal: pero mereco aun vuestra frente coñir otra corona, pues conservásteis á Remo un segundo Fabricio, aquel Celona ilustre que por vuestro auxilio se libró de la muerte. Accióu generoso que es valió mas gloria que si nuestro solo brazo hubiera leinado aquellas coheries aguerriadas cuyos huesos cubren hoy los campos de Raveaz, y á los guerreros de Castilla, Aragon y Navarra que, viendo la inutilidad de sus hazañas y de sus máquinas de guerra, abandonaron sus estandartes. ¡Triunfo mas glorioso que digno de alegría! El fin deplorable del general francés, jefe de nuestro ejército, la muerte de aquellos nobles magnates que habian atravesado las bellidas cumbres de las Alpes para venir á la defensa de sus aliados, nos llenó de tristeza. Si debimos á aquella victoria nuestra vida y libertad, si Júpiter apartó sus rayos de nuestras cabezas, no pudimos regocijarnos al recordar las lágrimas de la Francia y el llanto de tantas viudas infortunadas, cuyos gemidos resonaban en el espacio. Preciso que Luis se apresure ahora á enviar nuevos capitanes, á fin de restituir su brillo á las lises de oro y reprimir los excesos de los bárbares codiciosos y sacrilegos que han violado á las madres, los esposos y las hijas, saqueando de los monasterios de freiles negres, blancos ó grises sin distincion, y hollando con su impura planta las

hestias para apoderarse de los copones de plata. ¡Oh Rávena desdichada! ¿a qué estado te ha reducido una resistencia inútil? ¡Ah! ¡por qué no imitaste á Brevesia, tú que servías de ejemplo á Rimul y Fennan! ¡Luis ha querido que al prodigio Trivulcio se le premie la licencia de sus soldados! ¡Que sepan los franceses que siempre fueron castigados tales crímenes en Italia con la pena de muerte!

Lo mismo que al rey de Francia, Agramante y Marsilio, oncleludo restablecer la disciplina en su ejército, la furiosa batalla en la llanura, en cuanto la conclusion del invierno permitiese á sus soldados que salgan de las tiendas; se propusieron formar los batallones y darles gefes, y hacer desfilar todas las tropas. Bajo el estandarte de Dorifolio marchan los catalanes; los siguen los navarros, cuyo gefe Florivano sucumbió á manos de Reynaldo: el monarca los elige por capitán á Isolier. Los guerreros de Leon obedecen á Balugante, los del Algarve á Grandouso. Falsiron, hermano de Marsilio, conduce á los castellanos; los que salieron de Málaga, de Sevilla y de los fértiles márgenes del Betis, desde el mar de Cadix hasta la rica Córdoba, siguen el estandarte de Mularraso. Estandalla, Tesoro y Baricordo mandan las tropas de Granada, Lisboa y Mallorca. Tesoro ha sustituido á su pariente Larbincio, rey de los portugueses, que sucumbió. Serpentina manda los gallegos, privados de Maricordo, su antiguo gefe. El valeroso Matalliso dirige á la sazón los guerreros de Toledo y Cataluña, mandados antes por Sinagou, y á los soldados procedentes de los orillas que bañan el Gudiama. Blandardiu reune en derredor de sus banderas á hijos de Astorga, Salamansa, Plaisencia, Avila, Zamora y Palencia. Los caballeros de Zaragoza y de la corte de Marsilio están al mando de Ferragus; todos son valientes y están bien armados: se ve entre ellos á Malagarino, Balinveruio, Malarriso y Morgante. Arrojados estos príncipes de sus estados, han hallado en esta extraña hospitalidad de Marsilio. Cerca de ellos se hallan también Tollicou de Almería, bastardo de aquel monarca, Doriconto, Bayarte, el Argalite, Amadorio, Archidatocóndie de Suganto, el Amirante el valiente Langurano, el astuto Maloguz y otros muchos de quienes hablare cuando llegue el momento de celebrar sus altos hechos de armas. Luego el ejército de Marsilio ha desfilado su buen orden, se adelanta el gigantesco rey de Oran á la cabeza de su numeroso escuadrón. Los guerreros que llegan después han perdido á su gefe Mariasu, inmolado por Bradamante. Indígnanse todos de que una mujer haya vencido al rey de las intrépidas garrafas. Los soldados de Maratondo forman la tercera division; lamentan la pérdida de Argoste, su general, muerto en la Gascuña, y necesitan un nuevo gefe así como el cuerpo que los precede, y al cuarto que los sigue. Agramante tiene pocos generales hábiles, pero nombra á Buralho, Ornuio y Arganio, á quienes supone dignos de esta eleccion: confía á este último el ejército de Libia, que llora aun la muerte del negro Dudrinas. Los pueblos de la Tingitana obedecen á Brunel; este gefe marcha con rostro triste y sombrío y fija la vista en el suelo. Desde que perdió el auxilio de Angélica, que le arrebatará Bradamante cerca del castillo da Atlanta, ha caído Brunel en desgracia para con su amo. A no ser por Isolier, hermano de Ferragus, que afirmó haberle hallado atido á un árbol, Agramante le hubiera hecho ahorcar. Por consiguiente su abatimiento y traza son harto fundados. Farulaoto le sigue con los infantes y gineces moros; á su lado se halla el nuevo príncipe de Libano con los soldados de Constantina: ha recibido de mano de Agramante la corona y el cetro que Píndoro poseyó en otro tiempo. Las tropas de Hesperia y las de Ceuta vienen después mandadas por Soridano y Boliron. Palisou conduce los sasamones, Agricalte es rey de

los amonianos, Malabuferso guia los Tínanos, y Tinduro los pueblos de Canarias y Marruecos. Balastro renue bajo su bandera los antiguos soldados de Tardoc; dos escuadrones, uno da Mulga y otro de Azila marchan después; al primero no tiene gefe, y Agramante se le confía al fiel Corineo; el segundo obedece á su antiguo dueño. Cuigues es nombrado rey de Almanzila, sucesor antes á Mandrillon; Rimedon recibe el mando de los soldados de Gatalina. Viene detrás de ellos el pueblo da Conca, al mando de Balifronte. Clarindo, sucesor de Marsibado, marcha en seguida á la cabeza da los guerreros de Bolga; á su lado está Balivezo, el mayor merodeador de todo el ejército. A su retaguardia marcha la mejor de todas las divisiones al mando de Sobrino, al mas adáto y prudente de los sarraecinos. Las tropas de Bellamortin, que tenían antes por gefes á Galante, obedecen ahora á Rodomonte de Sarsa, rey de Argal. En el momento en que al sol, en el signo de Sagitario, parecia alejarse de las astas de Tauro, le envió Agramante al corazón del Africa para hacer una leva de infantes y gineces, y poco tres dias tan solo que ha vuelto. Es el mas audaz y temido de los guerreros sarraecinos, é inspira una terror á los franceses que Marsilio, Agramante y los demas moros del ejército. La religion de Jesuista no tiene enemigo mas implacable. Tras él marchan Fruslon, rey de los albarces, y Dardineo, rey de Zumara. Algunas veces el bulo, la cornija ó cualquiera otra ave de mal agüero anuncia á los mortales su próximo fin: no sabré decir si algun presagio ha advertido á estos dos príncipes, pero el cielo ha fijado su muerte para el comite del disiguiente. Faltan aun dos cuerpos de ejército en la revista, los de Tremisen y Noricia: no se han visto aun sus banderas. No sabe Agramante qué augurar de este retraso, cuando un escudero del rey de Tremisen llega á anunciarle que Alcirde, Mandrardo, y una gran parte da sus guerreros están tendidos en el polvo, «Señor, añade, el terrible enemigo que ha hecho tajados á nuestros escuadrones no hubiera dejado con vida á ninguno da nosotros si la fuga no le hubiera arrebatado sus victimas: se arroja en medio de los soldados cual se arroja un lobo por entre un rebaño de ovejas ó cabras.»

Hacia algunos dias que llegara al campo un nuevo caballero á quien ningún mortal, desde el Poniente á Levante, igualaba en fuerza y valor: llamábase Mandricardo y era hijo y sucesor del poderoso Agrican, ray de los tártaros. Agramante le colmaba de honrosas distinciones. Sus maravillosas hazañas llenaban el universo entero de su nombre, pero al muetraordinario de sus distinguidos hechos de armas era la captura que habia hecho en el castillo de una mágica de Siria, de las armas que diez siglos antes poseyera Héctor. Supo arrostrar los hazards de una aventura espantosa, cuyo sola relato excita al terror. Al oír Mandricardo el discurso del escudero, alza su frente arrogante y forma al momento el propósito de buscar á aquel caballero tan temible, pero no deja trasladar su proyecto, ya sea porque no se digne comunicarlo á sus compañeros, á que temo verse arrebatado aquella gloria por algun rival emprendedor. Pregunta el color de la armadura del caballero. «Es enteramente negra, responde el escudero; su broquel también es negro, y su casco no tiene rimera.» En efecto, Orlando no llevaba empresa en su casco, á fin de que aquel esterior lóbrego expresara mejor el estado de su corazón. Marsilio ofrece á Mandricardo un soberbio caballo bayo castaño, cuya crin y cabos son negros; aquel animal fogoso es hijo de una yegua de Frigia y de un caballo andalus. El tártaro armado da pies á cabeza, monta en él y se aleja á galope por la llanura, jurando no regresar al campo hasta tanta que haya descubierto al caballero de las negras armas. Encuentra á varios guerreros que se han librado de la

espada de Orlando; todos están aterrados: este llora á un hijo, aquel á un hermano degollado á su propia vista. Pálidos, turbados, silenciosos y medio dementes, corren á la aventura. El sarraceno divisa pronto un espectáculo cruel; todo le confirma la veracidad de los maravillosos tajos que ha referido el escudero en presencia de Agramante. Por todos lados yacen cadáveres; mite Mandricardo aquellas heridas con ojo de curiosidad y envidia: su mano sondea la profundidad de ellas. A la manera que el perro de presa ó el león acuden al olfatear un buey muerto abandonado por los leñadores, y después de considerarse consentidamente los cuernos y los huesos descarnados, único resto que han dejado las aves carnívoras, se arrojan sobre ellos, así manifiesta el tártaro con blasfemias su desprecio por haber llegado hasta tarde para hallar un adversario digno de él. Durante el resto de aquel día y la mitad del siguiente, camina á la aventura en seguimiento del caballero negro, pero entonces se ofrece á su vista una pradera, é l que dan sombra árboles corpulentos. Circúndala un río serpenteando, y apenas deja un sendero angosto para poder atravesarla. Así abraza el Tiber, dando vueltas al polo de Ottricoli. Varios caballeros completamente armados, guardan aquel paso. Preguntas el sarraceno el nombre de su jefe y el objeto con que están reunidos allí. El jefe de aquellos guerreros, sorprendido al ver el aspecto imponente de Mandricardo, le riqueza de los arneses de su corcel, que está recamado de oro y pedrería, contesta: «El rey de Granada nos ha elegido para acompañar á su hijo, cuya mano concede al rey de Sarso. La fama nos ha difundido aun esta noticia; pero á la hora de la noche en que la cigarrera suspende su canto, la princesa, que en este momento está descansando, será conducida al campo español, á los brazos de su padre, y Mandricardo que desprecia al universo entero, quiere ver por vía de diversion cómo defenderá aquella tropa á la princesa. Aseguran que vuestra princesa es bonita, le dice, me alegro de hallar esta ocasión para saber si es cierto; llevadme á su presencia, ótraedme aquí, porque deseo marchar pronto. — Preciso es que seas... repiten el grandifino. Apenas acaba de pronunciar estas palabras, cuando ya el tártaro cayendo sobre él con la lanza en ristre, le traspasa el corazón: el infortunado cae y espira, y su coraza ha sido atravesada de parte á parte. Mandricardo saca el momento su lanza y mata otros guerreros: no lleva espada ni maza, porque no halló espadas entre las armas de Héctor. Desde entonces ha hecho juramento (y nunca juró en vano) de no manejar mas espada que la de Orlando, aquella Durandal terrible que había usado Almonte.

El audaz tártaro no teme desafiar á todos aquellos guerreros. «¿Hay alguno entre vosotros, les grita, que pueda detenerme?» Y esto diciendo se precipita sobre ellos. Todos le rodean y le atacan: estos tienen enristradas sus lanzas, aquellos esgrimen las espadas. Mandricardo mata gran número de ellos, y se rompe su lanza; coge entonces con ambas manos el trozo que le queda, y empieza á hacer la caracera mas espantosa que se ha visto nunca. Lo mismo que estremaba Sansón á los filisteos con una quijada de asno, rompe Mandricardo los cascos, los escudos y aun á veces derriba de un solo golpe al hombre y al corcel que le sostiene. Aquellos valientes desgraciados no retroceden: el que cae es remplazado al momento; sufren atremecidos de coraje aquel suplicio insoportable, mas vergonzoso que la misma muerte: no pueden soportar la idea de ser tratados como ranas y culebras. Por último conocen que la muerte es siempre espantosa; ya han perecido mas de dos terceras partes, y los demas huyen; pero el feroz Mandricardo parece considerarlos ya como á un rebaño suyo, y no quiere dejar con vida ni á uno solo. A la manera que las cañas secas y el rastrojo no pue-

den resistir al fuego encendido por el labrador y aviado por un viento impetuoso, cuando corre la llama de surco en surco, así aquellos desgraciados no resisten á la furia del sarraceno. La entrada de la pradera ha quedado libre; entra eo ella el tártaro y se dirige al asilo que le indican los gemidos que oye. Para asegurarse de si la hermosura de la princesa de Granada corresponde á los elogios que de ella hacen, pasa por en medio de los cadáveres, sigue la orilla del río, y ve á Doralicia (este es el nombre de la princesa). Sentada al pie de un fresco secular se abandona á la mas cruel desesperacion, succédese las lágrimas cual las aguas de un manantial y caen sobre su hermoso pecho; su rostro expresa á la vez el terror que le causa la muerte de sus caballeros y el temor que experimenta por sí propia. Crece su espanto al ver al tártaro que se adelanta hacia ella, lleno de sangre, y con aspecto salvaje y feroz. Lanza la princesa agudos chillidos, temiendo al bárbaro por sí misma y por los que la rodea. A su lado hay algunos ancianos y las doncellas mas hermosas y encantadoras del reino de Granada. Al ver á aquella beldad sin igual, cuyo rostro bañado en llanto puede tender aun redes de amor (¿qué hubiera sido, pues, si le hubieran herido con la espada?), crece Mandricardo atrevido de la tierra y transportado al Paraíso, y el vecedor recibe las cadenas que su cautiva le echa. Si embargo no consiente en renunciar al pie de su victoria, á pesar de las lágrimas de Doralicia, que prueban su dolor y su pesar, contando hacer que sucedan pronto dulces placeres á tantas lamentaciones. Decidido á llevarla consigo, hécela montar en un palafrén blanco, y prosigue con ella su camino, habiendo despedido antes á los ancianos y las damas de la princesa de Granada. «No os inquietéis, les dice con bastante dulzura, yo sabré protegerla; será su defensor su camarista y su escudero. Adios, pues, amigos míos.» Aquellos desgraciados, incapaces de ofrecerle la menor resistencia, se alejan llorando. «¿Cuán profundo será el dolor del rey su padre cuando sepa tan triste oventura! ¿Cuáles serán el furor y venganza de su prometido esposo! ¿Por qué no estará aquí para salvar á la hija ilustre del rey Estondilano, antes de que ese extranjero la haya llevado lejos de nosotros!»

Satisfecho Mandricardo con la hermosa presa que debe á su valor y pujanza, no se apresura ya tanto á buscar al caballero de las negras armas; camina con paso lento y tranquilo en lugar de lazar su caballo á galope, y solo piensa en hallar un sitio propicio á su deseo de apagar sus amorosas llamas. Mientras caminan consuela á Doralicia, cuyo rostro está inundado de lágrimas, y se esfuerza por enternecerla. «¿Ay! la dice, la fama de vuestra celestial belleza me ha hecho abandonar mi hermosa patria! ¿Hubiera yo renunciado á mis estados y al fausto del trono con el solo objeto de visitar la España ó la Francia? ¡No, lo que deseaba era contemplar vuestros encantos! Si el amor debe ser correspondido os conmovieron mi avaria y la constancia de mi pasión. Si sois sensible al brillo del rango dónde hallareis nacimiento mas ilustre que el mio? Soy hijo del famoso Agriean; si ambicionais riquezas ninguno mortal las posee en mayor cantidad que yo, y solo á Dios cedo en poderlo. Si os agrada el valor, parecéme que acabo de daros pruebas dignas de vuestra estimación.»

Este discurso y otros mil inspirados por el amor, calman la zozobra de Doralicia; tranquilizada ya, piensa menos en su dolor y parece escuchar con mas atención á su nuevo amante. Pronto se muestra mas dulce y amable, y fija en el pagano miradas que solo imploran compasion; pero Mandricardo, traspasado por los dardos del amor, no duda de que la jórten corresponda pronto á sus fogosos transportes. Lleno de esperanza y alegría al lado de Doralicia, que poco

á poco se muestra sensible á su amor, ve llegar la hora en que la proximidad de la noche restituye la frescura á los cuerpos y produce la necesidad del descanso. Viendo que ya el sol oculta en el horizonte la mitad de su ardiente disco, camina con doble velocidad. De pronto oyen los sonidos de los caramillos y ven elevarse columnas de humo por encima de un grupo de cabañas; aquellas moradas, mas cómodas que hermosas, están habitadas por pastores que reciben á los dos viajeros con solícita bondad: Mandricardo y la princesa se lo agradecen. No solo se encuentra la cortesía en las ciudades y palacios, sino tambien en los campos y cabañas.

No me cuidaré de referiros lo que aquella noche ocurrió entre la hermosa jóven y el hijo de Agrican. ¡Crea cada cual lo que se le antoje! Pero se puede asegurar que su reconciliación fue completa, pues al siguiente día ambos aparecen estar muy contentos, y la agradecida Doralice da las gracias al pastor por su hospitalidad. Vagando así de comarca en comarca, llegan por fin á orillas de un río que lleva lentamente al mar sus transparentes aguas, y ven á dos caballeros y uno jóven que están descansando á la sombra. Pero mi caprichosa imaginación no me permite seguir siempre el mismo camino; siento me arrastrado hacia el campo de los moros, cuyos gritos parecen querer atronar á la Francia. Me dirijo á los pabellones en que el hijo de Troján desafia al imperio, y el audaz Rodomonte jura quemar á París y destruir á Roma la santa. Informado Agramente de que los ingleses han cruzado el mar, manda llamar inmediatamente á Maraillo, al anciano rey de Garbe, y los demás gefes. La opinión unánime del consejo es que se prepare al momento el ejército para dar el asalto, porque la próxima llegada de un refuerzo tan poderoso baria que fueran inútiles en lo sucesivo los mayores esfuerzos. Los sarracenos han reunido ya al pie de las murallas innumerables escalas, vigas y zarzas para construir balsas, puentes y diferentes máquinas. Agramente ha designado ya las tropas destinadas á los dos primeros asaltos, y se proponen combatir personalmente en medio de sus guerreros.

La víspera del combate ordena el emperador Cárlos que se hagan rogativas en todos los monasterios de París; caballeros y soldados ejecutan sus prácticas religiosas, se confiesan y comulgan, como hombres próximos á morir. Carlomagno, rodeado de sus pares, de los paladines y gefes del ejército, asiste al oficio divino en la iglesia principal. Con las manos cruzadas y los ojos levantados al cielo, da el ejemplo á sus súbditos. «¡Oh Dios mío! exclama, si soy culpable no castigues á este pueblo leal en desagravio de mis faltas. ¡Si no tienes reservadas penas justas, suspende el efecto de tu cólera, y no confíes á tus enemigos el cuidado de vengarte! Al vernos perecer abandonados por tí, insultarías á tu poder esos infieles! Si castigas á un solo culpable, induces á la rebelión á otros cien rebeldes. Las leyes de Babel sofocarán á la fe humillada. Proteje á este pueblo que dió la muerte á los viles profanadores de tu sepulcro santo, y defendió la Santa Iglesia y los pontífices. No merecamos perdón: nuestras faltas deben quitarnos toda esperanza; pero tu gracia purificará nuestros crímenes, y el recuerdo de tu clemencia nos hace confiar en tí.»

Así expresa Cárlos sus deseos á Dios, con humillado y contrito corazón; dispone ademas otras ceremonias religiosas propias de su poder y de lo imponente del peligro; no son estériles sus ruegos, y su ángel tutelar, volando al cielo, las lleva á los pies del Salvador del hombre. Entonces interceden los santos por todos los fieles. Las almas bienaventuradas, llenas de evangélica caridad, contemplan al Eterno, objeto constante de su amor, y le suplican que socorra al pueblo cristiano. La inefable bondad

que nunca fue suplicada en vano, les dirige una mirada compasiva. Dios hace seña al arcángel Miguel para que se aproxime. «Vé, le dice, al encuentro de ese ejército de cristianos que desembarca en las costas de Picardía, y confíalos al pie de las murallas de París, sin que lo adviertan los sarracenos; busca primero al Silencio y ordénale que te ayude en tu misión; él sabrá lo que ha de hacer para asegurar el buen éxito de mi intento. Vuela en seguida á la guarnición de la Discordia, dile que encienda sus teas, que las arroje al campo de los moros y excite tantas envidias y odios, que los héroes mas valientes, animados de furor, vuelvan sus armas unos contra otros, se arranquen la vida y se carguen mutuamente de pesadas cadenas, ó bien que abandonando el ejército, priven de su apoyo al monarca africano.»

El arcángel se lanza silencioso y rápido hacia la tierra. Disipante ante él las nubes, y serénase el espacio; está rodeado de un círculo luminoso, brillante como el oro ó como el fulgor de un relámpago en lóbrega noche. En el momento de dirigir su vuelo hacia el enemigo de los discursos largos, al cual ha de transmitir la orden del Altísimo, trata Miguel de recordar los diferentes sitios donde es de presumir que el Silencio haya fijado su residencia. Espera hallarle entre los monjes, en las iglesias y en los conventos; la palabra Silencio está escrita á la entrada de la nave, donde se cantan los salmos, en las puertas de los refectorios y dormitorios, en fin, en todas las celdas. Al ver aquellos lugares consagrados á la Paz, al Reposo y á la Caridad, agita el arcángel mas vivamente sus doradas alas. Pero ¡ah! cuán defraudada es su esperanza! Encuentra atravesado el dintel de los claustros, le dicen: «El que buscáis no habita aquí, no existe sino su nombre. Con él han desaparecido la Piedad, el Reposo, la Humildad, la Paz y la Caridad. En otro tiempo, todas esas virtudes, eligieron para sí este asilo, pero arrojáronlas de él la Glotonería, la Avaricia, la Cólera, el Orgullo, la Pereza y la Crueldad.» El mensajero celestial, lleno de sorpresa, mira indignado á aquella tropa vil y descubre entre ella á la Discordia, á quien le ordenó el Eterno que buscara en cuanto hubiera hallado al Silencio. Esperaba verla entre los réprobos, en el fondo de los abismos del Averno, y la encuentra en aquel nuevo infierno (¡quién lo creyera!) en medio de las oraciones y de los santos sacrificios. Sorprendido el arcángel mira á la que solo esperaba hallar despues de un largo viaje, y sin embargo, ella es, en efecto; concéda por su ropaje de múltiples colores, que abandonado al capricho del viento, oculta á muestra su desnudez; sus desordenados cabellos son negros, grises, dorados y plateados; unos están trenzados, otros levantados y cogidos con una cinta, aquellos desparramados por sus hombros y su espalda. Su pecho y brazos están cubiertos de asignaciones, documentos de peitios y causas, expedientes, glosas, comultas y otras materias de curia que en las ciudades ponen en peligro los bienes del pobre. Hállase rodeada de escribanos, procuradores y abogados. El ángel la ordena que vaya á colocarse entre los gefes sarracenos y excite á los mas valientes á crueles peleas; preguntada despues en qué paraje habita el Silencio: debe la Discordia conocerle, puesto que recorre sin cesar al universo con una tea encendida en la mano. «No recuerdo haberle encontrado nunca, le responde; he oído hablar de él con frecuencia; y elogiaban su sabiduría. El Fraude, uno de mis hermanos, le acompaña algunas veces, y aun da alguna te indicará su morada.» Al decir estas palabras, estiendo un dedo: «¡Hé! allí!» exclama. Su aire es afable, su modo de andar grave, humilde en mirada, y está vestido con modestia. Sus palabras llevan impreso tal sello de reserva y dulzura, que pudiera tomarse por el ángel Gabriel saludando á María. Pero es feo y hediondo; bajo los largos hábitos

que ocultan su deformidad, lleva un pañal emponzoñado. «¿Cuál es la pregunta del arcángel, el camino que conduce á la morada del Silencio?—En otro tiempo, responde el Fraile, residía con las Virtudes en casa de los discípulos de Elías, entre los religiosos de San Benito y en los monasterios nuevamente fundados; en la época de Archytas y Pitágoras, hallábase en las escuelas públicas. Pero desde la muerte de aquellos sábios y de los piadosos anacoretas, ha huido de estas moradas. Protector del crimen, favorece

por la noche á los amantes y los bandidos; habita mucho tiempo con la Traición y el Homicidio. Muchas veces asiste, en un subterráneo sombrío, á los trabajos de los moederos falsos; en fin cambia con tal frecuencia de compañeros y de esilio, que es muy difícil hallarle. Sin embargo, para facilitar tu indagación, te aconsejaré que vayas á la mitad de la noche á la gruta en que descansa el sueño, pues allí deberás hallar al Silencio. » Aunque el Fraile tenga por costumbre el engañar siempre, parece tan sincero



El arcángel pregunta á la Discordia dónde mora el Silencio.

que consejo que no vacila Miguel en creerlo. Se marcha volando del monasterio, detiene el movimiento de sus alas, y llega en un momento favorable cerca de la morada del Sueño.

En el corazón de la Arabia hay un valle pequeño, lejano de toda ciudad y aldeas. Formado por dos montañas, está cubierto de freixos y abetos antiguos; nunca pudieron penetrar los rayos del sol por su espesa enramada. Bajo aquella fresca sombra hay una cueva abierta en la roca; la hielra que cubre la entrada serpentea en tortuosas vueltas. Allí es donde reposa el Sueño; á su lado están la Ociosidad, obesa y pesada, y la Pereza tendida en el suelo. El estúpido Olvido permanece á la entrada, no conoce al que entra y á nadie; sordo á todos los mensajes, se guarda de responder á nadie, y no recuerda nombre alguno. Vela el Silencio en derredor de aquel asilo: su calzado es de fieltro, parda su capa; hace señas con la mano á todos los que divisa para que se alejen. Miguel se aproxima muy despacio y le dice al oído: «El Todopoderoso te ordena que conduzcas á Reynaldo á París, con los guerreros que lleva para socorrer al emperador; quiero que antes que tengan noticia de vuestra llegada, sean atacados los ingleses por todas par-

tes. El Silencio no contesta; inclina la cabeza y emprende su viaje detrás del arcángel. Del primer vuelo llegan á la Picardía; Miguel escita al ardor de aquellos guerreros valientes, y les hace marchar con tal rapidez que llegan al pie de las murallas de París en un solo día y sin apercibirse siquiera de que es por efecto de un milagro. Vuela el Silencio constantemente alrededor de aquel ejército, al que oculta bajo una nube inmensa y trasparente, pero impenetrable á los sonidos de los clarines y cornetas. Va en seguida al campo de los sarracenos y esparce sobre ellos una cosa desconocida que los hace ser ciegos y sordos.

Mientras se aproxima Reynaldo con una rapidez maravillosa, prueba inflexible de la protección del cielo, y con un silencio tan profundo que los sarracenos no oyen el mas leve rumor, quiere Agramante intentar un último esfuerzo, y forma su infantería en los arrabales de la ciudad, á orilla de los fosos y al pie mismo de los muros. ¿Quién podría decir el número de soldados que dirige el monarca africano contra Carlos! Fuera mas fácil contar los árboles de los bosques del Apennino, las olas que el mar enfurecido estrella al pie del Atlas, en las costas de la Mauritania, ó las estrellas cuyos fuegos alumbra durante la noche la felicidad de los amantes. El sonido penetrante de las campanas siembra ya por todas partes

al terror. Los templos están llenos de personas que están orando y levantando las manos al cielo. Si los bienaventurados hicieran caso de los tesoros que codician en la tierra los mortales, obtuviera cada santo aquel día una estitua de oro. Leméntase los ancianos de haber vivido demasiado para ser testigos de semejantes calamidades, y eavidian á las estatuas que há tantos años descansan sobre los sepulcros. Pero los jóvenes valientes y vigorosos, se precipitan á las murallas, y corren á arrostrar el peligro. Allí se colocan los barones, los paladines, los reyes, los duques, los marqueses, los condes, los caballeros, los guerreros de Francia y de las naciones extranjeras, prontos todos á morir por la gloria de Jesucristo y el honor de sus banderas. Suplican á Cários que haga bajar los puentes levadizos y les permita salir al encuentro de los sarrazenos. El emperador admira su audacia, pero no quiere acceder á sus ruegos: sus soldados ocupan los sitios menos fortificados, y cierran el paso al enemigo; aumenta ó disminuye el número de sus defensores, según la extensión de las murallas ó la urgencia del peligro. Unos deberán encender y atizar hogueras, otros están encargados del manejo de las máquinas. Sin descansar un solo momento, acude Cários á todos los puntos y organiza la defensa.

París está situado en medio de una gran llanura, en el centro mismo de la Francia; atraviesa un río su recinto, y antes de salir de él forma una isla que protege á una de las principales partes de la ciudad. Las otras dos (porque aquella ciudad inmensa está dividida en tres partes) están defendidas en el interior por el río, y en el lado opuesto por anchos fosos. Este recinto, que tiene mas de tres millas de circunferencia, puede ser atacado por varios puntos á la vez; pero Agramante se decide á no formar sino un solo ataque; y escoge el costado del Puente, al lado opuesto del río, porque á su retaguardia, todo el país, todos los castillos y ciudades que hay hasta la frontera de España, le están sometidos. Carlomagno ha reunido municiones inmensas; hace construir diques, bastiones y casamatas á la orilla del río: la entrada y la salida del Sena están defendidas por cadenas gruesas y sólidas. Los puntos mas amenazados están fortificados con mayor esmero todavía. Tan perspicaz como Argos, el hijo de Pepino parece advertir todos los proyectos de Agramante y prever por qué lado intentará el asalto el africano. Marsilio forma con su cuerpo de ejército en la llanura, así como Ferregus, Isolier, Serpentina, Grandonio, Falsiroa, Balugante y los sarrazenos de España. Sobrino se mantiene á la izquierda, en las orillas del Sena, con Puliano, Cardinelo, hijo de Almonte, y el gigantesco rey de Oran. Pero ¿por qué voy yo mas lento para manejar la pluma que los sarrazenos para esgrimir el acero? Ya el rey de Sarse, lleno de cólera y rabia, blasfema y se irrita por no poder combatir. Así como en un día de verano producen las moscas un zumbido importuno agitando las alas, y se arrojan sobre los restos de una festín al borde de una vasija hómala de leche ó vino, semejantes tambien á esas bandadas de estorninos que se precipitan sobre los dorados racimos de uvas, así se arrojan los moros al asalto lanzando gritos atrozadores.

Los cristianos, armados de lanzas, bayetes, pederas y materias inflammas, guarnecen las murallas. Desdeñando los clamores de los infieles, se baten con valor. Al guerrero muerto sucede otro: nadie es tan cobarde que retroceda. Por fin, á fuerza de golpes, rechazan á los sitiadores á los fosos; sirven para ellos del acero, de peñascos grandes, de almeas cuasi enteras, de ruinas de las murallas, de los techos de las torres, y de los capiteles de las columnas; cae á torrentes el agua hirviendo, penetra por las viseras de los cascos y abraza los párpados de los in-

fieles. Si aquella lluvia atarradora es mas terrible para ellos que el acero ¿cúanto no deberán temer una nube de cal viva y las visijas inflammas que derraman derretidos el otro, el azufre, la pez y la resina! Cirrulos de fuego cruzan el aire y rodean á los sitiadores.

Sin embargo, Rodomonte lleva al asalto una segunda division; le acompaña Burardo y Dimidas, reyes de los garamantes y de los guerreros de Marmonda. En los flancos marchan Clarindo y Soriodano; los reyes de Ceuta, Cozca y Marruecos avanzan con audacia, y todos se muestran impacientes por dar pruebas señaladas de valor. El terrible Rodomonte lleva en su bandera de color de fuego, un león terrible que se deja poner su freno por una jóven. El León es el emblema del rey de Sarse; la jóven es Doralicia, hija querida de Estordilano, rey de Granada. Ya he dicho cómo y en qué sitio fue robada esta princesa por Mandricardo; Rodomonte diera por ella su corona y su vida, y está muy lejos de sospechar que la hermosa señora de sus pensamientos se halle á la sazón en poder de otro. Si lo hubiera sabido, hubiera hecho en el momento mismo lo que va á hacer por el monarca africano.

Mil escalas se fijan á un tiempo contra las murallas; dos guerreros pueden subir de frente por cada una de ellas; la segunda fila empuja á la primera, y es empujada á su vez por la tercera. Sostiene á unos su propio valor, y el temor á otros; todos tienen que mostrar igual valentía, porque el cruel Rodomonte liere á los cobardes y á los tímidos. Los infieles, abrumados por las piedras y el fuego, se esfuerzan á alcanzar el extremo superior de las murallas; todos buscan los sitios menos fortificados, y dirijen plegarias á su Dios: el ray de Argel es el único que profiere terribles imprecaciones y desdeña seguir el camino mas fácil. Su coraza impenetrable está formada de la piel escamosa de un dragon; poseyóla anteriormente uno de sus ascendientes, el impio que edificó la torre de Babel y quiso arrebatar al Creador las regiones celestiales. Su casco, su espada y su escudo, forjados con el mismo objeto, tienen igual temple. No menos indomable, soberbio y feroz que Nemrod, no vacilara Rodomonte en escalar al mismo cielo, aun en medio de las tinieblas, si hubiera podido hallar el camino para subir á él. Sin detenerse á examinar el muro, sin mirar si está entero ó si la brecha está practicable (¿qué le importa!) atraviesa corriendo el foso, donde le llega el agua hasta la barba. Lleno de fango, arrostra el fuego, las piedras, los dardos y los demas proyectiles. A la manera que el jabalí fogoso rompe con su pecho y sus colmillos las cañas de los pantanos, y se abre ancho camino, así el nudaz Rodomonte avanza, cubriéndose con su escudo, é insulta lo al cielo y á las murallas que tiene ante sí. Apenas se halla fuera del agua, léntase á una plataforma inmensa en que están situados los guerreros francos. Entonces se va al terrible pajeado distribuir pelotones enteros de soldados, haciendo volar porciones de cráneo mas grandes que las torsuras de los frailes, caen brazos y cabezas por todas partes, y caen arroyos de sangre de lo alto de las murallas. Pronto arroja su broquel, empuña con ambas manos su terrible espada y se precipita contra el duque Arnolfo, que habia venido de aquellos países en que el Rhin echa sus aguas en un golfo de agua salada. El infeliz se defiende menos de lo que resista el azufre á la acción del fuego, y cae con la cabeza dividida en dos partes. Del mismo golpe derriba Rodomonte sin vida á Anselmo, Alirade, Espinoque y Prandón; la Flusda ha visto caer á los dos primeros, y la Normandía á los segundos. El mortífero acero no cae nunca en vano en aquellas filas oprimidas en un espacio angosto. Hiriendo el oróscuo, el pecho y el vientro á Orgiero de Maguncia. Arroja de lo alto de

la muralla á Andropo y Mosquino; el primero está consagrado al sacerdocio; el vino es el ídolo del segundo, que de un solo trago desocupa la copa mas honda. Mosquino tiene el mismo horror al agua clara que los demás mortales al veneno y á la sangre de las víboras; gime el desgraciado al morir por tener tal sepultura. Luis de Provenza es traspasado por la espada del rey de Argel, que desgarrá el pecho de Arnaldo de Tolosa. Oberto, Claudio, Ugon y Dionisio, todos cuatro de Tolosa, se revelan en su charco de sangre. Corca de ellos caen en la agona cuatro hijos de Peris llamados Odon, Gautier, Amaldo y Staton, y otros mil cuya patria y nombres ignoro. Los soldados del rey de Argel siguen sus huellas, fijan las escenas, y llegan á la vista de las murallas. Los defensores se retiran al momento, porque aguardan al enemigo nuevos obstáculos. Entre el muro y el segundo atrinchamiento hay un foso de una profundidad espantosa. Los primeros batallones cristianos oponen una resistencia vigorosa y se batan con valor. Luego, nuevas tropas de refresco, ocultas bajo la muralla interior, rechazan con sus lanzas y á flechazos á los sarracenos, cuyo número hubiera disminuido mucho si no los hubiera sostenido el indomable hijo del rey Ulleno. Escita á unos, reprende á otros y los empuja delante de sí, cogiendo á los fugitivos por los esbaldos, por el cuello, ó por los brazos, los degüella ó los obliga á bajar al foso que parece harto estrecho para contenerlos.

De este modo, bajando ó siendo precipitados, esfuerzan los sitiadores por alcanzar la segunda muralla. Al mismo tiempo, el rey de Sarsé, cuyos miembros todos parecen tener alas, salta al otro lado del foso, á pesar del peso de su cuerpo y su armadura. Aquel foso tiene mas de treinta pies de anchura, Rodomonte le atraviesa con la ligereza de un galgo; al caer no hace mas ruido que si tuviera sus pies forrados con un fieltro espeso. Entonces hace tajadas á todos los que procuran detenerle, como si no tuvieran mas armadura que una piel delgada, ¡tanta es la fuerza del sarraceno, y tan fino el temple de su espada!

Sin embargo, los cristianos, para engañar al enemigo, han llenado el foso de ramas secas de árbol, y de fajinas untadas de pez. Ninguno de los sarracenos lo ha observado, y sin embargo las hay por todos lados, así como vasijas llenas de aceite, salitre y azufre; los cristianos aguardan una señal para castigar la loca audacia de los que se creen ya dueños del último recinto... De pronto estalla el fuego en diferentes puntos, y el foso es presa del incendio; luego, reuniéndose las llamas en una columna de una altura prodigiosa, se elevan y parecen abrasar la húmeda atmósfera de la luna. El humo forma una nube espesa que oscurece el sol y la claridad del día; oyes un rumor sordo semejante al ruido siniestro del trueno: la espantosa armonía, el concierto horroroso de lamentos, gritos y aullidos de aquella multitud de desgraciados que perecen, víctimas de la temeridad de su jefe, se mezcla á los silbidos de las llamas homicidas. Pero señor, no puedo continuar por mas tiempo semejante relato; debilitase mi voz: permíteme que descanse.

#### CANTO XV.

**Argumento.**—Agramante ofrece á París.—Astolfo recibe de Logisilla un libro y una trompa maravillosa.—París en una galera, y aprende el arte de la navegación moderna.—Eloge de las hazañas del reinado de Carlos V.—Continúa Astolfo su viaje por tierra.—Quiere batirse con el gigante Caligaris.—Aparece de él y le lleva al gran Carré.—Encuentra á Aquilante y á Grifio que se estaban batiendo con un monstruo.—Le mata.—Marcha juntos á visitar la Torre Santa.—Grifio recibe noticia de desgracias de su ciudad.

SIEMPRE es gloriosa la victoria, ya se deba su consecución á la suerte ó al genio militar; mas preciso es confesar que un triunfo sangriento quita al jefe

vencedor una parte de su mérito. El único triunfo digno de inmortales peñas es el que se obtiene conserendo todo lo posible la vida de los guerreros. Señor, vuestra ilustre victoria os valió mil elogios, cuando el león de San Marcos, tan temido en los mares, hizo resonar sus rugidos en la embocadura y ambas márgenes del Pó hasta Francolino. Aquellos rugidos no podían aterrorizar á los que os veían marchar á su frente. Mostrásteis entonces vuestra pericia militar, y cuando vencisteis, conseguisteis salvar las vidas de vuestros soldados.

El feroz Rodomonte no conoce tales victorias; ha precipitado temerariamente sus guerreros en el foso, donde las llamas los devoran. Aquel abismo inmenso no hubiera podido contenerlos si el fuego no los rediguera á leve pavesa. Once mil veinte y ocho sarracenos perecen en aquel hornillo ardiente, do los lanzara á pesar soyo la audacia de su jefe. Pierden todos la existencia en el seno de las llamas mas brillantes; pero el rey de Sarsé se libra de aquella muerte espantosa. Atraviesa de un solo salto el ancho foso y cae en medio de sus enemigos; si hubiera bajado con sus compañeros de armas, habría bailado allí el fin de sus hazañas. Considera breve rato aquella cima inflamada, la vista de las llamas, los gritos y gemidos que se elevan por los aires le hacen profetizar contra el cielo blasfemias horribles.

En el mismo momento da Agramante el asalto á otra de las puertas. Creyendo que los sitiados estarán ocupados en rechazar á Rodomonte, espera apoderarse de la ciudad por sorpresa; no lleva consigo mas que á Bambizago, rey de Arcilla, al anciano Baligero, al rico Prusón, rey de las islas Afortunadas (1) y Melabufcero, rey de Fizan, país en que reíea una primavera eterna. Otros varios guerreros, y aun algunos cobardes que no se hubieran creído seguros bajo mil rodeos, marchan confiado en seguimiento suyo. Mas pronto ven frustrada su esperanza: la puerta que creían atravesar con facilidad está custodiada por Carlomagno y la flor de sus campeones; los dos Guy, Ogier el dñes, el rey Salomón, los dos Angelinos, el duque de Baviera, Ganelon, Berengier, Avolino, Avin, Otton y otros muchos caballeros francos, lombardos y alemanes, menos famosos pero á quienes animaba por lo mismo el deseo de señalarse en presencia del emperador. Mas tarde os referiré sus proezas, señor; ¡debo atender ahora á los ruegos de un duque poderoso, cuyos gestos y voz me imploran para que vaya á socorrerle de apuros!

Tiempo es de que volvamos al venturoso Astolfo, príncipe de Inglaterra. Afidido por haber experimentado tan prolongada esclavitud, arde en deseos de volver á su patria. La bienhechora Logisilla, cuyos soldados han destruido lo flota de Alcina, se prepara á mandarle á su país activo por los caminos mas cortos y seguros. Hace que preparen la mejor galera que surcara jamas el Océano; despues, para librarle de las emboscadas de Alcina, ordena á Andruica y á Sofrosina que le acompañen con sus navios al mar de Arabia y al golfo Pérsico. Le aconseja que siga las orillas de la Escitia, de la India y de los Nabatenios, y que llegue así al mar de Persia y al de Eritrea, evitando los mares boreales, donde reina sin cesar el cruel Aquilon; encárgale sobre todo que huya de los climas que están privados durante diez meses de los rayos del sol.

Cuando la prudente hada lo hubo dispuesto todo, permite á Astolfo que marche y le da multitud de instrucciones que fuere harto prolijo repetir aquí. Para sustraerle á los encantamientos y á los lazos que pudieran tenderle, le entrega un libro magnífico, recomendándole muy particularmente que lo lleve siempre consigo en obsequio de ella. Este libro tenía el poder

(1) Nombre que tenían antes nuestros islas Canarias.

de librar á los mortales de los maléficos, y unos signos particulares indicaban el medio de usarle con facilidad. Hízole por último otro regalo, superior á todos los objetos de que disponen los mortales. Usó una trompa, cuyos sonidos formidables hacían huir á cuantos los escuchaban. Los sonidos de aquella trompa, lo repito, eran tan horribles y penetrantes, que obligaban á huir, y no había en todo el universo un hombre bastante atrevido para resistirlos. ¡Los vientos furiosos, el estallido de los truenos no eran comparables al estruendo de aquella trompa! El buen Astolfo deja la costa después de haber expresado su gratitud á la hada; boga por un mar spacible: solo el céliro empuja la popa de la embarcación; pasa cerca de las costas embalsumadas de la India, en que hay tantas ciudades magníficas y bien pobladas. Descubro á derecha é izquierda una infindad de islas, y la tierra de Tomás. Después, virando el piloto al Norte, costas la Chersonesia de Oro y aquellas ricas comarcas en que mezcla el Ganges con el mar su espumosa corriente; ve también la Taprobada, Coronandel y el Océano, oprimidos entre dos costas. Después de largos rodeos, los navegantes doblan á Cocbin y dejan las costas de la India.

Durante el curso del viaje, protegido por la experiencia de los pilotos, pregunta Astolfo á Andrónica: si algún hajel procedente del Occidente había llegado alguna vez á aquellos mares, con la ayuda de los remos ó de las velas, y si saliendo de las Indias se podía llegar á Francia ó Inglaterra sin ir por tierra? «Ya sabrás, le contesta Andrónica, que el Océano rodea al mundo por todas partes: sus olas ruedan á un tiempo bajo las zonas climáticas y la zona tórrida; pero como el cabo de Africa se adelanta en el Mediodía hasta el fondo de los mares, se ha pensado que era este el límite del imperio de Neptuno. Esta opinión detiene á los marinos, que no intentan el paso de esas barreras, y ninguno de ellos ha dejado la Europa para penetrar en estas regiones. Al ver ese promontorio inmenso, retroceden todos y creen que se estiene la tierra hasta el otro hemisferio. Sin embargo, en los siglos venideros, otros Argonautas, nuevos Tiphys venidos de la extremidad del Occidente, se abrirán caminos desconocidos. Unos, después de haber dado vueltas alrededor del Africa, seguirán las costas habitadas por los negros. Llegados al signo que atraviesa el sol cuando sale del Capricornio para alumbrar nuestras comarcas, conocerán que el promontorio parece dividir en dos esos mares que forman uno solo. Explorarán así todas las costas, todas las islas inmediatas á la Arabia, la Persia y la India. Otros navegantes, salidos de esas costas que creó la mano de Hercules, imitarán el curso del sol y descubrirán nuevas tierras y un mundo nuevo. Veo la cruz sagrada y el estandarte del imperio elevarse sobre verdes playas: veo los gefes que conducirán los navios á conquistar países maravillosos; diez de esos héroes pondrán en fuga á millares de enemigos. Aquellos reinos sufrirán el yugo del Aragón. ¡La victoria coronará por do quiera á los soldados de Carlos V! Quiere el Eterno Ser que ese camino, desconocido hasta ahora, permanezca ignorado aun durante varios siglos; so le revelará á los hombres cuando el cetro del mundo esté empuñado por el emperador mas sabio que haya aparecido desde el tiempo de Augusto. Veo nacer á orillas del Rhin, de sangre austriaca y aragonesa, un príncipe valeroso entre los mas valientes. Á su voz bajará Astrea de lo alto de los cielos, y las virtudes desterradas de la tierra por la corrupción, regresarán de su destierro. El poder divino le concederá, no solo los estados que han poseído antes de él Augusto, Trajano, Marco Aurelio, y Severo; sino tambien regiones tan estensas que su imperio no verá nunca ponerse el sol. Para cumplir los decretos del Omnipotente, todos los pueblos irán á colocarse bajo las banderas

de tan gran emperador. Los gefes de sus flotas y ejércitos serán capitanes invencibles; Hernán Cortés someterá á su dominio nuevas ciudades y reinos tan lejanos, que sus nombres no han llegado aun á nosotros. Un Próspero Colona, un marques de Pescara, un jóven merques de Guast harán srrepentir á los caballeros de Francia de sus empresas contra la Italia. Semejante al fogoso corcel que en la carrera alcanza y pasa pronto á los que le preceden, el último de estos héroes se aproxima á los otros dos y va á arrebatárselos la palma del triunfo. En recompensa de su valor y lealtad, Alfonso (que así se llamará el héroe) á la escasa edad de veinte y seis años, será generalísimo de las tropas del emperador. ¡Con la ayuda de tales tropas salvará Carlos V sus batallones, conservará sus conquistas y someterá al universo; su poder no tendrá por límites sino los países mas remotos del antiguo continente; dominará en los mares de Europa y de Africa mientras Andrés Doria esté combatiendo por su causa! ¡Andrés Doria, el esterminador de los infames corsarios! Aunque el gran Pompeyo ejecutó en otro tiempo hazañas semejantes, fue menos brillante su gloria, porque los piratas no tenían entonces fuerzas iguales á las del imperio mas poderoso. Doria purgará los mares con su valor y su ominente genio. Su solo nombre hará temblar á los corsarios, desde las costas de Calpe hasta las bocas del Nilo. Guiado Carlos por aquel héroe, vendrá á ceñir la corona imperial á Italia, y se abrirán ante él las puertas de todas las ciudades. El único promio de tantas victorias, el único que solicitará Doria, será la libertad de su patria, que otros mas ambiciosos hubieran intentado esclavizar. Este patriotismo tan puro y desinteresado, le valdrá mas gloria que la que obtuvo César por sus victorias en Francia, España, Inglaterra, Tesalia y Africa. Octavio y su rival Antonio, mancharon su gloria con sus escesos. ¡Baldón eterno á los que quieren imponer las cadenas de la esclavitud á su propio país! ¡Que se avergüenzen al oír el solo nombre de Doria! Y cuando el emperador colma de beneficios á este grande hombre, Doria compartirá con sus compañeros el fruto de sus triunfos y recibirá ademas ese rico principado de la Pulla, en que se habían establecido los normandos. Carlos no será menos generoso con sus demás generales: le veo recompensar sus servicios con donaciones de ciudades, provincias y vastos domínios; su alma se complace en derramar beneficios, y la conquista de nuevos reinos no le hiciera ser mas feliz.»

Así revela Andrónica al príncipe de Inglaterra las futuras hazañas de Carlos V, mientras que Sorosina dirige el navio, rechazando ó sujetando á los vientos. Ya se hallan los viajeros en medio del estenso golfo Pérsico, y pocos dias después llegan á aquel golfo á que dieron su nombre los antiguos magos: detienen en su costa la proa de su hajel. A cubierto ya Astolfo en lo sucesivo del amor ó del odio de Alcino, sigue su camino por tierra; atraviesa llanuras y bosques; tan pronto de dia como en media de las tinieblas. Con frecuencia se ve atacado por bandidos; otras veces encuentra leones de encrespada melena, serpientes henchidas de veneno, y otros monstruos espantosos: pero el mas mínimo sonido de la trompa mágica es suficiente para ponerlos en fuga. Penetra en la Arabia Feliz, país fértil de donde vienen la mira y los perfumes. El feaiz ha elegido aquellos parajes por asilo, prefiriéndolos al resto de la tierra. Llega á orillas de aquel mar cuyas aguas, libertadoras de Israel, sepultaron á los soldados de Faraon. Llega por fin cercos de la tierra de los héroes. Sigue mucho tiempo la orilla del rio Trojan, montado en un corcel sin igual en el mundo, es tal su ligereza que la arena, la yerba que está brotando, la misma nieve recién caída no conserva las huellas de sus pasos; apenas rozaría las crestas de las olas. En su impe-

tuosa carrera adelantase al huracán, al rayo, á la flecha despedida por un brazo vigoroso: fue su dueño en otro tiempo al desgraciado Argail. Hijo de la llama y del viento, no ha subido en la yerba de los pastos, pues su solo alimento es el aire: hábase habitado.

Astolfo está ya cerca del sitio en que el Trojano confluye con el Nilo, y antes de llegar á la embocadura de este último río ve á una barca avanzar rápidamente hacia él. Un ermitaño anciano, cuya naveta barba le llega á la cintura, está en la popa; convidó al paladín á que suba á su barquilla. «Hijo mío, le dice, si no aborreces ya la vida, si no quieres parecer hoy mismo, apresúrate á entrar en mi lancha, y te pasaré á la otra orilla; el camino que sigues te conduciría á la muerte. A seis millas de aquí hay una enana sangrienta, donde reside un espantoso gigante que tiene ocho pies mas de la estatura regular de un hombre. Los viajeros y los peregrinos no pueden sustraerse á su crueldad; el malvado los ataca, los destuela, los desgarró y aun algunas veces los devora vivos. Se complace en hacer redes que tiende cerca de su guarida, y las oculta con tal destreza entra el polvo, que nadie pueda verlas. Después, asustados los viajeros por los gritos del gigante, van á caer en las redes; entonces concluye de envolverlos riéndose, y se los lleva en seguida á su caverna sin cuidarse de examinar si es una doncella ó un caballero, un noble ó un villano. Chúpales los sesos y la sangre, roe la carne hasta los huesos, los cuales desmenuza por el campo, y las pieles los coloca con trofeos en derredor de su morada. Apresúrate, pues, hijo mío, á emprender otro camino, que te conduzca sin peligro hasta al mar. — Te agradezco el consejo, buen padre, responde el paladín; pero cuando al honor lo exige desprecio el peligro, porque es para mí mas grato el honor que la vida. En vano me aconsejas que varie de camino: voy por el contrario á buscar esa enana. Algunas veces se puede salvar la vida sacrificando el honor, mas nunca salvaré yo la mía á ese precio. Si llego á sucumbir, correré la suerte de tantos otros! Quizas secundará Dios mis proyectos, y si triunfo de ese monstruo, habré abierto el camino para una multitud de peregrinos. Al exponer mi vida, tengo al menos la idea de que mi muerte podrá ser útil á muchos viajeros. — ¡La paz sea pues contigo, hijo mío, le dice el ermitaño; ojalá bajo el arcángel Miguel de lo alto de las celestes regiones, por orden de Dios, para protegerte y defenderte! » Al dársele estas palabras le bendice el anciano, y el buen Astolfo, fundando mas bien su esperanza en los sonidos de la trompa que en su buena espada, continúa su marcha por la misma orilla.

Un sendero angosto cubierto de arena, que se halla entre el río y unos pantanos, conduce á la solitaria cueva del gigante; alrededor de aquel paraje siniestro están los cráneos y esqueletos de los desgraciados que han sucumbido á manos del gigante; cada abertura, cada grieta de la cueva deja ver estos tristes despojos. Así el cazador del Apénino, envanecido con los peligros que arrostrara, cuelga á la puerta de su castillo las cabezas, las pieles y las cruces garas de los osos que mató. El gigante adorna su morada con los huesos de los que le han opuesto resistencia: los restos de los demás quedan abandonados en el suelo, y las zancas están llenas de sangre.

Caligorante (esto es el nombre del monstruo que guarece las paredes de su cueva con tan horribles trofeos) vela sin cesar en su puerta. Al ver al joven duque que camina hacia él, cuéstate trabajo contener su gozo: hace dos meses que él ha cogido presa alguna. Corre al instante á ocultarse entre las elevadas y espesas cañas de un pantano, y se prepara á coger al paladín por detrás para vencerle con mayor facilidad; esto es su modo de atacar á los viajeros. En

cualquiera divisa Astolfo al gigante, detiene su caballo, para no caer en el lazo que le ha advertido el ermitaño, y recurre á su trompa; la cual produce tan bien su efecto, que huya Caligorante, sobrecojido de terror y espanto: Continúa Astolfo tocando, y el gigante corre con mayor velocidad; en al colmo del terror, va á arrojarse por sí mismo en sus propias redes, que le rodean por todas partes y le hacen caer en tierra. Corre Astolfo para cortar la cabeza: la muerte del gigante ha de veogar al deplorable fin de mil infortunados; pero matar á aquel hombre indómito, cuyo cuello, brazos, manos y pies están sujetos le parece una acción indigna de su valor. Las redes, obra del colihre Vulcano, son de acero del temple mas fino, y trabajadas con tal arte que nadie puede desatar ni romper una sola malla. Celoso Vulcano en una ocasión, quiso sorprender á Venus y á Marte, y forjó aquella red que le robó Mercurio para coger á Cloris, la hermosa Cloris que al salir el sol, revolotea detras de la aurora cuando derrama sobre la tierra las rosas, las violetas y las azucenas. El dios la cogió un día cerca del paraje en que el gran río de Etiopía lleva al mar la masa desigual de sus aguas. Esta red fue conservada durante muchos siglos en Canope, en las eras de Anubis. Tres mil años después, el impío Caligorante sacóla en ciudad, se apoderó de la obra maestra de Vulcano, y quemó el templo. Desde entonces aprendió el arte de colocarla bajo la arena con tal habilidad, que sujetaba á sus víctimas á un tiempo por el cuello, los brazos y las piernas.

Con la ayuda de una ciudadata Astolfo las manos de Caligorante detras de la espalda, y le pone así en la imposibilidad de saltarse. Levántase el gigante mas dócil que un niño, y el paladín se resuelve á llevarle consigo á las ciudades, castillos y pueblos por donde pase. Le hace llevar sobre sus anchos hombros las redes, su casco y su broquel. Regocijábanse todos los pueblos á su paso, por ver al fin libres los caminos para los peregrinos. Astolfo camina rápidamente y llega á los vastos sepulcros de Menfis, cerca de los cuales se elevan las célebres pirámides: la ciudad del Cairo está cerca de allí. Corre presuroso todo el pueblo para ver al gigante tan temido. ¡Cómo es posible exclaman, que ese jóven guerrero lujú encadenado á un monstruo gigantesco! Le detienen, le rodean, le colman de honores.

El Cairo no era entonces tan extenso como le vemos ahora. Diaz y celio mil calles, formadas por casas de tres pisos, no pueden bastar hoy para su inmensa población, y se ve á los habitantes dormir en los pórticos de los palacios. El del soberano es de una magnificencia y estension sorprendentes; quince mil guardias, todos cristianos reuagados, están alojados en él con sus familias y caballos. Astolfo, deseando saber el número de brazos de que se compone la embocadura del Nilo, se dirige á Damietta, á pesar de haber oído decir que todos los viajeros que siguen tal camino se exponen á perder la vida.

Al lado opuesto de aquel puerto vivo en una torre un bandido; terror de los peregrinos y de los habitantes de aquellos alrededores; estendiéndose sus correrías hasta la misma ciudad, y nadie le resista. En vano ha sido que los guerreros que han combatido con él hayan acerbado su cuerpo con mil heridas, ninguna ha podido hacerle perecer. El ingles forma el generoso intento de atacar á Orrillo (este es el nombre del bandido) y var si la parca podrá cortar el hilo de su vida. Atraviesa á Damietta, y avanza hacia la embocadura del Nilo. La inmensa torre que sirve de morada á aquel monstruo, el cual era hijo de una maga y de un duende, domina la costa. Astolfo halla á Orrillo combatiendo con ibas caballeros. Grifon el Blanco y Aquilante el Negro, hijos ambos de Olivero y célebres por su valor, apenas podían resistirle. El gigante ha sabido á la verdad adquirir una gran ven-

taja : se ha hecho acompañar por uno de esos monstruos feroces que, ocultos en el fondo del río ó en sus orillas, se arrojan sobre el viajero imprudente ó sobre los desgraciados marineros. Sin embargo, los dos hermanos han muerto á aquel animal, que yace tendido en la arena; pero Orrillo puede pasarse sin su

auxilio. Varias veces han despedazado los caballeros el cuerpo de su adversario, sin conseguir quitarle la vida : sus brazos y piernas caen por el suelo, y los pegas otra vez en su sitio cual si fueran de cera. Grifon y Aquilante le han hendido varias veces la cabeza hasta los dientes y hasta el pecho, únense las dos par-



Sepelidos de Mérida.

tes y se sonríe el gigante. Irritanse los caballeros al ver tantos esfuerzos inútiles. ¿Habéis visto caer alguna vez en el fondo de una vasija la plata líquida que los alquimistas llaman mercurio? Se escapa al pronto en mil gotitas, que se reúnen al momento en un solo cuerpo. Así se reúnen los miembros de Orrillo á su cuerpo. Si le cortan la cabeza, búscala á tientas, la coge por la nariz ó los cabellos, y la fija sobre sus hombros como si le clavera. Cuando Grifon consigue cogerla y arrojarla al río, Orrillo, que es excelente nadador, se sepulta en las aguas con la agilidad de un pez y volvió á salir sano y completo. Dos damas, vestidas con magnificencia, una de blanco y de negro la otra, se mantenían en la orilla y contemplaban aquel combate, que habían provocado ellas. Los hijos de Olivero han sido crindos por aquellas lindas besáficas. Cuando ambos eran todavía niños de pecho fueron arrebatados de las crueles garras de dos aves monstruosas, que los habían robado á su tierna madre Glamuña, para trasportarlos á lejanos climas. Pero nadie ignora ya esta historia : ¿para qué os la he de contar? Es verdad que el autor, equivocado sobre el nombre de su padre, le confundió con otros; ¿mas qué importe? Declamamos, pues, que los dos caballeros habían comenzado la pelea por obedecer á las hadas. La luz del día, que brillaba aun en las islas Afortunadas, ha desaparecido de aquella comarca; y se aumentan las tinieblas y no se pueden distinguir los objetos sino con la luz desigual y débil de la luna : Orrillo regresa á su torre. Las dos hadas han querido sin duda suspender el combate hasta la vuelta del sol. Astolfo ha conocido en seguida á Grifon y Aquilante por sus armas y sus terribles mandobles, y se apresura á saldarlos. Los dos hermanos ven al caballero del Leopardo (nombre que tiene el joven duque en la corte de Inglaterra) y le reciben con regocijo.

Las dos hadas conducen á su palacio á los intrépidos paladines; les salen á recibir hermosas doncellas y pajes con antorchas. Dejan sus armaduras, y con sus corceles á numerosos criados. Luego, á orillas de un claro manantial, bajo frescas sombras, hallan preparado un banquete. No se olvida Astolfo de atar sólidamente á Caligorante con una cadena enorme al tronco de un árbol corpulento que no podrá

romper ni los sacudimientos mas vigorosos. Para mayor seguridad y con el fin de que no pueda soñarse por la noche y atacar á los paladines cuando estén dormidos hay diez guardias encargados de vigilarlo. Los exquisitos manjares que sirven en el banquete son el menor atractivo del festín; háblase largamente de Orrillo y de sus facultades increíbles. ¿Cómo imaginar que pueda hallar y unir á su cuerpo sus brazos y cabeza separados por el acero, para volver en seguida á la lucha mas fuerte y terrible que antes? Astolfo ha leído en su libro que indica al medio de destruir los encantos, que la vida de Orrillo depende de un cabello colocado en la parte superior de la cabeza; una vez cortado aquel cabello, el bandido recibirá la muerte; mas no cuela en el libro el modo de distinguir aquel cabello entre la espesa melená de Orrillo. El caballero inglés se propone conseguir la victoria si le permiten pelear los dos hermanos; Aquilante y Grifon, le ceden el puesto, íntimamente convencidos de que se cansará en hacer esfuerzos inútiles.

Al despuntar la aurora, el gigante armado con una maza, baja á la llanura; sirve Astolfo de su espada, y comienza en seguida una lucha terrible. Solo uno de los golpes de Astolfo ha de ser mortal. La mano y la maza del monstruo, su brazo derecho y el izquierdo cuen alternativamente á tierra; tan pronto la atraviesa el inglés de parte á parte como le tira tajos espantosos. Sin embargo, un nuevo mandoble hace volver la cabeza lejos de los hombros del monstruo : el paladín, mas ágil que él, se tira del caballo, coge con una mano la ensangrentada cabellera y vuelve á montar en Rabican antes de que Orrillo haya podido cogerle la delantera. Este busca largo rato su cabeza por el suelo, pero conoce el fin que se le llevan al bosque, y apresurando el paso de su caballo, persigue vivamente al raptor. Quiere gritar : « ¡ Para ! ¡ para ! ¡ vuelve ! » Pero es en vano, pues Astolfo le ha quitado la boca. Quédanle, empero, sus talones, y se sirve de ellos para tratar de alcanzar á Rabican; pero el rápido corcel atraviesa en un momento un espacio inmenso, y el duque tiene el tiempo suficiente para buscar entre los cabellos el que encierra la vida del gigante. ¿Cómo conocerle? todos son iguales. Mas vaie cortarlos todos á un tiempo ! » exclamaba el paladín. En hujar de tijeras ó navaja de afeitar, de cu-

vos objetos carece, coge su espada de buen filo; despues, tomando la cabeza por la nariz, la despoja en un momento de su cabellera. Quédase el momento pálido y huido el rostro, ciérranse los ojos, y el cuerpo cae al suelo y queda inmóvil. Astolfo, llevando en la mano aquella cabeza en que están impresas las señales de la muerte, vuelve adonde están las damas y los caballeros y les muestra á Orrillo tendido en la arena. No sé si Grifón y Aquilante están realmente satisfechos de una victoria que producirá en ellos quizá secreta envidia; pienso tambien que las dos ladas no pueden regocijarse mucho, pues habian puesto á los hijos de Olivero en lucha con Orrillo para librarlos de la suerte que les amenaza en Francia, y esperaban sustraerlos de este modo á influencias funestas.

En cuanto informan al gobernador de Damietta de la muerte del gigante, suelta una paloma que lleva un billete debajo de las alas. Llega esta ave al Cairo, y segun la costumbre de los egipcios, sueltas otra dirigida á otra ciudad, de modo que todos los habitantes llegan á saber pronto tan feliz nueva. Astolfo escita á los paladines á que salgan del Oriente y marchen á defender la Santa Iglesia y el imperio romano. Aquilante y su hermano no necesitan que los oprimen para verificarlo, pues arden en deseos de conquistar la gloria en el seno de su patria. Despidense de las ladas benéficas, que no pueden contener su lento ni disimular su aflicción.

Astolfo y los hijos de Olivero, antes de regresar á Francia, desean visitar los santos lugares en que se verificó el sublime sacrificio de un Dios hecho hombre. A la izquierda hubieran podido tomar un camino mas agradable, menos dificultoso, y que no se aparta un punto de la orilla del mar, pero escogen otro camino escabroso y horrible, por el cual emplearán dos dias menos en llegar á la santa capital de la Palestina. Como no han de encontrar ni yerba ni agua, se provee de todo lo que puede ser necesario, y cargan su equipaje en los hombros de Caligirante, que sin gran trabajo hubiera podido llevar en ellos una torre. Despues de haber sufrido mil penalidades por un pais montañoso y salvaje, descubren desde la cumbre de una montaña la Tierra Santa y sagrada en que el amor supremo quiso lavar y borrar con su propia sangre todos los crímenes del género humano.

A las puertas de la ciudad hallaron á un caballero jóven á quien conocen: llamábase Sansonet de la Meca. Famoso por su equidad, su bondad y su valor, unia á las gracias de la juventud la prudencia de los ancianos; Orlando le habia convertido, y bautizádole despues por su propia mano. Ocupábase á la sazón Sansonet en construir una fortaleza para contener las incursiones del soldado de Egipto; intentaba rodear el monte del Calvario con una muralla de dos miles de estaciones. Los tres paladines recibieros de él una acogida amistosa; los condujo al interior de la ciudad y quiso recibirlos en su mismo palacio. Carlomagno le habia confiado el gobierno y defensa de la Tierra Santa. Regalóle Astolfo su gigante, que, capaz de levantar por sí solo los furiosos mas pesados, era mas útil que diez bestias de carga; le dió tambien sus magníficas redes de acero. Sansonet le ofreció á su vez un rico tabalí y unas espuelas de oro que segun opinion general habian pertenecido al santo libertador de la jóven virgen amenazada por un dragón. El paladín habia bañado aquellas espuelas de oro en los muros de Jaffa, de cuya ciudad se habia apoderado. Despues de haber recibido la absolucion de todos sus pecados en un monesterio, retiró santo en que todo respiraba piedad y evangelica paz, visitaron los viajeros los lugares en que se verificaron los misterios de la Pasión; en el dia, para vergüenza y baldon de los cristianos, están profanados aquellos mismos lugares por los infieles. La Europa entera está sobre las armas; ¿por qué, pues sus hijos que están anhelan-

do combatir, no van á hacer la guerra á sus verdaderos enemigos?

Mientras que el aspecto de los santos lugares llenaba su alma de sentimientos piadosos, un peregrino griego dió á Grifón noticias tristes y funestas, que derramaron en su alma la turbación y el pesar; abandonáronse las oraciones y penitencias. Por desgracia hacia tiempo ya que amaba Grifón á una mujer llamada Origilla, que entre otras mil hubiera arrebatado el preluo de la gracia y la hermosura. Pero era de un carácter tan perverso y desleal, que ninguno isla ni continente le produgera nunca tan detestable. Grifón á su salida de Constantinopla, habia dejado á aquella hermosa jóven con una calentura violenta, y en el momento en que esperaba volver á verla, supo que habia marchado para Antioquia con un nuevo amante. «La fuerza de su juventud, decía ella misma, no la permitia ya dormir mas tiempo sola.» Desesperado Grifón, aspiraba noche y dia; todo lo que solia agradarle y complacerle se le hacia insostenible. Vos, señor, en quien el amor empleó su crueldad, bien sabeis si sus dardos son de fino temple; pero lo que mas aumentaba aun su suplicio, es que el mal de que padecía, le daba vergüenza hablar de él. Aquilante le habia reconvencido mil veces por su debilidad con el objeto de emanciparle de tan vergonzoso yugo. Pero siempre disculpaba Grifón á su amada, ¡tal es nuestra ceguera por el objeto de nuestro amor! El desdichado adoptó, pues, el partido de alejarse sin avisar á su hermano, y penetrar en Antioquia para robar á la soberana de su corazón. Esperaba el mismo tiempo obtener una venganza ruidosa del raptor. En el canto siguiente veremos cómo llevó á cabo su intento, y referiré las aventuras de su viaje.

## CANTO XVI.

Asciende. Origilla espugna á Grifón y le lleva á Damasco.—Continuacion del sitio de Paris.—Gratitud y proezas inauditas de Rodomonte.—Larga Reunión con el ejército de la Gran Bretaña.—Alaca á sus sacudidas.—Arriente y Lurcos protegen á Zerbico, que se halla en peligro.—Llega a tiempo Reynaldo para salvar á Zerbico, Lurcos y Arriente.—Derriba á Arriente.—Rodomonte sacude desordenadamente una valiente hacia la plaza grande en que estaba Rodomonte.

¡Cuán numerosas y crueles son las penas de amor! ¡Ah! las conozco cual todas, y puedo hablar á ciencia cierta. Si he dicho á escritores otra parte que tal pena es ligera, ó que tal otra es estor, creed á la experiencia mie. Lo he dicho, y no cesaré de repetirlo mientras que alguno un leve soplo de vida, el que ama á una mujer hermosa y digna de que la tributen homenajes, aunque esta sea rebelde á sus deseos ó insensible á su constancia y transportes, no debe quejarse el amante de los tormentos que sufre! ¡Ah! es mil veces mas digno de lástima el que se ha rendido á seducturas miradas, á una cabellera hermosa y á la engañadora exterioridad de un corazón falaz y vil. Cuando quiere romper su cadena, lleva, cual el ciervo herido, el dardo clavado en su corazón. El infatigado, á pesar de su vergüenza, procura inútilmente romper sus cadenas.

El jóven Grifón sufre tan triste suerte; conocia su error, y no podia domiar su pasión: tenia la conciencia de su envilecimiento, pero le subyugaba una inclinacion irresistible; por culpable y púdica que fuera Origilla, arrastrábase hacia ella un poder secreto é invisible. Continuó pues esta historia cruel. Ya sabeis que Grifón salió de la ciudad Santa sin que tuviera conocimiento de ello su hermano, que le celaba en cara su debilidad; tomó á la izquierda un camino bastante hermoso y poco frecuentado, que conducia á Roma.

Despues de seis dias de marcha, llegó á Damasco de Siria, de donde salió para Antioquia. Cerca de Da-

masca, encuentra al caballero que ha seducido á Origilla. Aquellos dos corazones corrompidos son mas aducados el uno al otro que la flor á su tallo, ambos son igualmente inconstantes, perdidus y traidores, y ambos tambien poseen el arte infernal de ocultar sus vicios bajo un asterio agradable. Aquel caballero, montado en un hermoso corcel ricamente enmascarado, como al lado de Origilla, cuyo traje es azul y oro. Cubierto de brillante armadura, desea presentarse con magnificencia en las justas de Damasco. Detras de él van dos escuderos que llevan su escudo. El soldado de Damasco ha hecho anunciar un torneo, y varios caballeros magníficamente equipados se dirijen á él. Al ver la infame Origilla á Grifon, se sobrecoje de terror; sabe muy bien que su nuevo amante no tendrá fuerza ni valores suficientes para protegerla, y teme la vengenza del principe. Sin embargo, domas su espanto de tal suerte, que no se observa en su rostro la mas leve turbacion. Despues, ejecutando un proyecto concertado de antemano con su cómplice, fingela slegria mas vehemente, se aprosima á Grifon, le enlaza con sus brazos y le estrecha contra su corazon. Acompaña estas caricias con palabras tiernas: «¿Es esa la acogida, le dice furiosa, que reservas á la que te adora? ¡Me has abandonado durante un año entero sin ningun cuidado! Esperaba que volvieras de Nicosia al lado de la que se hallaba consumida por una fiebre violenta que la puso al borde del sepulcro. ¡Cuán profundo fue mi dolor cuando llegué á saber tu excursion á Siria! Creyendo no volver á verte, estuve varias veces á punto de quitarme la vida, pero menos cruel la fortuna que tú, me ha enviado un hermano para proteger mi honor mientras te buscare. Ella misma permite ahora nuestro encuentro, que es para mí el mayor beneficio que pudiera dispensarme. ¡Uea, espera harto larga, sin duda alguna me habiaria hecho perecer!»

Mas astuta que la torra, la saez Origilla continúa espresando sus reconvecciones con tal destreza, que consigue hacer recer toda la culpa á Grifon; le persuade que se halla unida al que la acompaña por lazos de parentesco y que un mismo padre los engendró. En fin, dstan buen colorido á sus embustes, que al oírlos tomárase por las evangélicas palabras de San Juan y San Lucas. Grifon no se atreve á acusar ya de peridia á aquella mujer mas malvada aun que hermosa; olvida su venganza, y considerándose harto feliz con poder disculparse, prodiga mil atenciones al villano caballero que imagine ser hermano de su amada. Llegan de esta suerte á las puertas de Damasco. Grifon participa á su rival que el monarca va á tener una corte espléndida, y que todos los paladines sin distincion de países ni religiones, estarán en la ciudad libres y completamente seguros mientras duren las justas. Pero señor, no me inspira el suficiente interes una mujer artera y villana que ha hecho traicion á mil y mil amantes, para que deje de suspender su historia. Volveré mas gustoso á aquellos dos mil combatientes y á aquellas llamas inmensas que llenan de horror y espanto á los habitantes de Paris. En el momento en que los dejó, scababa Agramante de atacar la puerta que creia encontrar menos defendida. Sin embargo, es la mas custodiada porque Carlomagno en persona se halla en ella con sus capitanes mas valientes: los dos Guy, ambos Angelinos, Avolio, Oton, Angeliero, Avio y Berenger. Entrambos ejércitos, anhelando singularizarse en valor á la vista de sus respectivos caudillos y merecer recompensas, se stacan con igual furia. Pierde Agramante una multitud de guerreros; el número de muertos manifiesta á los que quedan vivos toda la audacia de su empresa. Cae sobre ellos una granizada de flechas como una lluvia de tempestad, los gritos que lanzan ambos ejércitos hacen retumbar las celestes bóvedas. Mas poderoso Carlomagno, ó gran-

de Agramante, os dejo para hallar el Marte africano, del espantoso y terrible Rodomonte, que ha penetrado ya en el recinto de los muros.

No sé, señor, si recordais que este sarraceno feroz, viendo á sus soldados en medio de un brasero ardiente, entra la primera y segunda muralia, ¡espectáculo horroroso! salió al lado apuesto del foso, es decir, á la ciudad misma. Al ver á aquel guerrero terrible enbierto con armas estranas y con la piel escamosa de una serpiente, los ancianos y el pueblo lanzan un grito terrible y lamentos atroces acompañan al convulsivo tambor de sus manos. Los que pueden huir á tiempo boscun un asilo en sus casas y en los templos; pero el cruel Rodomonte haciendo girar su espada con violencia, solo permite hacerlo á un número reducido de ellos; corta á los que alcanza, un brazo, una pierna ó la cabeza. Abre á uno por medio, parte al otro por mitad del cuerpo, y de todos los que mata, hierra ó amenaza, ninguno se atreve á sostener su mirada terrible. Así degüella el tigre monstruoso á los tímidos rebanos de las llanuras de la Tírcasias y de las orillas del Ganges; así tambien destroza el lobo las cabras y los tímidos corderillos en la pradera que hacen temblar con frecuencia los sedimentos del moale sostenido por Tifea. Despacha el sarraceno toda su ferocidad, no contra soldados y caballeros, sino contra un populecho cobarde que mereciera haber muerto al sur. No puede matar frente á frente á uno solo siquiera de los que degüella. Recorre rápidamente la calle larga y poblada que sale al puente de San Miguel; su espada ensengrenada, puesta en continuo movimiento, mate lo mismo al niño que al criado, al justo y al pecador. La religion no protege al sacerdote, ni la inocencia propia de su edad, salva tampoco al niño. Los ojos mas dulces, los colores mas hermosos no detienen su brazo. Peralgne y hiere al anciano y se sacia con el sangre de todas las edades, no considera sexo ni condicion en sus victimas. Pronto no le basta la matanza ni mas feroz y cruel de los mortales; irri-tase al ver los edificios, y quema los palacios y las casas profanadas. La mayor parte de las casas eran entonces de madera, y esto se creará fácilmente puesto que aun en el día, de cada diez casas hay seis edificadas con la misma materia. Las llamas no son bastante rápidas para aquel bárbaro, y arranca por el mismo las columnas y techos de las raras. ¡Ahl señor, la mayor bombarda que pudierais ver en Padua produce menos estragos que el rey de Argel con el solo auxilio de sus manos. Si los sitiadores hubieran atacado por fuera con el mismo vigor que Rodomonte pasaba por dentro de la ciudad llevando todo á fuego y sangre, Paris se hubiera perdido sin remedio, pero Agramante habia sido atacado á su vez por las tropas que llevaba al principe de Inglaterra, bajo la proteccion del arcángel Miguel y del Silencio. En el momento mismo en que Rodomonte saltaba el foso, permitió Dios que Reynaldo, flor y nata de la casa de Clermont, llegara con los ingleses y escoceses. Por medio de barcas y pontones, habian atravesado el río tres leguas mas abajo de Paris. Despues hizo el caudillo que tomara á la izquierda un camino extraviado, una columna de seis mil arqueros reunidos bajo la bandera de Odoardo, y dos mil ginetas mandados por el valiente Ariman. Penetró esta tropa de improviso en la capital por el camino que desde las costas de la Picardia conduce directamente á las puertas de San Dionisio y San Martín. Los carros y bojes siguen el mismo camino, mientras que Reynaldo, con el resto de su ejército, hace rodeo mas largo; los ingleses y escoceses están provistos de barcas y pontones para atravesar al río, vencido este obstáculo córtanse los puentes y forma Reynaldo sus tropas en batalla.

Despues de haber elegido un sitio elevado desde el

cual pueda ser visto y oído de todos, reúne el héroe en torno suyo á los barones y capitanes, y les dirige la siguiente arenga: «Señores, debeis dar gracias al cielo por haberos traído á estos lugares, en los que, por premio de algunas fatigas, vais á conquistar una gloria eterna, superior á la de las naciones más célebres del universo. Vuestro brazo salvará á dos monarcas poderosos: primero á nuestro rey, cuya vida y libertad jurásteis defender; después al emperador más grande que ha visto el mundo. Salvareis á una multitud de príncipes, duques, marqueses, señores y caballeros de diferentes países. Los parisienses no os deberán tan solo la conservación de su capital, sino la salvación de seres queridos por los cuales temen más que por sí mismos: sus mujeres, sus hijos, y las piadosas vírgenes á quienes el sagrado de sus celdas no podría sustraer de la profanación. La salvación de París lo es también de los países inmediatos; y como todas las naciones de la cristiandad tienen ahora en el recinto de esa ciudad á algunos de sus guerreros, todas ellas os tributarán igual gratitud que las demás ciudades de la Francia. Si los antiguos concedían una corona al que salvaba la vida de una ciudad, ¿cuál no será la recompensa de los libertadores de un pueblo inmenso! Si la fortuna envidiosa ó celosa de vuestra gloria, si la debilidad de nuestro valor hace que se frustre tan generoso intento, estad seguros de que la caída de esas murallas será la señal infalible de la pérdida de la Italia, la Alemania y todas las demás naciones que adoran al hombre Dios que murió en la cruz por redimirnos. Vuestro país que se halla protegido por los mares y por su lejanía de las costas de África, no estará tampoco al abrigo del furor de esos bárbaros. ¿No se les vió acaso en otro tiempo travesar el estrecho de Gibraltar, pasar más allá de las columnas de Hércules, y saquear vuestra isla? ¿Qué no se atreverán á emprender si se hacen dueños del reino de Francia? Aun cuando el honor y el común interés no animaran vuestro favor, el deber y la religión os ordena que socorrais á vuestros hermanos. ¡May pronto cesarán esos enemigos sin armas, sin disciplina y sin experiencia de la guerra ante unos héroes reputados como invencibles!»

Esta arenga, palabra á palabra, aun más enérgicas pronunciadas con rigorosa entonación de voz, escuchan el belicoso ardor de barones y soldados. Era, hincar el acicate al fogoso corcel en medio de su carrera impetuosa. Reynaldo ha concluido de hablar; dividido sus tropas en tres cuerpos, y los hace avanzar sin que produzcan el más leve ruido ni rumor. A Zerbino le toca el honor del primer ataque y se dirige hacia las orillas del Sena; los irlandeses se despliegan en la llanura y forman la retaguardia, en el centro, mandados por el duque de Lancaster. Adoptadas todas estas disposiciones, corre Reynaldo por la orilla del río á reunirse con Zerbino. Pronto ve al rey de Oran, al rey Sobrino y diferentes cuerpos de ejército enemigos que, situados á un tercio de milla á vanguardia de los moros de España, custodian el campo por aquel lado. Al verlos, el ejército cristiano, guiado hasta entonces por el ángel y Silencio, no pueden contener sus gritos. El sonido de las trompetas, el ruido de las armas, y los clamores de los guerreros, suben hasta al cielo y llenan de espanto el corazón de los infieles. El impaciente Reynaldo enristra su lanza, y cual un torbellino precursor de horrible tormenta, cae con Bayardo en medio de los sarracenos. Todos le conocen al momento, y ya sus manos no sostienen las armas, vacilan sus pies en los estribos, y tiemblan sus cuerpos en el arzon. El rey Puliano no ha visto nunca á Reynaldo, y no participa del terror general; se afirma en los estribos, reúne sus fuerzas, pone su lanza en ristre y vuela al encuentro del paladín francés. El hijo de Aïmon por su parte, ó más bien el hijo de Marte, muestra esa destreza, esa serenidad, y ese valor que le han granjeado tan ilustre fama. Las lanzas, dirigidas con igual habilidad, tropiezan en las dos viseras, pero el resultado es muy distinto: Reynaldo sin moverse siquiera, sigue su carrera, y Puliano cae muerto en el suelo. Siempre se puede manejar una lanza con destreza y dar pruebas de valor, pero no hasta este sin la fortuna. Reynaldo se dirige al rey de Oran, un gigantesco estatura y cobarde corazón. Prepárase á darle uno de esos golpes que piden ser contados en el número de los memorables, pero el



Zerbino defendiéndose.

hierro de su lanza solo llega á la parte inferior del broquel; la inmensa estatura del gigante no ha permitido al hijo de Aïmon que le alcance mas arriba. Las chapas de acero que cubren el escudo no libran el alma vil del pagano que se escapa por una noche

herida. El corcel, agobiado por su pesada carga, parece dar las gracias á Reynaldo por haberla ahorado mayores fatigas. El paladín ve su lanza rota, y saca á luz á Flamberg. Bayardo vuelve con rapidez cual si tuviera alas, y se precipita impetuosamente

en medio de los enemigos. Sus armas son hechas pedazos por Flamingo como si fueran de frágil vidrio. El acero mejor templado cede á los golpes de esta espada formidable, que destruye las armaduras, y desgarran la carne. Los delgados broqueles de cuero de los saracenos, sus chaquetitas y turbantes no oponen mas que una resistencia muy débil: hendidos ó traspasados, ruedan pronto por el polvo apenas los toca. No podrían defenderse mejor de Reynaldo, que la yerba de la guadaña de los segadores, ó la flor de los árboles del huracán. Ya está desordenada aquella primera tropa cuando llega Zerbino con la vanguardia; los soldados que marchan bajo su bandera no muestran menos audacia: huliéndose tomados por leones ó lobos prontos á devorar rebaños de cabras ó carneros. Pronto escitan todos á la vez á sus corceles y atraviesan rápidamente la corta distancia que los separa del enemigo. En aquel combate estruendo, hieren los escoceses y los saracenos se dejan degollar con una especie de resignación. Estos están fríos como el hielo, y aquellos fogosos y llenos de ardor: los infieles van por todas partes el brazo terrible de Reynaldo. Sin embargo, vuela Sobrino á socorrerlos, sin esperar las órdenes del jefe del ejército; sus guerreros son como él, mas valientes y mejor armados que los del primer escuadrón. Siguele Dardineo, cuyos soldados mal equipados son incapaces de batirse bien. Dardineo, cubierto con una coraza y una capa de maila, lleva un casco brillante. La cuarta división, mandada por Isolier, creo que es la mejor. El valiente Trason, duque de Mars, es lleno de gozo al hallarse frente á frente con los navarros mandados por Isolier: da la señal del combate á sus escoceses después de haberlos exhortado á conquistar la gloria. Ariodante, duque de Albania, hace marchar sus escuadrones. El sonido retumbante de los címbalos, tambores, timbales y otros mil instrumentos guerreros se une al ruido confuso de los arcos, boudes, ruedas y máquinas de guerra; el tumulto, los gritos confusos de los combatientes, los gemidos y lamentos de los heridos y moribundos producen un estrépito semejante al de las cataratas del Nilo cuando la caída de sus aguas atruena las vecinas comarcas. Ya oscurecen la luz del sol las flechas; torbellinos de polvo se mezclan con el vapor espeso que forma al aliento de los hombres y caballos. Chórese el campo con una nube espesa y oscura. Un ejército avanza, retrocede el otro: unos huyen, otros persiguen; los que están rendidos de cansancio son reemplazados al momento. El vencedor es muerto encima del cuerpo mismo del vencido: aumentanse las filas por ambas partes; caballería, infantería, todo está confundido. La sangre enrojeció el suelo, y tiñe la yerba con un vivo encarnado. Cadáveres de hombres y caballos cubren el césped, matizado poco ha de flores blancas y amarillas. Zerbino se señala con hazañas superiores á su corta edad: mata, hiere ó pone en fuga á los infieles. Ariodante hace brillar su valor ante sus nuevos súbditos, y llena de terror y admiración á los moros de Navarra y Castilla. Chelinda y Bosco, batidos ambos del último rey de Aragón, Calabruco y Calamidor de Barcelona, caballeros célebres por su arrojo, se lanzan fuera de las filas. Llenos de ardor y audacia, atacan á Zerbino y hieren á su caballo, que cae en tierra sin vida. Levántase el príncipe al momento y se precipita sobre ellos para vengar la muerte de su caballo. El incauto Bosco se lioniza con la creencia de hacer prisionero á Zerbino, recibe de este un golpe terrible, y cae pálido y helado por el frío de la muerte. Chelindo, al ver la muerte de su hermano, se precipita sobre el príncipe de Escocia con la esperanza de derribarle, pero este coge la brida del caballo, le tira hacia atrás, y le pone en estado de no necesitar ya sus peñas ni espada: el mismo golpe quita la vida

al caballo y al jinete. Asustado Calamidor, quiere huir á todo escape, pero Zerbino le da un sablazo de costado gritándole: «¡Aguarda, traidor, aguarda!» El acero atraviesa la grupa del caballo, que cae en tierra. El infiel se arrastra por la arena, pero el duque Trason hace que los pisotee su caballo. Ariodante, Lurcano y algunos otros caballeros vuelan al auxilio de Zerbino que está rodeado por una multitud de enemigos. Ariodante esgrime su espada: Margano, Artaleo, Elearco y Casimiro, sienten la pujanza de su brazo; los dos primeros, heridos de gravedad, huyen con la posible rapidez: los otros dos quedan muertos. Lurcano por su parte, hiere, dispersa y degüella á los saracenos. No creáis, señor, que son entonces menos encarnizada la pelea en la llanura que á orillas del río; las tropas del valeroso duque de Lancaster han atacado á los escuadrones españoles. Por una y otra parte despliegan igual furor los gefes, infantes y jinetes. Odrado, duque de Gloucester; Fierabrante, duque de York; Ricardo, conde de Warwick, y el auxilia Enrique, duque de Clarence, unen sus fuerzas con Matelido, duque de Almería, Folcon, principe de Granada, y Baricongo, rey de Mallorca. Largo tiempo está indecisa la victoria. Cristianos y saracenos se atacan y retroceden, anemajándose á las mieses cuando obedecen al soplo de vientos encontrados, ó á las olas del mar agitado. Después de haberse gozado la fortuna en aquellas luchas crueles, abandona á los saracenos. Matelido es derribado por el duque de Gloucester; Folcon, herido en el hombro derecho por Fierabrante, rueda por el suelo, y los otros dos infieles son hechos prisioneros por los ingleses. En el mismo instante, la espada del duque de Clarence arranca la vida á Baricongo. Los cristianos animados por noble ardor: los paganos, helados de espanto, dejan de resistirse y vuelven la espalda. Los fieles se encarnizan en perseguirlos, y á no ser por la llegada de nuevos refuerzos, hubiera sido forzado el campo de los saracenos.

Ferragus, que hasta entonces ha permanecido al lado del rey Marsilio, ve la derrota de los moros. Lanza su corcel á lo mas fuerte de la pelea, y de pronto se presenta ante su vista un espectáculo funesto: es Olimpio de la Serre, que con la cabeza hendida por medio, rueda bajo los pies de sus caballos. Dotado Olimpio de una voz y un rostro asustadores, sonaba todos los corazones con el poder de su lira. ¡Por qué no ha tenido horror á los arcos, carcajes, rodajas, lanzas y cimilitarras que le hacen parecer en Francia, á la flor de su edad! Ferragus le ama con ternura, y no puede verlo espirar sin espereimientar su dolor tan profundo, que la muerte de otros mil guerreros no le hubiera escitado igual en él. Corre á veagarle, y de un solo tajo hiende á su asesino desde la parte superior de la cabeza hasta la cintura. Después se lanza al medio del tumulto, rompe los cascos y las corazas, corta las cabezas y los brazos, y hiere á unos en las mejillas y á otros en la frente. Corre la sangre, y el suelo está cubierto de tantos cadáveres que se suspende la pelen en aquel sitio. Espantada la tropa se dispersa por todas partes.

Ansioso Agramante de singularizar su valor, avanza al mismo tiempo con su tropa: Baliverno, Embirago, Tarlante, Soridano y Praxius le acompañan, y sigue á estos una multitud de guerreros menos famosos. En su número tan inmenso que en aquella jornada terrible se hará un lago de su sangre, y que sería mas difícil contarlos que decir el número de hojas de árbol que se lleva el viento en el mismo. Agramante hace que regresen del asalto algunos cuerpos de infantes y jinetes, y ordena al rey de Fez que vaya con ellos á contener á los irlandeses, que amenazan la retaguardia del campamento,

El rey de Fes obedece con celeridad, pues el menor retraso sería funesto. Diríjese entonces el monarca hacia las orillas del río donde es necesario su presencia, porque Sobrino pide refuerzos. Asustados los escoceses al ver aquel ejército próximo á caer sobre ellos, pierden todo sentimiento de honor y emprenden la fuga. Ariodonte, Lurcano y Zerbino hacen frente á los enemigos, y este último, que se halla desmontado, es el que mayor peligro corre; pero advierten á Reynaldo que el príncipe de Escocia, abandonado por sus soldados, se halla en medio de los guerreros de Cireno. Dispersando el momento á los escuadrones que se oponen á su paso, vuela hacia los escoceses que buyen: «¿Adónde correis? les grita; ¿cómo! ¿cedéis á ese vil rebano de sarracenos! ¿Qué se ha hecho vuestro valor? ¿Dónde están los estandartes con que queráis adorar vuestros templos? ¿Pensáis adquirir la gloria abandonando así al hijo de vuestro rey?»

Al decir estas palabras, empujando la fuerte lanza que le presenta uno de sus escuderos, corre al encuentro de Prusio, rey de Alfarache, y le arroja el suelo sin vida; mata á Agricalte, derriba á Bambi-rago, y hiera á Soridan que hubiera perecido á no romperse la lanza. Brilla entonces Flamberga con siniestro fulgor, y de pronto pierde los estribos Serpentina, guerrero revestido de una armadura escudada cuya cornisa está sembrada de estrellas. Libre y Zerbino, puede montar en un caballo abandonado por su ginete. En el mismo momento llegan con Agramante el rey Balastre, Dardineo y Sobrino. Línzase Zerbino sobre los sarracenos y envía á los mas temerarios al infierno, á referir les proezas de los mortales. Ardiendo Reynaldo en deseos de pelear con los mas intrépidos, se adelanta hacia Agramante guerrero audaz y valiente, mas temible que mil de sus soldados; le alcanza y de un mismo golpe derriba el monarca y su caballo.

Mientras que fuera de la ciudad, el odio, el furor, la rabia de los combatientes sostienen tan cruel batalla, Rodomonte degüella dentro de París á los habitantes, quema las casas, palacios y las iglesias. Carlomagno, que está batido en otra parte, no sospecha siquiera las crueldades que está cometiendo el feroz rey de Argel. Recibe á Odoardo y Arimur, á quienes siguen los guerreros bretones, cuando de improviso llega un escudero con el rostro pálido y descompuesto. «¡Ah! señor, exclama varias veces antes de poder continuar su relato, ha llegado el último día del Santo Imperio si abandona Dios á su pueblo. Satanás, al, Satanás en persona está destruyendo y cubriendo de ruinas á esta ciudad desgraciada. ¡Ved allí los torbellinos de humo que se elevan por todas partes, mirad aquellas llamas devoradoras! ¡Escuchad esos lamentos desgarradores que estegan la veracidad de un servidor leal! Un solo sarraceno lleva á París entero á sangre y fuego; su solo aspecto basta para hacer huir á todos los habitantes.»

Al tener noticia de tales y tan cercanas calamidades, quédate Carlomagno como el que oye el sonido fúnebre y continuado del toque á rebato, y que al despertar ve el incendio próximo á devorarle. Reune entonces á sus guerreros mas valientes y marcha presuroso hacia el barrio de la ciudad en que al oír los gritos y gemidos. Sus paladines y lo mas escogido de sus soldados llevan su bandera al sitio en que Rodomonte da libre curso á su furor. Los lamentos de los cristianos conmueven al emperador, quien al ver los miembros esparcidos por el suelo, puede juzgar cuán terribles son los golpes del bárbaro. Pero aguardaría un poco si quereis saber la continuación de esta historia interesante.

ASCIENSO. — Carlos alcaza á Rodomonte con otros seis guerreros á la vez. — Descripción de la ciudad de Damasco. — Llegan á ella Grifón con Grigilla y Marian. — Historia del rey Rodomonte. — Osmegano de la Saida. — Huyo Mariano. — Grifón derriba á todos los caballeros. — Marian se apodera de la armadura de Grifón, y vuelve á Damasco. — El rey le colma de honores. — Grifón coge la armadura de Marian y la persigue. — Le pasan por la plaza en medio de una grande muchedumbre. — Arrojase sobre la multitud con sepado en mano.

CUANDO nuestros crímenes han traspasado los límites del perdón, Dios, para probar que su justicia es igual á su misericordia, envía con frecuencia á los pueblos reyes que son monótonos, terribles y sanguinarios, y salmismo ingeniosos para abusar de su paciencia. Tales fueron Mario, Sim, los dos Neronés, el furioso Caligula, Domiciano, y el último Antonino. Máximo, que saliera de una clase inmundicia y vil, ciñó la corona imperial. Ya Tebas había visto nacer á Creon, y Mecencio había regido con sangre humana los campos de la Eluria. Mas tarde fue entregada la Italia á los itanos, los lombardos y los godos. ¿Qué podré decir de Atila, del imperio Exze-Cim, del romano, y de otros ciento á quienes Dios, cansado de verlos seguir sin cesar un mal sendero, cohibió la misión de oprimirnos y castigarnos? Pero, aun sin invocar los recuerdos de aquellos tiempos remotos, ¿no hemos sufrido acaso la venganza del cielo, nosotros que, cual rebano infestado é inútil, quedamos á merced de los lobos devoradores? Después, como si su hambre se aclarara con harta facilidad y su vientre no pudiera contener aquel alimento inmenso, llamaron de los bosques ultramontanos á otros lobos mas hambrientos para devorar sus restos. Los insultos huesos de Trásmene, Cnues y la Trebia, anda son al lado de los bumeantes restos que cubren las orillas y los campos del Adán, de la Mella, del Tar y del Ronca. Para castigar nuestros vicios y nuestras iniquidades, Dios se sirve en el día de otros pueblos mas culpables que nosotros. Si nosotros nos mejoramos, encargados algún día de castigar sus crímenes, invadirnos sus fronteras.

La celestial venganza hacía pesar sin dudar su férrea mano sobre aquellas calamidades, á las que el moro y el turco habían llevado el insulto, la vergüenza y la mortandad; pero Rodomonte derramaba entonces en ellas mayores calamidades. Yo he dicho que Carlos, avisado del peligro, se dirigió hacia el sitio en que los guerreros espirantes, los palacios destruidos y las iglesias incendiadas le anunciaban la presencia del rey de Argel. Ve por do quiera fielmente representada la imagen de la desolación. «¿Adónde buis, exclama, espantados guerreros? ¿No os atrevéis á hacer frente á la desgracia? ¿Qué sailo, que bogares tendréis si vuestra villana cobardía deja escalar nuestras murallas? ¿Cómo! ¿ese hombre solo, encerrado en nuestros muros, podrá retirarse impunemente después de haberos degollado á todos? Tales son las palabras que errancau á Carlos la cólera y la indignación; no puede ver á su pueblo muerto sin defensa por el terrible pagano. Una multitud considerable se le refugiado en el palacio imperial, cuyo recinto está protegido por fuertes murallas y en los ángulos hay torres elevadas; hay dentro para defenderle municiones abundantes. Rodomonte, ebrio de coraje, bebecido de audacia y despreciando al universo entero, atacó solo aquella fortaleza. Con una mano esgrime su formidable espada, con la otra lanza la llama; después golpea las puertas con furor, y el ruido de sus golpes retumba á lo lejos. Los sitiados hacen flotar sobre él, desde lo alto de las murallas, pedruzcos de pared y almeas eternas. (Previendo una muerte próxima, ¡qué les importa la destrucción de los edificios!) La madera, las piedras de las columnas y las vigas doradas caen sobre Ro-

domonto, el cual, cubierto con un casco y una coraza de acero, sítia el pórlico. Así la serpiente, despojada de su antigua piel, sale de su madriguera enardecida por su nuevo brillo y su vigor, agita su triple dardo, lanzan rayos sus ojos, y los demás animales huyen temblando al verla. En vano caen sobre el infiel las piedras, las almenas, las vigas y las flechas: golpea y bace pedazos la puerta principal. El boquete que abre es bastante grande para que pueda ver á un pueblo tímido reunido en el patio, y contemplar sus semblantes en que están ya impresos los colores de la muerte. Oye resonar gritos lamentables bajo las bóvedas elevadas, las mujeres desconsoladas corren de una parte á otra, golpeándose el pecho, abrazando el lecho nupcial que creen ver ya macollado por los bárbaros. En aquel momento supremo es cuando llega Cários seguido de sus valientes caballeros, y considerando un momento sus manos que con tanta frecuencia alcanzan la victoria, esclama: «¿No sois ya lo que fuisteis en otro tiempo en Apremont contra el fiero Agolante? ¿No fuisteis vosotras las que arrancasteis la vida á Almonte, Trajano y otros mil sarracenos? ¿No temeréis á un solo hombre, á un sarraceno! ¡Vuestro vigor no se ha debilitado! ¡Mostroos á ese bárbaro que está degollando á mis vasallos: un corazón generoso no teme una muerte pronta ó tardía, con tal que sea gloriosa! ¡Ah! ¡no dudo de vuestra fuerza que me valió siempre la victoria! » Metiendo espuela antouces á su corcel, se precipita con la lanza en ristre sobre Rodomonte. Olivero, Ogier, Naimés, Oton, Azim, Arolio y Berenger, guerreros unidos por los dulces lazos de la amistad, le atacan y le cercan por todos lados. Mas por favor, señor, suspendamos por un momento este relato de muerte y combate, volvámos á las puertas de Damasco, en donde dejamos á Grifon y á la périda Origiia con el amante á quien apellida hermano suyo.

Entra las ciudades magníficas de Oriente, es Damasco una de las mas ricas y pobladas: situada á siete jornadas de Jerusalem, en una llanura fértil que se halla á un tiempo al abrigo de los rigores del invierno y los ardores del verano, se levanta al pie de una montaña que la oculta los fuegos de la nascente aurora; dos ríos cuyas aguas son tan puras como el cristal serpentean en medio de una multitud de jardines constantemente esmaltados de flores y cubiertos de verdor. El agua de Nafe abunda en tales términos que se podría dar movimiento con ella á varios molinos, y al pescar las calles de aquella ciudad se percibe su delicioso aroma que sale de todas las casas. La calle principal se halla adornada á la sazón con magníficos tapices de variados colores; otros tapices no menos suavuosos, arbustos aromáticos y verdes ramos ocultan por entre el pavimento y las fachadas de las casas, damas adornadas con ricos trajes recamados de pedrería, ostentan su belleza en las puertas y ventanas. En las plazas públicas se entrega el pueblo á los placeres del baile, y varios giuecos hacen caracolear sus caballos. Pero nada iguala al lujo de los principes y caballeros de la corte del rey de Damasco. Sus trajes están adornados con el oro y las piedras preciosas y las joyas de mas valor que producen la India y el mar de Eritrea.

Grifon y sus péridos compañeros avanzan lentamente. Aproximase á ellos un caballero y les ofrece hospitalidad en su palacio. Con aquella finura y cortesía que tan en uso están en el Oriente, bace que les preparen un baño, y los convida á que participen de su mesa. Díceles que Noradino, rey de Damasco y de toda la Siria, llama á los caballeros de sus estados y de los países extranjeros á un torneo que se prepara para el siguiente día en una de las plazas de la ciudad. « Si tenéis, les dice, tanto valor como indica vuestro porte noble y arrogante, podreis dar pruebas de él sin ir mas lejos. » Grifon no busca solicito esta clase

de luchas, mas tampoco desperdicia las ocasiones de mostrar su valentia: acepta pues la oferta del caballero, y le pregunta el motivo de aquel torneo. « Es una fiesta solemne, ó es acaso que Noradino quiera asegurarse por este medio de la fuerza y el valor de sus caballeros? » Esta es la vez primera, contesta su huésped, que celebramos esta fiesta, la que se repetirá cada cuatro meses. La instituye nuestro principe en conmemoracion de su libramiento, que se verificó en igual día, después de cuatro meses de dolor y angustia. Pary daros á conocer todos los pormenores de esta historia, os diré que Noradino, prendado hacia algunos años de la hija del rey de Chipre, regresaba á Siria después de haber obtenido su mano. Acompañábase numeroso séquito de damas y caballeros. Apenas habíamos salido del puerto, y bogaba el bajel por el borrascoso mar Carpinto, cuando se levantó una tormenta tan espantosa que el mismo piloto, á pesar de ser un marino anciano y experimentado, se acordó. Tres días con sus noches estuvimos luchando con la furia de las olas, y desembarcamos por fin estenuados de cansancio, á una playa abrigada por colinas cubiertas de praderas estensas y espesos bosques. Al momento se levantaron tiendas de campaña entre los árboles, se encendieron hogueras, se preparó la comida y se estendieron los tapices. Noradino seguido de dos criados que llevaban su arco y sus flechas, recorre el valle y los bosques inmediatos para cazar un ciervo, un gamo ó alguna corza. Gozosos por haber salido con bien de los peligros de la navegación, aguardábanos tranquilamente el regreso de nuestro rey, cuando un monstruo hediondo se dirigió hacia nosotros. ¡ Dios os libre, señor, de ver en vuestra vida un ser tan espantoso! Mas vale oír hablar de él que haberle contemplado. No podré deciros cuál era su tamaño ni estatura, su pecho estaba cubierto de espuma; dos bancos ocupaban el sitio de los ojos; dos colmillos semejantes á los de un jaliá, se encorvaban al lado de su nariz repugnante. Segun he dicho, aquel monstruo se dirigió á nosotros por la costa: traía la nariz levantada como un perro que olfatea la caza. Pálidos de terror, buimos todos precipitadamente, pero para librarnos de él, fuéramos preciso tener alca. El ogro, aunque ciego, se guiaba por el olfato tan bien como pudiera haberlo hecho con la vista; corremos de una parte á otra, pero en vano, pues el monstruo era harto liero en la carrera. Da enarenta que éramos, apenas pudieron llegar unos diez á la embarcacion. ¡Fuso á los prisioneros unos debajo de sus brazos y otros en una especie de morral semejante á los que llevan los pastores. Después nos encerró en su cueva, cuyas paredes son de un mármol tan blanco como el papel mas puro. Hallamos en ella á una mujer, cuyo rostro revelaba un dolor profundo. Cerca de ella se hallaban varias matronas y jóvenes, unas bastante bonitas y otras feas, de todos rangos y edades. Otra gruta, inmediata á la cueva y no menos estensa, servia de asilo á los rebaños numerosos que guardaba el mismo ogro, tanto en invierno como en verano. Complicíase en llevarlos al campo, y los tenía por distraccion mas bien que por necesidad, pues la carne humana constituia su principal alimento. Harto cruelmente lo experimentamos, pues al llegar á la cueva, devoró vivos á tres de nuestros compañeros. Después se dirigió hacia la otra gruta y nos encerró en ella después de haber salido los rebaños, que condujo al campo tocando el caramillo.

« Al volver Noradino de la caza, advina nuestro peligro. Las tiendas y pabellones estaban destruidos, y reinaba por todas partes un silencio lúgubre. No pudiendo conocer la clase de desgracia que habíamos sufrido, se dirige á la costa y ve á los marineros que se apresuraron á levar anclas y desplegar velas. Al divisar á su principe, envían una lancha para llevarle á bordo, pero instruido de las crueldades del ogro, y

desesperado por el rapto de su querida Lucina, jura Noradino morir ó salvarla. Lleno de tierno amor, sigue rápidamente las huellas recientes impresas en la arena, y llega á la cueva, donde temblando y desesperado aguardamos el regreso del monstruo. Noradino solo halla á la mujer que le grita desde lejos: «Huye, ¡desgraciado de tí si te ve aquí el ogro!»

«Poco me importe que me ves ó no, replica nuestro príncipe, nada puede aumentar ya mi tormento. No veo equívoco guiso por el acaso, sino por mi amor; seré dichoso con poder espirar al lado de la esposa á quien adoro.» Se informa ansioso de las víctimas que he hecho el ogro, y manifiesta sobre todo su inquietud por la suerte de Lucina: ¿está muerta ó cautiva?



La ciudad de Damasco.

«Compadecida la mujer del ogro, tranquiliza á Noradino, que le asegura que Lucina está viva y que ningún peligro corre así como á las otras damas, porque el ogro solo hombres devora. «Ya veis la prueba, añade, en mí y en todas las que están aquí; no nos hace ningún daño si no tratamos de huir, pero toda tentativa de evasión sería castigada cruelmente. La culpable sería enterrada viva, ó se la espondría desnuda y cargada de cadenas á la orilla del mar. Acaba de encerrar á todos tus compañeros en la caverna, y pronto la hará su ollato distinguir á los hombres de las mujeres: conservará á estas, pero los hombres pueden estar seguros de ser devorados; cinco ó seis cada día saciarán su apetito. Ya que no pueda yo indicarte el medio de salvar á la que amas, sabe al menos que no peligras su vida y que participa de nuestra suerte. Te suplico que te alejes antes que te vuelva el ogro y conozca tu presencia. En cuanto llega, la fieura de su ollato le advierte la aproximación de un extraño; descubrirá hasta el ratón mas pequeño.»

«Noradino no quiere marcharse sin ver á Lucina; prefiere morir ante su vista á sufrir tan cruel separación. La mujer del ogro no pudiendo disuadirle en manera alguna, procura ayudarle. Del techo de la cueva cuelgan las pieles de los cabritos, cabras y cerdos que han servido de alimento á las cautivas; aconseja á Noradino que se unte el cuerpo con la grasa de un macho cabrío para que aquel olor haga desaparecer el olor del cuerpo humano, y cuando está bien impregnado de tan fétido perfume, le cubre con la piel lanuda del mismo animal. A favor de aquel disraz puede ir á la cueva, en donde la piedra enorme que cierra la entrada le separa todavía de su esposa adorada. Colócase cerca de la abertura, con la esperanza de poderse mezclar entre el rebaño, y aguarda con impaciencia á que llegue la noche. Pronto le advierte el sonido penetrante del caramillo que el ogro reune sus rebaños para llevarlos á la cueva;

ve nuestro príncipe al monstruo: ¡ya podéis juzgar cuál sería su espanto! Pero el amor puede mas que el miedo, y vais á ver si el afecto de Noradino era fingido ó sincero. Levanta el ogro la piedra y el príncipe se atreve á penetrar en la cueva con el resto del rebaño. En cuanto se cierra la entrada, se aproxima el ogro á mis compañeros y elige dos para su cena. El solo recuerdo de sus espantosas guijadas me hiela la sangre. Por fin se marchó; Noradino arroja su hediondo vestido y vuela á los brazos de su querida Lucina, pero esta, en lugar de entregarse á la alegría se desespera al ver á su esposo espuesto á una muerte cierta. «¡Ay! exclama, en mi malhadada suerte conservaba al menos la dulce ilusión de que por vuestra ausencia os habíais librado del peder de un monstruo carnívoro y cruel. Habiera dejado la vida con sentimiento, pero con el dulce consuelo de saber que os salvábais. Vuestra presencia aquí duplica mi angustia, porque la sola idea de vuestra muerte renueva mi dolor.» «Querida esposa, contesta Noradino, la esperanza de librarte, así como á mis compañeros, me ha traído aquí. ¿Pientes acaso, sol de mi vida, que pueda yo vivir sin tí? Saldremos de esta cueva conforme he entrado yo en ella: seguidme pues, si sabéis resistir este olor.» Nos explica entonces el ardor que le ha indicado la mujer del ogro, para engañar el fino olfato del monstruo. Persuadidos de la efectividad de semejante estratagemas, inmelamos al instante los machos cabrios de mes edad y mas fétidos del rebaño, y uetamos con su grasa nuestros cuerpos, cubriéndonos con sus pieles.

«En el momento en que el sol, precedido de la aurora, sale de su magnífico palacio, oyóse el caramillo del ogro que llamaba sus rebaños á la pradera. Sujetaba con la mano la piedra y cerraba la cueva, y con la otra nos palpaba al pasar para asegurarse de si lo que salía era piel velluda. Hombres y mujeres, seguimos todos aquel camino peligroso; pero el ogro

detiene á Lucina llenádola de terror. Ya sea que esta no quisiera uitar su cuerpo con el detestable perfume, ó que su andar fuera mas leuto ó inseguro que el de un animal, que dejara escapar un grito de espanto, ó que sus largos cabellos flotaran sueltos, ya sea en fin por cualquiera otra causa, el ogro la co-

noco. Preocupados por nuestro propio peligro, huimos todos, cuando un grito de Lucina me hace volver la cabeza y veo al ogro que la rechaza con rudeza hacia la cueva. No obstante seguimos caminando todos en medio de los rebaños que conducia el ogro. Al llegar al medio de una pradera esperamos á que



El Ogro.

se durmiera el ogro bajo una earamada, y corrimos unos hacia el mar y otros por la parte de las montañas. El fiel Noradino no quiso seguirnos, y volvió á la cueva resuelto á morir ó á salvar á su dulce compañero. Al ver á su dulce esposa cautiva, el desdichado, entregado á la desesperacion mas violenta, intenta arrojarla á la boca del monstruo y le falta poco para sentirse molidos los huesos por sus terribles dientes; mas un resto de esperanza le detiene entre los carneros y las ovejas. Cuando el ogro se halló dentro de la cueva, su olfato le dió bien pronto á conocer nuestra fuga y la pérdida de su cuna. Lucina, á quien acusa de ser nuestra cómplice, será espuesta sobre una roca desierta. Noradino ve á su esposa sufrir por su amor, y llama en vano á la muerte. Todos los dias, mezclándose con el rebaño, sale de la gruta y vuelve á ella, y todos los dias tambien contempla las facciones de la desconsolada Lucina. Suplícalle esta que abandone aquellos sitios, donde tanto peligro corre sin poderla salvar. La mujer del ogro aconseja tambien al príncipe que se escape, pero nada puede reducirle á abandonar á Lucina, y su constancia crece mas y mas. El amor y la compasion le dieron la fuerza suficiente para sufrir tan triste esclavitud hasta el momento en que el rey Gradasee y el hijo de Agrican llegaron á aquella roca. Tanto hicieron con su audacia, que pusieron en libertad á la hermosa Lucina. Verificáronlo sin embargo con mas fortuna que pru-

dencia, pues se la llevaron corriendo hacia el mar, y la entregaron á su padre que habia llegado con ellos á aquella costa. Hizose esto en las primeras horas de la mañana, mientras el rey de Siria estaba encerrado todavia en la cueva con el ganado. Al ir Noradino al campo, no vió á Lucina, pero la mujer del ogro le participó su libramiento; dió gracias al cielo y concibió la esperanza de volverla á encontrar con la ayuda de su espada, de sus ruegos y sus tesoros. Lleno de alegría siguió con el rebaño hasta la pradera y esperó á que el ogro se durmiera tendido en la yerba; despues huyó caminando dia y noche, y pronto se halló fuera del alcance del monstruo. Se embarcó en Satalia; y hará unos tres meses próximamente que está de regreso en esta capital. Despues de numerosas indagaciones en Chipre, en Rodas, en las principales ciudades y castillos de Turquía, Egipto y Africa, antes de ayer recibió noticias de Lucina por primera vez. El rey de Chipre le participa que ha llegado sana y salva á Nicosia, despues de haber sufrido una tormenta horrosa. Noradino loco de alegría ha instituido esta fiesta, que se repetirá cada cuatro meses, en conmemoracion del tiempo que pasó bajo un disfraz asqueroso en medio de los rebaños del ogro. El torneo de mañana recordará el momento de su feliz libramiento. De lo que acabo de referir, parte lo he visto por mis propios ojos; lo demas lo he sabido por el mismo rey que permaneció cautivo durante los

idas y las calendas. Sus pousos han sido sustituidos por la mas viva alegría, y si alguno niega estos portomores, podros decirle que está mal enterado.»

De esta suerte informa el caballero á Grifon de la causa del próximo torneo. Pasa una parte de la noche conversando y diciendo que Noradino era un modelo de amor y fidelidad como hay muy pocos. Levántanse por fin de la mesa; los llevan á un aposento suntuoso y se entregan al dulce descanso del sueño hasta el momento en que los gritos de alegría del pueblo vienen á despertarlos. El ruido de los tambores y clarines llama á los habitantes hacia la plaza principal de la ciudad. En cuanto oye Grifon el pinar de los caballos y el ruido de los carros, se viste su blanca armadura; difícil fuera hallar otra tan perfecta, porque la hada blanca la templó por sí misma con las damas armas, y es impenetrable. El vil caballero de Antioquia se arma tambien; se coloca al lado de Grifon. Su lindepel, siempre atento y cortes, les ha hecho preparar lanzas buenas y fuertes, tan gruesas como las entenas de un buque. Les da escuderos y criados y sale con ellos rodeado de una comitiva numerosa de amigos y parientes. Al llegar cerca de la liza, se mantienen apartados, de modo que pueden examinar á todos aquellos hijos de Marte, en aiosos de lucir su valor y destreza. Llegan estos solos en grupos pequeños de dos ó tres; el color de las banderas y banderolas indican á las damas la tristeza ó alegría de los campeones. Las insignias que llevan en los cascos y broqueles anuncian sus triunfos á reveses amargos.

La armadura de los sirios era en aquella época exactamente igual á las de los caballeros de Occidente. Habían imitado los usos y costumbres de aquellos dueños de la ciudad santa, ciudad que los cristianos de hoy en día, cobardes en su mismo orgullo, dejan en poder de los infieles. En lugar de enristrar nuestras lanzas tan solo en defensa de la religion, volvemos sus aceradas puntas contra nosotros mismos, y nos esforzamos para destruir el corto número de mortales que adoran á un verdadero Dios. ¡Vosotros españoles! ¡vosotros franceses! ¡dirigid á otra parte vuestras armas! ¡Vosotros suizos y alemanes, ¡buscad combates mas gloriosos! ¡Aosola un país sometido hace mucho tiempo á la verdadera fé. Si quereis merecer nuestros nombres de pueblos Cristianísimos y Católicos, ¿por qué matais á los hijos de Jesucristo? ¿Por qué despojarlos de sus bienes? ¿Por qué no procurais conquistar de nuevo á Jerusalem que os fue arrancado por algunos renegados? ¿Por qué dejais á Constantinopla y tantas comarcas feraces en manos de los inmundos turcos? España, ¿no tienes ante tí á esa Africa que te ha hecho sufrir mil veces mas insultos y calamidades que la Italia? ¡Y por arruinar á este país desgraciado renuncias á una empresa justa! ¡Y tú Italia, indigna de todos los crímenes, duermes sepultada en la embriaguez, sin avergonzarte del yugo que te impone una nacion que fue en otro tiempo esclava tuya! Suiza, si el temor de perecer de hambre en tus grutas te lleva á Lombardia; si pides pan á la muerte, término de tu miseria, piensa en que las riquezas del turco no están lejos de tí. Arroja á esos paganos viles de Europa, ó por lo menos de la Grecia: así podris librarte de la miseria ó morir con gloria. Esto que te digo, se lo repito asimismo á tus vecinos de Alemania. En Bizancio están los preciosos tesoros de que despojó Constantino á Roma. El Pactolo y el Hermos, que arrastraban arenas de oro; la Lidia, la Mygdonia, esas comarcas deliciosas tan célebres en la historia, no están bastante lejos para que no podais intentar conquistarlas. Sublime Leon, ¿tú que tienes las llaves del cielo, no sufrás que la Italia que le mas tiempo sepultada en tan estúpido sueño! tú eres su dueño y su protector; Dios te ha dado el báculo del mando y un nombre temible para que sien-

do protector de tu rebaño contra los voraces lobos, muestres la fuerza del pastor y el valor del león.

Pero al cambiar asunto, ¡cuánto me he apartado del camino que antes seguiera! No sé á la verdad si me será dudo hallarle de nuevo. Os hablaba, según creo, de los sirios, cuyas armaduras eran semejantes á las de los franceses. La plaza grande de Damasco brillaba con los fuegos de los cascos y las corazas. Desde los balcones echaban flores las damas sobre los caballeros que mostraban su destreza haciendo caramolear sus corceles. Los quietos, tanto buenos como malos, lanzaban sus caballos á la liza. Unos merecian elogios, otros escitaban las risas y rechifla de la multitud. El premio del torneo era una armadura magnífica comprada por Noradino á un mercader que la habia hallado en el camino de Armenia. La generosidad del príncipe le habia hecho añadir una chiqueta turca de un valor inestimable, adornada con bordados de oro y piedras preciosas. Si Noradino hubiera podido sospechar cuál era el buen temple de aquella armadura, á pesar de su generosidad y munificencia, la hubiera conservado cuidadosamente. Pero sería harto largo de contar aquí cómo habia sido abandonada á merced del primero que llegara: aguardaré ocasion mas propicia para relatarlo. Por ahora debo hablar de Grifon. Al llegar este á la plaza Grande, habíase roto ya mas de una lanza; ocho magnates jóvenes, de ilustre cuna, favoritos todos del rey y afamados por su destreza en las justas y combates eran los mantenedores del torneo, con lanza, espada ó maza. Estas luchas no cejaban de ofrecer peligros, pues aunque Noradino tenia el derecho de separar á los combatientes, velase con frecuencia destrozadas las armaduras por los caballeros, que desplegaban el mismo encarnizamiento que si peleasen con enemigos verdaderos.

El caballero de Antioquia, aquel perdido Martán, tan cobarde como insensato, imaginándose haber adquirido una parte de la fuerza de su compañero, se atreve á entrar en la liza, y aguarda el término de un combate empeñado entre dos caballeros. El señor de Seleucia, uno de los ocho que mencioné antes, combate con Ombruno; y le da en el rostro tan violento golpe que cae muerto en la arena. Deploran todos su suerte funesta, porque estaba dotado de mucho valor y ningún príncipe le igualaba en corteisía. Al ver Martán aquel espectáculo, tiene sufrir igual suerte; puede mas en él la cobardía que el valor. Grifon, que se halla cerca de él, escita su valor y le empuja hacia un caballero. Pero, á la manera que un perro, persiguiendo á un lobo temible, avanza algunos pasos, luego se para y ladra al ver los dientes amenazadores y el fuego sombrío que brilla en sus ojos; así Martán, á pesar de hallarse en presencia del rey y de todos los caballeros, evita el encuentro de su adversario y vuelve riendas. Hubiera podido decir que su caballo se negaba á obedecer; pero eran tan manifestos su terror y vacilación, que toda la elocuencia de Demóstenes no hubiera podido hacerle disculparse. Su armadura le parece un carton frágil y emprende la fuga en medio de los silbidos de la multitud, que le sigue hasta el palacio en que corre á refugiarse.

Grifon, lleno de ira y vergüenza, se cree deshonrado por la cobardía de su compañero; antes que sufrir tal infamia, hubiera sufrido el fuego de un hornillo ardiente. Imagina que le comparan á aquel caballero indigno. Es preciso que su valor resplandezca ahora con mas brillo, porque la menor debilidad sería exagerada; si cede una pulgada de terreno, le acusarán de haber retrocedido diez brazas. Tales son las dudas crueles que la cobardía de Martán hace pesar sobre él. El audaz Grifon enristra su lanza y lanza su corcel contra el señor de Sidonia, á quien derriba en la arena. Levántanse todos los especta-

res, sorprendidos por aquella proeza que no esperaban presenciar. Grifon, cuya lanza ha quedado intacta, la hace astillar contra el escudo del señor de Ladoica, que se queda un momento achado sobre la grupa de su caballo, y después se levanta prontamente, y se precipita con la espada levantada sobre el paladín. Sorprendido nuestro héroe de verle a su en pie, dice para sí: «Concluyamos con la espada to que no pudo hacer la lanza.» Caee sobre su adversario; y le da un golpe que parece venir de las nubes: hastiándole á Grifon otros dos golpes para arrancarle de la silla. Dos caballeros de Apameo, llamados Tyriss y Corimbo, que pasau por ser invencibles en esta clase de justas, sufren la misma suerte. Uno cae al primer choque, y el otro cede á la terrible espada de Grifon. Ya le concedan los espectadores la palma del torneo. Llegan entonces un magnate arrogante: es Salinterno, gefe de los asuntos extranjeros, caballero mayor y mariscal de la corte del rey. Indignoso su orgullo al ver que un extranjero alcanza la victoria. Diríjese al paladín, y le reta al torneo. Grifon, cogiendo una lanza fuerte, le da en medio del escudo un golpe terrible que penetra hasta la coraza y le traspasa el cuerpo de parte á parte. Apludido su caída la multitud, porque Salinterno, sentido por el rey, se ha hecho odioso al pueblo por su avaricia. Grifon hacen en seguida medir al suelo á Ermofilo y Carmouido, el primero es gefe de la guardia del rey, el segundo es gran almirante de Damasco; uno es arrojado de la silla, el otro rueda envuelto con su corcel. Solo le falta combatir con el señor de Seleucia, que pasa por el mas valiente de los ocho caballeros; su armadura y corcel son escelesetas. Los dos adversarios se alcanzan en la visera: el señor de Seleucia pierde uno de los estribos, y arroja el trozo de su lanza, imitable Grifon, y ambos se atacan de nuevo con espada en mano. Del primer golpe, capaz de romper un yunque, biande el franco en dos partes el hierro y el hueso del escudo del sarraceno, y si las muelas no hubieran sido tan buen temple, la carne hubiera sido cruelmente destrozada. Con testa al otro con un golpe que habria roto el casco de Grifon si no hubiera sido obra de una hada. La lucha es desigual, porque el pagano no puede romper una armadura impenetrable, mientras que la suya vuela hecha pedazos. Noradino, obedeciendo á los desos de todos los espectadores, interrumpe aquel combate en que el señor de Seleucia hubiera dejado con facilidad la vida. Los ocho campeones que han desafiado á todos los caballeros, salen sucesivamente de la liza en que no pueden mantener la pelea contra un solo adversario. Los demás se retiran, porque el paladín ha hecho lo que ellos pretendian ejecutar. Habiéndose concluido el torneo en menos de una hora, Noradino, para prolongar la fiesta, baja de su balcón, hace cubrir la liza de telas, y divide á los caballeros en dos trozos, segun sus proezas y su rango; después hace que comencien nuevas justas.

Sin embargo, Grifon, arrebatado de cólera, regresa á su habitación, mas averguizado de la afrenta que le ha hecho sufrir Martin que satisfecho de su gloriosa victoria. El caballero de Antioquia, secundado completamente por la perla Origiila, recurre á mil mentiras ingeniosas para disculpar su cobardía. Ya sea disimulo ó debilidad, Grifon parece admitir sus esplicaciones; pero quiere marchar al momento, temiendo que el populacho insulte de nuevo al cobarde Martin. Diríjense los tres por calles tortuosas á una de las puertas de Damasco. Después de una caminata de unas dos millas, viene el hijo de Olivero á su caballo rendido de cansancio, y sintiendo sus párpados sobrioletos, se pone en la hostería mas cercana. Quitase el casco y la armadura, despoja á su caballo de la silla y la brida, y se tiende en su lecho para disfrutar de algun reposo. Giórranse

sus ojos al momento, y nunca durmieron tan profundamente los tejones ni lirones. Martin y Origiila, retirados á un jardín inmediato, urden la traicion mas infame que su puede imaginar; convienen en que Martin tomará la ropa, las armas y el caballo de Grifon, y que irá á presentarse á Noradino como el vencedor del torneo. Ejecuta el infame este proyecto sin vacilar; cábrese con la blanca armadura de Grifon, y monta en su corcel, mas blanco que la leche. Después, acompañado de Origiila, aparece de nuevo en la liza, en el momento en que concluía el último combate á espada. Ignorando el rey todavia el nombre del vencedor, recibe gozoso al héroe de la blanca armadura y del corcel de igual color. Semejante al asno que se revistió de la piel de un león, se aproxima el villano cual pudiera haberlo hecho el intrepido caballero. Noradino le estrecha entre sus brazos y le designa bondadosamente un sitio á su lado. Para colmo da honor y gloria, ordena que su nombre victorioso sea proclamado al ruido de los instrumentos, y mil veces repitun el nombre del infame. Quiera Noradino que vaya á su derecha en el tránsito al palacio. Hiercles y Marte no hubieran sido mejor honrados ni festejados. Preparaban un aposento magnifico; los caballeros y los pajes rodean á la perla Origiila.

Mas tiempo es ya de que volvamos al buen Grifon, que lejos de sospechar semejante traicion, se entregaba al sueño y no despertó hasta la tarde. En cuanto vió que el día estaba tan adelantado, corrió á toda pisa al sitio en que durara á la hermosa Origiila y su supuesto hermano. No los halla y busca inutilmente su ropa y su armadura. Empezian las sospechas á penetrar en su mente, mas pronto pierde todo genero de duda, porque ve en lugar de su cota de maila el jubon de Martin. El hostelero le declara que hace mucho tiempo que el caballero de las blancas armica ha regresado á la ciudad con su dama y sus escuderos. Grifon conoce por último el lazo en que le ha hecho caer el amor: el supuesto hermano no es sino el amante de Origiila, y se ha dejado alucinar por las traideras palabras de un que con tanta frecuencia le ha engañado. Ha tenido ocasion de vengarse y ha descuidado hacerlo; ahora arde en deseos de castigar á un amigo que bnyó ya. Obligado á servirse de las armas y caballo de un cobarde, hubiera hecho mejor sin duda en marchar desnudo, que en vestirse una armadura deshonrada, y tomar un casco y un escudo despreciados; pero el ardor de la venganza puede mas en él que la razon. Penetra en Damasco una hora antes que concluya el día. No lejos de una de las puertas hay un castillo magnifico, cuyas fortificaciones valen menos que su rica decoracion. El rey y toda su corte, reunidos en una sala inmensa, se entregan á los placeres de un festin espléndido. Desde los balcones descubre en vista las murallas de la ciudad, los campos y la hermosa campiña. Cuando entra Grifon por la puerta, cubierto con la armadura del mandárin, le ven todos los señores de la corte; los caballeros y las damas se rien, creyendo conocer al cobarde. Martin está sentado inmediato al rey, y á su lado se halla su digna querida. Noradino le pregunta el nombre de aquel caballero que tan en poco tiene su honor, y qui se atreve á presentarse de nuevo en la ciudad después de haber dado tan grandes pruebas de cobardía: «No puedo comprender, añade el monarca, que un paladín tan intrepido como vos, tenga por compañero al caballero mas villano de todo el Oriente. ¿Le habeis traído con vos para hacer resaltar mejor vuestro incomparable valor? Os juro que si no fuera por consideracion á vos, hubiera sufrido ya el tratamiento ignominioso que merecen tales caballeros; aborrezco á los cobardes, y tan solo á vos deberá la impunidad.» Martin, cuya alma es el receptáculo de todos los vicios, responde

sin vacilar: «Principes ilustre, difícil me fuera nombrarosle, pues le encontré casualmente en el camino de Antioquia, y tan solo de esto le coazco. Su porte me hizo suponer que se conducía con valor, no coazco mas proeza suya que la hazaña, bien triste por cierto, que habéis presenciado. En tal manera me indignó su bajeza, que tuvo intenciones de ponerle en estado de no volver á manejar la luza ni la espada: tan solo me coazco el respeto á vuestra persona y al sitio en que me hallaba. Pero me ruborizaba pensando si pudiera jactarse de haber sido compañero mío durante dos días, y siento todo el peso de la deshonra que recae sobre mí por esto solo. Ha mancillado á toda la caballería, y es preciso que no quede impune su crimen; por consiguiente no me causará pesar el verle colgado de las almenas del castillo. Este castigo justo serviría de escarmiento á los cobardes como él.» Aplaudió Origielle este discurso; pero Noradino replica: «¡Esa acción vergonzosa no merece la muerte! Deseo castigar tan solo á ese caballero, entregándole á los insultos del pueblo.» Al instante uno de sus lacayos escoge por orden suya algunos soldados, y todos se adelantan hacia la puerta por donde ha de pasar Grifón. Le aguardan silenciosos, y apoderándose repentinamente de él en el momento en que se halla entre ambos puentes, le llevan de injurias y le precipitan en un calabozo.

En cuanto el sol, saliendo del seno de la antigua Telia, hubo disipado las sombras de la noche y dorado las cumbres de los montes, el cobarde Marian que teme al hijo de Olivero y su justa cólera, se apresura á despedirse del rey y se aleja presuroso, alegando por pretexto su repugnancia á presenciar el suplicio de su antiguo compañero. El rey añade ricos presentes al premio del torneo, y entrega á Martin un escrito que atestigüe sus proezas. Deyemos marchar á este miserable, pues ya es seguro que pronto tendrá la recompensa de su infamia. Grifón, llevo de ultrajes, ha sido llevado á la plaza grande, y le rodea la multitud. Quitándole el casco y la coraza, y cubierto tan solo con un justillo, le colocan en lo alto de una carreta, que arrastran con lento paso dos vacas estenuadas de hambre y cansancio. Viejas hediondas y mujeres perdiditas rodean la carreta; dirigen alternativamente la viciante marcha del vehículo, y llaman á Grifón de injurias groseras. Los chicos son los que se muestran mas ocurazados; no contentos con hacer resonar el aire con sus insultantes clamores, hubieran golpeado al paladín si algunos señores mas sensatos no los hubieran contenido. Las tristes armas que han causado la equivocación están atadas detrás de la carreta y manchadas de barro. Arrastrado Grifón hacia una especie de tribunal, se oye reconvenir públicamente por la cobardía de otro: después le exponen en las puertas de los templos, de los palacios y las casas, donde le son prologados los epitetos mas vergonzosos. Por último le arrojan fuera de los muros de la ciudad, porque una sentencia deshonrosa le destierra ignominiosamente de ella. Apenas le quitan las cadenas que sujetan sus pies y manos cuando coge enfurecido la espada y el broquel que están atados detrás de la carreta. El populacho cobarde y desprovisto de armas no puede oponerle ni picas ni lanzas... Pero señor, aplazo el fin de esta aventura para el canto siguiente; tiempo es ya de que concluya este.

## CANTO XVIII.

Asesunto.—Grifón hace una melanza espantosa.—Rodomonte vea el seno á nado.—Kecreote se va aneno, mensajero de Bezelicia.—Paris para ir á abiturar con Wandricardo.—Carlos vuelve á poner la ciudad en estado de guerra.—Barduelo mata á Lorceno.—Libra Noradino á Grifón.—Aquelante trae á Origielle y Martin á la ciudad de Damasco.—Martin es acotado por mano del verdugo.—El rey hace anunciar otras justas.—Merfisa conoce en ellas su armadura, y consigue que se le restituyan.—Los peladnos y Merfisa marchan con direcciones á Francia.—Tompeul.—Rynadino mata á Gardelino. Huyen los saracenos.—Gloria y Mader salen de sus encieramientos.—Mader encuentra el cuerpo de su amo, y se le lleva sobre sus hombros.

MAGNÍFICO señor, con razon infinita he cantado siempre y celebro todavia vuestras nobles acciones, no obstante lo débil y escaso que es mi voz. Entre todas las virtudes que en vos admiro, hay una sobre todo que escita mis alabanzas. Si vuestro trato es fácil, no lo es tanto eagararnos. Os he visto con frecuencia defender á la persona ausente cuya conducta vituperaban distintas voces, y suspendiais vuestro fallo hasta tanto que el culpado pudiera justificarse. Por eso, antes de condenar, quisisteis siempre escuchar al acusado, y los meses y aun los años no os parecían harto largos para decidiros. Si obrara Noradino con igual prudencia, no hubiera tratado á Grifón tan cruelemente; vuestro nombre sería bendecido sin cesar, y el de Noradino maldecido para siempre. No fue causa, acaso, de la matanza de un número inmenso de vasallos suyos.

El paladín, en menos de diez mandobles, derriba en derredor del carro treinta victimas de su cólera y su venganza: asustado el populacho se dispersó por el campo. Algunos fugitivos procuran penetrar en la ciudad y caen unos sobre otros. Grifón, sin proferir una sola amenaza, ni una sola palabra, degüella despiadadamente á aquella multitud inerme y lava en torrentes de suagre el insulto que sufriera. Por fin, los mas ágiles, olvidando á sus compañeros para pensar tan solo en su propia salvacion, entran por la puerta y alcanzan el puente levadizo. Los demas, pálidos y temblorosos, continúan huyendo sin atreverse á volver la cabeza. Respeñan por todas partes los gritos, el tumulto y un rumor espantoso. En el momento en que alcanzan el puente, coge Grifón á dos sirios robustos, estrella la cabeza de uno de ellos contra la muralla, y agarrado al otro por la cintura, le arroja por encima de las murallas al interior de la ciudad. El pueblo ve con estupor á aquel hombre que parece caído del cielo: todos temen que el terrible guerrero salta tambien al muro. Un asalto dado por el soldado de Egipto no hubiera producido mayor confusion. El ruido de las armas, los chillidos penetrantes, los sonidos confusos del toque á rebato, y de los clarines y tambores conmueven el espacio. Pero aguardad otra ocasion para referiros la continuacion de esta historia. Vuelvo á Carlomagno que marcha presuroso contra Rodomonte, ocupado entoces en degollar á los habitantes mas infelices de Paris. Ya recordais que Ogier el Danés, Naymes, Olivero, Avino, Arolio, Bereguer y Otou rodean á su montesa. Todos ellos golpean á un tiempo la coraza impenetrable, formada de la piel escamosa de un dragon. A la manera que un avio se lanza y despliega sus velas después de haber resistido innóvil á los vientos mas impetuosos, así Rodomonte alza su erguida frente después de haber sostenido un choque capaz de conmover á una montaña. Guido, Remer, Ricardo, Salomon, el traidor Ganelon, el fiel Turpino, Angolier, Angelino, Marco, Trou, Hugo y Mateo de San Miguel se reúnen con los ocho guerreros que antes nombré. Odovido y Aunian, caballeros llegados recientemente de Inglaterra, cercan tambien á Rodomonte. La sólida torre que se cae sobre un peñasco fuerte de los Alpes, no opone mayor resistencia á los esfuerzos de

dos vientos encontrados y furiosos, capaces de arrancar los fresnos y abetos, que la faja opuso á los golpes de tantos enemigos el arrogante saraceno, ébrio de ferocidad y orgullo. Su venganza, semejante al rayo que sigue al instante en que se oye al trueno, satisfará bien pronto su cólera. Hugo de Donodon, que es el primero que se halla al alcance de la espada de Rodomonte, á pesar del buen temple de su casco, recibe un tajo que le parte la cabeza hasta los dientes. En vanillos ven golpes y estocadas sobre su escamosa coraza, pues parecen agujas finas pinchando en un yunque. Empero los guerreros han abandonado las murallas para volar al sitio en que se halla Carlos, á lo mas fuerte del peligro. Corren tumultuosamente los parisenses: renaca su valor, tanto es lo que la presencia del emperador ha reunido á todos. Cuando en los juegos de un circo se encierra á un toro bravo en la jaula de una leona acostumbrada á los combates y rodeada de sus cachorros, asustados estos al pronto por las astas amenazadoras y los rugidos del animal, se estrechan junto á su madre; pero al enano la leona se lanza sobre el enemigo, los leoncillos tranquilizados la imitan presurosos: procuran todos saciarse de sangre; no degaara el lomo del toro, y otro se ceta en el cuello. Así desde las ventanas y tejados de las casas escuchan los parisenses al saraceno, y hacen llorar sobre él niños de flechas. Parecidos á los enjambres de abejas, los infantes y ginetes y el populacho llenan todo el ámbito de la plaza; hubiérase sido precisos al rey de Sarsa mas de veinte dias para dar muerte á toda aquella multitud, aunque se hallara reunida en un solo grupo. Viendo Rodomonte que la multitud crece y se aumenta sin cesar, á pesar de los torrentes de sangre que derrama, empieza á pensar que hará bien en aljarse. Dirige terribles miradas á aquellos hombres que le cierran todas las salidas, pero él sabrá abrirse camino. De pronto luce el molinete con su espada, y obedeciendo á un instinto furioso, se arroja sobre los bratones que están formados bajo la bandera de Ariman y Odvarlo. De un solo tajo corta quince ó veinte cabezas y degaara al pecho á otros tantos caballeros. Hubiérase creído al verla que pedaba los sarrientos de una villa ó los reñotes de un azuque. Iodice su pao con arroyos de sangre, cráneos y brazos destrozados, y pelazos de carne palpitante y esparcidos por el suelo. Retrocede, pero su rostro no revela el mas mínimo terror. Pronto llega á la isla, cerca del sitio en que las murallas se alejan de la orilla del río. Mas á través los parisenses, emprenden su persecución. Así el generoso leon, perseguido por los numidas y los masilúes, se muestra arrogante todavía en su fuga; amenazando siempre, se retira lentamente á las guardias del monte. Lo propio hace Rodomonte: se aproxima sin temor á la orilla, á pesar de los lanzas, lanzas y espadas que la acotan sin descanso. Tres veces consecutivas, arrebatado de furor, vuelve á entrar en la ciudad é inmolaba una multitud de víctimas. Por último, ordena la prudencia que cese de combatir; se precipita en las aguas y se libra del peligro; nada completamente armado, cual si al pesado acero se convirtiera en corcho. Africa, no te enauvanzas ya de haber visto nacer á Anibaly Anteol; Niagun mortal puede compararse á Rodomonte! Llega á la orilla opuesta, y su mayor pena al contemplar aquella ciudad que acaba de atravesar, es el no haberla quemado y destruido completamente. Devórala el desprecio y el orgullo: quisiera escalar da nuevo las murallas, y gime y suspira. Pero un mensajero se acerca por el borde del río é interrumpe sus crueles ideas: pronto se diré lo que ocurra, por ahora lengo que referiros otras cosas. Preciso es instruirlos de lo que hizo la Discordia para obedecer las órdenes del ángel. Tiene al encargo de suscitir querrelas y combates entre los caballeros mas valientes de Agramante; sepárase da

los frailes en la misma tarde, después de haber aconsejado al Fraude que mantenga entre ellos el desorden y la división hasta su regreso. Piensa que necesitará al Orgullo, y como leye mucho tiempo que habita en el mismo monasterio, le dice que la siga. Consiente gustoso en ello, y ancaraga á la Hipocresía que la suscitara entre los frailes. Pónese pues en camino en implacable furia con su digno compañero; pronto encuentran á la Envidia que va al campo de los saracenos con un enano que envía la hermosa Dorafica á Rodomonte para instruirle de su aventura. Ya os ha dicho cómo había caído aquella priera en poder de Mandricardo, de lo cual había de informar el enano al ray de Sarsa. Cuando la Envidia vió al enano, advino el objeto de su viaje y se apresuró á acompañarle. Gozosa la Discordia por tener este encuentro, regocijase mas con el saber sus intenciones; es un medio excelente para escitar el rey de Sarsa contra Mandricardo, y espera hallar otros motivos da contienda para desquitar á los demás gefes. Acompañados por el enano, los dos aliados espantosos se aproximan á la ciudad en que Rodomonte acaba de cometer tantas crueldades, y se llaman al saraceno en la orilla del Sena. Al ver el bñbaro al mensajero habitual de la mujer á quien adora, siente disminuir su cólera, y brilla en sus facciones una serenidad apacible. Lajos do sospechar el alitroje que sufrira su enada, se acerca alegremente al enano. «Holla, ¿qué nuevas me traes? le pregunta; ¿adónde la envía Dorafica?». «La primera no es ya viva, replica el enano; está cautiva, y yo no me halló ya á su servicio. Encontramos ayer á un caballero descorrete que la arrabató.». Al oír estas palabras, la fria Envidia hace que se deslicen los celos, coal rastrera y flexible serpiente, en el corazon del rey, y continuando el enano su relato, habla del atentado del caballero que se ha apoderado de Dorafica, después de haber dado muerte á toda su escolta. La Discordia coge entonces un guijarro y un eslabon, aplica el Orgullo un codo á las espaldas que hace saltar aquella, y produce un incendio espontaneo en el corazon de Rodomonte. Muga, suspira, y parece amenazar al cielo y los elementos. La tigre cuando baja de la montaña, y va su guarida vacía y sus cachorros arrebatados, recurre los montes, los bosques y la llanura lanzando rugidos: así Rodomonte, poseído da furor, se vuelve hacia el enano. «Sígueme! le dice, y mas rápido que el lagarto, cruza una llanura abrasada por los rayos del sol. No tienes corcel pero se proponen apoderarse del grado ó por fuerza del primero que encuentre. La Discordia que lia aditvindo su pensamiento, se sonrie, mirando al Orgullo. «Es preciso, le dice, que el caballo de que se apodera haga nacer nuevos divisiones.». Desde entonces cuida de aljar todos los caballos, con el fin de que solo encuentre Rodomonte al que ella ha elegido. Pero volvamos á Carlomagno.

Después de la retirada del saraceno, hace el emperador apagar el incendio; reforma sus batallones, y coloca guardias en los sitios peor defendidos. Luego, con el resto de su ejército, dispon una salida por todas partes desde San Germán hasta San Victor. Cada division recibe la orden de ir á formar con las demás un solo cuerpo en medio de la atensa llanura que se estiende enfrente de la puerta da San Marcolo. Obedecense puntualmente sus instrucciones: entonces anima con la voz á los guerreros y da por fin la señal de la batalla. Agramante, que ha sabido en otro caballo á pesar da los esfuerzos da los cristianos, marcha con el alcaide de Isabel; Loreano y Sobrino se atacan con furor; protegido Reynaldo por la fortuna tanto como por su valor, arroja y hace tajadas á un escuadron. Carlos avanza contra la reataguardia enemiga, en la cual ondea la bandera del rey Marsilio; allí se halla lo mas escogido de los caballeros de España. Coloca el emperador su infantería en el centro

y su caballería en los flancos, y empieza el ataque con horrisono estruendo de clarines y tambores. Pronto cejan los sarracenos, y se pnenocian en retirada a no ser por la llegada de Falsiron y Grandoulo, que están mas acostumbrados al peligro y llegan en aquel momento con Balugate, Serpeutino y Ferragües. Este último esclama con voz estentórea: «Compuñeros, herminios, manteneos firmes y no podré rechazaros el enemigo. ¡Pensad en la gloria, en el botín inmenso que os aguardan si sois vencedores; pensad en el baldon y peligros que os están reservados si huís!» Esto dice y lanzando una lanza enorme, cae sobre Berenguer, que se está batuyendo con el Argalife, y le hace rodar por el suelo. De un solo bote derriba a ocho caballeros, y cada uno de sus golpes es mortal. Reynaldo por su parte hace tal matanza de sarracenos, que me sería imposible decir el nombre de sus víctimas; nada puede detenerle. Lureano y Zerlino combaten con igual valor, y sus hazañas son dignas de eterna memoria. El primero hiende la cabeza a Fanduro, que manda los guerreros de Sali, Marruecos y Zamara. El segundo mata a Balastro, jefe de las tropas de Alzerbe, mandadas antes por Tardoulo. Mas no se crea por esto que los sarracenos son insubidables para manejar la lanza ó la espada. No dejaré sepultados en el olvido á los que son dignos de recordarse, y señalaré sobre todo al rey de Zamara, Dardinele, el valiente hijo de Almonte; de un bote do lanza derriba á Hualerto de Melforte, Claudio Dubois, Elias y Delfin del Monte. Cae el hijo de su espada Raimundo de Londres, Asoelmo de Stralford y Pinamonte. De estos siete caballeros pierden cuatro la vida, uno sale herido y los otros dos quedan privados de sentido. A pesar de tantos esfuerzos, no puede sostener la división de Dardinele el ataque de los cristianos, menos numerosos, á la verdad, pero mas valientes y mejor equipados y disciplinados. Los Moros do Zamara, Suez, Marruecos y Camaro huyen; los de Alzerbe manifiestan su pánico terror, pero los ruegos y amenazas de Dardinele les impiden que emprendan la retirada. ¡Probadme, les dice, que seguís venerando la memoria de Almonte, y no abandonéis á su hijo en medio del peligro! ¡Dejareis perecer co la flor de su vida al hombre en quien habéis fundado tan bellas esperanzas? ¿Queréis pues morir sin defensores, y no volver ni uno solo á África? En cuanto empecéis á huir, es segura vuestra muerte. No hallaremos cerrados entre montes inaccesibles y el proceloso mar; ¿cómo nos vemos de librar do porocer? ¿No vale mas morir con gloria, que entregarnos al suplicio y á la merced de esos linheos? Por favor, amigos, tenenos firmes, conservad vuestras filas, que tal es para vosotros la única probabilidad de salvacion. ¡Todos esos cristianos, como nosotros, no tienen mas que una cabeza, una vida y dos brazos como nosotros!» Al decir estas palabras, el impetuoso Dardinele mata al caude de Atol.

El recuerdo de Almonte reanima el valor de los africanos; ven que la muerte es preferible á una fuga vergonzosa. Guilfermo do Burani k sobressalta de entre sus compañeros de toda la altura de su cabeza: la espada de Dardinele hace volar á lo lejos aquella cabeza de un solo tajo, igualado así la estatura del ígles con la de los demás guerreros. Destroza el ércano al desgraciado Aroun de Cornouailles; en vano quiere salvarle su hermano, pues Dardinele lo rompo los brazos y lo abre el pecho. Bacia ha prometido á su joven esposa regresar al cabo de seis meses.... Dardinele le atraviesa de parte á parte, dispénsandole de cumplir su juramento. Ve entouces avanzar á Lureano que acaba de inmolat á Dorchilo y Gardou. Lureano ha degollado á este, y al otro le parte la cabeza basta los hombros. Alteo, á quien quiero Dardinele tiernamente, huye con tanta lentitud y no puede librarse de la muerte. El hijo de Almonte coje una lan-

za y corre á vengarlo. Jura consagrar á Mahoma, en la uexquita grande, los despojos de su adversario. Atravesando entouces el espacio que le separa del escoces, le tira un bote terrible y le atraviesa el cuerpo con su lanza; después manda á sus escuderos que cojan su armadura. ¡Cómo describir el dolor de Ario-dante! ¡Cómo expresar su deseo de enviar al infierno el alma del matador! ¡Por qué viene la oprimida multitud de los combatientes á oponer un obstáculo á su venganza! En vano procura abrirse paso con su espada; aparta y derriba todo lo que le estorba. Dardinele, por su parte procura también alcanzarle, y miedras estenua el uno á los caballeros de Francia, Inglaterra y Escocia, mata el otro sarraceno sin cuento. Mas no quiere permitir el destino que se encuentren: reserva á Dardinele un adversario mas terrible, y sus decretos son inevitables. Reynaldo está cerca de allí, y Dardinele sucumbirá á sus golpes.

Pero bastante se ha hablado de los combates memorables que se dan en el Occidente. Tiempo es ya de volver á Grifon, á quien he dejado poseído de furiosa cólera, en medio de un pueblo aterrado. Avisado Noradino del tumulto y fuga de sus súbditos, toma mil arqueros y hace que abran las puertas de la ciudad. Desembarazado Grifon del populacho, se cubre por segunda vez con la armadura deshonrada. No lejos de allí hay un templo rodeado de fuertes murallas y un foso. El paladín se apodera del puente, y tranquilo é impasible, aguarda sin temor la numerosa tropa de soldados que sale de las murallas; aproxima sus filas, amenazando y lanzando gritos terribles. De pronto empuña con ambas manos su formidable espada, cae sobre los guerreros de Noradino, y hace un destroz espantoso. Pronto se retira al puente, descansa un momento, y después se arroja de nuevo sobre los agresores, tira mandobles á diestro y siniestro, y derriba infantes y ginetes. Furiosos los sarracenos, aumentan su escarnizamiento; la multitud le rodea y le estrecha; Grifon teme sucumbir: herido ya en el hombro y en el muslo derecho empieza á perder oliento. Pero la virtud protectora de los valientes, conmueve á Noradino en favor del héroe. Al ver á tantos guerreros derribados y cubiertos de heridas que se creeria haber sido hechas por mano de un nuevo Hércules, advierte el rey de Damasco toda la injusticia del tratamiento que ha hecho experimentar á un caballero valiente. Aproxímase, y al aspecto de los cadáveres amontonados y de la sangre que llena el foso, cree ver al mismo Horacio disputando el puente á los toscanos. Aholando salvar la vida de los suyos reparando una injusticia, se adelanta Noradino hacia Grifon y le presenta en señal de paz su mano desarmada. «Conozco toda la extension del error que he cometido contigo, le dice; la falta de reflexion por una parte, y los consejos de un maldito por otra, me han hecho incurrir en una falta que siento de corazon. He hecho sufrir al mas valiente de todos los caballeros el tratamiento reservado al mas vil lino. El valor que acabas de mostrar borra el baldon de la afrenta que les sufridos; sin embargo, para reparar mi falta, quiero concederte honores dignos de mi poder; ¡ojalá pueda yo hacerte aceptar honores, castillos y ciudades! Pídenlo la mitad de mis estados, y te lo concederé en recompensa del valor estrordinario que te asegura mi favor y ostioucion. Unáase nuestras manos en señal de fé y eterna amistad.» Al decir Noradino estas palabras, cacha pie á tierra, y se aproxima á Grifon tendiéndole la mano. Como vió el paladín al ver tanta lealtad, suelta su espada, olvida su cólera y su odio y dubla la rodilla ante el rey. Viendo el monarca correr su sangre, manda que curen sus heridas; después hace que le conduzcan á la ciudad, y le ofrece la hospitalidad en su magnífico palacio. Grifon permanece en el varios días antes de que pueda volver á manejar las armas.

« Pero dejemos á este héroe al lado del rey de Siria, y volvamos á Astolfo y Aquilante. Desde que salió Griŕon de Solima, no han cesado estos dos caballeros de buscarle, recorriendo los Santos Lugares y todos los alrededores sin poder descubrir lo que ha sido de él. Por fin les dice un peregrino griego que Origilín subyugado por un nuevo amor, se ha unido en Antioquia á otro caballero. Pregunta Aquilante si ha llegado esta noticia á oídos de Griŕon, y al oír la respuesta afirmativa del peregrino, no le cabe duda alguna sobre el viaje de su hermano y su objeto: Griŕon ha ido á Antioquia á castigar á su rival y arrebatársela á Origilia. Aquilante no quiere permanecer lejos de su hermano; cogiendo sus armas, roega á Astolfo que difiera su regreso á Francia y al palacio de sus padres hasta que vuelva él de Antioquia. Despues se dirije á Jafa y ellgo el camlo por mar, como mas rápido y seguro. Se embarca, y favorecido por el viento del Mediodia, descubre desde el siguiente día el pais de Sur y despues Suklet; pronto pasa de Beyruth y Gehil. Dejando á su izquierda la isla de Chipre, dirije la proa hácia Tortosa, Tripoli y el golfo de Ajas. El piloto gobierna entonces hácia el Esto, y llega el bajel á la embocadura del Oriente: llamo Aquilante echar el puente, salta en tierra, y montado en un vigoroso corcel, sigue por la orilla del río hasta las puertas de Antioquias. Anticuamente que Origilia y Martin han ido á Damasco, en Siria, donde iba á celebrarse un gra torneo. Persuadido de que Griŕon está persiguiéndolos, ardiendo el héroe en deseos de volver á hallar á su hermano, sale en el mismo día para aquella ciudad, pero no quiere fiarse ya en el mar y so dirijo hácia Larise y la Lydia. Pronto deja de ver la rica y populosa Alepo; el Supremo Ser, dispuesto siempre á recompensar á los buenos y castigar á los malvados, permite que encuentre á Martin en los alrededores de Managa. El traidor hace llevar delante de sí, con grande aparato, el precio del torneo. Engraiado Aquilante al pronto por el brillo de la armadura, mas blanca que la nieve, cree ver á su hermano, lanza un grito de alegría y se dirije á él, pero conoce al momento su error, y se oscurece su semblante. Teme que Martin, ayudado por la astuta Origilia, han degollado á Griŕon. « Dime, le grita, tú que tienes el aspecto de un cobarde y un ladrón, ¿de dónde te han venido esas armas? ¿Cómo es que poses el corcel de Griŕon? ¿Responde? ¿Está Griŕon muerto ó vivo? ¿Quién te ha dado su coraza y su caballo? » Al oír los acentos de aquella voz furiosa, quiere huir Origilia y vuelve riendas rápidamente con su palafren; pero Aquilante, que va montado en un corcel mas valio, le detiene. Aterrado Martin por el aspecto terrible del jóven principe, tiembla cual la hoja del árbol agitado por el estro, y no sabe qué responder. Aquilante le insulta, le amenaza, levanta la espada y jura degollar á ambos si no le confiesan la verdad toda entera. Busca el cobarde el medio de dar alguna excusa, y dice por fin: « Sabed que esta dama es hermana mía. Griŕon no he temido ultrajar en virtud. Conoci toda la infamia de semejante accion, mas no atreviéndome á pelear con un guerrero tan temible, recurri á la astucia y al disimulo. Mi hermana tenia deseos de renunciar á su vida culpable hasta entonces, y me pase en camino con ella mientras dormia Griŕon. Para quitarle todo medio de oponerse á nuestra fuga, hemos tomado su corcel y sus armas y hemos llegado aqui en el estado en que nos veis. » Martin hubiera conseguido quise el objeto de su embuste, pero le habia llevado tanto lejos, y habia dicho una mentira increíble. Explicando así el robo del caballo y la armadura, tal vez habrie engraiado á Aquilante, si no afirmara que Origilia era hermana suya. Conocia el paladin su amor culpable, y gritó trasportado de cólera: « Mientes, ¡ladron infame! » En el mismo instante le da en el rostro un puñetazo

tan violento que le rompe dos dientes. Sin escuchar sus explicaciones, le eta las manos á le espalda con una cuerda; Origilia sufre el mismo tratamiento á pesar de sus bellas palabras. Aquilante los lleva tras sí, cruzado ciudades y aldeas, hasta Damasco; se propone llevarlos de este modo á todas partes, y hacerlos sufrir humillaciones hasta tanto que haye encontrado á su hermano. Acompañado de los dos perdidos y sus escuderos, penetra por fin en la capital de la Siria. Mil voces celebran las hazañas y el nombre del héroe de las justas; todos saben que Griŕon es el vencedor y que un cobarde le ha arrebatado el premio de ellas con una audacia increíble. De pronto conocen al infame Martin; señalando con el dedo y exclaman: « ¿No es ese el vil cobarde que atribuyéndose las proezas de otro, ha hecho recaer en infamia injustamente en un caballero valiente? ¿No es esa la mujer impúdica que sacrificó un hombre de valor á un villano? — Esa pareja está bien arreglada, contestan otras voces; entrambos se parecen y tienen igual carácter. » Los llenan de maldiciones: furioso el populacho, habla de ahorcarlos, quemarlos ó descuartizarlos. Oprimese la multitud en derredor suyo, y les precedo por calles y plazas. Llega esta noticia á oídos de Noradino que se regocija en extremo. Sin aguardar á sus guardias sale al encuentro de Aquilante; le hace una acogida honrosa, y le ofrece un asiento en su mesa y la hospitalidad en su palacio; despues hace que enoierren á los dos presos en una torre, y conduce por sí mismo á Aquilante al lecho en que Cr-fon se halla detenido por sus heridas. Ruborizase este héroe al ver á su hermano que se burla un momento de su aventura; luego piensan en castigar á los culpables. Noradino y Aquilante están por un castigo terrible; pero Griŕon, no osando hablar en favor de Origilia, se intercede por ambos; espone sus razones con destreza y Noradino consiente al fin en que Martin sea exento por el verdugo. El siguiente día le hacen recorrer todas las calles de la ciudad, cargado de ligaduras que no son de flores ni hojas, y le zotan ignominiosamente. La pérdida Origilie permeneerá en su prision hasta que la sátil y prudente reina Lucina pueda decidir su suerte cuando regrese. Aquilante aguarda en medio de nil festejos á que restableciéndose su hermano, se halle en estado de soportar al peso de las armas.

Sin embargo, Noradino inconsolable siempre por el error que cometiera y los ultrajes que ha prodigado á un guerrero tan digno de honra en todos conceptos, piensa noche y día en los medios de darle una reparacion brillante. imagina hacer que sean testigos los sirios de la gloria y el triunfo de aquel cuya venguenza presenciaron; y para restituírle el premio que le arrebató un traidor, hace anunciar otro torneo para el mes siguiente. Los preparativos que para él se hacen, son dignos de la magnificencia del rey; la Fara vez publica la noticia en toda la Siria y hasta en la Fenicia y la Palestina. Astolfo y el gobernador de este último pais quieren tomar parte en aquellas justas. La historia no refiere de Somoneto sino exclames dignos de elngio. Orlando fue su padrino, y Carlomagno, segun os dije anteriormente, le nombró gobernador de la tierra Santa. Hacen ambos paladines sus preparativos, y se dirijen á la ciudad de Damasco, que ha de ser el teatro de tan famosas fiestas. Caminon á jornadas cortas, con el objeto de conservar sus fuerzas para el torneo. En el ángulo de dos caminos que se cruzan, encuentran á un guerrero de porte audaz y marcial: pudiérase creer que era un caballero temible, pero no es sino una mujer del grande intrepidez en los combates. Llámase Marfisa: en mas de una ocacion ha incluido con espada en mano contra Orlando y el señor de Montauban. Conserva noche y día puestas sus armas, buscando por montes y llanuras caballeros á quienes combatir, y la

gloria que le da a ilustrar su nombre. La elevada estatura y robustos miembros de Sansoneto y Astolfo le hacen creer que hallará en ellos adversarios dignos de su valor, y ensiando distinguirse, lanza su caballo a galope para ir á desafiálos. Mas pronto conoce al príncipe de Inglaterra, y recuerda los cuidados y atenciones que le prodigó durante su estancia en Caltay; le llama por su nombre, se quita las manoplas, álzase la vinera y le tiende los brazos como á un amigo antiguo. Astolfo por su parte le trata con respeto y cortesía, le manifiesta su alegría por volver á

verla, y se interrogan recíprocamente sobre el objeto de su viaje. Contesta Astolfo el primero que va á Damasco con su amigo para asistir al torneo á que ha convocado el rey de Siria á toda la caballería. Marfisa, pronta siempre á aprovechar las ocasiones de ceñirse nuevos laureles, replica al momento: «Os acompañaré á esas justas.» Gozosos ambos paladines por tener tal compañero, llegan á Damasco en la víspera del día marcado para las fiestas, y buscan una hostería en uno de los arrabales. Mas tranquilos y mejor que en el palacio de Noradino, descausan en



Marfisa y Astolfo se reconocen y abrazan.

ella hasta el momento en que la aurora abandona el lecho del anciano esposo que ha elegido. En cuanto derrama el sol sobre el mundo sus luminosos rayos, Marfisa y los dos paladines se revisten de sus armaduras, y envían á la ciudad varios escuderos; sabiendo después que Noradino se halla ya en la plaza del torneo para ver romper lanzas, se eucamisan á ella al momento. Penetran juntos en la liza, en la que están formadas en buen orden dos cuadrillas de caballeros que aguardan la señal. El vencedor recibirá una maza de armas y una espada de esquisito trabajo, y un corcel arrogante, presentes dignos de la magnificencia de Noradino. Convencido este soberano de que Grifon, después de su primer triunfo, conseguirá por segunda vez la victoria, ha añadido la maza la espada y el corcel al premio que le estaba reservado. La armadura usurpada por el vil Marfisa está colocada enfrente del monarca con la magnífica espada, y la maza de armas está colgada en el arzon de la silla que tiene puesta el corcel; no duda Noradino que Grifon abundará ambos premios. Pero Marfisa que acaba de llegar con Astolfo y Sansoneto, defraudará esta esperanza. Al ver la armadura conoce al momento aquella obra muestra perfecta y maravillosa que abandonara por un momento en el camino para perseguir á Brunel que la había robado su espada. Considero inútil referiros esta aventura, que sabéis perfectamente; mas bueno será que os diga cómo supo Marfisa recuperar sus armas. Nada en el mundo pudiera hacerla renunciar á su posesión; sin reflexionar en los medios mas ó menos convenientes de apoderarse de ellas, se aproxima bruscamente al trofeo y arranca la armadura con tal violencia que varias piezas de ella ruedan por el suelo. Cruelmente ofendido Noradino, hace una señal, y todos los caballeros se lan-

zan contra Marfisa, mientras que el pueblo, olvidando el castigo que poco ha recibiera de Grifon, se arma con lanzas y espadas para castigar al temerario. El niño que al volver la primavera salta y brinca por la pradera y la hermosa doncella, lujosamente ataviada, que se balucea al melodioso sonido de los instrumentos, no experimentan mayor placer que la intrépida Marfisa cuando al verse rodeada de lanzas y espadas amenazadoras, considerando la próxima mortandad, oye el choque de las armas y los corceles. Escitando al momento á su corcel, cae con lanza en ristre sobre sus agresores: hirió á uno en el pecho, á otro en la cabeza: arrolla á cuantos le correa; su espada corta cabeza y brazos ó destruye cuerpos. Astolfo y Sansoneto han ido allí para asistir á un torneo y no para combatir, pero al ver aquella pelea, calúscase la viseras, se precipitan sobre la multitud y se abren ancho camino con sus aceros. Los caballeros que contaban con los placeres de un torneo, se sorprenden al ver que un combate encarnizado sustituye á los juegos. Muchos de ellos, ignorando hasta el motivo del furor del pueblo y la ofensa inferida al rey de Siria, quedan sorprendidos y llenos de duda; algunos quieren asociarse á la venganza del pueblo, y no tardan mucho en arrepentirse de ello; otros se cuidan poco de lo que pueda acontecer, y se disponen á marchar; por último los mas prudentes guardan inmóviles el resultado del combate. Grifon y Aquilante son los primeros que ansian castigar al guerrero que ha arrebatado la armadura. Al ver á Noradino arrebatado de cólera, alverdosos ambos bormosos del motivo de la lucha, particularmente Grifon, conoce que aquel ultraje le toca tan de cerca como al rey; empuñan sus armas y vuelan en busca de la venganza. Montado Astolfo en el ligero Rabican, se adelanta

al encuentro de sus antiguos compañeros, blandiendo la lanza de oro encantada que derriba á los caballeros maaudaces. Alcanza á Grifón y le arranca de la silla, y Aquilante, al que tan solo alcanza en el escudo, rueda por la arena. Sansoneto, por su parte, derriba á muchos adversarios ilustres y valientes. El populacho se dispersa y Noradino lleno de coraje, ve á Marfisa libre ya, llevarse los dos cascos y las dos corazas. Astolfo y Sansoneto siguen á la guerra; diríjense los tres á la hostería en que se alojan, por la puerta de la ciudad que ha quedado libre. Los dos hijos de Olivero, avergonzados de haber cedido al primer chunque, tienen inclinada la cabeza y no se atreven á presentarse delante de Noradino. No obstante vuelven á montar á caballo, y persiguen á sus enemigos, acompañados del rey y sus caballeros, determinados todos á vencer ó morir. El populacho cobardo grita desde lejos: «¡Atacad! ¡atacad!» Grifón alcanza á los paladines en el momento en que se apoderan del puente. Entonces Grifón, lo que no pudo hacer en la liza, conoce á Astolfo por la divisa, corcel y armas que llevaba aquel héroe cuando cortó el caballo de Orrillo. Se inclina con política y pregunta al joven duque ¿quiénes son sus compañeros y por qué causa ha hecho uno de ellos al rey do Siria el ultraje de arrojar á la arena el premio del torneo? Astolfo dice los nombres de ambos caballeros, pero nada sabe de la armadura, en cuanto á él ha debido tomar la desfeza de Marfisa, á quien había acompañado hasta Damasco. Mientras están hablando, se acerca Aquilante, ve á Astolfo y renuncia á vengarse. Llegan los caballeros de Noradino y se mantienen á cierta distancia, atentos al resultado de la conferencia; uno de ellos, sabiendo la llegada de la célebre Marfisa, se apresura á comunicarlo á Noradino, y le suplica que los libre de la suerte mas deplorable, pues fuera mas fácil salvarse de los golpes de Tisifea y de la muerte, que arrancar la armadura de manos de la guerrera. Al oír Noradino aquel nombre terrible de Marfisa, que aun de lejos hacia erizarse los cabellos á los mas valientes, convencido de la verdad de las palabras del caballero, reúne sus guerreros dominados por el terror. Grifón, Aquilante, Sansoneto y el hijo de Oton, suplican á Marfisa que ponga término á sus luchas sangrientas. Consiente en ello, y adelantándose con arrogancia hacia el rey le dice: «No puedo comprender que ofrezcas al vencedor del torneo una armadura que no es vuestra! Esta armadura me pertenece á mí; me vi obligada un día á dejarla en medio del camino de Armeoia para perseguir á un ladrón que me habia ofendido. Mi divisa puede servir de prueba: ¡véla aquí!» Al decir estas palabras muestra una corona partida en tres pedruzcos y grabada en su coraza. «Es cierto, responde Noradino, que esa armadura me fue entregada por un mercader armenio. Si me la hubieras pedido habiérnala apresurado á restituírtela, de acuerdo con Grifón, y apresurarse este leal paladín á ofrecérmela para que te fuera devuelta. ¿Que necesidad hay de mirar tu divisa? Me basta tan solo una de tus palabras; y además te pertenece ahora esa armadura con un nuevo título, puesto que es el premio de tu valor. Guárdala que yo sabré ofrecer á Grifón otra recompensa digna de él.» Este que desea menos el premio que satisfacer al rey, le dice: «Señor, me estimaré mucho dichoso si me concedeis vuestra amistad.» Marfisa dice para sí: «Veo que aquí me hacen todos los honores, y adelantándose con gracia hacia Grifón le ofrece su armadura, y concluye por recibirla de él como un regalo.

Vuelven entonces á la ciudad en buena armonía; empiezan de nuevo las justas y Sansoneto es proclamado vencedor. Astolfo, los hijos de Olivero y la altanera Marfisa no han tomado parte en la lucha, cuya gloria quieren ceder á su compañero. Después de pasar ocho ó diez días en el palacio de Noradino,

en el seno de las fiestas y los placeres, anhelando regresar á Francia, sales de la corte del rey. Deseosa Marfisa hacia mucho tiempo de batirse con los caballeros de Carlomagno, se aleja con los paladines. Sansoneto deja su gobierno de la tierra Santa á otro príncipe, y después de haberse despedido todos de Noradino, caminan juntos hacia el puerto de Trópolis. Allí encuentran un buque cargado de mercancías para el Occidente; su antiguo capitán, nacido en Luna, recibe el precio de la travesía por los caballeros y sus equipajes, y se embarca con un tiempo favorable; el dulce céfiro presagando una navegación feliz, hiocha las velas, y pronto se hallan lejos de la costa. El primer puerto en que hacen escala forma parte de la isla consagrada á la diosa de los Amores. Se hallan en las inmediaciones de Costancia, en Faniagusta, paraíso funesto, cuyos aires abrevian la vida y corren hasta el hierro. ¿Por qué la naturaleza tan favorable á toda aquella comarca, dejó en ella un paraíso tan sumamente infecto que los navegantes se ven obligados á alejarse de allí? El piloto, haciendo fuerza de vela, llega delante de Pafos; colócanse mil escalas para desembarcar en aquellas playas deliciosas que atraen á los navegantes; á unos por el comercio y á otros por la afición al amor y los placeres. El terreno se eleva en una pendiente dulce hasta la cumbre de una montaña. Los mirtos, los cedros, los mirros, los laureles, los arbores aromáticos, el serpolio, la mejorana, el azafraán, las azucenas y las rosas embalsaman la atmósfera, y el soplo de los vientos lleva á lo lejos sobre las olas aquellos perfumes tan suaves y deliciosos. Un arroyo formado por un claro manantial, serpentea en la pradera, y se conoce desde luego que aquella morada deliciosa pertenece á la diosa de la voluptuosidad. Las mujeres y las doncellas son allí mas lúaticivas que en ningún otro paraíso del mundo; los fuegos de Venus abrasan á las jóvenes y las viejas; solo con la vida pierden el ardor de los deseos. Ocupábanse entonces de la aventura del ogro y de Lucina, que habían sabido en Siria los viajeros; declase que la princesa estaba haciendo en Nicosie los preparativos para reunirse con Noradino. Después de haber concluido el capitán de la embarcación sus negocios, leva anclas, despliega las velas, y hace rumbo al Occidente. Un viento Sud Este los lleva á alta mar. De pronto el mistral que ha estado adormecido mientras brilló el sol en el horizonte, sopla por la noche con violencia. Crecen las olas, y retumban los truenos; desgarrado el firmamento por los relámpagos, parece abrirse por todas partes. Negros nubarrones ocultan los planetas y estrellas: confúndense los bruidos del trueno y del mar, una lluvia mezclada con granizo y una tormenta espantosa acosan á los marineros: las tinieblas cada vez mas profundas, hacen mas horrorosa su situación. Luchan los marineros oxilizados por todos los recursos del arte, y el agudo silbido diapone las maulaberas, unos preparan la áncora, otros tienden los cables y arrian las velas: estos cuidan del timón ó trepan á los mástiles, aquellos se apresuran á desembarazar el puente. Aumentase el furor de la tormenta á la mitad de aquella noche mas lúgubre y sombría que la que reine constantemente en los infiernos. Imaginando el piloto que en alta mar serán menos fuertes las olas, procura alejarse mas y mas de la costa, y opone siempre la proa á aquellas montañas de espuma que se estreñan en ella con impetu. Lejos de calmarse la tempestad con la vuelta de la aurora, crece su violencia con el día, si es lícito acaso dar este nombre á una claridad débil que no puede disipar por completo las tinieblas, y que solo por las horas se conoce. Al fin, el piloto triste y abatido, entrega la popa del buque al esfuerzo de las olas, despliega las velas bajas y se abandona á merced del mar.

Mientras juega cruelmente la fortuna con la vida

de los navegantes, no deja en reposo á los que están sobre la tierra. Ve la Francia á los sarraucenos y los caballeros de laglaterra darse combates sangrientos; Reynaldo abre y dispersa las filas enemigas. Ya os dije que había lanzado á Bayardo al encuentro de Dardinele. Al ver el escudo con los cuatro cuarteles de sinople y gules que lleva el hijo de Almonte, juzga Reynaldo que el que ostenta el blasón de los condes de Anglaterra, debe ser un paladín de distinguido valor. Sigue avanzando, y al contemplar los cadáveres amontonados en derredor de Dardinele, dice para sí: «Arranquemos una planta peligrosa, antes de que llegue á adquirir toda su fuerza.» Todos retroceden y lo hacen sitio. A su aspecto se han retirado cristianos y musulmanes, y de toda aquella multitud solo ve el señor de Montauban á Dardinele. «Jóven, le grita, ¿sabes que ese escudo fue un regalo fatal para ti. Voy á ver (si te atreves á esperarme) cómo defiendes esos nobles colores. Si tu brazo no puede disputármelos, más débil seré todavía contra Orlando.—Yo te haré ver, contesta Dardinele, que soy digno de poseer la herencia de mis padres, y capaz de conservarla; estas armas me habrán procurado más gloria que peligros! Soy jóven, es verdad, pero es difícil atemorizarme; ¡yo me arrancaré este escudo sino con la vida, y Dios mediante, le conservaré! Espero hacerme digno de mis antecesores, sea cual fuere mi suerte.» Al pronunciar estas palabras corre hacia Reynaldo con la espada levada. Un súbito frío hiela á los africanos cuando ven á este precipitarse sobre su príncipe como el león furioso que en una pradera cae sobre un novillo jóven que no ha sentido aun los deseos del amor. En vano toca Dardinele con su espada el yelmo de Mambrino: sonríese Reynaldo y exclama: «Vas á ver cómo son mas seguros mis golpes que los tuyos.» Y metiendo espada á Bayardo, pega una estocada tan violenta á Dardinele en el pecho, que le sale la punta del acero por la espalda. Sálese el alma con la sangre por aquella herida tan ancha, y el cuerpo del infortunado cae al suelo. Cual tierra y brillante flor que troncada por la reja del arado se marchita y muere, ó como la ampolla que demasiado cargada de rocío se inclina hacia la tierra, así Dardinele, cubierto el rostro con los lirios de la muerte, cierra para siempre sus párpados. Desvanécese con su muerte el valor de los sarraucenos, como las aguas que se reúnen mientras están contenidas por un fuerte dique, y se desbordaron con estrépito cuando les falta este apoyo; así los africanos que estaban sostenidos por el ejemplo de Dardinele, huyen por todas partes al ver espirar á su príncipe. Reynaldo desdeña á los fugitivos y derriba á los mas valientes; Ariodante por su parte derrota un gran número de enemigos. Lionel, Zerbino y otros guerreros valientes se distinguen y rompen innumerables armaduras. El mismo Carlomagno, Olivero, Turpino, Guido, Ogier y Salomón, no desmienten su fama. Esperaban los moros perecer hasta el último, pero el prudente Marsilio hace retroceder los restos de su ejército, y juzga oportuno reunir su desordenado ejército, con el fin de efectuar una retirada honrosa. Prolongando la resistencia hubiérase arriesgado á ver exterminar todos sus soldados. Retrocede hacia los atrinchamientos que están rodeados de fosos y murallas; le siguen Estordiano, rey de Andalucía y los portugueses; manda á decir á Agramante que de su retirada depende todavía la salvación del ejército. Este monarca, hacia el cual no se mostrara nunca tan cruel la fortuna, no espera volver á ver á Biserto, pero se considera muy dichoso con que Marsilio haya salvado una parte de sus tropas. Manda al instante tocar retirada. En derredor de las banderas se agrupan todavía algunos combatientes, pero los sarraucenos, sordos en su mayor parte al ruido de los clarines y tambores, ceden al terror ó á la coher-

da, y se precipitan en el Sena. Agramante, Sobrino y sus capitanes mas valientes se esfuerzan inútilmente en ordeñarlos: ni los rugos ni las amenazas pueden renair á una tercera parte de aquellos desgraciados. Por cada uno que se queda dos han perecido ó se han fugado; uno está herido en el rostro, otro en la espalda; los demás rendidos de cansancio están poseídos de terror. Perseguidos los infelices hasta las puertas de su campo, no hubieran estado seguros en el tiempo, y Carlomagno hubiera aprovechado mejor su victoria si no viniera la noche á suspender el combate. Apidase sin duda el Creador de aquella multitud infortunada; restablécse poco á poco la tranquilidad, cubre el campo un mar de sangre; mas de ochenta mil hombres han perecido. Los campesinos recogen sus despojos, y los cadáveres sirven de pasto á una multitud de lobos.

El emperador sale de la ciudad y forma el sitio del campamento, rodeándole de hogueras. Los moros abren fosos, levantan murallas y trinchieras; velan los centinelas en sus puestos, y los gefes no dejan las armas. Los sarraucenos no cesan de gemir y lamentarse; unos lloran la pérdida de un hermano ó un amigo, los otros sufren mucho de sus heridas, y todos temen una suerte mas funesta.

Dos moros jóvenes de la Tolmáida, de oscuro nacimiento, dieron un ejemplo singular de amor y lealtad. Llamábanse Medon y Cloridan; uniéndose á la suerte de Dardinele, le habían seguido á Francia. Cloridan, cazador hábil, une la fuerza á la agilidad, Medon que apenas ha salido de la infancia, conserva todavía la tez blanca y sourrada. Ningun moro reunia tanta gracia y belleza: sus negros ojos, su cabellera rubia y rizada le daban el aspecto de un ángel. Ambos están de centinela en las murallas, á la hora en que la noche baja hacia las llanuras del cielo sus pesados párpados. Gime Medon al recordar que el cuerpo de su amo yace insultado en medio del campo. «Cloridan, le dice á este, no puedo pensar sin dolor que nuestro príncipe, tendido en la arena, está abandonado á merced de los lobos y los cuervos! Parece que por tributarle los últimos honores, el sacrificio de mi vida pagaría escasamente la deuda de mi gratitud. Voy á recoger sus despojos: quizás favorecido por el cielo, atravesaré sin ser visto el campo de Carlos, atrevido ahora al sueño. Quédate tú en mi puesto: si ha marcado el destino mi última hora dirás cuál fue mi suerte; si muero sin poder lograr mi propósito, ¡sabrán! al menos que he querido cumplir un deber piadoso!» Sorprendido Cloridan al hablar en su amigo tanta lealtad, cariño y amor, hace esfuerzos inútiles para apartarle de su proyecto. Medon está determinado á perecer ó á dar sepultura al cadáver de su señor. Nada puede comoverle ni hacerle ceder. «Entonces te seguiré, replica Cloridan, no me avueta una muerte honrosa. Y además ¿podría yo vivir sin tí? ¡Prefiero perecer así á morir llorándote!»

Tomada esta resolución esperan su relevo; después se ponen en marcha, atravesando los fosos y empalizadas, y penetran en el campo de los cristianos. Todos desconfían, los fuegos están apagados; gefes y soldados, llenos de seguridad están sumidos en profundo sueño. Algunos dormidos por la fuerza de la embriaguez, están tendidos en medio de los bagajes y las armas. Detiénese Cloridan y dice á su amigo: «No debe desperdicarse esta ocasión de venganza! Es preciso castigar con la muerte á los asesinos de nuestro desgraciado príncipe; ¡fíjate atento, escucha vigila los alrededores, que yo voy con mi espada á ahirte ancho camino por en medio de sus filas! Al decir estas palabras entra en la tienda en que duerme Alfeo, sabio médico y astrólogo que ha llegado hace un año á la corte de Carlomagno. Su ciencia, que siempre le ha engañado, le sirve de bien poco en esta

ocasion; habíase probosticado una vejez prolongada al lado de su esposa, y el acero homicida le degüella. El diestro sarraceno inmola otros cuatro guerreros sin darles tiempo para lanzar un grito: Turquino no ha conservado sus nombres perdidos en la noche de los siglos. Polidon de Montalier es degollado entre los caballos; después se aproxima Cloridan á Grillon, cuya cabeza descansa sobre un tonel que ha vaciado el borracho; mientras saborea un sueño pacífico le corta la cabeza el pagano; por una misma herida salen chorros de sangre y de vino, pues el cuerpo está lleno de este líquido; soñaba Grillon que estaba bebiendo, cuando vino á sorprenderle la muerte. Un griego y un alemán, Andropón y Courado, caen de un mismo golpe. Ambos han pasado una parte de la noche beji una fresca enramada, con una copa, un cubilete y dados en la mano. ¡Porqué no habían continuado sus juegos hasta la vuelta de la aurora! Pero si el hombre conociera el porvenir, ¡cuál sería el poder que ejerciera el destino sobre su existencia!

Cual un león que adelgazado por el hambre y la sed, degüella, destroza, hace tajadas y devora el rebaño cuyo aprisco ha forzado, así Cloridan mata sin piedad á una multitud de personas dormidas. Medor que no ha eurojeado su acero con aquella sangre oscura, se aproxima al pabellón en que el duque de Albret tiene dormidos en sus brazos á su querida: están estrechamente enlazados, y ni el aire pudiera pasar entre ellos. Medor les corta la cabeza del mismo golpe. ¡Dulce muerte, suerte feliz! ¡Vuelen unidas sus almas, cual lo estaban por el amor! Un momento después mata Medor á los dos hijos del conde de Fluades, Ardalico y Malindo. Pocos días antes los armó caballeros Carlos, y sudiólas lises á sus hiasones,

al verlos volver de un combate vencedores y cubiertos de sangre y polvo. Debían recibir también poco después algunas heronias en la Frijia.

Ya llegan los dos paganos cerca de la tienda del emperador; allí velaban alternativamente uno de los temibles pares. Juzgando imposible que se lasyn entregado al sueño todos los paladines, renuncian Medor y su amigo á un rico botín y piensan en su propia salvación. Cloridan toma el camino mas seguro, y le sigue Medor. Llegan por fin al centro del campo de batalla, donde el débil y el poderoso, el principe y sus vasallos, confundidos con los corceles, están bañados en un mar de sangre, entre los restos de los arcos, lanzas, espadas y broqueles. Esta mezcla borrosa de cadáveres amontonados hubiera hecho que fueran inútiles las pesquisas de ambos inieles antes de la llegada del día, á no ser por la luna que apartando las nubes derramó su pálida y dulce luz sobre aquel espectáculo sangriento. Medor dirige una mirada piadosa al astro de la noche: «¡Oh, divina diosa! esclama, tú á quien adoraron nuestros padres bajo el nombre de Triforme, tú que reinas por tu belleza en el cielo, la tierra y los infernos; tú que recorres los bosques y llanuras, dígnate indicarme el sitio que ocupe mi amo, que adoró durante su breve vida tus preciosas virtudes! » Ya sea mera casualidad ó que la luna se conmueva al oír su voz, ábrease las nubes y aparece la diosa no menos brillante que la noche en que despojada de todo velo se arrojó en brazos de Eadimion. Muéstrase á los dos paganos París, algunos campamentos, la llanura y las colinas. A lo lejos bay dos montañas: Montliery á la izquierda, á la derecha el monte de los Mártires. Los rayos de la luna parecen caer con mayor resplandor



Medor invocando á la luna.

en el sitio en que descansa el hijo de Almonte. Medor con el rostro bañado en llanto, se adelanta hácia el héroe á quien conoce por los colores de su blasón. Riega con sus lágrimas el cadáver de Dardinele: su actitud es suplicante; tienen tal dulzura sus quejas que los vientos se hubieran detenido para escucharle. Con voz baja y apenas perceptible (no porque temia á la muerte, sino para evitar que le impidan cumplir aquel deber piadoso) llama Medor á Cloridan; colocan sobre sus hombros el cadáver del principe y se alejan rápidamente con tan preciosa carga.

Ya el dios de la luz hace palidecer las estrellas y arroja del mundo á las tinieblas; el ardiente Zerbino que no ha sucunlido al sueño, regresa al campo al

amanecer, después de haber estado toda la noche persiguiendo á los moros. Los caballeros que le acompañan ven en lontananza á los dos amigos, y ansioso apresarlos, se lanzan todos en tropel hácia ellos. «Hermano mío, dice Cloridan, abandonemos este cuerpo y procuremos huir; no fuera prudente sacrificar dos vidas por un cadáver. » Al decir estas palabras, suelta su parte de carga, no dudando que imitará Medor su ejemplo. Pero el jóven tributando mas lentid á su principe, le conserva sobre sus hombros; Cloridan se aleja precipitadamente, persuadido de que le sigue su amigo, pues de lo contrario se hubiera quedado á defenderle aun con peligro de su vida. Los caballeros se han esparcido por la llanura,

y ocupan todas las salidas, decididos á coger á todos los fugitivos ó á matarlos: el mismo Zerhino, no dudando que sean sarracenos, los persigue con ardor. Cerca de allí hay un soto espeso, cuyos senderos angostos solo pueden servir para el paso de las fieras; los dos amigos esperan hallar en él un asilo, pero los que me escuchan con algun placer vendrán á escuchar otra vez la continuacion de mi relato.

## CANTO XIX.

ARGUMENTO. — Hueres á Medor. — Secuestran Cloridan bajo los golpes de los soldados escoceses. — Angélica quiere curar á Medor. — Progresos que hacen al amor en el corazón de esta princesa. — Los nombres de Angélica y Medor están grabados en los árboles de los alrededores. — Angélica marcha con Medor al Oriente. — Nerida, Astolfo, Aquilina y Cloridan son arrojados á la costa del pelo de las mujeres bonaditas. — Consiembres bárbaros y extraordinarios. — Katan los guerreros en la ciudad. — Los prisioneros que vienen entre batallas ó enterrados. — Aceptan el combate. — Nerida se bate contra los dos caballeros, y mata á nueve de ellos.

El hombre á quien protege la fortuna no puede saber nunca si es verdaderamente amado. Los amigos falsos y los verdaderos le manifiestan el mismo celo. Pero que llegue la adversidad: los aduladores se alejan y los servidores fieles tributan cariño á su amo aun después de su muerte. Si el corazón humano se mostrara descubierto como el rostro, tal hombre que triunfa en la corte caería pronto en vergonzosa desgracia, y tal otro que se ve sepultado en el olvido obtendría honores sin cuento; el soberbio descendería precipitado de su encumbrado puesto, y el mas humilde llegaría á ser el mas poderoso. Volvamos á aquel guerrero fiel que tribuló eterna amistad al hijo de Almonte. El desdichado se ha extraviado en medio de aquellos bosques orizados de espigas; busca un refugio en lo mas espeso de la enramada; se dobla agobiado por su pesada carga, y sus pasos vacilan. Cloridan que está mas desahogado, ha podido librarse del peligro; repara entonces en que Medor no le sigue; creyendo haber perdido lo que mas ama en el mundo, exclama con el mayor dolor: «¡Ah! cómo he podido yo huir, olvidando el momento y el sitio en que te abedecí!»

Al decir esto, internase de nuevo en la espesura del bosque, y al desandar el camino, corre al encuentro de la muerte. Oye de improvisa jueto á sí, gritos amenazadores y relinchos de caballos; conoce la voz de Medor y le ve solo, á pie, y perseguido por sus enemigos: rodeándole cien guerreros. «¡Apoderaos de él!» grita Zerhino. Medor se retira tan pronto detras de un roble, como detras de un olmo, un fresno ó un abeto; se detiene á dejar el cuerpo de su amo, después se coloca sobre la yerba y se bota todavía á su lado. Así la osa, atacada en su madriguera por el cazador, se sitúa delante de sus hijuelos y los mira estremeciéndose á la vez de amor y de rabia; si la cólera y la ferocidad le escitan á servirse de sus garras y dientes, detiéndola su ternura, y no se atreve á abandonar á sus hijos queridos ni á perderlos de vista. Cloridan no espera ya salvar á Medor, pero quiere morir con él, é intenta vender cara su vida. Coge una flecha aguda, la coloca en su arco, y desde su oculto retiro, apunta á un escocés, que cae con el cráneo atravesado. Los caballeros de Zerhino buscan con la vista el sitio de donde pudiera salir aquella flecha homicida; mientras se inclina uno de ellos hacia un compañero para interrogarle, una segunda flecha le atraviesa la garganta y le corta el uso de la palabra. Furioso Zerhino al ver aquellas dos víctimas, se precipita sobre Medor y le dice: «¡A ti te toca espíar ese doble asesino!» Ya ha cogido al jóve, por sus rubios cabellos y le arrastra para inmolarse; pero fija una mirada compasiva en aquel rostro gracioso. Medor implora su piedad y le dirige fervientes súplicas: «¡Ah! señor, exclama, en non-

bre de vuestro Dios solicito el favor de sepultar el cuerpo de mi infortunado príncipe; no os pido otra cosa, porque me importaría menos la vida si no tuviera que cumplir un deber sagrado. Después, si sois tan cruel como Creon el Tebano, podreis separar mis miembros desgarrados, y entregarlos á la voracidad de las aves de rapina y de las fieras. ¡Ah! dejadme confiar á la tumba los mortales despojos del valiente Bardinelo!» Así habla Medor, y su dulce voz hubiera conmovido los montes y las rocas; conmuevese Zerhino, pero es aquel momento, un guerrero bárbaro y feroz, sin respeto alguno á su príncipe, sepulta su lanza en el pecho de Medor. Irritado Zerhino con tan estúpida barbarie, al ver caer al jóve palido y moribundo, exclama: «¡Serás vengado!» y poseído de cólera, persigue al matador que evita su justo castigo por medio de una fuga precipitada. Al ver Cloridan á su amigo espirante, sale del bosque y se muestra á cuerpo descubierto; lleno de ciega ira, se arroja con espada en mano en medio de los ginetes, menos por vengar á Medor que por la esperanza de hallar una muerte pronta. Pronto enrojece el suelo con su sangre, le abandonan las fuerzas, y cae sin vida al lado de su querido Medor. Los escoceses siguen á su príncipe, á quien la cólera impulsa por montes y bosques, y abandonan el códave de Cloridan. Medor, cuya sangre corre á torrentes por su ancha herida, hubiera perecido á no hallar un auxilio pronto. Una jóve de estremada belleza se aproxima á él; su traje es de una simple pastora, pero es noble su porte y majestuoso su rostro. Como hace ya tiempo que no os he hablado de ella, os costará trabajo conocer á Angélica, la hija ilustre del gran Kan de Cathay. Desde que recohró el anillo que Brunel la robara, esta jóve hermosa, desafiando el universo entero, viaja sola desdénando toda proteccion, y avergonzándose de haberse humillado ante el conde de Angers y Sacripante. Lo que aumenta su despecho, es recordar el momento de tierna debilidad que tuvo para con Reynaldo, á quien juzga indigno de ella. Pero irritado el amor de su loca arrogancia, coloca en su arco una flecha, ocúltase detras de Medor, y aguarda silencioso á que la orgullosa beldad se balle á su alcance. Al ver á aquel jóve herido que, próximo á exhalar el último suspiro, se lamenta menos por su suerte que por ver insepulto el cuerpo de su príncipe, apodérase del corazón de la insensible princesa una dulce compasion, y el relato de Medor la conmueve mas aun. Conoce los secretos de la cirugía, pues en la India, este arte venerado es transmitido de padres á hijos. Resuelta á emplear el jugo de las plantas para salvar la existencia del jóve sarraceno, recuerda haber visto en la inmediata pradera una yerba saludable, el dictano ó la panacea, ó cualquiera planta que restaña la sangre y calma los dolores de las heridas. Corre á cogerla y vuelve al lado de Medor. En el camino encuentra á un pastor á caballo que anda buscando una ternera que hace dos dias que se le escapó, y se le lleva al sitio en que la tierra está bañada en sangre. Apéase de su cabalgadura, así como el pastor, espíe la yerba entre dos piedras, recibe el jugo en sus blancas manos, le derrama en la herida y con él frota el pecho, vientre y costados del herido. Este remedio eficaz hace recobrar algunas fuerzas á Medor, no corre ya la sangre, y puede el jóve montar en el caballo del pastor, pero no quiere alejarse sin haber dado sepultura á su príncipe y á Cloridan. Sigue entonces á la que le ha salvado. La tierna Angélica deseen permanecer en la humilde morada del pastor hasta la curacion completa de su protegido, ¡tanto es ahora su compasion! Las gracias y la belleza de Medor han abrasado bien pronto su corazón que, desgarrado cual por una lima sorda, espresa ya del amor.

La cabana del pastor y su familia está á la entrada

del bosque, en un valle formado por dos montañas. Los tiernos cuidados de Angélica han producido en Medor un restablecimiento rápido; pero traspassada ella á su vez por un dardo invisible que la asesta el ciego niño oculto en los ojos y rubia cabellera del sarraceno, siente la reina de Cathay, los efectos de una herida mas peligrosa. Consuéla un mal cada vez mas terrible: pero olvidando su propio padecimiento, solo se ocupa del hombre á quien quiere salvar. A proporcion que la herida del moro se va cerrando, se abre y se empeora la que Angélica tiene en el corazon; Medor recobra la salud y la princesa se ve desmejorando; así se ve á la nieve que ha caído al fin del invierno, derretirse á los primeros rayos del sol de primavera. Segura es la muerte para Angélica si los gozos del amor no vienen á calmar sus fogosos deseos. Ya no puede aguardar á que una declaración apasionada llegue á satisfacerla. Desdeñando las leyes del pudor, con voz atrevida y audaz mirada, solicita la curación de su mal, cuyo autor, involuntario sin duda, es Medor. ¡Oh conde Orlando! ¡Oh rey de Circesia! ¿De que es sirven tanto valor y recombre? ¿Cuál es la recompensa de tanta gloria? ¿Habeis obtenido nunca el mejor favor en recompensa de las maravillosas hazañas que por ella ejecutasteis? ¡Oh Agrican! si pudieras volver á la vida, ¿cuál fuera tu humillación, tú á quien abrumó Angélica con sus desprecios y dardenes! Ferragus y otros mil que espusisteis cien veces vuestra honra y vida por su felicidad, ¿cuán cruel lo fuera verla arrojarse en los brazos de Medor! Le ofrece esa flor, pura es todavia, esa flor del jardín maravilloso que ningun otro ha podido hollar!

Sin embargo para ocultar en parte su debilidad, celebrase bajo el techo rústico, con el amor por testigo, la santa ceremonia del matrimonio. Entrégase durante mas de un mes á dulces placeres; incesantemente al lado de su esposo, fijas siempre sus ojos en los de Medor, ve Angélica renacer sin cesar sus deseos y transportes. En la cabaña, bajo las sombras, por mañana y tarde, al borde de los arroyos, sobre el verde césped, en todas partes está Medor á su lado. Para librarse de los ardores del sol retirase ambos á una gruta tan discreta, tan deliciosa como la que protegió los amores de Eneas y Dido, cuando huían de la tempestad. En los momentos mas tranquilos de aquella felicidad perpetua, graban sus nombres en la corteza de un árbol cuyo espeso ramaje cubre las cristalinas aguas de un manantial. Con la punta de un cuchillo los graban asimismo en las rocas menos duras; de suerte que en todas partes se ve entrelazada de mil maneras la cifra de Angélica y Medor.

Por fin reflexiona la hermosa princesa que ha hecho una residencia bastante larga en la cabaña del pastor; piensa en regresar á la India, para ceñir á Medor la corona de Cathay. Hace mucho tiempo que llevaba puesto un rico brazalete de oro y pedrería, regalo del señor de Angera. En otro tiempo se le habia dado Morgana á Celianite, á quien tenia cautivo en el fondo de un lago; pero cuando el valiente conde restituyó aquel príncipe á su cariñoso padre Manodante, dió Celianite su brazalete á Orlando, el cual, ocupada su mente con el recuerdo de su amada y con la esperanza de podersele ofrecer, le aceptó. Llevaba la princesa aquella prenda, menos por amor al conde que por el incomparable valor de la joya. Consiguió conservarle en la isla del Linto, cuando unos hombres cruéles é inhospitalarios le esposaron completamente desnuda á la voracidad de la orca; me seria imposible decirlos cómo lo hizo. Dióselo Angélica al pastor y su mujer para gratificarlos por sus cuidados y hospitalidad, y acompañada de Medor, se dirigió hacia las elevadas montañas que separan la Francia y la España. Pensaba esperar algunos dias en Barcelona ó

Valencia á que saliera algun buque para el Oriente. Desde el otro lado de los montes descubrieron mas allá de Geron el dilatado mar, cuyo orilla signieron por la izquierda, tomando el camino de Barcelona. Antes de llegar á esta ciudad, vieron cerca de la costa á un hombre cuyo rostro, pecho y espalda, estaban salpicados de sangre y polvo. Al ver á los dos amantes, precipitose aquel insensato sobre ellos cual se arroja un perro de presa sobre personas desconocidas.

Mas tiempo es ya de que os hablé de Marfisa, Grifon, Aquilante y los demás guerreros que luchan contra las olas enfurecidas. El destino les amenaza con sus acia-gos golpes; durante tres dias, las monstruosas olas y los desencadenados vientos han roto las gavias y las jarcias. Arrojándose al mar estos tristes restos. En vano procura uno hallar en su carta marina, á la claridad de una linterna pequeña, el rumbo que hay que seguir, otro se está en el fondo de la bodega, este se está en la popa, aquel vigila en la proa; el cuarto de guardia da vuelta á cada media hora á los relojes de arena para calcular la rapidez de la marcha del buque; después, reuniéndose con el piloto, celebran Consejo. Uno de ellos sostiene que no están lejos de las dunas de Limiso, otro que se hallan cerca de las rocas peligrosas de Tripoli, tan funestas para los buques; un marinero afirma á sus aterrados compañeros que el bajel va á perderse sobre la costa de Satalia. Así difieren las opiniones, pero todos experimentan la misma inquietud. Al tercer día está el mar aun mas terrible, y brama la tempestad con mas furor. Llévase una oleada el timon, otra se lleva la barra y el marinero que la dirige. Hubiera sido preciso un corazon de mármol ó de acero para resistir al temor, la misma Marfisa, tan intrépida, ha palidecido. Prométiense peregrinaciones al monte Sinal, ó Santiago de Galicia, á Chipre, á Roma, al Santo Sepulcro, á la Virgen de Utina y á todos los santos lugares, pero continúa el buque subyéndose hasta las nubes y bajando á los profundos abismos. El piloto hace picar el palo de mesana; arrójense las cajas y fardos, se abandonan á merced de las olas los objetos mas preciosos para alijerar el buque; unos dan á lo bomba para sacar agua que hace el buque, mientras que otros calafatean las aberturas que se hacen en el casco. Después de cuatro dias de mortal angustia, en el momento en que el mar parecia triunfar de todos los esfuerzos, suspende de repente toda su furia. El resplandor tan desado del fuego de Santelmo, es el presagio feliz de un tiempo mas sereno, se vió el fuego brillar en una cornisa de la proa, pues no quedaban ya ni gavias ni masteleros. Al ver aquella llama brillante, hincanse de rodillas los marineros pidiendo al cielo que les conceda bonanza. La tempestad ha suspendido su furor, cláñase el mistral y el aquilon, reina el viento Sud-Oeste, é impele al buque con la rapidez del halcon que hiede el aire. Temiendo ser empujado hasta los límites del mundo ó irse á pique, hace atar el piloto á la popa del buque, cables largos y sólidos, de los cuales se cuelgan las anclas; esta maniobra hace mas pesada la marcha de la embarcacion, y puede entonces alejarse de la costa, mientras que el fuego de Santelmo se ostenta en la proa cual prenda de seguridad.

Llegan á la costa de Siria, en el golfo de Lajes, y contemplan una gran ciudad defendida por dos castillos situados á la entrada del puerto. El piloto se queda aterrado al conocer aquella costa, de que hubiera sido preciso huir. ¿Mas cómo conseguirlo con un buque, que no puede resistir al mar, privado de sus gavias y mástiles, sin puente ni galerías? Desembarcar allí es arrostrar la muerte ó el cautiverio, porque todos los que han tenido la desgracia de hacerlo, han perdido la vida ó la libertad. Teme tambien que los habitantes salgan con sus navios á atacar la

embarcación, mas incapaz aun de defenderse que de navegar. Mientras lucha el piloto en tan penosa indecisión, le pregunta Astolfo la causa de ella y el motivo que le impide entrar en el puerto. Contéstale el anciano que aquella costa está habitada por mujeres crueles, cuya costumbre es, desde muchos años atrás, esclavizar ó degollar á los navegantes. Para librarse de tan funesta suerte, es preciso vencer en palenque cerrado á diez caballeros, y triunfar en una misma noche de diez doncellas jóvenes. La primera victoria sería inútil para él que sucumbiera en la segunda prueba; su sentencia irrevocable y sus compañeros se verían obligados á cultivar los campos ó custodiar ganados. Si es vencedor, recobran sus amigos la libertad, pero él pierde la suya quedando por esposo de las diez jóvenes de quien ha triunfado. Astolfo no puede contener la risa al oír tan extraño relato. Llegan Marlisa y Sansoneto con los dos hijos de Olivera, y les repite el piloto lo que acaba de referir al paladín. «Menos temo, les dice, el furor de las olas que el yugo odioso de la esclavitud.» Los marineros y demás pasajeros opinan como él; pero Marlisa y sus compañeros prefieren la tierra al mar. Arrostrarán gustosos cien mil espadas antes que el mar embravecido; podrán ellos temer, acaso, entrar en un país en que depende su salvación de luchas y combates? Desean pues desembarcar, y particularmente Astolfo, que cuenta con el poder de su trompa para dispersar á los agresores. Entre los dos viajeros, unos prueban el proyecto y otros le rechazan; por último los primeros, que son mas numerosos; obligan al piloto á dirigirse al puerto. En cuanto están á la vista de la ciudad, una galera grande, tripulada por marineros hábiles, se dirige velozmente hacia el buque en que se agitan tan opuestos dictámenes; al llegar á él, amarra la proa á su propia popa y le empieza á remolcar. Los cinco guerreros, cubiertos con sus armaduras, desenvainan las espadas y tranquilizan al piloto y á sus compañeros de viaje. El puerto que es semicircular, tiene unas cuatro millas de circunferencia, y está al abrigo de todos los vientos excepto el del Sur; en ambos extremos de la media luna están los dos castillos, y la ciudad se eleva en anfiteatro en la pendiente de una colina. Apenas ha llegado el buque cuando seis mil mujeres bien armadas y con arcos en la mano se despliegan por la playa; fuertes cadenas y galeras bien tripuladas cierran la entrada del puerto y cortan toda retirada al buel. Una de las mujeres, tan vieja como la madre de Héctor ó la sierva de Cunnes, llama al piloto y le pregunta cuál es la intención de los que le acompañan, pues no tienen otra alternativa que la esclavitud ó la muerte. «Sin embargo, añade, si hay entre ellos algun hombre bastante intrépido para luchar en palenque cerrado contra diez de nuestros caballeros y servir de esposo en la noche siguiente á diez jóvenes vírgenes, le reconocemos por rey nuestro, y seréis libres para continuar vuestro viaje. Pero si es vencido vuestro campeón por los nuestros, ó si sale mal de la segunda prueba, perecerá y vosotros quedareis esclavos.»

Lejos de inspirar temor á los paladines, según creyera, anima la vieja su ardor. Llenos todos de confianza, jactanse de triunfar en ambas pruebas; y Marlisa, que no puede intentar la segunda lucha, cuenta con su espada y su valor para dispensarse de ella. Encargan al piloto que conteste que varios de ellos se proponen sostener el combate en la liza de día, y correr los hazares de la lucha nocturna. Aproximase al buque, clavan los garfios, echan el puent; los paladines desembarcan, llenados sus corceles de las riendas, y atraviesan la ciudad en medio de una multitud de mujeres jóvenes y de aspecto altanero, que recorren las calles á caballo y se entregan á ejercicios guerreros. En toda la comarca está prohibido á los hombres ceñir espada, calzar espuelas y manejar

la lanza, excepto á los diez que han de sostener el combate. Todos los demás tienen un aspecto afeminado y manejan la lanzadera, la aguja, la rueca y el huso; llevan vestidos largos de mujer; algunos arrastran una cadena, labran la tierra ó guardan ganados. Se ven pocos hombres en la ciudad y en el campo, pues apenas se encuentran ciento por cada mil mujeres. Los paladines convienen en que decida la suerte cuál de ellos ha de matar á los diez campeones. Si Marlisa sale victoriosa en la primera lucha, es imposible que imagine intentar la segunda, por lo cual quieren quitar su nombre, pero no le consiente la guerrera, y pronto la elige á ella la suerte. «Antes sucumbiré que sufrir la esclavitud, dice, con esta espada (y mostraba el acero que llevaba ceñido al costado) sabré triunfar de los mayores obstáculos, del modo que Alejandro deshizo el nudo gordiano. En lo sucesivo, y hasta el fin de los siglos, ningún extranjero se volverá á quejar de las mujeres de este país.» No pudiendo rebutar los paladines á Marlisa lo que la concediera la suerte, entregan su salvación en manos de aquella guerrera, que armada de pies á cabeza, se dirige á la liza. En la cumbre de una colina hay un sitio estenso, y circular, rodeado en el interior de gradas destinadas á los espectadores de justas y juegos públicos: cuatro puertas de bronce cierran las entradas. Una multitud inmensa de mujeres armadas se colocan en las gradas; despues introducen á Marlisa, montada en un arrogante caballo tordo ruidoso, cuyas faldas son hermosas y su mirado lleno de fuego. El rey de Damasco le eligió entre mil como el mas hermoso, el mas rápido y el mejor de sus corceles. Presentase Marlisa en el palenque por la puerta del Sur, en el momento en que el sol llega á la mitad de su carrera; el sonido penetrante de los clarines anuncia su llegada. En el mismo instante entran los diez campeones por la puerta del Norte. Su jefe solo parece mas temible que los otros nueve reunidos; monta un caballo vigoroso, enteramente negro, excepto la cabeza y la parte trasera izquierda, en que se ven algunas manchas blancas; sus armas, negros tambien, manifiestan que su alma se halla tan lejos de la dicha como las tinieblas de la luz.

A una señal dada, nueve de los campeones se arrojan con las lanzas en rioste contra Marlisa; pero su jefe, deseando mejor observar las reglas de la corteles que obedecer á las leyes del país, permanece inmóvil. El corcel de Marlisa corre con celeridad; baja la guerrera su lanza, arma tan pesada que apenas podrían sostener su peso cuatro hombres. Su aspecto terrible hace palidecer á mil semblantes y estremecerse á mil corazones. Al primero que alcanza le traspasa con la misma facilidad que si estuviera desnudo; rompe el hierro de la lanza la correa, la cota de malla y el escudo forrado con una chapa fuerte de acero, y sale por la espalda mas de un codo. Marlisa le deja rodar por el polvo y se precipita sobre otro, á quien derriba: destruye los ribones en un tercero; espiran todos, y la guerrera pasa por en medio de sus adversarios como un bala de cañon que abre les escudrones. Varias lanzas se rompen en su coraza sin causarle daño, á la manera que las paredes de un triquete reciben inmóviles las pelotas lanzadas por los jugadores. Los golpes mas fuertes no pueden nada contra aquella coraza enrojecida en el fuego del infierno y templada en las aguas del Averno! Al llegar Marlisa al extremo opuesto del palenque, detiene su caballo, vuelve riendas, cede de nuevo sobre sus adversarios aterrados y los pene en fuga, los degella y enrejeca el acero con su sangre, hace volar la cabeza de uno, y un brazo de otro: parte el tercero en dos pedazos por la cintura, de modo que el busto cae al suelo, mientras que las piernas y el cuerpo quedan á caballo; creyéndose si verle que era uno de esos ex-votos de platin ó de cera que los peregrinos y los devotos cuelgan en

acción de gracias ante las imágenes de los santos. Solo uno queda sano: persiguela la guerra y separa la cabeza del cuello de modo que ningún cirujano hubiera podido reunirlos. En fin, los nueve campeones están muertos, ó heridos de tal gravedad, que se bailan fuera de estado de continuar la pelea.

El caballero negro, jefe de aquella tropa de diez guerreros, se ha abstenido de combatir, pues considera como una cobardía atacar así á un solo adversario. En cuanto ve la derrota de sus compañeros, se adelanta para probar que solo la generosidad y no el temor le han contenido hasta entonces. Hace señas de que desea pronunciar algunas palabras antes de empeñar la lucha, y muy ageno de sospechar que la mano de una mujer haya dado tan fieros golpes, dice á Marfisa: «Caballero, debes estar cansado de ese combate, y sería muy poca generosidad de mi parte aprovecharme de tu estenuación. Descansa hasta la salida del sol, vuelve entonces á este sitio: la victoria será ahora para mí deshonrosa. — Hace mucho tiempo que estoy acostumbrado á las fatigas de la guerra, contesta Marfisa; esta lucha de tan corta duración no me ha quitado las fuerzas y quiero probarlo. Te doy las gracias por tu cortesía, pero á esta hora tan poco avanzada no me retiraré en manera alguna sin combatir. — Quedarás satisfecho, replica el caballero; ¡ojá pudiera obtener tan fácilmente el buen éxito de los secretos deseos que agitan mi corazón. Procura no hallar este día mas corto de lo que crees.»

Al decir estas palabras bace que le traigan dos lanzas enormes, ó mas bien dos antenas grandes; da uno de ellos á Marfisa y conserva el otro para sí. Ambos se preparan á correr, y aguardan la señal; la tierra, el aire y las aguas retumban con sonidos reverentes. Los espectadores, con la mirada fija, inmóviles los labios, y conteniendo hasta su aliento, observan con atención los menores movimientos de ambos adversarios. Procura Marfisa sacar de la silla de un solo golpe al caballero negro, que tiende á meterla. Los lanzones, hechos de fuerte roble, vuelan hechos estiles cual débiles cañas. Los corceles, han doblado los corvejones cual si el filo de una guadaña se los hubiera cortado; pero los dos adversarios se apean con igual rapidez. Marfisa que derriba siempre al primer golpe á sus adversarios, se sorprende al hallar tal resistencia; vez como loca de rabia al verse en el suelo por primera. El caballero por su parte, no se sorprende menos de su propia caída. Mas apenas han tocado al suelo cuando se levantan para continuar la lucha. Tiranse tajos y estocadas, ovitan ó paran los ataques, son pranto con sus espadas como con sus brazos. Las corneas, los cascos y los escudos parecen impenetrables, el brezo del caballero y el de la guerra son igualmente terribles: el encarnizamiento es igual por ambas partes. ¿Dónde pudieran hallarse dos adversarios mas audaces ó intrépidos? Estos dos campeones tienen toda la destreza y valor imaginables. Las damas de la ciudad, atentas á aquel combate terrible, ven que no se debilitan las fuerzas de ambos guerreros; los proclaman como los mejores caballeros de la tierra: su vigor es superior al de todos los mortales. «Ha sido una dicción para mí, piensa Marfisa, que este caballero no se haya unido á sus compañeros. ¿Hubiera yo podido resistirle cuando me deliendo con trabajo contra el solo? Tales son las reflexiones de la guerra y no se está su espada ociosa. Verdaderamente, dice para sí el guerrero negro, debo bendecir mi suerte porque mi adversario no ha querido descansar; á pesar del cansancio de su primera lucha, pueda disputarme todavía la victoria; ¿qué hubiera sido si hubiéramos esperado á mañana? Soy barto feliz con que haya rehusado mi oferta.»

Prolongase la pelea hasta la hora en que las sombras de la noche impiden que se distingan los objetos.

Dirijiéndose el caballero negro á Marfisa, la dice cortesmente: «Hechos conservado todas nuestras ventajas, las tinieblas vienen á sorprendernos; ¿qué tendremos de hacer? mas vale que vivas todavía esta noche. Pero si he de cortar yo el hilo de tus días, no me acuses, puesto que obedezco á una ley inflexible. ¡Dios, que mira hasta en el fondo de los corazones, sabe cuánto me aflige por tu suerte y la de tus amigos! Acepta la hospitalidad en mi morada, os amenazan mil peligros: concurran contra vosotros. Sabe que cada uno de los que acaban de inmolarse era esposo de diez mujeres; por consiguiente, noventa vívidas desdichadas ansian vengarse. Seréis degollados si no aceptáis mi hospitalidad oferta. — ¡Tré á tu morada, contesta Marfisa; tu incomparable valor es le mejor prenda de tu lealtad: mas no deploras la suerte á que me crees destinada, ¡no tiembles mas bien por tu vida. Igual es mi fuerza á la tuya, y me verás pronta siempre á probarlo, ya sea que quieras dar principio da nuevo á nuestra lucha á la vuelta del sol, ó continuarla al resplandor de los luceros.»

Sin embargo, convienen en suspender el combate hasta el momento en que la aurora vuelva á aparecer en las orillas del Ganges. Es imposible dar á uno de ellos el premio del valor. El caballero negro convida á Astolfo, Sansoneto y los dos hijos da Olivero á que le acompañen á su palacio. Pósense todos en camino en medio de una comitiva numerosa y al resplandor de una multitud de hachones.

El palacio contiene una porción de estancias magníficas. Habiéndose quitado los cascos Marfisa y el caballero negro, quétause en ambos igualmente sorprendidos; este parece tener á lo mas diez y ocho años, y le arrogante amazona se sorprende al hallar tanto valor en un hombre tan jóven. El valeroso caballero se admira en extremo al ver la fina y rica cabellera da su adversario. Pregúntense mutuamente sus nombres, pero ya os diré el del caballero en el canto siguiente.

## CANTO XX.

ARGUMENTO.—Marfisa se desvela al caballero, si está la refiere su historia. — Los jaldinos y Marfisa procuran evadirse. — Las mujeres homicidas ean sobre cabos guerreros. — Astolfo toma la trampa escaballona. — Terror general que hace huir á la misma Marfisa y á sus compañeros. — Astolfo incendia la ciudad de Alejandria. — Marfisa derriba á Fuzabá, y hace á Grahia que se viste el traje de la dama de aquel caballero — Tira á Zerb no del caballo, y le hace después que tome á la grupa á Gahina.

En todos tiempos han ejecutado las mujeres acciones muy nobles; la entigüedad nos las muestra, ya favorecidas por las musas, ya dedicadas á las proezas heroicas, rodeadas siempre con el brillo de una viva aureola. Harpalice y Camila se hicieron célebres por su valor y su pericia militar; Corina y Sato se ilustraron por su talento y su genio. Ojendola historia se ve que las mujeres supieron llegar á la perfección en las artes. Es imposible que se deje oscurecida su gloria por mas tiempo: preciso es acusar de semejante injusticia á la ignorancia y envidia de los escritores. Eu concepto mio, las mujeres de nuestra época se distinguen con méritos brillantes; en la posteridad celebrará sus triunfos y sus trabajos. ¡Críticos odiosos! resplandecerá su gloria cuando vuestros nombres y vuestros escritos se hallen sepultados en olvido eterno. Los triunfos de las mujeres de nuestros tiempos en nada cederán á las hazañas de Marfisa.

Sigamos hablando de esta guerra; apresúrase á darse á conocer al cortes caballero cuyo nombre desea saber. Llena de impaciente curiosidad, le dice: «Yo soy Marfisa.» Y hasta aquel nombre, pues numerosas hazañas le han hecho famoso. El caballero negro necesita dar pormenores mas estensos con respecto á su vida. «Sin duda habrás oído hablar de mi noble familia, la din; la laubrei, la España, y las

naciones vecinas, la India, la Etiopía y las regiones del polo la tributan horror y respeto. De la casa de Clermont han salido el vencedor de Almonte y el que derrocó el Imperio de Clariel y de Mambrino, inmolados por su brazo. En un tiempo se enamoró el duque Almon de mi madre durante un viaje que hizo al paraje en que el Ister se arroja por ocho ó diez bocas en el Ponto-Euzino (1). Hará un año próximamente que me separé de esa madre desconsolada para reunirme con mis parientes que están en Francia. La tempestad me arrojó á esta costa, y bace ya mas de diez meses que estoy detenido en ella. Me llamo Guido el Salvaje: he llevado á cabo pocas hazañas; sin embargo, vencí aquí á Argilón de Melibeu y á otros nueve caballeros con él. Salí vencedor de la segunda prueba y tuve el derecho de elegir diez esposas á mi gusto. Me han confiado el cetro de este reino, y debo conservarle mientras no haya otro caballero que triunfe de diez campeones. Preguntan los paladines á Guido por qué razas hay tan corto número de hombres en aquel país, y por qué, contra todos los usos y costumbres conocidos, les dictan leyes las mujeres. «Desde que vivo en este país, contesta el caballero, me han referido varias veces la causa de eso, y os repetiré lo que he oído decir, si en todo caso puede interesaros mi relato. Ya sabéis que los griegos, á su regreso de Troya, después de veinte años de ausencia (pues el sitio de aquella ciudad había durado diez años, y durante otros diez, detenidos por vientos contrarios, estuvieron á merced de las olas) supieron que sus mujeres, para consolarle de tan larga viudez, y para quarescerse del frío de las noches, habían cedido amantes jóvenes. Hallaron en sus moradas una multitud de hijos ajenos. Convencidos de que tan prolongada ausencia era difícil de soportar, perdonaron á sus esposas, pero cuidándose muy poco de conservar los frutos de una falta, resolvieron librarse de ellos. Unos fueron espuestos, y otros ocultos por sus madres. Estos, que se hallaban ya cuasi en la adolescencia, partieron: unos abrazaron la carrera de las armas, otros cultivaron las ciencias y las artes; estos se hicieron pastores ó labradores, aquellos fueron á buscar fortuna en las cortés. Entre los de mas edad se hallaba el hijo de la cruel Clitemnestra, tenía apenas diez y ocho años, y en su semblante se hermanaba la blancura de la azucena con el color de rosa mas puro. Arma un bujel, seguido de otros diez griegos jóvenes y de los mas vigorosos, y recorrió los mares pirateando y apoderándose de todos los buques que hallaba. Al mismo tiempo, halliendo los cretenses arrojado de su isla al bérbaro Idomeneo, eligieron á otro rey. Cuando estaban levantando tropas para defenderse, tomaron á su servicio á Talante (este era el nombre del hijo de Clitemnestra) y le encargaron que custodiara á Dictima, la mas rica y agradable de las cien ciudades de Creta. Las mujeres eran hermosas y aficionadas al amor; pasaban su vida entre juegos y placeres: todos los extranjeros recibían de ellas una acogida placentera. Talante y sus compañeros, todos jóvenes, valientes y galantes, las sometieron bien pronto á sus leyes; las hermosas cretenses se inflamaron al verlas y no tardaron en preferirlos á todas las cosas del mundo. Restablecida la paz y no teniendo ya miedo los aventureros, pensaron en marcharse. Las jóvenes que tan enamoradas estaban de ellos, sintieron profundo dolor y derramaron mas lágrimas que si hubieran visto espirar ante ellas á sus propios padres. Perdiendo la esperanza de retenerlos á su lado, resolvieron seguirlos, y abandonaron por ellos á sus padres, hermanos é hijos. Levábanse consigo los bienes de mas valor; el proyecto y la fuga fueron tan secretos que el viento los llevaba ya lejos del puerto cuando notaron sus esposos su partida. Talante y sus compañeros llegaron á esta costa desierta,

(1) El mar Negro.

conducidos por el acaso, y pudieron disfrutar en ella tranquilamente de su doble robo. Trascurrieron diez días en medio de los placeres: pero la facilidad en obtener las cosas y la abundancia de ellas, producen bien pronto el fastidio y la santidad. Talante y los suyos pensaron en separarse de sus queridas, pues la presencia de una mujer importuna en la carga mas pesada que puede haber. El recuerdo de su primitivo oficio de piratas y la esperanza de nuevas presas les hacían comprender cada vez mas que para cubrir las necesidades de una amante se necesita algo mas que un arco y flechas. Partieron pues, con sus tesoros, abandonando á aquellas desdichadas, y se dirigieron á la Fulla, donde fundaron la ciudad de Tarentó orillas del mar.

«Las cretenses, viéndose vendidas por aquellos mismos á quienes ellas juraran eterno amor, permanecieron durante varios días en la costa, inmóviles y desesperadas. Después, conociendo que las lágrimas y los lamentos no las servirían de mucho auxilio, trataron de buscar remedio para sus desgracias; unas optaron que debían regresar á Creta y someterse á las severas reconvenções de sus padres y esposas, antes que perecer de hambre y miseria en aquellos sitios salvajes. Otras declararon que preferían á tan cruel partido morir en el seno de las aguas, llevar una vida pobre ó errante, y aun digieron las mas jóvenes que hasta el estado de cortesanas. ¿Cómo arrostrar un castigo? Mientras se agitaban ideas y encontradas opiniones, se levantó Oronte. Aquella joven y hermosa descendiente de chimnos había dejado el techo paterno para seguir á Talante, de quien se había enamorado perdidamente. Al tiempo de hablar manifestaba su rostro indignación y cólera; su corazon noble y magnánimo rechazaba el dictamen de sus compañeras, é hizo prevalecer el suyo. ¿Por qué dejar una comarca fértil, donde era puro el cielo y el clima sano? Velanse por do quiera bosques frondosos regados por arroyos cristalinos; había llanuras, puertos, bahías en que podían estar con seguridad los buques cargados de diferentes producciones de Africa y Egipto. ¿Por qué no liarse allí para vengarse de un sexo pérfido? «¡Que todo bujel traído por los vientos á esta costa sea saqueado y quemado por nuestras manos! Inmolémos á todos los hombres sin excepción.» Adoptada esta resolución, se ejecutó la ley al instante. En cuanto las nubes anonotadas presagaban una tempestad, guiadas las mujeres por la implacable Oronte, á quien eligieron por su reino, corrían á la costa; apresaban las embarcaciones y esterminaban á todos los naufragos, con el fin de que nadie supiera cual había sido su suerte. Trascurrieron así varios años; privadas del auxilio de los hombres, cuyas enemigas eran, conocieron por último que la falta de posteridad produciría bien pronto la ruina de su reino y el fin de su ley. Entonces aquellas mujeres, en número de ciento, moderando el rigor de su venganza, resolvieron elegir por espacio de cuatro años, entre los hombres que les entregaban el destierro, diez jóvenes bellos y vigorosos; cada diez mujeres no tuvieron mas que un esposo. Fueron manebos harto débiles para resistir tal prueba, fueron asesinados. Por fin hallaron diez á quienes hicieron partícipes de su lecho y su poder, pero con la condición de que si hallaban otros mejores, serian inmolados los primeros. Pronto tuvieron hijos, y temiendo que llegaran algun día á apoderarse de la autoridad, instituyeron la espantosa ley de que cada madre no pudiera conservar sino un solo hijo varón, debiendo ahogar á los demas, desterrarlos á remotos países ó cambiarlos por hembras. Ninguno se libraba de la muerte si la nación pudiera existir sin su auxilio. Tal es la única compasión de estas mujeres, mas crueles aun para con sus propios hijos que para los extraños. Continuaron degollando á los navegantes, pero biciéronse estas muertes con mas reflexion que antes.

Cuando cogian diez, veinte ó mas hombres, los encerraban en una cárcel, y cada día se sacrificaba una víctima alegre por la suerte en un templo que habia consagrado Orontes á la venganza.

«Mucho tiempo después fue arrojado á estas playas un griego jóven, de la raza de Alcides, y dotado de gran valor: llamábase Elbano. Como no tenia desconfianza alguna, pudieron las mujeres apoderarse de él con facilidad, y le colocaron con una fuerte guardia en el calabozo en que debia aguardar el momento del sacrificio. Era hermoso y seductor, y su voz tenia tal dulzura que hubiera encantado al mismo Aspid. Vivie Orontes todavía, aunque ya muy vieja, todas sus antiguas compañeras habian muerto, pero las habian substituido otras, y habíase aumentado en tal manera su número, que ya no habia siquiera ni un marido para cada diez mujeres, pues los diez caballeros hacían á los extranjeros un recibimiento muy cruel.

«Alejandra, hija de la reina, oyó hablar de Elbano y deseó conocerle: le vió y le oyó, pero cuando se separó de él, no estaba ya libre su corazón: el cautivo era á la sazón su dueño. «¿Estermosa doncella, le dijo al griego, si la compasión que reina en todos los países que el sol alumbró no te es desconocida, me atrevo á suplicarte, en nombre de tu sin par belleza, que me conserves una vida que deseo consagrar tan solo á ti. Si tu alma es inaccesible á la piedad, concédeme al menos que muera como un valiente, con las armas en la mano, y no como un criminal ó como la víctima de un sacrificio.» Eternizada la jóven y con los ojos peinados de lágrimas, le contestó: «Esta nación es, sin duda alguna, la mas cruel de cuantas han existido. Pero te equivocaras si creyeras que todas las mujeres son como Medea. Si basta este momento he parecido estar sometida á costumbres bárbaras, es porque ningún mortal ha podido conmover mi alma en el día. Pero aunque estuviera dotada de la ferocidad de un tigre, aunque fuera mi corazón tan duro como el diamante, tu nobleza, tu gracia y tu belleza me habrían hecho ser sensible! Sin embargo, una ley irrevocable me impide que rescate, aun á costa de mi existencia, tu vida que es mas preciosa para mí que la mia propia. El favor que pides, no será fácil obtenerle: lo solicitaré, no obstante, pero prolongando tu existencia debes temer que se aumenten tus tormentos.» ¡A! exclamó Elbano, me siento con fuerzas suficientes para combatir y vencer juntos á diez caballeros completamente armados.» Alejandra le contestó con un profundo suspiro; en seguida, traspasado el corazón con las flechas del amor, fue á suplicar á Orontes que librara del asilio al jóven intrépido que se proponia combatir y vencer á diez adversarios reunidos. La reina reunió el instante su consejo: «Nos es de suma importancia, dijo, que la custodia de nuestras costas esté confiada al mas valiente de los caballeros. Para experimentar el valor de los que eligemos, y no inocular á un hombre de valor en lugar de un cobarde, debemos someter á alguno prueba á todos los que la suerte ponga en nuestras manos. Os propongo pues, que dispongais que en el sucesivo pueda todo prisionero salvar su vida batiéndose con diez campeones á la vez. Si triunfa le confiaremos el cuidado de custodia de nuestros esclavos y puertos. Uno de nuestros cautivos pretende hoy triunfar por si solo de diez de nuestros guerreros: si vence, merecerá nuestra confianza; si le ciega el orgullo, recibirá un castigo justo y merecido.» Una anciana tomó entonces la palabra para contestar á la reina. «La defensa de este reino no es la única razón que nos ha decidido á conservar algunos hombres entre nosotros. inútil nos es en epítyo, puesto que nuestra inteligencia y valor pueden bastarnos. En otro tiempo, obedeciendo á la necesidad de impedir que se extinguiera nuestra raza, consentimos en recibir á algunos hombres, pero en muy corto número, con el

fin de que nunca hubiera mas que uno contra diez mujeres, y que se hallaran siempre harto débiles para dominarnos; de modo que nuestro objeto ha sido conseguir hijos y no el de tener protectores. ¡De poco nos serviría su valor, pero basta que satisfagan nuestro deseo único: buscar un guerrero tan valiente, es querer destruir nuestra ley primitiva, pero sucumbirían infinitas mujeres á manos del vencedor de diez caballeros! Si en otro tiempo hubieran tenido ese valor nuestros esposos, nos habrían sometido á su dominio; para conservar nuestro poder es preciso no dar armas á quien sea mas valiente que nosotros. ¿Y qué será de las cien viudas desgraciadas de esos diez campeones sacrificados por un solo adversario? ¿No ois ya sus lamentos? ¿No puede rescatar un cautivo su vida por otros medios? ¿Aun fuera esto llevadero si el vencedor pudiera recompensar al lado de las cien viudas á sus maridos muertos! Tal fue el discurso de la anciana Artemia, y en que poco estuvo que fuera causa del sacrificio del infortunado en el templo de la inesorable diosa. Pero Orontes, por complacer á su hija, presentó razones nuevas y tan poderosas, que le asamblea se mostró favorable al griego. La belleza de Elbano hizo que ballara defensora eloquencia entre las mujeres jóvenes; prevaleció su opinion sobre la de las viejas que podian, como Artemia, la ejecución rigurosa de la ley; poco faltó para que el cautivo quedara completamente libre. Decidióse, sin embargo, de comun acuerdo, que salvaria su vida si triunfaba primero de diez campeones, y si en la noche inmediata quedaba vencedor, no de cien mujeres, si no de diez vírgenes. Al día siguiente salió Elbano de la cárcel: le dieron armas y un caballo, y errónculo la vida á sus diez adversarios; luego, durante las sombras de la noche, consiguió sobre diez doncellas una victoria mas grata y dulce. Admirando Orontes sus proezas, le tomó por yerno, dándole con su hija otras diez esposas, y le eligió por sucesor suyo con la hermosa Alejandra, que ha dado su nombre á este imperio. Obsérvese desde entonces la ley que exige que todo extranjero que llega á estas costas sea sacrificado si no triunfa, en una doble prueba, de diez caballeros durante el día y de diez doncellas por la noche. Conocidos al vencedor el cetro del reino, y puede elegir diez mujeres, hasta que consiga otro armarlo su vida y poder. Hace unos dos mil años que existe tan cruel costumbre, y trascurren muy pocos días en que no se verifique el sacrificio de algun desgraciado. Si hay algunos que, como Elbano, peleen con diez guerreros, parecen cuasi todos en el combate; y de cada mil apenas sale uno con felicidad de la segunda lucha. Argilón fue uno de estos vencedores, pero no disfrutó mucho tiempo de su victoria. Arrojóse una tempestad á este país y le dió la muerte. ¡Ah! ¡por qué no sufrí yo su suerte en lugar de estar condenado á soportar un yugo humillante! Los placeres del amor, los gozos, los juegos tan gratos á mi edad, la púrpura, las joyas, el rango supremo, no son nada para el hombre privado de su libertad. Estos parajes que no puedo abandonar, me parecen la prision mas triste y cruel. Consuéname mas mas floridos años en una vida de molición y ociosidad, y esta idea que aumenta mi desesperación, estingue en mi alma todos los gozos. Mientras el rumor de las proezas de mi raza vuela por el orbe en alas de la fama, recuerdo que hubiere podido reunirme con mis hermanos y compartir sus glorias y trabajos. ¡Suerte infame, que me entrega á un cautiverio vergonzoso y me reduce al miserable estado de un caballo de batalla ciego, cojo é inútil. ¡Ah! ¡venga pronto la muerte, á quien llamo á todas horas! Así habló Guido, maldiciendo el día en que le derrotó diez guerreros y su segunda victoria le valieron el cetro de aquel reino. Astolfo que le escuchó atentamente antes de darse á conocer, ha querido asegurarse de si aquel caballero era real-

mente hijo del duque Aimon, su pariente. «Yo soy, le dice entonces, tu primo Astolfo, príncipe de Logiaterra. Le estrecha sobre su corazón derramando lágrimas. «Tu madre, añade, no necesitaba colgar de tu cuello señal alguna para hacerte conocer; tu valor prueba bastante tu origen. «En cualquiera otra circunstancia hubiera experimentado Guido la alegría mas viva al ver á un pariente tan ilustre, pero mézclase cierta tristeza á su cariñosa espansion. Astolfo tiene que matarle al día siguiente á quedar esclavo. El mismo Guido solo puede conservar la libertad y la vida inmolando al duque y sus compañeros; su muerte no podría librarles del suplicio, puesto que Marfisa, aunque victoriosa en el combate, debe obtener mal éxito en la segunda lucha. No pudiendo la hermosa guerrera cumplir la ley, será conducida al sacrificio, y sus compañeros serán reducidos al mismo estado de esclavos. Marfisa, por su parte, enterrecida al ver la juventud, cortesania y valor de Guido, no quiere salvarse á costa de su muerte: piensan de igual suerte los demás paladines, la guerrera arrostrará el suplicio antes que inmolarse á Guido.

«Ven con nosotros, le dice; es preciso que nuestra valor nos haga salir de aquí. — ¡Ah, responde Guido, por mucho que sea tu valor no espere escape! — No estoy acostumbrada á dudar del triunfo, replica Marfisa; el camino mas seguro para mí es siempre el que me abre mi espada. Tu gran valor, que acabo de experimentar, me da la seguridad de que todo podré tentarlo con tu auxilio. Mañana, en cuanto esas mujeres se hayan situado en las gradas del palenque, las daremos la muerte, ya sea que quieran ó no defenderse. Sus cuerpos satisfarán la voracidad de los lobos y aves de rapina, y quemaremos su ciudad. — Te aseguro guiso, contesta el caballero; si no tengo esperanza de salvar mi vida, sé al menos que yo moriré sin vengarme. El circo será ocupado por mas de diez mil mujeres, y un número igual por lo menos custodiará las murallas, el puerto y los castillos; tendremos cerrada toda salida.

— Aunque fueran mas numerosas que el ejército de Xerxes, esclama Marfisa, aunque superaran en número á los ángeles rebeldes, que para eterna vergüenza suya fueron arrojados del cielo, si combates en favor nuestro, ó por lo menos si no te unes á esas mujeres crueles, juro exterminarlas en un solo día. — Consiento en ello, dijo Guido; pero elijamos un medio que pueda hacernos triunfar. Como solo las mujeres tienen el derecho de aproximarse á las naves, recurriré al amor y fidelidad de una de mis esposas, que desea salir de este país horroroso con la esperanza de que desembarazada de sus nueve rivales, vivirá sola conmigo. A favor de la noche equiparé una galera que mandará tu piloto. Nosotros, caballeros, mercaderes y marineros, nos dirigiremos al puerto, derribando todos los obstáculos que obstruyen nuestros pasos. De este modo nos librará nuestros aceros de la esclavitud. — Obra de ese modo, dice Marfisa; en cuanto á mí estoy segura de salir sana y salva del combate. Es mas fácil para mí inmolarme á todas esas mujeres, que huir ó ceder al temor; quiero salir en medio del día, pues me avergonzaría de huir durante la noche. Sé muy bien que me fuera fácil obtener aqui los honores y ventajas concedidos á las mujeres: me admitirían en el senado; pero habiendo venido con vosotros, debo arrostrar los mismos peligros, y no soy tan cobarde que quiera quedar libre mientras seáis esclavos vosotros.»

— Sin embargo, temiendo que esta resolución intrépida comprometa á los paladines, deja á Guido que adopte el partido que crea mas conveniente. En la misma noche participa este su proyecto á la hermosa Aleria (este es el nombre de la mas fiel de sus mujeres) y la encuentra decidida á ayudarle. Elige un baje, embarcado en él sus objetos mas preciosos, y

bojo el pretexto de ir á las justas con sus compañeras, se provee de armaduras, espadas, lanzas, corazas y escudos, que distribuye entre los compañeros de Marfisa. Mientras nos se entregan al descanso, los otros acechan en el Oriente los primeros albores del día; el sol no ha descendido aun el tenebroso velo y la hija de Licou no ha concluido en todavia su carrera en el cielo, cuando las mujeres, ansioso conocer el resultado de la lucha, se apresuran á colocarse en las gradas del palenque; hubiéranselas tomado fácilmente; por enjambres de abejas agitando en derredor de la colmena que van á abandonar para ir á poblar una nueva habitación á la vuelta de la primavera.

El ruido de los clarines y tambores hace retremblar la tierra y los cielos. Esta es la señal para que Guido vaya á terminar la lucha interrumpida el día anterior. Este paladín, Astolfo, Aquilante, Grifon, Sansoneto y Marfisa, cubiertos con sus armaduras y seguidos de sus compañeros armados, unos á pie y á caballo otros, han salido ya del palacio de Guido y se dirigen á la costa. El príncipe les anuncia que tendrán que atravesar el palenque; les exhorta á que se defiendan bien, y penetra en él con cien hombres de armas. En el momento en que va á atravesar la otra puerta, las mujeres que le ven tan bien acompañado, sospechan su proyecto, y se arman con arcos y hondas para detenerle. Marfisa y sus amigos empiezan al momento el ataque y procuran abrirse paso, pero una nube de flechas hiere y mata á muchas de sus compañeros, y los mas intrépidos comienzan á desconfiar del triunfo. El caballo de Marfisa y el de Sansoneto sucumben, y á no ser por el lino temple de sus armaduras correrían gran peligro los paladines. Astolfo dice entonces para sí: «¿Por qué he de sufrir por mas tiempo el hacer uso de mi trompa? ¿Dónde hallaré mejor ocasión para ello? Veamos si nos será mas útil que nuestras espadas y lanzas. En semejante apuro, cualquier medio es bueno.» Toca al instante la trompa: al sonar aquel ruido aterrador estremécense la tierra; espantadas las mujeres huyen precipitadamente, se derriban unas á otras, y dejan libres todas las puertas. A la manera que los habitantes de una casa incendiada se despiertan sobresaltados y se arrojan desde el tejado á los ventanos, así todos aquellas mujeres, olvidando al cuidar de su vida, solo piensan en huir de los saqueos de la trompa maravillosa. Corren aterradas por todas partes: mas de mil, detenidas en las puertas, se oprimen unas á otras perdiendo algunas la vida y rompiéndose otras brazos y piernas. Gritos y lamentos interminables se mezclan al ruido y estrépito que produce la trompa. Huye todo aquel populacho, y no lo extrañares, puesto que la liebre obedece siempre á su carácter tímido y cobarde. Mas qué diremos de Guido, de los dos hijos de Olivero, inmortalizados por sus proezas, y de Marfisa la andaz é indomable guerrera? Estos héroes que habrían resistido á todo un ejército, huyen cual en enjambre de conejos ó una bandada de tinidos palomas. Así luce sentir su poder la trompa á los amigos y enemigos de Astolfo sin distinción. El ingles no cesa de correr por todas partes tocando su instrumento encantado. Las mujeres cubren la playa, otras buscan un refugio en las montañas, y otras en fin en el fondo de los bosques. Algunos estuvieron corriendo durante diez días sin detenerse ni volver atrás la cabeza. Precipitan otras en las olas que las sepultan para siempre. En un momento quedan completamente desiertas las plazas, las casas, los templos, la ciudad entera.

Los caballeros y Marfisa, pálidos y temblorosos, se han dirigido al puerto siguiendo los marineros y pasajeros; encuentran allí á Aleria que tiene ya preparada la galera: lanzase á ella, y salen del puerto haciendo fuerza de vela y remo. Astolfo, después de haber recorrido el interior y las afueras de la ciudad,

desde la cumbre de las montañas hasta la costa, dispersa á todas las mujeres y busca á sus compañeros: divisa entonces la nave que los lleva, y se ve obligado á seguir otro camino. Podemos dejarle marchar sin temor; si ha de atravesar puises bárbaros y la patria de los indios, lleva en cambio el auxilio de su trompa. Después de la prueba que acaba de sufrir, arrostrará todos los peligros imaginables. Alcancemos á Marfisa y sus compañeros que están ya lejos de aquella comarca cruel. Ya no oyes los sonidos de la trompa: apodérase de ellos la vergüenza, y asoma á sus rostros el rubor; bamblidos, y con la cabeza inclinada, no se atreven á pronunciar una palabra ni á mirarse unos á otros. Favorecido el baje por el viento, pasa pronto de Rodas y Chipre; la Móra, el peligroso promontorio de Malea, cien islas del mar Egeo han desaparecido de su vista. Ven la Sicilia, entran en el mar Tirrenio, y siguen las costas risueñas de la Italia. Por fin descubre el piloto á Luna, ciudad en que habita su familia, y da gracias al cielo por haberle permitido concluir con felicidad un viaje tan largo. Un bujel transporta á los paladines á Francia, y pronto llegan á Marsella. Bradamante, á quien está confiada la custodia de aquel país, se halla ausente á la sazón: si estuviera allí para recibir á los viajeros, hubiérale decidido á quedarse algunos días con ella. Al desembarcar dice Marfisa á sus compañeros: «No está bien que tantos caballeros marchen reunidos; las palomas, los estorninos, los gamus, los ciervos y todos los animales tímidos, se reúnen en grupos; pero el halcón atrevido, el águila solaz, los osos, los tigres y los leones van siempre solos, sin temer el peligro.» No queriendo separarse los demás paladines, parte sola Marfisa, andando por los bosques y siguiendo caminos desconocidos.

Aquilante, Grifon, Sansonete y Guido siguieron el camino mas frecuentado y llegaron al día siguiente á un castillo en que recibieron hospitalaria acogida. Esta cortesana fingida ocultaba una traidora, y se apoderaron de ella en la noche siguiente. El duque del castillo los hizo prender en sus lechos mientras dormían, y no quiso restituirles la libertad antes de haber recibido de ellos la promesa de observar una costumbre infame. Pero ya os referiré el fin de esta aventura; quiero, señor, seguir los pasos de la intrépida Marfisa. Después de haber atravesado el Durauce, el Ródano y el Saona, llega al pie de una montaña. Allí vió llegar por la orilla de un torrente, á una vieja cubierta de andrajos sucios; parecia estar agobiada de caquexia y sobre todo de tristeza. Era aquella vieja malvada que servía á los bandidos de la caverna, adonde la justicia divina envió al conde de Angors para castigar sus muchos crímenes. Temiendo que la conocieran y la bichieran sufrir el castigo que tanto mereciera, según veremos después, andaba hacia muchos días por caminos lóbregos y ostraviados, con el objeto de evitar cualquier encuentro peligroso. El traje y las armas de Marfisa anunciaban que era un caballero extranjero; no trató pues de huir como solia hacerlo, y lejos de esquivar su encuentro, se dirigió hacia ella con seguro paso, y la suplicó que la pasara á la orilla opuesta á la grupa de su caballo. Marfisa naturalmente complaciente, la condució al otro lado, y aun la pasa por un terreno pantanoso. En este intermedio aparece un caballero cubierto de rica y brillante armadura; acompañándole un escudero y una dama bastante hermosa, pero de aire adusto, orgulloso y altivo. Es Pinabel, aquel conde de Murguicia que pocos meses antes precipitara á Bradamante en la cueva de Merlin. Desde entonces estuvo á pique de perder la vida en fuerza de tanto llorar; el rapto de su dama por un nigromántico era causa de sus suspiros y sollozos. Mas después de la desaparición del castillo encantado de Aliaote, uno de los hechos de armas de la intrépida Bradamante, habien-

do recobrado su libertad todos los cantivos, la dama, dispuesta á corresponder á los tiernos sentimientos de Pinabel, fué á buscarla y á la sazón viajaba de castillo en castillo. Aquella mujer es burlona; en cuanto ve á la guerrera en compañía de la vieja, empieza á reír y pronunciar satíricas palabras. La arrogante Marfisa que está poco acostumbrada á tener paciencia, esclama cólicia: «Esta mujer es mas hermosa que tú, y voy á probarlo ahora mismo á tu caballero, con la condicion expresa de que si le venzo cederás á esta mujer tus vestidos y tu cuartel.» Viéndose obligado Pinabel á combatir, coje su lanza y su broquel, tome distancia y se precipita audazmente sobre la guerrera. De un solo bote de su lanza le arroja Marfisa al suelo sin sentido, y en el momento mismo obliga á su dama á despojarse de su traje suntuoso y se le da á la vieja, que se viste aquellas galas propias tan solo de la juventud. Hicela montar tambien en el pabellon de la dama y se aleja con la vieja, que estaba tanto mas hedionda cuanto mejor adornada. Viajaron así durante tres días, sin balar aventura alguna digna de ser referida; pero al cuarto día divisaron á un caballero que venia hacia ellas á rienda suelta. Era el principe de Escocia, Zerbino, que uña á la gracia de la juventud el mas alto valor. Habia perseguido largo tiempo al bárbaro asesino de Melior en las revueltas del bosque; pero una nube ocultó los primeros albores de la aurora y libró á aquel traidor de su cólera, permitiéndolo que regresara al campo. El escocés, á pesar de su aun enfurecido, no pudo menos de sonreirse al ver á la vieja, cuyos ricos y magullicos adornos hacian resaltar mas su figura grotesca. A caballero, dice Zerbino á la guerrera, habeis dado una prueba relevante de vuestra mucha prudencia al elegir semejante compañera; no teméis que temer que os la robare codiciando su belleza. La vieja, tan arrugada como una sibil y parecida á una mona vestida por titiriteros, se puso aun mas hedionda cuando sus ojos chispearon de furor. El insulto mas atroz que puede hacerse á una mujer, es decirle que es vieja ó fea. Marfisa, á quien divertía la mienta discusión, fingió indignarse al escuchar las palabras de Zerbino. «Mas bella es mi dama que tú cortés, le contesta; y fíjese hallarla fea para disculpar tu cobardía. No hay palabra alguna que no anhele apoderarse de una mujer tan bella y que está casi sola en medio de los bosques. — A fé mia, replica Zerbino, la encuentro muy bien en tus manos, sería una injusticia arrebatársela, y no será yo quien procure una. Si por cualquier otro motivo quieres probar mi valor, te complaceré gustoso, pero no quiero romper ni una sola lanza en honor de tu compañera. Hermosa ó fea, guárdetela; no será yo quien rompa tan dulces lazos. Al ver tan tierna nunca juzgaria que tu valor corra parejas con su hermosura. — ¡Ah! ¡ah! esclama Marfisa, preciso será que de grado ó por fuerza te batas por ella; no puedes escusar una pefa cuyo premio serán tantos cuantos y atractivos. — ¡Exjusto! acaso exponerse para conseguir un triunfo perjudicial para el vencedor y provechoso para el vencido? — No por cierto; pero si ese arreglo no te conviene, te propondré otro que no rehusarás: si vences, conservaré á esta dama en mi poder; pero si soy yo quien triunfe, habrás de tomarla en tu compañía, y la llevarás adonde mejor te convega. — Consiento en ello,» esclama Zerbino sin vacilar, y reuniendo al momento su fuerza, se afirma en los estribos y se precipita contra la guerrera. Rómese su lanza en el escudo de Marfisa cual si hubiere tropezado en un peñesco. El bote de la guerrera le derrió solo como un cañonazo. Vencedor el escocés hasta entonces de millares de guerreros, considera que es imposible borrar aquella afrenta; québase largo tiempo lamoril y silencioso; el juramento que ha hecho de quedarse con la jaulilla vieja, acrecienta su desesperacion.

Marfisa se aproxima á él sonriéndose y le dice: «Te presento mi donosa dama, y cuanto mas considero sus encantos y atractivos, tanto mas me apresuro á cederla. Sé siempre su defensor, su guia y su apoyo, y sabe cumplir bien tu juramento.» Al decir estas palabras, mete espuela á su caballo y se interna en el bosque. Zerbino que no duda que su vencedor sea algun caballero ilustre, dice á la vieja: «¿Cuál es su nombre?» Complaciéndose esta en revelar una verdad amarga, le contesta: «Una mujer jóven y valiente te ha hecho mudir el suelo. Llega del fondo del Oriente para probar su valor contra los paladines del Francia. Su valor la hace ser digna de disputar á todos los caballeros el honor de manejar una lanza y ceñir una espada.» Zerbino siente aumentarse entonces su humillacion y desprecio; lleno de vergüenza está próximo á teñir con su propia sangre su coraza y su cota de malla; acéscase á sí mismo de cobarde, mientras que la vieja irrita su dolor recordándole que ha jurado acompañarle á todas partes. Obligado el príncipe á cumplir su palabra, la sigue como el corcel molido de causanclo anda con el acicate clavado en los hijures, y tascando el freno. «¿Ay! decía Zerbino, fortuna cruel, me has arrebatado la flor y nata de las bellezas de la tierra para imponerme esta compañera hedionda: debo conservar la una y renunciar á la otra. La que no tuvo rivales en perfeccion y hermosa, tiene su cuerpo magullado sobre duras rocas y es sumergida por las olas. Su hermoso cadáver será presa de las aves de rapiña: ó de los monstruos marinos, mientras que esta vieja, que há tanto tiempo debiera servir de pasto á los gusanos; parece haber vivido diez ó veinte años de mas para aumentar mis tormentos!» Así habla el triste Zerbino, á quien parece afligir tanto el gravoso peso de su nueva conquista como la pérdida de su dama. La vieja no habia visto nunca al príncipe de Escocia, y sin embargo, hácela sospechar sus lamentos que es aquel hermoso doncel de quien con tanta frecuencia la hablaba Isabel. Ya os he dicho antes, y deberéis recordarlo, que la vieja sale de la cueva en que la señora de los pensamientos de Zerbino habia estado cautiva diez meses. Habíala referido con frecuencia la princesa cómo luyó de su país, y cómo, después del naufragio de su nave, se habia refugiado á las costas de la Rochela.

Mas ofendida por la pérdida de Zerbino que por su propia esclavitud, compláciese Isabel en hablar de la belleza de su amante, y describía su rostro: por esta razon la vieja le conoce con facilidad. Los lamentos del príncipe prueban que está en la creencia de que su dama se halla en el fondo del mar, y su malvada compañera, dejándole ignorar la verdad, se apresura á referirle lo que puede aumentar su dolor. «Escucha, le dice; tú, cuyo orgullo se complace en cubrirme de odio y desprecios, si yo te reluciera lo que sé de aquella cuya pérdida lloras, me llenarías de caricias! Para tus repetidos ultrajes me decidí á ocultarle lo que pudiera revelar, y antes me barias trájulas que arrancarme mi secreto.» —El porro de presa encarnizado en perseguir á un desconocido á quien toma por un ladrón, no se apacigua mas pronto al presurarlo un pedazo de carne, que Zerbino al oír las palabras de la vieja. Deseoso de obtener alguna revelacion de la malvada vieja, la suplico con acento humilde y sumiso en nombre del Eterno Ser y por el amor al prójimo que anda le oculte. «¿Cuál es la suerte feliz ó aciago de aquella cuya pérdida lloras?» —«Ainda replica la fufame con insolencia; no espares recibir consuelos de mí; sabrás tan solo que Isabel está viva y que es tan desdichada como envidia á los muertos. Desde que la perdíste estás en poder de unos viles bandidos, y si algun día llegas á recobrarlo, no espares cojer aquella flor que tan ardientemente codicias.» —«Vieja infernal, exclamó Zerbino, ¡con qué

perfidia preparas tus embustes! Si mi dama está cautiva entre los bandidos, bien sabes tú que ninguno ha podido arrebatarla su honor.» Informase después del sitio y el momento en que halló á Isabel, recurra alternativamente á las súplicas y amenazas, pero no puede arrancar ni uno sola palabra á aquella mujer infame. Al fin, inflamado el corazón por los celos, se calla y renuncia á sus averiguaciones. Por reunirse con Isabel, se arrojaria á las llamas; pero es-lavo de su palabra, sigue por senderos tortuosos y desconocidos á la vieja que ha jurado proteger. Siempre silenciosos y sin mirarse siquiera el uno al otro, trepan por las montañas y bajan á las valles. Llegaba apenas el sol á la mitad de su carrera, cuando vieron á un caballero cuya llegada puso término á su silencio. El fin de esta aventura se hallará en el canto siguiente.

## CANTO XXI.

ACUERTE. — Zerbino encuentra á Herminides, se bala con él y le vence. — Herminides le refiere la historia de Gabriela. — No puede concluir el caballero la narracion por causa de su herida. — Zerbino se muestra con tolerancia. — Le relata de armas suyas á Zerbino á su alio en que se ve un caballo terrible.

No creo que una cuerda pueda apriimir mas estrechamente un fardo, ni que un clavo sujeto con mas fuerza un pedazo de madera, que la fé que liga á una alma noble y generosa con un nudo indisoluble. Representábase á la Fe antiguamente con un velo blanco, cuya pureza no habia sido alterada por la mas leve mancha. La fé jurad á un solo individuo ó á mil, en un bosque, en el fondo de una gruta, lejos de las ciudades y de los sitios habitados, debe ser tan respetada cual si se tratara de juramentos hechos en presencia de Temis, ó ante testigos, ó consagrados por actos auténticos.

Fiel Zerbino á su palabra en todas las circunstancias, probó su lealtad cuando se apartó del camino que llevaba para seguir á la vieja, cuyo aspecto y compañía eran mas desagradables para él que la peste y aun que la misma muerte: de esta serie, el compromiso que contrajera con Marfisa triunfó del horror que le inspiraba su hedionda compañera. Ya he dicho antes que, avergonzado de su repugnante misión y con el corazón lleno de ira, caminaba silencioso. Iban ambos sin proferir palabra alguna, cuando encontraron á un caballero que lleva un escudo negro cruzado por banda roja. La vieja conoció al momento que era Herminides de Holanda; depuso su arrogancia entonces y suplicó con la mayor humildad á Zerbino que no olvidara la promesa que habia hecho á Marfisa. «Ese guerrero, le dijo, es enemigo mio y de todos mis parientes. Mi padre y mi único hermano sucumbieron bajo sus golpes, y se propone tratar del mismo modo hasta el último de mi raza.» —Nada temas mientras te halles bajo mi proteccion, le contestó Zerbino. Al ver el caballero á la mujer á quien detesta, exclama con voz arrogante y amenazadora: «Prepárate á batirte y á morir cual lo merece el campeón de una mala causa, ó renuncia á defender á esa vieja, á quien espera un justo castigo.» —Lo que me propones, replica Zerbino con dulzura, es contrario al honor; las leyes de la caballería no te permiten dargollar á una mujer. No me niego á batirme, pero la ruego que reflexiones que un caballero noble, cual tú pareces serlo, no debe mancharse con la sangre de un ser inerte y débil.» No es atendida esta observacion; precipitase ambos audazmente uno contra otro: sus corceles vuelan con la rapidez del rayo, que en día de tormenta señala en el firmamento su surco de fuego. Herminides baja su lanza y procura pegar á Zerbino en la cintura, pero se rompe aquella y el choque es muy ligero. El escocés le da un golpe terrible que atraviesa el escudo, hiere el hombro del caballero y le arroja sobre la yerba de la pradera; entonces Zerbino, lleno de compasion, echó pie á

tierra, y creyendo que había muerto á su adversario, le alza la visera del casco. Hermonides sale de su desvanecimiento, fija su Zerbino sus miradas, y le dice: «No sieoto haber sido vencido por un adversario que me preña ser le flor de la andante caballería; lo que me desespera es perder la vida por una criatura miserable é indigna de tu proteccion. ¿Cómo has padido como en defensor suyo? Tú te arrepentirás da habermo dejado tan maltrecho por causa da ella, cuando sepas el motivo de mi odio. Si tengo las fuerzas suficientes para concluir mi historia (y mucho temo que me han de faltar) conocerás que esa mujer infama ha llevado siempre al último extremo el vicio y la perversidad. Tenia yo un hermano que meció, jóven eun, desde Holanda, nuestra patria, á la córta da Heraclio, emperador entones del Oriente. Contrajo pronto estrecha amistad con un magnate que poseia en las fronteras da la Persia un castillo rodeado de estensas murallas. Argeo, que así se llamaba el griego, era esposo de esa criatura detestable, y desgraciadamente la amaba hasta el extremo da olvidar por ella el sentimiento de su propia dignidad. Mes veladosa que las hojas secas da un árbol arrastradas por las caprichosas ondulaciones de un viento de otoño, olvidó bien pronto el afecto que la inspirara su marido por breves instantes; concibió una pasión culpable cuyo objeto era mi hermano, y resolvió obligarle á que fuera su amante. Los montes Ceraunos resisten menos á las olas embravecidas; el pino cuyas hojas se han roto por cien veces y cuyas raíces penetran en la tierra profundamente, no opone esfuerzos mas vigorosos al furor da Boreo que los que opuso mi hermano á las declaradas insinuaciones de esa mujer, receptáculo vil da todos los crímenes. Como sucede con frecuencia á los caballeros que andan en busca de aventuras tener una fortuna variable, mi hermano fue herido en un combate cerca del castillo de Argeo. Acostumbrado á detenerse en él, ya fuera solo ó acompañado, sin aguardar invitacion alguna, mi hermano se propuso permanecer allí para curar su herida. Mientras estaba postrado en el lecho del dolor vióse obligado Argeo á ausentarse, entones renovó sus instancias esa mujer desvergonzada, pero aquel amigo leal reclinó sus ofrecimientos criminales. Para evitar su presencia, eligió entre las desgracias que le amenazaban le que le pareció menos mala: renunciando á la amistad de Argeo, resolvió huir lejos da su mujer con la esperanza de que le olvidaría. Preferió obrar así mas bien que declarar su crimen á su esposo, que la quería mas que á su propia vida. A pesar de lo que aun sufría, tomó sus armas y salió del castillo, formando el firme propósito de no volver á él. Al regresar Argeo, encuentra á su mujer abandonada á la mayor desesperacion, con los cabellos sueltos, y encendido el rostro, y la pregunta el motivo de aquel estado alarmante. Fioge la pérdida no querer contestar, pero medita su venganza; inspirada por la rabia que ha sustituido en su corazón al amor, exclame por fin: «¿Cómo he de procurar ocultarte el crimen que he cometido en tu ausencia? ¿Aun cuando pudiera callarle, yo me haria acaso traidor mi conciencia? ¿Agobiada por los remordimientos, qué castigo podrá igualar el suplicio que me hace sufrir el sentimiento de mi crimen, si tal nombre puede darse al resultado de la violencia mas execrable! Sabe, pues, y qué tu espada arranque de un cuerpo manchado mi alma inocente y pura, sabe que tu culpable amigo acaba de abusar de mí. Me ha robado mi honor y ahora huye para librarse de tu venganza. ¡Ah! ¡véname mis ojos privados para siempre da la luz del sol! Después de tal afrenta, no puedo soportar las miradas de los hombres, ante los cuales habré da sonrojarme!»

«Así aquella mujer perversa escelta furiosa rabia en el corazón de su marido. Da este enton crédito á sus

palabras, coje sus armas y corre á vengarse. Conoce perfectamente todos los alrededores, y pronto alcanza á mi hermano que, herido y débil todavía, camina lentamente. Sordo á sus protestas, le ataca al momento; lleno Argeo da salud y vigor, saca nuevas fuerzas de su cólera; mi hermano que está debilitado por su herida, se halla contenido tambien por su amistad. Incapaz entoncea de ofrecer una resistencia prolongada, se ve obligado Filandro (este era el nombre de mi hermano) á ceder. «¡No permita Dios, dice Argeo, que manche yo mis manos en la sangre de un hombre á quien tanto amo y se apellidaba amigo mío! No, tanto en mí venganza como en nuestra amistad quiero ser mas noble y grande que tú. ¡No te daré la muerte!» Al decir estas palabras, forma ramas de árbol una parihuela que coloca en el caballo da mi hermano, y se lleva de nuevo al castillo á Filandro medio muerto; despues encierran el desdichado en una torre de la cual no ha de salir nunca. Excepto en la libertad, tratante del mismo modo que antes; todos le obedecian cual si no se hallara cautivo. Le mujer de Argeo sintió renacer sus criminales deseos: poseia las llaves de la torre, y cada dia podia penetrar en ella para poner á prueba la lealtad de mi hermano con ataques que renovaba sin cesar. «¿A qué tanta virtud, le decia, puesto que en todas partes te acusan? ¿Dónde esta el premio de tu resistencia? ¿Qué provecho has reportado da ella? Si me hubieras escuchado, disfrutarías hoy entera libertad, y tu honor estaria á cubierto. No esperes salir de esta encierro si no consientes en corresponder á mi pasión. Cede á mis deseos, y yo sobre restituirte honra y libertad. — No, contestaba Filandro, nunca conseguirás corromperme; si la suerte reserva un triste fin á mi lealtad, el Ser Supremo, para quien nada hay oculto, conocerá mi inocencia y podrá llevarla triunfar. Cuando desee Argeo estallar en mí una venganza mas cruel, dispondrá mi suplicio, y recibiré en el cielo la recompensa de una conducta desconocida por los hombres. Vuelto tu esposo de una prevencion fatal é injusta, conocerá su injusticia y consagrará algunas lágrimas á la muerte de un amigo fiel y sincero.»

«Varias veces intentó inútilmente aquella mujer execrable de conseguir su fin; irritados constantemente sus deseos por una pasión insensata, la arrastraron á reuoir en el fondo de su corazón los pensamientos mas criminales. Formó mil proyectos antes da fijarse en ninguno da ellos. Abstúvose durante seis meses da entrar en el calabozo da Filandro, y tuvo esperanzas al cautivo de verse libre de ella. Pero la fortuna, que favorece con harta frecuencia á los malvados, ofreció á la infame una ocasion de satisfacerse por un medio deplorable.

«Hacia mucho tiempo que Argeo estaba enemistado con un señor de aquellas inmediaciones, llamado Morando-el-Hermoso, el cual acostumbraba hacer en ausencia suya algunas incursiones en sus dominios, pero nunca se atrevia aproximarse al castillo mas de diez millas cuando sabia que estaba en el su dueño. Pure atracción á un lezo, recurrió Argeo á su ardor; hizo circular la noticia de que marchaba en peregrinacion á Jerusalem, y partió en el día predicho con bastante publicidad para que nadie sospechara su intento. Su mujer estaba enterada del proyecto. Cada noche iba Argeo á pasarla en su castillo, y al volver la aurora, se iba disfrazado sin que nadie le viera. Mantenlase en el bosque inmediato y recorria los alrededores, esperando que apareciera Morando, segun su costumbre. Al reconocerle salió su infiel esposa á recibirle por una puerta secreta. Creia pues todo el mundo que Argeo estaba muy lejos de la comarca, y aquella mujer criminal, juzgando que era llegado el momento favorable para ella, fue á ver á mi hermano. Flgidas lágrimas inundaban sus mejas.

llas y su sano. «¡Ah! exclamó, ¿quién me protegerá? ¿Por qué estará Argeo tan lejos? Ya conoces á Morando, que no respeta á Dios ni á los hombres. Alentado por la ausencia de Argeo, piensa violentarme. Para seducir á mis criados, emplea alternativamente las ruegos y las amenazas. Sabiendo que mi esposo ha marchado á Palestina y que no volverá en mucho tiempo, se atreve á penetrar á pesar mío en el castillo, sin recurrir siquiera á pretexto alguno; si Argeo se hallara á mi lado, sería menoa nuda ese cobarde, y se quedaría á mas de tres millas de nuestras murallas.

«Hoy mismo ha solicitado con imprudencia lo que otras veces me pedia por conducto de sus confidentes. No he podido librarme de la deshonra y la vergüenza, no he podido calmar su furor sin empleando palabras conciliatorias y dándole algunas esperanzas de que obtendría de mi amor lo que queria conseguir por la fuerza. Así, paca, le he prometido satisfacerle, pero estoy firmemente decidida á no cumplir un juramento que tan solo la fuerza ha podido arrancarme, para librarme de tan inminente peligro. Solo tú puedes librarme ahora de él, si quieres sinceramente á mi esposo y si te interesas mas por su honor que por tu vida misma; tu negativa me probará que es mentido el cariño que dices profesarle: tu resistencia á mi amor tan solo habrá sacado su fuerza del poco efecto que en tí hacen mis lágrimas y mis ruegos. Nuestro amor hubiera podido permanecer secreto, al paso que mi desgracia sería pública hoy. — ¡Es inútil excitar mi celo, replica Filandro; soy fiel en un todo á tu esposo. La injusticia de que soy víctima en nada me ha hecho variar, y nunca he pensado en acusar á Argeo. Dime lo que he de hacer y arrostraré la muerte, desafiare al universo entero.

— Debes inmolat al hombre que procura deshonrarme, y yo te procuraré los medios para ello. Esta noche volverá á la tercera hora, favorecido por las tinieblas; le haré una seña y le introduciré en mi estancia; me esperarás allí en medio de la oscuridad, y te entregaré nuestro enemigo sin armas y casi desnudo. » La infernal esposa, ó mejor dicho, la furia aborrecible prepara así el lazo en que ha de sucumbir Argeo. En la siguiente noche entrega una espada á mi hermano y le conduce á su habitación, donde aguarda á su desdichado amigo. Todo sucede cual deseaba en infame. ¡Ah! ¡Las malas acciones se ejecutan con harta facilidad! Cree Filandro castigar á Morando, y hiende el cráneo de Argeo: espira el infortunado sin pronunciar una sola palabra. ¡Oh destino fatal! cae bajo los golpes del amigo fiel que velaba por su honor. Deruelve mi hermano al momento la espada á Gabrína, que tal es el nombre de ese monstruo cuya vista me es odiosa. Cogiendo entonces una tea encendida, enseña á Filandro el cadáver de su amigo! Le amenaza con divulgar el crimen, si no cede á su impura llama, y con entregarle al auxilio como traidor y asesino. «Si no tienes apego á la vida, le dice, piensa al menos en el recuerdo infamante que dejarás. » Ciego de dolor y cólera, quiere Filandro inmolatla; privado de su espada hubiérale despedazado con las uñas y los dientes. A la manera que un buel, jugueto de encontrados vientos, se deja llevar alternativamente á merced del uno ó del otro, y concluye por dejarse impulsar por el mas fuerte; así Filandro, presa de mil ideas encontradas, adopta el partido menos peligroso. La razon le hace conocer que tendrá un muerte ignominiosa é infame cuando sea público su crimen: pero tiene pocos instantes para decidirse, y se ve obligado á apurar hasta las heces el espantoso caliz. Obtiene de él por medio del temor lo que habia negado á los ruegos mas tiernos; promete acceder á los deseos de Gabrína si puede librarse con su auxilio. Recibió aquella infame el premio de su crimen, y volvió Filandro á nuestro

lado, dejando en Grecia su nombre deshonrado y envilecido. La anacrónica imagen de su amigo degollado tan traidoramente, el peso insostenible de la cadena que le imponía una Medea, una Prona cruel, estaban presentes sin cesar en su mente; si no le hubiera contenido su juramento, habria inmolado á la que le inspiraba tanto desprecio y odio. Desde aquel acortecimiento no se le vió nunca sonreír; abríame tan solo sus lábios para exhalar lamentos y quejas; parecíanse á Orestes después de su parricidio y del asesinato de Egiste y su dolor y sufrimiento le postraron en cama. No tardó Gabrína en observar las desdemes de mi hermano; sentimientos de odio, furor y rabia sucedieron á los fuegos del amor. Parecíale ya tan insostenible Filandro como Argeo; formó entonces al proyecto de desbancarse de su segundo esposo y se dirigió á un médico, hombre pálido dedicado á la magia y mas hábil para emplear el veneno que para curar enfermedades: le prometió un rico salario si por medio de algun brebaje emponzoñado, la libraba de su esposo. Presentándose en la estancia de mi hermano, le ofrece aquel anciano en persecución de varios amigos y mia, una pócima que ha de restituirle las fuerzas; pero aguilata Gabrína por una nueva sospecha, y queriendo quizá deslucarse de un cómplice cuyo crimen necesitaba pagar, detiene el brazo del médico en el momento en que coge la copa fatal. «No te sorprenderá, le dice, que velado solicite por la existencia de mi esposo, quiera asegurarme de que ese brebaje no ofrece peligro alguno, es necesario que le pruebes tú mismo. » Ya comprendereis cual debió ser la turbación del infortunado viejo. Sin embargo, para desterrar toda sospecha, bebe una parte del remedio, y el enfermo toma el resto con entera confianza. El gavilán que tiene entre sus garras á un pájaro tímido y débil, y se le ve disputar por un perro, que hasta entonces ha sido su compañero fiel, no se queda mas desconcertado que aquel médico pálido; creía saborear ya su abominable salario, y perdía en el momento mismo la esperanza de llegarle á disfrutar. ¡Ojalá pueñ servir este ejemplo á los viciosos dignos de semejante suerte! En cuanto sintió circular por sus venas el licor emponzoñado, quiso retirarse para tomar un contraveneno, pero se opuso á ello Gabrína. A no has do salir de aquel, le dijo, mientras los efectos del remedio no nos bayen demostrando su virtud. » En vano la amplió, ou vano reanunció el precio de su crimen, la muerte se apoderaba de él; reveló el cómplice infernal espiró pocos momentos después que mi hermano. Entonces nos precipitamos sobre aquella fiera, cien veces mas cruel que los monstruos de los desiertos, y la escudamos en un calabozo oscuro para hacerla espíar sus crímenes en las llamas. »

Quiere Hermonides proseguir su relato y referir á Zerbino cómo se escapó la maldita Gabrína de su prisión, pero aniquilado por el sufrimiento, cayó moribundo en la yerba: dos de sus escuderos le colocan en una litera formada con ramos de árbol. Zerbino le espresa su sentimiento por haberlo reducido á tan triste estado; le manifiesta que sus juramentos y su respeto á las leyes de la caballería andante le han obligado á defender á la que no hubiera podido abandonar sin deshonrarse. «Dispon de mí en cualquiera otra cosa, » añade. Hermonides le induce por todos los medios posibles á que se separe de un monstruo manciillado por toda clase de vicios, antes de que llegue á ser tambien víctima de su maldad. Gabrína tiene la vista fija en el anelo, porque conoce la verdad de las acusaciones de Hermonides. Alejase por fin el príncipe de Escocia con la mujer detestable á quien maldice mas aun desde la triste aventura del noble caballero de Holanda. Gabrína le habia inspirado al pronto disgusto, y á la sazón la aborrece hasta el extremo de no poder fijar la vista en ella. Mas

Yo es mujer la vieja que se dejó vencer en sentimientos rencorosos, y le paga en odio triplicado; sus miradas anuncian que su corazón está rebotando veneno. En esta union erótica atraviesan juntos un frondoso bosque; en el momento en que llega el sol al término de su carrera, oyen gritos y estrépito de armas, indicios evidentes de un combate encarnizado. Vuelva Zerbino hacia el punto en que se oye el ruido, y le sigue Gabrino. Referiré el fin de esta aventura en el canto siguiente.

## CANTO XXII.

Asciende.—Entre Zerbino en su valle.—Embárcase Astolfo para Inglaterra.—Regresa a Francia.—Un joven labriego le roba su caballo Rabicano.—Llega Astolfo al palacio encantado.—Destruye el encantamiento y hace huir al mago, a los guerreros y a los caballos.—Encuentra el hipogrifo.—Rugiero se dirige con Bradamante a la abadía de Vallombrosa.—Encuentra que tocan en el camino.—Agallina, Grido, Focoso y Guido, prisioneros en el castillo de Pinal.—Rugiero derriba a Sannocano.—Descubre por casualidad su casado y le arroja a su peso.—Bradamante mata a Pinal.

Muchas adoradas por vuestros amantes, vosotras que sabéis comentarlos con un solo amor, vosotras cuyo carácter es entre tantas beldades una excepción muy escasa, no os ofendáis de lo que yo haya podido decir contra la perversa Gabrino, ni de lo que pudiera inspirarme todavía una justa indignación. He hablado de una mujer viciosa, y al aun las órdenes del que ejerce sobre mí en domicilio absoluto podrían obligarme a ocultar la verdad. ¿Perjudico acaso con esto á las que están dotadas de un corazón virtuoso? El oprobio del traidor que vendió su dueño á los judíos por treinta dineros no alcanzó á Pedro ni Juan. ¿Sufrí algo acaso por el crimen de mis hermanos? Por una sola á quien han difamado mis cantos, y me he visto obligado á ello por mi misión de escritor verídico, estoy pronto á celebrar otras ciento cuya gloria hará brillar más que la luz del sol. Pero volvamos á tomar el hilo de mi narración; conbese que me esfuerzo en variarla, á fin de que sea digna de la indulgencia de los que la escuchan con placer.

Decía ahora poco que el príncipe de Escocia acababa de oír un gran ruido de armas. Sigue un sendero augusto entre dos montañas y ve en el fondo de un valle pequeño el cadáver de un caballero. Ya os diré su nombre, mas es preciso que deje la Francia para irme á toda prisa al Oriente si he de bailar aun allí al paladin Astolfo que se encamina al Occidente. Lo dejamos en la isla cruel; el borrisono sonido de la trompa mágica espulsó á las mujeres bárlaras y puso en fuga á sus mismos compañeros, cuyo baje se aleja de la costa. Os diré ahora que el príncipe, al salir de aquella comarca, se dirigió á la Armenia. Pocos días después atravesaba la Natolia, y se dirigió en seguida á Bursa, desde donde continuó su viaje, pasó al Hellesponto, y fué á la Tracia. Caminó por las orillas del Danubio, recorrió la Hungría, y como si su corcel tuviera alas, vió en menos de veinte días el país de los moravos y la Bohemia, el Rhin, el bosque de los Ardeuas, Aquisgran, el Brabant y la Flandes, en la cual se embarcó. Un viento fresco y favorable hinchó de tal modo sus velas, que hacía la hora del medio día descubrió las costas de Inglaterra. Desembarca, monta en su corcel, y llega á Londres en la misma tarde. Le anuncia que su anciano padre, seguido de la mayor parte de los barones, estaba hacia mucho tiempo en Puris. Vuélvese á embarcar en el Tímesis y navega á toda vela hacia Calais; el cielo favorable le lleva á alta mar. Después crece por momentos la fuerza del tiempo, y llega á hacerse tan terrible que el piloto, para evitar un naufragio en la costa, vira de bordo, y sigue opuesto rumbo. Navega el navío á la ventura, tan pronto á la derecha como á la izquierda, hasta que por fin

consiguen anclar cerca de Ruan. Al ver aquel país tan deseado, cúbrense el duque con su armadura, monta en Rabicano y se pone en camino con su preciosa trompa, cuyo auxilio es mas eficaz que el de mil guerreros. Atraviesa un bosque y llega al pie de una colina, donde hay un manantial claro y hermoso; es la hora en que los gaudios, abducidos el pasto buscan un abrigo contra el ardor del sol en las grutas ó en las cuevas. Agobiado Astolfo por el calor y la sed, quitase el casco, ata su corcel á un árbol y corre á beber en el manantial. En el momento en que sus labios llegan al agua, sale un labriego de un matorral inmediato, desata á Rabicano, monta en él, y huye á todo escape. Astolfo oye ruido, mira, y olvidando su sed empieza á perseguir al labriego que no se aleja con la rapidez suficiente para que el duque no le ven, sino que aligerá ó detiene alternativamente la carrera de Rabicano. Llegan así al palacio en que tantos nobles paladines, sin creer que se hallaban cautivos, están detenidos en una verdadera prision.

El labriego, montado en el corcel cuya rapidez iguala á la del viento, se refugia en el palacio. Astolfo que va cargado con su escudo, su casco y el resto de su armadura, le sigue y de pronto pierde de vista á su caballo y al raptor. En vano mira por todas partes y visita con pasos precipitados las salas, las cuartas y las galerías. Trabajo inútil, pues no consigue descubrir al perdido labriego. Ignorando dónde hallar á Rabicano, aquel corcel sin igual, después de haberle buscado inútilmente el resto del día por todos los pargos del castillo, empieza á sospechar el duque que haya allí algun encantamiento. A pesar de su turbación recuerda que Logistila, durante su estancia en las Indias, le regaló un precioso libro que indicaba el modo de destruir todos los maleficios. Consúltale en seguida y halla el secreto de vencer los esfuerzos de Atlante. Hallase descrito allí aquel palacio maravilloso, y el modo de librar á los cautivos confundiendo al mago. Bajo el dintel de la puerta está detenido el espíritu que causa las ilusiones y prestigios; bastará levantar esa piedra, para que el palacio se desvanezca en humo. En su impaciencia por destruir el encanto, arrojase el duque al mármol, cuando le ve el anciano Atlante y quiere detenerle por medio de nuevos sortilegios. Evoca á las Larvas infernales, y de pronto aparece Astolfo á los ojos de los que le ven unas veces como un gigante, otras como un habitante del campo ó como un malandrin; cada prisionero cree reconocer en él al enemigo que ha perseguido por tanto tiempo. Caen todos á un tiempo sobre él; Rugiero, Gradase, Iroldo, Bradamante, Prasilido, Brandimarte y otros ciento, ilusionados por el nuevo encanto, atacan al duque con furor. Conociendo que su pérdida es inevitable si no recurre á su trompa, la toca, y al momento emprenden la fuga todos los caballeros. El tiro del cazador no dispersa con mas rapidez á las tímidas palomas. El mismo Atlante, pálido y aterrado, huye presuroso de tan espantoso sonido. Los corceles rompen las riendas y corren por el campo como sus dueños, no quedando en el palacio ni un solo ser viviente. En el momento en que Rabicano atraviesa la puerta, le coge Astolfo de las riendas. Después levanta la piedra enorme en que están grabados unos signos y jeroglíficos que sería inútil describir aquí. En su apresuramiento por destruir los encantos mágicos, rompe todo lo que se presenta á su vista, y de pronto se evapora el castillo en humo; entónces ve el caballo que el mágico moro había dado á Rugiero para transportarle á la isla de Alcina, el cual está sujeto con una cadena de oro. Logistila impo hacer para el hipogrifo un freno á propósito para dirigir su carrera. Rugiero se sirvió de él para atravesar aquella parte del globo que se extiende desde la India hasta las costas de Inglaterra. No sé si recordareis que aquel

héroe, habiendo dejado el hipógrifo atado a un árbol en el momento en que la bella Angélica, completamente desnuda, le hizo la afrenta de desaparecer de su vista, rompió aquel corcel la brida, tomó vuelo, y con gran sorpresa de todos los que le vieron en el aire, fué á reunirse con Atlante, con quien permaneció hasta el día en que el duque destruyó todos los encantos.

Nada pudiera ocurrirle al príncipe inglés que mas le agradara. Con el auxilio del hipógrifo, se propuso recorrer la tierra, los mares, y el mundo entero en pocos días. Cuando la sabia Melisa le arrancó á la venganza del Alcina, que le había convertido en mirto, vió el duque que la cabeza arrogante de aquel corcel cedía al freno construido por lo Logistila; vió también que Rugiero, ayudado por los consejos de la



Astolfo levanta la piedra peregrífica del palacio encantado.

hada, guiaba y dirigía el hipógrifo, y no vaciló en apoderarse de aquel caballo maravilloso; púsole la silla de Rabican, y con todas las bridas que los demás caballos habían abandonado, creyó que podría dominar su vuelo. El temor de abandonar á Rabican le impide que marche al momento; tiene razón en querer á tan escelente caballo, tan bueno para los combates, y que le ha traído desde el fondo de la India hasta Francia. Piensa que debe confiarse á un amigo, y no al primer llegado. Busca en los alrededores, procurando descubrir en el bosque algún cazador ó campesino para hacer que se le llevara hasta la ciudad mas inmediata, pero aguarda en vano todo el resto del día. Pero al salir el alba al día siguiente, mientras la niebla cubre aun la tierra, ve llegar á un caballero.

Antes de proseguir esta historia, necesito rennirme con Bradamanta y Rugiero. En cuanto los sonidos de la trompa cesaron de oirse, entrambos amantes, libres ya del mágico encanto, se conocen mutuamente; sorprendidos del extraño efecto de los ardores de Atlante, se miran, y pronto estrecha Rugiero sobre su corazón á su hermosa amada, mas fresca que una rosa; consigue de sus labios la primera prenda de amor: sus caricias y besos se repiten mil y mil veces, llenándolos de dulce embriaguez, y les cuesta infinito trabajo contener sus amorosos raptos. ¡Oh! ¡cuánto sienten haber perdido tantos días en las inútiles pesquisas del palacio encantado! La sensible Bradamanta, que nada puede relusar á su amante, incita á Rugiero á que vaya á ver al duque Aimón, su padre, y le exhorta á que haga cristiano. En obsequio de su amada, no solo está pronto á abrazar la verdadera fe, cual lo hicieron su padre y todos sus antecesores, sino que sacrificaría

su vida. a ¡ Ah! la dice ¡ por tí me arrojaría á las llamas, y no vacilaría en sepultarme en el mar embravecido! » Decidido á recibir el bautismo con el objeto de unirse á Bradamanta, déjase guiar por ella hácia la abadía de Vallombrense, monasterio rico y suntuoso, célebre por la piedad de sus religiosos y por la generosa hospitalidad que dispensan á los peregrinos. Los dos amantes encuentran al salir del bosque á una mujer que parece hallarse entregada al mayor dolor y desconsuelo.

Rugiero, siempre sensible y compasivo, particularmente con las damas, no puede ver el rostro bañado en llanto de aquella infortunada sin preguntarle la causa de su pena. Acércase á ella, la saluda cortésmente y se informa del motivo de su llanto. Levanta la dama hácia él sus ojos húmedos y le responde con débil voz: « Noble caballero, me aflijo por la suerte de un doncel que va á sufrir hoy mismo la muerte mas cruel, en un castillo que está cerca de aquí. Este jóven, enamorado de la amable y bella hija de Marsilio, rey de España, se introducia todas las noches en su estancia, envuelto en un velo blanco y disfrazado con un traje de mujer. Ignoróse su ardor durante mucho tiempo, pero no hay secreto que al fin no se descubra: habiendo confiado el doncel sus aventuras á dos de sus amigos, estos se las comunicaron á otros, y llegó bien pronto á oídos del rey. Hizo Marsilio prender á los dos amantes y que los encerraran en una torre. Hoy, antes que concluya el día, perecerá el doncel en una hoguera, y he huido por no presenciar tan horrible espectáculo. Nunca experimentaré dolor tan profundo y sincero: ¡ todos mis gozos se convertirán en penas cuando recuerde la destrucción de tantas gracias y gentilezas! »

Esta narración conmueve á Bradamanta: compadécose de la suerte de aquel desgraciado cual si fuera su hermano, y luego veremos que no era infundado su temor; vuélvese hacia Rugiero y le dice: «Es preciso que nuestras armas protejan á ese cautivo.» Dirigiéndose después á la afligida dama, añade: «Conducémosle á ese castillo, y después todo temor; si vive aún el doncel, nosotros sabremos salvarle.» Sometido Rugiero en un todo á la voluntad de Bradamanta, enhiela socorrer el sentenciado. «¿A qué aguardamos? dice á la desconocida, no es este el momento de llorar, sino de obrar; apresúrate á guiarlos á ese castillo antes de que llegue á ser inútil nuestro auxilio. Si es tiempo todavía salvaremos al doncel, aun cuando estuviere custodiado por mil lanzas é igual número de espadas.» La voz arrogante y el porte imponente y noble de Rugiero hacen renacer la esperanza en el corazón de la dama; pero como teme menos la distancia á que se halla el castillo que los obstáculos que pueden detenerlos y hacer inútiles sus esfuerzos, quédase un momento indecisa. «Si seguimos el camino mas recto y fácil, les digo, llegaremos antes de que la hoguera esté encendida; pero estamos obligados á caminar por senderos tan escabrosos y estraviados que no podremos salir de ellos antes del fin del día, y temo que entouces sea ya tarde.» Y por que no hemos de elegir el camino mas cortopreguntó Rugiero. «Para no atravesar, replica la dama, por el castillo de los condes de Poliers, en que el hijo de Anselmo de Bouterive, Ricabel, el mas perverso de los hombres, ha establecido, desde hace tan solo tres días, una costumbre vergonzosa. Los caballeros y las damas tienen que someterse á los mayores ultrajes: estas tienen que despojarse de sus galas y adornos, y aquellos están obligados á abandonar sus armas y corceles. Cuatro caballeros muy diestros en el manejo de la lanza y los mas temibles que se han visto en Francia de mucho tiempo acá, han jurado ser mantenedores de esa ley infame. Os explicaré la causa de su juramento y juzgaréis lo que este puede valer. El de Maguncia tiene por querida á la criatura mas perversa que existe en el mundo. Un día que viajaba con ella, encontró á un caballero que llevaba á la grupa una vieja; la compañera de Pinabel se burló de aquella vieja; empeñose un combate, y Pinabel, mas orgulloso que valiente, rodó por el suelo. El vencedor quiso sin duda asegurarse de si cojeaba la joven, y le obligó á dar su traje y su palafreú á la vieja. A vergonzosa y confusa, regresó á su castillo de Pinabel, que está siempre dispuesto á secundar iniquidades; díjole su querida que el único medio de vengarla y calmar su dolor, era hacer sufrir á mil caballeros y otras tantas damas un ultraje igual en un todo al que acababa ello de recibir. Aquel mismo día hizo la casualidad que llegáran al castillo de Pinabel cuatro caballeros que acababan de llegar de lejanas comarcas; no se conocen otros mas valientes ni intrépidos. Llámábanse Grifon, Aquilante, Sansoneto de la Meca y Guido el Salvaje. Dispensados Pinabel cortes acogida, y mientras cubría la noche al universo con su tenebroso manto, los hizo prender en sus mismos lechos y no consintió en restituirles la libertad sino cuando hubieron jurado que habitarían su castillo durante un año y un mes, y que se apoderarían de las armas de los caballeros andantes y de los trajes de sus damas. Los cuatro paladines hicieron este juramento muy á pesar suyo. Hasta hoy nadie ha podido resistirles, y un crecido número de caballeros han perdido sus armas y corceles. Designa la suerte á aquel de los cuatro paladines que ha de combatir el primero; si es vencido, los otros tres están obligados á precipitarse á un tiempo sobre al vencedor. Cada uno de ellos es ya temible por sí solo, juzgad cuál será su fuerza cuando se hallan reunidos. La empresa ge-

TOMO II.

nerosa que queremos intentar no nos permite esponernos á los azares de una lucha; preciso es, por consiguiente, huir del castillo de Pinabel. Creo muy bien que podáis triunfar, pero si tardamos una hora el doncel estará ya abrasado por las llamas cuando lleguemos al castillo. — Olvidámos por un momento á tu protejido, replica Rugiero; haremos por él cuanto esté á nuestro alcance: el Eterno Ser y la fortuna harán lo demás. Al vernos combatir podrás juzgar si somos bastante fuertes para salvar al que ha sido condenado al suplicio del fuego por una falta leve. — No contesta la dama y los guía al momento por el camino mas corto. Cuando hubieron andado tres millas, llegaron al puente en que todo caballero debía abandonar su armadura y su corcel para conservar la vida. Suenan dos veces la campana anunciando su presencia: entonces aparece un anciano montado en un caballo de poco valor. «¡Deteneos! ¡deteneos! les grita; debereis saber que hay que pagar aquí un portazgo.» Esplicales en seguida la ley establecida por Pinabel y les exhorta á que se conformen á ella. «Vamos, les dice, invitad á vuestra dama á que se despoje de sus vestidos, quitados la armadura, dejad vuestros corceles, y no os espongáis á perecer á manos de los cuatro caballeros invencibles. En todas partes hallaréis armas, caballos y vestidos, pero anda podria restituirlos la vida. — Basta, contesta el acaud Rugiero; conozco esa ley insolente y he venido aquí para esperimentar mi valor. Haz pues que vengan los que pretenden despojarnos; necesitamos atravesar esa montaña y no podemos permanecer mucho tiempo aquí. — «Aquí llega uno de nuestros guerreros,» contesta el anciano. En efecto, en el puente del castillo se ve á un caballero cuya cota de maila roja está sembrada de flores de lis plata. Bradamanta suplica á Rugiero que le ceda el honor del primer combate, pero él no consiente, y quiere que permanezca mera espectadora del combate y sus peligros. «¿Quién es ese caballero? pregunta al anciano. — Sansoneto de la Meca; se le conoce fácilmente por su armadura. — Ambos adversarios, sin dirigirse una sola palabra, ponen la lanza en ristre, y se precipitan uno sobre otro. Pinabel, seguido de una comitiva numerosa, ha salido del castillo para apoderarse de los despojos del vencido. Violento es el choque de los adversarios, con sus enormes lanzones de roble verde, de dos palmos de circunferencia, cuyo hierro tiene igual longitud. Sansoneto ha cortado en el bosque inmediato diez armas iguales á estas; ni escudos ni corazas de diamante hubieran podido resistirlas. Las puntas están tan bien templadas que atravesarían un yunque. Ambos caballeros se dan terribles golpes en sus escudos; el de Rugiero es impenetrable, porque los demonios que le forjaron no gastaron su tiempo en balde; es el escudo maravilloso de Atlante de Carane, cuya luz deslumbradora derrama á los hombres privados de sentido. Rugiero, solo en un peligro inminente levanta el velo que le cubre. Preciso es que sea muy duro aquel escudo para resistir al huzon y pujanza de Sansoneto; el broquel de este, construido por armeros menos hábiles, no puede sostener el choque: se abre cual si le hubiera atravesado un rayo, y deja paso al hierro de la lanza que le hiere en un brazo. Sansoneto cae entouces del caballo. Aun no se había visto á ninguno de los defensores de aquella ley injusta acunbir en lugar de apoderarse de los despojos. Bueno es que la fortuna se muestre rebelde de tiempo en tiempo á los deseos de sus favoritos, y que los que siempre rien lloran algunas veces. El vicio da la señal á los demás caballeros desde lo alto de la torre.

Aproximase entouces Pinabel á Bradamanta, para preguntarle el nombre de aquel caballero tan temible. La justicia divina que parece hallarse dispuesta

á castigar al traidor, permite que se halle montado cabalmente aquel día en el corcel que robó en otro tiempo á Bradamante. Ya recordareis que ocho meses antes el de Maguncia había precipitado á la guerrera en la cueva de Merlin; una rama de árbol salvó á la valerosa doncella, mas persuadido Pinabel de que estaba sepultada allí para siempre, cogió su caballo. Bradamante conoce al instante su corcel y por consiguiente al pérdida que le monta; le mira con atencion y concluye por esclamar: «Este es, estoy segura, el infame que ha jurado hacerme perecer; viene á espiar su crimen y á recibir el premio de sus crímenes.» Amenazar á Pinabel, desarmar la espada, precipitarse contra él y cortarle la retirada, fue obra de un momento para Bradamante. Semejante á la zorra que halla cerrada su madriguera, pierde Pinabel la esperanza de librarse de la guerrera y no se atreve á arrostrar el fuego de sus miradas; huye rienda suelta lícica el bosque lanzando gritos de terror. Pálido y consterado, apresura la carrera de su caballo: Bradamante le persigue con furor, y tiembla la tierra bajo las pisadas de los corceles. Los habitantes del castillo que tienen fijada toda su atencion en el combate que Rogiero sostiene, no reparan en el peligro que corre Pinabel.

Los tres caballeros, acompañados de la querida de Pinabel, han salido del castillo, con el rumor de la vergüenza en el rostro y desesperados por verse obligados á atacar todos juntos á un solo adversario. La mujer infame y cruel les escita á que mategan la vil costumbre, recordándoles sus juramentos y su venganza. «Bistame mi brazo y mi lanza, esclama Guido el Salvaje; ¿para qué necesito ya el apoyo de mis dos amigos? Respondo con mi cabeza del triunfo.» Grifon y su hermano solicitan tambien combatir solos y prometen la victoria ó el sacrificio de su vida y libertad. «Todas vuestras palabras son inútiles, contesta aquella mujer malvada; no he venido aquí para escuchar vuestras quejas ni vuestras proposiciones, sino para recoger los despojos de ese caballero; por consiguiente, no desperdiciéis mas tiempo, y cumplid vuestro juramento.» Rogiero, por su parte les grita: «¡Mirad mis armas, mi caballo, esta silla y estos arneses nuevos! ¡Mirad el traje de esta dama! ¡Apresorados, pues, á arrancármelo todo!» Escitados los montenedores de tan injusta causa por la querida de Pinabel y por las provocaciones de Rogiero, deciden á atacar juntos al intrépido caballero. Precipitase los tres: los dos hijos de Olivero se adelantan á Guido porque el caballo de este es menos ágil. Rogiero, empujando la misma lanza que vació á Sansoneto, se cubre con el escudo encantado que el anciano Atlante tenía en otro tiempo en el elmo de los Pirineos. Nigun mortal podía sostener su brillo. El paladín no se ha servido de él sino en los casos mas apurados; solo le descubrieron tres ocasiones: las dos primeras fueron para salir de la morada de la Voluptuosidad y marchar á la de la Virtud; la tercera, cuando hizo flotar en el mar espumoso á la orca, en el momento en que aquel monstruo se preparaba á devorar á la hermosa joven desnuda, á Angélica, que mas tarde fue lograda y cruel con su libertador. Excepto en estas tres ocasiones, el paladín ha tenido siempre cubierto el escudo con un velo tapido. Adelantase Rogiero contra sus tres adversarios, que le parecen menos temibles que débiles niños. Alcanza á Grifon en el extremo del bosque y en la viera del casco, y le luce rodar lejos de su caballo. La lanza de Grifon ha dado tambien en el escudo de Rogiero, pero al deslizarse por su superficie produce un efecto inesperado; descurrido el velo, deja brillar la luz destimbradora cuyo resplandor ciega. Aquilante arranca el resto del velo; la claridad repentina del escudo lancea en su sentido á los dos hermanos y al joven Guido. Rogiero desenvaina su espada, se

vuelve para atacarlos, y los ve tendidos en el suelo. Todos los caballeros, todas las damas y todos los corceles que se hallan fuera del castillo, parecen estar espirando. Vuelto el héroe del primer momento de sorpresa, adviene el motivo de la caída de sus adversarios al ver los pedazos del velo que cuelgan á la izquierda del escudo. Apresúrase á buscar á Bradamante; en vano se dirige al sitio de la primera lucha, ya no ve á su amada, é imagina que habrá apresurado su viaje al castillo en que está preso el doncel, para arrancarle de las llamas. Entre las personas desmayadas, distingue á la joven que les servia de guia; se la lleva en brazos á su caballo y cubre el escudo con sus vestidos. En cuanto desaparece el resplandor encantado, vuelve en sí la dama. El guerrero se balle en extremo avergonzado, y no se atreve á levantar los ojos, temiendo que le echen en cara su victoria tan poco gloriosa. «¡Ay! dice para sí, ¿cómo haré yo olvidar acción tan vergonzosa? En lo sucesivo se atribuirán mis proezas á meros cuentos y no á mi valor.» Ocupada su mente con estas ideas, llega á una cisterna en que acostumbra beber los ganados. «Escudo malillo, esclama, yo sabré ponerme á cubierto de la deshonra que me has acarreado, en lo sucesivo no me podrán censurar.» Al decir estas palabras coje una piedra enorme, la ate al escudo y precipita uno y otro en la cisterna. «¡Permita el cielo, dice, que permanezcas allí eternamente, y sepúltese contigo mi baldón!» La cisterna es muy profunda, el escudo y la piedra bajan rápidamente hasta el fondo de ella. La fama publica diligente por todas partes tan noble y generoso sacrificio; su trompeta sonora le difunde por España, Francia y las comarcas inmediatas. Al oír esta noticia repetida por mil bocas, deducen infinitos caballeros á buscar el escudo, mas no pueden hallar el pozo. La fama que ha publicado la acción de Rogiero no quiere indicar dónde está el bosque ni la cisterna. En cuanto se hubo alejado el paladín del sitio que fuera testigo de su victoria bastante fácil, alcanzada sobre los campesinos de Pinabel, cesó de ejercer su influencia la luz encantada, y los caballeros que estaban tendidos en el suelo con los espectadores de la lucha, se levantaron sorprendidos; Estábanse ocupando de aquel acontecimiento á interrogándose mutuamente sobre el origen de aquella luz terrible, cuando llegaron á anunciar la muerte de Pinabel, cuyo cadáver se había hallado en el bosque sin que se supiera quién le había arrancado la vida.

Mientras se verificaba el combate en la puerta del castillo, Bradamante había alcanzado al perdido en un desfilar angosto, y le sepultó cien veces su espada en el pecho y en el corazon. Contenta con haber purgado la tierra de un monstruo tan dañino como cobarde que había hecho ya demasiado mal, quiso salir del bosque y llevarse su corcel, mas no pudo ballar ya el camino. En vano vagó uno y otro día por montes y valles, pues el cruel destino no le permitió que se reuniera con Rogiero. Pero las personas á quienes interese esta aventura sabrán el fin de ella en el cauto siguiente.

### CANTO XXIII.

Asesinato. — Quejas de Bradamante. — Encuentra á Atolito que le da el caballo Robran y la famosa lanza de Argall. — Monta Atolito en el blugrife — Encarga Bradamante á Bluplen que le lleve el caballo Frontan á Rogiero. — Retomando se apodera del caballo. — Encuentra Zerbino el cadáver de Pinabel. — Ve cenar en el castillo del conde Ametina. — Acaba de haber asesinado á Pinabel — La sentencia a muerte. — Orando le libra. — Resurrección. — Sale con Orlando por su casa de la guerra. — Orlando se separa de Zerbino y Zerbino. — Llega á la cabana del pastor en la cual se hallan hospedados Angélica y Medor. — Averigua la historia de sus amores. — Principio de una locura terrible.

MORTALES, consagrad vuestras esfuerzos á favorecer al prójimo; si acontece á las veces que una buena acción se queda sin recompensa, no puede causar al menos vergüenza, perjuicio, ni peligro algu-

no. Una injusticia no llega á olvidarse nunca; tarde ó temprano recibe su castigo, porque según el proverbio, hasta las piedras se encuentran cuanto mas los hombres. Ved cuál fue la suerte del cobarde y artero Pínel: ¿no mereció acaso el justo castigo de su perversidad? Dios que protege siempre á la inocencia, salvó á Bradamante; concede su apoyo á los caballeros valientes y leales. El villano creyó haber dejado á la doncella sepultada para siempre en la cueva, y contaba con no volverla á ver nunca; estaba seguro, en su propio concepto, de no recibir nunca el merecido pago de su vileza, y justamente cerca del castillo de sus abuelos, de aquel castillo de Hautrive situado á corta distancia de Poitiers, y cerca también de su acaudado padre el conde Auselmo, fue á sucumbir el traidor bajo los golpes de la valerosa heredera de la casa de Clermont. Bradamante satisfecho su venganza; quitó la vida al infame, que lanzaba gemidos é imploraba su piedad.

Después de haber dado muerte á aquel pórdido, quiere reunirse con su adorado Rugiero, pero la cruel fortuna la hizo seguir un camino que la aleja de él. Penetra en la parte mas espesa y sombría del bosque; ya substituye las tinieblas á la luz del sol, y no sabiendo la guerrera dónde hallar un asilo, se detiene y se acuesta en el mullido césped. Ya está durmiendo ó contemplando á Saturno, Júpiter, Venus, Marte ó los demás astros, no se aparta de su memoria el recuerdo de Rugiero. Pienso con pesadumbre que la cólera ha dominado en su corazón al amor. « ¡Ay! dice suspirando, ¡el deseo de vengarme me ha hecho abandonar al hombre á quien amo! ¿Por qué no habré reparado en el camino que recorrí, para poderle hallar después? ¿He perdido acaso la vista y la memoria? » Estas reflexiones hechas en voz alta, resuenan con mas fuerza todavía en el fondo de su corazón. Sus lágrimas y sollozos forman una tormenta de amor. Por fin aparece en el horizonte el alba tan deseada, y monta la guerrera en su corcel. Al salir del bosque, cerca del paraje en que se hallaba el palacio encantado, ve Bradamante á Astolfo que está poniendo una brida á un hipógrifo y parece hallarse pensativo y preocupado por la suerte que puede caber á Rabican. Se acaba de quitar el casco, y la guerrera, conociendo á su primo, se aproxima, le dice su nombre, y le abraza después de haberse abrazado en visera. Astolfo no puede ceder á mejores malos su caballo; está seguro de que le cuidará para devolverse á su regreso. El destino parece haberla conducido allí en ocasión tan oportuna, y si siempre agradó al duque la presencia de Bradamante, siente á la sazón mayor placer, confiado en que va á obtener de ella un favor. Abrázanse ambos dos ó tres veces con la ternura de dos hermanos, y se refieren mutuamente sus aventuras. Después dice Astolfo para sí: « ¡Preciso es marchar sin demora si he de visitar el reino de los pigmeos. » Enseña á Bradamante el caballo llado y la muestra su intento. No se sorprende la guerrera al ver al hipógrifo, que Atinote estaba montado en él cuando le venció la doncella, y esta le siguió largo tiempo con la vista el día en que se llevó á Rugiero á regiones tan extraordinarias y lejanas. Astolfo dice á su prima que la deja aquel ligero Rabican, cuya carrera es mas rápida que el viento de la flecha disparada por robusta mano. La ruega que guarde las damas armas, pues su peso solo puede estorbarle en su viaje aéreo; irá á tomarlas á Montauban. El príncipe conserva su espada y su trompa; esta última le habiéndole preservado por sí sola de todo peligro; deja también la lanza del infatigable hijo de Gaisfron, cuyo mas mínimo choque derriba al caballero mas vigoroso. Entonces se eleva lentamente por el aire, y luego, apresurando el vuelo de su corcel, desaparece con rapidez. Así el bojel gobernado por el piloto, maniobra con prudencia á la salida del puerto para

evitar el peligro de los escollos, y después despliega todas sus velas y se dirige á alta mar.

Después de su partida, piensa Bradamante en los medios de enviar á Montauban la armadura y el caballo. Ardiendo en deseos de ver de nuevo á Rugiero, imagina que podrá hallarle en Vallombrense, si acaso no le encuentra en el camino. De pronto ve á un campesino y le manda que coloque la armadura de Astolfo en el lomo de Rabican; este hombre llevará los dos corceles, porque el haber vencido á Pínel ha puesto en su poder tres corceles. Quiere dirigirse á Vallombrense, pero ignora el camino mas directamente, y le va extraviando; el campesino no puede guiarle, y se espone á andar buscado mucho tiempo é inútilmente. Por último, viendo completamente privada de guía, sigue un sendero que no parece que le ha de llevar adonde la llama su corazón; sale del bosque á la suave de la mañana y descubre á corta distancia un castillo edificado en la cumbre de una montaña. Le examina y cree conocer á Montauban: con efecto, aquel es el castillo en que habitan á la sazón su madre Beatriz y varios hermanos suyos. Aumentase su aflicción imaginando que la van á detener en la morada paterna. ¡Consumida por el amor, su aflicción la hará fencer! Ya no podrá ver á Rugiero, ni llevar á cabo el proyecto que le hacía ir á Vallombrense. Después de un momento de incertidumbre, decide á huir de Montauban y dirigirse á la abadía, cuyo camino le será ya muy fácil hallar, mas un poco evitar el encuentro imprevisto de su hermano Alardo. Aquel caballero acaba de preparar, de orden de Carlomagno, varios cuarteles para las tropas llegadas recientemente de la Guiana. Ambos hermanos se hacen mil demostraciones de tierno cariño, y llegan á las puertas de Montauban hablando de diferentes cosas. Bradamante entra en aquel castillo, donde Beatriz derramó tantas lágrimas por su ausencia, después de haberla hecho buscar inútilmente. Los hermanos de su madre y hermanos la parecen muy frios comparados con los de Rugiero, cuyo fuego la abrasa. No pudiendo ir ya á Vallombrense, toma el partido de enviar un mensajero á la abadía para manifestar á su amo el motivo que la detiene, y para escitarle (ruegos supérfluos) á que vaya á recibir el bautismo en aquella santa casa. Entonces podrá presentarse en Montauban para cumplir su promesa y unirse á la doncella con lazos sagrados é indisolubles: al mismo tiempo le restituirá el caballo que tanto quiere. ¿Podría hallarse acaso en los reinos de los francos ó de los sarracenos un corcel comperable á Frontino ó Brialde-Oro? El día en que víctima Rugiero de su audacia fue á los aires por el hipógrifo, aludó su corcel, y tuvo la guerrera que enviarle á Montauban, donde le cuidaban perfectamente y rara vez se le montaba; así es que Frontino se halla mas vigoroso y ágil que nunca. Ayudada la activa Bradamante por sus doncellas se apresura á concluir un burdo manguilco de oro, sobre un fondo de seda blanca y gris: hace adornar con ella la brida y silla de Frontino, y llama á la hija de su nodriza Calitrea, confidenta discreta de todos sus secretos. Había hablado con frecuencia del objeto de su amor, eligiendo las gracias, hermosura y valor de Rugiero. A Querida Hipalca, la dice podría yo elegir una mensajera mas fiel y cuidadosa que tú? ¡Marcha, pues, á buscarla! Le indica el objeto de su viaje y la instruye de lo que ha de decir á Rugiero: la casualidad, que no el olvido de su promesa, la ha impedido que vaya al monasterio; fue mas fuerte el destino inflexible que su voluntad. Hipalca monta al instante en un palafrén; preséntala Bradamante la rica brida de Frontino, y la dice: « Si llegas á encontrar algun caballero mas noble ó interesante que quiera quitarte ese caballo, pronuncias el nombre temido de Rugiero. » Añade á sus últimas órdenes algunos consejos.

Pronto se aleja Hipalca por bosques y llanuras, y lleva andadas ya mas de dos millas sin que nadie la haya interrogado ni interrumpido su viaje. Hacia la mitad del día encuentra en la pendiente de una montaña, en un sendero angosto y escabroso, á Rodomonto completamente armado y conducido por un enano. Diríjela el sarraceno miradas feroces, y pronuncia blasfemias espantosas contra todos los dioses porque no han puesto un corcel tan hermoso y tan insoportable aparejado en manos de algun paladín. Ha jurado apoderarse del primer caballo que encuentre, y este es precisamente el primero y el mas hermoso que ha visto hasta entonces, mas le repugna arrebatárselo á una mujer. Ardiendo en deseos de poseerle, se detiene y le admira. «¡ Ah! esclama, ¡ por qué no ha de estar aquí el dueño de ese corcel! — Si estuviera, contesta Hipalca con arrogancia, pronto tendrías distinta opinión, porque tu valor no podrá ser comperado al suyo. — ¿ Y quién es ese caballero superior á todos los demas? — Ruego, contesta Hipalca. — Entonces, replica el sarraceno, me apodero de ese corcel, puesto que es su dueño un guerrero tan famoso; y yo se le restituiré, pagándole el precio que quiera exigirme por el tiempo que me habrá servido de él. Le costará bien poco trabajo hallarme: ¡ soy Rodomonto! Por do quiera que laya yo pasado, me ha dado á conocer la fama, y el rayo no deja rastro mas profundo que los golpes dados por mi brazo. » Al decir esto, coje las riendas de Frontino y monta en él, mientras que la jóven Hipalca, entregándose al dolor mas profundo y bañada en llanto, le dirije mil amenazas y maldiciones. Rodomonto cruza la montaña y continúa persiguiendo á Mandricardo y Doracilla. En otra parte hallaremos el fin de esta aventura. Turpino, de quien he obtenido estos datos, se detiene en este párrafo para trasladarse al bosque en que murió Pínsabel.

Apenas se ha alejado Brademanta de aquel sitio, cuando llega Zerbino por otro camino, en compañía de la vieja. Al ver á un caballero muerto y cubierto de heridas, el generoso escocés se compadece de él. Aquel desconocido que yace en tierra, derrama su sangre por tan gran número de heridas que parece haber recibido mas de mil estocadas. Apresúrase Zerbino á seguir las huellas recientes impresas en la arena, con el objeto de descubrir al que le ha muerto. Gabriela mientras tanto, se aproxima al cadáver y le examina escrupulosamente; y creyendo inútil dejarle sus adornos, la vieja, que cuenta entre sus innumerables vicios el de la avaricia, se apresura á despojar al cadáver de los objetos mas preciosos. Habría querido apoderarse de la rica cinta de maila, pero temiendo no poder ocultar su robo, coje tan solo lo que puede sustraer á las miradas de todos, y abandona el resto, aunque con barto sentimiento suyo. Cíñese su magnífico tahalí al rededor del cuerpo, entre el jubón y la saya.

Después de haber seguido Zerbino las huellas impresas en el suelo, ve que el camino se divide en dos. Cuidándose muy poco el paladín de pasar la noche en el hueco de una roca, se reune con Gabriela para buscar mejor asilo. A dos millas de distancia ven un castillo inmenso que es el de Hauterive, y al llegar á su puerta, piden hospitalidad mientras que las tinieblas, condensándose mas y mas, cubren por entero el universo. Poco tiempo después de estar en el castillo llegan á sus oídos gritos plañideros y gemidos. Todos los habitantes derraman lágrimas cual si hubiera ocurrido una gran desgracia. Averigua al príncipe la causa de aquel dolor general, y le cuentan que el conde Anselmo acaba de saber el fallecimiento de su hijo, muerto en un valle estrecho entre dos montañas. Para evitar Zerbino que recaigan en él las sospechas, mantiene los ojos bajos y finge la mayor sorpresa. Piensa sin embargo que aquel cadáver

hallado en medio del camino es el de Pínsabel. Poco después aparece la fúnebre comitiva, rodeada de tent y luchones encendidos. Saben los gritos hasta el cielo, redobla el llanto, y el rostro del padre revela una desesperación violenta. Según la costumbre antigua que los siglos han hecho desaparecer, preparábase magníficos funerales.

Se suspenden por un momento los lloros y lamentos, y el conde Anselmo hace publicar un bando, prometiendo rica recompensa al que descubra al matador de su hijo. Vuelta esta promesa de boca en boca, y llega á oídos de la malvada vieja, cuya crueldad supera á la de los tigres y osos, y desde entonces queda resuelta la pérdida de Zerbino. No se podrá decir si lo hace por odio al príncipe ó por avaricia para ganar la recompensa obtenida, ó al es, en fin, por el orgullo de probar que su corazón nada tiene de humano. Presentase al desgraciado padre, y dando á su embuste toda la apariencia de una verdad, acusa á Zerbino de haber muerto á Pínsabel, lastreado el rico tahalí de este. Al verle Anselmo duda ya de su veracidad. Levanta las manos, da gracias al cielo y jura que no quedará impune la muerte de su hijo. Cercan la estancia del príncipe; el pueblo reunido grita venganza, y Zerbino que duerme sin desconfianza alguna, es apresado, cargado de cadenas y sepultado en un calabozo hediondo. No ha escapeado aun el sol su carrera, cuando se disponen ya los preparativos para el suplicio: será descuartizado vivo al escocés en el mismo sitio en que fue hallado el cadáver de Pínsabel. La orden de Anselmo ha bastado para ello, sin tomar informe alguno. Al día siguiente, en cuanto la aurora bella ha sembrado la celeste bóveda de flores bermejas, amarillas y blancas, corre el pueblo gritando: « ¡ Que muera! ¡ que muera! » El populecho, ciego, ebrio de sangre y siempre cruel, se precipita en desórden y sigue á los guardias; entra ellos camina Zerbino, cargado de grillos y montado en un mal caballo. Pero la bondad divina no abandona á los que confían en su justicia; destina á Zerbino un protector tan temible que su existencia está en completa seguridad. Llegó Orlando en el momento en que le comitiva se dirije al lugar del suplicio. El conde de Angers acompaña aquella princesa de Galicia, jóven agraciada que, habiéndose librado del furor de la tempestad, cayó en poder de los bandidos; aquella Isabel á quien libró Orlando, y que quiere al príncipe escocés mas que á su propia vida.

Al ver aquella tropa que cruza la llanura, pregunta la jóven al conde cuál es su objeto. Lo ignora, contesta Orlando, y dejando á su compañera, baja rápidamente á la colina; el aspecto de Zerbino anuncia que es un caballero ilustre. Aproximase el conde á Zerbino y le pregunta qué significan aquellas cadenas, y adónde le conducen. Zerbino le refiere su historia con tal acento de verdad que Orlando le cree inocente y le considera digno de su protección. Además, al saber que la sentencia de muerte ha sido pronunciada por el conde Anselmo, no duda de su injusticia, porque el príncipe castellano acostumbra obrar incautamente. Hallámale asimismo el odio inveterado que divide á las dos familias de Hauterive y de Clermont, odio que ocasionó por ambas partes tantos ultrajes, luchas y muertes. « ¿ Qué las cadenas á ese caballero, canalla maldita, esclama, ó os estermino á todos. — ¿ Quién es ese guerrero tan formidable? contesta lúricamente uno de los arqueros; cree ser acaso un braserero ardiente y nos toma por hombres de cera ó paja? » Al decir estas palabras, precipitase el temerario sobre Orlando, que pone su lanza en ristre. La armadura brillante que ha cogido aquel guerrero la noche anterior á Zerbino, no le libra de la muerte. El hierro del conde no rompe su armadura impenetrable, pero la fuerza del golpe desuena al guerrero, que cae muerto en tierra. Orlando atraviesa

sa con su lanza el cuerpo del segundo; desvainando despues á Durandal, arrolla los grupos mas espesos, corta y hiede las cabezas; y degüda á varios: en un momento mata ó pone en fuga á ciento de aquellos desdichados. Pronto han perecido mas de dos tercias partes de los guardias: el conde dispersa á los demás; corta, atraviesa, hiere, derriba y estropea á aquellos villanos. Para huir mas velozmente, arrojan las espadas, los cascos, los escudos, las picas y las mazas de armas: corre uno por el camino, otro busca un refugio en los bosques; este se esconde en una cueva, aquel cae al suelo. De ciento veinte que eran, segun asegura el varidico Turpin, parecen lo menos ochenta. Orlando se aproxima á Zerbino, cuyos trasportes me fuera difícil expresar; quisiera el escotes romper los grillos y espesas que le sujetan, y estrechar las rodillas de su libertador. Mientras rompe el conde sus cadenas y la ayuda á cubrirse con su armadura, de la que ha despojado al jefe de la tropa, mira Zerbino á Isabel, que permaneciera hasta entonces en la coica y á la sazón cae: la llegar adonde ellos se hallan. Coucos al instante á la que tanto amó y que creia sepultada en las olas; tiembren todos sus miembros, su sangre se hiela y se inflama alternativamente. No se atreve á estrechar á su amado sobre su corazon, porque imagina que Orlando se le ha arrebatado. Sucede un tormento á otro y es muy breve su alegría; la noticia de la muerte de su amada le afligió menos que la idea de que está en poder de un rival, aumentandose su desesperacion al pensar en el beneficio que le ha dispensado aquel mismo caballero. Seria ingrato y desleal si pretendiara arrebatarle aquello jóven; quizás fuera inútil intento, pero no sufriría quele robaran su amado si no le ligara la gratitud al conde de Angeres.

Cambian los tres silenciosos; al llegar á la orilla de un arroyo, echan pie á tierra y descansan un momento. Quitase Orlando el casco pero mayor desahogo y aconseja á Zerbino que se quite el suyo. Al ver el príncipe, la tierna Isabel palidece al pronto, y despues un dulce rubor soursa su rostro. Así la flor agitada por la tormenta, recobra sus brillantes matices al bañarla el sol con sus benéficos rayos. En el momento mismo, sin tener en cuenta la presencia del conde, se arroja en los brazos de Zerbino; permanecen mudos sus labios, pero inunda el llanto sus mejillas y su seno. Va Orlando sus trasportes y no duda que tiene ante sí al valiente príncipe de Escocia. Isabel, florosa aun, pueda al fin llullar y referir la generosidad de su libertador. Zerbino se arroja á los pies del conde expresándole su sincera gratitud porque le ha salvado por segunda vez la vida. Las acciones de gracias y los mútuos ofrecimientos hubieran durado aun mucho tiempo si no verse obligados á prestar atención á un ruido que sultieron aproximarse por un sendero oscuro que salia de la espesura. Apenas se han puesto los cascos y han montado á caballo cuando aparece un caballero y una dama; es el arrogante Mandricardo á quien vimos marchar en seguimiento de Orlando, decidido á vengar á Alzirdo y Mandilardo. Sin embargo, desde que con el solo auxilio de un trozo de lanza afrancó el túrtaro á Doradicia de manos de un centenar de guerreros cubiertos de hierro, piensa menos ya en buscar al conde Angeres. Ignota ademas el nombre de su terrible adversario, pero imagina que debe ser algun ilustre caballero nadiante. Dirijiense sus miradas con mayor atencion á Orlando; la examina de pies á cabeza, y le conoce por el retrato que le han hecho de él. «Tú eres el hombre á quien busco, le dica el momento; diez días hace, cuando menos, que vengo siguiendo tus huellas: la narracion de tus hazañas en las llauras de Paris escitó mi ardor sobremanera. De los mil guerreros á quienes atacastes, uno tan solo se libró de la muerte y refirió la horrenda carna-

ceris que hicistes de los soldados de Noricie y Tremisen. Te he seguido: ma han descrito tus armas exactamente, y estoy seguro de que tú eres el vencedor de ambos escuadrones sarracenos; pero son supérfluos estos indicios. Te conocerio entre cien guerreros por tu arrogancia y tu porte marcial. —Eres un caballero noble, replica Orlando, idemas como esa solo pueden surgir de corazonces magedinos. Si vienes para verme, conocerás mi rostro antes de sentir la pujanza de mi brazo. Mira, alza la visera de mi casco y estoy pronto á satisfacer tu audaz deseo: no tardarás en conocer que correspondo mi valor á mi porte guerrero. —Vamos, dice Mandricardo, hème ya satisfecho sobre el primer punto; pasemos ahora al segundo. » Sin embargo, no viendo Orlando espada en el costado de su adversario, ni maza de armas con el erzon de su silla, la pregunta qué arma piensa usar si llega á romperse su lanza. «No te inquietes por eso, replica el sarraceno, me ha bastado mi lanza para derribar á mas de un caballero; he hecho juramento de no llevar mas espada que Durandal, y busco por todos partes á su dueño. Cuando me apoderé de la armadura con que me ves cubierto, y que pertenecia hace mas de mil años al noble Hector, no hallé espada alguna; y no pude saber cómo habia sido sustraída; mas luego averigüé que estaba en poder de Orlando, y le daba una gran parte de sus victorias. He jurado pues arrancársela á ese paladin, si llega algun día á encontrarla. Escita tambien otro motivo á batinrme con él: quiero vengar la muerte de Agriean, mi padre, inmolado traidoramente, que á no ser así no triunfara de él el conde. —Tú y todos cuantos lo dicen mentis! esclama el paladin con voz terrible; yo soy Orlando, el vencedor íenl de tu padre. Esta espada que reclamas la obtendrás si sabe arrebatársela tu valor. Me pertenece por justo derecho, pero no quiero servirme de ella para disputarte su posesion; la colgaré en estas ramas, y de aquí la cojerás si me errancas la vida ó quedo cautivo. » Al decir estas palabras cuelga Durandal de las ramas de un árbol que hay en medio de la llauras.

Aléjanse uno de otro á medio tiro de flecha, para tomar campo, clavan el cicate á sus corceles, y se precipitan con sin igual violencia; eleoizanse ambas en la viera y sus lanzas se hacen astillas que saltan á inmensa altura. Se han roto sus armas, pero los guerreros no se han movido lo mas mínimo y pelean entonces con los trozos de la ampuñadura. Acostumbrados á manejar el acero, no manifiestan menos encarnizamiento al batirse con dos pedazos de madera; asemejase á dos aldeanos que se disputan el agua de un arroyo de regadío ó los limites de un prado. Al cuarto encuentro se rompen los últimos trozos de lanza que aun conservaban. Entonces se pegan con las manoplas; sus dedos se agarran á los clavos de las armaduras, destrozan las milias, dividen las corazas. Parecen sus manos fuertes tenazas ó pesados martillos. El sarraceno desea con impaciencia terminar el combata: los golpes que á la sazón se pegan no conducen á resultado alguno, y son mas dolorosos para el que los da que para quien los recibe. Procuran entonces agarrarse para luchar á brazo partido; Mandricardo se arroja sobre Orlando, le estrecha contra su pecho, y crea ahogarle cual lo hizo en otro tiempo el hijo de Júpiter con el terrible Anteo; le sacude, la coje, le atrae hácia sí, y tal es su ciego furor, que se olvida de sujetar las riendas de su corcel. Orlando, que está mas sereno, lo observe y quita el freno al caballo de su adversario. Mandricardo se esfuerza en arrancar al paladin de la silla para ahogarle, pero esto resista oprimiendo el iomo de su caballo con las rodillas. Rómpanse las cinchas con la violencia de los sacudimientos; se tuerca la silla y el paladin cae en tierra con ella sin habarlo podido evitar.

Resuena el ruido á gran distancia cual si hubiera caído un trofeo de armas. Al mismo tiempo corre el corcel de Mandricardo por el bosque y la llanura; ceigándole el ruido lleva muy lejos á su ginete que no pueda dirigirle. Dornacia que ve á su compañero abandonar, aunque á pesar suyo, el campo de batalla, no cree oportuno quedarse sola, mete espada á su palafren y sigue al sarraceno, que furioso y avergonzado, pega á su caballo con las pías y las manos, y le amenaza cual si pudiera comprender el generoso bruto sus palabras iracundas. Asustado el animal, corre con mayor velocidad; sin atravesado ya cerca de tres millas, cuando se arroja con su ginete en una zanja ancha y profunda, en cuyo fondo no hay por cierto ni plumas ni hojascas sino dura tierra. Cae Mandricardo sin hacerse daño y coje á su corcel por la crin, aunque se halla inútil para contenerle y dirigirle. «Tonta la brida de mi palafren, que es mas dócil y no necesita de ella para gularle,» le grita Dornacia; pero le repugna al sarraceno aceptar este ofrecimiento. Sin embargo, favorece la fortuna y le proporciona el medio de obtener lo que desea. Llega Gabriela en aquel momento; desde que vendió al príncipe de Escocia, huye la vieja maldita cual una loba que oye tras sí el ruido de la jarria y los cazadores. Lleva en todavía el traje y adornos de que fue despojada la querida de Pimbel; su palafren, que es uno de las mejores y mas lujosamente aparejados, habia llegado á su poder del mismo modo. Encuéntrese enfrente de Mandricardo antes de haberle visto. Al distinguir aquella especie de mona tan engalanada, áchause á reir Mandricardo y su compañera, y no vacila el sarraceno en apoderarse de la brida del palafren, al que espanta con sus gritos y gestos en tal manera que la vieja, medio muerto de miedo es llevada á la aventura, por valles y montañas, atravesando bosques y precipicios. Mas no me interesa lo suficiente por ella para que vaya á olvidar al intrépido Orlando, el cual pone la silla á su caballo lo mejor posible, y aguarda el regreso de Mandricardo; viéndolo después que no parece, decídese á buscarlo. Pese fiel á sus hábitos de cortesía sea después antes de la manera mas afectuosa de entrambos amantes. Zerbio no le ve marchar con profundo dolor; Isabel derrama sinceras lágrimas. Quieren ambos seguirle, pero Orlando rehúsa su ofrecimiento á pesar del cariño que los profesa. Piensa el conde que cuando un caballero persigue á su enemigo ó su rival, no debe ir acompañado de guerrero alguno que pueda socorrerle ó protegerle: encárgales tan solo que si por casualidad encuentran á Mandricardo, le digan que Orlando permanecerá tres dias en aquellos alrededores, y se reunirá después al ejército de Carlomagno, para colocarse bajo el estandarte de las flores de lis de oro; de este modo podrá hallarle el tártaro. Prometen hacer cuanto les pide el paladín, y toman direccion opuesta á la que este va á seguir. En el momento de ponerse en marcha para buscar á Mandricardo, coge su espada Durandal que está colgada de un árbol. Durante dos dias el itinerario desordenado que sigue el tártaro hacen inútiles todos sus pesquisas. Llega por fin á la orilla de un arroyo, cuyas aguas claras y transparentes cual cristal se pierden bajo un césped mulido y esmaltado de flores, dándolas sombra copidos y frondosos árboles. Allí van los ganados á apagar su sed durante las horas de calor, y los pastores se quitan sus toscos vestidos para entregarse al reposo. Abolado Orlando por el cansancio, se apresura á guarecerse en tan grato asilo, donde todo convidaba al descanso. Pero ¡oh desgracia! ¡oh dolor mas triste y lamentable de lo que yo podré explicar! ¡Alia fatal para el infortunado paladín! Cuando está contemplando aquel paisaje delicioso, ve cifras y caracteres grabados en la mayor parte de los árboles: los examina con mayor atencion, y pronto se convence

de que están hechos por la mano de la mujer que adora! Con efecto, la reina da Cathay habia ido con frecuencia á aquellos sitios que están muy cerca de la cabida del pastor. El conde lee los nombres y cifras de Angélica y Medor, grabados en cien árboles, entrelazados de mil maneras. Con la letra liaco el efecto de un puñal que le atravesara el corazon; trata de dudar y agitan mil ideas tumultuosas su cerebro; quiere persuadirse de que otra Angélica, y no su amada, ha trazado aquellos nombres en todos los árboles: «¡Ah! ¡y esclama por fin, conozco esta letra que he visto muchas veces, pero mi hermosa Angélica habria elegido este nombre imaginario de Medor para designarla á mí!» Así conserva alguna esperanza, procurando alimentarse con grata ilusion y engañarse á sí mismo; sin embargo, cuanto mas se esfuerza en apartar de su mente sospechas crueles, mas y mas lacera su corazon, como el pájaro que cayendo en una red ó posándose en una varilla de liga, queda mas y mas sujeto á medida que agita las alas para procurar libertarse. Aproximase Orlando á una roca que forma una especie de gruta en la cual penetra el arroyo. Los troncos rastreros y tortuosos de la hiedra y la viña silvestre cubren la entrada de aquel asilo en que los dos amantes, huyendo de los abrasadores rayos del sol, estuvieron tantas veces en los brazos el uno del otro. Allí mas que en ninguna parte se leen sus nombres en la entrada y en el interior; el yeso, la pinta de un cuclillo y aun el carbon han servido para reproducirlos de mil maneras.

Apenas se apeo Orlando de su corcel, cuando ve ya en la roca palabras escritas recientemente, y que uen de mano de Angélica: son versos en que Medor ha descrito las delicias de que disfrutaba en la gruta. Imagino que tienen bastante belleza, y las traduciré del modo siguiente: «¡Floridos arbustos, verd cedep, fuente límpida, gruta oscura en que la hija do Galafron, olvidando á todos los amantes cuyos suspiros desdeña, se ha abandonado con tanta frecuencia á las delicias del amor! ¡Parajes afortunados, puedo espresaros acaso mi gratitud de otra manera mas que cantando cada dia vuestra belleza, y diciendo á los caballeros, á los amantes, á las doncellas, á todos aquellos en fin á quienes la casualidad conduce bajo vuestra grata sombra, que os consagren este deseo! ¡Arroyo, gruta, sombra, verde pradera, sitio encantador, que sean siempre propicias las noches, y que las nubes os protejan contra los pastores y los ganados!»

Estos versos están en árabe, lengua que le es tan familiar á Orlando como el mismo latín; de todos los idiomas que conoce, es aquel el que mejor posee, y repetidas veces se ha servido de él en el campamento de los sarracenos para librarse de peligros y ultrajes; ¡ciencia fatal cuyos beneficios destruye un solo acontecimiento! El desdichado lee una y otra vez aquellos renglones acusadores, esforzándose en vano para ver en ellos lo contrario de lo que indican, pues todo le revela una verdad aterradora. Oprime el corazon la férrea mano del infortunio; se queda inmóvil, silencioso, llo la mirada, y parece una estatua esculpida en la misma roca que pisa. Su razon está próxima á abandonarle. ¡Lo creeréis facilmente, vos que tou terribles pruebas habeis sufrido! Este dolor supera á todos los demás! Inclina el conde hacia el suelo su frente, poco ha tan audaz y arrogante; alterase su voz entre tan robusta y poderosa: sus ojos no pueden derramar lágrimas, y su sentimiento, harto fuerte para extinguirse, permanece reconcentrado en su pecho, como el agua comprimida en un frasco cuyo cuello es harto angosto, no puede salir aunque le vuelquen; acude el líquido en masa á la boca del frasco, pero tan solo pueden salir algunas gotas.

No obstante, vuelto en sí el paladín, con esa tenacidad peculiar al desgraciado, procura per-undirse

una de que aquellos versos son una mentira. ¡Quizas un rival poco afortunado habrá querido difamar á Angélica ó suscitar los celos del pueblito; una mano culpable ha imitado sin duda la letra de Angélica! Esta débil esperanza recinima su ardor y valiente. Vuelve á montar en Brial de Oro, en el momento en que el sol cede su puesto á la diosa de la noche. Pronto disímulo un huido espeso que sale de algunas cabinas; éyese el latrido de los perros y el balido de los reñados. Se aproxima á una de las cabinas, y echando pie á tierra confía su caballo á un muchacho. Los habitantes de aquel albergue le rodean solícitos; uno coge sus armas, otro le descalza las espuelas de oro, y un tercero limpia su coraza. Precisamente era aquella la caballería que fue transportado Medor, y donde halló tan favorable á la fortuna. Entregado Orlando por entero á su dolor, no quiere tomar alimento; en vano procura disfrutar algún descanso, pues solo halla motivos de inquietud y de tormento; por lo quiere ven sus ojos aquellas cifras y escritos detestables: las paredes, las ventanas y las puertas están cubiertas de ellos. Permanece silencioso, porque temiendo ver confirmada una verdad cruel, prefiere dejarla rodeada de una nube. En vano procura cegarse, pues le revuelve todo sin que pregunte á nadie. Eutemerido el pastor al ver su oflicio, intenta consolarle, y le refiere la historia de los dos amantes, que se complacían en repetir á los viajeros; varios la habían escuchado ya con sumo ínteres. Di-éle que cediendo á los ruegos de Angélica, recogió en su caballería á Medor herido de gravedad; que la princesa había curado la herida diariamente con sus blancas manos; sin embargo, la herana recibí otra herida mas peligrosa é incurable, pues el amor la clavó uno de sus carnos. El incendio que produjo una sola chispa fue tan terrible, que la hija del monarca mas poderoso del Oriente se casó con un guerrero oscuro. Concluyó el pastor su narración mostrando el bracelete guardado de poderla que le dió Angélica, antes de marchar, como testimonio de su gratitud. Esta prueba irrecusable fue para el paladín un golpe terrible que acabó de hacerle perder la razón, y el perdido amor puso así el colmo á su crueldad. Quiso Orlando ocultar su desesperación, pero dejó escapar sus sollozos, y corrió las lágrimas por sus mejillas. Se retiró el pastor, y al quedarse solo el héroe se abandonó á su dolor: inundó el llanto su rostro; no cesa de gemir y agitarse en su lecho, que le parecen mas duro que una piedra ó cubierto de espinas. De improviso se le ocurre la terrible sospecha de que en aquella misma cama habrá dormido quizas la ingrata Angélica en brazos de Medor: levántase entonces precipitadamente cual el aldeano que se lanza fuera de la yerba ee que se ha deslizado una serpiente. El hecho, la caballería y aun el mismo pastor llegan á serle tan odiosos que sin aguardar á la brillante precursora del día, coge sus armas, monta en su corcel, y camina á la aventura por las sombrías ruinas del bosque. Al verse solo otra vez extingue libremente su dolor; derrama un torrente de lágrimas, y lanza chillidos espantosos; huyendo de las poblaciones y aldeas, duerme en medio de los bosques y sobre la dura tierra. Sorpréndese de la abundancia de sus sollozos y lágrimas. «¡Ah! decía, estas no son ya lágrimas; no las puedo bastar á mi dolor, y se han secado en medio de mi desesperación. Arrojadlas ahora de su manantial por el incendio que me abrasa, escúpanse con ellas los principios de mi vida. Concluirán á un mismo tiempo mis males y mi existencia. Ya no son suspiros los que salen de mis labios, ¡no! Este resoplido violento que parece salir por intervalos de mi pecho, es el viento producido por las alas del amor, que azitan el fuego que me devora. ¡Oh! ¿por qué prodigio permanece un corazón en medio de las llamas sin consumirse? ¡No, no soy

yo lo que me parece ser: Orlando ha muerto, víctima de su amada ingrata y desleal! ¡Orlando yace en el sepulcro ya! ¡No soy mas que el alma errante de ese conde infortunado, presa ya de los tormentos del infierno! ¡Destino funesto! ¡Ejemplo lamentable para los que han puesto su esperanza en el amor!

Recorre el bosque toda la noche; al salir el sol vuelve casualmente al sitio en que grabara Medor aquellas líneas fatales. Al ver su baldón inscrito en la piedra, entregue sin límites al odio, á la cólera, al furor y la rabia. Empuñando su espada, hace pedruzcos la inscripción y la roca; ¡desgraciados los sitios todos en que se hallan los nombres de Angélica y Medor! Aquel asilo no volverá á ofrecer su sombra y su frescura á los pastores y los ganados. ¡Y tú, manantial tan puro y claro, ¡tan poco estás al abrigo de su furor! Arroja en el troncos, raíces y ramas de árbol; esturbia sus aguas con tierra y pedruzcos, y quiere que nunca mas recobren su cristal las aguas. Por último, huido en sudor, pierde sus fuerzas, su odio y su rabia; cede jadeando en la pradera y levanta su vista al cielo. Inmóvil con los ojos abiertos, privado de alimento, permanece así tres días, y solo cesa de alimentarse su furor cuando llega á estar enteramente privado de razón. Levántase al cuarto día, hace pedruzcos su cota de malla, arroja su casco, su escudo, su coraza y el resto de la armadura; arráncase los vestidos y descubre su pecho, sus hombros y su vellido cuerpo. Tales son los primeros accesos de la locura mas horrible y furiosa. Privado de la del menor destello de juicio, olvida á Durandale, que le hubiera servido, sin dudar, para llevar á cabo nuevas hazañas. Sin embargo, no necesita su fuerza prodigiosa ni espada, ni hacha, ni lanza, y de un solo esfuerzo arranca un pino gigantesco; arranca después otros dos, cual si fueran huesojo, y ero á meto. Destroza del mismo modo los olmos, los fresnos, los abetos y las hayas. Los árboles mas corpulentos y antiguos caen como la paja, y las ortigas y los juncos ceden á los golpes del cazador de pájaros que prepara al sitio en que ha de tender sus redes. Asustados los pastores con tal estrépito, corren para averiguar lo que le produce, y dejan sus ganados esparcidos por el campo. Mas tiempo es ya lo que me da; tengo; no puedo ir mas lejos sin temor de cansaros; prefiero acabar mi narración en el canto siguiente, mas bien que aparecer hoy á vuestros ojos como harlo molesto y pesado.

## CANTO XXIV.

Ancorero — Llego Orlando á un puente. — Zerbino encuentra á Orlando, guerrero de Alemania. — Castigo de Alarcón — Zerbino encuentra los armas de Orlando y hace con ellas un trofeo. — Mandrardo se apodera por la fuerza de Durandale. — Combate de Zerbino con Mandrardo. — Muere Zerbino en los brazos de Isabel. — Un ermitaño impide á esta que se mate. — Se la lleva á Provenza con el cadáver de Zerbino colocado en un ataúd. — Rodomonte encuentra á Mandrardo. — Se hacen. — Un monasterio interrumpe al combate. — Derriba los muros que voy á escribir á un rey.

TIERNAS néripasas que revoloteas en torno de los redes del amor, huid y cuidad de no dejar de ellos vuestras alas. Los sabios os dirán que el amor no es sino una locura. Si todos los amantes no dan como Orlando señales de furor, ¿no es irracional de todas suertes, sujetarse á los caprichos de otro? Si los actos del insensato varían, la causa es la misma; es como un bosque inmenso en que no puede uno penetrar sin estreñarse, ya sea que se vaya ó se baje, que se vuelva á la derecha ó á la izquierda. Para decirlo de una vez, el que se abandona demasiado al amor merecería, además de mil tormentos, que se le cargara de cadenas. Me podría decir, con razón quizas: «Amigo, aconseja á los demás sin conocer tu propia flaqueza.» Mas yo respondo: «Hecho en un momento lúcido, y he resuelto firmemente [¡ojalá pueda tener

la energía suficiente para ello!) emanciparme de un yugo harto pesado. Si embarco, no podré hacerlo en este instante, porque mi herida es harto profunda.»

Os refería en el canto anterior que Orlando, furioso y terrible, había sembrado por el suelo sus armas destruidas. Abandonando á Durandal, desgarraba sus vestidos, arrancaba los árboles, y hacía resonar con sus gritos las cavernas y los bosques. Atraídos algunos pastores por su nota estrepitosa, se aproximaron á él. Al ver las pruebas de la prodigiosa fuerza de aquel insensato, empezaron á huir á la ventura, tanto les turbó aquel terror repentino. Persiguieron Orlando, cogió á uno y le arranca la cabeza con la misma facilidad que si hubiera cogido una manzana ó una ciruela madura; sujetó entonces al cadáver por una pierna, y se sirvió de él como de una maza para pegar á los pastores. Caen dos en tierra y parecen dormir con eterno sueño, los demás huyen; les hubiera costado trabajo evitar su alcance á no haberse echado el loco sobre sus resbalos. Asustados los labradores abandonan sus hoces, sus arados y arados. Los olmos y los abetos no pueden protegerlos; se suben á los tejados de las casas y á los campanarios de las iglesias. Desde allí contemplan la furia de Orlando. Con los puños, los dientes y las uñas, hace pedazos, abre y destroza á los bueyes y caballos. Para librarse de él hubiera sido preciso tener alas. Oyense en los pueblos aullidos plañideros y el sonido de las campanas y clarines. Millares de aldeanos bajan de las montañas, armados con hocas, venablos, arcos y hondas; otros se adelantan por la llanura para atacar á Orlando. A la manera que una ola empujada por el viento del Mediodía, acaricia hundiéndose la costa, la segunda rueda ya bramando, la tercera se estrella como estrépiteo, y después las demás parecen aumentar en violencia; así se ve engruesar á aquella multitud irritada que desde el fondo de los valles y de lo alto de las colinas se precipita sobre el paladín. Los diez primeros á quienes alcanza caen reventados, y otros diez sufren la misma suerte; los demás juzgan prudente mantenerse á cierta distancia. En vano le lanzan venablos y nubes de piedras: el héroe es invulnerable; la voracidad del cielo le destina á proteger la fe cristiana. Sin duda hubiera perecido si la muerte hubiera tenido algún imperio sobre él; privado de Durandal y de su armadura, habría sido obligado á reconocer su imprudencia. Viendo los aldeanos la inutilidad de sus esfuerzos, se retiraron, y Orlando sigue sin obstáculo por el camino de un pueblo inmediato. Le halla desierto; todos sus habitantes, viejos y jóvenes, han huido abandonando los mayores groseros que constituyen su alimento. El paladín se siente atormentado en medio de su delirio por el hambre; y ege con sus uñas y dientes todo lo que encuentra; crudo ó cocido, sin reparar si es pan ó si son bellotas. Sigue vagando después por la comarca, cazando hombres y animales, persiguiendo á los cabritos y gansos. Con frecuencia ataca á los jabalíes y osos; su brazo desnudo y desarmado los vence, y devora después su carne y sus entrañas. De esta suerte recorre la Francia. Llega cerca de un pueblo echado sobre un río rápido y profundo, cuyas orillas son muy escarpadas. Cerca de allí hay una torre que domina todo el país. En otra parte os diré lo que hizo en aquel sitio; es preciso que os hable de Zerbino.

Después de la partida de Orlando, aguardó el príncipe de Escocia algún tiempo, y después siguió el mismo camino que el conde. Caminaba lentamente y no había oído nada más que dos millos cuando vio á un guerrero atado sobre un mal caballo y escoltado por dos guerreros completamente armados. Isabel y Zerbino conocieron al instante al prisionero: era Odorico

de Vizcaya, aquel amigo desleal á quien confiara el príncipe su amistad; en lugar de probar Odorico su lealtad, había obrado cual un lobo á quien se confiara la custodia de un tímida oveja. Refería la princesa á Zerbino cómo se había salvado en una frágil barquilla antes que las olas estrellaran su bajel, de cómo fué la perla de Odorico, y de cómo mudo la habían llevado á la cueva los bandidos. Había llegado á esta parte de su narración, cuando vieron al prisionero cautivo. Al divisor á Isabel, pensaron los guardias que su caballo no podía ser sin Zerbino, su señor; pronto distinguieron en el cecudo el blason de su ilustre raza. Apacóronse de sus correas, se aproximaron á él, y le saludaron como á su dueño y señor, desuad la cabeza é hincaron una rodilla en tierra. Conoció Zerbino á Corebe de Vizcaya y á Almonte, que eran los que custodiaban á Odorico. «Príncipe, le dice Almonte, puesto que tenemos la dicha de ver á nuestro señor á vuestro lado, sería inútil deciros por qué está encadenado este hombre. Sabéis ya su traición y ultrajes: sabéis asimismo con qué ardor me alejó Odorico, y cómo fue herido Corebe defendiendo á su señora. Me bastará deciros tan solo varias circunstancias que ignora la princesa. Vovía yo presuroso hacia el oar con dos caballos que me había procurado en la Rochela, y trataba de descubrir á mis compañeros, cuando al llegar al sitio en que los había dejado, solo vi bueltas recientes impresas en la arena. Las seguí y penetré en un bosque, en el que oí gemidos lastimeros; hulté á Corebe tendido en el suelo. «¿Qué se han hecho, le pregunté, Odorico y la princesa? ¿Quién le ha herido?» «Lléname el momento en seguimiento del traidor, me recorrió inútilmente las revueltas del bosque, y volviendo al lado del herido que estaba derramando sangre, le hice trasportar á una hostería cuyo dueño conocía. Los cuidados de un cirujano hábil le hicieron volver bien pronto á la vida; un momento más que se hubiera retrasado, habría necesitado un sacerdote, un apoplejante y una tumba, y no un lecho y un médico. Pronto nos pusimos en marcha Corebe y yo, con nuestras armas y nuestros correas para buscar al pérfido; le encontramos en la corte de Alfonso, rey de Vizcaya, cuya imparcial justicia nos concedió el combate. La bondad de mi causa ó la fortuna, que con harta frecuencia es caprichosa, me hicieron triunfar. Informado Alfonso del crimen, abandonó el culpable. No quise matarle, pero después de haberle encadenado como veis, me propuse entregárselo. Vos decidireis su suerte. Nos dirigimos al campo de Caronagga, donde esperábamos hallaros. ¡A Dios gracias os vítemos á ver en el momento en que me nos lo esperábamos! Bendito sea el cielo, puesto que os ha restituído á Isabel! Ignoro cómo se os ha reunido, pues temí que un traidor os hubiera privado de ella para siempre.» Zerbino silencioso, fija una mirada de indignación en Odorico; es menor su odio que su ofensión al ver correspondidos su confianza y amistad con tanta ingratitud. Mantienese aun largo tiempo en el silencio del estupor, porque no pueda comprender que un hombre que hasta entonces se hallara á cubierto de toda sospecha, se hiciera culpable de tan negra traición. Lanza por fin un hondo suspiro, y pregunta al cautivo si Almonte ha dicho la verdad exacta. Cae el malandrán de rodillas y exclama: «¡Ah señor! Todos los mortales están expuestos á la flaqueza y al crimen: difícil poco el malvado del justo, solo que este resiste á los malos tentaciones, mientras que el otro, cediendo á su inclinación, sucumbe en el primer choque de sus pasiones. El justo mismo no está al abrigo de las seducciones harto fuertes. Si me hubieris confiado la custodia de uno de tus castillos, y sin defenderme hubiera dejado al enemigo plantar sus banderas en las murallas, merecería ser tachado de cobarde, ó que no imputarau

un crimen mas odioso todavia, la traicion: mas si hubiera cedido agobiado y vencido por el número, habría adquirido inmarcescible gloria y merecido tus elogios. Cuanto mas temible es el enemigo, tanto mas perdonable es la derrota. Sostenido por la razon y los sentimientos de honor y probidad, debiera guardar mi fe: ¡mas fuerte la seducción que yo, triunfó de mis esfuerzos! » Así se esplica Odorico;

emplen los argumentos mas persuasivos para demostrar que cedió á una tentacion invencible; sus ruegos, sus palabras humildes piden perdon, y procura enternecer un corazon irritado. Zerbino está indeciso: no sabe si deberá perdonar ó vengarse del perdido. La gravedad del delito merece el último suplicio; sin embargo, enternécete el recuerdo de su antigua amistad, y parece vencer la compasion á la cólera.



Orlando en el priso.

Mientras reflexiona si deberá inmolár á Odorico, llevarle cautivo ó devolverle la libertad, el caballo que asustó Mandricardo con sus gritos despues de haberle cojido la brida, llega impetuosamente llevando sobre su lomo á la vieja infame que se habia propuesto perder á Zerbino. Atraido el corcel por los relinchos de los demas se mezcla entre ellos, y en vano pide socorro Gabrina desesperada. Al verla el escocés levanta las manos al cielo en accion de gracias porque le entrega en un mismo dia á sus dos únicos enemigos, y hace preoear á la vieja hasta que haya decidido de su suerte. ¿Deberá cortarla las orejas y narices porque sirva de escarmiento ejemplar á los malvados? ¿No vale mas abandonarla á la voracidad de las aves de rapiña? Despues de haber vaeilado entre varios géneros de suplicios, se decide y dice á sus esballe-ros: «cousiento en dejar vivir á ese hombre, pues si su crimen le hace indigno del perdon, no le ha merecido aun la muerte. Que viva pues y quede libre, porque el amor estravió su razon, y las faltas de amor son dignas de indulgencia. El perdido niño trastornó cabezas mejores que la suya, y ha causado erime-nes mayores. Menos disculpable soy yo por haber conisado á un hombre un encargo difícil, olvidando que la paja se enciende pronto cuando se la aproxima el fuego.» Dirijiéndose entouces al traidor le dice: «Para castigarte, quiero que seas, durante un año, el acompañante de esta vieja; y te mando que en todo ese tiempo no te separes de ella ni un solo instante. Noche y dia deberás permanecer al lado suyo y protegerla contra todo el que quisiere ultrajarla;

so metido á sus deseos, habrás de estar pronto siempre á sostener las peleas y combates mas terribles, y durante el transcurso de ese año, recorrerás todas las provincias de Francia.» Cooveneido Zerbino de que Odorico merece la muerte, le coloca así al borde de un precipicio de que no puede librarse sin una casualidad milagrosa. Gabrina ha perdido y ultrajado á tantos guerreros viejos y jóvenes, que no se puede acompañarla sin hallarse espuesto á las injurias y ataques de una multitud de caballeros andantes. Está pues seguro el principe de obtener el castigo que merecen los antiguos crimenes de Gabrina y la felonía del que va á ser su campeón, y recibe de Odorico el juramento mas solemne. «Si feltas á tu palabra, le dice, seré inflexible, y la primera vez que te encuentre sufrirás una muerte cruel.» Ordena en seguida que le quiten las ligaduras: Corebe, ayudado por Almonte, obedece con leuitud: sienten ambos no vengarse mas por completo del traidor. Sin embargo, Odorico se aleja con la vieja. Turpino no nos ha referido lo que se hicieron estos dos malvados, pero lo he sabido por otro historiadur, cuyo nombre callaré. Refiere que apenas hubo andado Odorico un dia con Gabrina, cuando para librarse de ella, á pesar de la fe jurada, la echó un lazo corredizo al cuello, y la coigó de un olmo, donde la abandonó. Un año despues sufrió Odorico igual castigo de mano de Almonte, mas no podrá decir en qué sitio.

Decidido Zerbino á seguir las huellas de Orlando, envia á sus dos guerreros para que tranquilicen á las tropas sobre su ausencia, y confia á Almonte varios

mensajes que fuera luto prolijo enumerar. Sepárase por fin de Corbe, y queda sola con Isabel. Llenos de estimación y afecto hacia el conde, anhelan saber si ha vuelto á hablar al serraceno que le hizo caer de su corcel; mas no quieren volver al campo antes de que concluya el tercero día, plazo que les ha prescrito Orlando. Como van siguiendo los mismos caminos que recorrió Orlando, pronto se hallan entre los árboles en que la ingrata Angélica trazó sus amorosas cifras. Los troncos, las ramas y la roca están rotos, y la fuente destruida. Ven entonces la brillante coraza del conde y su casco; no es este aquel yelmo fumoso que usó el africano Almonte. Oyen en el bosque el relincho de un caballo, y van á Belda-de-Oro que está pidiendo; la brida está colgada del arzon de la silla. Durandal desceñinada yace en el suelo, así como los pedazos de la cota de maila del infortunado paladín. Ambos amantes consideran aquellos objetos con sorpresa y tristeza, y se entregan á los pensamientos; mas melancólicos antes de suponer que Orlando ha perdido el juicio; si hubieran hallado alguna mancha de sangre, habrían temido que perdiera la vida. Ven llegar entonces, por la orilla de un riachuelo á un pastor palido y desconocido por el terror. Desde el pico de una roca ha sido testigo del furor de Orlando; le vio arrojado lejos de sí su espada, rompiendo sus armas, desgarrando su ropaje, omeñando pastores y dando, en fin, otras mil pruebas de demencia.

El príncipe no se atreve á dar crédito á tan fiel relato, mas pronto le convencen los indicios mas evidentes. Echa pie á tierra, y con los ojos llenos de lágrimas, reúne aquellos restos preciosos, ayudándole Isabel á cojer las diferentes piezas de la armadura. Interrúmpelen en este deber piadoso la llegada de una joven, que camina con semblante triste y exhalando hondos suspiros. A los que me pregunten su nombre y la causa de su dolor, contestaré: «Es la amable Flor-de-Lis, que va buscando á su amante.»

Segun dijimos anteriormente, Brandimarte habia abandonado la corte de Carlomagno para buscar á su amigo Orlando; espérnle su suada seis ó ocho meses, y viendo que no volvía le buscó desde el uno al otro mar, y desde los Pirineos á los Alpes. Recorrió todos los sitios excepto el palacio encantado de Atlante, que si hubiera penetrado en él habría visto á Brandimarte vagando con Gradasse, Rugiero, Bradamante, Orlando y Ferragus. Pero despues que los sonidos de la trompa maravillosa de Astolfo pusieron en fuga al nigromántico, volvió Brandimarte á París, y Flor-de-Lis lo ignora. Al llegar por mera casualidad junto á los dos amantes, conoce la armadura del conde y á Belda-de-Oro privado de su dueño. Instrúyela el pastor de la horrenda locura de Orlando, y ve las funestas señales que ha dejado á su paso.

Zerbino forma un trofeo con las armas del héroe y le cuelga de las ramas de un pino elevado. Para hacer que las resacas los habituales de la comarca y los viajeros, graba en la corteza de un árbol las siguientes palabras: «Armadura del paladín Orlando. Es este un aviso para el audaz que careciera de fuerza ó de valor. «Una vez cumplido este deber piadoso, dispónase á montar á caballo, cuando se pareció Mandricardo. Al ver el pino adornado con las gloriosas armas, pregunta al príncipe el motivo de aquella inscripción; refiértele Zerbino lo acontecido, pero apenas le oye el tártaro, cuando se arroja gozoso al árbol y se apodera de Durandal. «Nadie puede cesararme, exclama; pertenecíame esta espada hace ya tiempo, y puedo apoderarme de ella en cualquiera parte. Orlando que no se atreve á disputármela, se huye loco, y la abandona en el camino; mas no me impedirá su cobardía que siga uno de un derecho legítimo.—No la toques, grita Zerbino, no la obtendrás sin batirme primero; si adquiristeis del mismo modo las demás

armas de Héctor, no debes alabarte de ello, pues tan solo serán fruto de un robo.» Sin decirse mas palabras atacan con igual furor y valentía; empleza el combate, y resuena ya el aire con mil golpes. El escoces, merced á su destreza y agilidad, evita los golpes de Durandal; bacia dar saltos y vueltas á su caballo cual á un caballo. No tiene que perder tiempo, pues de lo contrario iría á renegar bien pronto á las elmas de los escomorsos entre los frondosos bosques del Eliso. Semajante á un perro ágil que viendo á un cerdo separarse de la pira, salta y brinca á su alrededor evitando sus furiosos ataques, así Zerbino sigue con la vista todos los movimientos de la terrible espada. Para salvar su honor y su vida, observa, ataca y se defiende con oportunidad. Sin embargo, si no todos los golpes de Mandricardo llegan á alcanzarle, silba su espada como el viento del Norte que durante los últimos días de invierno se encalienta entre dos montañas, y arranca de raíz los árboles de un bosque espeso, arrastrando sus ramas destrazadas. Despues de haberse librado Zerbino de muchos golpes, no puede evitar que uno de ellos, mas terrible, rompa su escudo y llegue hasta el pecho. La coraza y la cota de maila, á pesar de su buen temple, ceden al filo de la espada que las abre de arriba abajo. Si Durandal hubiera caído á plomo, hubiera rajado al príncipe cual á una caña, pero el acero tan solo roza la piel. Es tan larga la herida que no bastara una vara para medirla; tiñese la brillante armadura en sangre que va despues á enrojecer la tierra. Así á la mano, mas blanca que el alabastro, que dirigió con frecuencia ciertos golpes á mi corazón, le he visto bordar algunas veces líneas de púrpura en tisú de platis. Zerbino, a pesar de su destreza, su vigor y valentía, se ve obligado á ceder al tártaro, que posee una armadura mejor templada y es mas vigorosa. La herida, aunque es menos grave de lo que parece, llena de terror á Isabel. Alandolándose entonces Zerbino á un arrebato de cólera, y arrastrado por su valor, coje su espada con ambas manos y tira su mandoble furibundo á la cimera del casco de Mandricardo. El yelmo está fabricado por encantadores, sin lo cual dividiría la cabeza en dos pedazos. Se dobla el tártaro sobre el cuello del caballo, pero anhelando vengarse, dirige con presteza un golpe terrible al casco de su adversario, capaz de headirle la cabeza hasta el pecho; atento Zerbino á sus ataques, se inclina á un lado sin poder librarse del acero homicida, que rompe por otro lado el escudo y baja hasta el suelo. En vano procura el príncipe herir á su vez á Mandricardo: son inútiles todos sus esfuerzos, y apenas roza la armadura.

Cubierto el tártaro con armas impenetrables, le baco siete ó ocho heridas, rompe su casco y le arranca por fin el escudo. Zerbino derrama toda su sangre, se debilita, y no obstante sostiene todavía su noble corazón. Desesperada Isabel, corre á Doracicia y la suplica en nombre del Eterno que solicite de su amante el fin de aquella lucha. Doracicia, tan dulce cuanto hermosa, é incierta todavia sobre el éxito que pueda tener el combate, accede á su deseo. Aproximase el tártaro y le induce á que haga la paz ó consienta por lo menos en una suspension de armas, mientras que Isabel consigue calmar á Zerbino, el cual renuncia á prolongar el combate, y se sienta por donde le guía su amistad. Flor-de Lis se affige al ver tan mal defendidos la terrible espada; derrama abundantes lágrimas, y se golpea la frente repetidas veces. Desearia que se hallara allí Brandimarte para salvar á Durandal, y forma el firme propósito de referirle lo que ha ocurrido si llega á hallarle algun dia, persuadiéndose de que entonces no se avanzará Mandricardo mucho tiempo con su conquista. Prosigue Flor-de Lis sus pesquias noche y dia, pero es inútil, pues ya se halla Brandimarte de vuelta en París! Despues de dar mil vueltas por montes y llanuras, llega un dia á la orilla

de un río y ve á Orlando. Mas es preciso que os hablo de Zerbino. La vergüenza de haber dejado á Maudricardo en poder de Maudricardo es su mayor pena. Debil y cubierto de sangre, apenas puede sostenerse á caballo. Pronto se apaga su arbor con su cólera, y es tan cruel su padecer, que está próximo á desmayarse. Isabel alligada en extremo, no sabe dónde buscar auxilios, pues no hay población alguna bastante cercana para poder hallar un cirujano. ¡Ninguno podrá salvar la existencia de Zerbino por intereses ni por compasión! Gime y llora Isabel y reconviene al cielo y la fortuna por su barbarie y crueldad. « ¡Ah! esclama, ¡por qué no habré yo perecido con el bajel que sepultarou las olas del Océano? ¡Ah! esclamos, ¿á quien alligan mas las lágrimas de Isabel que sus propios males, la dirijo lánguidas miradas. « ¡Ternuo objeto de mi amor, la dice, ¡ojalá adores á mi memoria con tanta constancia cuanto grande es mi pesar! No sintiera tanto dejar la vida, si, en el momento de exhalar el último suspiro, supiera que quedaba segura tu existencia. ¡Sería feliz al aspirar entre tus brazos, pero ya que mi suerte cruel y despiadada me obligó á abandonar la defensa en medio de mil peligros, ¡juro por esos cabellos, por esos labios, por esos atractivos todos que me sueltaron mi corazón, que voy á la región de los muertos con desesperación, y que los tormentos del infierno nada son comparados con la idea de dejarte sin protector! »

La desdichada aproxima su rostro bañado en llanto al de Zerbino, y su boca oprime los ya narditos labios del infortunado príncipe. ¡Así se marchita la rosa olvidada en su verde tallo! « ¡Oh! tú, que eres para mí mas que la vida! esclama, no morirás solo; te seguiré al cielo ó al tenebroso imperio; nuestras almas tan tiernamente unidas, no serán separadas por la eternidad. En cuanto cierras los párpados, sucumbiré bajo el peso de mi dolor, y si se muestra strada la muerte á mi plegaria, te juro que tu espada la obligará á dar fin á mis tormentos. Después de morir seremos mas felices que en la vida; compadecido el buen viajero, sepultará nuestros cuerpos reunidos en una misma tumba. » Al decir estas palabras recoge de los labios de Zerbino un débil suspiro, un soplo imperceptible. Reuníase un momento el moribundo y dice: « ¡Fledda del corazón mío, te suplico en nombre de ese amor que te hizo abandonar el techo paternal para reunirme conmigo, que respetes tu existencia. Conserva eternamente el recuerdo del que te ama cuanto posible es amar en este mundo. Confíe en Dios: después de haberte salvado de las olas y haberte sustraído á la violencia criminal del infame Odo-rico, condujo al valiente conde del Santo Imperio para arrancarte de aquella cueva inundada. Si solo la muerte puede salvar tu honor, elige de dos males el menos funesto. » No sé si fueron oídas estas últimas palabras pronunciadas con voz harto débil. Pronto se estinguió Zerbino cual la llama de una bugia ó de una lámpara privada de aceite. ¿Quién podría reproducir los gritos y angustia de Isabel al ver á su amante pálido, helado é inmóvil en sus brazos? Baña con su llanto el ensangrentado cadáver, y retumban sus gemidos á gran distancia en la llanura y en las profundidades de los bosques; golpéase el rostro y el pecho, arráscase los cabellos, y pronuncia sin cesar el nombre querido de Zerbino. Después la estravia una especie de furor, y olvidando ya las últimas órdenes de su amante, coje el acero homicida... De improviso, un ermitaño cuyo humilde asilo está cercano, corre á ella y la impide que ejecute su intento. Este anciano reúne á una gran bondad la mas profunda sabiduría; lleno de caridad y compasión, habla con persuasiva elocuencia. Su voz es escuchada, resignase Isabel á su suerte y la ofrece como ejemplo las mujeres amuosas del antiguo y nuevo Testamento; dícela que solo en Dios se halla la verdadera felicidad, y que todos

las esperanzas mundanales son frágiles y efímeras. Consigue triunfar así de su resolución furiosa y desesperada, y hace nacer en su corazón el proyecto de consagrar el resto de sus días al servicio de Dios. Nunca olvidará sus antiguos fuegos, no se separará nunca de los mortales restos de su amante, y los conservará constantemente á su lado. Auxiliada por el robusto anciano, carga el cuerpo inanimado del paladin sobre el corcel que parece interesarse al recibir tan fúnebre fardo. Después camion por el bosque.

La celda del ermitaño, que está oculta en un paraje agreste, se halla cerca de allí, mas no quiere el anciano ir á ella solo con Isabel. « Aa harto peligroso, dice para sí, tener á un tiempo en la mano la paja y la mecha inflamada. » No le tranquilizan su propia edad y la continencia. Quiere llevar á Isabel á la Provenza, á una rica abadía que está próxima á Marsella. Coloca el cadáver del príncipe en un ataúd que le dan los habitantes de un castillo inmediato. Eligen los caminos poco frecuentados para evitar el encuentro de los guerreros que recorren el campo. Después de varios días de marcha, ciérrales el paso un caballero, llenados de insultos. En otra ocasión diré lo que les ocurrió: ocupémonos de Maudricardo.

Reposaba de las fatigas del combate á la sombra y á la orilla de un arroyuelo. Su corcel, al que habia quitado la brida, paca libremente la yerba de la pradera. Apenas se habia recostado cuando aparece en lo alto de una colina un caballero que se dirige á la llanura. Levanta Doralicia la vista y le conoce al momento. « Si no me engaño, esclama, ¡hé allí al soberbio Rodomonto! Esta es la ocasión oportuna de mostrur tu valor. Estaba yo prometida en matrimonio al rey de Sarsé, y considera mi rapto como el ultraje mas sangriento, ardiendo en deseos de vengarse. » El intrépido bultre que ve aparecer una polvina, naa perdid ó cualquier ave semejante, sacude las alas, demuestra su alegría y se manifiesta mas ágil; así Maudricardo se arroja gozoso sobre su corcel, se asegura en los estribos, oprime las bridas y no duda que obtendrá la victoria. Cuando se hallan al alcance de la voz, empieza Rodomonto á amenazar al titirito con gestos y palabras. « Temerario, le dice, ¡pronto castigaré tu audacia! ¿Cómo has osado dirijirte á mí, que no doyo imponer el mas mínimo ultraje? » « ¡Crees asustarme con palabras inútiles? le contesta Maudricardo; así se asusta á las mujeres y los niños, ó á los que no saben esgrimir el acero. Pero te cansas en gritar inútilmente contra un guerrero mas acostumbrado á los combates que á las dulzuras del descanso; estoy pronto á probártelo á pie, á caballo, armado, sin armas, en cualquier cerrado ó en campoabierto. »

Pronto pasan de las amenazas é insultos á los golpes, y el ruido de las espadas hace resonar el aire. Así empieza el viento por agitar las hojas de los abetos y las hayas; después levantando hasta el firmamento negros torbellinos de polvo, arranca los árboles, derriba las casas, eleva hasta las nubes las embrevadas olas, y destruye los rebanos esparcidos por el bosque. El valor y extraordinaria fuerza de entrambos adversarios hacen que el combate sea digno de los guerreros mas feroces: tiembla la tierra; de sus espadas saltan millares de chispas. Sin tomar aliento, sin descansar un solo instante contiánua aquella lucha terrible. Procuran abrirse sin armaduras y romper las mallas, pero sin cedor terreno: se quedan en el mismo sitio, y pudiera creerse que están detenidos por una zanja ó una muralla. Uno de los muchos golpes de Maudricardo cae sobre la frente del rey de Argel, y le hace ver mil relámpagos. Rodomonto da con la cabeza en la grupa de su caballo, pierde los estribos y está próximo á medir el suelo ante la mujer á quien ama. Pero semejante al arco de acero, que una yida precisos muchos esfuerzos para doblarle, y se endereza impetuosamente, Rodomonto

se levanta mas terrible que antes y contesta con un golpe mucho mas violento, que alcanza al tártaro en la visera: El casco de Héctor le libra, pero aturdido por aquel choque aterrador, no podrá decir si es de día ó de noche. Rodomonte ataca sin cesar; asustado el corcel de Maudricarde por los silbidos de la espada, retrocede y salva á su amo. La espada alcanza al pobre animal entre ambas orejas, y como no tiene, cual su amo, el casco de Héctor, cae muerto en tierra. Su caída vuelve el sentido al tártaro; la muerte de su corcel irrita su furor y durando se agita en su manto con espantosa rapidez. Rodomonte dirige su caballo hacia él con la esperanza de derribarle. Sempante á la roca que se mantiene inmóvil á pesar de los esfuerzos de los ojos, resiste Maudricarde, y derriba al caballo. El rey de Sars que siente caer á su corcel, suelta los estribos y salta á tierra con ligereza. Igualándose de nuevo el combate, se hace mas terrible. El odio, el orgullo y la cólera podrían prolongarle, cuando llega un mensajero presuroso. Es uno de los enviados que el rey de los moros, situado en su campo por las banderas de las flores de tis de oro, manda á todas las provincias de Francia para llamar en auxilio suyo á todos los capitanes y caballeros. Si se recibe socorro pronto, es inevitable su pérdida. El mensajero ha conocido á Maudricarde y Rodomonte por sus armas, sus divisas, y particularmente por sus furibundos golpes. La circunstancia de ser enviado del rey no le inspira la suficiente audacia para separar á aquellos guerreros furiosos, pero se aproxima á Doralicia y la dice que Marsilio, Agramante y Estordilano, con un pequeño número de guerreros, se hallan en su campo por los cristianos, suplicándola que se le auxilie: á entrambos caballeros para que acudan en auxilio de los reyes sarracenos.

Doralicia se arroja valerosamente entre ellos. «En nombre de ese amor que me profesas, os ordeno que reservéis vuestras espadas para hacer mayor uso de ellas, y que vayáis al campo de Agramante, que espera su salvación de vosotros.» Belifóres el mensajero le que ha sucedido y el peligro inminente en que se hallaban los sarracenos; por último entrega á Rodomonte varias cartas del hijo de Trejan. Conviene varios adversarios en estipular una tregua basta que se haya conseguido la derrota de los cristianos. Una vez levantado el sitio, volverá á empezar la pelea, y se declaran una guerra implacable y ardiente mientras no haya decidido la victoria la suerte de Doralicia; tómanla por testigo de su juramento, que hacen en sus manos. La discordia, enemiga eterna de las treguas y la paz, y el Orgullo, su conquistador fiel, se proponen impedir aquella suspensión de armas. Pero el Amor, cuyo poder no tiene igual, se halla también al lado de Doralicia, y aparta á flechazos á la Discordia y el Orgullo. Estipúlase pues la tregua al gusto de la que domina á entrambos héroes. Maudricarde ha perdido su caballo, y se apodera de Brides-de-Or, que está pastando á orillas del arroyo. Como es tiempo ya de que concluya este canto, si me lo permitis haré una pausa.

## CANTO XXV.

ARGUMENTO.—Rodomonte, Maudricarde, Doralicia y el enano, toman el camino de Ferris.—Llega Rugiere al sitio en que iban á quemar á Ricardet.—Le libra.—Belifóres Ricardet su historia.—Rugiere y Ricardetogan el castillo de Aldigoro.—Llega á su noticia el peligro en que se hallan Maudricarde y Vivieno.—Acomete Rugiere la empresa de librarlos.—Escribe una carta á su esposa.

En el corazon de un guerrero joven, sostienen luchas violentas el deseo de la gloria y los trasportes del amor. Venciendo alternativamente estes dos sentimientos, no se podría decir cual de ellos ejerce un dominio mas absoluto. Obedeciendo los dos adversarios al honor y al deber, suspenden su combate para

volar á socorrer á los sarracenos; pero sin duda hubiera vencido el amor y no hubiera cesado aquel combate cruel sino con la vida de uno de los campeones, á no haberles ordenado Doralicia que se detuvieran. Agramante y sus soldados hubieran aguardado en vano su auxilio. No siempre es temible el amor; pues aunque algunas veces es peligroso, otras es útil.

Habiendo resuelto los dos caballeros diferir el combate, se dirigieron con la princesa hacia el campo que esperaban salvar. Siguielos el enano que ha guiado al enano Rodomonte hasta alcanzar á Maudricarde. Llegan á una pradera en que está descansando á orilla de un riachuelo una dama joven y agreciada acompañada de cuatro caballeros; dos tienen puestos los yelmos, los demas se han quitados las armaduras. Mas tarde es dire quisiera eran estos personajes; es preciso que antes os hable del valiente Rugiere. Ha arrojado á una ciénaga el escudo de Atlante, y en seguida se aleja. Apenas hubo andado una milla, cuando encontró á uno de los corceles que el hijo de Trejan mandaba á todos los caballeros, implorando su asistencia. Anuncióle el correo que sitiados los sarracenos por el emperador, se hallan en tan imminente peligro que si no reciben pronto auxilios perderán el honor y la vida. Agitante entonces diferentes pensamientos; y no sabe qué decir. Por último, le detiene su promesa al lado de la aflicción dama y le ruega se apresure á salvar al doncel, y deja marchar al correo. Hacia el fin del día vieron una ciudad que, aunque se hallaba en el corazon de la Francia, estaba no obstante en poder del rey Marsilio, pues la suerte de las armas se la había entregado. Los puentes, las puertas y la muralla están cubiertos de guerreros, pero dejan pasar libremente á todo el mundo sin detener á nadie; convence los guardias á la dama, y no procuran averiguar quien es Rugiere ni de dónde viene. Alegrábase hacia una plaza, iluminada ya por el siniestro resplandor de una hoguera encendida; el condeñado, con pálido y macilento rostro, aguarda su suplicio en medio de una multitud cruel.

Al examinar Rugiere á aquel joven que, con la cabeza inclinada, derrama una torrente de lágrimas, cree ver á la misma Bradamante, tales su semejanza con ella; cuanto mas la considera, tanto mas se convence de que es ella. «Es Bradamante, dice para sí, no soy yo Rugiere. Arrestado por su valor, habrá querido defender al cautivo, y su adversa fortuna la habrá entregado á eso: hábraros. ¿Por qué se apresuró tanto? ¿Por qué no habrá yo estado aquí para favorecer su generoso intento? ¡Gracias al cielo llegó á tiempo, y se salvará!» Sin vacilar un solo instante desenvaina la espada (pues su lanza se rompió junto al castillo de Pinabel) y lanza su corcel al centro de aquella multitud tímida y cobarde; uno es herido en la frente, otro en el cuello; estos en el vientre, aquellos en el pecho y costados. Huyen todos, pero quedan varios tendidos en el suelo con el cráneo abierto ó degollados. A la manera que se ve revelar en la orilla de un estanque una bandada numerosa de pájaros que busca su alimento, y cuando se precipita un halcón sobre uno de ellos, se dispersan todos sin pensar siquiera en el que queda entre las temibles garras, así se ve á Rugiere caer sobre aquel populacho atemorizado; hace saltar las cabezas de cuatro ó seis de los menos ágiles, y biende cierto número de guerreros hasta el pecho, hasta los ojos, ó hasta la boca. Es verdad que llevan cofias de acero en lugar de cascos, pero aunque fueran sus armas del templo mas superior, no impediría esto para que Rugiere los despedazara. La fuerza incomparable del paladín supera á la del oso, el león y los monstruos mas terribles. Diríase que era la erupción de un volcán, ó la explosión del Gran Diabolo (no el del infierno) ese bulisisco de mil volte dueño que vomita el azufre con estrépito y hace retremblar el cielo, la tierra y los mares. Cada

golpe de Rugiero derriba por lo menos un hombre, algunas veces dos, y con frecuencia de un mismo golpe caen cuatro ó cinco; pronto quedan ciento tendidos en el campo. Belisardo corte el acero cual si fuera tierno goletina. Taleria forjó aquella espada temible en los hermosos jardines de Morgana, para asegurar la muerte de Orlando. ¡Poder fatal, puesto que después fue causa de la destrucción de aquella residencia magnífica! ¡Qué carnicería, qué matanza no haría aquella espada en manos de un héroe cual Rugiero! Nunca ostentó mayor furia, nunca mostró mas fuerza y valor; ejecutaba hazañas maravillosas, creyendo batirse por su amada. Huye el populacho cual una liebre perseguida por galgos. Quedan muchos en el sitio, pero la mayor parte de ellos consiguen escaparse. Sin embargo, la conducta de Rugiero desta al cautivo, y le da una coraza, una espada y un broquel, y ansiando el mancobo vengarse, da pruebas evidentes de su vigor y valentía. Cuando el vencedor y su protegido salen de la ciudad, sepulta ya el sol en las olas del mar de Occidente las doradas ruedas de su carro. Viéndose el doncel en seguridad, manifiesta una y mil veces su sincero agradecimiento á su libertador; con tono afectuoso y noble, le da las gracias por haber concedido á un desconocido, con peligro de su vida, un apoyo generoso, y le suplica que le diga su nombre para poder proclamar su gratitud. «¿Encuentro en él, dice para sí Rugiero, el rostro encantador, la graciosa actitud y la belleza de Bradamante; mas no es esa su dulce voz. ¿Habría con tal frialdad al hombre á quien adora? ¿Si fuera Bradamante, habría olvidado acaso el nombre de

Rugiero? » Para asegurarse de la verdad, recurre á la astucia. «¿Creo, dice el doncel, que nos hemos encontrado ya antes de ahora, pero me es imposible recordar en qué sitio; ¡dignese ayudar á mi memoria, y sebré el nombre del caballero á quien he librado la vida!—Es muy posible que me hayais visto ya antes de ahora, responde el jóven, pero ignoro en qué sitio y época, porque recorro el mundo entero en busca de aventuras. ¿Habréis visto quizás á mi hermana melliza? Es valiente, tiene afición á las armas, y las maneja con gloria. Nacidos ambos en el mismo día, es tal nuestra semejanza, que los que nos rodean no pueden distinguirnos á uno de otro. No sois vos el primero, ni el segundo, ni el cuarto que se haya equivocado; ni padre, mis hermanos y nuestra misma madre se engañan. Mis cabellos cortos y descuidados como los de los hombres, podían hacer que me distinguieran de mi hermana, la cual los llevaba en largas trenzas que daban dos vueltas alrededor de su cabeza. Pero desde que la hirieron (sería harto prolijo decirlos cómo), un ermitaño la cortó el pelo á la altura de las orejas para curarla, y ya no queda entre nosotros mas distinción que el nombre y el sexo. Me llamo Ricardet, y mi hermana Bradamante; Reynaldo es hermano nuestro, y si no temiera cansaros, os referiría una aventura singular, que fue favorecida por nuestra semejanza; esta aventura, agradable al pronto, ha faltado poco para que ocasionara mi muerte. Nada podía oír Rugiero tan interesante como una relación en que figurara el nombre de Bradamante, y rogó á Ricardet que le refiriera cuanto antes. «Mi hermana, prosiguió este, fue herida, en un



Ricardet corre á socorrer á una niña que vá á ser devorada por un fauno.

bosque espeso que su hella cerca de aquí, por unos sacarcenos que la sorprendieron sin ca-co. Para apresurar la curación de la herida, cortaron los cabellos á Bradamante, y volvió esta á internarse en el bosque. Al llegar al lado de un manantial al que daban grán sombra algunos árboles, echó pie á tierra, dejó las armas, y rendido por el cansancio, no tardó en dormirse. Imagino que fuera difícil hallar cosa mas extraordinaria que el desenlace de esta aventura. Mientras duerme Bradamante, llega una de las hijas del rey moro de España, que andaba cazando por el mismo bosque. Al ver á mi hermana con la

cabeza descubierta, pero completamente armada, y llevando una espada en lugar de una rueda, cree que es un caballero; la belleza de su rostro y su hermosa presencia la cautivan el corazón; despierta al jóven guerrero y le conviela á que cace con ella. Pronto se aleja de aquel paraje y lleva á mi hermana á lo mas espeso del bosque; no temiendo ya que la sorprendan, Flor-de-Espino se esfuerza en dar á conocer el amor que la inflama con palabras tiernas y aun por su misma actitud; sus ojos brillantes, sus fogosos suspiros revelan su ardor: su rostro palidece y se sonroja alternativamente; en fin, fuera de

sí ya, se aventura á darle un beso. Mi buena hermana conoce la equivocación, y no sabe cómo contener sus transportes. Indecisa y temiendo pasar á sus ojos por un mal caballero, dice para sí: «Mas vale hacer cesar su error, declarándole mi nombre y sexo.» Tenia razon mi hermana; solo un cobarde, que estuviera dotado de un corazón de mármol, podía permanecer como un buho insensible á tantos encantos. Buscando pues, algún ardid para descubrir la verdad, la dice que habiendo nacido á orillas del mar, en la ciudad de Argila en Africa, se sintió herida como Hipólita y Camila por el agujón de la gloria, y que desde la infancia se habia ejercitado en el manejo de la lanza y le espada. Esta confesion harlo tardía no puede cicatrizar la herida de Flor-de-Espino, ni apagar una sola chispa del fuego que la abrasa. El dardo del amor ha penetrado harlo profundamente en su corazón. El rostro de mi hermana lo parece cada vez mas agradado: sus atractivos y sus miradas conservan el mismo poder. No la pertenece ya su corazón; fijos sus ojos en los de Bradamante, saborean el placer. Al ver aquella armadura, elevase en su alma una esperanza vaga; luego, cuando reflexiona que aquel guerrero es una mujer, suspira y derrama lágrimas de desesperacion. Su llanto y sus sollozos hubieran enternecido á todos los corazones. «¡Ay! dice, ¿puede haber tormentos comparables á los que sufro? Cualquier otro amor, inocente ó culpable, me hubiera dejado alguna esperanza; pero nunca verá la rosa separada de su espinoso tallo, y me consumiré en deseos inútiles. Amor, puesto que quisiste hacermela desgraciada, puesto que mi dicha escitaba tu cólera, hubieras podido contentarte con imponerme tan solo las penas reservadas á los demás amantes. Entre los hombres y los animales, el sexo débil no se inflama por su mismo sexo; la belleza de una mujer no seduce á otra, una corza no persigue á otra corza, y la oveja no busca á otra de su clase. No hay ser alguno en la tierra, en el aire, ni en el seno del estenso mar que sufra un martirio igual al mio. Sin duda has querido, maligno niño, demostrar con un ejemplo terrible la estension de tu poder. La esposa de Nino se enamoró de su hijo, Mirra sintió hacia su padre una llama culpable, Pasífae concibió por un toro una pasion odiosa. ¡Ah! mis deseos son aun mas insensatos. Sus lascivos deseos, sus transportes criminales podian ser satisfechos; pero aunque tuviera el auxilio de Dédalo, la naturaleza, mas poderosa que su arte, me impediría que desatara el nudo formado por manos harlo hábiles.» Tales son las quejas y lamentos de Flor-de-Espino. Golpéase el rostro, se menea los cabellos, y exhiba consigo misma todo su furor. No puede menos mi hermana de derramar algunas lágrimas; se esfuerza en calmar su loco pasion; ¡palabras inútiles, consuelos superfluos! Flor-de-Espino necesita ayuda y no consuelos, y aumentanse sus sollozos. Sin embargo, los últimos rayos de sol tñen de púrpura el Occidente, declina el día; tiempo es ya de buscar un asilo, si no quieren pasar la noche en los bosques. Flor-de-Espino ofrece hospitalidad á mi hermana en su castillo, que está cerca de allí. Llegan ambas á aquel paraje en que, á no ser por vuestro auxilio, señor, hubiera yo perecido en las llamas. Hacen á Bradamante una acogida brillante. Flor-de-Espino la obliga á ponerse vestidos suntuosos de mujer, para que todos conozcan su sexo. La princesa, harlo desdichada ya con su error, no quiere ser victima de las sospechas que hubiera producido la presencia de un caballero. Quizas alimentara tambien la esperanza de que la desaparicion del traje de guerrero y el aspecto del que reveló la verdad borraría de su mente una ilusion fatal. Acuéstanse en un mismo lecho, pero mientras la una duerme, abrasada la otra por inútiles deseos, gime y llora. Si cierra el sueño algun instante sus párpados, turban su reposo sue-

ños voluptuosos: imagine que compadecido el cielo de sus males, cambiará el sexo de Bradamante. Cuando el enfermo consumido por la sed, se duerme devorado por una fiebre abrasadora, su sueño es agitado, cree verse en medio del agua, rodeado por las cristalinas corrientes de todos los manantiales que ha admirado: así Flor-de-Espino se ve atormentada por mil sueños engañosos. Dirle fervorosos ruegos á Mahoma y á sus demas dioses para que realicen sus ensueños, pero todo es inútil, y quizas no hizo el profeta sino reirse de ella.

«En cuanto Flor salió del seno de las aguas ostentando su dorada cabellera é iluminó el universo, sintió Flor-de-Espino aumentarse su dolor; Bradamante, que anhelaba salir de tan embarazosa situacion, se dispone á marchar. Quiere la princesa que acepte un corcel ricamente enjaezado y una túnica tejida por sus propias manos. Despues de haber acompañado á mi hermana, regresa al castillo con los ojos bañados en llanto. Bradamante camina con tal rapidez que llega en el mismo día á Montauban. Su madre Beatriz, sus hermanas, sus demas hermanos y yo, la rodeamos y festejamos como á una hermana querida cuyo silencio harlo prolongado nos habia hecho temer su muerte. Se quite el casco, y vemos con sorpresa que las hermosas trenzas que llevaba rodeadas á la cabeza han desaparecido; examinamos tambien sus vestidos de forma extraña, y Bradamante nos refiere sus aventuras, y nos dice cómo la cortaron los cabellos para curarla la herida que recibiera en el bosque; nos habla del amor que inspiró á la hermosa cazadora, engañada por una falsa apariencia al verla dormida á orillas de un arroyo; nos participa todas las penas de Flor-de-Espino, y nos llena de compasion. Retírenos por último su residencia en el castillo, y lo que la aconteció hasta el momento de su partida. Conocia yo á Flor-de-Espino, por haberla visto antes de entonces en Zaragoza y en Francia; sus lindos ojos y las rosas de su tez me habian llamado la atencion, pero supe contener deseos inútiles, convencido de que amar sin esperanza es una mera locura. Al oír la narracion de mi hermana, concebí mi imaginacion los proyectos mas vastos, y sentí revivirse en mi pecho mi antiguo amor. Forja el amor la cadena que ha de retener cautiva mi alma, y me inspira la estratagema que ha de hacer triunfar mis deseos. Puedo aproximarme con facilidad y destreza á Flor-de-Espino, porque mi semejanza con Bradamante ha engañado á muchas personas, y la princesa puede equivocarse á su vez. Vacilo al pronto, mas pienso despues que siempre lo que agrada es bueno de hacer. Oculto cuidadosamente mi proyecto, y sin pedir consejo á nadie, enojo por la noche las armas de mi hermana; cubierto con su armadura, monto en su caballo y me pongo en camino antes de que amanezca. El Amor me guía: ando toda la noche, y en la tarde del día siguiente llego al castillo de Flor-de-Espino. Apresurándome todos á anunciar mi presencia, pues el mensajero feliz de tan grata noticia espera obtener recompensas y favores; participando todos del error que os ha engañado tambien á vos, me toman por Bradamante, con tanta mayor razon, cuanto que mis armas y mi corcel son los que llevaba mi hermana la vispera. Flor-de-Espino, radiante de júbilo, se aproxima á mi y me colma de tiernas caricias; estrecháme en sus brazos, y sus labios se unen con fogoso ardor á los míos. Ya conoceréis, señor, que los ciertos tiros del Amor me alcanzarán al instante. La princesa me condujo prontamente á su cuarto; sin cohibir á nadie el cuidado de quitarme el casco y descalzarme las espuelas, ordena que lleven uno de sus trajes mas lujosos, y me hace vestir como una verdadera dama. Una redceda de oro encierra mi cabellera; bajo los ojos con modestia, dulcifico mi voz, y nadie pudiera sospechar que no era yo mujer. Entramos despues en

un salón, donde se hallan reunidos muchos caballeros y damas; concórronos las atenciones y honores debidos á las mujeres de elevada clase y á las princesas ilustres. Con frecuencia me costó trabajo contener la risa al ver á algunos caballeros jóvenes dirigirme miradas tiernas y lánguidas. ¡Cuán lejos estaban de sospechar que mi vestido ocultaba un hombre ardiente y enamorado! Cuando llegó la noche, alzaron la mesa, que había estado cubierta de esquisitos manjares, y la misma Flor-de-Espino me convidó á compartir su lecho. Libres ya de la importuna presencia de los pajes, escuderos y doucellas, nos acostamos en un lecho alombrado por mil bujías. Entonces dirigiendo estas palabras á Flor-de-Espino: «No extrañéis, princesa encantadora, el verme tan pronto de vuelta. Quizas pensáis que no volvería á presentarme ante vuestra vista, pero antes de decirlos lo que aquí me trae, os manifestaré el motivo de mi pronta vuelta. Si hubiera tenido el poder de satisfacer vuestros deseos, os habría consagrado el resto de mi vida, pero pensaba y con razón, que solo servía mi presencia para mantener viva vuestra ilusión y acrecentar vuestras penas. Me aparté del camino, y conducido por el acaso á un bosque espeso, oí gritos dolorosos. Corrí presuroso y vi á la orilla de un lago á un fauno que iba á devorar á una joven completamente desnuda que había caído en sus redes: me precipité sobre él mostrándole con espada en mano, y le maté. La joven se arrojó al momento al agua y me dijo: «Me has socorrido, y te probaré mi gratitud. Pídemelo lo que quieras, soy una ninfa, y estoy sometida á mi poder la naturaleza y los elementos; dime lo que puedo hacer por ti, y se cumplirá sin deseos. A mi voz baja la lluvia del firmamento, coevertiéndose en hialo el fuego, y el aire adquiere solidez; basta una sola de mis palabras para hacer temblar la tierra y detener la carrera del sol.» No la pedí riquezas, honores, coronas, fuerza, valor ni victoria en los combates, pues no tenía sino un solo deseo, el de ser feliz; y sin indicar nada más, le dejo la elección de lo que ha de hacer. Al instante se sepulta la ninfa en el lago, y por única respuesta me arroja al rostro algunas gotas de agua encantada. Experimento de pronto un grande cambio, y aunque apenas puedo creerlo yo mismo, da mujer que antes era, me siento convertido en hombre. Podría dudarlo si no es fuera tan fácil convencerlos de ello. Mi corazón os pertenece por entero: ordenad, que será luto dichoso en obedeceros.» No tarda Flor-de-Espino en asegurarse de la verdad; pero sucede con frecuencia que después de haber perdido la esperanza de obtener una felicidad ardientemente deseada, se duda aun de ella en el momento de disfrutarla; atormentada la imaginación por el recuerdo de una esperanza estéril, se continúa gimiendo é inquietándose: así le aconteció á la joven que temo aun ser presa de un sueño holgazán. ¡Amor, amor! exclama, ¡si es tan solo un sueño, haz que dure eternamente! ¡Ni el penetrante sonido de los clarines ni el ruido atroz de los tambores dieron la señal para comenzar tan tierno asalto. Le preludimos con besos tan dulces como los de las tírtolas, y sin arco ni honda me apoderé de la fortaleza en que pisoteé mi estandarte victorioso. Si el lecho de Flor-de-Espino había sido, la noche anterior, el discreto depositario de sus quejas y lamentos, fue testigo entonces de nuestras luchas, juegos y piques. La hiedra flexible no se une más estrechamente al tronco del árbol que Flor-de-Espino á su amado. Nuestra felicidad fué protegida durante algunos días por el misterio; pero inanes vendidos y el rey lo llegó á saber. Vos, señor, que me habeis libertado, sabéis los efectos de su cólera, pero solo Dios conoce la atenuación de mi dolor.»

Así refiere Ricardet su aventura á Rugiero, y esta relexo distrae el fastidio del camino, mientras que

en una noche oscura saben por una montaña rodeada de peñascos y precipicios; se ven obligados á seguir un sendero angosto, árido y escarpado. Encima de la montaña se levanta el castillo de Agramont, cuyo gobernador es Aldigiero de Clermont; este es hermano natural de Maugis y Viviano, aunque varios escritores han aventurado lijaramente que era hijo legítimo de Gerardo. ¡Qué importa! es valiente, prudente, generoso y humano; vigila día y noche para custodiar su castillo. Aquel guerrero valiente recibe con alegría á su primo Ricardet, y dispensa cortes acogida á Rugiero. Sin embargo es fácil conocer por su semblante sombrío que le preocupa alguna pena secreta: con efecto, ha recibido una noticia que le llena de tristeza. «Primo mío, le dice á Ricardet, tenemos sucesos desagradables: he sabido esta mañana que el íofame Berliotes de Bayona prometió á Lanfusa regalos de gran valor, si consentía en entregarle mis dos hermanos. Desde el día en que su hijo Fernaguz se apoderó de ellos, los tiene encerrados en un calabozo. Ahora ha estipulado un pacto odioso y bárbaro; mañana serán conducidos á los límites del territorio de Bayona, para ser entregados al duque de Maguncia, que compra así la sangre mas ilustre de Francia. He procurado dar aviso á Reynaldo por medio de un mensajero diligente, pero temo que se hallen harto lejos para socorrerlos; en cuanto á mí, no tengo guerreros suficientes para salir de estas murallas. Por esto es grande mi desesperación, porque sé que el traidor inmolará á mis dos hermanos. ¿Qué decidiremos? ¿qué haremos?» Esta noticia triste aflige á entrambos paladines. Viendo Rugiero que Aldigiero y su primo permanecen silenciosos é indecisos, les dice sin vacilar: «Calmad vuestra inquietud, que yo solo me encargo de esa empresa; mi acero librará á vuestros hermanos, aunque se hallaran rodeados de mil espadas. No necesito vuestros soldados; dadme tan solo un guía seguro; desde lo alto de vuestros muros oiréis, os lo juro, los gritos de los que se proponen llevar á cabo un pacto impío y cruel.» Ricardet escucha sin sorpresa las palabras de Rugiero; cuyos hazas presenciara; pero Aldigiero parece oírle como á un hombre que se alaba y promete mas de lo que puede cumplir. Ricardet llama aparte á su primo y le refiere de qué modo acaba de librarse de las llamas; le asegura que el paladín sabrá en caso necesario hacer mas aun de lo que dice. Entonces le tributa el castellano los honores á que tiene derecho. Sirven un banquete suntuoso, y tratan á Rugiero como á un señor feudal. Todos tres están resueltos á intentar, sin auxilio alguno, el libramiento de Maugis y Viviano. Pronto cierra el sueño los párpados de todos los habitantes del castillo, solo Rugiero permanece despierto y entregado á tristes pensamientos. Piensa sin cesar en los peligros que amenazan á Agramante. Si tarda mas en socorrerle, quedará deshonrado. ¡Oh infamia! ¡pasare al enemigo! ¡Escoger tal momento para recibir el bautismo, es arrostrar el desprecio general! ¡En cualquiera otra circunstancia sería atribuida su conversión á la fe santa; pero entonces que Agramante llama en auxilio suyo á todos sus caballeros, le acusarán á él, al valiente Rugiero, de cobardía y pusillanidad! Esta idea fatal le atormenta sin cesar; pero no puede resolverse á marchar antes de haber vuelto á ver á Bradamante. Tuvo por mucho tiempo la esperanza de encontrarla en el castillo de Flor-de-Espino, adonde debía haber ido á socorrer á Ricardet; recuerda tambien que ha prometido ir á Vallombrese. Si Bradamante ha ido á la abadía, ¿cuánto debe haberse sorprendido de no hallar allí á Rugiero! ¡Si al menos con una carta ó un mensajero pudiera tranquilizar y obtener su perdón! Decídese por último á escribir, aunque no sabe cómo hacer llegar la carta á sus manos, quizás encontrará un mensajero fiel. Salta del lecho y mandó

que le lleven una luz. Primero dirije á su amada los cumplimientos de costumbre; en seguida la participa el mensaje por el cual reclama Agramante su auxilio: si no se apresura, perderá el príncipe la libertad y la vida. No se espone acaso á una deshonra eterna abandonándole en aquel peligro estremo, en el momento en que reclama el apoyo de todos sus paladines. Bradamante no puede censurarle, porque el honor de su esposo no debe mancillarse lo mas uluimo; una falta le haria ser indigno de elle que es un modelo de rectitud, virtud y lealtad. Si deses Rugiero conservar intacta su fama, si quiere inmortalizar su nombre, debe pensar mas que nunca en su gloria, y ofrecerle un homenaje puro. Cuando les una dulce yugo, no formará sino una sola alma unida en dos cuerpos. Renueva á Bradamante la promesa hecha tantas veces de que despues de liberar á los sarracenos, si se libra de la muerte, regresará para abrazar la fé católica, la pedirá por esposa á su padre, á Reynaldo, á todos sus parientes. «Te suplico que me concedas tan solo el permiso de librar el campo, para que yo me pueda acusar de traición. No podria decir: ¡mientras la fortuna se mostró favorable al rey de los africanos, perjuré Rugiero á su lodo! Ahora se ve que á las banderas victoriosas! Quince ó veinte dias me les tardará. Libres ya los sarracenos, podré abandonar sin baldon sus estedartes. Concedeme tan breve plazo para que pueda consagrarle el resto de una vida honrosa.» No podria reproducir exactamente una porción de pensamientos que espresa en su carta. Cuando la cesleaza la tierra y la guarda en su pecho, con la esperanza de que al día siguiente podrá enviarla secretamente á Bradamante. Ecolenos cierra dulcemente los párpados, y el sueño sacude sobre él las adornideras mojalas en el agua del Leteo. Buermen hasta la hora en que se ve vagar por el Oriente las nubes blancas y rosadas que parecen estar sembradas de flores. Pronto sale Felbo de su palacio brillante, y los pájaros ocultos en la oscuridad, saludan la vusita de la aurora. Aldigiero, queriendo servir de guía á sus huéspedes, se levanta el primero; ardo en deseos de marchar para impedir que cagan sus hermanos en poder del feroz Bertolas. Al oír las paladines su voz, saltan presurosos del lecho. Rugiero, cubierto apenas con su armadura, se alza con los dos primos, á los que se van procura disuadir de que le acompañen. Son firmes como rocas, y el honor y la amistad que profesan á Maugis y Viviano los detiene. Llegan los tres al paraje en que van á ser vendidos los dos hermanos; ¡y allí varias mulas cargadas de riquezas, que serán el precio de su libertad. Es una llanura estensa abrasada por el sol; en ella no se ven mirlos, laureles, fresnos, cipreses ni abetos; algunas malezas secas cubren el suelo árido é inculto.

Se detienen en medio de un sendero que cruza la llanura, y encuentran á un caballero cubierto de armas duradas, cuyo escudo ostenta en campo de sinople el pájaro hermoso y singular que vive mas de un siglo y renace de sus cenizas. Pero, señor, tiempo es ya de que me pare; necesito descansar algunos momentos.

## CANTO XXVI.

Ascrento. — Marfisa ofrece su auxilio á los caballeros, quienes lo aceptan. — Maugis y Viviano recobran su libertad. — Desaparece de una hora y de la fuesita de Merlin. — Parte Rugiero para batirse con el jinete que ha arrebatado a Frontón.

— Marfisa viene el hijo de mujer. — Mandándole tela á los cuatro guerreros que lo acompañan, y los vences á todos. — Marfisa le ofrece su voto. — Rugiero se bate con Rodomonte. — Mandándole siete qualleras con Rugiero. — Combate general. — Vuelve la discordia á reinar entre las mujeres. — Maugis hace que entre en jumento al caballo de Bertola.

¿Se vió nunca en los antiguos tiempos que predijeran las mujeres las riquezas á la virtud? En nues-

tros días, por el contrario, se encuentran muy pocas que obedezcan al interés. ¡Sean al menos felices y respetadas durante su vida, y honradas despues de su muerte, aquellas cuya alma pura y noble rechaza los ejemplos de avaricia! La inépida Bradamante es digna de eterna memoria, amó á Rugiero por su virtud, valor y cortesía, que usó por su grandeza y caudal. Digna del amor de un tan valiente caballero, merezca este lleve á cabo en obsequio suyo las hazaias que han de mancillar á los venideros siglos.

He dicho antes que Rugiero, seguido de los dos guerreros de la casa de Clermont, Ricardet y Aldigiero, se habia puesto en marche con la esperanza de librar á Maugis y su hermano. Os he hablado asimismo del encuentro que tu vieron con un caballero de aspecto arrogante, en cuyo escudo se ve la imagen del ave siempre viva en la tierra, que renace de sus propias cenizas. Al ver á los paladines, quiso averiguar aquel caballero si correspondia su valor á su marcial aspecto. «¿Cuál de vosotros, les grita, deseen probar su valor con espada ó lanza, hasta que uno de los dos, firme en la silla, hote de la suya á su adversario? — Aceptáramos tu reto, contesta Aldigiero, cruzáramos los aceros y romperíamos una lanza, si no fuera porque nos detiene el deseo de llevar á cabo una empresa, cuya ejecución podrías presenciar. Apenas podemos tener tiempo para hablarte, pues aguardamos aquí á sesientos hombres, ó quizá mas aun, y vamos á atacarlos para liberar á dos parientes nuestros. » Concluye el guerrero espeniendo los motivos que le han determinado á unirse á los dos paladines. «Es vuestra raza tan evidente, replica el caballero, que os tengo por guerreros de singular valor. Deseaba romper una ó dos lanzas para poder apreciarle, pero á fé que me satisfará verlo brillar en tan noble ocasión. Permitted, pues, que una ó dos de vuestros mi casco y mi broquel: espero probaros que soy digno de vuestra estimación.»

Imagino que se deseará saber el nombre del caballero que anhela participar del riesgo de tan aventurada empresa. Es una guerrera (pues es preciso daria el verdadero título); llámase Marfisa, y fué la que obligó al desdichado Zerbino á acompañar á la malvada y vieja Grubina. Los dos caballeros de Clermont y Rugiero aceptan gozosos la oferta de Marfisa, sin sospechar que es una doncella jóven y hermosa. Pronto señala Aldigiero á sus compañeros una bandera despiegada, en cuyo derredor camina un grupo de hombres de armas; cuando se hallaron mas cerca, conocieron por sus trajes y armas que eran sarracenos. En medio de ellos se veia á Maugis y Viviano, atados sobre unos caballos de mal aspecto. «¡Hélos allí! esclama Marfisa; ¿qué esperamos para empezar la fiesta? — No han llegado aun todos los convidados, replica Rugiero, y faltan aun los mejores, mas no pueden tardar ya mucho. Preparémosles un baile general, y hagámos todo lo que está de nuestra parte para que sea solemne. » Acababa de pronunciar estas palabras cuando aparecieron los de Maguncia; ibese á empezar ya la función. Estos trajinaron varias mulas cargadas de oro y de telas y objetos preciosos. Los sarracenos conducian en medio de lanzas, espadas y balistas, á los dos hermanos entregados al mas profundo dolor, á escuchar las negativas y rencorosas palabras de su enemigo al infame Bertolas. Al ver á aquel traidor, no pueden contener su furia el hijo de Benues y el de Almon, arrojase sobre él con la lanza en ristre: el hierro de uno de ellos le traspasa el pecho, el del otro le atraviesa ambas mejillas. ¡Permitted el cielo que todos los malvados hallen igual castigo!

En seguida, sin aguardar la señal de los clarines, se precipitan Rugiero y Marfisa. El arma de la guerrera se se rompe sino despues de haber lemolado tres enemigos. Rugiero mata al jefe de los paganos, á quien cree mas digno de sus golpes; otros dos, ataca dos

en el mismo momento, le acompañan á los tenebrosas regiones do habita la muerte. Este ataque repentino produce en ambos peridos un error que contribuye á su pérdida; creen los de Maguncia que los sarracenos les han hecho traición, y estos por su parte les echán en cara su perfidia. Combaten entonces con furor, y empieza por ambas partes una matanza espantosa. Rugiero se precipita en medio de los sarracenos y mata tan pronto diez como veinte guerreros. Marfisa sacrifica igual número. Las terribles espadas dan la muerte á cuantos alcanzan, y ruedan todos á los pies de los caballos; los cascos y las corazas ofrecen menos resistencia que la leña seca de un bosque á la acción devoradora de las llamas. Os habrán hablado de los combates que se dan los abejas en el nido, y aun quizas los habreis visto. Si las ve una golondrina hambrienta, pronto las dispersa, las mata y las devora. Lo mismo hacen Rugiero y Marfisa con los sarracenos. Hicardet y su primo no dejan á un bando por perseguir al otro; sin cuidarse de los sarracenos, sacian su furia en los trasiegos de la casa de Maguncia. El hermano de Reynaldo, que ya de por sí es valiente y audaz, siente aumentarse su furor por el odio que tiene á los enemigos de su nobil raza, y lo propio le acontece el bastardo de Beuves. Lleno de ira, golpea sin cesar con su espada los cascos, rompiéndolos cual si fueran cáscaras de huevo. Pero ante la vista de Marfisa y Rugiero, flor y nata de los paladines, ¿quién no habría mostrado la audacia y valor de Héctor? La guerrera, al mismo tiempo reparte mandobles á diestro y siniestro, ve y admira las proezas de sus amigos, y particularmente escitan su sorpresa los gloriosos hechos de armas de Rugiero; parece que es el mismo Marte que ha bajado del quinto cielo. No puede ver sin sorpresa á Belisarda certar cual frágil cartón los cascos y armaduras mas fuertes, partir á un ginete por medio, y arrojarte, hecho des pedazos, á la yerba de la praderia; con frecuencia mata un mismo golpe al hombre y el caballo. La terrible espada hace volar las cabezas y sirga por la cintura á los que alcanzan; de un solo tajo mata cinco enemigos y aun mas. Podria yo decir mucho mas si no temiera que me tacharan de embustero, y prefiero decir menos de lo que ocurrió. Turpia, segura de su buena fe, se cuida muy poco de que le crean ó no, y refiere de Rugiero cosas tan maravillosas que serian increíbles si os las transcribiera. Marfisa, por su parte, parece un tizoo llevarader y cada enemigo un terron de nieve. Mientras admira ella á Rugiero, contemplan el héroe sus hazañas; aquello le compara al dios de la guerra; este le habría comprado á Helena si hubiera sabido el sexo que encubría su armadura. Rivalidad fatal era esta para los enemigos, pues sus cuerpos servian para ensayar la fuerza de los golpes. La audacia y valor de entrambos campeones habria bastado para poner en fuga á los de Maguncia y á los sarracenos, que sorcan mejor partido de sus pies que de sus brazos. ¡Felices aquellos cuyos corceles son lijeros y veloces, pues no se trata de ir al paso ó al trote! ¡Desgraciados los que se ven obligados á combatir á pie! Pronto han huido todos; los vencedores quedan dueños del campo de batalla y del botin. Los moros luyen por un lado y los de Maguncia por otro, abandonando los equipajes y los cautivos. Marfisa y sus amigos corren gozosos á devorar á Naugis y Vivino. Los escuderos se apoderan de las mulas y las descaragan; hallan en ellas una gran cantidad de vasos de plata, trajes de mujer del mayor lujo y elegancia, tapices de Flandes tejidos con oro y seda, y destrozados al palacio de un rey; en fin una porcion de objetos preciosos, viveres y vinos exquisitos.

Abiéndose quitado los cunro paladines sus cascos, conocen por los largos cabellos y la belleza de Marfisa que su compañero es una mujer. La coiman

de honores y muestras de respeto, y la suplican les diga el nombre á que tanta gloria da con sus hazañas; accede la guerrera á su deseo con su acostumbrada cortesía. No se cansan de admirarla, recordando las proezas que han presenciado. Marfisa mira tan solo á Rugiero, y no habla mas que á él. Los escuderos les anuncian que está preparada una comida, al lado de una fuente, que se halla protegida por una colina contra los rayos del sol. Esta fuente, rodeada de un mármol brillante, liso y mas blanco que la leche, es una de las cuatro que fundó Merlín en Francia, y la adornó con figuras de un trabajo exquisito; díjase que están vivas á no faltarles la vez. Se ve en ella un monstruo que parece salir de un bosque; horrible es su aspecto, feroz y penetrante mirada; tiene cabeza y dientes de carnívoro lobo, orejas de oso, garras de leon, y el resto del cuerpo de zorra. Ha recorrido la Francia, la Italia, la España, la Inglaterra, toda la Europa, el Asia y el universo entero. Por todas partes ha segado cabezas, desde las mas humildes hasta las mas arrogantes, y aun parecia atacar á los reyes, príncipes, barones y magnates. Roma fue la que mas sufriera sus estragos, ha derribado papas y cardenales, y manó el escudalamente la silla de San Pedro y profanó la fé. Ante aquella horrenda fiera caen las murallas y puertas; no hay ciudad, fortalez ni castillo capaz de resistirla. El pueblo la tributa los honores divinos, y la multitud prostrada la adora: díjase al verla que tiene en sus naues las llaves del cielo y las del tenebroso imperio. Parece luchar con él un caballero coronado con el lauro imperial, acompañado de tres jóvenes cuyos trajes están sembrados de flores de lis de oro. Un leon adornado con las mismas insignias marcha con ellos contra el monstruo. Llevan escritas sus nombres respectivos en la cabeza ó en el traje. El caballero que sepulta su espada hasta la empuñadura en las entrañas del monstruo, es Francisco I, rey de Francia; Maximiliano de Austria se halla á su lado. El emperador Carlos V ha trasgado con su lanza el cuello del terrible animal, y el dardo de Enrique VII, rey de Inglaterra, le ha atravesado el pecho. En el leon del leon se lee esta inscripcion: «Leon X». Sujeta con los dientes las orejas del monstruo, y le aniquila con tan violentos sacudimientos, que los caballeros pueden aproximarse á él y darle golpes mortales. Parece hallarse eutoncos libertad el universo, y varios hombres ilustres van á espírar sus errores al sitio mismo en que perdiera la vida el monstruo. Marfisa y sus compañeros manifiestan vivo deseo de saber los nombres de los vencedores del animal que espante el terror por el universo, y se preguntan mutuamente qué historia puede ser aquella. Vuélvese entonces Viviano hácia Naugis y le dice: «¿A ti te toca referirlela, pues no la ignoras. ¿Quiénes son esos guerreros cuyas lanzas, flechas y espadas han derribado tan terrible fiera?—Los autores, contesta Naugis, no han podido conocer todavía esa historia. Sabed que los hombres cuyos nombres están grabados en ese mármol, no han visto aun la luz del dia, pero serán honra y prex del mundo cuando hayan trascurrido seis siglos. Merlín, el sábio encantador de la Gran Bretaña, construyó esta fuente bajo el reinado de Arturo, y solo hizo esculpir en ella los acontecimientos venideros, digno objeto de admiracion del universo. Esta fiera horrenda salió de las profundidades del abismo cuando los hombres empezaron á poner límites en los campos, á usar posos y medidas, y á hacer sus compromisos por escrito. No se propagaron estas costumbres por todo el mundo, y algunas naciones las rechazaron; ahora ejercen su imperio por do quiera, y someten al vulgo. Este monstruo no ha cesado un punto de crecer: será el mas terrible y poderoso de cuantos haya visto el universo. La inmensa serpiente Piton no tenía ni la mitad del tamaño de aquel, y no le igualaba en crueldad y ferocidad. La

festará todos los países, y no estás viendo sino una imagen muy débil de su abominable furor. Por fin se elevarán contra él las clamores de los pueblos, y los príncipes cuyos nombres salís ya, acudirán al auxilio de la humanidad. Todos tendrán un brillo más resplandeciente que el del rubí: pero el más terrible de todos será Francisco I, monarca sin igual en valor y poderío. Por sus virtudes y su régica magnificencia oscurecerá el recuerdo de los personajes más ilustres, así como toda claridad padece ante el resplandor del sol. Desde el primer año de su reinado y antes de que esté bien consolidada su corona, atravesará los Alpes, forzando sus desfiladeros que estarán defendidos por guerras valientes. Lavará los ultrajes que hayan anfrido las armas de Francia, por parte de algunos pueblos arrastrados por un furor insensato lejos de sus rebaños y hogares. Rodeado de lo más selecto de sus caballeros, bajará á los fértiles llanuras de la Lombardía, donde al orgullo de los helvéticos recibirá un castigo tan terrible que no osará ya levantar en lo sucesivo sus frentes feroces. Después, para huir de Roma, España y Florencia, se apoderará de una ciudad edificada hasta entonces de inexpugnabile. La España que atraviesa al monstruo corruptor de las naciones la hará ser invencible, lucirá ante él los estandartes y escuadrones; los fosos más anchos y profundos, las murallas más espesas y elevadas no podrán proteger á las ciudades. Dotado de todas las virtudes propias de un gran capitán, unirá al animoso corazón del César la prudencia del vencedor de Canas y del Trasimeneo; tendrá, cual Alejandro, favorable siempre á la fortuna, y sin esto, los planes mejor formados se convierten en leve humo. Ningun soberano podrá igualarle en generosidad.»

Tal es la narración de Maugis, que inspira á sus oyentes el deseo de saber el destino de los héroes cuyo apoyo facilitará el triunfo del rey de Francia. Leen primero en la inscripción grabada por Merlin, el nombre y elogio de Bernardo, que hará ser á Bihiena tan célebre como Sona y Florencia. Pero los más audaces de todos son, Sigismundo de Gaaazaga, Salviati y Luis de Aragón, Francisco de Gonzaga y su hijo Federico le siguen de cerca, á su lado se ve á su cuñado y su yerna, los duques de Urbino y de Ferrara, Guidobaldo, hijo de uno de estos príncipes, es digno de su padre y de tantos héroes. Animados Otobon de Fiesques y Siuhaldo por un mismo furor, unen sus esfuerzos, la flecha de Luis de Gouffe ha atravesado el cuello del monstruo; su arco es un don que Fobo le hiciera, y su espada lo es de Marte. Dos Hércules, dos Hipólitos de Este, otro Hércules, otro Hipólito de Gonzaga, otro Hipólito de Médici, persiguen al animal y acaban con él. Julian no se deja sobrepasar por su hijo, ni Ferrando por su hermano. Andres Doria y Francisco Esforcio están siempre prontos ambos al combate. Ecos dos guerreros que llevan en sus escudos la imagen de Tifeo reventado bajo un peñasco enorme, que abrazan las revueltas de su cola, los caballeros de la noble y eminente casa de Avalos. Ningun campeón estrecha más de cerca al monstruo. Uno es invencible, Francisco Pescara; el otro se llama Alfonso de Gast. No olvidaré á Gonzalo de Córdoba, honra y preza de España, tan justamente celebrado por Maugis; á pocos héroes pueden serlo comparados. Guillermo Monfermet su halla también entre los enemigos de la horrenda fiera, pero parece que se reduce su número al pensar en sus furorosos estragos.

Sentados á la sombra, ó muellemente recostados en ricos tapices á orillas de la fuente, escuchan Narfisa y los caballeros aquellas historias agradables, y dejan pasar las horas del calor. Maugis y Viviano, cubiertos con sus armaduras, velan al lado de sus compañeros; de pronto ven á una joven sola que se acerca á ellos; es Hipelca, á quien Rodomonte arre-

bó el caballo Frontino. Signó largo rato á aquel guerrero fernz, implorando á veces su piedad, y otras le cubrió de injurias. Perdiendo la esperanza de convencerle, volvió atrás, pensando hallar á Rugiero en Aigremont. Sapo, ignora cómo, que el paladín iba á aquel castillo con Ricardet. Conoce Hipelca el país; se ha dirigido hacia la fuente, y ve á Rugiero en compañía de Narfisa y de los demás caballeros. Mensajera astuta y prudente, no se dirige Hipelca al pronto al hombre que adora Bradamante, sino que se aproxima á Ricardet, y este la pregunta el motivo de su viaje. Con los ojos encorados nun por lo mucho que ha llorado, este suspirando, pero en voz bastante alta para que Rugiero pueda oír la: «Vuestra hermana me envió el caballo Frontino, corcel arrogante que tiene en mucha estima; había ya andado más de treinta millas en dirección á Marsalla, donde debía aguardar la próxima llegada de Bradamante, cuando un sarraecno feroz me la arrebató del corcel. ¿Cuándo hubiera yo imaginado que existiera un mortal bastante audaz para hacer tal ultraje á la hermana de Reynald? Durante dos días he procurado comover á aquel ladrón, pero han sido inútiles mis ruegos y amenazas. Después de haberla llenado de injurias y maldiciones, me he separado de él cerca de este sitio, y está pensando ahora con un caballero que no dudo me veagará bien pronto.»

Sin escuchar al fin de este relato, levántase de improviso el impaciente Rugiero, vuela al lado de Ricardet y le pide como un favor y como recompensa del servicio que le presta, el poder ir solo con Hipelca al sitio en que se halla el audaz raptor. Aunque le cuesta mucho al joven coufír á otro su venganza, accede al deseo de Rugiero, que se aleja al momento después de haber saludado á los paladines, maravillados al ver su admirable valor.

Na tarda Hipelca en decir á Rugiero que su amada le ha enviado á buscarlo, y le manifiesta el objeto de su misión y los deseos de Bradamante. Ha mostrado cierta reserva, por hallarse presente Ricardet; añade que el sarraecno escuchó con voz altanera y amenazadora: «Puesto que es de Rugiero este caballo, me apodero de él ahora con mayor júbilo; si quiero recobrarle, dile que no procurará huir de él; me llamo Rodomonte, y resena por todo el orbe la fama de mis hazañas.» Al oír estas palabras, púntase la cólera en el rostro de Rugiero, y late su corazón con violencia. Quiere en extremo á su caballo Frontino, y los cuidados que le prodigara Bradamante le hacen estimarle más aun; además la violencia de Rodomonte y sus ultrajes, le persuaden que es preciso despojarla de Frontino ó perder el honor. Hipelca le guía y camina con rapidez, tal es su deseo de ponerle en presencia de Rodomonte. Pronto se divide el camino en dos; uno conduce á la cumbre de la colina, cruza el otro la llanura, y saleo zimbos al valle en que dejó el sarraecno. El camino de la colina es más corto, pero también mas escabroso; el de la llanura es mejor. Hipelca en su ardor por hallar á Frontino elije el de la colina. En aquel momento el rey de Argel, Nandricardo y sus conuñeras atraviesan la llanura, y no lo encuentran Rugiero. Ya sabes que suspendieron su combate para ir á socorrer á Agramante, y las acompaña Doralcin, objeto codiciado de su pelea. Escuchad el fin de esta aventura. Han llegado cerca de la fuente en cuya orilla descansan tranquilamente Narfisa, Ricardet, Aldigiero y sus dos hermanos. Cediendo la guerrera á las lusingas de sus compañeros, se ha puesto un traje de mujer, de los que se hallaron entre los reuolos destituidos á Lufuso. Contra su costumbre se ha quitado la coraza y demás piezas de su armadura, para mostrarse á los paladines con todos sus encantos. El tártaro la ve y cuenta con apoderarse fácilmente de ella con las armas en la mano, propiniéndose ofrecerla á Ro-

domonto para consolarle de la privación de Boralicia. Como si un amante pudiera variar así y vender á su dano! ¡Como si una pasión nueva pudiera consolar de la pérdida de una amante querida!

Después de entregar al rey de Sarse una querida bonita en cambio de la suya, se prepara Mandricardo á conquistar á Marfisa, á quien encuentra hermosa y digne de atención; piensa que Rodomonte se inflamará de improviso por ella con los fuegos que le abrasaron antes por Boralicia. Preocupado con esta idea, reta á singular combate á los caballeros que rodean á la dama. Maugis y Viviano, los únicos que están armados, se levantan para rechazar el ataque de los dos desconocidos. Rodomonte, posado por otro desecho, no se apesta al combate, y solo Mandricardo sostiene la pelea. Viviano pone su lanza en ristre y se muestra el primero; cae el tártaro sobre él con su impetuosidad y furia habituales. Ambos se pegan en el sitio más peligroso: Viviano cedeza á su enemigo en la visera, pero lejos de hacerle doblarse, no se mueve siquiera Mandricardo. Su robusta lanza rompe el frágil vidrio del escudo de Viviano, que cae del caballo y rueda por los flores de la verde pradera. Prepárase Maugis á vengar á su hermano, y no tarda en participar de su derrota. Mos rápido Aldigiero para cubrirse con sus armas que Ricardot, desafia á Mandricardo y se arroja sobre él: el hierro pega en el casco un poco mas abajo de la visera; vuela la lanza rote en cuatro pedazos, pero golpe es este harto flojo para Mandricardo, cuya lanza atraviesa la coraza y escudo de Aldigiero como si fueran de delgada corteza. El hierro cruel penetra en el hombro, vacila el herido y cae al suelo, enrojece su sangre la cota de maila, y palidece su rostro. Preséntase entonces Ricardot. En su altanera mirada se conoce á un digno paladín de Francia; sin duda habria justificado de un modo brillante este título á los ojos del bárbaro, pero resbala su caballo, cae en tierra, y el héroe no puede salir de debajo de él. Como no queda ya ningún caballero para sostener la lucha, créese dueño y Mandricardo de la dama que ha de ser premio de la victoria, y aproximándose á la fuente, la dice: «¿Vos hermosa, sois mía, puesto que todos vuestros defensores han sucumbido, no podéis sustraeros ahora á las leyes del vencedor. — Te engañas, responde audazmente la guerrera; fueran fundadas tus pretensiones si yo hubierais tenido por dueño á alguno de esos caballeros que ha derribado tu lanza; mas no dependo de nadie, y á mí es á quien has de vencer para disponer de mí persona. Sé sostener la lanza y el broquel, y mas de un caballero ha sucumbido bajo mis golpes. ¡Dadme mis armas y mi corcel! Obedecen los escuderos; desnúdase de su traje de mujer, luce su apostura y gallardía. A no ser porque las delicadas facciones de su rostro revelan su sexo, creyérase ver al dios Marte. Cubierta con su armadura, ciñese su fuerte espada y monta con presteza ca su caballo; tres veces le clava el alceate y le hace caracolear á derecha é izquierda; luego desfilando al Tártaro, enristra su lanza. A-í se vió á Pentasilca batirse con Aquiles de Tesalia en los campos de Troya. Al primer encuentro se rompen las lanzas cual si fueran de vidrio, y uinguno de los dos campeones oscila siquiera. Para pelear mas de cerca vuélvese Marfisa contra Mandricardo con espado en mano; al verla el tártaro inmóvil en su silla, pronuncia blasfemias contra el cielo y los elementos; irritase así mismo la guerrera porque está intacto el escudo de Mandricardo, y ambos se dan inútilmente golpes terribles, porque las armaduras son encastadas, y nunca fuera esto mas necesario. Podia durar el combate hasta el siguiente día, á no haberse interpuesto Rodomonte para interrumpirle entre ambos adversarios, reconviniento á Mandricardo por las desgracias que podrá ocasionar. «Si deseas batirte, le dice, mas va-

le que continuemos nuestra propia pelea. Ten solo la suspensidmos para ir con mas prontitud á socorrer al rey de Africa, y nos comprometimos á no emprender nada hasta haber cumplido este deber. » Dirigiéndose después á Marfisa, la participa que Agramante ha enviado un mensajero para reclamar su asistencia. Suplicala Rodomonte que reanuncie á aquel combate, ó que le suspenda al menos, y le induce á que se una á ellos para defender el hijo de Trojan. Añade que su nombre adquirirá mas gloria de este modo que con una pelea ignorada que pudiera frustrar tan generoso intento. Marfisa, á quien trajera desde remotas regiones el único cuanto ardiente deseo de medir sus fuerzas con las de los paladines de Carlos, se decide á marchar para socorrer á Agramante, de cuyos descalabros está informada.

Sin embargo, Rugiero habia seguido inútilmente á Hipalca por el camino de la montaña, y al llegar al sitio del combate, vió que Rodomonte se habia marchado por otro lado. Imaginando que no podia burlarse muy lejos y que habia tomado el camino que conducia en derechura á la fuente, se dirigió por el mismo, siguiendo las huellas recientes que en él se veían impresas. Rogó á Hipalca que regresara á Montauban, que distaba tan solo uno jornada de aquel sitio, y que asegurara á Bradamante que pensaba recuperar muy pronto á Frontino, después de lo cual se apresuraria á darle noticias suyas. Entró á lo del mensajero la carta que habia escrito en el castillo de Agramante, y que llevaba desde entonces en el pecho. La rogó además que le disculpara á Bradamante y la dijo más ternas por la mujer á quien adoraba, creyendo siempre que ninguna palabra expresaba sus sentimientos con la suficiente energía. Nada olvidó Hipalca, y despidiéndose por fin de él, la llevó su palatren en la misma tarde á Montauban.

Seguendo Rugiero diligente las huellas recientes de Rodomonte, no pudo alcanzarle hasta cerca de la fuente, donde vió que Mandricardo estaba con él. Los dos sarracenos se habian prometido mutuamente que no se ostarían durante el camino ni antes de haber libertado el campo de Agramante. Al llegar Rugiero vió á Frontino, y conoció por consiguiente cuál era el enemigo con quien tenia que batirse. Enristra en el momento mismo su lanza, y reta á Rodomonte, que en esta ocasión supera á Job en paciencia, puesto que á pesar de su orgulloso carácter rehúsa el combate, siendo antes siempre el primero en provocarle. Esta fue la primera y última vez en su vida que tal hizo, pero á la sazón, ocupábase exclusivamente del auxilio que creia deber prestar al hijo de Trojan, y aun cuando hubiera creído que era tan fácil derrotar á Rugiero como á una débil mujer, no podia sacrificar ni el tiempo preciso para dar una ó dos estocadas. Añádeose á esto que se veía provocado por Rugiero, al cual habia arrebatado Frontino, y que era el caballero de todo el universo, con el cual deseaba mas batirse, por ser el que mas fama tenia.

Sin embargo el deseo de socorrer el campo sitiador le hizo descuidarse del reto de un caballero, á quien en cualquier otro tiempo hubiera ido él mismo á desafiar hasta la estremidad de la tierra; pero en aquel momento, el mismo Aquiles lo hubiera desafiado en vano ¡tan apogado estaba en su alma su habitual furor! Espoado irrequietamente á Rugiero las razones que le determinan á desentenderse de su provocación, rogándole que él tambien, por la parte que le correspondía, atienda á los motivos que le obligan á sostener la misma causa. Le asegura que ea cuanto libre al ejército sarraceno estará pronto siempre á comenzar la pelea. « Reflexiona, en fin, le dice, que el primer deber de un caballero honrado y valiente es servir á su señor con preferencia á todos sus resentimientos particulares, por muy vehementes

que sean estos. — Me es de todo punto indiferente, le contesta Rugiero, diferir nuestro combate hasta que bayamos dispersado el ejército cristiano, con tal que me restituyas en este instante mi caballo Frontino. Reflexiona, tú que pasas por ser valiente, que la acción de robar un caballo á una mujer incapaz de defenderle es injusta y villana. Dices que querías diferir nuestra contienda hasta que nos halláramos al lado de Agramante, no lo esperes, no creas que te conceda ni una hora de tregua si no me entregas al momento mi caballo.

Mientras escita Rugiero á Rodomonte á que le devuelva Frontino, ó sostenga el combate á que le ha provocado, suscitase otra contienda, y Mandricardo se adelanta con aspecto amenazador al ver el águila que lleva Rugiero en su escudo. Aquella águila blanca sobre campo azul pertenece legítimamente á Rugiero, que es descendiente de Hector, pero Mandricardo lo ignora. Desde que este conquistara las armas del héroe troyano, llevaba también en su escudo al águila que arrebató á Ganimedes del Monte Ida, y no quería sufrir que usara nadie mas que él aquel blason. No dudo que sabreis cómo cayeron tan buenas armas en poder de Mandricardo, y cómo se vió obligada la linda Talarina á dejárselas arrebatadas.

Mandricardo y Rugiero se hubian batido ya antes de entonces, por el mismo motivo, y no os podré decir cuál fue la razón que les obligó á separarse. Han quedado indecisa la cuestión, pues no se hubian vuelto á encontrar desde aquel momento, y al ver á la sazón Mandricardo aquella águila, no contiene sus injurias y gritos. « ¡Temerario, dice á Rugiero, te desafío á mortal pelea! ¿Cómo! ¿te atreves á usar aun mis armas? ¿No recuerdas el día en que te lo prohibí? Pero no esperes ya que te perdona; preciso es que pagues muy cara tu locura, y puesto que mis amenazas no han podido corregirte, y vas á ver que te hubiera valido mucho mas obedecerme que espouerte locamente á mi venganza. » A la manera que la lengua seca y bien caldeada se abrasa al contacto de la llama mas débil, así se inflamó la cólera de Rugiero desde la primera amenaza que osó dirigirle Mandricardo. « ¿Cómo, le dice, crees dominarme aquí á tu antojo porque me ves empeñado en otro desafío? Pues sabe que soy capaz de sostener ambas querellas á un tiempo, haciendo que me devuelvan mi caballo, y arrancándole las armas de Hector. No buen macho que nos batimos por el mismo motivo; pero entonces fui yo el que te perdóné la vida al ver que no llevabas espada. Voy á probarte hoy que esta águila blanca te será fatal, pues yo tengo derecho á usarla, como la usaron siempre mis padres desde la muerte del héroe da quien descendiendo, y cuyas armas usurpastis. — Tú eres quien las usurpa, esclama Mandricardo enfurecido, desvaneciéndose al momento la famosa Duraandal que dejara Orlando abandonada en el bosque en su acceso de locura.

Rugiero, que nunca desmentia su generosidad, tiró al suelo la lanza en cuanto vió á su enemigo con espada en mano, y sacando á Belisarda, abrazó su escudo, pero Rodomonte y Marfisa se arrojaron entre ellos para separarlos, diciéndoles con energía que no era aquel el momento oportuno para batirse. En particular Rodomonte se irrita en extremo al ver que Mandricardo acaba de faltar por segunda vez al tratado que estipularon ambos: lo primero fue cuando creyó conquistar á Marfisa, y la segunda la que acaba de referir con Rugiero. Resentido además por el poco interés que el tártaro manifestaba tener hacia el hijo de Trojan, le dice: « Detente, y ya que faltas á la palabra que me has dado, terminemos primero nuestro combate, siendo mas antiguo y fuerte nuestro resentimiento; solo con esta condicion suspénenlo yo el combate contigo. En seguida me batiré con Rugiero por el caballo que me pide, y tú, si conservas aun

la vida, podrás hacerlo entonces por el blason de tu escudo: mas yo espero darte la ocupacion suficiente para que no puedas dársele tú á Rugiero. — Te engañas completamente, responde Mandricardo; yo soy quien te daré mas que hacer de lo que dices, y haré que tu sudor corra mezclado con tu sangre. La fuerza y el vigor me sobran mas que á un mansual el agua, y me quedarán mas que suficientes para batirme no solo con Rugiero y otros mil, sino con el universo entero, mientras se atrevan á hacermela frente. »

Aumentaban por ambas partes la cólera y amenazas. Mandricardo, ébrio de cólera, insultaba y denostaba á un tiempo á Rodomonte y Rugiero: esto que no sabia sufrir la mas leve injuria, no queria escuchar palabras de conciliacion. Marfisa iba en vano de uno á otro de los tres guerreros, y se esforzaba inútilmente para calmarlos.

Pareciase en aquel momento la guerra al labrador cuyos prados y tierras se hallan guerrizados de las crecidas aguas de un rio tan solo por un dique hecho á fuerza de brazo. Si ve durarte una gran tormenta que las aguas agitados atraviesan el dique y ahren un boquete para destruir sus mieses y su bano, vuela y trabaja para componer la brecha; pero sucede con frecuencia que mientras se consume en esfuerzos inútiles, observa consternado que la pesada masa de las aguas se abre otro camino; entonces se ve obligado á retirarse y abandonar sus campos cubiertos por el agua que los invade por todas partes. Rugiero, Rodomonte y Mandricardo, animados por su mismo furor, no escuchan ya á Marfisa; en el momento en que su brazo detiene á uno de los tres, los otros dos levantan sus aceros para herirle; corre, impide á uno de ellos que alcance á su enemigo, y el instante se ataca los dos restantes. Cansada de hablar y contener á aquellos tres furiosos, consigue por fin Marfisa que la escuelen un momento. « Señores, les dice, oíd un buen consejo: ¿diferid la decision de vuestras contiendas hasta que el hijo de Trojan se halla fuera de peligro? Si os resistis á la justicia de lo que os pido, os declaro que continúo al momento mi combate con Mandricardo, y veré si es capaz de conquistarme por la fuerza de las armas, cual decia pedia. Pero, creedme, ceded á la prudencia del partido que os propongo, y marchemos los cuatro juntos á socorrer á Agramante. — Consiento en ello, contesta Rugiero, si Rodomonte me vuelve mi caballo en el momento mismo, de lo contrario que le defienda, y juro que pereceré en esta sitio, ó montado en Frontino ire al campo de Agramante. — Mas fácil te será morir que recuperar tu corcel, dice el fogoso Rodomonte. Por lo demas, protesto aquí que será tan solo culpa tuya si el hijo de Trojan no es socorrido á tiempo: en cuanto á mí, me prestaba gustoso al arreglo que me proponian, pero tú acabas de romperle. »

No hace caso Rugiero de estas palabras, y por toda respuesta desenvaina su terrible espada. Se arroja sobre Rodomonte como un jabali; le pega con su escudo y con su hombro, y le pone en tal desorden que en esta primer choque le hace perder un estribo. Mandricardo grita á Rugiero: « ¡Detente, ó bájete conmigo! » Al decir esto, mas cruel y traidor de lo que fuera nunca hasta entonces, da un golpe furioso en el casco de Rugiero.

Al recibir tan terrible mandoble que no ha podido prever, se ve obligado el paladín á doblar la cabeza hasta el cuello de su caballo, y no puede enderezarse con la presteza que quisiera, porque Rodomonte aprovecha aquel momento para darle un segundo golpe mas violento que el primero. Si el casco de Rugiero no fuera mas duro que el diamante, hubiérase partido la cabeza por medio. Permanece algunos instantes echado sobre el cuello de su caballo, con los brazos tendidos, y abandona la espada y las riendas;

el caballo le lleva por el campo y Belisarda queda en el suelo. Marfisa que habia sido aquel día su compañera de armas, se indigna al ver que los dos caballeros atacan á uno solo, y le dan treidoramente dos golpes tan terribles: corre á vengarle, y de un fiero mandoble á Mandricardo en la cimera de su yelmo.

Rodomonte proseguia entre tanto su victoria, y si hubiera podido alcanzar á Rugiero en el momento en que con los brazos abiertos se hallaba privado de sentido, quedaba Frutino para siempre en su poder, pero Ricardo y Viviano corren á interponerse entre ellos, é impiden al sarraceno que le alcance. Ricar-



Rugiero entrega una carta para Bradamante.

det le ataca, le pone en desórden y Viviano aprovecha aquel momento para acercarse á Rugiero, que empezaba á volver en sí, y presentarle su propia espada. En cuanto el valiente pupilo de Atlante, al recobrar el sentido se ve armado con aquella espada, furioso cual un león que acaba de ser herido por el estómago de un toro y corre con mas ímpetu que antes á vengarse, cae sobre Rodomonte y le tira un tajo que quizas no hubiera resistido el casco del impio Nemrod, sin romperse, á haberle dado con Belisarda.

Aplaudiéndose la Discordia del buen éxito de su hábil empuñadura, ve gozosa que los cuatro caballeros mas temibles de Agramante se hallan en un estado de furor y en una confusion tal de intereses y contiendas que nada será capaz de conciliarlos. Llama al Orgullo y le dice: «Hermano, todo va bien; vente conmigo, que ya es inútil aquí nuestra presencia; regresemos al fero de nuestros buenos frailes.» Pero dejemos marchar á esta pareja asquerosa y hedionda, y volvamos á nuestro querido Rugiero, que acaba de dar un recio golpe en la frente del audaz Rodomonte. El sarraceno toca en la grupa de su caballo con la cabeza y con la piel escamosa del dragón que guarece su espalda; tres ó cuatro veces se le vió oscilar, próximo ya á caer, y hubiérasele escapado en espada á no tenerla sujeta á la muñeca con la cadena-lla.

Al mismo tiempo maltratada Marfisa lo suficiente á Mandricardo para hacerle sudar y ponerle con frecuencia en peligro. El tártaro hacia sentir tambien la fuerza de sus golpes á la guerrera, pero siendo igualmente impenetrables sus armas, no conseguian hacer correr su sangre. Sin embargo, un incidente que ocurrió durante este combate hizo que le fuere muy útil á Marfisa el auxilio de Rugiero. Al hacer esta dar á un caballo una vuelta harto brusca, resbaló el corcel en la yerba, y no pudo impedir la gineta que cayera de costado. En el momento en que clavándole la espuela esperaba hacerle levantar, el feroz tártaro lo tropezó con tal violencia con su caballo Brides de Oro

que concluyó de derribarlo. Sin duda hubiera aprovechado esta ventaja si Rugiero, que en aquel momento se hallaba libre de Rodomonte á quien dejaba recobrando lentamente el sentido, no se precipitara sobre el tártaro, al que dió con su nueva espada un golpe tan violento, que le habria partido la cabeza si hubiera empuñado á la sazón Belisarda, ó si Mandricardo se hallara cubierto con otro yelmo.

Volvía en sí Rodomonte al mismo tiempo, y viéndolo á Ricardet, lanzábase ya para castigarle por el auxilio que acaba de prestar á Rugiero, pero su primo Mauzis que lo observó, recurrió al momento á sus encantamientos para salvarle de la furia del rey de Argel. Aunque entonces no tenia su libro que contenia las invocaciones mas terribles, recordó ciertas palabras suficientes para hacerse obedecer de algunos espíritus infernales, y obligó á uno á que entrara en el cuerpo del caballo de Doralicia. Al momento transmitió el demonio al caballo el furor que no cesa nunca de animarle, y el muy pacífico palafren que montaba la hija del rey de Granada dió súbitamente un salto de treinta pies de largo y diez y seis de altura, pero lo hizo no obstante con un movimiento bastante dulce para impedir que cayera Doralicia de la silla. Fácil es coocer que la jóven lanzase gritos penetrantes al verse de improvisto en el aire. No fue aquel salto enorme el fin de su terror, pues apenas tocó el palafren el suelo con las herraduras, cuando el diablo le escitó de nuevo, haciéndole correr por montes y valles, y la pobre Doralicia gritaba mas fuerte que nunca pidiendo auxilio.

Oyela Rodomonte, y lo abandona todo por socorrerla, corriendo su pos de ella; al observarlo Mandricardo no se ocupa ya tampoco de Rugiero ni Marfisa, pues solo ve á su amada y su rival próximos á escaparse juntos, y los celos le hacen correr en seguimiento de los fugitivos.

Levántase entonces Marfisa, ardiendo en deseos de vengarse de la afrenta que ha recibido, pero está ya harto lejos Mandricardo para que pueda alcanzarle.

Rugiero ve con dolor terminarse aquel combate con la precipitada marcha de los dos sarracenos, y lo que más le aliaga es la imposibilidad en que se hallan Marfisa y él de alcanzar con caballos ordinarios á sus enemigos, que cabalgan en Frontino y Bido-de-Oro.

Rugiero no quiere abandonar á Frontino en manos de Rodomonte; Marfisa, por su parte, quiere acabar de vengarse y castigar á Mandricardo; le costaría demasiado á ambos abandonar sus respectivas pendencias, y adoptan juntos el mismo partido de seguir á sus adversarios. Tienen la certeza de hallarlos en el campo de los sarracenos, adonde habrán ido para hacer levantar el sitio, antes de que el rey de Francia se haya apoderado de él. Parten, pues, pero no olvida Rugiero despedirse de sus compañeros.

Se acerca al hermano de su adorada Bradamante para decirle adios; hacense mutuamente las promesas más tiernas y se juran eterna amistad. Rugiero ruega entonces á Ricardet que espere á Bradamante la seguridad de su constante afecto, pero manifiesta al decir esto estar penetrado de tan profundo respeto hacia la guerrera, que cuanto oye de su boca Ricardet y sus compañeros no puede suscitar sospecha alguna, y solo da á conocer la admiración que excitan en él las sublimes virtudes y el valor de la hermosa guerrera.

Fácil es examinar cuán tierna sería la despedida que le hicieron los tres hermanos; fue dictada por la eterna gratitud que le debían y le juraron. En cuanto á Marfisa, tan preocupada se hallaba por el deseo de perseguir á sus enemigos, que olvidó despedirse de los paladines, y Viviano y Maugis se vieron obligados á correr tras ella para poderla saludar al menos desde lejos; lo propio hizo Ricardet; tan solo Aldigier no pudo cumplir este deber, pues le imposibilitó de hacerlo su herida.

La guerrera y Rugiero emprendieron juntos el camino de París, en seguimiento del rey de Argel y del de Tartaria. En el siguiente canto, rebor, on hará oír mi voz cuáles fueron las acciones maravillosas y aun sobrenaturales que ejecutaron estos caballeros, pero os describiré con dolor profundo todos los males que los cuatro campeones formidables hicieron pesar sobre los millardados súbditos del grande emperador Carlos.

### CANTO XXVII.

ARGUMENTO. — Vuelve Doracila al lado del rey su padre. — Regresan breves á Orlando y Angélica. — El rey Carlos vuelve á entrar en París. — El ángel Miguel va á buscar por segunda vez á la Discordia. — Los guerreros paganos vuelven á someter sus discípulos. — Agramante hace partir los guerreros. — Nueva causa de querrela. — Marfisa se apodera de Brunel. — Agramante ordena á Doracila la destrucción de la suerte de Mandricardo y Rodomonte. — Esta abandona al campo. — Sacripante le sigue. — Intelectivos de Rodomonte contra las mujeres.

Se es amable y encantador, no solo os ha adornado naturaleza con espléndidos dotes, y con todas las gracias imaginables, sino que parece tambien que el cielo se complace en iluminaros; cuasi nunca os engañan vuestros primeros movimientos, y no es en vosotras la prudencia el fruto tardío de la reflexión. No suendo así con ese otro sexo que se cree superior á vosotras; es preciso que discuta, que considere largo tiempo el pró y el contra para adoptar al fin un partido sólido y prudente, todo lo debe tener á parte de ligero y no piensa con madurez en todo lo que debe proveer. Maugis nos da un ejemplo bien triste de esto.

El primer impulso del hijo de Beuves fue bueno sin duda, cuando libró á su primo Ricardet de los golpes del ferroz Rodomonte y del hijo de Agrican; pero godió pruebas de tener bien poco juicio al no prever que iba á enviar por al mismo aquellos dos guerreros temibles á destruir el ejército cristiano? Si Maugis

hubiera reflexionado maduramente, habria podido salvar con la misma facilidad á Ricardet, sin ocasionar tanto daño á las tropas de su religion. ¿No podia haber mandado al maléfico espíritu que se apoderó del caballo de Doracila que se lo llevara á las ostroidades del Oriente ó del Occidente, y á Orléans de París? Por falta de reflexión no provió Maugis todo el daño que iba á causar á su patria. El ángel rebelde á quien su ingratitud y su negra maldad desterraron del cielo, no desperdició aquella ocasion de hacer daño, y respirando tan solo malanza y destruccion, en cuanto se vió libre para seguir el camino que mejor le agradara, voló hacia el sitio en que las campeanas que seguian sus huellas podian hacer mas daño y porjuicio al ejército de Carlos.

El demonio encerrado en el cuerpo del palafren de Doracila, continuó impulsándole con la misma velocidad, sin que los rios, pantanos, montañas ni precipicios fueran un obstáculo para detenerlo. Le hizo atravesar del mismo modo el ejército anglo-frances, y llevándole hasta el campo de Agramante, se detuvo enfrente de la tienda del rey de Granada.

Rodomonte y Mandricardo siguieron bastante de cerca á Doracila durante la primera jornada, y aun la veian algunas veces desde lejos; pero habiéndola perdido de vista despues, siguieron sus huellas como el perro de caza sigue á la liebre y al lijeru cabritillo; no cesaron de andar hasta que hubieron llegado al campo de Agramante, donde supieron bien pronto que Doracila se hallaba en poder de Estordilano.

¡Oh! gran Carlos; ¡ojalá pueda protegerle el celestial poder, no solo contra el furor de estos dos enemigos tan temibles, sino tambien contra el de los que se preparan á alcantar el Gradasso y Sacripante acaban de unirse para volver sus armas contra ti; te ves privado al mismo tiempo de dos antorchas brillantes que podian guiar á tus soldados, y difundir el terror entre tus enemigos; parece que se derraman las tinieblas sobre tu ejército, al ver á privado á un tiempo de los brazos victoriosos de Orlando y Reynaldo. El primero, espuesto á la luterperie ou la mas completa desoudez, atraviesan los montes y llanuras guiado por su locura; el otro, que no tiene mucho mas juicio, se aleja del ti cuando mas necesitas su auxilio, y camina á la aventura por todos los sitios en que imagina hallar á Angélica.

Ya os dije que un mágico viejo habia hecho creer al hijo de Aimon que Orlando se llevaba á Angélica. Reynaldo se apresuró á correr á París para buscarla y arrebatarla al conde de Augers, y no dudo recordareis que le tocó en suerte ser enviado al momento por Carlos á la Gran Bretaña para pedir auxilios.

Al instante que concluyó la batalla on que Reynaldo, cubriéndose de gloria, tuvo la de encerrar á Agramante en su campo, corrió aquel paladín como un loco á todos los conventos de monjas, y á todas las casitas de los arrabales; buscó á su amada hasta en las torres, y en todos los púajies insignificantes, y uo hallándola, le hacen sospechar los celos que Orlando habra podido llevarse á uno de sus castillos de Augers ó Blaye, para disfrutar allí con entera libertad de todos sus encantos. Corrió á ellos, pero no hallándola regresó á París, y no consiguiendo adquirir noticias de ella, creyó ser mas ofortunado esperándola, tan pronto en el camino de Augers, como en el de Blaye, y caminando dia y uoche, ya sufriendo los ardorosos rayos del sol, como á la claridad de la luna, crese que anduvo docientos veces el camino de París á una y otra de aquellas dos ciudades.

Aquel enemigo antiguo é inveterado, que hizo que nuestra primera madre alzara una mano culpable hacia la manzana que la estaba prohibido disfrutar, dirigiendo á la sazón sus torvas miradas á los cristianos y á Carlos, aprovechó la ausencia de Reynaldo para hacer que los atacaran lo mas escogido de los

guerreros sarracenos: inspiró desde entonces á Gradasso, que acababa de salir del palacio encantado de Atlante con Sacripante, la idea de ir con su compañero á socorrer el campo sitiado de Agramante, y atacar el ejército de Cárlos. Los condujo él mismo por caminos desconocidos, mientras que enviaba á otro demonio de segundo orden para apresurar la llegada de Rodomonte y Mandricardo, lo cual le fue muy fácil, haciéndolos ver sin cesar las huellas del caballo de Doralicia.

Escribió además otro demonio para guiar á Marfisa y Rugiero, pero tuvo buen cuidado de adiestrarle primero en lo que debía hacer, ordenándole que retrase su marcha. Aquel demonio viejo era barto astuto para no impedir que estos dos guerreros tan guerreros cuanto amables se encontraran con los dos reyes sarracenos tan feroces: prevaleció con justicia que si se veían en el camino, se reproduciría la cuestión del caballo, y se retrasaría su proyecto de perjudicar al ejército cristiano.

Los cuatro primeros llegaron juntos á un terreno elevado desde el cual se descubría perfectamente el campo sitiado, y los cuarteles de los sitiadores, á quienes se distinguía fácilmente por sus banderas que flotaban á merced del viento: celebraron consejo, y resolvieron atacar á Cárlos y hacerle levantar á la fuerza el sitio del campo de Agramante.

Los cuatro sarracenos formen un grupo compacto, entran en los cuarteles del ejército cristiano, gritando unos Africa y otros España, y se declaran con ostentación por enemigos. Todo el ejército francés da tumultuosamente el grito de alarma; pero apenas sufren las tropas atacadas por los cuatro moros sus primeros golpes, cuando se pronuncian en derrota: al resto de las tropas, que no ve negun cuerpo considerable de enemigos, ignoran aun el motivo de aquella alarma, y la atribuye á la embriaguez de algunos sarracenos ó bien á alguna fanfarfona de los gascones. Sin embargo, reúnen cada cuerpo de ejército bajo sus banderas respectivas, toman sus armas, y ya retumba el aire con el ruido de los instrumentos guerreros.

Rodomo Cárlos de sus paladines y cubierto con sus armas, pregunta en vano la causa del desorden que observa en su ejército; detiense á algunos fugitivos, y ve con sorpresa que están ensangrentados, y que que algunos han perdido un brazo ó una mano. Cuéltolos avarosa el emperador, ve la tierra cubierta de muertos y moribundos que luchan con la agonia en un mar de su propia sangre, y sigue hallando los mismos estragos hasta los últimos campamentos de su ejército. Conocióse fácilmente el camino que han seguido los cuatro sarracenos terribles, y Cárlos, al observarlo con profunda tristeza, se asemeja al padre de familia que va alarmado á observar los destrozos que ha hecho el fuego del cielo en su caverna, después de haber caído en su habitación.

Aun no había llegado este primer auxilio á las murallas del campo de Agramante, cuando Rugiero y Marfisa atacaron á los franceses por otro lado; uno y otro habían conocido al primer golpe de vista cuál era el camino mas corto para llegar al campo que querían socorrer.

Al entrar Rugiero y Marfisa por las filas del ejército francés, podían ofrecer al que los viera una idea exacta de lo terrible que es el efecto de una mies: la llama devoradora recorre el surco negro de la pólvara con tal rapidez, que cuesta trabajo seguirla con la vista; estalla al momento la mies, y lanza al aire una menuda de fuego, y una porción de cadáveres y de rocas que vuelan hechos pedruzcos. Se ve á aquella pareja audaz abrir una brecha sangrienta que siembran de cabezas y miembros dispersos: así el torbellino furioso que produce una fuerte tormenta derriba todo lo que se opone á su vaño impetuoso, y marca su

camino y sus destrozos en las lomas de una montaña que recorre. Varios soldados de los que huyen de las mortíferas espadas del rey de Argel y sus compañeros y creyendo ponerse de este modo en seguridad, tienen la desgracia de caer al encuentro de los golpes de Marfisa y Rugiero. El peligro de que quiera librarse precipita en otro mayor aun; pereciendo entonces á la zorra que al sentirse sofocada en su mandriguera por un humo espeso, sale de ella y cae con sus hijuelos en poder de los perros que la aguardan para despedazarla.

Marfisa y Rugiero llegan de este modo á las murallas del campo de Agramante y penetran en él; fijanse en ellos todas las miradas: para admirarlos: elevanse en derredor suyo clamores de alegría, y pierden ya los sitiados la consternación y pánico terror que les inspiran los paladines franceses. Lejos de temer á los sitiadores, no hay sarraceno alguno que no se halle con el valor suficiente para batirse con un ciento de ellos á un tiempo, y todos adoptan la resolución de abrir las barreras y caer reunidos sobre el ejército enemigo.

Suenan de improviso los instrumentos de guerra moriscos; estremécense la tierra y el aire; las banderas y estandartes ondean y se agitan en su marcha. Cárlos y sus capitanes reúnen también á los franceses, alemanes, ingleses y lombardos para rechazar aquel ataque imprevisto. Comienza por todas partes una pelea espantosa y sangrienta: Rodomonte, Mandricardo, Sacripante, Gra-lasse, y cerca de ellos Marfisa y Rugiero, llevan por do quiera la muerte y el destroz. Pronto los cristianos y su emperador se ven en el caso de no pensar sino en retirarse al abrigo de las murallas de Paris, gritando con planidero acento: «¡Bienaventurados San Juan y San Dionisio, socorrednos!»

¡Ah! señor, no podrian expresar mis cantos el ardor é increíbles esfuerzos de Marfisa y de los otros cinco guerreros; ya podreis imaginar qué multitud tan inmensa de cristianos caería bajo sus golpes, y cuál fue el dascalbre que sufrió Carlomagno.

Ferragus y otros varios caballeros moros corren á unirse con los vencedores. El puente no puede contener el tropel de los fugitivos, y una parte de ellos cae al Sena; varios se ven cercados y amenazados por una muerte segura, y desearan poseer las alas de Icaro. Cuasi todos los paladines franceses son hechos prisioneros, excepto el marques de Viena y Ogier el Danés; el primero le han atravesado el hombro derecho, y el segundo tiene en la cabeza una herida peligrosa. Si Brandimarte se hubiera hallado con Orlando y Reynaldo lejos de Paris, hubriase visto obligado Cárlos á abandonar su capital, considerándose harto feliz con poderse escapar. Brandimarte hace frente al enemigo, pero al fin se ve obligado á retirarse, y vencedor Agramante, al fin de aquella acción sangrienta se halla en estado de sitiar por segunda vez al emperador en la capital de sus estados.

Pero elevándose entonces los lamentos de las viudas desconsoladas, de los tímidos huérfanos y de los ancianos ciegos, mas arriba de los oscuros vapores, penetran en las celestes regiones en que reside Miguel, y le hace ver á los pueblos leales de Alemania, Inglaterra y Francia cubriendo la llanura con sus cadáveres, y abandonados á la voracidad de los cuervos y lobos. El ángel bendito se inflama de cólera: conoce que el Eterno ha sido mal obedecido, y no puede dudar que á él mismo le han engañado, y que la Discordia infame le ha hecho traidor. La orden que recibiera del ángel no le permitía dejar que se apaciera ni un momento la discusión suscitada entre los sarracenos, y Miguel ve claramente que lejos de cumplirla ha hecho todo lo contrario. Así como el servidor fiel que conociendo que ha estado falto de memoria y que ha olvidado el encargo importante que acaba de darle

su amo, encareciéndole en extremo su cumplimiento, se apresura á reparar su falta, y hasta haberlo hecho no se atreve á presentarse ante su vista, lo mismo Miguel no quiere aparecer ante el Eterno antes de haber ejecutado sus órdenes. Diríjese con rápido vuelo al monasterio en que habitaba: vez primera á la Discordia, y ve á la infame sentada en medio del capítulo de los frailes, que disputan entre sí con motivo de la elección de sus prebendados. Rogújase la Discordia al contemplar á aquellos buenos padres arrojándose sus bravucones á la cabeza. Cógela el ángel por los cabellos, y la llena de golpes; empujando después el asta de la cruz, la paga tan fuertemente en los brazos y la cabeza que se rompe el palo. En vano pide misericordia y estrecha las rodillas del divino mensajero: este no la deja tomar aliento y la hace volar de él hasta el campo de Agramante, diciéndola: «Malvada, si te veo alejarte de aquí ni un solo instante, te preparo un castigo mas terrible aun.»

La Discordia, que tiene ya la cabeza y los brazos cuasi rotos y teme volver á caer en manos de Miguel, se apresura, corre á sus fuegos, y atiza el fuego que habia encendido antes; este fuego se convierte muy pronto en una verdadera hoguera, y parece abrasar desde entonces á todos los corazones.

Rugiero, Rodomonte y Mandricardo, muy irritados que los demas guerreros, aprovechaban el momento en que la retirada de Carlos permite al hijo de Troya que disfrute su victoria y contemple á su ejército victorioso. Diríjense los tres á un tiempo á este monarca, le exponen con vehemente energía los resentimientos que pretenden tener unos contra otros, y le piden el combate, rogándole que decida cuáles han de ser los dos primeros que hayan de pelear.

Llega entonces Marfisa y pide con viveza á Agramante que la deje terminar su combate con Mandricardo, que fue el primero en provocarlo; la impaciente guerrera no quiere sufrir ni un día, ni una

hora de retraso, y pretende atacar en el momento mismo al tártaro.

Rodomonte no está menos decidido á batirse con ella, y espone al hijo de Troya que solo suspendió su pelea para acudir á socorrerle. Interrúmpelo Rugiero gritando que no sufrirá que Rodomonte conserve su caballo y se sirva de él para batirse con otro.

Mézclase Mandricardo en la discusión, y con insolente tono repite á Rugiero las mismas convenciones que antes se dirijiera por el águila blanca que lleva en su blason. Quiere terminar á un tiempo sus tres contiendas y se atreve á desafiar á la vez á sus tres adversarios, de los cuales no se librara ninguno si hubieran obtenido el permiso de Agramante. Esfuérazse este príncipe para conciliarlos, pero viéndolos á todos igualmente sordos á su voz, les dice que aguarden al menos á que les señale el orden por el cual han de batirse, y para no decidirlo por sí mismo, quiere que lo haga la suerte; escríbense sus nombres en cuatro billetes. Sacan uno, y tiene los nombres de Mandricardo y Rodomonte; el segundo, los de Rugiero y Mandricardo; el tercero, los de Rugiero y Rodomonte; el que contiene los nombres de Marfisa y Mandricardo es el último.

Cerca de Paris se extiende un terreno de una milla de circunferencia próximamente: rodeábase una pequeña elevación en forma de anfiteatro. Este terreno habia sido ocupado en otro tiempo por un castillo de que no existian ya sino algunas ruinas; en el castillo de Pulma á Burgo se encuentra un sitio parecido á este. Allí es donde se prepara la liza, rodeándola con una empalizada de mediana altura, y formando un recinto cuadrado de una estension conveniente. Segun costumbre hay dos puertas en los dos lados mas estrechos; fuera del palenque levantan pabellones cerrados para recibir á los que van á batirse, y queda todo concluido antes del día fijado por Agramante para decidir aquellas grandes cuestiones.



Doralicia prefiere á Mandricardo.

El pabellón destinado á Rodomonte está al Occidente: Ferragus y Sacripante se encargan de cubrir al rey de Sarse con sus armas y con la piel escamosa de dragón, mientras que Gradasse y Falsiron ponen las célebres armas de Héctor al hijo de Agriano, en el pabellón que mira á Oriente. Sentado Agramante en un estrado muy alto, tiene á su lado á Marsilio y Estordilano. Dichosos los espectadores que pueden co-

locarse en un cerro ó en la copa de un árbol, que estén mas elevados que el terreno, y les permite dominar la inmensa muchedumbre que atrea aquel combate. Con la reina de Castilla están varias princesas y señoras de Aragón, Graueda, Sevilla, y de los demas países que se extienden desde las columnas de Hércules hasta la Francia. En medio de ellas se ve á Doralicia, cuyo singular traje es de dos telas: la una de

color de rosa bajo, y la otra verde; y aunque Marfisa no vista con la sencillez que está mas en armonia con su carácter guerrero, aparece mas noble y bella que Hipólita, cuando á la cabeza de sus amazonas pisaba las orillas del Tormador.

Ya el primer hazado, con su propia yota de mala de dos colores, ha estrado en la liza para hacer respetar las leyes impuestas á los campeones, y su voz ha proclamado la prohibición de dar ninguna clase de consejo, señal ni auxilio á los combatientes. La multitud aguarda la señal y se queja ya de la lentitud de los caballeros: pero oyese de improviso un gran rumor en el pabellon de Mandricardo, y aumenta sin cesar.

Bueno será decirlos, señor, que eran Gradasse y el tártaro los que entónces disputaban uno con otro, y que este último tenia ya con el rey de Sericania una cuarta contienda tan violenta como las demas. Al ponerle Gradasse las armas á Mandricardo, conoció por su forma y por el nombre grabado en la empuñadura á la famosa Durandal; vió ademas en el puño de esta espada las célebres armas acuarteladas de Almonte, á quien el conde de Angers, aunque muy jóven todavia, habia arrebatado aquella arma con la vida en Apremonie. Ya sabeis que Gradasse tan solo salió de su reino y conquistó la Castilla y batió á los franceses en una gran batalla campal con la esperanza de apoderarse de aquella espada, y fue estremada su sorpresa al vérsela caída al rey de Tartaria; preguntó vivamente si la habia conquistado por la fuerza ó por medio de algun convenio. «A la verdad, contesta orgulosamente Mandricardo, me batí mucho tiempo con el dueño, de esa espada para arrebatársela; mas cuando vió que yo no queria concederle tregua alguna hasta haberlo conseguido, se fingió loco y me la abandonó: imitó al castor, que se priva de lo mejor que tiene y lo abandona á la caza de los cazadores, para salvar así su vida.

—No, responde enfurecido Gradasse, ni tú ni nadie poseerá una espada que me ha costado ya tantas penas y trabajos; puedes buscar otra, pues yo aspiro á poseer esta. Que Orlando esté loco ó cuerdo me importa muy poco; hallo esta espada y me apodero de ella: cogerla sin tener testigo alguno, en un camino, como bécista tú, es propio tan solo de un ladron. En cuanto á mí, quiero obtenerla con cimitarra en mano: la fuerza de mi brazo será mi última razon, y quiero decidir esta cuestion en palestra cerrada. Antes de tirar de esa espada contra Rodomonte, tienes que ganarle: la antigua costumbre es comprar sus armas de un modo ó de otro antes de poderse servir de ellas en un combate. — Por Mahoma! replica Mandricardo, ningun sonido es para mí tan grato y hermosísimo como el de la voz de un temario que me provoca á combate; pero haz de modo que Rodomonte consienta en que te castigue, y aguarda para batirse conmigo á que le haya vencido. No temas que rebuse admitir tu reto ni el de cualquier otro que quiera presentarse. — No, no, esclama de pronto Rugiero que se halla presente á aquella disputa, no sufriré que se altere ea lo mas mínimo el órden establecido por la suerte para los combates. Que entre Rodomonte el primero en la liza, ó no entrará sino despues que yo. Si es verdad lo que Gradasse dice, si es preciso conquistar sus armas antes de servirse de ellas, no puedes usar tampoco mi divisa del águila blanca antes de haberla ganado: pero ya que consenti en que se sorteara, será respetado el órden establecido. Si tú quieres alterarle, lo haré yo antes que tú, y no permitiré que nses mi blason al batirte con otro.

— Aunque cada uno de vosotros tuviera el valor del dios Marte, dica el tártaro con violento furor, no me impediréis que usara á Durandal y ostentara mi noble divisa. » Entónces, ciego de cólera, lanzó sobre Gradasse, y le da en la mano derecha un puñetazo

tan violento que hace caer á Durandal al suelo. Sorprendido el rey de Sericania con aquel ataque brusco é imprevisto, permanece inmóvil su momento, y le aprovecha Mandricardo para coger la espada. Indignado por la afrenta que ha recibido en público, y por la pérdida de Durandal, retrocede dos pasos Gradasse y desavaina su cimitarra. El tártaro audaz, no solo se apresta gozoso á empezar aquella lucha, sino que desafia tambien á Rugiero. «Avanzad, adelantaos, esclama; venid los dos juntos contra mí, y que venga tambien Rodomonte, que la España, el Africa, y todo el género humano me ataquen á un mismo tiempo, pues nada me hará retroceder ni inclinarme al frente. » Al decir estas palabras esgrime á Durandal, embeza su escudo, é insulta y desafia lo mismo á Rugiero que á Gradasse. «Permitidme, dice el rey de Sericania al primero, permitidme por favor que castigue á ese insolente.

— ¡Pardiel! contesta Rugiero, no puedo cederos la preferencia, y mas toca á mí castigarle; retiraos. — ¡No! grita Gradasse. » Disputan ambos y concluyen por atacar al tártaro, que se defiende lleno de coraje, y sin duda hubiera ocasionado mucha sangre aquel combate si no se hubieran interpuesto entre los tres adversarios algunos de los espectadores; faltóles poco á estos para saber por experiencia propia que suele ser peligroso mezclarse en contiendas de hombres en quienes ha sustituido el furor al juicio.

Nada habria podido detenerlos á no ser por la llegada de Agramante y Marsilio: ceden los tres lidiadores al respeto que inspira la presencia de los reyes. Hace el hijo de Trojan que le expliquen el motivo de aquel combate, y consigue con sumo trabajo de Gradasse que consienta á Mandricardo usar la espada Durandal en su duelo con Rodomonte; pero mientras resuelve Agramante esta disension, el ruido que se oye en la tienda de Rodomonte anuncia que se suscitó otra por lo nuevos tan violenta entre el orgulloso rey de Argel y Sacripante.

El rey de Circesia, segun dijimos antes, ayuda á Rodomonte á cubrirse con las armas de Nemrod, y Farragus le auxilia en este acto tan buroso por el rey de Argel. Aproximábanse en seguida al sitio en que su caballo tascó el freno y le cubra de espuma; es aquel bormoso Frontino, cuya pérdida indignara tanto y con tal justicia á Rugiero. Sacripante, que sirve de padrino al caballero, examina escrupulosamente si el caballo se halla en estado de servir á su dueño. Al mirarle mas de cerca, algunos manchass y señas particulares que Frontino tenia le hicieron coacerle, y no pudo dudar que fuera aquel su querido Frontalet, por cuya posesion habia sostenido varios encuentros y cuya pérdida le habia afligido en tal manera que durante mucho tiempo no quiso caminar sino á pie.

El bribon de Brunel habia tenido la destreza de quitárselo de debajo, estando montado en él, el mismo día en que robó á Argélica su anillo, Belisarda á Orlando, y á Marfisa su espada. Al regresar Brunel á Africa, habia regulado á un mismo tiempo á Rugiero la espada Belisarda y al caballo Frontalet, al que el jóven patadin dió el nombre de Frontino.

En cuanto Sacripante adquirió la certeza de que no se equivocaba, dijo cortemente á Rodomonte: «¡Sabeis, señor, que ese hermoso caballo es mío! es el mismo que me robaron cerca de Albrague: podria presentar mil testigos que confirmaran esta verdad, pero como todos se hallan muy lejos, si osa alguno contradecirle, se le probará con las armas en la mano. Consiento gustoso en que os sirvais de él durante el combate, con tal de que declaréis que es con mi permiso y que os le he prestado, porque si pensáis de otro modo, señor, me veria obligado á pesar mio, á defenderle con las armas en la mano. »

El soberbio Rodomonte, engreído con su fuerza y su valor, que sobrepasaban efectivamente á todo lo

que se refiere de los héroes mas famosos de la antigüedad, contesta con arrogancia: «Querido Sacripante, á no ser vos, nadie me hablaría impunemente en esos términos, pues le haría ver bien pronto que fuera mas dichoso con haber nacido mudo; pero en consideración á los días que acabamos de pasar juntos, os ruego que presenciéis el combate que voy á sostener con Mandricardo, y creo que despues que veáis el resultado me direis: «Señor, el caballo es vuestro».

—Es trabajo perdido el ser cortés con un hombre como tú, replica Sacripante poseído de cólera; ahora te digo clara y terminantemente que te prohibo usar ese caballo: mientras empués ya esta espada, no te servirás de él, y aunque ya no tuviera mas que mis uñas y dientes para hacer valer mi derecho, sabría triunfar.»

De estas palabras pasan ambos á las injurias y amenazas, y por fin á batirse; no se halla me la puja con mayor rapidez. Rodomonte está completamente armado, y Sacripante tiene tan solamente su espada, pero su estremada destreza en el manejo de ella, hace que se cubra perfectamente con esta sola arma.

Sacripante no tiene ni ova mucho la fuerza del rey de Argel, pero su valor, su agilidad, su golpe de vista y habilidad, pueden suplirlo todo. La rueda de molino que da vueltas para moler el grano, no gira con mas rapidez que Sacripante hostigando á Rodomonte; le da infinitos golpes, y sabe librarse de todos los suyos. Al fin desvenaban sus espadas Ferragus y Serpantius, y los separan; Grandonio y varios cuadillos moros les ayudan á contener á entrambos adversarios. Tal es la causa del rumor que se oye en el otro pabellon, donde se ocupan en apacar la cólera de Moudricardo, de Rugiero y del rey de Saricania.

Participan esta nueva disputa á Agramante, y le dicen que Rodomonte y Sacripante se están batiendo. El hijo de Trojan confuso y turbado al ver tales querellas, dice al rey Mursilio: «Permaneced aquí para aplacar á esos caballeros, mientras procuro restablecer la buena armonia entre los otros.»

Cálmase el arrebato de Rodomonte al ver á Agramante, y se retira con respetuoso continente; sométese asimismo Sacripante al hijo de Trojan; pero desquies de haberles preguntado el motivo de su disputa, hace el monarca esfuerzos inútiles para ponerlos de acuerdo. Exige Sacripante que el rey de Argel le suplique que le preste su caballo, y solo con esta condicion consiente en cedérselo. «Ni el cielo ni vos, contesta el soberbio Rodomonte, me haréis consentir en pedir nada de lo que puedo yo obtener con solo mi valor.»

Interroga Agramante al rey de Circasia para saber cuáles son sus derechos á la posesion de aquel caballo y de qué modo le fue robado. Refiéreselo Sacripante ingenuamente, y no puede menos de ruborizarse al confesar cómo tuvo el bribon de Brunel la destreza suficiente para sorprenderle cuando estaba sepultado en una meditacion tan profunda que le quitó el caballo de debajo, dejando la silla sostenida con cuatro estacas.

Mursisa que ha acudido como otros muchos al sentir aquel ruido, apenas oye referir la historia de aquel robo singular, cuando se inflama de cólera; recuerda que el mismo día le fue robada su espada; recuerda tambien haber visto huir al ladrón en su caballo, y conoce entonces el buen Sacripante, eo quien no habia reparado al pronto. Los que la rodeaban no pudieron menos de fijar la vista en Brunel; muchos de ellos, habiéndole oído jactarse en otro tiempo de aquellos robos, se le mostraban con el dedo, en términos que al fin concibió Mursisa algunos sospechas; pronto se confirmaron estas, pues las personas á quienes se dirigió la escudraron que era Brunel quien la habia robado su espada. El hijo de Trojan, en lugar de hacerle ahorcar cual merecia, le habia

nombrado rey de Tingitania, lo cual era por cierto un ejemplo muy malo. Reprodióse tan repentinamente y con tal fuerza el antiguo furor de Mursisa, que no pudo diferir ni un solo instante su venganza y el castigo, no solo del robo de la espada, sino tambien de los infames sarcasmos que le dirijiera Brunel con abundancia cuando iba persiguiéndole.

Hízose poner al momento el casco por su escudero; las demas armas las llevaba puestas, pues rara vez se las quitaba desde el día en que sintió en su corazón el amor de la gloria. Adelantase audazmente hacia los gradus en que se halla sentado Brunel; empieza por darle una bofetada, y levantándole de su asiento con una sola mano, cual sujetaría el águila á un tímido polluelo entre sus garras, lo lleva al sitio en que se halla Agramante. Asustado Brunel por hallarse en tan terribles manos, lanzó eleridos penetrantes y pide gracia y perdon. Consigue hacer que le oigan á pesar de los clamores, ruido y tumulto que resuenan en el campo, y al instante le rodea la multitud. Acércase Mursisa el hijo de Trojan, y le dice con tono altanero: «Quiero hacer justicia con este malvado, aunque sea vusallo vuestro, y ahorcarlo con mis propias manos: el día en que este ladrón robó el caballo Frontino á Sacripante, tuvo tambien la desfachatez de quitarme mi espada, y si alguno se atreve á contradecir aquí mi acusacion, estoy pronta á probarle que miente. No haré mas que justicia al castigarle, mas como se me podría tachar de haber aguardado para hacer este reto al día en que los guerreros mas valientes están ocupados con sus propias cuestiones, consiento en esperar tres dias aun para ahorcarlo; si durante este plazo no se presenta nadie á defenderle, daré un buen rato á algunos cuervos entregándole el cadáver de este monstruo malvado y hediondo. Me marchó á tres leguas de este sitio; permaneceré en la torre que hay el lado del bosque, y no tendré mas compañía que una de mis doncellas y un escudero. Si se atreve alguno á reclamar á este ladrón, declaro que no será muy bien recibido.» Al decir este emprende el camino de la torre sin esperar contestacion. Lleva á Brunel agarrado del pelo, y echado en el arzon de la silla; el desdichado grita eo vano implorando el auxilio de sus mejores amigos.

Agramante está lleno de confusion al ver aquella nueva aventura; no puede explicarse cómo se suscitan á un tiempo tantas disputas y cuestiones, ofendele ademas la audacia de Mursisa, aunque desprecie interiormente á aquel bribon; varies veces ha estado Brunel para ser colgado, y le aborrece desde que se dejó robar el anillo de Argélica; pero la accion de Mursisa era tanto injuriosa para que pudiera sufrirla. Ya se preparaba aquel monarca á perseguirla y castigarla, pero el rey Sobrino, que se hallaba presente, le detuvo. «No solo espoudráis vuestra dignidad, le dijo, corriendo eo seguimiento de esa guerrera para batiros con ella, aun cuando estuviérais cierto de obtener la victoria; ademas de ser ella bastante temible para hacer dudoso vuestro triunfo ¿qué gloria podeis prometeros de esa lucha con una mujer en defensa de un ladrón? Mas vule dejar ahorcar á Brunel, y aunque no os costara mas que manifestar vuestra cólera para salvarlo, no deberiais impedir á la verdad que le castigaran. Podreis mandar á decir á Mursisa que le rogais someta ese asunto á vuestra justicia, prometiendo echar la soga al cuello el bribon, y darle la completa satisfaccion. Si se obstina eo negroselle, que le guarde y haga su voluntad. ¡Consentid en que ahorquen á Brunel y á todos los que se le parecian, mas bien que enemistaros con esa guerrera!»

Agramante sigue el consejo del prudente Sobrino, y no envia mensajero alguno á Mursisa, prohibiendo ademas á todos sus caballeros que delieudan á Brunel. Prefiere poner en juego todo su influjo para de-

cidir las grandes disensiones que amenazan perjudicar á sus intereses.

La Discordia, que se halla completamente satisfecha del buen éxito que ha obtenido, olvida los golpes que recibiera, y se rio alborozada. «¡Oh! lo que es ahora, dice recordando las diferentes disputas que le ha suscitado, ¡diestro será quien pueda reconciliarlos!» El Orgullo da también saltos de alegría, y propónese ambos echar nuevos combustibles en las hogueras que han encendido. La Discordia lanza al cielo un chillido agudo, para participar á Miguel la victoria que acaba de conseguir. Tiembla París; túrbanses las aguas del Sena al oír aquel chillido horrendo, que resonó hasta en el fondo de las Ardenas; los habitantes salvajes de este bosque espeso salen asustados de sus madrigueras; las cuevas, las rocas de los Alpes, y aun las de las Cevenas, se retumban; contestan los ecos de las costas de la Neustria, la Guena y la Gascuña; el Ródano, el Saona, el Garona y el Rhin, se agitan y se salen de su lecho; las madres desconsoladas y pierres-las estrechan con fuerza sobre su pecho á sus hijuelos. Con efecto, cinco guerreros terribles están próximos á batirse, y se disputan el honor de la primera lucha, y aun al mismo Apolo le hubiera costado impropio trabajo arreglar sus disensiones. Procura Agramante deslizar el primer nudo, que es el de la hermosa Doralicia, cuya posesión se disputan Rodomonte y Mandricardo.

En vano emplea el hijo de Troja la persuasión y las palabras mas halagadoras con estos dos enemigos encarnizados, pues no puede reconciliar á dos hombres irritados por el amor y el orgullo. Imagina por fin un medio que le sale perfectamente: propónelos que se sometan á la elección de Doralicia. Entonces obra igualmente en ambos el amor propio, y les hace aceptar aquel arreglo. Efectivamente, Rodomonte tenía bastantes motivos para creer que lo favorecía la decisión de Doralicia. Le había amado mucho tiempo antes de que la conociera Mandricardo, y aun recibió de ella cosa leve favores que la prudencia no prohibe al amor que concede; en este afecto antiguo y en todas las palmas conseguidas en los torneos y que depositara á sus pies, fueda su esperanza. Mandricardo no dice una palabra, ni aparenta esperanza ni temor, pero disfruta interiormente completa seguridad. Doralicia es sensible y no puede ser ingrata; la gratitud y los recuerdos con que tanto parece envanecerse Rodomonte, nada son comparados con los sentimientos actuales de su tierna amante. Si nubló el sol los triunfos de Rodomonte, la noche cubrió varias veces con su espeso velo los de Mandricardo; sonrióse interiormente al ver á los cortesanos suponer que se decidía la hermosa en favor de Rodomonte.

Habiendo prestado ambos en manos de su emperador el juramento de someterse á la elección de Doralicia, van juntos adonde se halla la princesa: ruborízase esta en extremo y baja los ojos, mas los fija bien pronto en Mandricardo con dulce y tierna expresión, y le concede la preferencia. La sorpresa es general. Quélese Rodomonte tan estupefacto y consternado al pronto, que permanece inmóvil un momento sin atreverse á levantar la vista; pero pronto despiden los lividos colores de la cólera el rubor de la vergüenza en el irritado rostro del rey de Argel. Protesta en voz alta contra aquella decisión injusta; oprime con furor el puño de su espada y grita en presencia de Agramante y de toda su corte que tan solo las armas deben juzgar aquella causa. Adelántase entonces Mandricardo hacia Rodomonte y le dice: «Seu como quieras.» Ella pues á empezar de nuevo le contiende, y sin duda habría sido preciso surcar largo tiempo aquel mar agitado y proceloso antes de llevar la nave á puerto seguro, si Agramante no hubiera declarado á Rodomonte que no podía reproducir una cuestión

que acababa de decidir el amor; así consiguió vencer su cólera.

Rodomonte que tan solo cede por respeto al emperador, conoce la doble afrenta que lo hacen su infeliz amante y el imperioso Agramante. No quiere detenerse ni un momento en aquello cótico; parte sin avisar á nadie, seguido tan solo por dos escuderos y se aleja al instante del campo sarraceno. Asemejábase entonces á un toro furioso que se ve obligado á ceder su becerra á un rival mas afortunado. El celoso animal busca los bosques y parajes mas solitarios, se aleja de los fértiles pastos para ir á ocultarse en los pantanos ó en los áridos matorrales; ya se está al sol ó se sepulta en la espesa sombra, no puede apagar su furor y el amor que le consume, y que espresa con prolongados bramidos. Así se aleja Rodomonte de Agramante y de su ingrata dama.

Ocurriósele á Rugiero la idea de seguirle para rescatar á Frontino: tomba ya sus armas cuando recordó que debía decidir la suerte cuál había de ser el adversario de Mandricardo. No quiso que se le anticipara Gradasso, el cual disputaba el tálamo la posesión de Durandal, y dejó marchar tranquilo á Rodomonte para ocuparse tan solo del combate que iba á sostener. Mas tarde tendría derecho para perseguir al raptor de Frontino.

En cuanto á Sacripante, que no tenía igual motivo para detenerse, se lanzó en persecución de Rodomonte, y le hubiera alcanzado bien pronto á no ser por una aventura que le entretuvo hasta la tarde. Habiendo visto á una mujer que acababa de caer en el Sena, su generosidad natural le obligó á hacer penosos esfuerzos para salvarla la vida.

Durante este tiempo se escapó su caballo; costóle infinito trabajo cogerle, y perdiendo así las buellas del rey de Argel, se vió obligado después á andar mas de doscientas millas para encontrarle; cuando el pobre Sacripante pudo alcanzar á Rodomonte, tuvo la desgracia de perder á un temeroso caballo y su libertad. Pero no es este el momento oportuno para referir su aventura; debemos ocuparnos con predilección de Rodomonte que apenas se ha separado de su emperador y su amante, cuando pronuncia mil blasfemias contra ellos. Varias veces repiten sus suspiros y sus amargas quejas algunos ecos ocultos en las rocas. «¡Oh! corazón imperfecto de las mujeres, exclama, ¡con cuánta facilidad variáis! ¡Cuán poco respetas la fé de los juramentos! ¡Incesto el hombre que se fia de tí!

«¡Cómo, Doralicia! ¡mi fel y constante amor, mi sumisión á tus órdenes mas insignificantes, de que tantas pruebas te di, no han podido cautivar tu corazón! ¡Ayl! ¡por qué han variado tan rápidamente tus sentimientos? ¡Cómo ha podido seducirte tan pronto ese tálamo! No, no quiero hallar sino una sola causa á tanta liviandad. ¡Doralicia, hizo el destino que nacieras mujer! El cielo y la naturaleza prodajeron tu sexo perdido para desgracia del hombre, que hubiera sido menos digno de compasión si aquel no existiera. Si, naciste para tormento suyo: así como se ve nacer en la tierra á los lobos, osos y serpientes, y en el alro y en los barbechos los mosquitos, tábanos y avispas; así el cardo, la ampolla y la cizaña perjudican al buen trigo. ¡Por qué esa naturaleza omnipotente no habrá hecho al hombre como á los árboles, que se reproducen en sus propios retoños? ¡Ah! ¡Cuán fácil es ver que la naturaleza lleva siempre en sí el germen del mal! Sin duda porque no puede ser perfecta nunca, la representan bajo la figura de una mujer. No, no, mujeres traidoras, no es envanecéis porque dáis nacimiento al hombre. Ved cual sale la perfumada azucena de entre algunas hojas de olor nauseabundo, ved cual nace la rosa rodeada de ponzoñosas espinas. Mujeres sarcásticas, desdichadas y soberbias, sin fé, sin piedad, sin juicio, atrevidas,

cruces, traviosas y pérdidas, naceis tan solo para hacer la desgracia eterna del género humano.»

Así exhala Rodomonto sus quejas en su mortal despecho; unas veces, con el corazón oprimido, apenas hace oír su voz: otras, animado por el furor, hace resonar á larga distancia sus gritos. Bien fácil es ver que ha perdido el juicio, porque es indudable que para uno ó dos mujeres que merecieran sus recompensaciones, hay otras ciento que son dignas de alabanza: si por mi parte yo hallé jamás una sola que fuera fiel, estoy íntimamente persuadido de que pueden hallarse algunas que sean capaces de hacer la dicha de un hombre caballeroso; mi mala estrella no me ha ofrecido ni una sola de esta especie, y si de cada ciento no hay sino una que sea mala, temo que me caer en sus caducas. Tan solo tengo una esperanza, que es la de proseguir sin descanso mis pesquisas antes que concluyan del platearse mis cabellos; quizás hallaré al fin una cuyas alabanzas pueda cantar. ¡ Ah! con qué ánsia disfrutaré esa dicha! consagraré mi lengua, mi prosa, mis versos, toda mi existencia á celebrar sus encantos y su nombre, así como á publicar su gloria!

Tan injusto Rodomonto por su rey como para su amada, se queja de él con igual furor. Desea que los rayos, las tormentas, y todos los males salidos de la caja de Pandora destruyan su imperio por completo; que Agramante sea despojado de su trono, arrojado de sus estados, y que, pobre y sin recursos, se consuma en mortal dolor; pero por un resto de generosidad, desea también Rodomonto restaurar su trono y llevarle al colmo de la gloria; este será un medio noble de probar á Agramante que un amigo verdadero, ya tenga ó no á la razón de su parte, debe ser preferido á todo, á despecho del universo entero.

El rey de Argel, maldiciendo y echando de menos así alternativamente á su emperador y su amada, camina á grandes jornadas, y deja poco descanso al buen Frontino. Llega por fin á orillas del Saona y se dirige á la Provenza, donde puede embarcarse para regresar á África. Ve el Saona cubierto de barcos que llevan de diferentes sitios víveres y provisiones para el ejército; ocupan los arrabales toda la orilla derecha del río, desde París hasta las deliciosas playas de Aigues-Mortes. Al salir las provisiones y municiones de los barcos, se colocan en carros y acémilas, y las transportan así al ejército con buena escolta. Las orillas del río están cubiertas de gansos numerosos traídos de diferentes países; sus conductores pasan generalmente la noche en buenas hosterías situadas de trecho en trecho.

Rodomonto que ve la noche ya cercana y oscura, accede á las vivas instancias de un hostelero que le hace apearse en su posada. Cuidan con esmero su caballo; le sirven una buena cena, y vinos de Córcega y Grecia, porque Rodomonto ha advertido al hostelero que, si bien le gustan las mujeres de los moros, sabe beber como los franceses.

No contento su huésped con darle buena cena, le tributa toda clase de honores, pues ha conocido que es un caudil y ilustre; pero observa al momento que está triste y distraído: en efecto, preocupado aun Rodomonto con sus penas y el recuerdo de su traidora Doralicia, come y bebe sin decir una palabra. El hostelero, que es uno de los mas astutos que hay en Francia, y tiene la habilidad suficiente para conservar sus bienes y ejercer su profesión en medio de los peligros de la guerra, tiene consigo á algunos priores suyos que le ayudan á sostener la hostería; pero ninguno de ellos se atreve á desplegar sus labios delante de Rodomonto, cuyo silencio respetan.

El sarceno se pierde en un caos de ideas tumultuosas, y no fija su vista en nadie. Al fin, tranquilizándose por grados, parece despertar de un sueño profundo; levanta los ojos, que tuvo hasta entonces

fijos y sombríos, y mira al hostelero y su familia con aire bastante agradable. Rumiando por último tan prolongado silencio, pregunta al huésped y sus criados qué clase de vida llevan y si son casados. Hábiéndole contestado los que lo son, la segunda pregunta fue algo mas embarazosa, pues les exigió que dijeran francamente lo que pensaban de sus esposas: contestaron todos excepto el hostelero, que las creían tan buenas como fieles. «Haced perfectamente, les dijo este con sarcónica sonrisa, pero los deas somos muy dueños de tener distinta opinion; y á fé mia, si queréis que os hable con entera franqueza, os considero á todos como á imbéciles muy crédulos. Preguntádselo si no á este paladín: apuesto á que partipado de mi opinion, é no ser que desee disputar y sostener que un topo es tan blanco como la nieve. Una mujer bel se parece al ave fénix; no se podría hallar dos en todo el universo. Felizmente cada marido cree que es la suya; pero si no hay mas que una en el mundo ¿cómo se ha de evanecer cada uno con poseerla?»

«Participaba yo del error común: creia sencillamente en otro tiempo que todas las mujeres eran irrepreensibles, pero llegó felizmente un gentil-hombre de Venecia que me abrió los ojos. Llamábase Francisco Valerio; nunca le olvidé el nombre de aquel hombre amable, á quien considero como á un bienhechor mio: sabía todos los ardidés y travesuras que usan las mujeres; conocia todas las historias antiguas y modernas que podian servir de apoyo á su opinion, y aun creo que el buen señor hablara por experiencia propia. Así es que sostenia enérgicamente que, si alguna mujer parecia conservar un pudor severo, era por ser mucho mas diestra que las demas. Refiríame mil cuentos que hacian morir de risa, de todos los chascos ocurridos á las personas demissando crédulas; no recuerdo en este momento ni la tercera parte de ellos, y solo uno conservo en la memoria tan fluente cual si le hubiera inscrito en mármol, pues me pareció en extremo gracioso. Podría entreteneros contandoosle, señor, le dijo á Rodomonto, si creyera que os podia ser agradable esta narracion.

—No podiais imaginar ahora, contestó el rey de Argel, nada que mas me agrade; esa relacion estará completamente de acuerdo con mis ideas actuales, y para que podais recordar mejor los sucesos, y contármelos mas á gusto, sentaos enfrente de mí.» Me permitireis que no os repita hasta el canto siguiente la aventura singular que oyó Rodomonto.

## CANTO XXVIII.

**Argumento.**—Novela de Jaconda y del rey Antón, referida á Rodomonto por el hostelero.—Un anciano que se halla en la hostería deñando al sexo debil, y contradice el testimonio del posadero.—Rodomonto le insiste que continúe.—Se remueve en el italiano, y se detiene en una sala cerca de Montpellier.—Llega á ella Isabel con el cadáver de Zerbine y el empujado.—Rodomonto se enojosa de Isabel.

Mujeres encantadoras y vosotros los que sabeis amarlas, guardaos de escuchar esta historia, pues tiene por objeto esclusivo hacer recaer en un sexo amable el vituperio, la vergüenza y el desprecio. Aunque las palabras de semejante gente no pueden alcanzaros, y aunque se sabe que el vulgo se complace en hablar de lo que apenas conoce, os ruego, amables damas, que paseis este canto sin leerlo, pues yo por ello será menos clara mi narracion. He hallado esta historia en los escritos de Turpin, y la coloco tambien en mi libro, pero sin mala idea ni dañada intencion. Os adoro y me he complacido siempre en cantar vuestras alabanzas. En todas ocasiones os he proliado la sinceridad de mi amor y mi respeto; no me seria posible vivir sin vosotros. Pasad, pues, tres á cuatro hojas, y si os aventurais á recorrer su contenido, no le deis mas crédito que el que merece un cuento ó un chascarrillo.

Después de haberse sentado el hostelero enfrente de Rodomonte, empezó su narración de este modo: «Al subir Astolfo al trono de Lombardía, por haberse retirado su hermano mayor á un convento, era tal su belleza que ningún mortal podía serle comparado. Apoles, Zeuxis, los pintores mas célebres no habrían podido imaginar hermosa mas perfecta. Su gentileza encantaba á todo el que le veía, y estaba muy prendado de sí mismo; cifraba mas aun su ventura en no tener rivales en gracia y hermosura, que en su riqueza y poderío, por cuya razón acogía porozos las alabanzas que tributaban á sus atractivos. Había entre sus favoritos un caballero romano llamado Fausto, ante el cual se abalaba con frecuencia de la belleza de su rostro y manos. Preguntóle un día si había visto en su vida algun hombre que reuniera cual él todas las perfecciones, y le sorprendió bastante recibir la siguiente respuesta: «Señor, si lo de juzgar por lo que veo y oigo repetir por todas partes, tenéis pocos rivales en ese genero, y os lleváis la palma sobre todos, exceptuado, no obstante, á mi hermano Jococondo. Solo él, en concepto mio, puede seros comparable, aunque quizas os supere en gracias.» Nada podia parecerle mas luctuoso al rey, que no creía tener igual en hermosura. En su impaciencia por ver á aquel rival, hostiga á Fausto para que vaya á buscar á su hermano. A pesar de todos los obstáculos, y aunque Jococondo, satisfecho y contento con su fortuna, no habia hecho nunca el mas mínimo esfuerzo para aumentar ó disminuir su patrimonio, no saliendo nunca de Roma, y temiendo mas hacer un viaje á Pavía que lo que otros temieran hacer el de Tortona, prometió Fausto decidirse á ir á la corte de Astolfo. El mayor obstáculo era el entrañable amor que profesaba á su mujer, cuya voluntad era su única ley. Pero, no obstante, el caballero, y unió el rey á sus ruegos tantas y tan magníficos regalos, que no habiéndose sido posible resistir á su deseo. Pocos días después llega Fausto á Roma y consigue determinar á su hermano á que haga aquel viaje. Obtiene de su cuñada que guarde silencio (cosa bastante difícil) descubriendo con las ventajas que puede obtener su marido y jurándole su gratitud eterna. Fija Jococondo el día de su partida; su comitiva es suntuosa, magnífica en sus irajes, porque los adornos dan realce á la belleza. Su mujer no se separa del él. Desconsolada y llorosa, repite noche y día que no podrá soportar su ausencia, que desgarrar el dolor su corazón, y que no podrá vivir lejos de su esposo tan querido. «¡Oh mi dulce compañera! ¡vida mia! le dice Jococondo, enjuga tu llanto (y vertía él un torrente de lágrimas). ¡Ojalá se realice mis balagüenas esperanzas tan pronto como cierto es que mi viaje no se prolongará mas de dos meses! No permaneceré allí mas tiempo aunque me llere el rey la mitad de su reino.—¡Ah! le contesta su jóven esposa inconsolable, ¡me hallarás muerta á tu regreso si el cielo no se digna hacer un milagro en favor mio! Es tan grande su dolor, que Jococondo, al ver que no toma alimento ni duerme, se arrepiente de haber soltado su promesa. Quitase ella un collar, del cual pende una cruz pequeña adornada con pedrería, y que contiene reliquias santas cogidas por un peregrino de Bohemia. Al regresar aquel peregrino de Jerusalem, fue recibido en el castillo del padre de la jóven, y habiendo muerto en él, dejó aquel relicario á su huésped. Entrégale aquella cruz á Jococondo su esposa, suplicándole que la lleve puesta cual recuerdo y prenda de amor. Acepta este regalo aunque no teme olvidar á su tierna compañera, cuya imagen no podrá borrar de su corazón ni el tiempo, ni la ausencia, ni los sucesos prósperos ó adversos. Antes de despuntar la aurora que ha de alumbrar su separación, parece que la esposa de Jococondo está próxima á espirar en los brazos del que va á perder. Despidese por fin Jococondo de ella, monta á caballo y

se pone en camino. Después de haber andado unas dos millas, observa que ha olvidado el relicario debajo de la cabecera de la cama. ¡Ah! esclama ¡cómo me ha de perdonar semejante olvido! ¡Creeré mi mujer que desprecie su recuerdo de amor! Busca el medio de justificarse y prefiere ir por sí mismo á buscar el relicario apresuradamente, mas bien que enviar un criado ó un amigo. Así que tu viaje, dice á su hermano, pero con paso mas lento, hasta la primera hostería de Cacciano; pronto te alcanzaré, pues en este momento me veo obligado á regresar á Roma y no necesario que vuelvas conmigo. ¡Adiós, nada temas. ¡Al decir estas palabras, vuelve riendas y se aleja con rapidez. Atraviesa el río en el momento en que empiezan á disiparse las tinieblas, se dirige á su casa, echa pie á tierra, sube velozmente la escalera y se acerca al lecho en que su mujer descansa. Levanta con sigilo las cortinas, y ve con sorpresa á su casta y fiel esposa dormida en los brazos de un jóven de oscuro linaje, que pertenece á su servidumbre. Fáciles conocer cuál sería su estupor y rabia. ¡Vale mas oír hablar de estas cosas y creerlas, que saberlas por experiencia propia! Lleno de furor, hubiera trasponiendo gustoso con su espada á los dos culpables; pero un resto de amor detuvo su brazo. El amor (¡ved cuál serio la abyección de Jococondo!) le impidió hasta que despierte á la pérdida para aborrecerla la vergüenza y el remordimiento propios de tales casos. Sale el desdichado con el mayor cuidado, monta en su caballo, cuyos hijeros oprime con las espuelas, y alcanza á Fausto antes de que llegue á la hostería. Observaron sus compañeros de viaje su turbación y tristeza, mas no pudieron adivinar la causa de ellas, pues creían que Jococondo regresaba de Roma, cuando iba de Corneto. Causaba su dolor el amor, y nadie hubiera imaginado de qué modo tan cruel. Su hermano le atribuía el sentimiento de dejar sola á Edilia, mientras se desesperaba el desdichado por saber que se hallaba tan bien acompañada. Jococondo, con cuncto fruncido y los labios contraindos, fija en el suelo su sombría mirada. Fausto procura consolarle, pero ignorando el origen de su pena, consigue tan solo irritar la herida que procura calmar. Todos los remedios que aplica á ella son contrarios á la curación, pues pronuncia sin cesar el nombre de la infiel. Jococondo ha perdido el reposo, el apetito y el sueño. Su rostro que poco ha rebosaba salud, no es ya el mismo; hunden sus ojos, se prolonga su nariz, enfaquece, y los débiles restos de su belleza pasada no pueden sostener ya el paralelo con la hermosura del rey. Por último, una fiebre abrasadora pone el colmo á tanto sufrimiento, y tiene Jococondo que detenerse en las orillas del Arbio y del Arno. Desvanécense allí los restos posteriores de su belleza, cual se agnan los frescos colores de la rosa cortada al contacto de los ardientes rayos del sol. Desesperado Fausto al ver el triste estado de su hermano, teme fundadamente que le tomen por un impostor. ¿Qué pensará el monarca de los pomposos elogios que prodigará á las marchitas perfecciones de Jococondo? ¡Debia presentarle el hombre mas hermoso del mundo, y va á ver tan solo al mas feo de los mortales! Sin embargo, prosiguiendo su viaje, lleva el caballero á su hermano hasta Pavía. Antes de ir á la corte de Astolfo, cree deberle advertir por medio de una carta que Jococondo apenas tiene un resto de vida, y que una pena secreta, acompañada de una fiebre cruel, le ha puesto desahogado. Agrádele al rey la llegada del jóven, pues está impaciente por conocerle. Regocíjase interiormente de la desgracia que le hace ser inferior en belleza, porque á pesar de los estragos de la enfermedad se conoce que hubiera podido competir con el rey y aun acaso haberle la palma de la hermosura. Le aloja en su mismo palacio; visítale diariamente, informándose de los progresos de su mejoría, anticipándole á todos sus

derechos, y esmerándose en rodearle de solícitos cuidados y distinciones. Jocoando se consume en melancólica languidez, producida por los dolorosos recuerdos que atormentan su imaginación; ni las fiestas, ni los juegos, ni la música, consiguen distraerle ni calmar su pena. Cerca de su estancia hay una galería estrecha, donde se pasa leyendo del mundo y sus placeres: la soledad debería aumentar naturalmente la amargura de sus reflexiones, y sin embargo ¿quién lo creyere? encuentra en ella alivio de sus males. Al extremo de aquella galería hay una habitación oscura; las ventanas están cerradas y el piso molnido deja penetrar un rayo de luz. Mira Jocoando por aquella rendija, y ve lo que le pareciera increíble á cualquiera que lo oyera refírir; mas nadie se lo dice, sino que lo observa con sus propios ojos, y aun así lo duda. Cae aquella rendija encima del salón mas secreto y suntuoso de la habitación de la reina, espuesto misterioso en que solo se admite á las personas mas intimas. Examina atentamente lo que pase en él y ve á lo esposa de Astolfo entretenida con un enano que la estrecha entre sus brazos, y aun ha sido el tano tan diestro que ha conseguido la victoria. Sorprendido Jocoando, cree soñar y se queda inmóvil y lleno de estupor. Pero el hecho es lorto cierto: no es una vana ilusión, es preciso creerlo, y el esposo de Edilia dice para sí: ¡Cómo! ¡la esposa de un príncipe poderoso, amable y bello, se entrega á un monstruo deforme! ¿Cuál será, pues, el ardor de sus deseos? Recuerda entonces á Edilia, que le pareció indisculpable por haberse entregado á un criado joven, y le parece ya monosodioso su crimen. (Sería falta suya ó falta general de su sexo que no puede contentarse con un solo hombre? Si cometen todas el mismo delito, al menos su querida Edilia no eligió un monstruo. Vuelve el día siguiente á la misma hora y al propio sitio, y ve de nuevo á la reina y al enano haciendo al rey el ultraje mas cruel: en una palabra, todos los días se repite la fiesta, y sin embargo la reina, con gran sorpresa de Jocoando, se queda siempre poco ardor de su amante. Un día, aparenta estar turbada, impaciente y melancólica; dos veces ha mandado á llamar al enano por uno de sus dachas, y aquel no parece. Alféase por tercera vez la joven mensajera, y vuelve diciendo: está juzgado, y no quiero dejarlo hasta que hoyo rescatado su diuero. Al ver Jocoando aquel espectáculo, recobra su serenidad y se hace digno otra vez de su nombre. Con su buen humor reaparecen sus colores y buenas carnes; dírase al ver que era un ángel bajado de las regiones celestiales. Astolfo, Fausto y toda la corte ven con sorpresa el cambio notable que se ha operado en él. Anhela el rey saber la causa de su curación, y Jocoando por su parte, desea informarlo del ultraje que ha recibido; pero temiendo que Astolfo inflija á su esposa el justo castigo que dejó él de imponer á Edilia, exige el juramento solemne de que no tomará venganza alguna, sea cual fuere la ofensa que llegue á averiguar. Hícele jurar despues que ni sus acciones ni sus palabras han de revelar su cólera al culpable. Astolfo, que no cree ser parte interesada en lo que va á escuchar; lo promete todo sin vacilar y repito su juramento. Empiezo Jocoando por referir su propia desgracia, y cuenta que habiendo sorprendido á su esposa infiel en los brazos de un criado, hubiérase muerto de desesperación á no haberle consolado la desgracia de los demas. En el mismo palacio ha hallado un consuelo para sus penas y ha podido convencerse de que otros participan de su infortunio. Esto diciendo, enseña el rey por la rendija el monstruo que disfruta de su propiedad. Fácilmente comprenderéis cuál fue la indignación de Astolfo; fáltóle poco en su rabia para perder la cabeza ó estrellársela contra la pared. Estaba ya próximo á meter ruido y dar un escándalo pero recordó el juramento que habia hecho sobre la

hostia, guardó silencio y devoró su ultraje. «Amigo mio, ledice á Jocoando qué he de hacer, qué recurso me quede, puesto que te opones á que me goce en la mas triste y terrible de las venganzas? — Es preciso, contesta Jocoando, que sin cuidarnos de esas infelices, pongamos á prueba la virtud de las demas mujeres: hagamos á los maridos lo que nos han hecho antes á nosotros. Jóvenes y dotados con algunos atractivos, encontraremos pocos rivales. ¡Hallaremos acaso alguna mujer rebelde, cuando vemos triunfar á seres deformes? Las que no se comuevan al ver nuestras perfecciones, se rendirán á nuestros tesoros. Marchemos á conquistar los óptimos despojos de algunos maridos. La ausencia, la variación de pais y el ver nuevas bellezas curan las penas de amor.» Halla Astolfo excelente este medio, y sin vacilar un solo instante, emprenden el viaje, acompañados por Fausto y sus escuderos. Atraviesan la Francia, la Italia, lo Flandes y la Inglaterra, y todas las mujeres se someten á su ley. Unos reciben de ellos suntuosos regalos, y recibenlos ellos á su vez de otras; si con algunas hacen costosos gustos, las encuentran con mas frecuencia que se anticipan á sus deseos. Se detienen un mes en una ciudad, dos en otra, y pueden adquirir el convencimiento de que las demas mujeres no son mas fieles que las suyas. En fin, hartos de correr así el mundo, y comprandiendo que sin peligro de su vida no pueden cazar así en posesiones ajenas, deciden á buscar una mujer de rostro y carácter agradable que calme los fogosos trasportes que les agitan, sin producir en ellos el menor sentimiento de celos. «Te quiero lo mismo que á cualquiera otro para compañero de amor, dice el rey; ¿no es ya evidente para nosotros que no hay mujer alguna capaz de contentarse con un solo amante? Elijemos, pues, una; compartiremos sus favores sin angustiar nuestras fuerzas, y no tengamos nunca por ella ni disputas ni disensiones. No creo que á ella la vaya mal; es indudable que si cada mujer tuviera dos maridos sería mas fiel que á uno solo, y no habría tantos matrimonios desunidos.» Apruebe Jocoando este proyecto, y resueltos á llevarle á cabo, empiezan á buscar por montes y ciudades el codiciado objeto que soñaran. Imaginan hallarle en la hija de un posadero de Valencia, de esbello talle, agraciado semblante, y cuyos encantos aumenta la frescura de la juventud. El padre que se hallaba cargado de hijos y teme la miseria escucha con harte facilidad las proposiciones de los dos extranjeros generosos, que le prometen no abandonar nunca á su hija. Llévanse á la joven Flameta, y siendo felices simultáneamente, sin disensiones de ninguna clase, se parecen á los fueles de una fregua que nunca dejan que se apague el fuego que hay en ella. Desembarcando recorrer toda la España y ver el antiguo reino de Syphax, salen de Valencia, y se detienen el mismo día en una posada de Játive. Aprenderse á ir, segun su costumbre, á visitar los templos, los palacios, las calles, las plazas públicas, y dejan á la muchacha con su comitiva; unos hacen las camas, otros cuidan los caballos ó preparan la comida para sus amos. Uno de los criados de la posada ha servido en otro tiempo en casa del padre de Flameta, y esta y él se han amado desde la mas tierna infancia, cogiendo aquel las primicias de su amor. Condesciende al instante, pero tienen buen cuidado de no manifestarlo; despues aprovechando al momento en que amos y criados han salido, se buscan con efan sus ojos. Pregúntala el joven cuál es el objeto de su viaje y á cuál de los dos señores pertenece; Flameta dice la verdad al griego (coneste nombre designaban al jóven). «¡Ah! esclama c- le, cuando creí llegar el colmo de mi ventura, voy á perderte quizas para siempre! Mis gentes esperanzas van á convertirse en cenizas, porque te veo en poder de esos hombres que nos separarán sin remedio. A fuerza de trabajos y sudores, con las

gratificaciones que me dan los viajeros he hecho algunas economías, y pensaba ir á Valencia para pelear á tu padre tu mano.» Contéstale Flameta que debiera haberse apresurado más. El griego se lamenta, solloza y con una astucia digna de su nombre, exclama: «¿Es decir que quieres mi muerte! ¡Si al menos pudiera estrecharte en mis brazos antes de espirar, me consolaría en parte de tu pérdida! Alivia el sufrimiento de mis últimos momentos. — Mi ternura en nada cede á la tuya, contesta Flameta; pero aquí, entre tanta gente, seríamos descubiertos. ¿Qué momento podemos aprovechar? — ¡Ah! ¡si tuvieras la mas mínima parte de mi ardor, estoy seguro de que sabrías procurarme esta noche momentos deliciosos! — ¿Mas cómo conseguirlo? ¡luzmo entre los dos caballeros, cada uno me tiene alternativamente en sus brazos, y uno ú otro está continuamente ocupado conmigo. — Conseguirémos burlarnos vigiliencia continua el griego, si tú quieres, puesto que participas de mi amor y desconsuelo.» Después de un instante de reflexión, le permite Flameta que vaya alcuarto cuando todos duermen en la casa, y le indica el medio de reunirse con ella y retirarse después. Preséntase el griego en la puerta, la abra y se aproxima con el mayor cuidado, como un hombre que anda sobre vidrio ó huevos; mueve las manos con la misma cautela: sus brazos estendidos hacia adelante encuentran el pie de la cama, y entra en ella de cabeza. Palpa las piernas de Flameta que está echada boca arriba, deslízase suavemente hasta la altura de su rostro, y la estrecha toda la noche en sus brazos. Cual un guseto consumado, que manteniéndose recto en los estúdios, oprime los hijares de un vigoroso corcel sin dejar ni un momento la silla, así el griego no abandona á su dama y satisface sus deseos. Sin embargo, Jocoúdo y el rey han oído la amorosa peles, pero engañados por un común error, creen cada uno que su compañero es dichoso. Al volver el día, retráese el griego del mismo modo que entrara, y Flameta se levanta á abrir á los pajes. Astofo se dirige á su compañero diciéndole con semblante risueño: «Hermoso, largo viaje has hecho, debes estar muy cansado. — ¡Yo! replicó Jocoúdo con tono irónico, á vos es á quien se debe aconsejar mas bien el reposo; no ha cesado vuestra caza hasta que ha vuelto la aurora. — Te aseguro, contesta el rey, que no habría sentido hacer un poco de ejercicio, si me hubieras cedido tu cabalgadura. — Sois mi dueño y señor, y estáis en completa libertad para cambiar las condiciones, pudiendo decirme francamente: cédemeis.» Animase por gritos el altercado y se hace bastante vivo para que lleguen á oírse por una y otra parte palabras insultantes. Cada uno de ellos cree haber sido engañado; Flameta está cerca de allí; se llama y llega trémula y temblorosa: exigen ambos que confiese cuál de los dos ha sido el más afortunado aquella noche. «¡Desecha todo flaqueamiento, le dice el rey con severo tono, y declara cuál de los dos ha sido el campeón que ha sostenido esta noche tan frecuentes luchas. Su respuesta dará á conocer al embustero. Aterrada la jóven, se postea de rodillas pidiendo gracia: confiesa que subyugada por la irresistible fuerza de su amor primero, se ha dejado enternecer por el sufrimiento y penas de un amante apasionado, y ha olvidado su promesa. Reflexiona en seguida el ardor con que los ha engañado á entrambos. Jocoúdo y el rey se miran uno á otro confusos y llenos de admiración. ¿Se vio nunca, acaso á dos hombres engañados de tal manera? De pronto, entregándose á una risa violenta, caen sobre la cama sin aliento, con los ojos cerrados y abierta la boca. Después de haber reído largo rato, hasta faltarles poco para perder la respiración, exclaman: «¿Cómo nos habíamos de librar de los esclamos de vuestras mujeres cuando no hemos podido guardar á esta muchacha, colocada entre nosotros en el mismo lecho?

Aunque un marido tuviera mas ojos que Argos, no podría librarse de su infuusta suerte. ¡Jlemos puesto á prueba mil mujeres y todos han sucumbido! ¿De qué nos serviría seguir buscando hasta hallar alguna que fuera rebelde? Debe bastarnos esta experiencia última. Volvámolos al lado de nuestras esposas, que no son peores ni mejores que las demás.» Al decir esto, llaman al amaño de Flameta y se le dan por esposa con un buen dote. Después montado á caballo, vuélvense á su país y van á vivir con sus mujeres sin inquietarse en lo sucesivo por sus deslices.»

Acabe el hostalero esta narración que escuchan atentamente su auditorio. Rodomoto be guardado entre tanto un silencio profundo, y exclama en seguida: «Estoy dispuesto á creer que las mujeres son fértiles en ardidcs, y que no bastaria todo el papel del universo para escribir la historia de ellas.» Pero un anciano mas juicioso y atrevido que los demás, no puede sufrir que se dirijan tantos ultrajes á un sexo humilde, y volviéndose hacia el hostalero, pronuncia estas palabras: «Cada día se ven componer nuevos cuentos inverosímiles, y el tuyo es de este número. No daré crédito al historiadur que te le refirió, aunque fuera un evangelista; su opinion sobre el bello sexo es el resultado de necias y falsas preocupaciones, que yo de la experiencia. Por dos ó tres mujeres que le dieron motivos de queja, leño extensivo el vituperio á todas las demás. Que se culme su cólera y á las calumniales mas absurdas oírás suceder los mejores elogios. Si quiere ser justo, hallará mas ejemplos dignos de alabanza que de insulto; para un mujer de mala fama se hallan otras ciento que son dignas de verdadero respeto. Lejos de merecer el vituperio, la mayor parte de ellas son modelos de virtud. Ese Valerio dice lo contrario, pero puedes estar persuadido de que tan solo abede á un secreto despocho, no á una convicción profunda. ¡Hay entre vosotros un solo hombre que permaneciera siempre fiel á su esposa, y que no buscara todas las ocasiones posibles de seducir á la mujer agena, recurriendo á los regalos? ¿Existe hombre alguno que observe una fidelidad intachable? El marido que se alabara de este seria un impostor, y el que le creyera, un necio ó un loco. ¿No habeis hallado nunca una mujer incitadora, sin contar las que tienen perdido la honra? ¿No habeis visto á mas de un esposo abandonar á la mujer mas hermosa por otra cuyos favores están á merced del primero que llega? ¿Qué sucedería si se solicitara á sus deseos una muchacha jóven y linda? Todos nos espondríamos á perder la vida por complacerla. Las mujeres que olvidan un deber tienen con harta frecuencia motivos justos de reprensión, porque sus huérfanos esposos, llenos de saciedad y hastio, buscan lo que pertenece á otro. Para ser amado es menester saber amar, y dar otro tanto como lo que se recibe. Si fuera yo legislador, dictaría esta ley: «Toda mujer adúltera sufrirá la pena de muerte si no consigue probar la inutilidad y criminalidad de su marido; en este caso quedará impune su delito, y nada tendrá que temer de las leyes ni de su marido.» Uno de los preceptos nobles y grandiosos de la religión cristiana es no hacer al prójimo lo que uno se quiera para sí. Se acusa á las mujeres de incontinencia como de un gran crimen; ¿pero se puede acusar acaso al sexo entero? ¿Cuánto nos expuestos estamos nosotros á pecar si No existe la constancia entre los hombres, y todos se entregan diariamente, sin el mas mínimo escrúpulo, al robo, al fraude, al homicidio, á lo usurario y todos los crímenes conocidos.» El prudente anciano se dispone ya á citar ejemplos numerosos, va á nombrar esas mujeres virtuosas cuyas ideas y acciones fueron siempre puras; pero Rodomoto le lanza una mirada feroz y terrible: el temor detiene su voz sin destruir su convencimiento. El rey de Sarsa termina de este modo la discusión; después se levanta y se retira para disfrutar

de algun descanso hasta el momento en que la auro-  
ra disipe las sombras de la noche. Pero apenas cierra  
el sueño sus párpados, y no cesa de lamentarse por  
la infidelidad de Doralicia. A los primeros albores del  
día, se pone en marcha con intencion de embarcarse  
en el rio. Quiere librar así del cansancio al excelente  
corcel que arrebató á Rugiero y Sacripante, ademas  
da que este camino es mas breve. Manda al momento á

los berqueros que se siejen de la orilla; la barca si-  
gue rápidamente el curso del Saona, y Rodomontó  
contínúo entregado á tristes recuerdos. Turban su  
mente ideas crueles que le desgarran el corazon y le  
quitan toda esperanza de felicidad; no sabe qué par-  
tido adoptar, ni qué género de resistencia puede  
oponer á los enemigos implacables, á los pórvidos  
con cuyo auxilio conta. Navega así todo el día y la



Asielfo y Jacinto resuelven ir á vivir con sus esposas.

noche siguiente, y nada puede borrar de su ulcerado  
corazon el recuerdo del ultraje que sufrió. Las  
trasparentes aguas que surca su barquilla no po-  
drían apagar el incendio que lo abrasa, y la variacion  
de sitios y paisajes no proporcionan alivio alguno á  
sus penas. Así como un enfermo aniquilado por una  
calefatura abrasadora se vuelve tan pronto de un lado  
como de otro, buscando en vano una situacion mejor,  
el pagano no experimenta alivio alguno ni en el agua  
ni en tierra. Por fin, cediendo á su impaciencia, des-  
embarca y atraviesa á Leon, Viena, Valencia y Avi-  
ñon con su magnífico pueute. Todas estas ciudades y  
otras muchas, situadas entre el rio y los montes de  
los antiguos Celtíberos, están sometidas al rey de  
Africa y de España desde que penetraron en aquellas  
regiones. Dirijese luego á Algués-Montes con el ob-  
jeto de embarcarse para Argel; llega cerca de una al-  
dea favorecida aun por Ilaco y Céres, á pesar de los  
estragos de la guerra. Las mieses umbrilientas mecen  
sus espigas á merced del viento en la llanura, y por  
otrolado se ven las onrepesadas olas del mar inmenso.  
En una colina hay una capilla de construccion recien-  
te pero que se halla abandonada desde el principio de  
la guerra. Cautivado Rodomontó por la belleza del  
paisaje, y por la esperanza de estar lejos del ruido  
odioso de las armas, se detiene en la capilla. Renun-  
ciando á posar á Africa, olvida su palacio de Argel,  
y se aloja allí con sus esclavos, caballos y equipaje.  
Aquel sitio está próximo á Montpellier y otros ciuda-  
des ricas y populosas; riega la llanura un rio, y es  
facil procurarse todo lo necesario para la vida. Un dia  
que se halla entregado á sus melancólicos pensamientos,  
pues pasa todo el tiempo en profundas meditacio-  
nes, ve llegar por la pradera á una mujer joven y her-  
mosa, acompañada por un monje de larga barba. Estos  
viajeros se adelantan por un sendero angosto, y lle-  
van tras si un caballo cargado con un fardo cubierto  
con un paño negro. Podreis adivinar quíénes eran

aquella dama y aquel monje, y lo que contenia el far-  
do: era Isabel que llevaba consigo los restos mortales  
de su querido Zerhino. La dejamos en el camino de  
la Provenza, acompañada por un venerable y santo  
varon que la exhortaba á consagrar á Dios el resto de  
su vida. Su rostro está á la sazón pálido y demacra-  
do; lleva los cabellos desordenados: de su acongoja-  
do pecho salen hondos suspiros, y son sus ojos un  
roedal de lágrimas. En fin, todo anuncia en ella el  
dolor mas grande y profundo, pero los encantos que  
aun la quedan prueban cuán prodigas fueran con ella  
las gracias. Al ver aquella beldad, olvida el sarraceno  
su propósito de aborrecer y ultrajar á las mujeres, á  
ese adorno tan brillante de la naturaleza. Inspírase  
Isabel un nuevo amor, y borra el recuerdo de su anti-  
gua passion cual un clavo arranca á otro. Se acerca  
á la hermosa nñigida, y con el tono mas dulce y tier-  
no la pregunta su nombre. Contéstale Isabel que,  
determinada á huir de un mundo perverso, se consa-  
gra á Dios para merecer su perdón practicando obras  
piadosas. El feroz Rodomontó, menospreciador de  
toda ley y religion, halla ridiculo aquel proyecto;  
dicele que es una locura culpable sepultar como el  
avaro un tesoro tan precioso, sin provecho ni utilida-  
d para nadie. Las cadenas se han hecho para los  
leones y osos, y no para las doncellas hermosas.  
El monje, que escucha al lado de Isabel, oye aque-  
llas palabras, y temiendo verla ceder á la seduccion  
la pondera todo el esplendor del celestial ali-  
mento, y procura fortalecerla en su vocacion. El  
brutal Rodomontó no encuentra muy de su gusto ta-  
les consejos y empieza á incomodarse; cansado el  
impaciente sarraceno de oír el discurso del anciano,  
que en vano procura interrumpir, se arroja sobre  
el enfurecido. Pero temo estenderme demasiado, y  
escarmentado con el ejemplo del monje, que fue  
castigado por su pendez, concluiré aqui este cuento.

ARGUMENTO.—Rodomonte se desembruza del ermitaño, y acosa con avar a Isabel.—Miedo aunque que adopta a la por salvar su honor.—Elogio de Isabel.—Rodomonte hace caducar su poder.—Llegan a él muchos guerreros, y entre ellos Orlando.—Con él va con Rodomonte.—Lectura de Orlando.—Encuentro a Aquiles y se apodera de su esbaldadura.

¡Aní! ¡Cuán sujeto a variaciones está el carácter del hombre, y cuán grande es su inconstancia! Es preciso muy poco para modificar vuestras resoluciones, sobre todo las que proceden de un despecho de amor. Hemos visto a Rodomonte lleno de furor contra las mujeres, salirse de los límites del bien parecer; y lejos de esperar que se pudiera estinguir nunca su cólera, parecía que nada pudiera debilitarla. ¡Sesó encantador! me enfurezco al ver los ultrajes que os ha prodigado ese hombre injusto; y basta que haya sido castigado su crimen con un suplicio terrible, me esforzaré para probar que hubiera hecho mejor en callar y morirse la leona. La experiencia nos enseña que sus palabras fueron propias de un necio y de un insensato. ¡Comprendía en sus calumnias a todas las mujeres, y héle ya transformado por una sola mirada de Isabel! Apenas la ve, aun no la conoce, y ocupa esta joven el lugar de la mujer á quien amara. Abrazado por nuevos fuegos, espera triunfar de la firme resolución de Isabel con palabras incitadoras y libertinas. El ermitaño para hacerla perseverar en su piadoso intento, emplea los discursos mas graves, y se opone cual un escudo impenetrable á los esfuerzos del pagano. Importunado por sus discursos, irritado, expuesto al verso estacado frente á frente, aconseja Rodomonte al monje que se vuelva á su retiro, y concluye por arrojarse sobre él y arrancarle un puñado de pelos de su larga barba. Crece unas y mas su furor, y con férrea mano le coje del cuello, le hace dar varias vueltas en el aire y le arroja á la playa. Ignoro y no podré decir lo que fue de él, porque las versiones son muy diferentes. Segun dicen unos su cuerpo informe y destrozado quedó sobre una roca; segun otros, cayó al mar á mas de tres milias y se abogó, por no saber nadar, después de haber rezado inútilmente una cantidad inmensa de oraciones. Dicese tambien que acudió á socorrerle un santo y le puso en la orilla. En fin, fuere lo que quisiere, no volveré á mencionar á este monje en mis crónicas.

Después de tan bella bazaña se aproximó Rodomonte con aspecto menos fiero á Isabel, que estaba llena de terror y desesperacion; le dijo las vulgaridades que suelen ensartar los amantes, apellidándola su corazón, alegría, esperanza y consuelo de su vida, y prodigándola todos los nombres propios de aquel caso. Por fin, sin daltanza y urbanidad alejan todo temor de violencia. La belleza de Isabel parece emortiguar sus lastimos feroces; se resignará con desflorar tan solo la corteza en lugar de cojer el fruto. Quiere deber su victoria al amor, y confia inducir palatinamente á la joven á que acceda á sus deseos. Isabel, que se ve en aquel desierto salvaje cual el raton bajo la zarpa del gato, hubiera preferido ballarse en medio de las llamas; preciso es huir de un peligro inminente, ó salir de él pura y sin mancha. ¡Antes morir mil veces que someterse á las leyes de aquel hombre feroz! ¡Inultará acaso la memoria del hombre que perdiera, y á quien jurara eterna fidelidad? ¡Sin embargo, que ha de hacer? Crece á cada instante la fogosa pasión de Rodomonte, y pronto olvidará toda consideracion. Helle por fin Isabel un medio de salvar fiesu su virtud, y cubrirse de imarcescible y pura gloria. En el momento en que el bárbaro la acosa con una tenacidad feroz que está en completa oposicion con los miramientos que hasta entonces guardara con ella, le dice: «Si jurais respetar mi virtud, si puedo permanecer sin temor al lado vuestro

TOMO II.

tro, os revelaré un secreto que tendré para vos un valor cien veces mayor que el de esos gozes á que aspirais. No perdais una ventaja inapreciable y positiva por una satisfaccion pasajera. Por do quiera hallareis mujeres jóvenes y hermosas, mas no encontrareis ninguna que os pueda dar lo que yo voy á ofreceros. Hay una yerba que he visto cerca de este sitio, y que saldrá lullar, le cual, cociéndola con hiedra y ruda en un fuego de leña de cipres, produce, siendo esprimida por manos inocentes, un licor cuya eficacia es tan grande, que basta mojarse el cuerpo con él por tres veces consecutivas para hacerle que sea impenetrable é incombustible. Permanece así durante tres meses, y luego es preciso repetir la operacion, porque no dura mas tiempo su efecto. Desde hoy puedo empezar á hacer ese bálsamo; hareis la prueba, y estoy segura de que preferireis la posesion de semejante secreto á la conquista de la Europa entera: pero me habeis de agradecer este servicio que os hago, respetando á mi virtud.» Despierta en Rodomonte sentimientos mas honrosos; pronto aspira el sarceno á ser invulnerable, y sus juramentos sobrepujan á los que esige de él. Propónese cumplirlos para conocer el poder del bálsamo, y sabrá contenerse hasta entonces; despues obrará segun lo esige su pasión, porque el impio ray de Sarse no teme ni respeta á Dios ni á los santos, y su falta de fé en materia de religion sobrepaja á cuanto se ha dicho de los infieles africanos. Asegura para que respetará á la que va á procurarle la ventaja de que gozaron en otro tiempo Aquiles y Cícepas. Explora Isabel los valles y los precipicios, lejos de las poblaciones y aldeas, y recoge una cantidad inmensa de yerbas; la acompaña Rodomonte, y no se separa un punto de ella. Por último, cuando tiene las yerbas suficientes, regress bastante tarde á su morada, y pasa el resto de la noche cociéndolas. Examina el rey atentamente todos estos preparativos; despues se pone á jugar con sus escuderos, y el calor del fuego les da tal sed, que despues de frecuentes libaciones vacian dos toneles de excelente vino griego arrebatados á unos viajeros pocos dias antes. El sarceno se acostumbra beber vino; pues su religion le prohibe su uso; pero en cuanto lo prueba, la halla preferible á los licores mas deliciosos, y aun al nectar, bebida de los dioses. Burlándose de Mahoma, bebe varias copas de vino; lo propio hacen sus escuderos, y pronto sube el vapor espirituoso á alterar las cabezas de los bebedoras. Aperia Isabel del fuego la vasija en que están las yerbas. «Ahora verás, le dico á Rodomonte, si son falsas mis palabras; te convencerás con la evidencia, que somete á los mas incrédulos. La experiencia hace distinguir la verdad de la mentira: vas á hacer ahora en mí la prueba de las precisas cualidades de este bálsamo, y verás como libro de la muerte. Voy á meter en él tu cabeza hasta los homeros, y tu probarás si el vigor de tu brazo y el filo de tu espada pueden hacer malis en mi piel.»

Al decir estas palabras, con aire tranquilo y risueño presenta su cuello al pagano, que está ya turbado por la embriaguez, y de cuyos ojos no podrian librar los mayores cascos ni rodellas. incapaz de reflexion, da entero crédito á las palabras de la amada de Zerbino, y le da un golpe terrible que separa de los homeros aquella cabeza hermosa en que jugueteaban los amorcillos. Tres veces salta, y da sus labios yertos sale el nombre de Zerbino. ¡Para reunirse con él y librarse de la profanacion, emplea Isabel la astucia! Alma tierua y fiel, que prefirió sacrificar su juventud y su vida renunciando casta y pura, cosa inaudita y casi desconocida en nuestros dias! Vuela en paz á la region de los ángeles, alma bienaventurada! Si algun poder tienen mis débiles cantos, quiero hacer que resplandezca tu nombre de siglo en siglo á los ojos de la posteridad por medio de las

flores de la elocuencia y los prestigios de la poesía. Buene en paz en la celestial morada, y deja un noble ejemplo á las demás mujeres.

El Creador del cielo y de la tierra ve esta accion tan admirable y extraordinaria de Isabel, y esclama: Ha hecho mas que aquella cuya honra costó el trono á Tarquino; quiero instituir en favor tuyo una ley que clasificará entre los decretos irrevocables, y juro por las sagradas ondas que onda podrá alterarla. Las que llevan tu nombre en los siglos futuros, estarán dotadas de genio, gracias, sabiduría, bondad y prudencia, tendrán todas las virtudes imaginables, y los poetas celebrarán á portia su gloria; se oirá repetir sin cesar en las cumbres del Pindo, del Helicon y del Parnaso: «¡Isabel! ¡Isabel!» Al resonar la voz divina del Eterno Ser, serénase el aire, y el mar se calma. El alma radiante de Isabel se lanza al tercer cielo, y se reúne con la de Zerbino, mientras que el feroz y nuevo Brebus-sin-piedra queda confundido de vergüenza y estupor: al volver en sí de su embriaguez, maldice aunque hasta tarde su error. Agobiado por el dolor y el remordimiento, cree aplicar los males de su víctima honrando su memoria, y convierte en musoleo la iglesia y el sitio que han sido testigos de su muerte. Por medio de amenazas y promesas, reúne todos los obreros de los alrededores en número de seis mil. Arrancan por su orden de la montaña inmediata trozos inmensos de piedra, y construyen un monumento de ochenta brazas de alto. Este sepulcro, bastante parecido al que construyó Adriano en las orillas del Tiber (1), encierra la iglesia en que reposan los restos de entrañados amantes. Añade á esto una torre luminosa, donde fija su residencia. Sobre el río que baña el pie de aquel sepulcro magnifico, echa un puente muy largo, pero tan augusto que no pueden pasar por él dos caballos de frente, y carece de parapeto, para que al primer choque sea fácil caer al agua. El sarraceno se propone exigir un portazgo muy gravoso á todos los viajeros, ya sean cristianos ó infieles, y jura que adornará con mil trofeos el sepulcro de Isabel. Bastele tan solo diez días para llevar á cabo estos trabajos. Un centinela hace el servicio de vigia en lo alto de la torre, y toca la trompa para anunciar la llegada de algun caballero. Entónces empuña Rodomonte sus armas y sale al encuentro de los recién llegados; si se presentan por el lado de la torre, aprópiase á llegar á la orilla opuesta para atacarlos de frente. En tan estrecho campo de batalla, el corcel que da el mas mínimo tropiezo arrastra á su jinete al fondo del abismo. No se vió nunca paso mas peligroso. Imagina el sarraceno que espondiéndose con tal frecuencia á ser precipitado al agua de la que se verá obligado á tragar una buena cantidad, espantó el crimen que la embriaguez le hiciera cometer. ¡Pero si siempre el agua la fuerza del vino, no por eso lava las manchas que este produce!

Pronto se presentan una multitud de guerreros en el puente. Es para unos camino de Italia ó de España; otros acuden allí tan solo para probar su valor y adquirir gloria. Pierden todos sus armaduras, y algunos perecen en lugar de obtener la codiciada palma de la victoria. A los infieles les despoja Rodomonte de sus armas, y les coloca en el musoleo con una inscripción que indica los nombres de los vencidos; á los cristianos los hace cautivos para enviarlos á Africa. Apenas se halla concluido el edificio cuando aparece Orlando, entregado todavia á un delirio espantoso. Llegó cual siempre, vagando á la ventura, y con un estan concluido siquiera los trabajos del puente. En aquel momento se halla cubierto Rodomonte con su armadura, pero sin casco; impulsado el conde de Augers por su locura, salta la barrera y

se arroja al puente. El rey de Sarse que se halla al pie de la torre, sin dignarse desvainar la espada, grita desde lejos al conde con vno irritado y amenazador: «Detente, villano; este puente se ha hecho tan solo para caballeros nobles, y no para un patán de tu especie!» Preocupado Orlando con una multitud de ideas incoherentes, se adelanta como un hombre que nada oye. «Yo castigaré á ese tonto, » dice Rodomonte; luego, sin sospechar siquiera la fuerza que tiene el conde, se prepara á tirarle al río. En aquel momento, una dama que se halla en la otra orilla, se dispone á pasar el puente; suntuoso es su traje, y su belleza no es menos notable que su gracia y la nobleza de su porte. Conoceréis, señor, que es la tierna amante de Brandimarte, que va buscando á su adorado por todas partes, excepto por Paris, que es donde justamente se halla. Al llegar, vé á Rodomonte que se apresta á tirar al conde al río; conoce la jóvea al momento á Orlando, y se queda muda de sorpresa al ver su estraña locura y su desmude. Detiense para ver el resultado de la lucha que hay entre aquellos dos atletas terribles, y presenciar los esfuerzos que hacen cada uno para triunfar de su adversario. «¿Cómo tiene un loco tanta fuerza?» dice para sí Rodomonte, y lleno de desprecio y cólera, se agita frenético, buscando un sitio favorable para cojerle y precipitarle. Adelanta tan pronto el pie izquierdo como el derecho, con la esperanza de hacer tropezar al conde. Acoséjase á un oso que se esfuerza para derribar el árbol de que acaba de caerse, y que considera como la causa de su caída y del daño que ha recibido. Orlando, cuya imaginacion está vagando por donde quiere, se deleita por su solo vigor pero este no tiene igual en todo el universo; oprime con fuerza á Rodomonte y cae con él al río. El ruido de su caída hace retumbar la orilla, salta el agua y ambos llegan al fondo. Pero pronto se abre de nuevo la superficie del río: Orlando está desmudo, llega con facilidad á la orilla, y sin saber lo que se hace, sin cuidarse de elogios ni censuras, emprende de nuevo su ensayo correría. Embarranzado Rodomonte con el peso de sus armas, llega con mayor dificultad y menos rapidez á la orilla. Entre tanto ha atravesado Flor-de-Lis el puente y ha leído todas las inscripciones y trofeos, pero no ve la coraza ni el vestido de Brandimarte.

Mas ocupámonos del conde, que se halla ya lejos de la torre y del río. No emprenderé la enojosa tarea de referiros todos los actos de locura de Orlando, pues fuera interminable mi narracion entónces; pero puedo hablarlos de los mas extraordinarios y de los que, siendo mas dignos de que los celebre la poesía, convienen mejor á mi libro: no omitiré el que ejecutó en los Pirineos cerca de Tolosa. Presa siempre de furioso delirio, ha atravesado distancias enormes. Al llegar á la cumbre de los montes que separan la Francia de la Cataluña, se dirige al Occidente siguiendo un camino augusto que domina á un valle profundo. Allí se ofrecen á su vista dos leñadores jóvenes que llevan consigo un asno cargado de leña. Notando aquellos hombres que Orlando está privado de juicio, le gritan con imperio que se marche, que retroceda, ó que les deje libre el paso. Sin dignarse siquiera contestarles, pega Orlando tan terrible pantufle al asno, que le envia al aire á grande altura, en términos que parece tener el impulso de un pájaro, y va á caer á uns de una milla de distancia en la cumbre de una colina. En seguida se arroja sobre los dos leñadores: uno de ellos, mas afortunado que prudente, pero aconsejado tan solo por el miedo, se desliza al fondo de un precipicio, á sesenta brazas de profundidad; en la mitad del camino se engancha en las flexibles ramas de un arbutó lleno de espigas, y se libra de la muerte sin sufrir mas que algunas heridas ligeras en el rostro: el otro procura trepar á un árbol

(1) El castillo de: Anagnino, en Roma.

para librarse de los golpes de aquel furioso. No le perdonaba Orlando la vida: le coje por los pies y le parte por medio. Así hace el halcón cuando quiere dar al azor las estrujas de una garza real ó de un polluelo. El que se libró de tan funesta suerte refirió este hecho prodigioso que insertó Turpina en su cronica. Después de una multitud de aventuras no menos singulares, habiendo vagado el conde largo tiempo por las montañas, bajó las llanuras de España y siguió caminando por la orilla del mar que

baña á Tarragona. Inspirado por su caprichosa locura, desea detenerse en aquella playa y se sepulta en la arena, para librarse de los ardientes rayos del sol. «La casualidad conduce cerca de su asilo á la hermosa Angélica y su esposo. Ambos han bajado de los Pirineos á la costa de España según dije antes. No está ya Angélica sino á dos pasos del conde cuando le ve: ¡mas cómo había de conocer al paladín! Siempre está desnudo, ya al sol, ya á la sombra; su piel está negra y abrasada cual si hubiera nacido Orlando



Isabel cogiendo flores seguida de Rodomonte.

en las rudas llanuras de Siena, entre los Garamantos ó cerca del nacimiento del Nilo. Sus ojos están hundidos en las órbitas, su rostro flaco y descarnado, sus cabellos herizados y en el mayor desórden se mezcla con su espesa barba, que está llena de fango. Huye Angélica llena de terror, y corre á echarse en los brazos de Medor. Mas apenas la ve el loco cuando se precipita ya hácia aquella mujer cuyos atractivos producen en su corazón los mas fogosos deseos. No conserva recuerdo alguno de su antiguo amor, y sin embargo la persigue con el mayor encarnizamiento. Al ver Medor la accion del loco, le empuja por detras con su caballo, y le tira estocadas y tajos. Creen separarle la cabeza del cuerpo del primer golpe: ¡vano esfuerzo! Detiénese la espada en la piel, que es mas dura que el hueso y mas impenetrable que el acero. ¿No es acaso invulnerable el conde? Al sentir este que le pegan, se vuelve y da un puñetazo terrible al corcel que monta el hermoso Medor; el animal cae muerto, con la cabeza destruyada cual si fuera de vidrio. Después emprende Orlando de nuevo la persecucion de Angélica, que escita á su palafren con la vez y con la espuela: el vuelo de la flecha lanzada por robusto brazo no la parcería bastante rápido para su fuga; recuerda por fin el poder de su anillo, y se apresura á ponérselo en la boca. Obra el encanto al instante y desaparece la hija de Gaisfron cual la llama de una bujía cuando se apaga. Sin embargo, el terror, el movimiento producido por la colocacion del anillo, ó quizás algun mal peso de su palafren la ha-

con cuer de la silla. En el momento en que el anillo la hace ser invisible, cae en tierra, y la falta poco para rodar hasta los pies de Orlando, quien sin duda la hubiera quitado la vida: una casualidad feliz pudo tan solo salvarla. Ahora tendrá que buscar nueva cabalgadura, pues no volverá á ver nunca el palafren que persigue el paladín. Mas no os inquieteis por esto, pues ya hallará otra; no perdamos de vista al conde. La desaparicion de Angélica no ha disminuido su impetuosidad y furor: consigue apoderarse del palafren, le coje de la crin, después de las riendas, y le para, considerándose el insensato tan feliz con esto como el hombre que tuviera entre sus brazos á una jóven; monta entonces á caballo, y le hace galopar muchas millas seguidas. No le deja tomar descanso ni alimento: no le quita el freno ni los arneses; en el momento de saltar una zanja, caen pesadamente en ella caballo y jinete. El conde, insensible al sufrimiento, no repara siquiera en su caída; pero el desgraciado animal se ha desconcertado una pata; el paladín le carga sobre sus hombros para sacarle de allí, y á pesar de lo mucho que pesa, le lleva la distancia de tres tiros de flecha. Entonces le pone en el suelo y procura hacerle andar, tirando de las riendas: el caballo le sigue con trabajo y cojeando. «¡Anda! ¡anda!» esclama Orlando; es inútil: aunque hubiera corrido á rienda suelta, pareceríale lento la marcha de su carrera. Atale entonces el zorzal á la pata derecha y procura arrastrarle, asegurándole que así caminará mejor. Las crines y pe-

llejo del animal se destruyen con los guijarros, y muere de cansancio, hambre y dolor. Prosigue Orlando su marcha sin reparar que tan solo arrastra un cadáver, y se dirige al Occidente. Cuando tiene alguna necesidad, saquea las aldeas y cabanas para satisfacer: se apodera de la carne, de las frutas y de todo lo que halla. Estregándose después á mil violencias, mata á unos, estrupee á otros, y corre sin detenerse un solo instante. Angélica habría sufrido la misma suerte si no se hubiese ocultado de su vista. Incapaz de distinguir lo negro de lo blanco, al comerse todos aquellos escosos, cree hacerse útil á la humanidad. ¡Maldito sea mil veces el anciano encantado y quien se le dió á Angélica! ¡A no ser por su auxilio, Orlando se hubiera venido á él mismo y á otros cien amantes! ¡Por qué las mujeres infelices y veleidosas que hallamos en nuestra vida, no caerían en manos del paladín? Pero voy á alfejar los cuerdos de mi lira antes de que produzcan sonidos discordantes. Suspendiendo mi narración espero hacer que sea menos molesta para los que la escuchan.

### CANTO XXX.

ARGUMENTO.—Continuación de las hazañas de Orlando.—Agramante procura reconciliar á Rugiero y Gradasso con Mandricardo.—Durandale hace todo lo posible para impedir que se baten su amante.—Mata Rugiero á Mandricardo.—El príncipe regresa á Noctamban.—Rugiero recibe la carta de Rugiero.—Llega el conde de Miran.—Llega Reinaldo á Noctamban.—Llega consigo á sus hermanos.

¡Cuán peligroso es dejarse dominar por la impetuosa cólera! Si esos ciegos el furor y nos impulsó á cometer actos ofensivos para aquellos á quienes amamos, los tardíos remordimientos no pueden borrar nuestra falta! ¡De qué ma serviría arrepentirme de las expresiones culpables con que terminé mi último canto! ¡Ay! soy como el elefante que, cediendo al espasmo de su dolor, se entrega á una desesperación violenta y profiere blasfemias. En cuanto llega á atenuarse el sufrimiento, se tranquiliza, reconoce su falta y siempre habloa cometido, pero no puede retirar ya sus palabras criminales. Jóvenes bellas, imploro vuestro perdón; soy una víctima infortunada de la locura mas triste: ¡ay! preciso es acusar á aquella cuyas rigores me excitó á formular ideas que no siento ni corrompo. Dios conoce sus faltas, y la inmensidad de mi amor. No tengo mas juicio que Orlando, y merezco tanta compañía como él.

Vagando el conde á la ventura, baja á los valles, atraviesa los montes y cruza por la mayor parte de los sitios sometidos á Marsilio. Durante varios días arrastró sin desconsuelo el cadáver del caballo; al llegar á la embocadura de un riachuelo y caudaloso, le precipita al mar, se echó á nado y pasa á la orilla opuesta. Hay allí un pastor que ve á der agua á su caballo; ve á un hombre desnudo correr hále él, y no procura huir. «¿Quieres, le dice Orlando, cambiar tu corcel por un hermoso palafre que puedo mostrarte desde aquí? ¡Mírale en aquella orilla! Es verdad que está muerto, pero no tiene otro defecto, y podrás bacer de él lo que quieras... Vamos, me conviene tu caballo; dímelo con algo ealms.» El pastor no contesta, se echó á reír, y continúa su camino. «¿Estás sordo? le grita Orlando; necesito tu caballo.» El pastor peza al conde con un nudoso palo; este, á quien inflama un furor terrible, le rompe la cabeza de un puñetazo, y el desdichado cao muerto ee el acto. Monta después á caballo, galopa por montes y valles, y alumbra por do quiera el terror y el destrozo, así dar al animal descaen ni el menor alimento, de suerte que no tarda en espirar de cansancio y sufrimiento. No por esto se priva el conde de tener corceles: los roba segun la necesidad que tenga de ellos, después de haber muerto á sus dueños. Llega por fin á Milago, y comete en esta ciudad los mayores esco-

tos. Ataca á todos los habitantes, derriba ó quema las casas, y destruye una parte de la ciudad, eo términos que no bastarán dos años para hallar medio de reparar tantas desgracias. Marcha en seguida y llega á Algeciras, ciudad situada cerca de Gibraltar á Gíbelterra, pues embos nombres se dan al estrecho. Por una fresca mañana, ve una lancha que boga tranquilamente, montada por varios jóvenes alegres que van á solazarse. Grita el incensato: «¡esperad, esperad!» No le escuchan; ¿á qué cuidarse de semejarle coavidado? Redobla sus gritos y alullidos, mientras que la lancha continúa bogando con la ligereza de una golondrina. Orlando mete espuela á su caballo, le pega con un palo enorme, y le hace meterse en el mar. En vano se pone el animal de manos y quiere recular: obligado á ceder, entra en el agua hasta los corvejones, hasta el vientre; pronto se sepultan en las olas su grupo y en cabeza, y apenas se le distingue. Cediendo el desdichado á la voluntad del conde, perecerá si no consigue llegar nadando á la costa de Africa. Pronto pierde Orlando de vista lo tierra y la lancha, que los móviles olas ocultan á sus miradas; pero no renuncia á su proyecto, y continúa escitando al caballo, cuyas fuerzas se agotan ya. Llamándosele el cuerpo de agua, cesa pronto el animal de nadar y de vivir. Para no dejarse arrastrar Orlando al fondo del abismo, agita los brazos y las piernas; se sostiene á flor de agua, y con su smplo vigoroso rechaza las olas que van á bañar sus lábios. El aire está tranquilo, sereno el mar, y el paladín se libra de la muerte. La fortuna, protectora perpétua de los locos, le hace llegar á dos tiros de flecha de la ciudad de Ceuta. Vaga varios días por la costa hácia la parte del Levante, y tropieza al fin con un ejército numeroso de guerreros oegros. Dejándose por un momento, que pronto volveremos á hallarle. En cuanto á la hermosa Angélica, no os inquietéis por su suerte; librándose de los golpes del conde, se embarcó en un bajel, é impulsado por un viento favorable, regresó á su patria. Compartió su trono con Medor, y desee que una lira mas armoniosa que la mia celebre sus amores. Por lo que á mí toca, tengo laetas otras cosas que referiros, que no volveré á ocuparme de ella. Consagraré cien versos al tártaro qce, después de la retirada de su rival, disfruta pacíficamente de la posesión de la mujer mas hermosa que boy en Europa desde que partió Angélica, y murió la celestial Isabel. Pero no gozará mucho tiempo de su triunfo; pronto será turbada su dicha, porque tiene que decidir dos grandes contiendas: le primero con Rugiero, que le prohibe usar el águila blanca; la otra con Gradasso, que quiere arrebatarle á Durandal, Marsilio y Agramante hacen esfuerzos inútiles para ponerlos de acuerdo. Lejos de extinguir los odios, no pueden obtener que Mandricardo ceda á Rugiero el escudo de Héctor, ni que Gradasso deje la buena espada en poder del tártaro. Ardea ambos en desee de combatir: Rugiero no quiere que Mondricardo ostente la divisa da Héctor al batirse con el rey da Sericania, y este pretende prohibir al hijo de Agricaa que use contra Rugiero la espada del conde. «Basto, dice por fin Agramante, la suerte lo decidirá; interroguemos á la Fortuna, y elijamos lo que prefiera ella. Si desearé complacerme, y merecer mi gratitud, echad suertes para saber cuál ha de ser el adversario de Mandricardo; pero con la condición de que aquel que resulte elegido, quedará encargado de sostener los dos combates; su triunfo ó su derrota será común á entrambos adversarios. Vuestro valor es igual, sin duda alguno, y aquel que pelea lo hará con valor. Sea, pues, la suerte vuestro único árbitro, y así oo podré alcanzar nunca la censura al vencedor.» Los dos reueros admiten la proposición, y convienen en referirse á la suerte. Escriben sus nombres en dos billetes de igual tamaño y forma, y los meten en una urna;

luego saca un niño uno de los billetes, y es proclama-  
do el nombre de Rugiero. El jóven líbero manifiesta  
la mas viva alegría, mientras que el rey de Serica-  
nia experimenta el mas vivo dolor: mas es preciso  
someterse á la ley irrevocable. Desde entonces no  
piensa sino en secundar á Rugiero y asegurarle la  
victoria; dilecto los secretos que le enseñó un espe-  
riencia en el manejo de las armas, cómo ha de cu-  
birse con el escudo y parar los golpes con la espada,  
cuáles son los ataques y las fintas, y en qué casos se  
debe aventurar un golpe ó abstenerse de darle. Para  
al fin del día aconsejándole, mientras que los  
amigos de Mandricardo instruyeron tambien á este con  
sus consejos. El pueblo, ávido siempre de toda clase  
de espectáculos, se aglomera en derredor de las bar-  
reras, y no contentos con poder llegar al palenque  
antes del ananecer, los mas ansiosos pasan la noche  
en él. Así aquella turba insensata no ve sino los pla-  
ceres de una justa brillante, no aspira mas que á  
esas emociones, sin cuidarse de los resultados; pero  
los gefes mas sabios y prudentes, Sobribo y Marsilio,  
no pueden aprobar semejante lucha, y censuran  
al rey por haber consentido en que se lleve á cabo.  
Le representan sin cesar la desgracia tan inmensa  
que será para el ejército entero el triunfo de cual-  
quiera de los guerreros. Uno solo de los dos paladi-  
nos es mas temible para las tropas de Carlomagno  
que diez mil sacraones. Aprueba Agramante la  
oportunidad de estas observaciones, y mas cómo ha  
de reñir su palabra? En vano ruega á Rugiero y  
Mandricardo que se la devuelvan: les hace presente  
que el motivo de la cuestión es de escasa importan-  
cia, y no debiera hacerles empujar las armas uno  
contra otro. ¿Por qué no han de diferir el combate  
cinco ó seis meses mas, hasta el momento en que el  
hijo de Pipino, vencido y arrojado de sus estados,  
esté despojado de su cetro y su manto imperial? Per-  
manecen inflexibles ambos paladines, á pesar de su  
deseo de acceder á los deseos de Agramante. ¿Habrá  
sido un baldon eterno para aquel que hubiera sido el  
primero en aceptar la tregua! La hermosa Doralice  
uno sus ruegos á los de los capitanes que intentan  
doblegar á Mandricardo. Con voz entrecortada por los  
sollozos le suplica que acceda á los deseos del rey y  
de todo el ejército; gime, se desespera, y le repite  
sin cesar que el resto de su vida será un continuo pa-  
decer. «¿Qué será de mí, le dice, si vuestra sed de  
gloria no hace temblar á cada instante por vuestra  
vida? ¿De qué me sirve haber terminado la querrela  
suscita á en otro tiempo entre vos y un enemigo te-  
mible, si he de ver estallar otra mas tremenda toja-  
va? ¡Desdichada de mí! ¡Cuán insensata fui en sentir  
un dulce orgullo por poseer el amor de un guer-  
rero tan famoso! La vi esposar su vida en una lucha  
cuyo premio era mi posesion; pero arrostra hoy peli-  
gros mayores aun por un motivo frívolo. ¡Fue vues-  
tro orgullo, y no el amor, el que os obligó á batiros  
por mí! Ah! ¡al ese amor no se redujera á meras pa-  
labras, en su nombre, implorando vuestra com-  
pasion sea favor mio, sería como os suplicara que de-  
jáis á Rugiero la posesion del águila blanca! ¿Qué  
gloria ni provecho os promete al arrastrarlo un me-  
ro blason? Esa peca ofrece grandes peligros y escasa  
gloria. Es una empresa difícil, cuyo buen éxito os  
prometa ventaja alguna, mientras que vuestra der-  
rota (y no podéis responder de los caprichos de la  
Fortuna) me producirá tales infortunios, que se me  
parte el corazón de dolor al pensar en ello. Si tenia  
tan poco apego á la vida que queréis exponerla para  
recobrar un triste escudo, debería pensar que la  
mia se extinguirá con la vuestra. Os seguiré gustosa  
hasta el sepulcro; pero sufriré el triste destino de ve-  
ros morir antes que yo? Doralice, bañada en lan-  
to, no cesa de sollozar y pedir al tártaro que acepte  
la paz. Mandricardo está enternecido; esfuerzase pa-

ra enjugar con sus lábios los lágrimas pálpados de su  
amada; oprime sus lábios de coral y rosa, y llora al  
pronunciar estas palabras: «Dulce esperanza del ál-  
ma mia, ¿por qué te entregas á un temor pueril? En  
vano me aturales Agramante, Carlos y todos sus  
guerreros juntos. En poca estima tienen mi valor si  
Rugiero te produce tal temor. ¿No recuerdas ya que  
sua espada ni cimbrarra, con un solo troyo del asta de  
la lanza, destruí una tropa numerosa de caballeros?  
¡Con despocho y rubor repite Gradase á quien quie-  
ra oírle que fue prisionero mio en un castillo de Si-  
ria! Gradase es adversario mas temible que Rugie-  
ro. Itolier, Serpentinio, el valeroso Sacripante, los  
nobles hermanos Aqoilante-el-Negro y Grifon-el-  
Blanco, ese mismo Gradase, y otros muchos cabal-  
leros moros y cristianos, ¿no me debieron como su  
salvación? Hablan con escomio de mis proezas, que  
fueron mas memorables que lo que pudiera ser la  
destrucción de los moros y los franceses por mi brazo.  
¿Puedes temer acaso que ese guerrero, lo experimenta-  
do y jóven, me arranque el honor y la vida? Todos  
los casos serian impotentes, pues poto á Durandal  
y las armas de Hector! ¡Ah! ¡si hubiera tenido la  
suerte de obtener la posesion por la fuerza, podrias  
prever ahora la suerte que va á caberle á un jóven  
temerario! En nombre de nuestro amor te ruego que  
enjagues tu llanto y destierres de tu mente tan tristes  
pesagios. Obedece tan solo á la voz del honor, que  
no al vano deseo de borrar el águila blanca del es-  
cudo de Rugiero. » Tales son las palabras del tártaro,  
pero insensible Doralice á ellas, redoble sus ruegos.  
La dulzura de su acento habria conmovido á una re-  
ta: hermosa y madro desnuda, ya va á triunfar; ha  
recluido de Mandricardo la promesa de que se somete-  
rá á los deseos de Agramante si el monarca repro-  
duce su pretension. Sin duda alguna boria cumpli-  
do su juramento; pero en cuanto aparece la brillante  
aurora, precediendo al carro del sol, Rugiero, devo-  
rado por la impetencia de sostener sus derechos en-  
tra al toque de trompa en el palenque, que rodea ya  
el pueblo. Al oír el arrogante tártaro aquel toque  
de desafío, no quiere ya oír hablar de paz; salta presu-  
rosa del lecho y se cubre con sus armas: su aspecto  
terrible hace temblar á la misma Doralice. Es inevi-  
table ya el combate; monta en Bida-de-Oro y vuela  
al alto en que ha de decidirse su suerte. Colócase  
en las gradas los dos reyes y los señores de la corte;  
ya á sonar la hora fatal. Atón los dos guerreros  
las lanzadas de sus cascos resplandecientes, las dan-  
lanzas, y el agudo sonido de los clarines hace tem-  
blar á millares de espectadores. Están las lanzas en  
arista, vuelan los corceles, y los dos caballeros se  
pegan con tal fuerza que parece oírse entreabrir la  
tierra y caer sobre ella el cielo. Por ambos lados vuela  
el pájaro azud que lleva á Júpiter á la atenea ra-  
gion, tal cual se halla en la Tossalia, pero con  
distinta pluma. Puede calcularse la fuerza y vigor de  
entrambos campeones al verles blandir sus lanzas y  
resistir á un choque tan terrible que se asemeja al de  
dos torres batidas en vano por las furiosas olas. Sus  
lanzas hechas pedazos vuelan hasta el cielo, y aun  
afirman el verídico Turpino que des ó tres de aquellos  
fragmentos penetraron hasta la region del fuego, es-  
donde ceyeron abrevados. Desentusiasm al momento  
las espadas y los dos caballeros se precipitan uno  
contra otro, dirigiendo cada uno la punta de su acro-  
al rostro de su adversario. En los cascos aun preciso  
pegar; matar los caballos es cosa consurable, porque  
estos animales tan nobles no son causa de las luevas  
en que toman parte. El que se sorprenda al ver  
guardar estas consideraciones con los caballos, cono-  
cerá bien poco las antiguas leyes de la caballería; es-  
tá prohibido herir á los corceles, so pena de perder  
el honor. Cuáles trabaja á las celadas resistir el  
primer choque, á pesar de ser dobles: luego caen las

espadas y vuelven á caer una y cien veces sobre las armaduras con la impetuosidad del granizo que desgaña los tejidos de los árboles, arranca las hojas y destruye las mieses. Ya sabes cuál bien templada está Belisarda y Durandal: ¿cuánto no puedes hacer esgrimidas por tales guerreros! Sin embargo, aun no se ha dado ningún golpe decisivo, porque entrambos los paran con igual destreza. Al fin Mandricardo está próximo á recoger la palma de la victoria: uno de esos mandobles terribles que solo estos caballeros pueden dar, parte el escudo de Rugiero, rompe su armadura, y penetra el cruel acero hasta la carne. Hiel el espanto á los espectadores; la mayor parte de ellos auelan el triunfo del amante de Bradamante, y á la fortuna se mostrara propicia á los desos de la multitud, no hubiera tardado Mandricardo en perder la vida: así es que al ver aquella herida, penetra el terror en todos los corazones. Me veo inclinado á creer que algún ángel disminuyó la fuerza de aquel golpe. Rugiero, mas terrible que nunca, contesta con otro golpe mas violento y da en el casco de Mandricardo. Cegado por la cólera, engañado por su fogoso ardor, no da el tajo bastante á plomo, pues de lo contrario el filo de Belisaria habría roto el yelmo de Hector á pesar de ser encantado. Aturdido Mandricardo por tan terrible golpe, snelta las riendas y vacila tres veces, próximo á caer, mientras que Brides-de-Oro, que aguantaba con trabajo á su nuevo dueño, le lleva por el palenque y da tres vueltas alrededor de él. La serpiente que se siente pisada bajo la verba, ni el león herido no sintieron nunca cólera tan violenta como la que se apoderó del tártaro al volver en sí. Con su furia y desprecio crecen tambien su fuerza y su valor. Levantando su espada, ahora su corcel á la carrera, y de pie en los estribos, se prepara á tirar un tajo al yelmo de Rugiero que ha de hundirle hasta el pecho. Pero este se anticipa y le mete la boja de Belisarda debajo del sobaco derecho, retirándola lumbesmente y teñida en rojo sangre. Para entonces el golpe de Durandal, pero es tal su fuerza que cae sobre la grupa de su caballo con los ojos cerrados. A no ser por lo bien templado que está su casco, habría caído la victoria á Mandricardo; pero se afirma en los estribos, clava la espuela á su caballo, v sepulta su acero en el costado derecho del tártaro. El metal mas fino y fuerte no podría resistir á la terrible espada que, merced al arte de los encantadores que la fabricaron, es mas dura que las cotas de maila y las corazas. Al verse herido Mandricardo por segunda vez, profiere blasfemias contra el cielo, el mar embravecido no es tan terrible como los transportes de su cólera. Para hacer un esfuerzo supremo tira el escudo en que campea el águila blanca, y empuña á Durandal con ambas manos. «¡Ah! esclama Rugiero, hé ahí la prueba de que eres indigno de poseer tan noble blasón; le abandonas ahora y hace poco que destrozaste el que yo llevo. Renuncia, pues, á él para siempre.» En el momento en que pronuncia estas palabras, cae Durandal sobre su cabeza con tal estrépito, que le habría parecido menor el peso de una montaña. El acero le parte la visera por medio y fue una diosa para él que se hallara bastante separada del rostro; haya en seguida al arzon, que no resiste á pesar de estar forrado con dos planchas de acero; desde allí toce en el arnés, abriéndole cual si fuera cera, y hace á Rugiero una herida cuya curación fue larga y penosa. Dos torrentes de sangre tiñen las armaduras de los dos campeones, y parece hallarse indecisa la victoria: Rugiero no se fía. La punta de su espada, tan famosa para otros muchos, halla fácil paso desde que el tártaro se ha privado de su broquel. El acero atraviesa la coraza y penetra mas de un palmo en el corazón. Ya tiene que renunciar Mandricardo en lo sucesivo á la posesión del águila blanca y de Durandal; pierde la vida, que es mucho

mas preciosa que una espada y un escudo. Pero no espira sin vengarse; al sentir el golpe mortal, esgrime su espada á la aventura, y peca en el casco de Rugiero, el cual hubiera partido la cabeza á no ser por lo debilitadas que están ya sus fuerzas. No obstante, puede aun la hoja romper un círculo espeso de hierro y un casquete de frío acero; desgarrar la piel y destroza los huesos, y Rugiero, que está herido en el cráneo, cae aturdido á la arena, en medio de un charco de sangre. Caen el primero del caballo, y el tártaro, derecho y firme aun en los estribos, parece ser el vencedor. Agitada Doralicia por mil emociones, participa de tan dulce error, y alza las manos al cielo, en acción de gracias por haberla concedido tanta felicidad. Pero cuando algunas señales harto ciertas prueban que Rugiero está vivo, y que Mandricardo no respira ya, sustituye la desesperación á la alegría mas viva. El monarca, los señores de la corte y los caballeros rodean á Rugiero, que se levanta menosamente. Todos le abrazan, le felicitan y lo hacen sinceramente. Solo Gradasse disimula sus pensamientos secretos; si aparenta alegría su rostro, caridia en su interior tanta gloria, y maldice á la suerte por haber hecho salir de la urna el nombre de Rugiero.

¿Quién podrá describir la satisfacción de Agramante y las honrosas distinciones que prodiga al vencedor? En otro tiempo, á pesar del inmenso número de soldados de que disponia, no se atrevió á alejarse de las costas africanas ni á arrostrar los azares de la guerra sin contar con el auxilio de Rugiero. Ahora que espira el hijo de Agrican, el apoyo de su vencedor es mas precioso que el de todos los guerreros del mundo reunidos. A los elogios de los hombres que celebran á porfia la intrepidez de Rugiero, se unen los de las damas que han ido á Francia con los ejércitos españoles y africanos. Doralicia, bañada en llanto y arrodillada junto al cuerpo inanimado de Mandricardo, hubiera concedido como las demas al héroe merecidos elogios, si no la hubiera contenido el pudor. Nada afirmo, pero es muy posible, porque el noble aspecto, la belleza y los atractivos de Rugiero cautivaban bien pronto todos los corazones. Además, como Doralicia, según lo sabemos, ha sido siempre tan veleidosa, no la gusta dejar su corazón vacío, se promete quizas hacerle aceptar á Rugiero. Mandricardo la convenia cuando vivia; pero una vez muerto, no servia para nada, por lo cual solo pensaba ya en hallar un campeón ardiente, vigoroso y dispuesto.

El cirujano mas hábil fue llamado al momento, y respondió de la vida de Rugiero. Agramante le hizo llevar á su tienda, deseando probarle su afecto con solícitos cuidados. Suspiró por su propia mano al lado del lecho el escudo y la armadura entera de Mandricardo, excepto Durandal que pertenecia á Gradasse. Brides-de-Oro formaba parte tambien del premio de la victoria; el conde, en un acceso de delirio, habia abandonado aquel noble corcel. Despues se le regaló Rugiero al monarca africano, pues sabia que lo deseaba. Pero cesemos por un momento de hablar del héroe, y volvamos á la hermosa que gime y se desespera al verse abandonada. Procuraré describir los tormentos que una ansiedad harto prolongada hace experimentar á Bradamante. Cuando hubo regresado Hipólita á Montauban, la refirió de qué modo la arrebató Rodomonto á Frontino, y cómo habló al lado de la fuente á Rugiero con los hermanos de Aigremunt y Ricardet. Añade que habiéndose alejado Rugiero con la esperanza de encontrar al rey de Sarre y castigarle por su acción inicua, no pudo alcanzarle: espone los motivos que privan al héroe de ir á Montauban, y sin omitir ni una sola de sus disculpas honorosas ni par que tiernas, saca del seno la carta que el paladín la diere. Llena de turbación mas bien que de ven-

tura, y viendo defraudada su esperanza de ver de nuevo á su amante, recorre la guerrera aquella misiva. Experimenta temor, pens, y un secreto resentimiento á recibir una simple carta en lugar del hombre á quien ama, y no obstante, besa cien veces aquellos caracteres al pensar en la mano adorada que los ha trazado. El fuego de sus suspiros hebrís abrasado aquel papel si no le empapara su llanto. La lee cien veces, y hace repetir otras tantas á Hipálca las palabras de Rugiero. No cesa la hija de Amon de derramar lágrimas sino al recordar la esperanza da ver pronto á su amante. Ha prometido ir á Montauban en el término de quince ó veinte días, y cumplirá su juramento. « ¡Ah! dice Bradamanta, ¡quién podrá tranquilizarme al pensar en los accidentes de la vida y los azares de la guerra! Una sola desgracia puede privarme de mi amante. Rugiero, ¡quién te hubiera pensado! ¡Rugiero, tú á quien tanto adoro, sacrifica al amor á otras mujeres mas venturosas, y me ovidas por defender á tus propios enemigos! Socorres á quienes deberas inocular, y abandonas á la que debes entera asistencia. ¿Piensas merecer de ese modo que te elogie? Tal ceguera te acarreará merecido vituperio. ¿Ignoras acaso lo que todos saben, el nombre del matador de tu padre? Es el hijo de Trojan, ¡y por ese mismo hombre vas á exponer tu vida tan preciosa! ¡Pretendes librarte del peligro y salvar su honor! ¿Vengas así un hijo á su padre? ¿Qué recompensa está reservada entonces á los que quisieron vengar tu ultraje? ¡Posible es dudarle al verte indiferente y sordo á los ruegos de un amante que es la misma sangre de tus vengadores! »

Así dirije la guerrera mil lietas reconvencciones á Rugiero. Procura Hipálca consolarla, asegurándole que el héroe está obligado á cumplir el juramento hecho al rey de África. Ya que no se puede apresurar su vuelta, preciso es resignarse y aguardar la época que fija para su llegada. Los consejos de la jóven y la esperanza, esa compañera del Amor, calman durante algun tiempo los temores y pesares de Bradamanta: permaneceré en Montauban hasta el día fijado por Rugiero. ¡Ah! bien mal cumple una promesa solemnemente, pero es preciso no scrupulizarse por esto: juguete de acontecimientos adversos, se vio retenido lejos de ella; sus heridas le tuvieron mas de un mes en peligro de muerte. Bradamanta le aguardó pues inútilmente: habia recibido noticias suyas por Hipálca; las recibia tambien por Ricardet, que le refiere el noble auxilio que le prestó el héroe, así como á Maugis y Viviane. Un resto de amargura se mezcla con la alegría que la causó esta noticia. Ricardet alababa la hermosura y valor de Marlisa, y con esta guerrera caminaba el héroe en direccion del campo suemigo. Agitan las sospechas el corazón de la duquesa. ¿Si es digna Marlisa de los elogios que la prodigan, si viajan siempre juntos, Rugiero se habrá sometido sin duda al poder de sus encantos! Reclina Bradamanta esta idea; aguarda al día que debe alumbrar su felicidad ó su desgracia; teme, copia, y no se atreve á mezclarse en aquellos sitios. Sin embargo, el señor feudal del castillo, el primero de sus hermanos (uo por la edad, pues hay dos mayores que él, sino por su grandeza y poder), Reynald en fin, cuya gloria se refleja en su familia cual el sol ilumina con su brillo á las estrellas, llega seguido de un solo paje. Al regresar da Mayá á Paris (camino que recorría con la licencia para buscar á Angélica), ha sabido que Maugis y Viviane iban á ser entregados al de Maguino; vuelve al instante á socorrerle, pero llega á su noticia la huida de sus parientes y la muerte de sus enemigos, y sabe que sus hermanos y primos están ya de vuelta en Montauban. Impaciente entonces por verle, halla harto largas las horas de espera. Llega, abraza á su madre, su mujer, sus hijos, sus hermanos y sus parientes, que poco ha eran

cantivos: así la golondrina vuelve á ver gosa á sus hijuelos cuando les lleva shimento. Despues de haber pasado dos días en Montauban, marcha de nuevo, acompañado por Ricardo, Ricardet, Alardo, Gni-chard, el hijo mayor de Amon, Viviano y Maugis, que han tomado todos sus armas. Fiel Bradamanta á su esperanza, se queja de hallarse indispuesta y los deja alejarse. ¡Ah! harto cierto es su enfermedad; no hay sufrimiento, no hay llanto abrasador que puean compararse á los fuegos y languides del amor. Lleva Reynald en pos de sí á la flor de los guerreros, y veremos en el canto siguiente cómo se acercó á Paris para socorrer al emperador.

## CANTO XXI.

ARGUMENTO. — Imprecaciones contra los celos. —Reynald encuentra á un caballero que desafia á Ricardet. —Reynald se bate á su vez. —Descripción del combate. —Caece Reynald á su adversario. —Camisa toda hecha Paris. —Alard Baynald á los serenos por la noche. —Destrucción del castillo. —Fier-de-Lis encuentra á su amante Bradamanta. —Parte este con su madre para buscar á Orlando. —Bradamanta se primerero de Rodomonte. —Agramante toma al camino da Arles. —Grasano busca á Reynald para quitarle su caballo Bayardo.

¡Amor, amor, cuán envidiable fuera nuestra suerte, cuán dulce y grato sufrir tu yugo, si el corazón no fuera preso á cada instante de esa sospecha fatal, de ese temor, de esa pasión insensata que denominan celos! Las demas penas que ocasiones están mezcladas con tantos gozes, que eres el estuero á la perfección de la ventura. Una sed ardiente no hace hallar mas esquisitos le agos, y el hambre permite que se disfrute mejor de los placeres de una buena mesa: las desgracias de la guerra hacen apreciar las ventajas de la paz. Lejos del objeto amado, se resigna el amante á la separación, porque su imagen no se aparta de la imaginación; el regreso borra el recuerdo de todas las iniquidades y disgustos, y cuanto mas se ha sufrido, tanto mas goza despues. Resuélvese el hombre á soportar el yugo de una mujer cruel, con tal que le deje algun vislumbre de esperanza: tarde ó temprano se consigue el premio de la constancia. Las negativas, los desdenes, todos los males que ocasiona el amor, dan mas valor á sus favores. Pero si los infernales celos derraman su veneno en una alma agitada, no le conceden paz ni tregua: todos los remedios son ineficaces para cicatrizar la llaga. Las palabras cabalísticas del talisman de Saga, la observación de los astros, toda la ciencia de Zoroastro carecen de influencia. La bebida siempre abierta y profunda que producen las sospechas leves, hace al hombre estar desconocido, altera y turba su razon, y concluye por hacerle bajar al sepulcro. ¡Celos crueles! ¡por qué habeis de privar así á Bradamanta de todo consuelo? No aludo aquí á lo que la dijeron Hipálca y Ricardet, sino una noticia infame que recibí mas tarde. Todo lo que precede es poco en comparación de lo que me resta que referir. Pero es preciso que nos ocupemos de Reynald y de sus compañeros, que se dirijen á Paris.

Hacia el fin del segundo día de viaje, encontraron á una dama y á un caballero, cuya armadura negra leve en medio una faja blanca. El porta arrogante de Ricardet inspiró al guerrero incógnito el deseo de probar su valor. Ricardet, pronto siempre á aceptar semejantes proposiciones, tome carrera, y de improviso, sin proferir una palabra ni preguntarse siquiera sus nombres, se precipitan ambos uno contra otro. Reynald y los demas paladines se detienen para ver aquella pelea. Espero, dice para sí Ricardet, arrojarlo al suelo, si alcanza el bote de mi lanza á donde spunto siempre. ¿No corresponde el resultado á su esperanza; el caballero incógnito le pega con tal violencia en la visera de su casco, que le hace ir á caer á larga distancia. Quiero vengarle Alardo, y

rae del caballo privado de sentido. En vano grita Reynaldo á Guichard: «Detente, detente, que me incunbe á mí ese negocio!» Mientras se pone el casco, el joven ha enristrado ya su lanza; pero pronto rueda también por el suelo. Los demás caballeros se disputan la honra de combatir, y Reynaldo que está ya completamente armado, murmura estas palabras: «Llegaríamos demasiado tarde á París si le dejara tiempo para vencerlos á todos.» Estas palabras no son pronunciadas de modo que las oigan los demás, pues de lo contrario se hubiera resentido su amor propio. Al rudo choque del señor de Montauban y del caballero negro, rompiense las lanzas cual si fueran de vidrio; ninguno de los dos paladines se ha movido de la hila, pero ambos corceles se inclinan hasta el suelo. Bayardo se levanta al momento, y apenas se nota su caída; el otro caballo queda muerto. Apresúrase el desconocido á dejar los estribos, y se pone en pie al instante, al ver al hijo de Aimon que se dirige hacia él sin armas, exclama: «Quiera en extremo el caliente caballo que me acalbas de morir; vengaré su muerte, pues va en ello mi honra: prepárate pues á empezar de nuevo el combate. — Si la pérdida de tu corcel es el motivo único que te escita á pelear te daré uno no menos perfecto, estoy seguro de ello. — No comprendes bien mi idea, replica el caballero; me cuida muy poco de la pérdida de un caballo, y puesto que no me has comprendido, me explicaré con mas claridad. Quiera decirte que el retirarme antes de haber medido nuestras fuerzas en una nueva justa, sería por mi parte una prueba de cobardía. Quédate á caballo ó combate á pie, que eso me es indiferente con tal que sostengas la lucha. Estoy pronto á cederte todas las ventajas que quieras, con tal que me concedas ese gusto.» Reinado le responde al momento: «Corriente, pero es preciso que mis compañeros no esciten tu desconfianza, y haré de

mado que se slejen, encargando también á uno de mis escuderos que se lleve á mi corcel.» Al decir esto, manda á sus compañeros que se mantengan apartados, y este acto de cortesía da al guerrero muy buena opinión de su adversario. El hijo de Aimon echa pie á tierra y confía Bayardo á uno de sus escuderos; luego, viendo á sus compañeros de viaje bastante apartados repra que apenas pueda distinguirse la bandera Clermont, abraza su escudo, desenvaina á Flambergo y se pone en guardia. Atácase al momento con igual audacia, y ambos se sorprenden de hallar tanta resistencia en su adversario respectivo; nunca se vió pelea mas terrible. Calculan minuciosamente sus golpes, y se mantienen alerta, porque el orgullo ó el furor pudieran perjudicar á la destreza; y en una lucha ea que son iguales las ventajas, solo la destreza puede dar la victoria. Oyense á gran distancia los golpes tremendos que se den; el filo de las espadas hace volar fragmentos enormes de los escudos, rompe las mailas de la cota y arranca los clavos de la armadura. No se trata de hacer solo alarde de destreza, pues de la mas leve falta puede depender el baldon ó la muerte. Prolóngase el combate mas de hora y media: ha tiempo ya que se ocultó el sol bajo las olas, y cubren la tierra las tinieblas. Los lidadores no han aceptado tregua ni descanso alguno; combaten tan solo por la gloria, y no por satisfacer su venganza. Sin embargo, arde Reynaldo en deseos de saber el nombre de aquel enemigo tan béril y valiente que ya mas de una vez ha puesto su vida en peligro. Agobiado de cansancio, empieza á desear que concluya el combate, con tal que sea con honor, y se halla muy predispuesto á hacer la paz. El caballero incógnito por su parte, no sospecha tampoco que sea el señor de Montauban, aquel héroe tan famoso en el mundo guerrero y al que un motivo de tan poca importancia ha obligado



Guió el salvaje desbista á Reynaldo.

á batirse con él, y solo sabe que fuera imposible hallar un guerrero mas diestro. Arrepíntese de haber querido vengar la muerte de su corcel, y se alegraría de que terminara la fiesta. Está ya tan oscura la noche que los golpes se dan á la ventura, y no se distingue el filo de las espadas. El señor de Montauban es el primero que dice cuán inútil es proseguir la lucha en medio de la oscuridad; vale mas deferirle hasta el momento en que el peregrino Areturus haya empezado su carrera. Convida á su rival en gloria á que va-

ya á descansar á su tienda, asegurándole que le tratará con respeto y consideración. Habiendo aceptado el caballero la oferta sin vacilar, diríjense ambos al sitio en que han acampado los guerreros de Montauban. El hijo de Aimon regala al caballero negro un magnífico caballo de batalla, sustituyendo enjauzado. Oye después el caballero pronunciar el nombre de Reynaldo, y conociendo que el guerrero con quien acaba de pelear es su hermano, conmuevesu corazón y derrama sinceras lágrimas. Aquel guerrero es

Guido el Salvaje, que vivió mucho tiempo con Marisa, Sansoneto y los hijos de Olivero; habiéndole tomado envidia el traidor Pínel, no ha podido ir á ver á su familia. Al ver al ilustre Reynaldo, cuya presencia él ha deseado con la misma vehemencia que snela el ciego recobrar la vista, exclama: «¡Ah! señor, ¡qué fatalidad me arrastraba á pelear con vos, á quien amo y respeto mas que á nadie en este mundo! Soy Guido; el noble Almon fue mi padre: nací en Cous-tanza, en las lejanas costas del Ponto Euxino. Llegué á esta pais ardiendo en deseos de conoceros, así como á mis demas parientes, y me ha faltado poco para hacer correr vuestra sangre cuando me propués probáros mi afecto. Perdonadme un error involuntario, pues yo os conocia: decidme cómo podré espírar mi falta, pues estoy pronto á hacerlo todo por complaceros. » Después de abrazarse mutuamente, le dice Reynaldo: «¿Puedes desear acaso que olvide yo un combate que me prueba cuán digno eres de que corra nuestra sangre por tus venas? Costumbres mas pacíficas y menos valentía me hubieran hecho dudar; el león no engendra al gamo, y no puede nacer la tímida paloma del águila ni del halcón. » Hablando de este modo; se dirijan á la tienda; presenta Reynaldo á Guido á sus hermanos que hacia mucho tiempo deseaban conocerle. Todos le ven con alegría, y encuentran que se parece á su padre. Inútil sería explicar la tierna acogida que le dispensan Ricardet, Alardo, y sus demas hermanos, así como sus tres primos, y repetir sus cariñosas respuestas á las felicitaciones que le dirijen, y me contentaré con decirlos que todos le recibieron con el mayor júbilo. Si su llegada debiera serles grata en todo tiempo, les pareció mil veces mas oportuna en aquel momento en que puede serles muy útil su auxilio. Dornaban apenas los rayos del sol las rizadas olas cuando se colocó Guido con sus hermanos y primos bajo el estandarte de Montauban. Pusieronse en camino, viajando con rapidez en términos que despues de dos dias de marcha vieron el Sena y se hallaron á menos de dos millas de la ciudad sitiada. La fortuna, favorable á sus deseos, les hizo encontrar en aquel sitio á Grifon el Blanco y Aquilante el Negro, hijos de Olivero y de Gismonda; estaban conversando con una jóven cuyo traje denunciaba su clase elevada y noble: un rico bordado de oro adornaba su vestido de raso blanco. Su rostro marchito por las lágrimas y el dolor, conservaba no obstante su gracia y belleza; parecia estarles hablando de asuntos importantes. Guido los conoció al instante, y fue conocido tambien por ellos. «He ahí, le dijo á Reynaldo, dos de los caballeros mas valientes que hay en el mundo, y segura será para nosotros la victoria si unen sus esfuerzos á los nuestros contra los enemigos de Carlos. » El señor de Montauban confirmaba sus elogios y declara que entrambos hermanos son invencibles; le magnificencia de sus trajes y sus armaduras, blanca la del uno y la del otro negra, los han dado ya á conocer por todas partes. Recuerdan la fisonomía de Reynaldo y la saludan, así como á sus compañeros. Olvidando antiguas disensiones, le tratan como amigo. En otro tiempo se batieron con encarnizamiento, y el cobardue y artero Trasafidino fue causa de aquella avetura larra larga para colocarls aquí. A la sazón se ha olvidado ya todo, y parecen todos hermanos muy unidos. Llegá Sansoneto pocos momentos despues, y Reynaldo que sabe la fama ilustre de que goza, se acerca á él y le trata con distinción. Al ver á Reynaldo la dama, que parece conocer á todos los paladines, le participa una noticia bien triste. «Señor, le dice, vuestro primo Orlando, ese firme sosten y apoyo del Imperio y de nuestra santa religión, ese héroe que tan sábio y prudente fue, recorre el mundo como un insensato. No sé cuál puede ser la causa de su suerte deplorable, pero he visto su espada y sus

demas armas esparcidas por el campo; un caballero generoso las recogió con respeto y formó con ellas un trofeo que colocó en un pino. El mismo día se apoderó Nandricardo de Durandiel. ¡Oh! ¡pérdida funesta para los cristianos! Se apoderó asimismo de Brides-de-Oro, que vagaba en derredor de las armas de su dueño. Pocos dias hen transcurrido desde que vi á Orlando correr desnudo por la llanura, lanzando sullidos sterradores: olvidando todo poder, una respa su locura, y nunca hubiers yo podido creer tan tristes cosas á no verlo por mis propios ojos. «Ainda la dama que luchando el paladín con Rodomonto, cayó con él á un río. » Habla de estos sucesos á todos los que pueden amar á aquel héroe, porque espera hallar algun caballero que procure llevarlo á París, donde se tratará de curarle. Aquella dama es Flor-de-Lis; se dirija á París apresuradamente para reunirse con su smado Brandinarte. Dícíele ademá á Reynaldo las disputas y combates que ha originado la posesión de Durandiel, y que la muerte de Nandricardo entregó aquella espada al rey de Saracenia.

Al recibir Reynaldo aquella noticia tan imprevista y estroordinaria, no cesa de gemir y sollozar. Parece disolverse su corazón en llanto, cual se funde el hielo al calor de los rayos del sol. Forma al instante al proyecto de buscar al conde: se lisonja con la esperanza de obtener su curación si consigue encontrarle; pero desea emplear antes la tropa de guerreros escogidos (formados por una casualidad) para poner en fuga á los saracenos, y librar á Carlos. Es de opinion que interesa un empetar el ataque hasta en tercera ó cuarta hora, en el momento en que las ondas del Leseo vierten el olvido de todas las cosas. Mantienes pues su tropa emboscada en un monte durante el resto del día; en cuanto el sol permitió de nuevo á la noche que estendiera su sombrío velo, en cuanto los osos, las cabras, los cuibras y los demas animales que cubran el cielo le donaron con sus constelaciones oscurcidas hasta entonces por el mas brillante de los astros, se aproxima el señor de Montauban el campo que estiba sepultado en el mayor silencio. Acompañado de Grifon, Aquilante, Viviano, Alardo y Sansoneto, precede á los demas guerreros. Las guardias esterioras del campo, sorprendidas durante su sueño, son pesadas á cuchillo: despues penetran los paladines sin ser vistos hasta el centro del campamento y hacen la carnicería mas espantosa. Su ataque es mortífero para los saracenos que al despertar, encontrándose sin armas y privados hasta de los escudos, no pueden ofrecer la menor resistencia al impetuoso choque de semejantes enemigos. El penetrante sonido de las trompas y clarines aumenta su terror; los cristianos lanzan sonoros gritos, y hacen resonar el aire con el nombre de su jefe. El errante Reynaldo salta las barreras, derriba infantes y caballos, y destroza las tiendas. Al oír los nombres temidos de Montauban y Reynaldo, los mas valientes sienten erizarse sus cabellos. Los españoles y africanos huyen, abandonando hasta sus armas; no se streven ya á sostener el choque de Guido, de los hijos de Olivero, de Ricardet, de Alardo y de los demas hermanos que sigue á Reynaldo. Ahírese Sansoneto ancho camino con su espada. Viviano y Aldigero se muestran terribles con el enemigo; reúnense bajo el estandarte de Clermont, y hacen todos prodigios de valor. El hijo de Almon tenia en su castillo y en las aldens inmediatas, setecientos bombes de armas acostumbrados á las fatigas de la guerra, y no meos valerosos que los Miramidoes de Aquilas. Ciento de aquellos valientes podían poner en fuga á mil paganos, y algunos de ellos habian podido vencer á caballeros afamados. Reynaldo á falta de grandes riquezas y posesiones estensas, por su generosidad y la finura de sus modales habia sabido conservar á su lado á todos aquellos guerreros, á quienes las ólertas mas

pomposas no hubieran podido apartar de su servicio; no se alejan de Montauban sino á las grandes ocasiones. El peligro urgente en que el emperador se hallaba decidió á Reynaldo á no dejar en su castillo sino una guarnición reducida. Tal era la tropa temible que trataba á los sarracenos cual se ve á los lobos de Faleuto degollar á los pacíficos rebaños del Galesio, ó á los feroces leones destrozar las cabras de las llanuras salvajes que riega el Cinife. Advertido el emperador de la llegada de Reynaldo y del ataque que intenta contra el campo enemigo, se cubre con sus armas, aprovecha el momento oportuno y hace una salida con sus mejores guerreros. El hijo del rico Monodante, Brandimarte, se halla á su lado. Le dulce y tierna Flor-de-Lis ha recorrido la Francia entera para reunirse con él, y conoce al instante su bandera. Brandimarte, trasportado de amor, le estrecha contra su seno y la llena de dulces caricias. En aquellos tiempos felices, se tenía tal confianza en la virtud de las mujeres, que los caballeros permitían á sus esposas y amantes que viajaran solas, y fueran por montes y valles á visitar los países lejanos. ¡A su regreso no les parecían menos castas y hermosas! Supo Brandimarte por Flor-de-Lis la locura de Orlando; á habérsela referido otro, parecírale increíble aquella relación. Mas ¿cómo dudar de la buena fé de su amada, sobre todo cuando afirmaba haberlo visto por sí misma? Conoce perfectamente al conde, dice el rito y momento en que le vió, describe el puente peligroso, y la audaz pretension de Rodomonte que

diseño de aquel paso, coloca en un sepulcro trofeos de armas de los caballeros á quienes despoja. Concluye refiriendo la lucha de Orlando con el rey de Sarre, que estuvo á punto de perecer con él en las aguas. Brandimarte está á caballo y armado; quiere al conde y se dispone á arrastrar todos los peligros y trabajos imaginables para hallarle; después, el arte de la medicina ó el de los encantadores le restituirán la razón. Pónese en camino con Flor-de-Lis, que le conduce hácia el sitio en que perdió de vista á Orlando. Después de varios días de camino, llegan al puente peligroso. Los escuderos de Rodomonte le llevan al momento su caballo y preparan sus armas: ya está pronto á combatir cuando aparece Brandimarte. El sarraceno le grita con su aulacia habitual: «¿Quién quiera que seas, víctima de la casualidad ó de la locura, apéste de tu corcel, abandona tus armas y tributa homenaje á este sepulcro, si no quieres ser sacrificado para aplacar los manes de los que están encerrados en él. Yo sabré obligarte á ello de grado ó por fuerza.» Brandimarte no se digna siquiera contestar á esta provocación; enarista su lanza, clava el acicate á su caballo Botoldo, y cae sobre el sarraceno con un ardor digno de su fama y nombradía; Rodomonte, por su parte, se dirige hácia él á rienda suelta. Su caballo está acostumbrado á recorrer aquel camino estrecho, mientras que el de Brandimarte avanza con paso inseguro y vacilante. Estremécense el puente y parece que va á hundirse. Pégnense ambos adversarios con sus lanzas que parecen vigas; los caballos, á



Nangla hace salir de los átrios del Tartaro multitud de espíritus infernales.

pesar de su vigor y agilidad, son derribados y ruedan por el puente con sus ginetes. Escitanlos con la espuela, quieren levantarse, y no hallando parapeto, caen ambos al río. Así cayó en el Eridano el guía temerario de los corceles de Febo. Los dos caballeros, firmes en la silla, van á visitar al fondo del agua el asilo de alguna ninfa bella. Este género de perances

le es bastante familiar á Rodomonte, que conoce todos los pasos y vados, los sitios en que está el terreno firme ó pantanoso. No tarda en salir á flor de agua, y procura alcanzar á Brandimarte. Arrastrado este al pronto por la corriente, advierte que su caballo se hunde en la arena; después se levantan las olas y rueda por el abismo bajo el cuerpo de Botoldo,

cuyo peso le abruma. Al ver Flor-de-Lis tal peligro, angustiada y triste, recurre al llanto y á los ruegos. « ¡Allí! esclama, en nombre de aquella cuya memoria querris honrar, Rodomonte ¡salva la vida de un guerrero illustre! Si babeiis amado alguna vez, apíñate de mí y de mi amante. Contentaos con retenerle cautivo; sus armas serán el trofeo mas brillante y glorioso de todos los que están reunidos en derredor de ese sepulcro. » Comovido el rey reo de Sarse por tan dulce voz, se apresura á socorrer á Brandimarte que está próximo á espirar. Quitale Rodomonte el casco y le espada, y despues le llevan á la torre con los demas cautivos. A pesar de la humillacion y dolor, prefiero Flor-de-Lis aquel suceso triste á verle muerto: reconviénese á sí misma por aquella desgracia y se ocupa de haberle llevado en busca de Orlando. Marcha por fin con la esperanza de llevar á Reynaldo, Guido el salvaje, Senanoto ó cualquier otro campeón, si no mas valiente, mas feliz al menos que Brandimarte. Camina varios dias sin hallar ninguno que pueda ser defensor capaz de luchar con Rumouto. Pronto encuentran á un caballero de noble apariencia, cuya sustitosa cota de maila está adornada con ramas de cipres. Ya os diré quién era este caballero, pero os necesario que regrese á Paris para ver las hazañas de Reynaldo y Maugis. ¿Cómo podré contar la multitud de los fugitivos y el número inmenso de los muertos? Sorprendido Turpino por las sonoras de la noche, no pudo conseguir tampoco contarlos.

Despiértase sobresaltado Agramante al oír á un caballero que grita, que huya cuanto antes, si no quiere caer prisionero. Se levanta con la mayor precipitacion, y ve á sus soldados desordenados y medio desnudos correr por todas partes. Turbado y trémulo, hace que le lleven sus armas, cuando se presentan Gradonio y su padre, Falsiron, Balugante y los demas capitanes, que le participan el desastre, y le anuncian que corre peligro su vida. Marsilio y el prudente Sobriano se unen á ellos: declaran todos que avanza Reynaldo con rapidez, que Agramante está perdido si aguarda á sus innumerables enemigos. Vale mas, en concepto de todos, retirarse con los restos del ejército hacia Arles ó Narbona, plazas fuertes y capaces de sostener un sitio prolongado. Agramante podrá hallar en ellas un asilo y levantar nuevas tropas que le permitan volver á tomar la ofensiva. Cede el monarca ante la opinion unánime de sus capitanes, por muy dura que le parezca, y se dirige, ó mejor diclie, vuela hacia la ciudad de Arles, favoreciendo su fuga las sombras de la noche y los buenos guais que lleva. Apenas se libró de los golpes de Reynaldo veinte mil hombres, tanto africanos como españoles. Los hermanos, primos y soldados del señor de Montauban inmolan tan inmenso número de victimas, que fuera mas facil contar las hojas y flores que luce brotar la primavera. Se llegó á suponer que Maugis tuvo una parte muy activa en aquella victoria, no cortando cabezas ó enrojeciendo con sangre su acero, sino haciendo con el poder de su arte que saliera de los antros del tártaro una multitud de espíritus infernales que llevaban lanzas y banderas. Los reinos tan estensos como la Francia no hubieran podido suministrar nunca un número tan inmenso de guerreros. Oyese despues un ruido terrible de armas, sonidos de clarines, tambores é instrumentos guerreros, relinchos de caballos, tumulto y gritos de peones, y aquellos relinchos terribles hacian retumbar á lo lejos las montañas y los valles. Aterrados los moros, buscaron su salvacion en una pronta fuga. No olvidó Agramante á Rugiero, que se hallaba enfermo aun de sus heridas; le colocaron en un corcel de paso muy cómodo y cuando llegó á un sitio en que ya no habia peligro, hizo el rey que se embarcara en un buque que le condujo hasta Arles, ciudad de-

signada para punto de reunion del ejército. Los fugitivos (y habia muchos, segun creo, ¡mas de cien mil!) se dispersaron por los bosques, los montes y los valles para librarse de los golpes de los vencedores, pero la mayor parte de ellos regaron con su sangre los campos y los prados.

Gradasse, cuyo campo está mas lejano, no se vió envuelto en aquel descalabro. Al llegar á su noticia el ataque de Reynaldo, se estremece de júbilo y se entrega á las mas vivas trasportes de alegría: da gracias á su falso profeta por hallar al fin la ocasion de conquistar á Bayardo. Aquel caballo sin igual y la espada Durandel son objetos que codicie hace mucho tiempo. Ha ido á Francia con mas de cien mil hombres, con el único objeto de apoderarse de la excelente espada y del noble corcel. Ya provocó á Reynaldo y acudió al sitio en que esperaba pelear con él. Maugis, engañada su esperanza, transportó al señor de Montauban á un buque que se alejó de aque-las costas. Desde entonces se creyó Gradasse con derecho para sospechar de la resisidua del valor del hijo de Aimon.

Ahora, lleno de esperanza y alegría cojió sus armas, monta en la vigorosa Alfana y busca su adversario en medio de las sombras de la noche. Hiere ó dispersa á los caballeros franceses y aun á los mismos africanos: amigos y enemigos son derribados á un mismo tiempo. Corriendo por todos lados, llama á Reynaldo con voz estentórea, y se dirige al sitio en que le pelia parece mas fuerte. Encuéntrase por fin: sus lanzas se han roto y han volado hechas astillas, se dirijen uno contra otro con las espadas levantadas. Gradasse no puede distinguir la bandera de Reynaldo; pero cree conocerle por sus mandobles terribles y la impetuosidad de Bayardo, que le lleva á mil sitios distintos en un mismo instante. De pronto le dirige las reconven-ciones mas ofensivas, y le recuerda su falta de palabra. « Te figurabas sin duda, le dice, poderte ocultar de manera que no pudiera hallarte nunca, pero se ha defraudado tu esperanza, y sabria yo hallarte aun cuando fueras á buscar un asilo en las profundidades de la laguna Estigia ó en las cambres del Empíreo. Te perseguiré sin descanso mientras tengas en tu poder á Bayardo: si te espanta esta lucha, confiesa tu derrota; debes preferir la vida al honor. Sévala, pues, cedíéndome tu corcel, lo cual no te impedirá que vivas tranquilamente. Por lo demas ¡eres la vergüenza de la caballeria, y no mereces poseer este noble animal! » Ricardet y Guido el Salvaje, irritados al ver tanta insolencia, dirijen sus espadas contra el sudaz, pero les prohibe Reynaldo que ataquen á Gradasse. « ¡Pensais por ventura, esclama, que no subré yo vengarme del que os ultrajarme? » Dirijiéndose despues al rey de Sericania, le dice: « Quiero probarto ante todo, que asistí al sitio designado para el combate, despues de lo cual sostendré con las armas mis palabras; al acusarme de ser indigno de pertenecer á la caballeria mientes. Escucha al menos mi explicacion, y suspende las injustas reconven-ciones: en seguida nos disputaremos la posesion de Bayardo á pie, aquí ó lejos, conformándonos con las reglas que antes nos fijáramos. » Lleno Gradasse de certiania, como todos los corazones magnánimos, está pronto á escuchar al hijo de Aimon, y se aproxima á la orilla del rio. Allí pone Reynaldo al cielo por testigo de su veracidad y espone claramente los motivos de su ausencia, intercala en seguida á Maugis, que puede explicar mejor que nadie el error que impidió la realizacion del combate. « Ahora, prosigue Reynaldo, lo que he demostrado voy á apoyarlo por la fuerza de los armas en el momento mismo, ó mas tarde, cuando gustéis. » Teniendo exponer á los azares de una contienda imprevista la ocasion de la pelea á que aspira, aparenta Gradasse quejar convencido de la verdad de aquella narracion. Designa

para teatro de su próximo combate, no ya la plaza de Barcelona, sino una llanura regada por un manantial cercano. Promete Reynaldo hacer llorar á ella el caballo, que será colocado á igual distancia de ambos adversarios. El señor de Montauban, si queda muerto ó cautivo, perderá todos sus derechos á Bayardo; si os vence Gradase ó al oo igualan sus fuerzas á su valor, abandonará á Durandal. El señor de Montauban, conmovido por la sorpresa y el dolor, ha sabido por Flor-de-Lis que cuando perdió Orlando su espada, se suscitó después una contienda por su posesión; Gradase es dueño ahora de la espada que tanta fama adquiriera por las proezas del conde.

Cuando hubieron arrojado su conuenio, marchó el rey de Sericania seguido de sus escuderos, á posar del ofrecimiento hospitalario de Reynaldo, que le convidaba á descansar en su tienda. Al salir el sol, encontráronse entrambos bien armados cerca de la fuente; allí había de decidirse quién fuera el dueño de Durandal y de Bayardo. Los amigos de Reynaldo parecen estar inquietos por el éxito del combate; una Gradase á mucha destreza una fuerza extraordinaria y gran valor; empuñaba además á Durandal. Magis hubiera deseado emplear el auxilio de su arte para impedir el combate; pero Reynaldo lo había mostrado tanta cólera por lo que osara hacer, que no se aventuró á arrostrar su enfado por segunda vez. Mientras que todos están llenos de inquietud, el hijo de Aimon vuela alegremente al combate. Anhelando librarse de sospecha injuriosa, aguarda el momento oportuno para acallar los indignos clamores de los señores de Montefabio y de Poitiers. Seguro ya de la victoria, camina con entera confianza, y llega á la fuente al mismo tiempo que Gradase. Les dos adversarios se saludan cortemente; se tratan con del cariño y cordialidad que parecen dos amigos. Mas tarde es diré los tremendos golpes que se dieron.

### CANTO XXXII.

Asamblea.—Agramante se retira á Arles.—Ya Marfisa al campamento.—Bramante aguarda á Rugiero en Montauban.—Quirque de aquella guerra.—Un caballero le da muy malas noticias.—Encuentra Bramante á la embajadora de la isla perdida.—Llega á la roca de Tristán.—Brufis á tres reyes y sea venga.—Historia de Clelio.—Juzgan á Bramante mas hermosa que á Clelio.—Habla la guerrera contra sí misma y gana la causa que defiende.

PROMETÍ decirlos (y lo había olvidado, pero tiempo es ya de que lo recuerdo) las cruces sospechas que atormentaban á la hermosa prometida de Rugiero; había recibido noticias mucho mas infastas que las que Ricardet le diere. Un dardo agudo, emponzoñado, traspasaba el corazón de la guerrera. Interrumpí mi narración para empezar otra: Reynaldo y Guido causaron mi distracción y me hicieron perder de vista á su valerosa hermana; justo es que os hable de ella antes de referir la pelen de Gradase con el hijo de Aimon. Sin embargo, es diré algunas palabras relativas á Agramante, que reúne cerca de Arles el resto de sus tropas que se han librado de la matanza. Esta ciudad, situada en la embocadura de un río, está cerca de España y enfrente de Africa. Ofrece á los moros un buen punto de reunion, en donde podrán aguardar refuerzos y preparar municiones. Hace Marfisa que acudan allí todos los infantes y ginetes de sus estados, y arman en Barcelona gran cantidad de los ejes, capaces de sostener un combate uaval. Agramante celebra un consejo, despliega la mayor actividad, y agota sus tesoros. Arruina á las ciudades de Africa con las contribuciones de dinero y sangre que las impone. Para determinar al rey de Sarse á que vuelva, le propone la mano de una de sus primas, hija de Almonte, con la corona de Oran. El altivo Rodomonte se niega á alojarse del puente mientras que la sepultura de Isabel no se halle enteramente cubierta de despojos y trofeos. La conducta de Marfisa es

distinta; apenas la informen de la derrota de los moros y de la retirada de Agramante á Arles con los restos de su ejército, corre apresurada á prestar en defensa del rey el apoyo de su brazo. Le restituye también á Brunel suyo y salvo, pero aniquilado por diez dias y diez noches de angustias. Pensaba Marfisa que irían á reclamarle, y desdoblándose vengarse de un ser tan vil ó inundo, le perdonó su perfidia y lo entregó en manos de su amo. Quiso Agramante que sirviera Brunel para probar su gratitud á Marfisa; lo impusieron el suplicio con que lo amenazara la hermosa guerrera: fue ahorcado en un sitio desierto, y abandonado su cadáver á los buitres y cuervos. La justicia divina escogió el momento en que su constante defensor no podía pedir su perdón. Rugiero, conforme entonces de resultados de sus heridas, habría podido salvarlo aun, pero os existía ya el malvado cuando supo el paladin su muerte.

Bramante esperaba con impaciencia que espirasen los veinte dias, término fijado para el regreso y conversion de Rugiero; el cautivo cargado de cadenas, al desterrado que os consume do dolor lejos de su país, anhela menos recobrar su libertad ó volver á ver el cielo de su patria. Cuanto mas os aproxima el instante, tanto mas largo le parece el tiempo; en su martirio, se pregunta á sí misma si Pyroos ó Elen os habrán quedado vivos. ¿Se habrán roto las ruedas del carro del sol? ¡Oh! ¡cuán lento es Febo en su carrera! Cada dia es mas largo que aquel en que Josué, lleno de fe santa y pura, detuvo el curso del astro luminoso; cada noche es mas larga que aquella en que el grande Alcides recibió la existencia. ¡Cuántas veces oyó él la suerte de los osos, tejones y lironeos! Hubiera querido pasar en el sueño y el olvido las horas que la separaban a un del momento venturoso. Pero ¡ay! durante la noche os puedo cerrar los párpados, y liuyo de ella el reposo. Corre sin cesar á su ventana para ver si la esposa de Titon derrama ya en su carrera las azucenas brillantes y las rosas bermejas. Cuando sale el sol, llama con todos sus deseos al fulgor de las estrellas. En fin, cuando to faltan ya mas que cuatro ó cinco dias, llena de esperanza, aguarda de hora en hora á que vaya un mensajero á decirle: ¡hí ahí á Rugiero! ¡Subo á una torre elevada, desde la cual os descubre á los lejos la campiña y el camino que conduce de París á Montauban. Cuando ve brillar una armadura, brilla el arder en sus ojos; en el viajero pálido cree reconocer á un enviado de Rugiero. De-fraudada en su esperanza, reproducense alternativamente las mismas emociones halagüeñas y desagradables; cubierta algunas veces con sus armas, baja á la llanura en busca de su amante; no le encuentra, y piensa que ha tomado otro camino. Con esta idea, se apresora á regresar á Montauban; allí le aguarda una nueva decepción, y así pasa dias y dias á cual mas tristes. Espira por fin el plazo sin que hayn recibido la menor noticia. Conviertese su dolor en desesperación, y sus quejas habrían enteruocido á las mismas Furias: «o golpes el seno y os mesa sus rubios caballos. ¡Ah! desgraciada de mí, esclama, ¡persigo con mi amor al ingrato que huye de mí! ¿Debo yo adorar acaso á quien me desprecia? ¿Debo pensar en el amante que me olvidó? ¡Me abandono con desden; el soberbio guerrero está tan envaneecido con su hermosura que solo una diosa del Olimpe podría aspirar á su amor! ¡Ay! ¡hurto sabo que le adoro, y os me quiere ni por amante ni por esclava; no ignora que padeco y que me muero! ¿Será preciso que esté yo muerta ya para que me socorra? Temo ver mi llanto y oír mis quejas; os oculta cual el ápid que teme oír las acordes armouiosas, y permanece siendo despiadado. ¡Amor, amor, encadená á os rebelde á quien no puedo sojuzgar, ó restitúyome el reposo y la libertad! ¿Podrán enteruocerte mis lágrimas? To séias de

ellos á tu antojo. ¡A quién he de acusar sino á una loca pasión! ¡Necia presunción mía en remontarme á regiones tan elevadas y me abstraré en ellas las alas! ¡Pronto será mi caída profunda y terrible, y volveré á elevarme para caer de nuevo! ¡Suplicio interminable y terrible! ¡Yo soy la única culpable, porque abrí mi corazón á esa pasión fatal que he adquirido un dominio absoluto sobre mi corazón! No es tiempo ya de vencerla y dominarla; hájale el sepulcro, pues mi dolor se acrecienta por momentos. ¡Qué digas! ¿cuál es mi crimen? Amo á un hombre hermoso y perfecto: ¿habré de sonrojarme de una debilidad tan natural en mi sexo y en mi edad? ¿Podía yo resistir á su gracia y majestad, y á la elocuencia de sus discursos? ¡Ah! ¡cuánto compadecería á la que quisiera sustraerlo de la luz del día! Nuestros destinos debieran haberse unido: la felicidad supremo recompensará nuestro amor. Si Merlin me engañó con vanas promesas, le reconvened por su mentira, pero sin dejar de amar á Rugiero. ¡Ah! ¡malditos sean Melisa y Merlin! Al hacer que compareciera ante mí los espíritus infernales, quisieron tenerme en una esclavitud perpetua; ¿qué esperaban conseguir? ¡Envidiaban mi dicha y mi reposo? Tal es el dolor de Bradamante, y solo brilla en su corazón un resto de esperanza: recuerda la tierra despedida de Rugiero, y no puede resolverse á condenarla sin haberla oído antes. Este grato recuerdo calma su angustia algunos días, y la sostiene aun durante un mes, pero al recorrer los caminos en busca del infiel, tiene un encuentro desagradable, y se desvanece su última esperanza.

Encuentra la guerrera á un caballero de Gasconia que, habiendo caído prisionero cuando el destete de Carlomagno, ha roto sus cadenas y vuelve directamente del campo saraceno. Después de varios rodeos, se informa del paradero de Rugiero. El caballero la refiere las contiendas que se originaron en el campo de Agamante, y el resultado tan fatal para Mandricardo del combate que sostuvo con el joven héroe. El vencedor, luchando con la muerte, está retenido en el lecho del dolor por sus peligrosas heridas. El principio de esta narración solo puede servir para disculpar al amante de Bradamante, pero añade al caballero que la ilustre y valiente Melisa no se separa un punto del herido: está perdidamente enamorada de él, y parece ser correspondida, llegando-se al extremo de creer que están unidos en secreto. Los principes y el ejército entero se regocijan al ver esa unión, porque confían en que surgirá de ella una raza de guerreros dotados de una fuerza sobrenatural. Esto es lo que refiere el Gascon con tanta mas sinceridad, cuanto que es ya una noticia acreditada entre los moros. Las amistosas relaciones que mediaban entre Melisa y el paladin podían muy bien haber dado origen á este embuste; la fama se complace en difundir las noticias buenas ó malas que crecen y adquieren proporciones colosales al volar de boca en boca. Melisa había llegado al campamento con Rugiero, de quien nunca se separaba. Tonaron mayor incremento las sospechas cuando se vió que habiendo marchado la guerrera para vengarse de Brunel, volvió de improviso con el único objeto de ver al héroe. Estacionada incesantemente á la cabecera de su lecho, apenas se separaba de él por la noche. ¡Así aquella doncella tan altiva y deseñosa prodigaba á Rugiero cuidados y atenciones! Al escuchar Bradamante este relato, apodórase de ella tal desesperación que está próxima á caer del caballo. Arrebatada por la ira y los celos mas violentos, no pronuncia una sola palabra, vuelve riendas, y regresa enfurecida á encerrarse en su castillo. Arrójase allí en su lecho, y apoya su rostro y labios en los almohadas para ahogar el ruido de sus sollozos; repasando allí en su memoria todas las palabras del caballero gas-

con un por una, no puede contener ya el dolor que la oprime, y le exhala de esta suerte: ¡Desgraciada, en quién podré fiarme en lo sucesivo! ¡Todo hombre debe ser cruel y perverso, puesto que Rugiero es perjuro y despiadado! ¡Rugiero, á quien creyera yo tan tierno y fiel! ¡Se vió nunca traicion mas odiosa! Todos los beneficios que me debes, ¡no vienen ceso á poner el colmo á tu ingratitude! ¡Ah! ¡por qué el mas valiente y hermoso de todos los mortales no ha de ser tambien el mas constante! Sin duda el cielo escluyó la lealtad de los demas doctos con que se complació en dotarle. ¡La fidelidad, esa reina de las virtudes, la has violado indignamente! ¿Qué soy sin ello el valor y las proezas mas brillantes? Harlo fácil te fue seducir al corazón novel y joven que valaba al encuentro del tuyo, y al que supiste persuadir de las cosas mas increíbles. ¡Ah! si no sientes ahora remordimientos ¿qué crimen podrá inspirártelos? ¿Qué suplicio destinas á los que te aborrecen, si á la que te adora la reservas una muerte lenta y espantosa? ¡Si no consigo venganza, la justicia divina no será mas que una mera palabra! La ingratitude es el mas odioso de todos los vicios: por ella fue precipitado el mas hermoso de los ángeles á los profundos abismos. ¡Tiemble pues, á tu vez ingrato: te se prepara un castigo terrible! No te acuso de haberme arrebatado este corazón que te abandoné, pero te reconvengo por cometer un robo mas cruel aun: me ofreciste tu corazón, y me despojas ahora de él sin motivo. ¡Restitúyemele, impio, ya sabes que no lo hay reposo para los raptos! ¡Ah! si tú me desprecias, yo no soy dueña ya de renunciar á tu posesión. Solo un medio me resta: conculcando en mi existencia puedo poner término á mis sufrimientos y tormentos. ¡Por qué no perdí la vida cuando me amabas, y me habría parecido mas dulce entonces la muerte! Al decir estas palabras, cediendo Bradamante á los raptos de su ira, se arroja del lecho, y dirige á su corazón la punta de su espada; pero impide lo arrojada que penetre el acero homicida, y una idea consoladora se desliza en su mente. ¡Ah! ¡esclama! ¡debo yo derramar así una sangre ilustre? No vale mas acaso buscar una muerte gloriosa en los combates? Quizas espiraré á la vista de Rugiero, que conagrará algunas lágrimas á mi memoria. Si luego á succumbir bajo sus golpes ¿podrá haber para una amante muerte mas venturosa? A ti te toca arruinar una vida que destrozas con penas sin cuento. ¡Quién sabe! ¡Quizas hallaré ocasion oportuna para vengarme de la mujer cuya astucia y descarado amor me despojau de Rugiero y de la asistencia mia! ¡Evius y desdichas detienen el brazo de la guerrera; se cubre con armas que son emblema de su desesperación. Su cota de malla imita al color que las primeras hebras hacen tomar á la boja seca; en el borde hay un bordado que representa troncos de cipreses á los cuales ha privado el filo del hacha de su savia y de sus ramas. Monte en Rabicón, blandiendo la lanza de oro de Astolfo, cuyo bote mas leve derriba á los caballeros mas valientes. Ya sabemos en qué sitio y con qué motivo se la confió el duque ingles, y de qué modo se apoderó este de ella; en cuento á Bradamante ignoraba su virtud. Solta y sin comitiva alguna, se dirigió por el camino mas corto al paraje en que se hallaban poco há las tiendas de los saracenos; ignora aun la desgraciada de su ejército por Rinaldo, Carlos, y el vencedor Maugris. Atraviesa el Querey y deja tras sí á Cahons y la montaña en que nace el Bordon; descubre bien pronto las ciudades de Clermont y Moulferrand. Cerca de estos sitios encuentra á una dama hermosa y joven que lleva en el arzon de su silla un escudo cubierto; escóndale tres caballeros, y un séquito numeroso de doncellas y escuderos. Pregunta la guerrera el nombre de aquella dama. ¡Es, le dice un escudero, la embejadora enviada al rey de los francos por la reina

de un país situado cerca del polo ártico, y llamado la isla Perdida ó isla de Islandia. Aquella reina, cuya hermosura no tiene igual en el mundo, hace presentar el escudo que veis al gran emperador, para que se le entregue al mejor caballero de su corte. Como se considera, y con razón, cual la mujer mas hermosa de la tierra, desee hallar un caballero que sobrepuje en valor á todos los demas. La fama ilustre de los paladines de Cárlos la hace confiar en que hallará entre ellos el esposo que desea. Vaís en derredor de esa embajadora á tres caballeros, ó mejor dicho, á tres reyes: uno rije la Suecia, otro la Gocia, y el tercero empuña el ceiro de Noruega. Disfrutan de igual renombre, y sus estados están cercanos de la isla Perdida; así llaman los navegantes á aquella isla que ocultan con frecuencia densas nieblas. En otro tiempo, enamorados esos tres reyes de la reina de Islandia, espiraron á su mano; para obtenerla ejecutaron hazañas que serán dignas de eterna memoria mientras gire sobre su eje la bóveda celeste: pero en vano han puesto en juego todos los medios imaginables para procurar agraciarse, pues no han podido triunfar de su resolución de casarse tan solo con un caballero que esté reputado como invencible. «No me contentaré, les dice, con los triunfos que hayáis conseguido en esos países. Si uno de vosotros se breguara á los otros dos, cual el esplendor del sol oscurece el brillo de las estrellas, le aceptaría por esposo, pero quiero someterme á la elección del mas ágil y prudente de todos los monarcas. Eovaré este broquel de oro á Carlomagno, rogándole que se le conceda al mas audaz y valiente: aceptará el vencedor por esposo, ya sea caballero de esta corte ó de cualquiera otro país. Si confiere el emperador el escudo á uno de vosotros tres, que le haya ganado con las armas en la mano, prometo solemnemente desde ahora que será mi dueño y señor.» Esta promesa, añade el escudero, decide á esos reyes á seguir á la embajadora, y han jurado vencer ó perecer en la demanda.» Escucha Bradamanta con la mayor atención estas palabras, y entre tanto parte el escudero á galope, á reunirse con sus compañeros de viaje. La guerrera, que no desea unirse á aquella comitiva, siguió su camino y vaciló que aquel escudo sería un manantial inagotable de discordias en la corte del emperador. El nombre del vencedor habrá de producir infaliblemente odios furiosos entre los paladines. Estas ideas hacen nacer en su corazón mil inquietudes, porque piensa en Itugiero. Atormentada constantemente por el cruel torcedor de los celos, camina á la aventura, cuasi sin objeto determinado, y sin cuidarse de si hallará ó no algun asilo durante la noche. A la manera que una frágil barquilla apartada de la orilla por los vientos ó las olas, boga á su piloto ni timón á merced de la corriente, así la guerrera, turbada y pensativa, se deja llevar por Rabican. Su imaginación está en otra parte, y no se ocupa de lo que le sucede de su corcel. Alzando por fin la vista, ve que el sol, oculto ya en las ciudades de Bocus, sepúltase en el seno de su anciana nodriza, mas allá del Africa. Bradamanta no puede pensar en cobijarse durante la noche al abrigo de alguna encina, porque el viento Norte sopla con violencia, y negros nubarrones anuncian lluvia ó nieve. Apresurando el paso del rápido Rabican, no tarda en ver á un pastor que está recogiendo sus ganados: preguntale si hay en las inmediaciones alguna habitación segura y cómoda en que pueda pasar la noche, pues no podrá estar peor en ella que en medio del campo. «No conozco, contesta el pastor, mas que el castillo llamado la Roca de Triatan; está á cinco ó seis millas de aquí, y no es fácil penetrar en él. Todo caballero tiene que coquejar su hospitalidad, y defenderla después con las armas en la mano. Cuando se presenta un caballero, si está vacío el castillo, le recibe el castellano sin ninguna dificultad, pero le

exige la promesa formal de que ha de pelear contra todos los que se presenten á la entrada de las murallas. Si no llega viajero alguno, pasa el caballero una noche tranquila; pero si se presenta algun otro caballero, tiene el primero que armarse, salirle al encuentro y atacarle. El vencido cede el puesto al vencedor y va á dormir al sereno. Si dos, tres, cuatro ó mas caballeros hallan vacío el castillo, reciben buena acogida, siempre que juren atacar todos á la vez al primero que se presente. Por el contrario, si se ha introducido un guerrero solo, necesita ser valiente y vigoroso, porque tiene que pelear contra todos los hombres armados que aparezcan, sea cual fuere su número. Se ha establecido una costumbre análoga para las damas y doncellas que llegan á pedir hospitalidad á aquel castillo: el sitio está destinado á la mas hermosa, y la que lo sea menos tiene que ceder su asilo á aquella, y quedarse fuera de la puerta.» Preguntó la guerrera cuál era el camino de aquel castillo, y el pastor se lo indicó, á una distancia de seis millas. A pesar de la rapidez admirable de Rabican, estaba tan pantanoso el camino que no pudo llegar Bradamanta antes de que se condensaran en extremo las tinieblas. Halló cerrada la puerta, y le dijo al alcaide de ella: «Deseo ser admitida en este castillo.» La contestaron que estaban ocupadas ya las habitaciones por unas damas y caballeros que aguardaban al lado de un buen fuego á que se sirviera la cena. «En ese caso, replica Bradamanta, podía muy bien el cocinero haberla preparado para ellos. Decides que conozco la ley que rije en este castillo, y que estoy pronta á aprovecharme de ella.» Corre el alcaide á anunciar á los caballeros esta noticia, tanto menos agradable, cuanto que se ven obligados á salir con un temporal cruel, en el momento en que torrenes de lluvia inundan la tierra. Se levantan, se cubren con sus armaduras con bastante lentitud, y salen por fin á pelear con la guerrera. Estos tres caballeros, que están dotados de extraordinario valor, son precisamente los que en Islandia se habían honrado con la esperanza de conquistar el broquel de oro. Bradamanta los había visto aquel día con la embajadora, mas como caminaban con mayor rapidez, habían llegado al castillo antes que ella. La guerrera confía en triunfar de aquellos reyes, y ademas no tiene deseo alguno de quedarse á la puerta del castillo sin asilo y sin cena. Los habitantes del castillo se apresuran á asomarse á las ventanas y galerías de él para ver la lucha. A pesar de las nubes y de la lluvia que está cayendo, alumbra la luz que sus débiles reyes el sitio del combate. Al ver la joven abrir la puerta del castillo y bajar el puente levadizo, siente un placer semejante al que experimenta el amante, cuando suspirado por que llegue la hora de la cita, oye la llave tan deseada deslizarse fuertemente en la cerradura.

Los tres monarcas la atacan á un tiempo: Bradamanta está armada con la lanza de Astolfo, cuyos boques derriban al caballero mas temible: diríjese hacia el rey de Suecia, y alcanzándole en medio del casco, le arroja al momento de la silla, el rey de Gocia no tarda en rodar por el suelo, bastante lejos de su caballo; y por último el rey de Noruega queda casi sepultado en el fango. Después de esta triple victoria, conseguida con tres solos golpes de lanza, acércase la guerrera al castillo para aprovecharse de su derecho. Antes de entrar en él, jura que contestará al reto de todos los caballeros que se presenten. El castellano admira su valor, y la prodiga mil atenciones. La embajadora de la isla Perdida la dispensa tambien honrosa acogida, y Bradamanta, con aire afable y cortes le invita á que se siente cerca del fuego. La guerrera se quita en seguida sus armas y su casco; la rededile de oro que sujeta sus cabellos se rompe, y caen estos en ondulosos rizos. Todos los circustantes comen

al momento que es una mujer que reúne á tan singular belleza un valor eminente. A la manera que al levantarse el telón aparece la escena á los ojos de espectadores iluminada con mil luces, y adornada con magníficas decoraciones, arcos de triunfo y estatuas doradas, ó también cual el sol al rasgar una noche, muestra su resplandiente disco, así al descubrir Bradamante su rostro, parece mostrar el Paraíso abierto. Aunque sus hermosos cabellos, que fueron cortados poco tiempo antes para curar su herida, no han recordado aun toda su longitud, forman ya largas rizos... El señor del castillo coincide al momento á Bradamante y la columna de bonitos distinciones y cuidados solícitos. Sentados en derredor del fuego, se entregan al grato placer de la conversacion, esperando á que les sirvan una succulenta cena. Pregunta la embajadora al castellano cuál es el origen de la costumbre á que han de someterse todos sus huéspedes, y contesta aquel de la siguiente manera: «En el reinado de Faramundo, su hijo Clodio amaba á una jóven cuya gracia y belleza no tenían igual en el mundo; vigilábala con la misma asiduidad que empleaba el pastor encargado de custodiar á Jo. Poseído siempre de furiosos celos, la tenía encerrada en este castillo que la diera su padre, y del cual salía rara vez. Diez caballeros de las mas valientes del ejército, vivían aquí con él. Un día se presentó á la puerta el valiente Tristan, acompañado de una dama á quien acababa de arrancar de manos de un gigante feroz. Sepultábase el sol mas allá de los mares, y como no había otro albergue en un radio de diez millas, pidió Tristan hospitalidad. El castellano había jurado no admitir á ningún forastero en su castillo mientras estuviera en él su amada. Viendo el bérce que eran inútiles sus ruegos, exclamó: Yo ahré obtener lo que me rehuse, y provocó á combate á Clodio y sus diez caballeros, calificando aquella negativa de injuriosa y descortes. Aceptado el reto, convinose eo que el vencedor Tristan, tendría derecho para echar del castillo á todos los caballeros y quedarse solo en él. Derribado el hijo de Faramundo, estuvo en poco que perdiera la vida: sus caballeros sufrieron la misma suerte. Tristan los dejó á la puerta y entró en el castillo, donde halló á la seductora belleza á quien adoraba Clodio; la naturaleza pródiga parecia haberle complacido en adornarla con todas las dotes imaginables. Empezó en seguida á conversar con ella, mientras que los celos mas crueles consumían á su desdichado amante, el cual no tardó en enviar al caballero un mensaje apremiante, solicitando que le restituyera su amada. Tristan, que estaba prendado tan solo de la suite, que era la dama á quien acompañaba, permaneció indiferente al ver los encantos y atractivos de la dama del castillo, mas por venganza de la inhospitalaria negativa de Clodio, consintió al mensajero: No puedo resolverme á dejar marchar una dama tan hermosa; pero si Clodio se cree barto desgraciado por dormir solo al sereno, le enviaré una jóven de mi comitiva, de tez sonrosada, casi tan bella como su amiga, y que es dócil y complaciente; pero debe conocer que la mas hermosa está á disposicion del vencedor. Clodio, lisonjeado por efecto de su coraje á la lluvia y al frío, pasa la noche dando vueltas en derredor al castillo, cual si estuviera haciendo centinela para proteger su reposo. Al día siguiente, el generoso Tristan le restituyó su amada protestando que no había hecho sino admirarla. Habría merecido, le dice á Clodio, que hubiera castigado vuestra damera con un ultraje cruel pero me contento con haberos hecho pasar la noche fuera de vuestro albergue. El hijo de Faramundo procura disculpar su error con la violencia de su amor; Tristan le contesta: El amor no escita en el corazon del hombre sino sentimientos tiernos, y nunca puede producir actos tan descorteses. Despues de marcharse el caballero, aban-

donó Clodio este castillo, y se le dió á uno de sus amigos, imponiéndole la espresa condicion de hacer respetar la costumbre actual. El caballero mas valiente y la dama mas bella recibirán tan solo en él la hospitalidad, mientras que sus inferiores en belleza y valor habrán de pasar la noche fuera. Ya veis que esta ley se ha conservado hasta nuestros dias.»

Habiendo hecho el maestro aza cubrir la mesa en el salon grande del castillo, los concurrentes pasaron á él alumbrados por mil aitorchas. Bradamante y su jóven y hermosa compañera admiran los adornos suntuosos y admirables pinturas que cubren las paredes; maravilladas al ver tanto lujo y esplendor, se olvidan de disfrutar de los manjares, á pesar de la impaciencia de los criados que, temiendo que se enfrien, se atreven á murmurar estas palabras: «Cenad primero, y luego podreis satisfacer vuestra curiosidad.» Pero repara el castellano eo que se violará la ley si permite que dos damas permanezcan juntas en el castillo; es preciso que la que mas menos bella se decida á arrostrar los vientos y las lluvias, pues han llegado una despues de otra. Dos ancianos y dos matrones, acostumbrados á pronunciar la sentencia en semejantes casos, examinan y comparan los atractivos de entremesas damas, y todos deciden que Bradamante, invencible en los combates, vence tambien eo belleza á su rival. El castellano dice entonces á la embajadora, que provee ya el resultado de la deliberacion: «No podreis resentiros porque hagamos respetar la ley. Tened pues á bien buscar otro albergue; acaban de declarar que esa jóven, aunque está despojada de todo adorno, es la mas hermosa de las dos.» Cual se ven elevar de improviso densos vapores de las profundidades de los valles y cubren de negras nubes el sol que poco antes se ostentaba puro y radiante, así palidece el rostro de la dama, y sus ojos pierden su placentero brillo al escuchar aquella sentencia inhumana. Asustada y trémula, mira á la guerrera, que como movida por tierna compasion, opina de distinto modo. «Nada puede parecerme mas injusto, esclama; no es válida la sentencia cuando la parte condenada no ha podido defenderse ni exponer sus razones. Sostengo esta doctrina, y sin comparar mi mérito con el de esta dama, digo que no he penetrado yo aquí como mujer: supongo que nadie tendrá derecho á sostener que yo lo sea. ¿Será preciso acaso que me despoje de mis vestidos? No es lícito afirmar una cosa dudosa cuando puede ocasionar perjuicio de tercero. Muchos hombres dejan crecer sus cabellos, por lo cual, la longitud de los mios no puede probar mi sexo. No he llegado aquí como una mujer, sino como un guerrero. ¿A qué calificarme de mujer cuando obro como un caballero? Vuestra ley tan solo establece la competencia entre dos mujeres, no entre una dama y un guerrero. Ano admitiendo que yo sea lo que parezca, lo cual no concedo en manera alguna; al me juzgaran inferior á otra en hermosura, ¿me habiais de retirar la recompensa de mi valor? ¿No tal, pues sería altamente injusto despojarme por tener algunos atractivos menos, de lo que habiera conquistado con mi fuerza! Aunque adoptárais semejante resolucio, permanecería eo el castillo, fuera cual quisiera el resultado de mi resistencia. Por consiguiente, en la que-rella que acabais de juzgar, no son iguales las probabilidades. Esta dama lo aventuraba todo y oo podía esperar nada, y es evidente que donde no son iguales las contingencias no puede haber buena justicia. Por consiguiente, ya sea favor ó justicia, no prohibireis á esta dama que duerma en vuestro castillo. Si hay algun hombre que tenga la audacia suficiente para sostener lo contrario, le probaré que se equivoca y que está de mi parte la razon.»

Así la valerosa Bradamante, compadecida de la suerte infanta que amenazaba á la dama, supo obtener del castellano por la fuerza de sus razones, parti-

culturamente de la última, que no espusiera á la embajadora á las injurias del tiempo en la llanura desierta y desprovista de todo abrigo. Cual la flor agostada por los ardientes rayos de un sol abrasador se reanima al recibir la impresión del rocío, y levanta su cabeza marchita, así la extranjera, tranquilizada por la voz de Bradamante, recobra su tranquilidad y frescos colores. Prepáranse entonces á hacer honor al banquete, en él no habían pensado hasta entonces, y no fue turbada la fiesta por la presencia de ningún caballero andante. La hija de Almon conservaba su dolor y tristeza; su corazón era presa del temor y la incertidumbre, y no pudo probar siquiera los manjares. Levantáronse de la mesa; el banquete habría durado mas tiempo, á no haber sido la curiosidad mas fuerte que la gula. Por orden del castellano concedió un peje una multitud de bagias, y pronto iluminaron la sala raudales de luz. Concluiré esta aventura en el canto siguiente.

### CANTO XXXII.

ARGUMENTO.—Descripción de las guerras que han de tener lugar entre la Francia y la Italia.—Bradamante va á Rugiero en suceso.—Derriba de nuevo á los tres reyes.—Combate entre Huguino y Giraldo.—Ataca un monstruo á Bayardo.—Firadamo escucha á Bayardo en una caverna.—Descripción del viaje áereo de Astolfo.—Llega á Etiopía.—Señales en el cielo.—Ataca un monstruo á Astolfo.—Ataca un monstruo á Astolfo en la entrada del infierno.

Trecono, Parrasio, Polignoto, Protegno, Timantio, Apolodoro, ilustre Apeles, Zenxis, vosotros todos pintores famosos de Grecia y Roma, cuyos cuerpos y obras destruyó Cloto sin poder borrar vuestra glo-

ria inmortal; Andres Mantegna, Leonardo, Juan Bellini, los dos Dossi, y tú que pintas y esculpes con igual talento, Miguel, mas bien que hombre, ángel divino; Rafael, Sebastiano, Ticiano, honra de Cadorna, así como los dos primeros lo son de Urbina y de Venecia; vosotros cuyos trabajos recuerdan las obras maestras de la antigüedad; vosotros todos que en los primeros siglos y en los tiempos modernos, creasteis maravillas en el lienzo y en los edificios, no habeis representado á sucesos acaecidos, sin poder pintar los acontecimientos futuros. ¿Cómo es que han existido cuadros en que se veian descritas las cosas venideras? El arte no posee semejante secreto; pertenece á los encantadores que someten á los espíritus infernales. Merlín, con la ayuda de un libro vomitado por el Averno ó las grutas Nursinas, obligó á los demonios á adornar en una sola noche la sala de que hablaré en el canto precedente. La magia producía en otro tiempo prodigios; ahora es ya la arte perdido. Pero volvamos á los que desean obtener la explicación de los cuadros de la galería. A una señal dada por el dueño del castillo, han encendido los pajes tal número de antorchas, que iguala en claridad á la luz del día. «Sabed, dijo entonces el castellano, que un pequeño número de estos combates se han verificado ya. La mayor parte de ellos fueron pintados uno antes de haber existido; pero el sabio Merlín pudo predecirlos. Teneis ante vuestra vista los pormenores de los triunfos que hemos conseguido en Italia, y de los reveses que sufrimos allí. El rey de la Gran-Bretaña envió al sucesor de Marcomir, el profeta Merlín, el cual se esmeró en reproducir aquí todas las batallas



Los tres reyes vencidos por Bradamante arrojan sus armas al foso del castillo de Tríana.

dadas por los franceses mas allá de los Alpes. La época de estos acontecimientos abraza un intervalo de mil años. Debo decirlos primero el objeto del viaje de Merlin, y con qué fin ejecutó este trabajo. Faremuendo, que fue el primero que pasó el ancho río llamado el Rhin, á la cabeza de sus francos, habiendo conquistado la Galia, resolvió sojuzgar tambien la Italia. Había observado la decadencia creciente y cada dia mas inminente del imperio romano. Deseó asegurarle la alianza de Artur, rey de los bretones; pero este príncipe nunca emprendía cosa alguna sin consultar

la opinión de Merlin. Decíase que aquel profeta era hijo del demonio, y como poseía la ciencia de la adivinación, pudo ser advertido Faremuendo de los peligros que habría de arrostrar si penetraba en la comarca que cruzan los Apeninos, y que tiene por límites á los Alpes y el mar. Anunció Merlin que los reyes de su descendencia habían de ver parecer sus ejércitos, destruidos por el acero, la peste y el hambre, cuando procuraran invadir la Italia; obtendrían pocas ventajas y sufrirían grandes males. A algunos triunfos pasajeros sucederian muchos dias de luto y

tristeza; en una palabra, las lises no echarian nunca raíces en Italia. Esta profecía hizo variar las ideas de Farinundo, y accediendo al encantar de los deseos de este monarca, ejecutó las pinturas que representan acontecimientos futuros. Quiso el rey, sin duda, poner de manifiesto á sus sucesores, que todas las veces que entraran en Italia para defenderla ó salvarla, se cubrirían de gloria inmortal; pero que si osaban formar la esperanza de subyugarla, sus soldados hallarían la muerte en ella. «El castellano conduce á Bradamante y su compañera hacia el primer cuadro. Ea él se ve á Sigisberto, atraído por el cebo de los tesoros y promesas del emperador Mauricio, bajar de las cumbres del Jura á las llanuras fecundas que riegan el Lambro y el Tesino. Antares le ataca, destruye su ejército y le obliga á pasar de nuevo las montañas. Eu el segundo cuadro se ve á Clovis atravesando los Alpes á la cabeza de cien mil hombres. Para resistirle con tropas inferiores en número, huye el duque de Benavente abandonando su campamento. Apodéranse de él los franceses y se embriagan con el vino de Lombardia, siendo víctimas de este ardor. ¡Ved esa multitud de capitanes y soldados reunidos por Childerico! Pero no le favorecerá la victoria mas que á Clovis: la cólera del cielo extermina su ejército. El calor y las enfermedades han cubierto los caminos de cadáveres; tan solo la décima parte del ejército se libra trabajosamente de la destrucción. El castellano lea muestre después á Pepino y á Carlomagno.

Adelantáase coronados de laurel; uno defiende al pontífice Esteban y se opone al furor de Astolfo; el otro socorre á Adriano y á Leon, amenguados por el sucesor del rey lombardo. Este príncipe es vencido, y cae prisionero. Ese otro héroe que lleva tambien el nombre de Pepino despliega su ejército desde la desembocadura del Eridano hasta el mar de Venecia. A fuerza de paciencia y dinero, construye en Malamocco un puente cuyo estremo llega cuasi al Rialto. Prosigue su obra atrevida, pero las aguas y los vientos arrastran los restos del puente, y parecen los trabajadores que le están construyendo. Apenas pisa Luis de Borgoña el suelo de Italia, cuando pierde la libertad, y jura no acometer de nuevo semejante empresa; pero siendo bien pronto perjuro, cae en poder de los italianos, que le saltan los ojos: sus soldados le llevan ciego como un topo el otro lado de los Alpes. Mirad á Hugo de Arlés, siempre victorioso, arrojando de Italia á la raza de Berenguer, á quien derrota y espulsa dos y aun tres veces. Los hunos y bávaros corren á defenderlos. Obligado á ceder al número, pide Hugo la paz, pero no sobreviva á la vergüenza de ser derrotado, y su sucesor, no menos infortunado, abandona sus estados á Berenguer. Carlos de Aupou invade la Italia para mantener los derechos del príncipe de los fieles. Conradino y Mainfroi vencidos en dos batallas, son inmolados por él. Después, castigados los franceses por sus excesos y tiranía, son degollados por los italianos, que han tomado



El rey Sesapes.

por señal el sonido de las campanas al toque de visperas. El castellano atravesando una larga serie de años, y aun de lustros, hace notar á las dos damas el capitán que baja á Italia para hacer la guerra á los nobles Viscontis; empieza el sitio de Alejandría; una guarnición fuerte y numerosa defiende la plaza. El duque de Milan arma una emboscada en que se arrojan los imprudentes franceses. El conde de Arminiac, jefe de la expedición, queda entre los muertos con la mayor parte de sus guerreros; los restos del ejército caen prisioneros en Alejandría, y el Tanaro echa en el Pó sus aguas teñidas en sangre. Un señor de la Marca y tres condes de Anjou, vencedores del Bruccino, del Dauniano, del Nurse y del Salentino, aparecen después. A pesar de los auxilios que reciben de Roma, no pueden conservar los franceses sus primeras ven-

tajas; son derrotados y espulsados por Alfonso y Fernand. Aquí atraviesa Carlos VIII los Alpes con lo mas escogido de su ejército y caballeros, pasa el Liris, y somete toda la comarca sin desmenuar la espada, sin romper una sola lanza. Un héroe de la sangre de Avulso y el valiente hijo del Gunt arrostran sus esfuerzos en la roca, cuya masa enorme aplasta el gigante Tifeo. «Pero antes de ir mas lejos, siade el castellano mostrando la isla de Ischia, deseo referiros lo que me contaba mi bisabuelo cuando era yo niño; habíselo contado á él su abuelo, que la oyó repetir á nuestros antecesores. Remítase esta tradición hasta el mismo Merlin, autor de todas esas maravillas.» Al designar Merlin el castillo de Ischia pronunció estas palabras: «Esa isla llegará á ser defendida un dia por un caballero cuya audacia desafiará á los llamas

que le rodeen. Hé aquí la fecha de su nacimiento (Merlin indicó el año y el día); no tendrá rival alguno entre los guerreros. Muy bello que Nereo, mas valiente que Aquiles, tan prudente como Ulises, mas rápido en la carrera que Lades, sabio como el anciano Nestor, su liberalidad y clemencia sobrepujarán á todo lo que se ha podido decir de César. Las glorias mas ilustres quedarán oscurecidas ante la suya; la Creta no podrá envasocerse ya tanto con Minos ni Tebas con Hércules y Baco, y Delos no se alabará ya de haber dado nacimiento á los hijos de Latona. Ischia será la mas eflorescente y gloriosa de todas estas naciones, pues Ischia visitó nacer al marques del Guast en el instante en que le Italia sienta la necesidad de un grande hombre para defender su libertad. En otra parte cantaré sus proezas, pues no puedo hablarlas aquí de ellas. Luis el Moro se arrepiente de haber llamado á Carlos á Italia. Una vez satisfecha su venganza, teme ser despojado de sus estados, y forma una liga con los venecianos. El duque de Milan, esperando hacer prisionero á Carlos, le aguarda en el paso de los montes. El rey se abre un camino sangriento, y se aleja á pesar de sus esfuerzos. Los franceses encargados de la custodia del pais conquistado tienen un fin deplorable; Fernando de Aragon, ayudado por el duque de Mantua, los estermina á todos en el mar y en tierra. La pérdida de un solo hombre marero á traicion hace olvidar todo el júbilo de la victoria. Ese héroe, añade el castellano mostrando á Alfonso de Pescara, cubierto de gloria en mil empresas, tendrá brillo mas vivo que el del rubí; pero un etíope maldito le atrerá á una emboscada, y traspasaré el corazón del primer capitán del siglo. « Mas lejos para Luis XII los montes con los italianos, y el moral de Visconti sustituya á los lisos. Quiere Luis hacer lo que Carlos, cubrir de puentes el Carilgeo; es destruido su ejército; una parte de sus guerreros perecen bajo el mortífero acero, el resto muere sepultado en las olas. Perseguidos los franceses dos veces por la infesta suerte, sucumben bajo el esfuerzo de Gonzalo, que los destruye con su estrategia; pero la fortuna que tan adversa se muestra á Luis en los campos de la Pulla, es favorable á sus armas en las fértiles llanuras que fecunda el Pó, entre los Alpes y los Apeninos, basta los sitios en que ruga el Adriático. Recordando el castellano varios sucesos olvidados, vuelve atras y les muestra el traidor que entregó el castillo de su señor, aquel suizo pérfido cargado de cadenas al que pagó sus servicios. El rey de Francia consigue tambien triunfos fáciles, protege á Borgia, enmentando su poderío. César arroja de Roma á los honrones y señores. Borra Luis de las armas de los Borgias la sierra que substituyó á la espada. Gónova, que se ha rebelado, es tomada por asalto y subyugada, sembrando de cadáveres las llanuras de Ghiardadda; abren sus puertas todas las ciudades y aun la misma Venecia. Dueño el papa ya de la Romanía, no puede arrebatrar al duque de Ferrara la ciudad de Módena, cuyos estados son respetados. Luis quita al pontífice la ciudad de Bolonia, y se le restituye los ventisiguos. Los franceses tomen y saquean la opulenta Brescia, salvan á Felisine y dispersan los tropes del papa. Por fin se encuentran los dos ejércitos cerca de Chiassi, y tienen los franceses que batirse con los soldados de Julio que se han unido á los españoles. Terrible es la batalla: el suelo cubierto de cadáveres está inundado de sangre. Indeciso Marte no sabe á quién conferir la palma de la victoria; pero el intrépido Alfonso se la hace obtener á los franceses; ¡desventurada Ráveo, tienes que sufrir la ley del vencedor! Julio, en su desesperacion, llama á una multitud de nemeses que caen desde las cumbres de las montañas con la impetuosidad de un torrente: los franceses se ven obligados á pasar de nuevo los Alpes, y donde brillaban las lisas de oro

florece de nuevo el vástago de los Esforcias. Vuelven á aporecer los franceses, y son rechazados segund vez por los traidores helvecios, cuyo epouu ha buscado el jóven Esforcia, ne obstante lo péricos que fueron con el duque su padre. Sin embargo, redúcese otro ejército á la voz de un nuevo rey; y para vengar la derrota de Novara, llega Francisco I destruyendo los obstáculos que lo opusieron los suizos, á los que está próximo á exterminar. Esta nacion háblara y dotada de sordida uvaricia, pierde para siempre los títulos que usurpó de reina de los reyes y protectora de la Santa Sede. A pesar de todas las ligas, dueñu ya Francisco de Milan, forma alianza con los suizos. Borbon defiende esta ciudad y rechaza á los elemaues, pero la pierde por el orgullo, faltas y escases de sus guerreros. Otro Francisco Esforcia, digno del nombre y valor de su abuelo, recupera con el auxilio de Roma la capital de sus estados. La aglomeracion de tantos reveses, no impide á los franceses que intente una nueva expedicion; caen sobre la Italia y pasan por ella cual una bandada de aves de rapiña. El duque de Mantua les impide que atraviesen el Tesino. Federico, cuya barba cubre apenas su ligero bozo, adquiere una gloria inmortal por su prudencia y sabiduria, así como por su valor en los combates; detiene á Pavia contra los franceses y los venecianos.

Esos dos marqueses ilustres tan temidos por los franceses y gloria ambos de la Italia, son de una misma familia y tuvieron una misma patria: uno es hijo de Avalos, muerto á traicion. Sus consejos y su valor causaron mas de una vez la ruina de los franceses; el otro cuyo aspecto es tan bondadoso y dulce, es Alfonso, marques del Guast, aquel héroe de que he hablado mostrarnos Ischia. Merlin refirió sus hazanas á Farremundo; él es quien aparece en el momento en que la Italia, el imperio y la Santa Sede necesitan ser salvados de los destrozos de los bárbaros. Bajo las órdenes de Próspero Colone, Pescara primo del de Guast, invade la Bicoeca con sangre de los suizos y franceses. Pero el rey de Francia, ahelando vengar los ultrajes recibidos, invade la Lombardía, mientras que otro ejército se apodera de Nápoles. La Fortuna,iega y veltidosa, que juega con el destino de los hombres cual el torbellino de viento arroja los granos de arena hasta las nubes y los deja caer después al suelo, la Fortuna alienta y sostiene las ilusiones de Francisco I. Este monarca cree tener bajo las murallas de Pavia cien mil guerreros, pero no ha cuidado de asegurarse de si sus tropas se han aumentado ó han disminuido. Engañado por las comunicaciones de sus ministros, el rey está lleno de confianza, mientras que no puede disponer sino de un ejército poco numeroso. Su campo es atacado en medio de la noche; el hábil español, secundado por los dos primos de Avalos, fuera capaz de subir al cielo á desaliar al infierno. Ved ahí lo mas selecto de la caballeria francesa llevando de cadáveres la llanura ensangrentada; ¡ved á ese príncipe valiente rodeado de lanzas y espadas! Muere su caballo, pero aun no se rinde, no se confiesa vencido, y sin embargo, á nadie sino á él amenaza el enemigo. Solo y á pie se defiende valerosamente y baja su acero en la sangre de los mas temerarios. Por fin cede el valor á la fuerza: entrega su espada á del Guast y á Pescara, los dos héroes de la jornada, y le conducen á España. El otro ejército, que se dirige á Nápoles, sabe la pérdida de la batalla y el cautiverio del rey. Entouces se detiene, y cuel una lámpara que al error de aceite se apaga de repente, así aquel ejército se dispersa en un momento. Dejando Francisco á sus hijos en rehenes, sale de Madrid y continúa la guerra de Italia, mientras que le atacan en sus propios estados. Roma es tomada por asalto: el sacrilegio y el incendio derraman en ella la violencia y la muerte. Los príncipes coaligados

para defenderla asisten á su ruina, escuchan sus lamentos y gemidos, y se retiran ante el vencedor. Envia Francisco un nuevo ejército mandado por Laureo, no para invadir la Lombardia, sino para salvar al pontífice y los cardenales. Se retrasa su marcha, y al llegar halla ya al Santo Padre en libertad. Laureo se dirige al sitio en que fue sepultado Parteuopie; se sublevan los pueblos y es sitiada Nápoles. Presentase la flota imperial, Doria la rechaza, la dispersa, la quema y la echa á pique. Pronto parece la caprichosa Fortuna retirar sus favores á los franceses victoriosos; parecen sin por las armas, al menos por venenos tan mortales y terribles, que de cada mil hombres apenas puede uno solo volver á pisar el suelo de su patria amada.

Bradamante y la dama de Islandia consideran una y otra vez aquellos cuadros cuyos colores son brillantes y variados; no se cansan de admirarlos y leer las inscripciones de letras doradas que explican cada acontecimiento. Por último, el castellano que está acostumbrado á tratar á las damas con toda clase de consideraciones, las designa las habitaciones en que podrán entregarse al descanso. Mientras que todos duermen, solo Bradamante no hace mas que dar vueltas en su lecho, sin poder cerrar los párpados, pero al regreso del alba consigue dormir. Ve en sueños la imagen de Rugiero que le dice: «¿Por qué te consumes dando crédito á engañosas relaciones? ¿Antes que hallarme un instante sin pensar en tí, verás á lo rios volver su curso en direccion de su nacimiento! La vida, la claridad del día me son menos gratas que tu amor: veugo á recibir el bautismo y cumplir mis juramentos. ¡Otra herida distinta de las que el Amor me hiciera, me deteue aquí!» Despiértase Bradamante y se desvanecen la imagen del héroe; la guerrera da nuevo curso á su llanto y quejas. «¡Ay! dice, eras un sueño, y mis desgracias son harto positivas. ¡Desvaneciése el sueño, y solo me queda la desgracia! ¿Por qué no ven ya mis ojos su imagen? ¿por qué no escucho aun su voz? Cuando se cierran mis ojos, disfruto la felicidad: al abrirse empieza de nuevo mi infortunio. El sueño renueva mis penas; el despertar me agobia con nuevos tormentos: así me consuelan las ilusiones, y la verdad me mata. ¿En qué podré yo creer ya? ¿Permita el cielo que duerma yo pronto con eterno sueño! Dichosos los animales cuyos miembros están en la mas completa inmovilidad durante seis meses! ¿Qué importa, si el sueño es lo mismo que la muerte, y el despertar es la vida? ¿Es tal mi destino, que para mí el estar despierta es la muerte, y el dormir es la vida! ¡Oh muerte, ven cuanto antes á cerrar mis párpados!»

Empezaba Febo á teñir de púrpura el horizonte y disipar las nubes; el día se anunciaba mas hermoso que el anterior. La guerrera tomó sus armas, y después de dar gracias al castellano por su hospitalidad suntuosa, se puso en camino. La embajadora de Islandia habia salido ya del castillo con las doncellas y escuderos de su comitiva, y se reunió con los tres reyes derribados por la lanza de oro. Pasaron estos una noche bien triste, á merced de los vientos, del frio y la lluvia: halláronse en completo ayugo, tanto ellos como sus caballos; pero lo que mas les mortificaba era la idea de que la embajadora diria á su soberano cuando regresara á Islandia que en el primer encuentro les habia vencido un solo caballero. Resueltos á morir ó llevar su ultraje, en cuanto vieron á Uania (así se llamaba la embajadora, á quien no habia yo nombrado todavía), de-asilaron á Bradamante. Estaban muy lejos de sospechar siquiera que tenían que habérsela con una mujer. Bradamante que no tenía tiempo para detenerse rehusó al pronto el combate, pero obligada á ceder por las provocaciones insultantes de los tres reyes, enristro su lanza, y bastaron tres botes para derribarlos á todos; después, sin dig-

TOMO II.

narse siquiera mirarlos, continuó su viaje. Los príncipes que se habian jactado de conquistar el broquel de oro, se levantaron mu los y confusos; no se atrevían á dirigir la vista hacia Uania que, siendo testigo ocular de su derrota, habia oído con tanta frecuencia sus fanfarronadas. Se gozó la embajadora en aumentar su humillacion, manifestándoles que su vencedor no era un paladin sino una mujer. «Derrotados por una doncella, les decía, ¿cómo podeis imaginar que resistais á Orlando y Reynaldo, cuya fama es tan ilustre? ¿Conseguiriais arrebatr el escudo de oro si se hallara en poder de uno de ellos? No lo creo, y aun me figuro que en vuestro interior participais de mi opinion! Así pues, os podeis tener por advertidos, sin buscar nuevas pruebas. Si fuerais asaz temerarios para provocar otros combates, sería una señal evidente de que queriais añadir la pérdida de la vida á la de la honra. No obstante sería útil y glorioso para vosotros recibir la muerte de manos de tan valientes guerreros.» Convencidos ya de que su vencedor era una mujer y viendo ya manillada su reputacion para siempre, apoderase de ellos profunda rabia, y agobiados por el dolor, están próximos á darse la muerte. Despijense de sus armas, sin conservar siquiera la espada, les arrojan al foso del castillo, y hacen voto de no usar durante un año coraza ni cota de mallas, de andar siempre á pie y por los caminos mas desolados y escabrosos, y de no usar mas armas ni caballos que los que consigian apresar. Caminon pues de este modo, mientras que la embajadora y su séquito continúan su viaje á caballo.

Bradamante se detiene en un castillo que hay en el camino de París, y sabe allí que los moros han sido derrotados por Carlos y Reynaldo. La dispensan honrosa acogida, pero la guerrera, insensible á los solícitos cuidados que la prodigan, no recobra el apetito ni el sueño, y no puede estarse quieta ni un momento.

Sin embargo, no debo hablaros incesantemente de Bradamante; no he de olvidar por ella á los dos caballeros que han sido sus caballos cerca de una fuente. El combate que voy á describir no tiene por objeto la conquista de una ciudad ni la posesion de vastos estados: trátase tan solo de saber á quien pertenecerán Durandul y Bayardo. No necesitan trompeta ni señal alguna para empezar. ¿Qué les importan los ardores del ataque y defensa? Su valor está bastante excitado; esgrimen sus espadas y se precipitan uno contra otro; pronto retumba el aire con sus golpes terribles y reiterados. No hay temple compatible al de Flamberga y de Durandul, sin lo cual, hubríansen roto bajo la increíble violencia de aquellos golpes. Las dos hojas se chocan sin romperse, y hacen saltar innumerables chispas. Reynaldo, que conoce la fuerza y poder de Durandul, evita con destreza y tijezeza los golpes de Gredisso. El rey de Sericacia, á pesar de su extraordinaria habilidad, solo pego al aire; apenas dan algunos de sus golpes desviándose en la armadura. Reynaldo calcula mejor sus ataques; algunas veces adormece el brazo del pagano: dirige la punta tan pronto á los costados como á la garganta, sin conseguir romper las mallas, que son tan duras como el diamante, merced al arte de los encantadores que las fabricaron. Prolóngase el combate; atentos ambos á herir ó á parar los golpes, oyen un gran ruido, y volviendo la vista, ven á Bayardo defendiéndose de un ave en-orme. Es mas bien un monstruo desconocido, semejante al murciélago, y cuyo pico tenía tres brzas de longitud. La pluma era negra; sus garras afiladas y de una longitud desmesurada. Lanzaban siniestros relámpagos sus ojos; en fin sus alas eran tan grandes como las velas de un navio. Quizas fuera una ave verdadera, mas no podré decir en qué país se hallaria otra igual; nunca he visto ninguna, y quizas sea Turpino el único que la hayo

7\*

descrito. Me inclino á creer mas bien que fuera algun demonio gigantesco, evocado por Maugis para interrumpir el combate. Reynaldo se convenció tanto de que así era, que después reconvierto ágramente á su primo por ello; pero este rechazó enérgicamente semejante acusación, y juró por los divinos resplandores que dan al sol su luz, que era infundada aquella sospecha. Demonio ó ave, es lo cierto que aquel monstruo cojió á Bayardo con sus garras. El vigoroso caballo rompe las bridas que le sujetan, y lleno de rabia y cólera, se detiene á coces y tocados. El ave le suelta, se eleva por el aire, vuelve de nuevo, y amenaza á Bayardo, hostigándole sin cesar. Herido el corcel é incapaz de resistirle, se mete en el bosque inmediato y se oculta en la espesura. En vano quiere perseguirle su enemigo: el corcel se mete en una cueva. Perdiendo entonces el monstruo sus hielos, se lanza á las nubes y va á buscar otra presa.

Reynaldo y Gradasse, al ver hurir á Bayardo, se deciden á suspender la pelea que por él sostienen, y juran que el primero que consiga cojerlo volverá á la orilla de la fuente á continuar el combate. Se ponen después en camino, siguiendo los huellas impresas en la tierra; Gradasse, que está montado en Alfane, dejó pronto á su rival muy atrás. El hijo de Aimon ha perdido ya el rastro de su corcel; le busca en el borde de los torrentes y por senderos escabrosos cubiertos de raíces y ramas de árbol. Perdiendo la esperanza de alcanzarle, vuelve á la orilla de la fuente confiado en que Gradasse habrá sido mas ofortunado, pero no le halla, y se dirige de nuevo al campo con profunda tristeza. La fortuna ha sido mas favorable para el rey de Sericania, que tarda poco en oír los relinchos de Bayardo. El escaleteado caballo, temblando de miedo, no se atreve á salir de la gruta, y se le coje con facilidad. Aunque Gradasse recuerda su promesa de llevarle al sitio en que se halla la fuente, hace el siguiente razonamiento: «Es mucho mas cómodo para mí conservar tranquilamente este caballo, en lugar de empeñar una lucha para saber si me ha de pertenecer ó no. He venido desde los confines del mundo para conseguir su posesión; le tengo ya en mi poder, y sería muy loco si le dejara escapar. Si quiere Reynaldo recuperarle, que haga un viaje á las Indias, cual le hice yo á Francia. La Sericania le ofrecerá todos los goces que yo he hallado en este país.» Al mismo tiempo que hace el rey estas reflexiones, dirígese por la llanura á Arles, donde se halla el campo de los saracenos, y se embarca en una buena galera con Bayardo y Durandal. En otra ocasión hablaré de él; pero dejo ahora á Gradasse, á Reynaldo y á todos los guerreros de Francia.

Me ocuparé de Astolfo que, merced á un buen freu, guía por las celestes llanuras el vuelo del hipógrifo; nienos rápida es la marcha del águila ó del halcón. Después de haber visto bajo sus pies nuestro universo, desde el uno al otro mar, y desde los Pirineos al Rhin, vuelve hacia los montes que separan la España de la Francia; atraviesa el Aragón y la Navarra, deja Tarragona á la izquierda, Vizcaya á la derecha, y llega á Castilla. Ve la Galicia y Lisboa, y se dirige hacia Sevilla y Córdoba; distingue todas las ciudades de la Iberia. El estrecho de Gades, y los límites que puso Hércules para contener la audacia de los navegantes, se presentan á su vista. Vuela por encima del Africa, desde la costa del mar hasta las fronteras de Egipto. Ofreciense á sus miradas las famosas islas Baleares é Ibiza; vuelve en seguida hacia Marruecos, Fez, Oran, Hipona, Argel, y Bugia, capitales opulentas cuyos soberanos usan en lugar de coronas de hojas, coronas de oro. Adelántase después hacia Tunz y Biserta. Pasa por Capsa, la isla de Alzerbo, Tripoli, Berenice, y la Tolemaida, y llega al paraje en que el Nilo dirige su curso al Asia; contempla las feraces comarcas situadas entre el mar

y los cumbras del viejo Atlas, cubiertas de bosques. Dejando tras sí los montes de Carene, se lanza hacia los Cireneos, atraviesa los desiertos de arena de la Nubia, y descubre Abagada, mas allá del sepulcro de Battus y del templo de Amon, que ya hoy se hallan destruidos. Ve Tremecem sometida á las leyes de Mahoma, y se adelanta hacia la parte de Etiopia que se halla en la otra orilla del Nilo. Deteniéndose por fin entre Dobada y Conlé, en una ciudad cuyos habitantes son cristianos, mientras que sus vecinos adoran al profeta. Senapes es el soberano de ello; sus riquezas y poderío son inmensos, y sus estensos dominios llegan al mar Rojo. Tiene por cetro una cruz, y su pueblo está siempre armado para rechazar los ataques de los infieles. En aquel país, si no me equivoco, se emplea el fuego para lavar el pecado original.

Boja Astolfo á la poderosa ciudad de Nubla, y visita á Senapes. El príncipe de este monarca es mas admirable por su riqueza que por sus fortificaciones. Las cadenas del puente levadizo, los goznes, las cerraduras de las puertas, los adornos, todo es de oro. Abunda este metal en Etiopia, pero saben apreciar su valor. Las columnas son de cristal; los rubies, las esmeraldas, los topacios, y los zafiros forman vistosos y magníficos incrustaciones; las paredes, los techos y aun los pisos están recargados de pedrería. Allí es donde se recoge el bálsamo del cual posee la Judea un corto número de árboles. El almizcle y el émbur gris forman una parte de los productos de Etiopia, que nos los envia con mil perfumes preciosos. Asegúrase que el soldan de Egipto paga un tributo á Senapes para obtener que no altere el curso del Nilo, lo cual sería para el Cairo y el resto de su imperio una causa poderosa de escasez y calamidades. Conocemos á Senapes bajo el nombre del Preste, ó mas bien del Preste Juan. Este príncipe, querido y respetado por sus súbditos, habia perdido la vista, y aun no era este el mayor de sus males: atormentábale una hambruna espantosa, pero en cuanto quería comer aparecía la tropa infernal de las harpías. Sus manos armadas de aceradas uñas, derramaban el líquido que su copa contenia; los monstruos devoraban las viandas, é infestaban y estropeaban todos los manjares. Había merecido Senapes aquel castigo horrible porque en su juventud, colmado de honores y bienes y orgulloso cual Lucifer, habia osado declarar la guerra al Eterno. Un ejército numeroso marchó á sus órdenes hacia la montaña en que nace el Nilo. Habia oído decir que en su cumbre, la cual se pierde entre las nubes, se hallaba el Paraíso Terrenal, residencia de Adán y de su compañera. El arrogante monarca avanzaba á la cabeza de una infantería numerosa, á cuya retaguardia marchaban multitud de camellos y elefantes. Jactábase de someter á su ley al mismo Dios, pero un ángel exterminó su ejército, y dejó ciego á Senapes. Las harpías salidas de los átrios infernales arrebataron é infestaron todos sus alimentos. Anunciábale una predicción que concluirían aquellas calamidades cuando se viera aparecer por los aires un caballo alado, y como esta maravilla parecia imposible, abandonábase á la tristeza, ó mejor dicho, se entregaba á la desesperación.

Cuando vieron los habitantes, desde las murallas y las torres, á Astolfo montado en el hipógrifo, apresuráronse á avisar á Senapes, que recordando la predicción, se adelantó al encuentro de su libertador con los brazos tendidos y vacilante paso. Astolfo, después de haber descrito estensos circuitos, bajó al interior del palacio. Presentáronle al rey, quien se postó de rodillas con las manos cruzadas, diciendo: «Enviado de Dios, ángel favorecedor, apiádate de mis culpas, que son fruto de la humana naturaleza y quizás no me hagan ser completamente indigno de perdón. Mira mi arrepentimiento; penetrado de la

## CANTO XXXIV.

enfermedad de mi crimen, no te pido, no me atrevo á solicitar mas que mi curacion, aunque solo puede depender de uno de los ángeles mas queridos del Eterno Ser. ¿Pero no basta un solo martirio? ¿O es preciso tambien que una hambre devoradora me consuma, mientras que las harpas infestan todos mis alimentos? Hago voto de erigirlo en mi capital un templo de mármol, cuyas puertas y techo sean de oro; las paredes se llenarán de piedras preciosas; se pondrá bajo tu invocacion, y en él grabarán el milagro que hayas hecho en favor mio.» En vano procura el monarca besar los pies del duque. «No soy ángel ni enviado de Dios, contesta Alfonso, soy tan solo un mortal, pecador cual tú, é indigno de los bienes que el Señor me concede. Consiento no obstante en hacer todos los esfuerzos posibles para arrojar de tus estados á esos monstruos, á quienes espero dispersar ó destruir. Entonces darás gracias al Señor, que me ha elegido sin duda para ejecutar esta obra. Ofrecela pues á él tus votos y oraciones; conságrale un templo y altares.»

Senapes y Astolfo, rodeados por los personajes ilustres de la corte, penetran en el palacio. Sirvese una comida suntuosa, y espera el rey que no serán ensuciados los manjares. El duque se sienta á la mesa, que está colocada en medio de un salón magnífico. Apenas colocan en ella los manjares, cuando se oyen los silbidos que producen las harpas. Caen del aire estos monstruos hediondos, repugnantes, aterraidos por el olor de las viandas. Soe siete; sus rostros de mujer están pálidos, llvidos, estentudados por el hambre; su aspecto es mas horroroso que el de la muerte. Sus alas son grandes y deformes, sus manos terminan en uñas retorcidas, su vientre enorme exhala un olor fétido, y su larga cola se enroscra formando círculos cual la de una serpiente. Oyése el ruido que hacen, y ya se las ve devorar ó ensuciar los manjares; es preciso taparse las narices para sustrarse á su olor repugnante. Astolfo en su cólera, quiere apartarlas con su espada; pega á uno de los monstruos en la cabeza, á otro en la espalda; quiere atravesar el pecho á este, cortar las alas á aquel; pero ninguno de sus golpes produce efecto; díjase que está tirando tajos y mandobles á un saco de estopas. Las harpas no dejan intacto un solo plato, y solo se retiran después de haber saciado su voracidad.

Senapes habia fundado al pronto alguna esperanza en la presencia de Astolfo, pero defraudada ya su esperanza, gime y solloza. Al fin recuerda el duque el poder de su trompa, de la cual se sirve en los grandes peligros; no hay medio mejor para ahuyentar á los monstruos. Ruega al rey y á los señores de su corte que se tapen bien los oídos con cera caliente, luego salta ligeramente sobre el hipógrifo empuña su trompa, y ordena al maestrales que mande servir nuevos manjares. Cúbrese la mesa con esquisitas viandas, y las harpas se acercan segun su costumbre. Astolfo toca la trompa: aterraidos los monstruos con aquel ruido, se dispersan al momento sin detenerse en los platos. El paladín les persigue por los aires hasta la zona de fuego, y llega, tocando siempre la trompa, cerca del monte elevado donde dicen que tiene el Nilo su nacimiento, si es que le tiene en alguna parte.

Al pie de este monte se ve una mina profunda que baja hasta las entrañas de la tierra; suponen que esta es una de las puertas del infierno. La tropa infernal corre presurosa á buscar un asilo en aquella guarida, y refugíase hacia el Cocito, para libertarse de los terribles sonidos. Astolfo detiene su corcel cerca de la entrada de aquella cueva. Pero antes de llevar mas lejos á nuestro héroe, concluiré este canto, y segun mi costumbre, descansaré un momento; ademas ya he llenado mi papel.

AGREGATE.—Baja Astolfo á los infiernos.—Historia de Lidia.—Astolfo sale del subterráneo.—Sube al Paraíso Terrenal.—Encuentra en él á San Juan Evangelista, que le hace subir á la luna.—Ve Astolfo en un franco el juicio de Orlando.—Se condujo Astolfo al palacio de las Perceas.

¡Harpas crueles y fémicas que para imponernos el castigo de nuestros antiguos crímenes, envía la justicia divina á la Italia, entregada á culpables errores, devorais en una sola comida lo que podría sostener la existencia de una multitud de criaturas inocentes, y de sus tiernas madres, aniquiladas por el hambre! Maldición al que os abrió las puertas de los abismos tenebrosos en que estabais encerradas! La corrupcion y la averción se han derramado en nuestra patria para causar en ella las desgracias mas espantosas; la paz y las buenas costumbres han sido destruidas: las guerras y los combates la han sepultado sin duda para mucho tiempo en la miseria y el dolor! ¿Cómo se podrá despertar á sus hijos sepultados en el sueño por las ondas del Leteo? ¿No habrá ya ninguno de ellos que esté animado de generoso valor cual Calais y Cethes? ¿Es imposible ya desterrar los vicios que te deshonran? Dos héroes libraron en otro tiempo las mesas de Tineo: Astolfo hizo el mismo servicio al rey Senapes.

Habiendo arrojado el duque fogos á las harpas con los sonidos de la espantosa trompa, se detiene al pie de la montaña, cerca de la cueva en que se han precipitado; oye entonces un ruido confuso, gritos, aullidos y gemidos interminables que le hacen presumir estén allí los infiernos. Resuelve penetrar en ellos; verá á los infortunados que están privados para siempre de ver la luz del cielo, llegará al centro de la tierra, y visitará el tenebroso imperio. «¿Qué puedo temer? dice para sí; con mi trompa puedo hacer huir á Pluton, á Satán y al perro de las tres cabezas! » Esto diciendo, apáase del hipógrifo, le ata á un arbusto, y penetra en la cueva armado con su trompa, en la cual fonda su esperanza. De pronto un humo espeso, mas insuportable y fuerte todavia que el de la pez y el azufre, lastima á un mismo tiempo su vista y su olfato, pero prosigue no obstante su camino. A medida que avanza, aumentan las tinieblas, se condensan los vapores mas y mas, y tiene que retroceder si no quiere perecer sofocado. De pronto ve encima de su cabeza un objeto semejante á un cadáver colgado y secado ya por el sol: la oscuridad no permite al duque que le distinga completamente. Dos veces le pega con su espada, y no halla resistencia alguna: parece una nube ó un espíritu. Una voz lamentable pronuncia estas palabras: « Sigue tu camino sin hacerte nuevas heridas. ¿No me produce acaso bastantes tormentos ese humo negro que vomitan los infiernos? » Astolfo se detiene sorprendido y dice á la sombra: « ¡Plegue al Eterno librarte de ese humo! Pero dime ¿cuál es tu suerte? Si deseas que la publique entre los habitantes de la tierra, te complaceré gustoso.—Me es muy grato, contesta la sombra, alimentar la esperanza de que vuelva un recuerdo mio á la deliciosa mansion de los vivos. Te referiré, pues, mi historia, por muy penoso que sea para mí tal relato. Me llamo Lidia, y soy hija del poderoso rey de los lidios; mi florista cuna fue una de las causas que ocasionaron mi pérdida. Por haber sido desdenosa, ingrata y cruel con el mas fiel de los amantes, la justicia divina me ha condenado á permanecer eternamente en medio de este humo espeso y horrible. Una multitud de mujeres, culpables del mismo ó semejante crimen, están encerradas en esta cueva para sufrir igual castigo. Acaxareta, suspendida en las profundidades del abismo, en medio de vapores aun mas densos, sufre dolores mas crueles. Su cuerpo fue transformado en dura peña, mientras que su alma sufre eternos tormentos por haber deja-

do á su amante que se ahorcara lleno de desesperación, sin apiadarse de él. No lejos de aquí se arrepiente Dafné de haber buido de la luz del día. Fuera hurto prolijo referiré todos los crímenes y todos los rigores de que se hicieron culpables mis desdichadas compañeras; su número es incalculable; pero sería mucho más largo designar todos los hombres que por el mismo delito han sido precipitados á un sitio mucho más terrible, donde están espuestos á la acción de flamas devoradoras y de este humo fúido. Siendo las mujeres mas crédulas y fáciles de engañar, los perdidlos se factores merecen mayores tormentos. Allí están castigados Teseo, Jasoe, amante incestuoso de Tamar, que suscitó la cólera de Absalon, y esa multitud de infelices de ambos sexos, unos por haber abandonado á sus esposas y otras por haber dejado á sus maridos. Pero ya que es preciso hablarle de mí y de mi propia falta, has de saber que fui la mas bella y orgullosa de todas las mujeres, y no podré decir cual de estas dos cosas sobresalla mas en mí, aunque la belleza fue la que engendró mi orgullo. En aquella época vivia en la Tracia un caballero de incomparable valor; oyó ponderar mis atractivos, y resolvió rendirme su corazón, cuyo precio aumentaba su ilustre fama. Vino á la lidia, y apenas me vió cuando se halló ya sujeto á mis pies por cadenas indestructibles. Tardó bien poco en distinguirse entre todos los señores de la corte de mi padre: en vano procuraría yo recordar todas sus proezas, pero solo hallé ingratitud en lugar de agradecimiento por parte del rey. Su valor y pujanza habian sometido la Puntilla, la Caria y la Clitica. Persuadido de que tantas victorias debidas á su valor y su prudencia, le daban derecho á una recompensa distinguida, se atrevió un día á pedir mi mano. Guiado mi padre por el interés, causa principal de todos los vicios, ambicionaba para mí una alianza poderosa, y le comovian tan poco las virtudes y nombradas de un caballero, como al animal de largas orejas los dulces acordes de una lira. Alcestes (este era el nombre del caballero) viendo rechazada su justa pretension, se alegró de la corte, pero jurando antes que mi padre se arrepentiría muy pronto de haberle despreciado; se fue á la corte del rey de Armenia, el cual sabia que era nuestro enemigo mortal, y excitando su odio, consiguió obligarle á que declarara la guerra á la Lidia. Condujo él mismo el ejército y no ambicionaba mas recompensa que la posesion de mi persona. Aquella guerra fue para nosotros la señal de todas las desgracias. En menos de un año sufrimos cuatro derrotas, y pronto no quedó á mi padre de todos sus estados mas que una fortaleza situada en medio de unas rocas, adonde se refugió con sus tesoros y sus servidores mas fieles. Fue Alcestes á sitiarme en ella, y nos vimos reducidos al último extremo. Mi padre desesperado y arrepintiéndose de su error, hubiéra entregado la mitad de su reino y su á su hijo, no como esposa sino como esclava, por salvar sus riquezas y libertad, por lo cual antes de arrostrar los últimos golpes de la adversa fortuna, me indujo á que saliera del castillo y fuera á ver á Alcestes. Me puse en camino con la mission de ofrecerle por precio de la paz mi persona y lo que quisiera conservar de las provincias conquistadas.

Al tener noticia Alcestes de mi llegada me salió al encuentro, pálido y tembloroso, parecia mas bien un cautivo cargado de cadenas que no un vencedor. Conoci entonces toda la extension del dominio que ejercia yo en su ánimo, y modificando mi primer proyecto formé otro al momento que era mas adecuado á la situacion en que veia á Alcestes. Empecé por maldecir su amor y su incógrua crueldad que causaba la ruina de todos mis perientes y deudos. Pretendia acaso obtener por medio de la violencia lo que pudiera merecer con sus ciudades y con aquella lenidad que le hizo ser tan útil á mi padre? La negativa de

mi padre, su rudeza, no justificaban semejante venganza. Si hubiera continuado sirviéndole con igual celo, hubiérse hecho acreedor á una recompensa, y sus cuando mi padre persistiera en su resolucion, habriale yo suplicado que me diera por esposo á su amante. Pero puesto que Alcestes habia recurrido á otros medios, estaba firmemente decidido á rechazar su amor: al ir á entregarme á él, obedecia tan solo al deseo de salvar á mi padre. «No obstante, exclamé por último, poco grato os será este triunfo, pues obligada á ceder á una violencia horrible, tan luego como hayais satisfecho vuestra pasión brutal me daré la muerte! Con semejantes palabras y aprovechando mi dominio sobre Alcestes, hice que entrara en su corazón el arrepentimiento. Cayó á mis pies cual el ermitaño arrojado en el fondo del desierto, y presentándose un puñal, me suplicó que castigase su odioso crimen. Entonces le di esperanzas de que aun podria obtener de mí algunos favores si consentia en restituir las provincias arrebatadas á mi padre; por su docilidad y su amor tendria derecho á mi ternura, la cual perderia para siempre si cometia nuevas violencias. Alcestes prometió obedecerme, y me dejó regresar al castillo sin pedirme siquiera un solo beso, tales eran la fuerza del yugo á que estaba sometido y la profundidad de su herida; ¡no era preciso que el amor le traspasara con nuevas flechas! Alcestes se dirigió en seguida adonde se hallaba el rey de Armenia, esforzándose demostrarle que debia hacer la paz y regresar á sus estados, despues de haber devuelto al rey de Lidia sus provincias saqueadas. El monarca indignado le respondió que no era aquel momento oportuno para hacerle semejantes proposiciones, y que estaba decidido á no dejar en poder de su enemigo ni un codo de terreno; que solo á Alcestes le tocaba sufrir la pena de su debilidad por una mujer, y que no sacrificaria por tan leve causa las conquistas que eran fruto de un año de trabajos y peligros. Reiteró Alcestes sus ruegos, pero fue en vano; arrebatado por la cólera, amonza al rey con obtener de grado ó por fuerza lo que pedia. Pasaron de las palabras á los ultrajes; Alcestes desenvainó la espada, se arrojó sobre el rey y le quitó la vida, á pesar de los esfuerzos de las personas que le rodeaban. Luego llamando en auxilio suyo á los cilicianos y tracios, que estaban bajo sus órdenes, dispersó á los armenios, prosiguió sus triunfos sin recurrir á mi padre, y en menos de un mes le restituyó todas sus provincias. Para compensar las pérdidas que sufriera le entregó un botín abundante y rico, sometió á sus leyes la Armenia y la Capadocia, y subyugó la Hircania hasta la orilla del mar.

«Volvió á nuestra corte, pero en lugar de ofrecerle las palmas de la victoria que con tanta justicia merecía, resolvimos darle la muerte: tan solo contuvo nuestro brazo un resto de vergüenza; además estaba rodeado Alcestes de servidores fieles: fingi que le amaba, le engañé, manteniendo viva su esperanza de que llegaria á ser mi esposo cuando hubiera acabado de vengar á todos nuestros enemigos. Le mandé con frecuencia que intentara por sí solo ó acompañando de un número reducido de guerreros, las empresas mas arrojadas, y siempre salia victorioso de aquellos peligros en que otros mí habían sucumbido. Triunfó de monstruos espantosos, de gigantes enormes y de los feroces lestrigones que se mostraban en nuestras fronteras. Alcides en los pantanos de Lernea, en el seno de los bosques de Nemea y Erimauta, en la Numidia y los valles de Etiopia, en el Tiber, en el Ebro y en otros mil parajes, no arrojó peligros mas terribles por orden de su madrestra ó del cruel Euristes. Querianle desembarazar de la presencia de Alcestes, y no pudiendo lograrlo recurrió á indignos manejos: supe inducirle á que prodigara insultos á sus mejores amigos, y suscitó el odio de todos los se-

flor contra él; le tenía yo completamente subyugado, y no tuve consideración alguna ni aun con sus amigos mas fieles. Viendo que yo no tenía partidarios y que había destruido todos los enemigos d. mi padre, le declaré que le aborrecía y que la conducta que observara para con él hasta entonces, no habia sido sino mero fingimiento. Pensé en hacerle percer, pero reflexión que accien tan malvada podría muy bien acarrearle la execración del pueblo, que conocía los brillantes servicios que Alcestes prestara. Me limité, pues, á prohibirle que se presentara ante mí: le dije que no quería verle, ni hablarle, ni abrir ninguno de sus mensajes. Desesperado ya al ver mi crueldad, conoció que era inútil su constancia; agobiado por el dolor, cayó enfermo y murió. En castigo de mi crimen estoy sentenciado á permanecer en medio de este humo negro y espeso que me sofoca y me ciega. ¡Mi suplicio será eterno, pues no hay misericordia para los cecedenades!

Calló Lidia; procuró Astolfo penetrar mas adelante para ver algunas de aquellas sombras culpables, pero blosos el humo cada vez mas espeso, y se vió obligado el duque á volver atras, pues de lo contrario se habria expuesto á estraviarse ó á perder la vida: hayó cual si elevara alas en los talones. Por fin empezó á distinguir la luz del día, y salió de la caverna, sin mas trabajo y cansancio. Para poner término á las devaneaciones de las harpías, amontonó Astolfo rocas, árboles, arbustos y raices, y cerró tan bien la boca de la cueva, que los monstruos voraces no pudieron romper nunca aquel obstáculo al volver á aparecer en la tierra.

Sin embargo el humo, mas infecto que el de la pez, ha ennegrecido los vestidos y toda el cuerpo del paladín. Busca un sitio en que haya agua, y ve en el bosque, el pie de una roca, un riachuelo de cristalina corriente, en el cual se baña. Volviendo entonces Astolfo á montar en el hipógrifo, y desende ver cosas nuevas, se esfuerza por alcanzar la cima del monte que se aproxima á la luna; se eleva por los aires, atraviesa la inmensidad de los cielos y consigue al fin su objeto.

Las flores oromáticas y de brillantes colores que el sepo de los vientos mece blandamente en aquellas regiones podrian compararse al zafiro, al rubí, al topacio, al crisólito, á los jacinios, á los diamantes, al oro y á la pedrería mas brillante del Oriente. El césped, los árboles cargados de flores y frutas, no hubieran envidiado nada á la verde esmeralda. Pajucillos de pluma blanca, verde, encarnada, amarilla y azul deleitan con sus gorgeos. El murmullo de los arroyos, la pura transparencia de los lagos, el soplo siempre igual y apacible de los vientos, todo contribuía á embellecer aquellos sitios y á templar el calor del día. El célio, jugueteando entre las frutas, las flores, y los bosquecillos, se embalsama con suaves perfumes que embriagan el alma. En medio de la llanura se eleva un palacio que resplandece con una llama eterna y tan brillante que se conoce desde luego no ser obra de los hombres. Astolfo describe lentamente un círculo en derredor del palacio, que podrá tener unas treinta millas de circuito. Al ver aquellos sitios tan agradables y magníficos, el mundo que habitamos no le parece sino una mansion miserable, objeto del desprecio y de la cólera del cielo y de la naturaleza. Al aproximarse al palacio, ve que una piedra única y brillante, mas roja que el carúnculo, forma su recinto. ¡Obra sublime de un arquitecto superior á Dédalo! ¿Qué son en comparación de esta las siete maravillas del mundo tan ponderadas entre nosotros? Bajo el pórtico hay un anciano vestido con un ropaje mas blanco que la nieve, y cubierto con un manto de púrpura tan brillante como el bermellon mas puro. Sus cabellos blancos; su barba blanca y espesa le cae hasta el pecho; por su aspecto venerable se conoce

que es uno de los bienaventurados paladines del paraíso. Acoge con graciosa sonrisa al paladín, que por respeto se ha apeado de su corcel. «Noble caballero, le dice, la voluntad divina ha permitido que te elevaras hasta el Paraiso Terrestre. No podías tú conocer el objeto de tu viaje ni las secretas causas de tu deseo; no te hubiera sido posible venir aquí por la sola fuerza del emisferio ártico. Has atravesado ese vasto espacio para eir mis consejos y saber cómo se puede llorar á Cárlos y á los fieles que están rodeados de enemigos; pero libérate de atribuir tu presencia en estos sitios á tu voluntad, ni aun siquiera á tu audacia. Sin la protección divina, de ningún auxilio te habrían sido tu trempa y tu caballo alade. Continuaré esta conversacion y te revelaré lo que te resta por hacer cuando hayas tomado algun alimento; debes estar cansado de tan prolongado ayuno.» El anciano llamó á Astolfo de sorpresa manifestándole que era uno de los cuatro evangelistas: era el apóstol Juan, tan querido del Salvador, y el mismo á quien sus hermanos creían inmortal. En efecto, el hijo de Dios habia dicho á Pedro: «¿A qué tienes inquietud, si estas queda hasta que yo vuelva?» El Señor no dijo: «Juan no morirá.» Pero así interpretaron sus palabras. En aquellos sitios pues, fuendense reunió Juan con Enoch y Elias, que le habian precedido. Ninguno de ellos ha visto llegar su última hora. Lejos de una atmósfera emponzoñada, disfrutan los encantos de una primavera eterna; allí permanecerán hasta el día en que la trompeta anuncie que llega Cristo en una nube refulgente.

Los tres santos recibieron á Astolfo con la mayor bondad; le ofrecieron una habitación agradable. El hipógrifo tuvo orrea excelente y abundante; sirviéndole al paladín frutas tan deliciasas que consilió disculpable el pecado de nuestros primeros padres, castigados por haber desobedecido el precepto del Creador. En cuanto hubo reparado sus fuerzas el venturoso duque, tomando una comida abundante y disfrutando tranquilo sueño, se levantó; abandonaba la aurora el lecho del esposo á quien ama á pesar de su avanzada edad. Vió Astolfo que se dirigia hacia donde él estaba el discipulo favorito del Señor; cogióle de la mano el apóstol, y le confió varias cosas que no debo repetir. «Hijo mío, añadió, sin duda ignoras lo que he pasado en Francia desde que estás recorriendo el mundo. Sabes pues, que Orlando, por haber olvidado su deber, ha sido castigado con tanta mayor severidad cuanto que el Eterno castiga con mas rigor á sus hijos mas queridos. Orlando que fue detado al nacer de una fuerza sobrenatural y de gran valer, que solo él entre los hombres recibió la preciosa cualidad de ser invulnerable; ¡Orlando, que debia ser el escudo de la fe, cual Sanson fue el salvador de los hebreos, se ha mostrado un ingrato! Abandona á los mismos á quienes debería defender, y posee de un amor criminal: hacia una Inés, dos veces mas querido, en su furor, quitar la vida á uno de sus primos. Para castigarle ha permitido Dios que, privado de razon, ande vagando completamente desnudo, sin conocer á nadie y olvidándose á sí mismo. Nabucodonosor sufrió en otro tiempo un castigo semejante; durante siete años vivió aquel rey en medio de los rebaños, alimentándose como ellos con yerbas. Siendo menos el crimen de Orlando que el de Nabucodonosor, fija Dios la duracion de su castigo tan solo por tres meses. El Señor te envia aquí para que sepas el medio de volver al paladín á su razon estraviada, pero tendrás que hacer contigo un nuevo viaje. Dejaremos la tierra para ir al círculo de la luna, que es de todos los planetas el que está mas próximo de nosotros. Allí hallaremos el remedio para su locura. En cuanto derramo el astro su luz sobre nuestras cabezas, nos pondremos en camino.»

Durante el resto del día trató Juan de esta materia y de otras muchas. Apenas se hubo sepultado el sol

en el seno de los mares, dejando brillar la luna, cuando mandó el santo preparar un carro que estaba destinado hacia mucho tiempo á los que habian de subir al cielo. Sirvió para llevar á Elias á las montañas de la Judea; está tirado por cuatro corceles que arrojan

llamas resplandecientes. Colócase el santo al lado de Astolfo, empuña los riendas, y se lanza hacia el cielo. Pronto se halla el carro en medio de la región del fuego eterno. Pero la presencia del santo amortigua su ardor. Despues de haber atravesado aquel espacio



Los santos Juan, Enoch y Elias.

abrazador. Llegan al estenso reino de la luna, cuya superficie brilla cual el mas bruñido acero. Este planeta, contando en su tamaño los vapores que le rodean, parece de igual grandor que el globo terrestre. Ve el paladín con sorpresa que aquel astro considerado desde cerca, es inmenso, mientras que nos parece muy pequeño cuando lo examinamos desde aquí abajo. Apenas puede el duque distinguir la tierra, que está sepultada en las tinieblas y completamente privada de claridad; descubre en la luna rios, campos, lagos, vellos, montañas, ciudades y palacios muy diferentes de los nuestros. Las casas le parecen de un tamaño desmesurado; divisa extensos bosques en los cuales persiguen diariamente las ninfas á las animales salvajes. Astolfo, que se propone otro objeto, no se detiene á considerar aquellos objetos tan variados, y se deja guiar á un valle rodeado por dos colinas. Allí se hallan recogidas todas las cosas que perdemos por nuestra culpa, por las injurias del tiempo ó por el efecto de la casualidad: no se trata de los imperios y tesoros que prodiga la caprichosa fortuna, sino de lo que esta no puede dar ni quitar. Quiero hablar de las reputaciones que el tiempo, cual gusano roedor, corroo y concluye por destruir. Allí se hallan todas las oraciones y ruegos que los desdichados pecadores dirigen al cielo; las lágrimas y suspiros de los amantes, el tiempo perdido en el juego y la ociosidad, los proyectos inútiles que no llegan á ejecutarse, los deseos frívolos cuyo número inmenso llena cuasi el valle. En fin allí se ve todo lo que se ha perdido en la tierra.

Astolfo hace que le explique su guía; ve una cantidad inmensa de vejigas pequeñas y llenas, de las cuales salen ruidos tumultuosos. Dícele que son las antiguas coronas de los asirios, los persas, los griegos y los lidios, potencias colosales de las que apenas conservamos un leve recuerdo. Despues vi una multitud de anzuelos de oro y plata, que no son sino los regalos y tributos ofrecidos á los poderosos de la tierra con la esperanza de obtener su protección. Astolfo pregunta qué puedes ser unas redes que están ocultas bajo floridas guirnaldis; contéstale Juan que son las lisonjas. Los versos hechos en alabanza de los magnates toman la forma de cigarras reventadas. Los amores desgraciados están representados por cadenas de oro y pedrería. Unas garras de ágüin llaman la atención del paladín. «Son el emblema, dice el apóstol, de la autoridad que dan los reyes á sus ministros.» Mas lejos hay una multitud de fuelles, que son las

promesas y favores que conceden los grandes á sus Ganimedes, y que no tienen mayor duracion que la hermosura de estos infames. Ve Astolfo ruinas de ciudades y castillos mezcladas con tesoros: son estas las coaliciones débiles y las conjuraciones frustradas. Serpientes con rostro de mujer indican los ardidés de los rateros y el trabajo de los monederos falsos. Botellas rajadas de diferentes formas son el emblema de la triste suerte de los cortesanos; mas allá se ve una especie de lago formado de comida y menajeres derramados y confundidos. «Mira, dice el apóstol, las limosnas que dejan los evaros en el momento de su muerte.» El paladín se apresura á atravesar una colina llena de variadas flores; en otro tiempo exhahian un perfume delicioso, y á la sazón nada hay mas repugnante que su olor. Confiesa Juan que la dádiva hecha por Constantino al buen Silvestre. Cerca de allí hay una infinidad de varillas de liga; estas representan los encantos y atractivos de las hermosas. No podrían bastar mis versos para describir los pormenores de lo que ve Astolfo; hay allí todo lo que aquí en la tierra puede interesarnos, excepto la locura, de la cual no nos vemos privados nunca. Advertido por su compañero, puede ver el duque los días que ha malgastado en su vida y sus acciones insensatas. Pronto distingue lo que creemos tener con tal abundancia que nunca pensamos en pedir á Dios que nos dé un poco: quiero hablar del sentido comun. Hay una montaña mas alta que todas las otras puntas. Para impedir que tan sutil licor se evapore, le han encerrado en frascos de diferentes tamaños. El mas grande que contiene el juicio del malhadado conde de Angers, está marcado con esta inscripción: «Juicio de Orlando.» Observa el duque que su frasco tiene mas de la mitad de su contenido; ve tambien, no sin grande sorpresa, que una porcion de personas á quienes tenía por muy juiciosas, han dejado en aquel pareje la mayor parte de su razon. A unos el amor; á otros la ambición, les ha hecho perder la cabeza. Estos la han perdido atravesando los mares en busca de riquezas, aquellos por tener una confianza absoluta en sus señores. Varios se han entregado á la magia; la pasión de los cuadros y alhajas estravió á otros; muchos en fin lo sacrifican todo á sus caprichos y pasiones. Se ven llenos los frascos de los solistas, astrólogos y poetas. Astolfo se apodera del sño con permiso del autor de la Apocalipsis, y se apresura á aspirar en contenido, y preciso será creer que el líquido volvió á se

guir su curso; pues según Turpin afirma, se condujo con prudencia hasta que una cueva fáltiva vino á alterar su razón. Astolfo se llevó el frasco que parecía ser el mayor y estar más lleno, y que según hemos dicho era el de Orlando. Antes de alejarse del globo resplandeciente, condujo el santo á su protegido á un palacio situado á orillas de un río. Las salas estaban llenas de copos de seda, hilo, algodón y lana de todos colores, unos tristes y oscuros, otros vivos y brillantes. En la primera galería, una mujer cargada de abos arrollaba los hilos en un huso, cual se ve á las aldeanas en la época de la recolección de la seda, devanar la pelusilla de los capullos mojados en agua tibia. En cuanto se concluía un copo, otra anciana presentaba otro, y una tercera obrera, eligiendo entre todos aquellos hilos, separaba los más finos de los más toscos. ¿Cuál es, pregunta el duque, el objeto de ese trabajo que no le puede avenir? -- Ahí ves, responde Juan, á las Parcas ocupadas en hilar la existencia de los mortales. Cada copo mide la duración de una vida. La Naturaleza y la Muerte vigilan sin cesar para cerrar los párpados de aquellos cuya última hora ha sonado! Los hilos más berminos sirven para formar el adorno del Paraíso, y los más toscos forman las cadenas de los condenados. Todos aquellos copos, destinados de este modo á futuros trabajos, tocan puestas chapas de oro, plata ó hierro, con los nombres de aquellos á quienes pertenecen cada bocado. Estaban abundados, y un viejecillo ágil, que parecía haber nacido para estar corriendo constantemente, llevaba las puntas de su ropaje con aquellas husadas, y se las llevaba sin parar un momento. Si desearis saber á qué las destinaba el anciano y cuál era el objeto de su trabajo, me concederéis un momento de atención, y satisfaré vuestra curiosidad en el siguiente canto.

## CANTO XXIV.

ARGUMENTO. — Echa el Tiempo los nombres de los mortales en el río Leteo. — Elige San Juan á los autores y poetas. — Encuentra Bradamante á Flor-de-Luz que le roga libre á Bradamante. — Detalla Bradamante á Rodomonte y le arroja al río. — Cuenta su armadura en el sepulcro de Babel. — Echa el caballo Procelso á rugir por conducto de Flor-de-Luz. — Provoaca por Serpentina, Ginebreo y Ferragús, derriba á los tres. — Bradamante solicita bairre con Rugero.

AMADA señora de mis pensamientos ¡quién querrá apiarse de mí, y volar al cielo para buscar en él mi extraviada razón? Una sola flecha disparada por vuestros bellos ojos ha penetrado en mi corazón; cada día crece mi locura. ¡Ay! no me quejaría si no vinieran á gobernar otros tormentos. Nuevas crueldades me pondrían quizás en el estado en que he visto á Orlando. Sin embargo, no es necesario para recobrar yo mi razón que vayan á la luna ó al Paraíso; no está en tan elevadas regiones. En vuestros ojos, mujer cruel, en vuestro rostro encantador, en derredor de vuestros hombros de marfil, entre vuestros globos de alabastro, es donde se ha refugiado mi razón. Dignaos restituírmela ó permitid que voyen mis lábios á buscarla.

He recorrido Astolfo el palacio estenso; he visto los hilos de las generaciones futuras y los copos destinados á los mortales que acababan de nacer. De pronto distingue uno más brillante que el oro; el ver su belleza sin igual, ruega Astolfo á su guía que le diga á qué mortal está reservada tan preciosa vida. Díccele el evangelista que aquel favorito del cielo nacerá en el año 1200 de la era cristiana, y así como aquel hilo supera á todos en brillo y belleza; así también será notable y admirada la existencia cuya duración marca. Los cualidades más preciosas y dignas de alabanza adornarán al hombre á quien la naturaleza y la fortuna colmarán de beneficios. Cerca de la embocadura del río de los ríos, añade Juan, hay un

pueblecillo que á la sazón es de escasa importancia; el río baña sus muros, y mas allá hay pantanos estensos. Pronto será este pueblo la ciudad más ilustre de Italia, no por la solidez de sus murallas ni la magnificencia de sus edificios, sino por la cultura de las ciencias y la literatura. No reusará esta prosperidad repentina la ciega casualidad, sino que lo querido el Eterno Ser que son digna cuna de un grande hombre. Así se cuida con esmero el terreno arbolado que ha de producir frutas exquisitas; así también prepara el joyero el oro con que ha de engastar las piedras preciosas. No hubo nunca cuerpo más perfecto y agraduable que recibiera alma más perfecta: los espíritus celestes han dejado bajar muy pocas que la poca comparable. La solididad eterna creará en lo sucesivo muy pocas almas que pueden recordar la de Hipólito de Este. Tal es el hombre del mortal querido de Dios, y á quien colmará de beneficios. Iteneiré en sí todo lo que podría bastar para hacer ilustres á muchos héroes; protector generoso de las letras, será el apoyo constante de los hombres de bien. Mas si empezara yo á describir aquí todas sus cualidades, sería de temer que el valiente Orlando esperara mucho tiempo la vuelta de su razón.»

Así habló Juan al paladín. Salen por fin de las habitaciones en que están hilando las vidas de los mortales, y se dirigen al río. Sus turbias aguas arrastran arena y barro; ven en la otra orilla al anciano que había quitado las planchas atadas á cada husada de hilo. No sé si recordais á este hombre, del cual hablé en el canto anterior; bajo la esterilidad de la vejez conserva una agilidad tal, que podría dejar atrás en su carrera á un ciervo. No cesa de llevar las puntas de su ropaje con aquellas chapas, cuyo monton parece que no disminuye nunca; las erroja todas en aquel río que se llama el Leteo. En cuanto llega á la orilla, sacude las puntas de su manto, y caen los nombres en el agua turbia. La mayor parte de las chapas se van al fondo para no volver ya á salir; de cada cien mil nombres, apenas sale uno á flor de agua. Blandas de cuervos, mochuelos, buitres, cornejas y aves de rapina hacen resonar sus graznidos discordantes. Precipitarse sobre las chapas, cogiéndolas con el pico y las garras; pero el peso las impide que se remontan por los aires, de modo que el Leteo sepulta con frecuencia nombres que merecieran salir del olvido. Dos cisnes hermosos, tan blancos como vuestra armadura, señor, conservaban en su pico alegremente y sin el menor cansancio, los nombres que cogían. A pesar de los pérdidas esfuerzos del maligno anciano, que desearía hacerlos desaparecer todos, salvábase algunos merced al auxilio de aquellas aves bicolors. Velose avanzar á los cisnes, unas veces á nado, otras agitando sus alas, hacia un collado cuya cumbre estaba coronada por un templo dedicado á la inmortalidad. Una niña hermosa bajaba á su encuentro y les quitaba del pico los nombres que habían salvado del naufragio: los llevaba el templo y los colocaba alrededor de una columna sagrada en donde quedaban escritos eternamente á los mirados.

La curiosidad de Astolfo se escribía más y mas el ver nuevos objetos. ¡Quién era aquel anciano? ¿Por qué se complacía en arrojar el río todos aquellos nombres? ¿Qué significaban las aves, el templo y la niña bella? Impaciente por penetrar todos aquellos misterios, pide al santo que se los explique, y este contesta: Ahas de saber que no se mueve una sola hoja en vuestro universo sino que se recibe aquí el movimiento; existe entre la tierra y los cielos una relación completa y eterna; pero los acontecimientos terrestres se reproducen aquí bajo una forma distinta. Ese enano ágil, á quien nada detiene, hace en estos sitios lo que ejecuta el tiempo en la tierra. Cuando las mudanzas de la vida se concluyen, el recuerdo de esos nombres que permanecen en las chapas de metal, sería

inmortal si el anciano no consiguiera sepultarlos en el olvido: eso mismo hace el Tiempo. Eas aves de rapiña y caravanas, esos cuervos, buitres, cometas y de mas pájaros son el emblema de los ahulladores, de los complacientes, los bufones, los favoritos, los denunciadores, y de todos aquellos, en fin, que medran mejor en la corte que los hombres austeros y probos. Los cortesanos, hábiles para llenar sus bolsos, tan ávidos como el cerdo, se esfuerzan durante algunos días para sacar del olvido los nombres de sus amos que han caído bajo la tijera de la Parca inexorable, víctimas del Baco ó de Venus; sus esfuerzos son inútiles, y esos nombres volverán á caer bien pronto en el olvido. Los cisnes que van á llevar al templo con melancólicos acordes, los nombres que han sustraído al viento, son la imagen de los poetas cuyos cantos salvan á los hombres dignos de inmortalidad de un destino mas funesto que la misma muerte. ¡Gloria á los principes que, llenos de prudencia y sabiduría, acogen á los escritores ilustres! Existen pocos cisnes, así como hay muy pocos poetas que sean verdaderamente dignos de este nombre. ¡Habrá que culpar por ello al cielo, que no permite que el mundo vea brillar tantas antorchas? ¡Deberá acusarse á la avaricia de los principes que protegen el vicio y abandonan á los poetas en la miseria? ¡Ignominia deplorable que sofoca al talento y aniquila el culto de las artes! Por eso priva Dios á esos infortunados de todo sentimiento y de toda luz; no comprenden las alegrías y emociones dulces, y la muerte los devora por entero. Si se hubieran gozado en la amistad de Clara, habrían podido vivir aun mas allá de la tumba, á pesar de sus crímenes. Habría sido mas grata su fama que el perfume del nardo ó de la mirra. Muchos mortales han tejido tanta piedad como Eneas, el mismo valor que Aquiles, igual audacia que Héctor, pero estos héroes famosos debieron su celebridad á la generosidad y magnificencia de sus descendientes para con los poetas. No fue Augusto tan liberal y clemente cual Virgilio no le pintó: el genio eminente del poeta le ha hecho olvidar las proscripciones injustas. Ignoraríamos los crímenes de Nerón (ese enemigo de la tierra y del cielo) y su reputación de crueldad no habría llegado á noticia nuestra si hubiera sabido conciliarse con la amistad de los escritores. ¡Hancro contó las victorias de Agamenon, y pintó á los trovanos como una nación coherde y sin energía; describió á Penélope cual una esposa fiel, á pesar de las seducciones y amenazas de sus pretendientes! ¡Si se interrogara á la verdadera historia, quizás se viera á la Grecia humillada, á Traya victoriosa, y á Penélope sujeta á mil floquezas! ¡Qué opinión no se forma de la casta Elisa, á quien se calificó de haberse entregado á los excesos del placer; sufrió la venganza de Maron, á quien rechazó constantemente! Por lo demás, añade el evangelista, no te sorprendas si insistió tanto tiempo en semejante materia. Quiero en extremo á los que cultivan las letras; lo cual no es extraño, porque yo también fui escritor. Ha sabido adquirir mejor que todos los demás una gloria que ni el tiempo ni la muerte pueden arrebatár. Cristo, en su justicia, se digna recompensarme por haber cautado sus virtudes. ¡Cuánto compadezco á los infortunados que viven en una época en que todas las puertas están cerradas! En vano llaman á ellas noche y día con rostro pálido, livido y demacrado. Si se ven tan pocos poetas y autores, es porque hasta los mismos animales abandonan los sitios en que no hallan abrigo ni alimento.»

Al pronunciar el anciano estas palabras, está lleno de indignación; brilla el fuego en sus ojos; pero pronto recobra serenidad su frente, y se vuelve hacia Astolfo sonriendo con dulzura. Dejamos al paladín con el evangelista; no puedo vivir en aquellas regiones elevadas, y quiero dar un salto que abarque toda

la distancia que media entre el cielo y la tierra. Vuelvo á hallar á la hermosa doncella á quien hirieron los celos con su dardo emponzoñado. Hablo de Bradamante, que sin esfuerzo alguno acaba de derribar sucesivamente á tres reyes. En un castillo en que se ha detenido por la noche en el camino de Paris, ha sabido que Agramante, puesto en fuga por Reynaldo, se ha retirado á Arlés. Persuadida de que Rugiero no le ha separado del monarca, se pone en camino al amanecer, y se dirige á la Provenza, donde va á perseguir Carlos á sus enemigos. Durante este viaje encuéntrase á una jóven bella y agraciada, á pesar de que tiene el rostro inundado en lágrimas. Es la tierra Flor-de-Lis que vuelve del puente fatal en que el bárbaro Rodomonte venció á Brandimarte; corre en busca de un caballero que sea bastante buen nadador y tenga la audacia suficiente para luchar en tierra y en el agua con el pagano. La triste amante de Rugiero recibe con el mayor cariño á aquella otra amante desconsolada, y la pregunta el motivo de su pena. Creyendo Flor-de-Lis hablar á un caballero cuyo auxilio pueda obtener, la refiere la aventura del puente, y la manera con que el hombre feroz que guarda aquel paso trincó de su amante, no por la superioridad de su valor, sino merced á su costumbre de pelear en aquel campo de batalla tan angosto. «Si teméis la fuerza y valor que vuestro aspecto anuncia, venid á libertar á mi prometido, cuyo infortunio es para mí el origen de una angustia eterna, ó decidme al menos dónde podré hallar un caballero bastante valiente y ejercitado en el manejo de las armas para triunfar de un bárbaro que funda todo su confianza en aquel río y aquel puente maldito. Observad las leyes de la caballería, prestado vuestro apoyo al mas fiel de los amantes; no me pertenezca ponderaros vuestras demás virtudes: para ignorarlas fuera preciso no tener ojos ni oídos.»

La guerrera, dispuesta siempre á intentar las empresas difíciles y gloriosas, no vacila un solo instante en arrostrar este nuevo peligro, y ademas, hallándose entregada á la mayor desesperación, se capondria aunque fuera á perder la vida. Persuadida de que Rugiero lo ha hecho traición, maldice la existencia. «Suceda lo que quiera, conteste, arrostraré los peligros de esa empresa. Entre todas las razones que pueden excitar mi celo, hay una eu particular que me impulsa al combate: el deseo de socorrer á un amante dotado de esta virtud tan escasa hoy en el hombre, la constancia. Crey, y aun lo hubiera jurado, que eran todos perjuros.» Escápanse un suspiro de su angustiada corazón. «¡Marchemos!» añade.

Al día siguiente llegan cerca del río, enfrente del puente peligroso. Al verlos el centinela, toca su trompa, y en seguida aparece Rodomonte cubierto con sus armas segun costumbre. Con tono amenazador ordena á la guerrera que deje en el sepulcro su caballo y armadura. Informada la hija de Amon por Flor-de-Lis de la triste muerte de Isbel, contesta al arrogante provocador: «¿Por qué pretendes que espíen los inocentes el crimen de tu brutalidad? ¡Solo tu sangre puede aplacar la víctima á quien te acusa el universo entero de haber asesinado! Tu muerte la será mas grata que todos esos despojos de los caballeros que has vencido. Ojalá la sea mas dulce la venganza al verte castigado por una mujer como ella, que ha venido espresamente para humillarte; mas antes de comenzar la pelea, vamos á arreglar las condiciones de ella. Si soy vencida, sufriré la suerte de los demás prisioneros; pero si es mi la victoria (y yo puedo dudarlo), me pertenecerán tu caballo y armas; colgaré estas en ese sepulcro, quitando de él los demás trofeos, y tus cadáveres serán puestos en libertad.—Me parece eso muy justo, contesta el sarrauceno; pero no dependerá de mí que no te restituyan al momento todos los prisioneros, pues los he enviado á

Africa. Si caigo de la silla (lo cual no suele suceder), juro no retrasar el libramiento de esos caballeros mas tiempo del que pueda tardar en el viaje un mensajero. Si eres derribada (que es lo que yo creo), no haré inscribir tu nombre ni colgar tus armas en esa tumba; sus dulces ojos, tu bella cabellera, tu rostro agraciado serán el premio de mi victoria, y veré á tu cólera substituida por el amor. No tendrás que avergonzarte por tu derrota, pues son bien conocidas mi fuerza y valentía, e Sourioso con amargura la guerra me al oír tan insolentes palabras, y sin contestar á ellas, se dirigió á la entrada del puente, eleva las espuelas á su caballo, y armada con la lanza de oro se precipita contra Redemonto, el cual verifica el mismo movimiento con igual prontitud; tiembla el puente, y suena á larga distancia el ruido de los pasos de sus corceles. La lanza de oro produce su efecto ordinario. El pagano, invencible hasta entonces, cae de cabeza del caballo; Bradamante estuvo en poco tambien que cayera, pues el puente apenas dejaba espacio suficiente para su corcel, pero el hijo del viento y de la llama, Rabicano, era tan ágil y diestro que consiguió atravesar el angosto puente; capaz fuera de mastoarse en el filo de una espada sin tropezar. Acercándose la hija de Amon á su adversario, le dice con irónica acento: «¡Ahora ves cual es el victorioso, y cual de nosotros dos habia de ser el vencedor!» Confuso y avergonzado Redemonto por su derrota, permanece silencioso; semejante á un insensato ó á un idiota, se levanta con rostro triste y sombrío, da cuatro ó seis pasos hacia adelante, y arroja contra las peñas su casco, su escudo y su armadura; después, habiéndose ordenado á uno de sus escuderos que le hiciera poner en libertad á los cautivos, se aleja solo y desaparece. Pasó mucho tiempo sin que se supiera lo que habia sido de él, suponiéndose que se habia retirado á una gruta sombría. Bradamante colgó sus armas en derredor del mausoleo; hizo quitar de él todas las que habian pertenecido á los caballeros del emperador, y no quiso que se alcanzasen las armaduras de los sarracenos. Conoció las corazas de Brandimarte, Olivero y Sansone. Estos paladines que seguian las huellas del conde de Angers, habian llegado al puente, y vencidos y hechos prisioneros por Rodomonte, fueron enviados á Africa la víspera del combate con Bradamante. Sus armas, quitadas del mausoleo, fueron guardadas en la torre. Hallábase aun entre los tesoros la armadura del príncipe cuyos esfuerzos para apoderarse de Frontino fueron infructuosos. El malhadado rey de Circasia, después de andar vagando por montes y llanuras, fue á perder en aquel sitio su segundo corcel. Rodomonte dejaba en libertad á los caballeros vencidos que pertenecian á su secta; pero Sciripante no tuvo valor para regresar vencedor y desarmado á aquel campamento en que habian oido tantas veces sus fanfarronadas. Abrasado continuamente por el amor, se apresuró á seguir á Angélica, cuyo regreso á su patria supo, aunque no puede decir cómo.

Volvamos á Bradamante. En cuanto hizo poner una inscripción para atenuar el recuerdo de su victoria, preguntó con dulzura á Flor-de-Lis, cuyo rostro estaba en unidad de lágrimas, qué camino deseaba seguir. «Voy al campo de los sarracenos, que está bajo las murallas de Arlés, contestó la jóven; quizás hallaré allí un baje que me conduzca á algun puerto de Africa. No me detendré mientras no consiga reunirle con Brandimarte, y haré todos los esfuerzos imaginables para romper sus cadenas. Si falta Rodomonte á su palabra, emplearé otros medios y no descuidaré nada para llegar al fin que me propongo.—Haremos una parte del viaje juntas, replica Bradamante; al llegar bajo los muros de Arlés, penetrarás en el campo de Agramante, é irás á buscar al guerrero cuya gloria es conocida del mundo entero. Le

presentarás el corcel del sarraceno, repitiéndole fielmente estas palabras: «¡Un caballero que está pronto á probarse á la faz del universo que has faltado á tu fé y tus juramentos, te envia este caballo para que te sirvas de él en el combate á que te prevengo y reteta. No añadas una palabra mas. Si desea saber mi nombre, contestas que lo ignora.» La dulce y amable Flor-de-Lis responde al momento: «¡Siempre estaré presta á ofrecerte el sacrificio de mi vida en cambio del favor que me acabas de hacer!» Bradamante la da las gracias, y la presenta las riendas del Frontino.

Las dos jóvenas hermosas siguen la orilla del rio y caminan con rapidez. Pronto se presenta á su vista la ciudad de Arlés, y oyen el ruido que producen las olas al estrellarse en la costa inmediata. Deténesse Bradamante á la entrada de los arrabales, en las primeras casas de la ciudad, con el fin de dejar á Flor-de-Lis el tiempo suficiente para que lleve Frontino á Rugiero. La fiel mensajera atraviesa las barreras, el puente y las puertas. La conducen á la casa de Rugiero, á quien participa la mision que la han confiado, y le entrega el caballo Frontino; luego, sin aguardar contestacion alguna para llevar á cabo el proyecto que ha formado. Rugiero, lleno de sorpresa, no puede imaginar de quien procede aquel reto, precedido de palabras insolentes, y seguido de un comportamiento generoso; se comprende que un hombre se crea con derecho para reconvenirle su falta de fé: el nombre de Bradamante está mas lejos que ningún otro de su mente; solo Rodomonte seria capaz de semejante atrevimiento. «¡Pero no tiene motivo alguno, dice Rugiero, para tratarme de ese modo!» El rey de Sarsa es el único con quien tiene una cuestion pendiente. Entre tanto toca Bradamante su trompa cu señal de desafio.

Llega á noticia de Agramante y de Marsilio que hay á las puertas un caballero que pide el combate. Serpentin, que casualmente se halla á su lado, obtiene de ambos reyes el permiso de cubrirse con sus armas para ir á castigar al temerario. Corre el pueblo en tropel á las murallas; niños y ancianos están impacientes por saber quien vencerá. Serpentin avanza lleno de audacia, cubierto con una cota de maila magallanca, pero la lanza de oro le derriba en el primer encuentro, y su caballo huye cual si tuviera alas. Apresúrase la guerra á perseguirle, y trayéndolo de la brida, dice al sarraceno: «Toma tu corcel, y encarga á tu amo que me mande un adversario mas valiente que tú.» Agramante, rodeado de sus cortesanos, contempla la justa desde lo alto de la muralla, y le sorprende la generosidad de un caballero que no retiene cautivo al enemigo que ha vencido. Llega Serpentin, y obediendo la orden de Bradamante, ruega al rey que elija otro campeón. Grandenío de Volterre, el caballero mas orgulloso de España, hace de medo que le designen para sostener la lacha. Pronto sale profiriendo mil fanfarronadas. «Tu corteza, dice á Bradamante, no me impedirá que te lleve prisionero á mi emperador, ó que te arranque la vida al pega mi brazo con su vigor y pujanza las bitulas.—La grosería de tus palabras, contesta la guerrera, no me impedirá tampoco á mi que te dé un consejo. Vuélvete á tu tienda antes que tome el trabajo de romperte los huesos. Que sepa in rey que no he venido aquí para castigar las bravatas de adversarios de tu juez; necesito otros enemigos.» Este desdén insultante excita el furor de Grandenío, y sin decir palabra lanza su corcel á la carrera. Bradamante apresura el paso de Rabicano, y apenas toca al sarraceno con la lanza de oro cuando ya le hace caer del caballo. «Ya te lo advertí, le dice, ya ves que te hubiera valido mas ir á llevar mil mensajes que intentar este combate desastroso. Encarga bien á tu rey que me ponga un caballero de algun valor; no puedo malgastar mis

fuerzas con hombres que carecen de fuerza y destreza.» La multitud apimada en la muralla no puede adivinar quién es aquel guerrero tan temible: nombran los espectadores alternativamente á los mas valientes del ejército cristiano, que tantas veces les

hicieron temblar de miedo. Piensan unos que es Bradamante, otros que es Reynaldo, y todos habrían nombrado á Orlando á no saber cuál era su fatal destino. Deseoso Ferragus de sostener la tercera lucha, exclama: «No me jacto de vencer, pero confío en



Los altares masibiendo en una columna del templo de la inmortalidad los nombres de los poetas y escritores.

hacer mas disculpable la derrota de los que me han precedido.» Al decir esto, se prepara para el combate, elije el mas rápido de sus cien caballos, y sale en busca de la guerrera. «Te ruego, le dice Bradamante contestando á su saludo, que me digas tu nombre.» Satisface Ferragus su deseo sin vacilar, pues no era costumbre de los caballeros ocultar sus nombres. «Celebro en extremo pelear contigo, añade la guerrera, pero deseo combatir á otro enemigo.—¿Quién es? pregunta el sarraceno.—Rugiero, contesta la joven con insegura voz, y sonrosean su tez los vivos colores de la rosa; su fama esclarecida fue lo que me inspiró el deseo de medir mis fuerzas con las tuyas, y este es el único objeto de mi venida aquí.» Quizas os sonreís interpretando mal las palabras de la doncella..... «No importa, pelearémos primero, exclama Ferragus; si tengo la misma suerte que los demas á quienes he derribado, prometo enviarte el adversario que solicitas.»

Bradamante habia tenido alzada la visera. Admiraba el circasiano sus encantos y decia para sí: «Es una de las lujuris del profeta: me siento vencido ya por las flechas que disparan sus ojos.» Precipitábase en seguida uno contra otro, y Ferragus cae del caballo como los dos caballeros que le han precedido. Bradamante le restituye su caballo diciéndole: «Acuerdate de la promesa que me has hecho.» Confuso Ferragus y humillado, se retira al campo; hallando á Rugiero al lado del rey, le anuncia el reto del guerrero incógnito. Ignorando el nombre de su adversario, pero confiando completamente en alcanzar la victoria, pide sus armas trasportado de júbilo, sin temer los lúes de la lanza invencible. Pero me propongo aplazar por el canto siguiente la relacion de las proezas de Rugiero, su salida de la ciudad y el fin de esta aventura.

#### CANTO XXXVI.

Asesinato.—Vállele Rugiero por si debiera á no salir.—Ya Marías o batusco con Bradamante.—Es derribado por dos sarracenos.—Pelea general entre los caballeros sarracenos y cristianos.—Bradamante se retira con Rugiero á un sitio apartado.—Morris los sigue.—La sombra de Atlante interrumpe su combate y hace conocer á Rugiero y Marías que son hermanos.—Nuevas promesas de Rugiero.

¡PERMITA el cielo que nunca falte caballero alguno á las reglas de la cortesania! Es la virtud de los corazones nobles; la naturaleza y aun la costumbre se oponen á que olviden su primer carácter. Una alma vil demuestra siempre su bajeza; el instinto vil la impulsa á obrar mal, y la seria difícil olvidar sus vergonzosas inclinaciones. Los caballeros de la antigüedad nos han dejado ejemplos numerosos de nobleza y generosidad. ¿Por qué se citan tan pocos casos en nuestros dias? Somos testigos, por desgracia, con harta frecuencia, de acciones villanas y desleales. Puedo citar, ilustre Hipólito, aquellas guerras en que atormentasteis nuestros templos con las banderas arboladas al enemigo, y traspisteis á las costas de nuestra patria sus caberas apreadas y cargadas de riquezas. ¡Pero, para baldou y vergüenza de Venecia, sus soldados mercenarios cometieron excesos dignos de los turcos, de los tártaros y los moros! Se vieron bordes de hombres despidados llavar el incendio por nuestros campos y ciudades. ¡Venganza detestable ejercida contra el héroe que bajo el águila de los Césares estaba sitiando á Padua! Aquellos bárbaros no recordaban ya quo mas de una vez, humano y generoso, impedisteis que devoraran las llamas sus ciudades, y que en muchas ocasiones hicisteis apagar el incendio que consumia templos ó aldeas. No quiero recordar las atrocidades de nuestros enemigos; pero me complazco en referir una historia que enterecece á las mismas rocas. Acordaos, señor, de aquel

día en que hiciésteis perseguir por vuestras tropas á esos guerreros que, abandonando sus buques destruidos, se retiraron á una fortaleza. Sembrados á los héroes troyanos, á Héctor y Eneas amenazando con incendiar los buques griegos, ni á Hércules y Alejandro, arrastrados por su valor, lanza sus corceles á la carrera y penetra en medio de los enemigos. Uno de ellos se libró, el otro no pudo salvarse. ¡Oh malhadado duque de Sars, cuál debió ser tu dolor cuando viste elevar á tu intrépido hijo á la cubierta de aquel buque donde pronto rodó su cabeza ensangrentada! ¿Cómo pudiste resistir tan terrible espectáculo? ¡Y tú, bárbaro Esclavón! ¿cómo aprendiste las leyes de la guerra? ¡llamolas al héroe que combatió por su patria! Monstruos sanguinarios, arrancásteis la vida al que no había tenido rival alguno del uno el otro polo, desde las costas de la India hasta los mares de Occidente. Los antropófagos, el cruel Polifemo, no hubieran enterrecido al ver su juventud y belleza; fuisteis mas implacables que los lestrigones y los ciclopes. La historia antigua no os ofrece un rasgo tal de barbarie. Geuerosos y valientes, los guerreros de entonces eran humanos después de la victoria. Ved á Bradamanta: no solo se trataba con rigor á los que había derribado tocándolos con su lanza, sino que su cortesanía la hacía hasta el extremo de tenerles los caballos mientras volvían á montar.

Ya es lo dicho que después de haber derribado á Serpéntino de Etolia, Grandonio de Volturne y Ferragus, les permitió que regresaran á la ciudad y rogó al circasiano que trasmitiese su reto á Rugiero. Aceptóle gozoso el héroe, y luce que le lleven sus armas. Mientras se viste la armadura, procuran los caballeros de Agramante adivinar el nombre de aquel campeón invencible. Interrogan todos á Ferragus. «Un asesino, contesta el rey de Circasia, que no es ninguno de los que pensais. Su rostro me ha hecho creer que tenía ante la vista al hermano menor de Reynaldo; pero después de nuestra lucha, estoy persuadido de que Ricardet no posee esa fuerza maravillosa. Será pues su hermano, que se le parece mucho y dicen que iguala en fuerza y destreza á su hermano Reynaldo, flor y nata de los paladines franceses. En cuanto á mí (y sé á qué he de atenerme), juro que es mas temible que su hermano y aun que su primo.» Al oír Rugiero estas palabras se turba, estreñécense sus corazon, y en su rostro se derrama ese color agradable con que tñia la aurora el horizonte. Ardiente y consumido por el fuego del amor, le liebla, no obstante, un secreto. ¿Agitará el odio el corazon de Bradamanta? En esta incertidumbre no sabe si salir al encuentro de su anado, ó permanecer en su tienda.

Marisa ha oído lo que Ferragus digiera, y quiere á su vez pelear: tiene puestas sus armas de las que rara vez se desprende, ni aun durante la noche. Al ver á Rugiero con la coraza ya puesta, piensa que debe anticiparse á él presurosa para no perder la ocasión que se presenta. Ansiosa por coger la palma de la victoria, de que se cree ya dueña, salta Marisa á su corcel y se adelanta hacia la hija de Aimon que, conmovida en extremo, aguarda al que se propone retener cautivo. Busca en su mente el medio de debilitar la fuerza de los golpes... De pronto aparece Marisa: lleva en la cimera de su casco un knir, emblema que indica su orgullosa confianza en la superioridad de su valor; quizás sea tambien para recordar el juramento que lo hecho de permanecer virgen siempre. Bradamanta la considera con atención, y no conociendo que sea Rugiero, pregunta el nombre de aquel adversario desconocido. Sabe entonces que va á pelear con la que vive al lado de su amante y á quien considera como su rival, ¡esa enemiga que tanto odio le ha inspirado! He aquí el momento de

morir ó vengarse. Toma distancia al momento y se precipita llena de rabia contra Marisa, á lo que quiere, no ya derribar, sino atravesar el alma. Su muerte pondrá término á tantas sospechas crueles.

Marisa mude el suelo al momento. Esta afronta que no está acostumbrada á recibir, la llena de coraje y aun estruvin su ruza. Se levanta, tira de la espada y arde en deseos de vengarse. No menos furiosa Bradamanta, la grita: «¿Qué boces, no eres acaso prisionera mia? ¡Si me has mostrado generosa con los demas, seré despiadada contigo, pues quiero castigar tu orgullo y perfidia! » Estremeciese Marisa cual el viento que azota las rocas. Ruge sin poder articular una palabra, y amenaza con la punta de su acero el pecho y costados del caballo de Bradamanta; vuelve con destreza su dócil corcel. Enfadada en extremo, pega un bote de lanza en el pecho de Marisa, que rúda de nuevo por el suelo, se levanta y quiere combatir otra vez, un tercer bote la vuelve á derribar. Tal es el poder de la lanza encantada; á no ser por ella no habria triunfado Bradamanta, con tanta facilidad de una guerrera que no la cedia un punto en fuerza y valor.

El ejército de Carlomagno se holla á menos de milla y media del paraje en que ocurre esta lucha. Varios guerreros cristianos se han adelantado por el espacio que separa á entrambos campos. Admiran las lanzas del campeón vencedor, que conocen ser de su bando, pero no saben que es Bradamanta. Viéndolos Agramante acercarse, se precava contra una sorpresa, y mandó á una tropa numerosa que se arme y saiga del recinto. Rugiero, á quien el ardor de Marisa ha privado de pelear, alea con aquellos guerreros. Durante la lucha está lleno de inquietud por su anado Bradamanta, pues teme el valor terrible de su rival. Lleno de angustia al verlas dirigirse una contra otra, se sorprende del bote de lanza tan brillante que da la hija de Aimon: después experimenta de nuevo una inquietud mortal, pues teme que ocurra alguna desgracia. El combate no ha cesado con la caída de Marisa. Fluctuando Rugiero entre dos sentimientos muy diferentes, desea alternativamente que triunfen ambas guerreras. Bradamanta le inspira los ardientes trasportes del amor: lo jura á Marisa una amistad eterna; las leyes de la caballería se oponen á que les separe. Sin embargo, los sargeños quieren arruinar la victoria al campeón cristiano, y se precipitan todos entre los dos guerreras para impedir el fin de la lucha. Avanzan á su vez los cristianos, y se empuña el combate al instante; resuenan los gritos de guerra: «¡A caballo! ¡empuñad las armas! ¡formad bajo vuestras banderas! » La voz de los gefes se mezcla á los sonidos penetrantes de los clarines que llaman á la caballería, y al ruido de los timbales y tambores de la infantería.

Terrible y sangrienta es la pelea. Escogerizada Bradamanta por no haber podido inmolár á Marisa, se dirige á todas partes con la esperanza de encontrar al que ama. Le distingue por el águila blanca que campea en su broquel, y se detiene para contemplar su porte noble y audaz, su estatura y las gracias que embellecen todos sus movimientos. «¡Ah! ¡esculma. ¡Otra mujer oprime con los suyos esos labios hermosos! ¡Eso no puede ni debe ser! ¡A nadie pertenecerás, Rugiero, ó serás mio. Si te pierdo en este mundo, permaneceré conmigo en lo profundo del averno y estaré eternamente á mi lado! Puesto que me haces espirar de dolor, ejerceré una venganza justa: todo homicida merece la muerte. No tendrás derecho para acusar al destino, puesto que mereces el suplicio. ¡Yo, nada hice para merecer la muerte! ¡voy á herir al que me mata, puesto que tú has sacrificado á la que te adora! Pero ¡por qué vaeilo mi mano en traspasar el corazon del perjuro que me ha hecho tantas heridas crueles, y que asiste, frio é implacable,

¿a mi agonía? ¡Valer, pues, fuera flaqueza! ¡Que no sola golpe me vengue de mil muertes que tú me has hecho sufrir! »

Lánzase de pronto contra Rugiero y le grita: « ¡Difíndete, pérdido; si mi brazo auxilia a mi furor, no volveré a alabarte del haber destruido un corazón inocente! » Conoce el caballero aquella voz que distinguiera entre mil, y piensa al pronto que su amada quiere reconvenirle por no haber cumplido su promesa. Espera justificarse y la hace seña de que se detenga; pero arastrada la hija de Almon por su ciega desesperación, cae sobre él con la visera calada, y se prepara á derribarle. Viéndola Rugiero determinada á no escuchar razón alguna, mántiense inmóvil, se afirma en los estribos y procura no herirla. Llega la guerrera junto á él, implacable, y pronto á herir... Luego, al verle tan cerca, no puede resolverse á hacerle sufrir la vergüenza de una caída. Quedan, pues, inofensivas sus armas, y solo las flechas del amor han penetrado en sus corazones. Renunciado Bradamante á su proyecto, corre á desahogar su cólera en otra parte, y ejecuta hazañas que conservarían su celebridad mientras algún su curso los astros. Pocos momentos la han bastado para derribar con la lanza de oro mas de trescientos saracenos y pone en fuga á los que han tomado parte en la acción. No cesa Rugiero de seguirla, y consigue, por fin, alcanzarla. « Preciso es que te hable ó muera », exclama; « ¿qué te he hecho para que luyas así de mí? Dígante, pues, escucharme. » Cual el dulce bálsamo supe del viento del mediodía que, elevándose del mar, derrite con su suave caer las nieves y los hielos de las torres que poco antes ostentaron su solidez, así la voz suplicante de Rugiero conmueve el corazón de Bradamante, á quien parecía hacer inflexible el desprecio. No quiere ó no puede contestar nada, pero oprime los huyares de Rubican y se aleja del campo de batalla, haciendo seña á Rugiero de que la siga. Baja á un valle que hay en medio de una llanura, cubierto de cipreses cortados todos de un mismo modo. Allí hay un sepulcro de mármol blanco recientemente construido; una inscripción indica el nombre del que está allí sepultado: pero Bradamante no repara en ello. No tarda Rugiero en reunirse con ella.

Pero vuelve á Marlisa: volviendo á montar á caballo, procura buscar quien la venciéres veces seguidas, la ha visto salir del campo de batalla seguida de Rugiero. Está muy lejos de pensar que sean dos amantes guiados por el amor, y cree que se apartan del sitio del combate para terminar mayor su contienda. Escitado entonces á su corcel, llega pronto al sitio á que se han retirado. Todos los que sepan lo que es amar comprenderán hasta qué punto los sería enfadosa á entrambos amantes su llegada. Al ver la hija de Almon á Marlisa siente reproducirse en toda su fuerza sus furiosos celos. ¿Cómo ha de suponer que esta guerrera sea insensible á los atractivos de Rugiero? Prediga de nuevo á su amante los nombres de traidor y perjuro. « ¡Pérido, exclama, no era bastante que me transmitiera la fama tus infidelidades, sino que has querido también mostrarme á tu cómplice! Desena seguir yo que me echo do tu lado: quedarás satisfecho. Moriré, víctima de tus iniquidades, pero antes heisré inmolado á una rival odiosa. » Al decir estas palabras se precipita contra Marlisa con la rapidez de la vólera irritada, y la alcanza en medio del escudo con tal fuerza, que cae del caballo y clava la mitad de su casco en la arena; no se puede decir que Marlisa estuviera desprevenida, pues se preparaba á combatir, pero de nada la sirvió, y no pudo resistir á tan terrible choque. Bradamante que consideraba aquella pelea como un desafío á muerte, no quiere servirse ya de su lanza; la arroja lejos de sí, desennina su espada, echa pie á tierra, y se dirige hácia

su enemiga para cortarla la cabeza. Levántase Marlisa, y anhelando vengarse se precipita sobre Bradamante, á pesar de los gritos y súplicas del desdichado Rugiero. Atácanse al instante con desenfrenada ira; cruzanse los aceros, y se atacan con igual audacia. Acérranse tanto una á otra, que pueden ya arrear sus espadas por series inútiles, y buscar otros medios de herirse. Rugiero las suplica que se separen, pero son inútiles sus ruegos; se dispone á emplear la fuerza y las arrebató las espadas, tirándolas al pie de un ciprés; renueva entonces sus súplicas y aun sus amenazas. A falta de aceros, se pegan las des rivales con los pies y los puños. Rugiero sujeta tan pronto los brazos de una como de otra, y pronto vuelve Marlisa sin furor contra él. Acostumbrada á no temer nada y olvidando la amistad que la une al héroe, se arroja sobre el hombre que quiere impedirlo que sacie su cólera. « Cometes una acción indigna de un caballero, le dice; por qué vienes á mezclarte en nuestro combate? Mi brazo castigará tu osadía, y es vencerá á entrambos. » En vano procura Rugiero apaciguarla por medio de palabras conciliadoras: renuncia á calmarla, y al fin, poseído de cólera, se ve obligado á tirar de la espada. Nunca efecieron Roma y Atenas al universo espectáculo mas agradable, que lo que este combate lo fue para la hija de Almon; conge su espada y se mantiene apartada para saborear todos los pormenores del combate que se prepara. Cree ver en Rugiero al dios de la guerra; Marlisa es á sus ojos una furia escapada del infierno. Sin embargo, no se atreve Rugiero á desplegar todo su vigor, porque teme la sola fuerza de su espada, que rompe todos los encantos y talismanes, y evita herir á Marlisa de filo y de corte; pero después de tener mucho cuidado y esmerar, pierde al fin la paciencia. En el momento en que alza el brazo para dar un golpe mas terrible de la guerrera, cae la espada con tal fuerza sobre el águila que deja adormecido el brazo del héroe. Para resistir á semejante choque solo pueden bastar las armas de Héctor; no ser por ellas, obedeciendo el mortífero acero al deseo cruel de Marlisa hebría hendido la cabeza de Rugiero. Al sentir el héroe este golpe; elvída toda compasión, lanzan rayos sus ojos, y anesta á la guerrera un golpe terrible. ¡Desgraciado de tí, Marlisa bella, si le encuentras al paso del acero!

Sin que ya pueda decir cómo aconteció, es lo cierto que la espada penetra mas de un palmo en uno de los cipreses. De pronto tiembla la tierra, y sola una voz fuerte y sonora del sepulcro que hay en medio del valle, diciendo: « Detenemos, cesad un combate horrible! Sería muy cruel que un hermano matara á su hermana, á que esta diera la muerte á aquel. ¡Rugiero, Marlisa, seres queridos, creed mi temoral Hijos de un mismo padre, vinisteis juntos al mundo. Los hermanos de Galicia, después de haber asesinado á su esposo Rugiero II, expusieron la viuda infortunada en una barquilla á los fureros del mar, sin tener en cuenta que llevaba en su seno dos criaturas. La fortuna que os reservaba ya para ocupar los puestos mas elevados, engañó la criminal esperanza de aquellos malvados, y la barquilla naufragó en una peña salvaje, mas allá de Sirtes. Allí fue donde espiró Galicia, al daros á luz. El Eterno ó vuestra buena suerte licieren que presenciara ye aquel suceso. El sepultura á vuestra madre, y envolviéndoos á ambos en mi manto, os llevé al monte de Carene. Hice salir un león de las guaridas del bosque, la cual olvidando su ferocidad, dejó á sus hijos por vosotros, y durante veinte meses os alimentasteis con su leche. Un día que me habia alejado de nuestra habitación, fue invadida por una horda de árabes que se apoderó de tí, Marlisa; ¡quién te recuerdes aun! Rugiero, que era mas fuerte y ágil, se escapó de ellos. Traspasde de dolor, rodé mi vigilancia y

enidos para salvar al niño que me quedaba. ¡Y a sa-  
ves, Rugiero, que nunca le faltaron los cuidados de  
Atlante durante su vida! Sin embargo, la ciencia de  
los astros me había permitido prever que serías  
muerto á traición por los cristianos; para librarte de  
suerte tan funesta, consagré todos mis esfuerzos á  
monteerte alejado del país de los francos. Desespera-  
do al ver el poco éxito de mis desvelos, cal enfermo  
y sucumbiendo á mi dolor, fallecí. Pero antes de es-  
pirar, me había permitido mi arte prever que ven-  
drías á estos sitios á pelear con Marfisa, y resolví ha-  
cer que me construyeran aquí un sepulcro los espiri-  
tus infernales; hice reunir estas piedras enormes,  
y dirigiéndome á Aqueronte exclamé: «A Es preciso  
que permanezcan mis huesos en este sepulcro hasta  
el momento en que se renicie el combate de Rugiero  
con su hermana. » Hice ya mucho tiempo que os es-  
toy aguardando en este sitio. ¡Desecha, pues, tus  
sospechas del hombre á quien amas, Bradamante! En  
cuanto á mí, tengo que abandonar la región de la luz  
y bajar al imperio de las tinieblas. » Cesa de hablar la  
voz. Marfisa, Rugiero y la hija de Aimon se quedan  
mudos de sorpresa. Rugiero y Marfisa, trasportados  
de alegría, se arrojan en brazos uno de otro, y Bra-  
damante presencia sus espasmos sin turbarse. Ambos hermanos se complacen en recordar  
lo que han dicho y han hecho durante su infancia.  
Y los parajes que fueron testigos de sus inocentes jue-  
gos, sembrando de conocer así la verdad de las pala-  
bras del encantador. No quiere Rugiero ocultar á  
Marfisa el amor que tiene á Bradamante, refiriéndole  
apasionadamente todos los favores que la debe, y  
pronto sucede la amistad á la cólera en el corazón de  
los dos jóvenes que le escuchan: un dulce abrazo se-  
lla su reconciliación. Desea Marfisa conocer la patria,  
clase de su padre, el modo de que murió y el de su  
matador. ¿Qué ha sido del bárbaro que espuso á su  
madre al furor de las olas? Estos pormenores se han  
marchado de su memoria, porque la última vez que  
los oyera estaba aun en la cuna. Dícele Rugiero que  
son de origen troiano, á Hecctor fue uno de nuestros  
sucesores; Astynax se libró de las manos de Ulises  
y otro niño quedó cautivo en su lugar. Después de  
haber vagado mucho tiempo por los mares, desem-  
barcó en Sicilia y reinó en Mesia. Sus hijos salieron  
del celebre Tiro, fueron á conquistar la Calabria y se  
establecieron, después de una larga serie de años,  
en la ciudad de Marte. Varios emperadores de su ra-  
za, desde Constantino y Constantino hasta el gran  
Cárlas, hijo de Pepino, gobernaron á Roma y otros  
países. Entre ellos se distinguen Rugiero, primero de  
este nombre; Jambaron, Bawes, Raimbaut y Rugie-  
ro II, que fue, según ha dicho Atlante, el esposo de  
nuestra madre. La historia inmortaliza las proezas  
de nuestros abuelos. Rugiero las dice también que  
Agolante había venido á Francia con Almonte, Tro-  
jan y su hijo Galaciela, cuya fuerza y valor se habían  
señalado contra los paladines franceses. Cediendo á  
la pasión que le inspiró Rugiero, recibió la joven  
princesa el bautismo y se casó con su amante. Pero  
consumiéndose el período Beltramo en una llama in-  
cestuosa, de que era objeto su cuñado, hizo traición  
á su padre, á sus hermanos y su patria, con la es-  
peranza de poseer á Galaciela; entregó Risa á sus en-  
emigos, y sus parientes á merced del vencedor. Ter-  
minó Rugiero con la horrible relación de las  
crueldades del despiadado Agolante y sus bárbaros  
hijos, que no contentos con el asesinato del esposo  
de Galaciela, condenaron á esta desdichada á ser es-  
puesta en una barca sin timón durante el invierno,  
en un mar borrascoso y embravecido.

Escucha Marfisa atentamente á su hermano, y so-  
llo de júbilo al ver que devuélvese de tan gloriosa  
raza. Sabe que los héroes de Montgraine y de Cler-  
mont, famosos en tantas épocas anteriores, tienen

el mismo origen. Pero cuando oye á Rugiero referir  
cómo dieron muerte el padre el abuelo y el tío de  
Agramante al desgraciado Rugiero, y de qué modo  
amenazaron la existencia de Galaciela, le interrumpe  
exclamando: « ¡Ah hermano mío! ¿cómo has dejado  
sin venganza tantos crímenes? ¿Si otro brazo ha in-  
molado á Trojan y Almonte, no debías tú, acaso,  
hacer recaer tu cólera sobre sus hijos? ¿Cómo Ru-  
giero permite que respire aun Agramante? En lugar  
de darle muerte, permáncese á su servicio y reside en  
su corte! ¡Oh haldon terrible! ¡tomo á Dios por testi-  
go (ese Cristo á quien deseo adorar y que fue el Dios  
de mi padre) de que no me despojaré de mi armadu-  
ra mientras no haya vengado á Rugiero y Galaciela!  
Gimo y gemiré sin cesar al verte desvalorar el ser-  
vicio de Agramante á de los africanos esa espada que  
debieras bañar en su inmundi sangre! » Al oír Bra-  
damante estas palabras, manifiesta su júbilo; ruega  
á Rugiero que escuche los consejos de Marfisa, y le  
escita á que vaya á reunirse con el valiente emperador  
que honra la memoria de su padre, conserva el re-  
cuerdo de sus proezas y le considera como el mas va-  
liente de sus guerreros; pero el paladin contesta con  
franqueza: « Debia haber empezado por hacer lo que  
me aconsejais ahora; me he comprometido demasia-  
do por no saber á tiempo lo que después ha llegado á  
mi noticia. Agramante me ha conferido la orden de  
caballería, y no puedo inmolarle sin faltar á la fé ju-  
rada y hacérme culpable de felonía; lo prometo, her-  
mana querida, como se lo juré en otro tiempo á Bra-  
damante, retirarme en cuanto pueda verificarlo sin  
faltar á las leyes del honor. Quizaa lo hubiera hecho  
ya, á no ser por las heridas que recibí en el comba-  
te con Mandricardo. Marfisa, que no se ha separado de  
la cabecera de mi lecho, puede atestiguar mis pala-  
bras. » Los dos guerreros examinan los diferentes  
medios que podían autorizar el rompimiento de Ru-  
giero con Agramante, y se decidieron por fin que volvie-  
ra el paladin al campo de los moros, para aguardar  
allí una ocasión propicia. « Déjale que se aleje, dice  
Marfisa á la hija de Aimon; yo te prometo que haré de  
modo que antes de pocos días dé motivo Agramante  
á Rugiero para que se retire honrosamente de su ser-  
vicio. » Apenas pronuncia estas palabras, cuando ya  
vuelve riendas el amante de Bradamante y se despidе  
de ambas guerreros. De pronto se oyen en el bosque  
inmediato lamentos y gemidos: pareciense á la voz de  
una mujer desconsolada. Pero os pido me permitais  
detenerme aquí; os referiré cosas aun mas interesan-  
tes en el canto siguiente.

## CANTO XXXVII.

ARGUMENTO. — Rugiero, Bradamante y Marfisa encuentran á  
Ulises y á dos mujeres de su séquito. — Relación de la injuria  
que han recibido. — Juron los guerreros vengarse. — Histo-  
ria de Margasar. — Los dos guerreros y Rugiero se apoderan  
de la ciudad perteneciente á Margasar, y la hacen prisionera.  
— Encuentra allí al bregal de otro y los tres tristes. — He-  
reos cambiar la ley erud de Moisés. — Ulises le precipita  
desde lo alto de una torre. — Rugiero se dirige al campo de  
los sarracenos; Bradamante y Marfisa van al de los cris-  
tianos.

HABIA favorecidas las mujeres por la naturaleza, no  
piensan obtener por medio de trabajos y vigilia, lo  
que solo el estudio puede hacer adquirir; á no ser  
así, las sería fácil componer obras que inmortaliza-  
ran sus nombres. Si los guerreros hubieran cañado  
ellas mismas sus hazañas, sin confiar este cuidado  
á los poetas celosos de su gloria y mas hábiles para  
celebrar el mal que para honrar la virtud, se hubie-  
ran visto empañado el brillo de los nombres mas ilustres  
por la fama esclarecida de aquellas. Los autores en-  
vidiosos (y hablo tan solo de los que escribieron en  
los tiempos antiguos) se prodigaron mutuamente el  
incienso de la adulación, señalando á su antojo y  
capricho las imperfecciones de las mujeres. Esfor-

zabanse on oscurecer el mérito que admiraba la muchedumbre. ¡Parciales funesta la gloria de las mujeres á la suya propia, cae la nube que intercepta los rayos del sol! Estueros inútiles, envidia cruel, nunca tendrán bastante infolio los perdidos discursos de los malvados ni sus escritos perversos para destruir el mérito de las mujeres, y por lo menos, queda siempre de su gloria un débil reflejo. Herpalicia, Tonayur, la heroína que peleó por Turnus, la protectora de Héctor, la famosa reina de Tiro y de Lidón, que atravesó los mares para fundar á Cartago; Zenobis, la ilustre Semiramis, conquistadora de Persia, la India y la Siria ¡no son las únicas mujeres dignas de la inmortalidad! No tuvieron Roma y Grecia el privilegio exclusivo de dar al mundo mujeres, modelos de valor, felicidad y sabiduría. Todos los países del universo las han producido, desde las orillas del Indus hasta el jardín de las Hespérides; pero los historiadores injustos y envidiosos nos han dejado ignorar hasta sus mismos nombres.

¡Oh! mujeres amigas de la virtud, continuad practicándole, y no os dejéis desanimar por la injusticia que han sufrido ya otras. Todo varía, todo es perecedero en este mundo: las obras de los malvados tienen el mismo destino. Si los autores antiguos son dignos de censura, hallais la compensación en los elogios que os prodigan los escritores de una época brillante. Marullo, Pontano, los dos Strozzi, os consagran sus cantos; Bembo, Capello, el que forma el encanto de las cortes, Luis Alsmani y esos dos príncipes queridos de Marte y de las musas, descendientes ambos de los reyes de esa comarca en que corre el Minio, celebran vuestras gracias y perfecciones. Inclinado por naturaleza á haceros justicia en sus versos, y á elevar hasta las nubes las alabanzas que resuenan en el Pindo y el Parnaso, uno de esos príncipes ha formado una idea muy noble y elevada de vuestro sexo, por el afecto, lealtad y amor de Isabel, su compañera fiel aun ante los peligros de la muerte. A vosotras dirije sus versos llenos de fuego; pronto siempre á empuñar las armas para defenderos, será el campeón de vuestras virtudes aun á costa de su vida. Merecía Alfonso que el cielo le concediera una esposa dotada de las virtudes mas hercúlicas. Fiel en los reverses, fue inalterable en todas las vicisitudes de la vida. ¿Dónde se vieron nunca dos esposos mas dignos uno de otro? ¡Entre el ruido de las armas y los carros, en medio de los fuegos y de los buques de guerra, se oyen en las orillas del Oglio acentos melódicos que hacen al cercano río que envía tu gloria! Sexo encesmador, Hércules Bentingio celebra tambien tus atractivos; Renato Trivulce, mi querido Guidetto, y Molze, favorito de Febo, te consagran asimismo sus versos. El hijo de los reyes, Hércules duque de Carnuta, hace resonar sus aceros, y cual el cisne que se eleva cantando por el aire, lleve Hércules vuestro nombre á los cielos. Ese marques del Guast, cuyos hazañas han inspirado á mil poetas de Atenas y Roma, pide á las musas que le concierten los modos de alabaros. Pero vosotras tambien, mujeres ilustres, sabéis hacer brillar á vuestro sexo con todo su esplendor. Dejando algunas veces la aguja y la rueca, bebeis las aguas de la fuente de Agaiura y baceis oír las acordes mas sublimes. ¡Ah! ¡si fuera preciso describir aqui todos vuestros méritos, cuántas páginas necesitaría! No podría bastarme el espacio que me he trazado. Pero si pronuncio cinco ó seis nombres, podré desagradar mi silencio á las que no cito aqui. ¿Qué deberé hacer? ¿habré de callarme ó elegir ante todas las hermosas una sola dama que sabré muy bien designar? Lo haré, porque su nombre impondrá silencio á la envidia, y no podrán reconvenirme por haberla preferido á otras mil. La mujer ilustre de quien hablo es célebre por su esilio de insuperable belleza; se com-

place en hacer dignos de eterna memoria á los que catan su gloria. Febo derrama sobre su hermana rayos mas luminosos que sobre Vénus, María y los demás astros: así esta mujer admirable y querida de Dios, sabe derramar en su siglo una luz brillante con su dulce elocuencia y nobles pensamientos. Su nombre es Victoria, y conviene á la que, batiendo nacido en el seno de la prosperidad, consigue incesantes y nuevos triunfos y parece encadenar á la victoria. Puede comparársela á la fiel esposa de Mucio, pero tiene sobre Artemisa la ventaja y la gloria de immortalizar por sus cantos (¡monumento mas imperecedero que un sepulcro magullico!) la memoria de su esposo. Si Laodonia, si la mujer de Benito, si Arria, Argia, Evadne y otras varias merecen las tributos respeto por haber querido morir con sus esposos ¡cuál será la gloria de la que, á pesar de los esfuerzos de las Parcas y la muerte, arranca el nombre de su esposo á las aguas del Leteo y á los tristes prajeres en que se halla el Aqueroate. Si el héroe macedoniano sintió que no pudiese cantarse su gloria el poeta que celebró las hazañas de Aquiles, ¡cuán feliz debes tú considerarte, noble Pescara, al ver que la mas tierna y casta de las esposas rinde á tu ilustre fama un tributo de imperecedera gloria! ¡Ah! ¡si abandonándome á las ideas que me inspiras procurara, aunque en vano, señalar todas tus virtudes, seguiría hablando aun mucho tiempo, ilustre Victoria! ¡Y no podría ocuparme de Marisa y sus compañeras, cuyas aventuras he prometido referir!

Ahora que me prestas atento oído, continuaré mi relato, y en otra ocasion contare las alabanzas de Victoria: no porque mis versos puedan añadir á los suyos nuevo brillo, sino que me considero muy feliz con honrarla y darle pruebas de mi celo y respeto. Sexo adorado, concluyo afirmando que en todos tiempos han quedado sepultados en el olvido, por efecto de la envidia de los escritores, los nombres de muchas mujeres dignas de ser celebradas. Nobles damas, os librareis de las mezquinas maquinaciones de los envidios con vuestras propias obras. Si vuestras hermosas guerreras hubieran sido á la par poetisas, conoceríamos con mayor exactitud sus hazañas, mientras que ahora apenas han llegado á mi noticia la décima parte de sus proezas. Por eso me complazco en cantarles; justo es ensalzar las acciones hercúlicas, y es un modo de honrar el sexo de que soy admirador y esclavo.

Como os decía, preparábase Rugiero á separarse de sus dos compañeras, y habis sacado ya Belisarde, sin hallar resistencia alguna, del clypeo en que quedara clavada, cuando oyó gritos lastimeros. Seguid de Marisa y Bradamanta se lanzó hacia el sitio de que parecían salir los gemidos, y á media que avanzaban, parecia que aumentaban su fuerza los lamentos. Vieron por fin, en el fondo de un valle, á tres mujeres desconsoladas y llorosas, cuyos vestidos estaban cortados por la cintura, dejando descubiertas las partes inferiores del cuerpo; se mantenían sentadas para ocultar á las miradas indiscretas. Así como el hijo de Vulcano que sacado de la misteria sin auxilio de madre alguna, y confiado por Palas á los cuidados de la curiosa Aglaure, se mantenía agachado en el carro que él mismo inventara, las tres jóvenes del valle permanecían sentadas para ocultar su desnudez.

Al ver las dos guerreras aquel espectáculo, se escandalizaron, y se cubren sus rostros con el dulce color que presta la primavera á la rosa de Pesto. Bradamanta conoce á Ulmía, aquella embajadora que la reina de la isla Perdida enviaba á la corte del rey de Francia; conoció tambien á las otras dos mujeres por haberlas visto en el mismo sitio que á Ulmía y que formaban parte, sin duda, de su séquito; pero creyó Bradamanta deberse dirigir tan solo á la que cono-

cía mejor. La preguntó qué mano limpia, menospreciando las leyes del pudor, había arrancado los velos con que nos ordena la naturaleza misma que cubramos los encantos secretos. Ulenia conoce al instante también, por su voz y sus armas, á la guerrera que derribó á sus compañeros, y la refiere que en un castillo inmediato, las habían cortado unos bárbaros los vestidos, después de llenarlos de ultrajes; no sabe qué se habrá hecho el broquel de oro y los tres reyes que les seguían desde lejos. Ignora si estos habrán muerto ó estarán prisioneros, pues ella se puso en camino con sus dos compañeras, á pío y en tan triste estado, para ir á pedir justicia y venganza á Carliomagoo.

Esta narracion y la vista de aquel espectáculo, escitan la indignacion del peladin y de las dos guerreras, que son tan generosas como valientes. Sin aguardar siquiera á que la embajadora de Ishadín implorase su apoyo, solo pisan ya en ir al inhospitalario castillo. Se despojan de sus cotas de maille para ofrecérselas á las tres damas; Bradamante toma á Ulenia á la grupa de su caballo: Rugiero y Marfisa hacen lo mismo con sus dos compañeras. Guía Ulenia á sus tres defensoras, que la prometen cumplida venganza. Pronto salen del valle y empiezan á subir una montaña por un sendero angosto y escabroso. Después de haber caminado sin descanso hasta la puesta del sol; se retiró á pasar la noche en una aldea situada en la cumbre de una colina escarpada, donde encuentran buena cena y buena cama. La casa en que se albergan está llena de mujeres, viejas unas, y otras jóvenes, sin que se vea entre ellas ni un solo hombre. No se sorprendieron mas Jason y los Argonautas cuando descendieron en la isla de Lemnos, cuyas mujeres habían asesinado á sus padres, esposos, hijos y hermanos. Mandaron traer los tres guerreros tres vestidos completos, aunque de tela sencilla, para Ulenia y sus dos compañeras. Preguntó Rugiero en seguida á una de las aldeanas qué motivo había hecho escluir los hombres de aquel sitio. « Señor, le contestó, vivimos en la soledad mas triste é insupportable, lejos de nuestros padres, esposas é hijos, á quienes el capricho de un dueño bárbaro y feroz condena, así como á nosotras, á una separacion cruel. Nos ha hecho sufrir mil ultrajes y nos ha arrojado de nuestra patria que tan solo dista dos millas de aquí. La muerte y los suplicios mas terribles castigarán á aquellos de nuestros parientes que osaron violar esta ley. Nuestro nombre mismo le es odioso, y cual si exhaláramos perfumes ponzoñosos, nos ha desterrado prohibiendo á nuestras familias toda comunicacion con nosotras. Dos veces se han despojado los árboles de la hoja desde que se entrega impunemente á su furor sombrío. Todos sus vasallos le temen mas que á la misma muerte. Gigante monstruoso, es malvado con imponderable exceso y está dotado de tal fuerza, que difícilmente pudieran resistirle cien hombres. Aun es mayor su crueldad para con las damas extranjeras. Si aprecias nuestro honor y el de vuestros compañeros, guardaos de pasar adelante y seguid otro camino, pues de lo contrario encontraríais el castillo en que ese infame ha establecido la ley mas infame y vergonzosa para las damas y caballeros que aciertan á pasar por su territorio. Margaror-el-Cobarde (este ora el nombre del bárbaro) supera en crueldad y perdicia á Nerou y á los tiranos mas famosos. Avido de humana sangre, se sacia con la de las mujeres con mayor placer que el que disfruta el lobo al beber la sangre del tierno corderillo. Arroja ignominiosamente á las que una casualidad desgraciada conduce á su morada. »

Rugiero y las guerreras manifiestan deseos de saber el motivo del odio del tirano, y ruegan á la aldeana que prosiga su historia. « Margaror nació cruel, inhumano y bárbaro, les dice, pero supo ocultar

todos sus vicios durante mucho tiempo. Sus dos hijos no tenían su ferocidad; nobles y bondadosos, dispensaban buena acogida á los extranjeros, y hacían respetar en todo el país los usos y costumbres de la hospitalaria corteana. Su padre, á pesar de su avaricia habitual, se mostraba pródigo en ellos. Los forasteros que recibían una hospitalidad generosa, conservaban una gratitud eterna hacia los dos hermanos, que se llamaban Gilandro y Tanacro. Su valor y sus virtudes les habían hecho dignos ya de ser armados caballeros, y tan solo merecieran elogios á no haberse sometido á los furros del amor. Esta pasion fatal les hizo cometer crímenes, y no tardaron en manchar su fama. Llegó cierto día á la corte de Margaror un caballero griego con una dama, que era un dechado de gracias y belleza. En tal manera se enamoró de ella Gilandro, que la posesion de aquella mujer le pareció preferible á la vida; era menos terrible para él la muerte que la idea de renunciar al objeto de su pasion culpable. Habiendo sido rechazados sus ruegos, recurrió á la violencia. Revestido de su armadura, se emboscó á corta distancia del castillo, en el camino por donde habían de pasar el griego y su compañera. Arrastrado tan solo por su amor y sin premeditar cuáles podían ser las consecuencias de su agresion, atacó al caballero, contando ya por segura arrebatarlo la victoria y su dama. Pero mas diestro el griego en el manejo de las armas, rompe su coraza cual frágil vidrio, y poco después le llevan á Margaror el cuerpo inanimado de su hijo. Lanza el infortunado padre gemidos lastimeros, y hace enterrar el cadáver en el sepulcro de sus antecesores. Esta desgracia no alteró en lo mas mínimo el trato que se daba á los caballeros y damas que acerbaban á pasar por el castillo, pues Tanacro es tan amable y bondadoso como su hermano. En el mismo año llega do lejanas tierras un baron con su esposa; mujer cuya gracia, atractivos y discrecion eran dignos del ilustre valor de su esposo. Este caballero, descontento de una de las razas mas nobles, habría podido competir con los héroes mas valientes, y amaba con ternura á su dulce compañera, llamada Drusila. Siente Tanacro hacia la esposa de Ollandro de Lougueville (así se llamaba el baron) una pasion no menos viva y violenta que la que causara el triste fin de su hermano. Resuelve entonces satisfacer sus infames deseos, violando las leyes sagradas de la hospitalidad; pero mas prudente que su hermano, se propone robar á la dama sin esponerse á los golpes del baron. Así los vicios del padre trasmitidos al corazón del hijo, parecían sofocar en él toda vislumbre de virtud. Durante la noche que precedió á la partida de sus huéspedes, colocó veinte hombres de armas en una gruta que había en el camino del castillo. Cercado Ollandro al siguiente día por todos, opuso en vano tenaz resistencia, y perdió á un tiempo la vida y su esposa. Tanacro se apoderó de esta, á pesar de sus gritos y desesperacion; podía la jóven con ansia la muerte y consiguió arrojarla á un precipicio. Herida en la cabeza y mutilada, conservó, no obstante la vida. Tanacro la hizo conducir al castillo en unas parihuelas, y mandó que se la cuidara con esmero; después, cuando estuvo ya casi curada, resolvió ofrecer el título de esposa á una mujer tan bella y casta. Para obtener su consentimiento, procuró por todos los medios posibles hacer olvidar sus ultrajes con su rendimiento y humildad, mas no pudo conseguirlo. Su amor y su ternura escitaban mas y mas el odio de Drusila, y la hacían perseverar en su funesta resolucion, pero comprendió que debía emplear la astucia para ocultar sus planes y conseguir su objeto, que era perder á Tanacro. Fingió olvidar su primer amor, y escuchar las tiernas declaraciones del asesino de su esposo. Estaba sereno su rostro, pero rugía la tormenta en el fondo de su corazón; formaba y des-

echaba sucesivamente mil proyectos de venganza. Resolvióse por fin á inmolarse á Tanacro, sacrificándose su propia existencia. ¡ Muerte venturosa para la que ha de espirar vengando á Olindro! Finje una alegría estremada por el matrimonio proyectado; lejos de manifestar repugnancia, se adorna y engalana con mayor coquetería, y parece haber desterrado de su mente el recuerdo de Olindro. Sin embargo, espresa el deseo de que la ceremonia de la boda se haga según el uso de su país. Este es el pretexto que toma para conseguir el buen éxito de su plan. Exige que se observe la costumbre que describe del modo siguiente: « La vinda que se vuelve á casar, tiene que aplicarse los muros de su primer esposo baciendo celebrar sacrificios en el templo en que descansan sus restos mortales. Al fin de la ceremonia recibe el anillo de mano de su nuevo dueño; bendice el sacerdote el vino, pronuncia las oraciones y presenta una copa llena de aquel licor á la novia, quien debe probarla primero y pasársela después á su esposo. » No da Tanacro importancia alguna á que se haga tal ó cual ceremonia. « Consiento en ello, contesta, con tal que no se retrase en manera alguna el día tan deseado. » Se bala muy lejos de especular que Drusila, entregada por entero á sus ideas de venganza, tan solo piensa en llevarlas á cabo.

Acompañaba á Drusila una anciana de quien no se había separado desde su infancia; la llama y le dice en secreto: « Prepara-me una dosis fuerte de ese veneno activo que sabes componer. Espero dar muerte al hijo ínfame de Margaror, y he tomado mis medidas para asegurar nuestra fuga, y seguíte explicaré después. » Obedece la anciana, prepara el veneno y se le entrega á su ama. La hermosa Drusila mezcla aquel brebeje ponzoñoso con vino de Creta, y lo guarda hasta el día de la boda, que está ya próximo. Vestida con el mayor lujo y cubierta de perlerías, se dirige al templo. El féretro del desdichado Olindro, está colocado encima de dos columnas: entónces el oficio de difuntos en medio de una concurrencia numerosa. Margaror, colocado al lado de su hijo y rodeado de un corte numeroso, asiste con semblante gozoso á la función. Al fin de la ceremonia fúnebre, bendice el sacerdote el vino emvenenado, y le echa en una copa de oro. Bebe Drusila esa parte de su contenido y la ofrece en seguida con sereno rostro á Tanacro, que la apuró al momento. Después devuelve la copa al sacerdote y presenta su mazo á Drusila, pero esta la rechaza con violencia. ¡ llamados los ojos y el rostro por el furor reconcentrado hasta entónces en su pecho, le grita con voz terrible: ¡ Aléjate, instrumento miserable de mis penas y sufrimientos! Me has creído tan vil, acaso, que fuere á concederte momentos de júbilo y de placer? ¡ Vas á morir, pues circula ya el veneno por tu sangre! ¡ Aun ese castigo es harto leve para un malvado como tú! No hay súplicas suficientes para castigar tu crimen. ¡ Mi único sentimiento es no poderme gozar en tu agonía! ¡ Perdóname Olindro si no le hago sufrir tanto como yo lo hubiera deseado, pues he bebido todo lo que he podido! ¡ Al menos, al precipitarnos ambos al infierno, disfrutaré del grato espectáculo de tus tormentos! » Dirigiéndose después al cielo sus miradas alteradas ya por la proximidad de la muerte, añade: « ¡ Recibe Olindro emado, la víctima que se sacrifica tu esposa! ¡ Consigue del Eterno que me reciba contigo en su seno, y así te pregunta que he hecho para merecer su divina gracia, contéstale qué acabo de inmolarse un monstruo impío y detestable, y que es una obra meritoria purgar la tierra de seres ínfames y malvados! »

« Al decir estas palabras espiró, y aun se veía brillar en su rostro lívido la alegría de haberse vengado. No sé si murió antes Tanacro que Drusila, preciso es creerlo, puesto que había tomado mayor dosis de

veneno. Recibe Margaror en sus brazos á su hijo moribundo, y al verle espirar, fáltale poco para morir también de dolor. ¡ Hallase privado de sus dos hijos y dos mujeres han sido causa, aunque involuntaria, de sus desgracias! ¡ Una causó la muerte de Olindro, y la otra acaba de emvenenar á Tanacro! El amor paternal, la compasión, la rabia y la desesperación escitan en su alma un sentimiento de furiosa venganza. Estremécose cual el mar agitado por la borrasca, y se arroja sobre Drusila, cuyo hermoso cadáver sufre sus ultrajes sin poder saciar aun su terrible cólera. Cual la serpiente que muerde en el pie del hierro de la lanza que la hierde, ó el mastín que destroza con los dientes la piedra que le tiran, así Margaror, mas irritado que todas las serpientes y los mastines juntos, se echa en un cadáver insensible, y le destroza sin que nada pueda calmar sus horribles trasportes. Arroja entónces con espada en mano sobre las mujeres que hay en el templo, y caen indefensas como cede la yerba al esfuerzo del segador. Treinta quedan degolladas, y salen heridas mas de ciento. Acostumbrados sus vasallos á temblar en su presencia, no se atreven á oponerse á su furia, y las mujeres y el pueblo huyen y se dispersan. »

« Consiguen por fin sus crímenes mas fieles calmar su furor, y saliendo de la ciudad, cuyos habitantes están llenos de consternación, la llevan á su castillo, está edificado en el pico de una roca. Duraba su rabia contra nosotras, pero las súplicas de sus amigos y los lamentos de un pueblo entero le decidieron á perdonarnos la vida; nos condenó el destierro, y nos echó sin piedad. Estamos confinados en este desierto: ¡ desgraciada la que violara la prohibición que nos han impuesto! Tememos que vivir lejos de nuestros hijos y esposos, y los que procuren verlos tienen que hacerlo con el mayor misterio. Varios han perecido ya, víctimas de su imprudencia, otros han sufrido castigos crueles. Estableció también el tirano en su castillo la costumbre mas inícu que se ha podido ver nunca en la tierra. Toda mujer que se halle en el territorio (y acótese esto algunas veces) es azotada y echada ignominiosamente del país; las cortan los vestidos hasta la cintura de modo que se vea lo que el pudor y la decencia ordenan que se cubra. Las que llegan acompañadas por caballeros andantes son condenadas á morir y el tirano implesca las mata por su propia mano sobre la tumba de su hijo. Los caballeros son despojados de sus armas y caballos y arrojados en un calabozo. Mil guerreros le ayudan noche y día á ejecutar tan odiosa ley. Sin embargo, restituye la libertad á los que juran sobre la hostia consagrada ser enemigos implacables de las mujeres. Si aprecia á vuestras damas y vuestras vidas, guardaos de acercaros á la guarida de un monstruo que use la fuerza á la crueldad. »

Coemovidos las guerreras por este relato, sienten tal indignación en su alma, que á no estar tan próxima la noche, se hubrían pueston camino al momento para castigar á Margaror. Se detienen, pues, en aquella aldea, y en cuanto vuelve la aurora, cediendo las estrellas su puesto al sol, toman sus armas y se dirigen hacia el castillo, guiadas por las islandesas. En el momento en que se ponen en marcha, óyese un rumor sordo en el fondo del valle, y ven á unos veinte hombres completamente armados, uenos á caballo y otros á pie, que llevan en un caballo á una mujer agobiada por el peso de los años; la tratan con la misma dureza que si fuera un prisionero destinado á sufrir el último suplicio. Las mujeres espuladas del castillo conocen por el rostro y traje de la anciana que es la misma que acompañaba á Drusila y la dió el veneno mortal. Temerosa y sospechando el intento de su ama, no fue al templo, y favorecida por el tumulto que producía la ceremonia, salió de la ciudad en busca de un asilo. Algunos espías dijeron á Mar-

ganor que se había retirado al Austria, y empleó este todos los medios imaginables para hacerla prender con el objeto de aborrecerla ó quemarla. Los regalos y las promesas sedujeron á un barón avaro que menospreció las leyes de la hospitalidad, le entregó aquella infortunada. La envió hasta Constanza, situada encima de un caballo, sin poder proferir un grito, y amarrada como un fardo de mercancías. Los soldados de Marganor se la llevan para que satisfaga con ella su desordenada rabia. Así como el ancho río que nace en el monte Viso, se hace mas impetuoso y rápido á medida que engruesado por las aguas del Tesino, al Lambro, el Adde y otros ríos, se acerca al mar, así también Rugiero y sus compañeros sienten aumentar su cólera. La relación de estas nuevas crueldades acrecienta sin cesar su furor y su odio, y están resueltos á castigar al tirano á pesar del crecido número de sus secuaces. La muerte sería castigo harto dulce para el que cometiese tantos crímenes, y quieren hacerle sufrir un suplicio largo y doloroso. Pienzan ante todo en salvar á la vieja y librería de la muerte. Excitados por la espuela sus fogosos corceles, aborran á los soldados de Marganor una gran parte del camino; atacados estos miserables con sin igual valor y audacia, huyen arrojado por do quiera sus espadas, escudos y armaduras, y abandonan su prisionero. El lobo feroz, en cuanto se ve acosado por los perros y cazadores, arroja el corderillo que lleva en la boca, y huye por los montes espesos: así los soldados espantados huyen de los golpes de enemigos invencibles. Todos se desembarazan del peso de sus armas, y algunos de ellos abueñan sus caballos para ocultarse en las cuevas y barrancos. Rugiero y las dos guerreras pueden dar entonces palmeares á las islandesas que hasta entonces llevaban á la grupa, y se ponen al instante en camino para el castillo. La anciana les sigue, pues quieren que sea testigo del modo que van á tener de vengar á Drusila; pero temiendo ella que la acontezcan nuevas desgracias se resiste, llora, grita y rehúsa acompañarlas. Rugiero la coge entonces y la coloca á la grupa de Frontino que parte á galope.

Llegan por fin al fondo de un valle, cerca de un pueblo bastante grande, pero desprovisto de fosos y murallas, en medio de él hay una roca, en cuya cumbre está un castillo, que es el de Marganor. En cuanto entran los viajeros en el pueblo, cierran los soldados una barrera que acaban de atravesar, mientras que otros guerreros se posesionan de todas las salidas. Adelántase entonces el tirano, seguido de numerosa tropa de infantería y caballería, y con todo insolente y altanero, proclama la ley que pretende imponer á los estrajeros. Marisa, de acuerdo con Rugiero, se echa de atacar al pérdido; dirije su caballo hacia él, y desdenando servirse de la lanza ó la espada, le pega con la menopa en la cara y con tal fuerza, que le deja aturrido y vacilante. Bradamanta y Rugiero dan al mismo tiempo una carga al enemigo; el paladín atraviesa con su lanza seis hombres á la vez: á uno le traspasa el cuello, á otro los costados; uno sale con la cabeza rota, alcanza á otros dos en el pecho, y hiere á otro en los riñones, asomando la punta de la lanza por el opuesto lado. La lanza de oro derriba ó hiere á todos los que toca, cual si fuera el rayo. Dispérsanse todos; unos buscan asilo en el pueblo, otros en la fortaleza, y varios se refugian en las iglesias y en las casas. La plaza está vacía y solo quedan en ella los muertos.

Marisa, amarrando fuertemente al tirano con los brazos á la espada, le abandona á merced de la anciana que iba á ser su víctima. Quieren los vencedores incendiar y destruir el pueblo; perdouaron, sin embargo, á los habitantes, que se arrojaban de su error, y renunciaron gozosos á las leyes implas de Marganor. A no haber temido las amenazas de los

paladines, hubieran hecho gustosos lo que les inspiraba el odio implacable que profesaban al tirano. Le obedecían porque hay muchas personas en el mundo que tienen que someterse á los que mas detestan y aborrecen. Mantenedos en una desconfianza perpétua unos de otros, no se atrevían á comunicarse sus pensamientos secretos: unos perdían la vida, otros eran desterrados; perdía este sus bienes, aquel su honra, y todos callaban. Pero las quejas que salen del fondo del corazón, se elevan al cielo y excitan la venganza de los santos y del Omnipotente, y cuanto mas lenta sea para herir la venganza divina, tanto mas terribles son sus golpes. Ebrío el pueblo de furor y odio, llena al tirano de injurias y ultrajes. Nuevo ejemplo de la verdad del proverbio que dice: «Del árbol caído todo el mundo corta leña.» Sirvan de saludable aviso para los poderosos la caída y fin de Marganor. Círcos y grandes, regocijense todos de su desgracia; aquellos cuyas esposas, madres, hijos ó hermanas hicieron perecer, corren á él para destruirle. Rugiero y las valientes guerreras le arrancan con sumo trabajo de manos del populacho irracional, para imponerle un suplicio mas lento y cruel. Marganor, desnudo y cargado de fuertes ligaduras, es entregado á la anciana criada de Drusila, que le profesa un odio propio de mujer. Desgárrale todo el cuerpo con un punzon agudo; la embajadora de Islandia y sus compañeras, recordando la injuria terrible que recibieran, se precipitan sobre él con igual encarnizamiento; le arrojan piedras, le destrozan con las uñas, clavan agujas en su carne, y llegan hasta el extremo de morderle. ¡Venganza harto débil aun para sus deseos! El torreonete hiecho por las lluvias ó por las nieves que se derriten repentinamente, se precipita de las montañas, arrastrando en su impetuoso curso los árboles, las casas y los peñascos; pero al fin se debilita la fuerza de sus aguas, y bien pronto pueden atravesarle las mujeres y los niños: así aquel tirano feroz, cuyo solo nombre inspiraba terror, abatido y cargado de cadenas, pierde toda su fuerza; los niños se atreven á arrancarle las barbas y los cabellos. El paladín y sus compañeras suben á la roca y ponen en su obstáculo alguno en la fortaleza. Se apoderan de una parte de los tesoros de Marganor, y ceden el resto á Ulausa y sus compañeras de infortunio. Allí están el broquel de oro y los tres reyes, que desde su derrota por Bradamanta, seguían á pie y desarmados á la embajadora. No sé si sería una desgracia ó una felicidad para Ulausa el llevar compañeros desarmados; si hubieran obtenido la victoria habría sido para ellos una ventaja; pero su derrota hubiera causado su pérdida fatalmente, habiendo sido temolada, así como todas las damas de su comitiva, en la tumba de los dos hijos del tirano. Mas vale aún duda preferir á la muerte el disgusto de enseñar, en fuerza de una violencia indigna lo que exige el pudor que se oculte cuidadosamente á las miradas de todos.

Marisa, Rugiero y Bradamanta oxijen á los habitantes el juramento de dejar á sus mujeres una autoridad sin límites, y cederles todas las prerrogativas reservadas hasta entonces á los hombres. Prometen asimismo no recibir viejo ni caballero alguno, sin exigirle previamente el juramento, hecho sobre las santas reliquias, de ser fiel defensor de las damas y hostil á todos sus enemigos. Los que tenían esposas ó que habían de contraer matrimonio mas tarde, juraron que obedecerían ciegamente á sus mas milindos deseos. Marisa les anunció que volvería antes del fin del año, y les amenazó con saquear y quemar el pueblo si olvidaban sus juramentos. Sacaron el cadáver de Drusila de la cloaca inundada á que fue arrojado, y lo depositaron con el de su esposa, en un rico sepulcro. La anciana no dejó de hacer heridas dolorosas en las espaldas de Marganor, sintiendo no poderle hacer sufrir tormentos mas crueles.

En las paredes del templo en que se hallaba inscrita aquella ley cruel é incesante, suspendieron las guerreras las armas del tirano en forma de trofeo, y Marlisa hizo grabar en ella la nueva ley que acababa de proclamar. Después de haber consagrado á estos diversos cuidados el tiempo necesario, se separaron las dos guerreras y Rugiero de la embajadora de Islandia y sus compañeros, que se hacían preparar otros trajes para presentarse en la corte del emperador Cários.

Margonar había quedado bajo la custodia de Ulania. Con el objeto de privarle en lo sucesivo todo medio de escaparse y ultrajar á las damas, le precipitaron desde lo alto de una torre. Este fue el mejor salto que dió en toda su vida. Pero cesemos de hablar de las islandesas, y volvamos á los viajeros ilustres que siguen el camino de Ariés. Caminan todo aquel día, y el siguiente hasta la tercera hora; entonces ven que el camino se divide en dos ramales: uno conduce al campo de los franceses, el otro va á la ciudad de Arles, y los dos amantes se ven obligados á separarse, reanuvando sus caricias y despedidas. Rugiero entra en la ciudad, las dos guerreras se dirigen al campo de Carlomagno, y yo termino este canto.

### CANTO XXXVIII.

ARGUMENTO.—Bradamante y Marlisa son bien recibidos en la corte de Carlomagno.—Refiere Marlisa su historia.—El arcebispo Turpino le bautiza.—Hija Astolfo del cirujano de la luna.—Necespe le acompaña á la conquista de Ruerta.—Astolfo encuentra piedras su cobardes.—Ya va mensajero á Ariés.—Consejo de guerra de los sarracenos.—Alegria de Agramante.—Respuesta de Marlisa.—Tropiezo de terminar la guerra con un combate singular.—Eligen los sarracenos á Rugiero, y los cristianos á Reynaldo.—Consuela Melisa á Bradamante.—Desempeño de la ceremonia del juramento.—Principio del combate.

VOSTROS, amables damas, que prestais bondadosa atención á mis cantos, leo ya en vuestros agradecidos rostros la pena que os causa la separación de los dos amantes; tomad parte en el dolor de Bradamante, y acusad todas á Rugiero por olvidar los derechos del amor. Indudablemente le habria yo censurado si hubiera abandonado á su amada contra la voluntad de ella, y sacrificándola al deseo de las riquezas. El oro y la plata de los Cresos y los Crasos no deben seducir á un corazón verdaderamente enamorado; pero se trobaba del honor, y nuestro héroe tan solo merece alegrias en lugar de la censura y la vergüenza. Bradamante no podía oponerse á su partida sin probar que le tenía muy poco cariño ó que carecía de discernimiento. La mujer amante, digna de este nombre, aquella en cuyo corazón no han penetrado solo superficialmente las flechas del amor, debe estimar la vida del hombre á quien ama mas que á su propia existencia, y á la felicidad de verle á su lado debe preferir su honor, puesto que es este mas precioso que la vida. Rugiero había jurado salvar á su soberano, y no podía desertar de sus banderas sin grave castigo. Ageno Agramante al crimen de Almoate, se había esforzado en repararle colmando de favores á Rugiero. Así, pues, cuando este cumplía un deber sagrado, probaba Bradamante su discreción, no procurando detenerle á su lado con ruegos ni lágrimas. Mas tarde pudo volver á verle, mientras que no basta el transcurso de los siglos para borrar una mancha del terso y delicado cristal del honor.

Mientras se unia el paladín, bajo los muros de Ariés, á los restos del ejército de Agramante, Bradamante y Marlisa, que casi unidas ya por vinculos de parentesco, habían concebido una par otra la mas tierna amistad, llegaron al lado de Carlomagno, que concentraba todas sus tropas con la esperanza de terminar, en una sola batalla ó un asalto general, aquella guerra tan cruel y prolongada. La hija de Almon fue conocida al instante, y acogida con gritos

de júbilo; estrechábanse los soldados en derredor suyo para tributarla un justo homenaje, y ella se mostraba placentera y amable con todos. Informados de su regreso Reynaldo, Ricardo, Ricardet y sus demas hermanas, fueron á felicitarla y expresarle su alegría. Cuando se divulgó el nombre de su compañera, de aquella Marlisa que desde las estremidades de la India hasta las fronteras de España había conseguido tantos triunfos, todos los guerreros, desde el mas poderoso hasta el mas ínfimo, salieron de las tiendas de campaña, y se situaron en tropel al paso de las dos guerreras hermanas. Alver Marlisa á Cários dobló una rodilla en tierra (por primera vez en su vida según dice Turpino). El hijo de Pepino la pareció tan solo digno de tal homenaje, á la que había visto de cerca á tantos monarcas cristianos y sarracenos. Recibióla Carlomagno con honrosas distinciones, salió á su encuentro y la hizo sentar á su lado, en sitio mas elevado que los príncipes y magnates de su corte. Ordenóse á la multitud que se retirara, y en presencia de lo mas selecto de los gefes, paladines y nobles, habló Marlisa de esta suerte: «Muy alto, muy glorioso y poderosísimo emperador, tú, cuya justicia y sabiduría hacen venerar el estandarte de la Cruz desde los mares de la India hasta el estrecho de Tirinto, y desde los montes nevados de la Escitia hasta las costas de la Etiopia, vengo atraída por el rumor de tu fama ilustre del corazón de las comarcas mas remotas del universo. Confesaré, no obstante, que secreta envidia armó mi brazo: no queria que el imperio del mundo estuviera en manos de un príncipe, cuya creencia era opuesta á la mia, y desentenejé esta espada, que mas de una vez se ha bañado en sangre cristiana. Quizás fuera aun tu enemiga mas cruel, á no ser por la revelación repentina que me hace someterme á tu ley. En el momento en que se preparaban nuevas luchas, supe (mas tarde te diré cómo) que yo era hija de Rugiero de Risa, asesinado cobardemente por su pérfido hermano. Mi madre, llegando al último extremo del infortunio y la miseria, me echó al mundo en lejanas costas; fui criada y educada por un encantador, y arrebatada á sus cuidados por un horda de árabes, cuando apenas tenía siete años; vendíendome entonces á un rey de Persia, á quien inmolé despues de haber exterminado á todos sus parientes y secaces. Así conseguí ser dueña de siete reinos á la edad de diez y ocho años y dos meses. Entonces fue cuando importunada por el ruido de tu gloria, quise debilitar su brillo: ignoro lo que habria sucedido. Instruida del secreto de mi nacimiento, yo experimento ya aquel deseo ni aquel odio. Mi padre, unido á ti por vinculos de la sangre, fue uno de tus mejores soldados; quiero, cual él lo hizo, servirte con celo, y hacer recar mi cólera sobre Agramante y los suyos, responsables todos para conmigo de la muerte de mis padres.» Añadió que queria abrazar la religion cristiana, inmolat al rey de Africa, y regresar á Oriente, su pueblo, á la verdadera fe, empleando el resto de su vida en combatir y subyugar á las naciones sometidas al culto de Mahoma y Tervagents.

Carlomagno, cuya elocuencia igualaba á su valentia y subiduria, elogió el valor de Rugiero y de los héroes de su raza. Con toso bondadoso y sincero aprobó la resolución de Marlisa, y declaró que la trataría, no solo como á una pariente, sino como á su propia hija. Al decir estas palabras, se levanta, la estrecha de nuevo entre sus brazos, y la da un beso en la frente en señal de adopción. Todos los paladines de las casas de Montgraine y de Clermont la dirigen felicitaciones. Reynaldo, que ya mas de una vez ha sido testigo de sus proezas en el sitio de Albrague, la prodiga mil cuidados que fuera prolijo enumerar aquí; así como seria superfluo describir los transportes de alegría de Grifon y Sansonet, compañeros su-

yos en la isla Cruil. Ricardel, Maugis y Viviano ven de nuevo con placer á la intrépida libertadora de los hijos de Benes, á quieees el pñrido Bertolas de Maguocia queria comprar á los españoles. Cários dispuso por sí mismo para el día siguiente, los preñrativos de la ceremonia de su bautismo. Liámase á los obispos y doctores sñbios de todas partes para iniciar á la eodita en los misterios de la fé. El arzobispo Turpino, revestido de pontifical, derrama sobre la frente de Marfisa el agua salúdable, y Cários la sostiene en la pila bautismal. Pero tiempo es ya do llenar la cabeza vacía del valiente Orlando, baciéndole aspirar el contenido del frasco que el duque Astolfo, mojado en el carro de Elias, le trae de lo alto de los cielos.

Al bajar Astolfo de la luna, llega á la montaña mas elevada de la tierra, coe el precioso medicamento en su poder. Iedícale el apóstol una yerba no menos maravillosa, encargándole frote con ella los párpados del rey Senapes. Agradecido el rey Senapes á este nuevo beneficio, le dará un ejército para apoderarse de Biserta. Juan le enseña el medio de disciplinar estas tropas sin experiencia, y de atravesar sin peligro los estensos desiertos de arena tan funestos para los viajeros. Despues de haberle dado todas estas instrucciones, le dice que vuelva á montar en el caballo alado. Despidese el paladín del santo, y chuedo en aquellas regiones bienaventuradas; sigue las orillas del Nilo, descubre la Nubia, y se reúne coe Senapes en su capital. Estremado fue el júbilo del rey cuando supo el regreso del vencedor de las larpas; pero cuando Astolfo levantó el velo que oscurcía su vista, se echó á sus pies odoroloso como á ue Dios. Puso á su disposición diez mil hombres mas de los que le pedia, y ofreció mandarlos en persona. Su ejército, formado exclusivamente de infantería, estaba abundantemente provisto de camellos y elefantes, y llenaban la llanura estensa. Durante la noche que precedió á la marcha de aquel ejército, montó Astolfo en el hipógri, y dirigió su vuelo hácia el mediodía, por el lado de la montaña en que se halla la caverna de donde se escapa el viento austral para soplar entre las dos Oasas. Advertido el duque ingles por Sae Juan, se ha provisto de un odre sólido. Mientras el mar abroge violeto, descaeta en su sñtro, aproximase Astolfo coe cautela á la abertura de la cueva, y dispone de tal modo su odre que al día siguiente, el lavarse impetuosamente por el agujero, queda cautivo en él. Satisfecho con su conquista, regresa el paladín á la Nubia, y parte al momento coe su ejército, al que sigue numerosos convoyes. Diríjese al Atlasan temer los mares de arena y los vientos del desierto. Cuando atravesó los montes y descubrió la llanura y la costa, formó sus mejores tropas al pie de una colina, y esplora su cumbre con el aire de uu hombre preocupado por vastas ideas. Cayendo de rodillas, pronuncia una oracion, y lleno de coefianza en la protección divina, arroja una multitud de guijarros á la llanura. ¡Oh milagro sorprendente debido á la fé! al rodar aquellos guijarros por los costados de la montaña, se coierten en piernas, cuellos, cabezas y cuerpos: apenas llegan á la llanura cuando se oyen relinchos, y se ve dar saltos y brinco á multitud de corceles de todos colores. Los guerreros ocultos en el valle se adelantan, y presto se encuentran todos bien montados y equipados, pues cada caballo tieee silla y brida. De este modo, ochenta mil ciento dos infantes son convertidos en un momento en otros tantos gñates. Recorre Astolfo el África, quemando y saqueando todo á su paso, y reduciendo á los habitantes al cautiverio. El rey Braucardo, auxiliado por los reyes de Fes y de los Aligeeros debia proteger los estados de Agramante, y quiso detener al paladín. Le despachó al rey de África un mensajero embarcado en un buque figero, para informarle de la invasión de los nu-

blos. Caminó este eeviado noche y día, y no lejos de las costas de Provenza, halló al ejército de los sarracenos cercado en Ariés por Carlomagno, que estaba acampado á esa milla de distancia.

Entoeces conoció Agramante que habia dejado espuestos sus súbditos á grandes peligros en el momento en que creia hacer estrensas conquistas. Reñese á los reyes y príncipes sarracenos en un coeño general. Despues de dirigir varias veces la vista á Marsilio y Sobrino, que son los reyes de mas edad, y mayor prudencia, habia el monarca de este modo: «Sin cual fuere la vergüenza que pesa el gñe que se ve obligado:» No lo pensé, «invocaré sin rodeos esa disculpa de todo hombre que se ve domado por el destino inevitable. Dejé á África indefensa, pero me era imposible sponer que los nubios, separadas de vosotros por los desiertos de movediza arena, fueran á atacar nuestros estados coe un ejército inmenso. ¡Solo Dios puede prever el porvenir! Aquella naciou enemiga ha puesto sitio á Biserta, despues de haber saqueado nuestras provincias. Os pregunto ahora qué convendrá hacer. ¿Será preciso retroceder ó proseguir esta empresa, cuyo deico objeto es apoderarnos de Cários? ¿Podemos conservar nuestras coronas y destruir la de Fracia? Si alguno de vosotros lo cree así, que hable y me sometere á su dictámen.»

Al decir Agramante estas palabras mira á Marsilio, como para escitörle á hablar. Dobia la rodilla el gñe, inclina la cabeza en señal de respeto, se vuelve á sentar en el troco, y habla de la manera siguiente: «Exajera y aumenta la fama todos los rumores, ya sean buenos ó malos, por lo cual no coeoced eunca á las pimeras noticias la coefianza suficiente para redoblar mi audacia ó entregarme á la desesperacion. Estoy siempre en guardia contra las noticias halagüenas; tengo aun esperanza cuando me anuncian las cosas mas alarmantes, y supongo que existe exajeracion en todas las relaciones que repiten mil bocas. ¿Podré creer hoy desde luego lo que es inverosímil? ¿Se puede suponer acaso que un ejército numeroso haya atravesado aquellas llanuras de arena, sepulcro de los soldados de Cambises, y eso para invadir las llanuras del África bellicosas? Sin duda algunas bordas de árabes bajados de las montañas labrán cometido muertes aisladas, libertando cautivos y destruyendo nuestros pacíficos campos. Aterrado Braucardo, habrá visto mil enemigos en cada partida de diez bandidos: este es el único modo de disculpar su impeticia. ¿Habrá caído del cielo ese ejército de eubios, ó labrán protegido su marcha espesas nubes? Lo concedo; pero semejantes enemigos no son temibles para un pueblo intrépido. ¡Recarga el baldon en tus capitanes si lleen ante hordas debiles y cobardes! Algunos huques y la vista de tus banderas bastarán para dispersar á los que tu lejaela ha convertido en temerarios; pero aprovecha el momento propicio para vengarte. El conde, que es el solo que podía resistirle, ha desaparecido. Hasta aquí te he conducido la fortuna por la mano: te volverá la espalda si te descuidas coe recoger las palmas de la victoria. ¡Desde entonces solo habrá para nosotros vergüenza y desgracia!» Esfuérzase tambien el español para hacer prevalecer el dictámen de coñtinuar la lucha con el invencible emperador. Pero Sobrino adivina el pensamiento de Marsilio, que habia en favor de un interese personal y no en el de sus aliados. El rey de Parfe dirije el siguiente discurso al monarca africano: «En otro tiempo te aconsejé que no rompieras la paz, y ¡ojá! hubiera jurado mal los acontecimientos! Por qué coe creiste á tu fili Sobrino, en vez de escuchar al soberbio Rodomonto, y á Martarino, Marbalusta ó Alzirio? ¿Dónde están todos aquellos valientes que habiau de romper el trono de Carlomagno cual si fuera de quebradizo vidrio? Decia

Rodomoito que con lanza ó espada en mano guiarán tus batallones hasta la azalada bóveda ó hasta lo profundo de los infiernos. Ahora, lejos de venir á defenderte, permanece en un reposo cobarde y despreciable. Yo, de cuyo valor el rey de Sarsé, me hallo a su lado; permaneceré aquí, aunque agobiado por el peso de los años, y pelearé mientras tenga un soplo de vida. Todos esos guerreros tan jactanciosos y prólogos de palabras, no pueden licerme dudar de mi celo: ninguno de ellos osará decir que ha prestado mas, ni aun tantos servicios como yo. Hablo así para que no se atribuya el nuevo consejo que voy á dar á una peridia indigna; cedo á la voz de la amistad y me anima tan solo sincera adhesión. Créeme, Agramante, vuélvete sin demora á los estados de tu padre. Serías un insensato si pensaras en hacer conquistas en el momento en que te arrebatan tus propios dominios. ¿Cuál ha sido el resultado de nuestra empresa hasta ahora? Treinta y dos reyes agrupados en derredor de tus banderas, abandonaron contigo las africanas costas. De estos, apenas han sobrevivido diez, y los demás han sucumbido. ¿Quiera el Dios Todopoderoso conservar estos tristes restos! Si continuas la guerra, no te quedará pronto ni la cuarta, ni la quinta parte de tu ejército, y será destruido tu pueblo! Te demuestran como un homificio la ausencia de Orlando: eso esplica, con efecto, la razón de que no esté aun completamente destruido tu ejército. Si se hallara Orlando entre nuestros enemigos, habríamos perecido ya todos; mas no impedirá ese retraso que se cumpla nuestro destino. ¿No es acaso tan terrible el señor de Montauban como Orlando? ¿No tenemos que pelear con todos sus hermanos y parientes, y con una multitud de caballeros, que son terror de nuestros soldados? Con tanto sentimiento me veo obligado á ensayar á nuestros adversarios! Pero Bradimarte, cuya pujanza he tenido ocasión de experimentar, es tan valiente como el cuide. ¿Ilumino obtenido alguna ventaja desde la desaparición de Orlando? Por el contrario ¡parecen haberse acrecentado nuestras pérdidas! Si hemos sufrido mucho, puede traerlos el porvenir mayores males todavía. Mandricardo no existe, Gradasse no ha dejado, y Marisio nos abandona en el momento del peligro. El mismo rey de Argel, cuyo brazo podiera sustituir á los de Gradasse y Mandricardo, se retira y nos prueba que no es tan leal como valiente. Para colmo de desgracias, en medio de tantos desastres, después de la muerte de millares de soldados, cuando nuestras provincias nos han enviado ya todos sus guerreros, un tenemos reserva de tropas ni bagajes, y vemos co-cerarse bajo las banderas de Cários á cuatro caballe-ros uo menos terribles que Orlando y Reynaldo. ¡Conoció á Sansonot, Guido-el-Silvaje y los dos hijos de Oliverot! Son mas temibles que todos los auxiliares enviados á Cários por las provincias de Alemania. La llegada de este socorro hace que sea mas dudoso nuestro triunfo, y preveo con profundo dolor, que en el primer ataque será puesto en fuga nuestro ejército. Si los españoles y africanos cedieron la victoria cuando eran ocho contra uno ¿qué harán cuando, unidos los alemanes, italianos, ingleses y escocés á los franceses, sean seis contra cada sarraceno? Comprendo que no sería justo ni honoroso abandonar á Marisio ¡pero no se puede acaso entablar conferen-cias con Cários? Si te avergüenzas de pedir la paz, tú que has sufrido los primeros ultrajes, te queda un remedio de apelar á las armas y hacer que sea mas igual la lucha. Contra á uno de tus caballeros, á Rugiero, el cuidado de concluir la contienda en un combate contra uno de los paladines de Cários. Ya sabe que puede hacer frente á Orlando y á Reynaldo, mientras que en una batalla general sucumbiera bajo los esfuerzos reunidos de esos dos adversa-rios. Si cedes á esta opinión, manda á decir á Cários

que para ahorrar sangre y poner término á inútiles matanzas, propones un combate entre el mas valiente de sus caballeros y el mas valeroso de los tuyos. A estos dos campeones confiaré la decisión de las even-tualidades de la guerra; el vencido ocasionará que su rey sea tributario del soberano de su vencedor. Aceptará Cários gozoso un arreglo que ha de asegurar la tranquilidad de sus vasallos. La fuerza de Rugiero y lo justicia de nuestra causa melicen creer que triun-fará aunque se presente el mismo dios Marte á pelear con él. » Este discurso y otras razones no menos po-derosas que espone Sobrisio, hacen que se adopte su consejo. Envíasele heraldos al emperador; este mon-arca que so ve rodeado de lo mas selecto de los guer-reros, acepta el reto y elige á Reynaldo, como el paladin mas digno de sustituir á Orlando. Los dos ejércitos cansados de una guerra tan prolongada, acogui con júbilo y alegría esa noticia. Todos desean la paz, maldiciendo en secreto los odios furiosos que han causado tantos peleas y hecho derramar tanto sangre. Gozoso Reynaldo por la preferencia con que le han honrado, se dispone para el combate, y se jacta de triunfar del vencedor de Mandricardo. El amante de Bradimante, aunque envanecido por el honor de haber sido elegido, oculta en el fondo de su corazón mortal tristeza. No es el temor el que le agita, pues no retrocedería ante Orlando y Reynaldo reunidos; pero piensa con dolor en que su adversario es hermano de la mujer á quien ama, de aquella que le dirije cada día nuevas reconcencciones, y que le privará de su amor cuando vea aquel combate odio-so! ¿Podrá aplacar nunca su odio? Mientras que el héroe se ve obligado con harta pena suya á sostener una lucha odiosa, Bradimante llora y solloza; se gol-pea el seno, arráncase los cabellos, acusa al destino de crueldad y envia y techa de pérdida á Rugiero. El resultado del combate no puede dejar de ser funesto para ella. Si sucumbe Rugiero ¡oh! ¿qué idea tan terrible! Si quiere el Dios de los cristianos que la Francia sea vencida y castigada, no solo pierde la jó-ven á su hermano, sino que para colmo de desven-tura, se verá separada de Rugiero, porque la censura pública y la indignación de sus parientes impedirán que piense en una alianza imposible ya. ¡Desenloce fueusto de los dulces sueños de sus noches, y de los pensamientos constantes de sus tristes días! Mas ¿cómo romper los lazos de amor que la unen á Ru-giero? La música Meliso, protectora fiel de la guerrera, se enternece al oír sus lamentos y sollozos. Muéstrase á Bradimante y la promete interrumpir el combate que causa sus penas y gemidos.

Reynaldo y Rugiero han concluido ya de hacer sus preparativos. Se ha concedido la elección de armas al campeón de Cários, y Reynaldo, que ha jurado no montar otro caballo que Bayardo, elige el combate á pie. Sus armas, odemas de lo armadura completa, han de ser el hacha y el puñal. Ya fuera efecto de la casualidad, ó que avisado por Murguía recordara que Belisarda rompía toda clase de armaduras, declaró que no se haría uso de la espada. Se preparó el palen-que en una llanura estensa, al pie de las antiguas mu-rallas de Arlés.

Apenas se desprendía la vigilante Aurora de los brazos de Titon para anunciar la llegada del día y dar la señal de la pelea, cuando los heraldos de entram-bos campos prepararon pabellones á los dos extremos del palenque. Pronto se vió aparecer á los africanos. Cubierto Agramante de armas magníficas, marchaba á la cabeza de sus tropas, rodeado con toda la pompa y bulto que se estilió en el Oriente. Adelantase tam-bien Rugiero montado en un caballo bayo de negra crin, que tiene una estrella blanca en la frente y dos señales del mismo color en las dos patas traseras. Marisio ha querido servirle de escudero; el orgulloso monarca llevaba el famoso casco, inmortalizado ya

por otros versos, y que mil años antes había pertenecido al Troyano Héctor: Mandricardo le perdió en su terrible desafío. Otros príncipes y magnates de la corte llevaban las demás piezas de aquella armadura, recamada de oro y pedrería.

Cárlos, seguido de sus tropas formadas en el mis-

mo orden, sale de sus strincheramientos; rodándole sus ilustres pares. A su lado marcha Reynaldo. Está completamente armado, y solo le falta el famoso yelmo de Mambrino que ha dejado en manos de Ojier-el-Danes. Llevan las dos hachas de armas, una el duque Naymes, y la otra Salomen, rey de Bretaña. Pru-



El amante de Bradamante pensando en ella.

se hallan formados en batalla ambos ejércitos, uno enfrente de otro; quédales en medio á los campeones estenso espacio: cualquiera que se atreviera á entrar en él, no siendo los dos campeones, sería castigado con la pena de muerte. Después de conceder la segunda elección de armas al campeón del pueblo sarraceno, se adelantan dos sacerdotes de ambas religiones: uno de ellos acompaña á Cárlos, llevando en la mano los Santos Evangelios, el otro precede al rey de Africa y lleva el Alcorán. Aproximase el emperador al altar que han erigido los de su bando, alza las manos al cielo, y exclama: «¡Dios todopoderoso, que quisistes morir por la remisión de nuestros pecados, y tú, Virgen bienaventurada cuyas castas entrañas sirvieron de asilo al Redentor, recibid mis juramentos: prometo aquí en tus aras que al sucumbe mi campeón en la pelea, yo y mis ancestros pagaremos al rey de Africa ó á sus descendientes, el tributo de una cantidad de oro cuyo peso sea igual al de la carga de veinte mulas. Desde este momento empezará una tregua, á la que seguirá bien pronto una paz eterna. ¡Recaiga sobre mi vuestra terrible cólera si fulto á mi juramento! ¡Libres mi pueblo de vuestro castigo, y alcance tan solo á mí y á los de mi raza! ¡Sea mi pena un ejemplo provechoso de los tormentos que están reservados á los perjuros! » Esto dijo teuiénolo su mano derecha puesta sobre el libro sagrado, y sus ojos alzados al cielo. Aproximase entonces Agramante al altar que le han preparado los sarracenos; jura regresar al Africa con su ejército, pagar igual tributo á Cárlos si es vencido Rugiero, y estipular la paz con las condiciones enunciadas por el emperador. Invoca en alta voz á Mahoma, y tiene puesta la mano sobre el Alcorán, que está sostenido por uno de sus sacerdotes. En cuanto concluyen ambos mouarcas de pro-

nunciar sus juramentos, se adelantan los campeones. Declara Rugiero que si es interrumpido el combate por órden de su soberano, abandonará su causa para unirse á la del emperador. Reynaldo juró que en el caso de que Carlomagno opusiera algun obstáculo al término del combate, se uniría al ejército de Agramante.

Terminadas todas estas ceremonias, se manda retirar á cuantos hay en el palenque, y el sonido retumbante de los clarines da la señal á los intrépidos hijos de Marie. Adelántanse ambos con paso lento y mesurado; se aproximan uno á otro, se unen, y se oye resonar á lo lejos el ruido de las armas. Se pegan encariquidamente en la cabeza y en las piernas, con los filos ó con los mangos de sus bacías; no se puede describir la destreza increíble y la rapidez de sus golpes. Rugiero, que ve en su adversario al hermano de su amada, parece tan solo defenderse, y hubiérase creído fácilmente inferior á Reynaldo. ¡Cuán grande es su incertidumbre! No quiere perder la vida y no puede resolverse á inmolár á Reynaldo. Pero imagínalo que en tiempo ya de suspender mi relación; la concluiré en el capítulo siguiente, y podreis venir á oírlos si os agrada escucharla.

#### CANTO XXXIX.

Accusanto.—Comienza el combate.—Malas toma la forma de Rodomonte.—Agramante alca á los cristianos.—Combate general.—Derrota de los sarracenos.—Victorioso Astolfo, se dirige á Borsía.—Transforma muchas hojas de árboles en hachas.—Duelen libres á Brandimarte y San-avi.—Astolfo encuentra á Orlando en la orilla del mar.—Fico-de-Las encuentra á Brandimarte.—Astolfo cura á Orlando.—Badaa se marcha con la Bica.—Suces de Borsía.—Agramante encuentra á Duclon.—Comienza el asalto.—Incendio de los hachos.

No, ¡nunca pudo existir pena mas cruel ni dolor mas amargo que los de Rugiero! El resultado de

combate tiene que ser funesto para él de todas suertes! Vencido, perecerá; y si vence ¿cómo podrá soportar el odio de su omra? Si sucumbe Reynaldo, aquel odio fatal, mas terrible que la misma muerte, será en lo sucesivo implacable. El hijo de Almon, a pesar de la estimación que profesa á Rugiero, no experimenta los mismos temores, y no descuida nada alguno para tratar de herir á su adversario. Da con su hacha golpes terribles tan pronto en los brazos como en la cabeza de Rugiero, que se libra de ellos echándose á un lado ó á otro. No tardan en observar los sarracenos que es desigual el combate y que Reynaldo acosa sin cesar á su enemigo que se defiende mal. Tiembla entonces Agramante, y acusa en su mente á Sobrino por haberle inspirado resolución tan fatal.

Entonces es cuando Melisa, versada en todos los misterios del arte de los encantadores, deja su figura habitual y toma la del rey de Argel. Tiene el mismo porte audaz y altanera mirada de Rodomonte; su pecho está cubierto con la piel escamosa del dragon y lleva el oscuro y espada del sarraceno. Montada en un espíritu infernal que ha tomado la forma de un caballo se dirige hacia Agramante y esclama con irritado acento: «¿Por qué has juzgado oportuno oponer á ese franco tan temible un adversario joven é inesperado, en una ocasión en que se trata del honor del África y de la suerte de su imperio? ¡Interrumpe ese combate cuyo resultado ha de ser fatal para ti. Si temes violar tu juramento y el convenio estipulado, piensa en que está á tu lado Rodomonte! Con semejante gefe, cada uno de tus soldados inmolará cien enemigos.» Estas palabras inspiran al hijo de Troján una resolución repentina; sin calcular las consecuencias de su acción, se adelanta hacia el palanque, confiando en que el apoyo del rey de Sarsa le dará la fuerza suficiente para romper los tratados. Tal auxiliar vale mas que otros mil guerreros. Entranse todas las lanzas, y los acicates excitan el ardor de los corceles. Melisa desaparece en cuanto ve empeñada la batalla.

Interrumpen al instante el combate ambos campeones: aquel ataque es la violación de la fe jurada, pero quieren saber quién es el culpable, si Cárlos ó Agramante: recuerdan el juramento que han hecho de declararse enemigos del perjurio. Ya llegan á las manos entrambos ejércitos; unos atacan, otros retroceden: distínguese el valiente del cobarde. El lebril fogoso que ve pasar lo fugitiva caza, mientras el cazador le impide que siga á la trailla, se agita, rechina los dientes y procura furioso saltarse: lo propio les pasa á Bradamanta y Marisa, á quienes solo detiene aun el respeto á los tratados. Al ver al ejército de Agramante formado en la llanura, lanzan suspiros de rabia. Apenas se halla empeñada la batalla, precipitanse al medio da las filas africanas. La lanza de Marisa traspasa al primero que encuentra y sale por la espalda mas de dos brazas; luego, con su espada, rompe en un momento cuatro yelmos, cual si hubieran sido de vidrio. Muestra Bradamanta digna emuladora; si la lanza de oro u mata, en cambio tira del caballo á cuantos toca; no da la muerte, pero derriba diez veces mas guerreros. Los dos heroínas no se separan, y presencian sus lizas respectivas, mas pronto se van, cada una por su lado, entregándose por entero á su ardiente furia. ¿Quién podría decir el número de guerreros que derriba la lanza de oro? ¿Quién fuera capaz de contar todos las cabezas partidas ó cortadas por la espada de Marisa? Cuando el tibio soplo de los vientos restituye su verdor á las cumbres de los Apeulinos, se ven bajar dos torrentes hacia la llanura y seguir un curso muy diferente, arrancando rocas y copando árboles; pronto arrastran en el fango las mieses destruidas, y parecen competir ambos en rabia y furor: así las guerreras, una

con su lanza, con su espada en otra, lucen una matanza horrible de los soldados de Agramante, que apenas puede contener á sus batallones aterrorizados. En vano husca y llama á Rodomonte: ¿no fue acento el rey de Sarsa quien le aconsejó que violara la fe jurada solemnemente en las aras del Señor? ¿Sería una traición? No ve ya á su lado al sábio Sobrino, quien queriendo permanecer extraño al perjurio y á su horroroso castigo, se ha retirado á la ciudad. Iguaes sentimientos determinan á Marsin á seguir el ejemplo del rey de Garbe. No puede resistir Agramante á las valientes tropas de Cárlos, á los italianos, ingleses y alemanes, entre los cuales hay mezclados varios paladines, cual piedras preciosas engastadas en oro. Allí se encuentran tambien algunos caballeros que no tienen rivales en valor, como son Guido, los intrépidos hijos de Oliverio, y las guerreras, cuyas hazañas fuera superfluo recordar aquí, y que mostraron un número considerable de sarracenos. Pero mas tarde concluyó esta narración; atravesaré los mares sin bojel para hablar del jóven Astolfo, á quien los paladines franceses no han podido hacerme olvidar. Ya he dicho todas las mercedes que recibió del apóstol, y la resistencia que á sus esfuerzos opusieron Brucaudo y el rey de los algeceros. Sus tropas reunidas con la mayor precipitación, se componían tan solo de niños y ancianos sacados de todas las provincias; el empeño de Agramante de proseguir su empresa habia dejado á los pueblos exhaustos de dinero y hombres. Poco faltó para que arrasaran tambien á las mujeres. Por lo demás, era incapaz aquel ejército de sostener la guerra; en cuanto aparecieron los nubios, buyeron los moros y se dejaron perseguir cual un rebaño de carneros, quedando el campo sembrado de cadáveres. Algunos soldados se encerraron en Biserta con su general; entre los prisioneros se hallaba el valiente Bucifir, pérdida mas sensible para Brucaudo que la destrucción de su ejército. Biserta es una ciudad estensa, que necesita hallarse protegida por fortificaciones, y solo Bucifir era capaz de dirigir estos trabajos. Busca el general un medio de cangear al prisionero, y recuerda entonces que tiene en su poder hace muchos meses al paladín Dudon. El rey de Sarsa, en el primer viaje que hizo, se apoderó cerca de Monaco del hijo valiente de egier el Danes. Brucaudo sabe que Astolfo, gefe de los nubios, es un paladín y la envia mensajeros proponiéndole el canje que debe desear vivamente. Acepta el duque gozoso, y Dudon procura probar su gratitud á su liberador conduciendo al buen éxito de su empresa. Dispone Astolfo de un ejército bastante numeroso para someter siete países tan estensos como el Africa. Deseoso de llevar á cabo la misión que le confia San Juan de sustraer la Provenza y las costas al yugo de los sarracenos, eligió á sus soldados mas vigorosos y valientes, se dirigió con ellos á la playa y arrojó á las olas una cantidad grande de hojas de laurel, de cedro, de palmera y de olivo. ¡Oh milagro divino! efectos sublimes de un poder que rara vez concede el Señor á los mortales mas favorecidos! Apenas llegan aquellas hojas al agua, cuando crecen y se desdrollan; sus fibras se convierten en maderos y barras de hierro: en fin, toman todas formas diferentes, según el árbol á que han pertenecido. Todas aquellas hojas se convierten en gúisras, urcas y bajeles, con sus remos y aparejos. La Corleja y la Córcega suministran una multitud de pilotos, marineros y patrones, muy hábiles todos en el arte de luchar con los vientos y con el mar embravecido. La expedición compuesta de unos veinte mil hombres, recibe por gefe á Dudon, gefe de igual experiencia en mar y en tierra. No aguarda ya la flota mas que un viento favorable para zarpar de las costas de Africa, cuando apareció un buque cargado con los prisioneros que Rodomonte, vencedor en el puente fatal del sepulcro de Isabel, eu-

viaba al Africa. Veíase entre ellos al cañado del conde de Angers, su fiel Brandimarte y otros varios caballeros de Italia, Alemania y Gascuña. El piloto que había de llevarlos á Argel le sido rechazado por los vientos; entra en el puerto sin desconfianza alguna, creyendo llegar á un país amigo, cual le sucede á Progneu al volver á su nido. Pero al ver el águila imperial, las lises de oro y los leopardos, tórbase el

patron del buque cual el labriego que pone el pie sobre la serpiente dormida entre la yerba, y que lleno de terror, huye del reptil henchido de rabia y de veneno. No pudiendo ya el piloto escuparse ni conservar sus cautivos, es conducido á presencia del duque y del hijo del Danés, que manifiestan su júbilo por ver á sus amigos; el patron es condenado, por precio de su viaje, á remar en las galeras de la flota del duque.



El capitán del buque africano condenado á remar en las galeras de Astolfo.

Los caballeros libertados son recibidos con sin igual placer. Hace Astolfo que les preparen un banquete espléndido, les procura armas y provee á todas sus necesidades. Difiere Dudo su salida del puerto para obtener el concurso de paladines tan estimados; recibe también de él los datos importantes y útiles sobre el estado de la Francia y el paraje mas propicio para un desembarque. Pero mientras está hablando con ellos, resuena un rumor espantoso; se da la alarma de un modo terrible, y llega el tumulto á su colmo. Apresúranse todos los paladines á cojer sus armas, montan en sus corceles y vuelan al paraje en que es mas violento el ruido. Entonces ven á un hombre que solo y completamente desnudo, hace huir á millares de soldados, derribando un hombre á cada golpe de su maza dura y pesada. Ha tendido ya en el suelo mas de cien victimas, nadie se atreve á aproximarse á él, y solo algunos arqueros le arrojan flechas. Mientras los paladines consideran con sorpresa los golpes maravillosos de aquel furioso, ven á una dama joven y bella, vestida de negro, que corre á precipitarse en los brazos de Brandimarte: es la fiel y constante Flor-de-Lis. Medio loca de dolor después de haber perdido á su amante en el puente peligroso, ha atravesado los mares para buscarle en Argel entre los demás cautivos. Se embarcó en Marsella en un bajel de un caballero anciano, adicto á la casa de Monodante, y que queria continuar en Francia las prolongadas pesquisas que habia hecho ya en todos los mares y comarcas para buscar al héroe. Conoció la joven al momento á Bardino; este anciano crió á Brandimarte en la Roca Salvaje, después de habersele sustraído niño aun al rey su padre. Informó á Bardino del objeto de su viaje, y le decide á seguirla. Al llegar á Africa les participan las lazanas de Astolfo y el sitio de Biserta, y les anuncian que quizas se halla Brandimarte con

los nubios. Al ver la joven á su amante, experimenta tanta mayor alegría cuanto que su amor se ha acrecentado en fuerza de su mismo dolor. No es menor el júbilo del hijo de Monodante al volver á hallar á la mujer á quien ama mas que á todo en el mundo y que es la imagen misma de la constancia; la prodiga las mas dulces caricias, y se suceden los besos de entrambos sin poder saciar mutuamente su amor. Reparamo al fin Brandimarte en Bardino, quiere abrazarle, é informarse del objeto de su viaje, pero se le impide la multitud de fugitivos. ¡El insensato va pegando palos en derreitor suyo y se abre ancho paso. «¡Ea el conde! » esclama Flor-de-Lis. Astolfo le conoce por el retrato que de él le trazara el santo, pues de lo contrario ¿quién pudiera conocer á Orlando tostado por el sol, olvidadose á sí mismo y asemejándose mas bien á una fiera que á un hombre? Conmovido Astolfo por tierna piedad, vuélvese hácia Dudo y Oliverio y les dice: «¡Hé ahí á Orlando!» Al verte en tan miserable estado se sorprenden y enternecen, y todos derraman lágrimas. «No se trata ahora de llorar, esclama el duque; pensemos en curarle.» Al decir esto, salta en tierra con todos sus compañeros que rodean á Orlando y procuran contenerle; aunque sorprendido el conde por su ataque, se defiende como un furioso. En vano Dudo, que es el que está mas próximo, se cubre la cabeza con su escudo; la espada de Oliverio amortigua la fuerza del golpe: á no ser así, el terrible palo del loco hubiera hecho pedazos el escudo, el casco, la cabeza y aun quizas la mitad del cuerpo del hijo de Ogier. Sin embargo, aun así es tan fuerte el choque que el paladin queda tendido en el suelo. Sansónet pega un tajo con su espada al palo y le arranca un pedazo enorme. Brandimarte coje á Orlando por detras y le oprime vigorosamente, mientras que el duque ingles le sujeta las piernas.

El conde forcejeando furiosamente, hace rodar á Astolfo á mas de diez pasos; y aunque no puede soltarse de los brazos de Brandimarte, da al intrépido Oliverio un puñetazo tan violento que le tira al suelo privado de sentido y ensangrentado. El paladín debe la vida tan solo al buen temple de su casco, y se pudiera creer, al verle desmayado, que habia fenecido. Astolfo y Dudon (este con la cara liliada de un golpe), se levantan y unen sus esfuerzos á los de Sansón, cuyo golpe ha sido mas certero: Dudon le sujeta tambien por detras y adelanta una pierna forcejeando, con la esperanza de dejar caer á Orlando. Los demas le cojen de los brazos y las piernas, pero, semejante al toro furioso cuyas orejas sujetas con los dientes las perros del presa, y que corre arrastrando consigo á los enemigos do quiecos no puede librarse, resiste el conde á mas numerosos adversarios. Oliverio, que ha vuelto ya en sí, busca otro medio para dominar á Orlando, y le pone en practica al momento. Coje muchas cuerdas fuertes en cuyos extremos hace lazos corredizos, y con ellos consigue atar y sujetar las piernas y brazos del conde, enlazando el resto de su cuerpo. Cada paladín agarra el extremo de una de las cuerdas, y tiran en el suelo al loco como si fuera un buey ó un caballo. Su fuerza es impotente contra este género de ataque; en cuanto cae en tierra, se arrojan todos sobre él y le atan fuertemente de pies y manos. Astolfo que cuenta con la seguridad de curarle, le carga en hombros del vigoroso Dudon, el cual le lleva hasta la playa. Allí se apresura á meterle en el agua del mar siete veces consecutivas, y le frota el cuerpo y el rostro: luego le tapa Astolfo la boca con ciertas yerbas de modo que solo pueda respirar por las narices; destapado en seguida la redina que contiene el juicio del paladín, se le coloca debajo de la nariz y le obliga á aspirar con fuerza su contenido. ¡Oh prodigio admirable! el conde recupera el racamento su perdida razon, y reconoce su inteligencia mas brillante y luminosa que nunca! Sucedele á Orlando lo que al hombre que despierta de un sueño penoso, que cree tener á sus ante su vista cosas fantásticas y espantosas, y se figura estar haciendo todavia cosas estranas y aoomolas. Permanece largo rato solo y confuso, fijo sus mirados en Brandimarte, en el hermano de Alda la Hermosa y en Astolfo, y no puede explicarse la razon de hallarse desouido y sujeto por fuertes ligaduras en una playa desconocida. Por fin, dice, cual el anciano Sileno á los que le tenían cautivo en una caverna: «Desdichado.» Sus amigos le obedecen porque su semblante y su aspecto prueba que está mas traouillo su ánimo. Le presentan un traje suntuoso, y todos se esfuerzan para hacerle olvidar su humillacion y su locura. Al recordar Orlando su razon, lleno de prudencia y fuerza, se siente ya emancipado del funesto amor que antes le subyugaba. Lu mujer cuyos gracias y perfecciones admiraba le parece ya tan solo un ser veleidoso y envidioso, y solo experimenta el deseo ardiente de reparar el perjuicio que hiciera el amor á su fama.

Participa entonses Bordino á Brandimarte la muerte de su padre, y le ofrece el trono de parte de su hermano Celestino: hallará el mismo deo y adhesión en las naciones leales y fieles que habitan el archipiélago de Oriente, el país mas rico y poblado del universo. Para determinar á Brandimarte á que acepte, le hace presente el acausio que el deber le llama á sus estados, y que es muy dulce volver á pisar el nativo suelo, y que la vida errante perderá para él todos sus encantos en cuanto haya disfrutado los dulzores del reposo. Brandimarte contesta que le promete servir á Carlomagno y pormoconer al lado de Orlando mientras dure la guerra; una vez cumplidos estos deberes, velará por sus propios intereses.

Al siguiente dia, da la vela la flota de Dudon para las costas de Provenza. Instruido Orlando de los pro-

yectos de Astolfo, no quiso aceptar el mando supremo que le ofrecia el generoso inglés. No os de cuido el que me abstenga de decirlos cómo y por qué lo hizo se dió el asalto á la ciudad de Biserta, pues no tardaré en decirlos los nombres de los que participaron con Orlando lo glorioso de aquel dia. Tiempo es ya de que os informe de la suerte que cupo al ejército sarraceno. Abandonado Agramante en lo mas fuerte del peligro, se vió privado del apoyo de Marsilio y Sobrino, que se retiraron por el pronto á la ciudad de Arles y no tardaron en embarcarse en sus bajeles con lo mas escogido de sus tropas. Despues de haber sostenido la lucha, viendo Agramante que era inútil la resistencia, huyó hacia la ciudad. Brandimarte, asustado en el llero Rabicano, le persiguió con ardor, anhelando dar muerte al que con tanta frecuencia le la privó de su querido Rugiero. No estaba menos encurruizada Marsilia, pues deseaba vengar el asesinato de su padre, y excitada su corcel por el acicate, seguía sus deseos. Pero los dos guerreros no pueden impedir la fuga del acausio que consigue entrar en la ciudad y refugiarse á sus muros. Cuel dos galgas hermosas y valientes que, saltadas á un mismo tiempo de la trahilla, regresan tristes y avergonzadas por haber perseguido inútilmente á una liebre ó á un gomo, así retroceden las dos guerreras y supiran al ver á su enemigo fuera de su alcance. Hacen caer entonces todo el peso de su cólera sobre la aterrada multitud, que cae bajo el filo de sus espadas para no volverse á levantar. Además, es tal la triste suerte de los fugitivos, que no les queda niugun asilo, pues Agramante he hecho alzar los puentes levadizos y cortar todos los que hay sobre el Ródano. ¡Los tiranos tratan á sus pueblos cual á viles rebaños! Todos perecen; y unos se ahogan en el mar, y otros en el rio, y los demas son degollados. De tantos milares de hombres apenas libran la vida unos cuantos prisioneros, y pocos de ellos pueden ofrecer rescate. Aun se ven en Arles las huellas de aquella estancia espantosa: cerca de un estanque alimentado por las aguas del rio, hay una gran cantidad de sepulcros; la mayor parte de ellos encierran esqueletos sarracenos, pues la pérdida de Carlos habia sido infinitamente menor á consecuencia de las hazañas de Marsilia y Brandimarte. Agramante se dirigió á esta mar con los navios de alto bordo de su flota, y dejó los mas lieros cerca de la costa para recoger á los dispersos de su tropa. Permaneció dos dias á la vista del puerto, detenido por los vientos contrarios ó quizás tambien por el deseo de recoger los restos de su ejército; despues dió la vela con la esperanza de desembarcar sin tropiezo alguno en la costa de Africa. Alarmado Marsilio por la suerte de su sugro, al que amenazaba espantosa borrasca, consecuencia natural de la malhadada empresa de Agramante, corrió á Valencia á poner sus fortalezas en estado de defensa y hacer nuevos preparativos para sostener la guerra cuyo resultado le fue tan fatal.

Bogaba entre tanto Agramante hacia las costas de Africa, en buques desordenados y desprovistos de marineria. Resonaban en derredor del monarca mil quejas y lamentos, pues habian perecido los tres cuartos partes del ejército, y los pocos que quedaban lo acusaban de orgullo, crueldad y locura. Contendios todos por el temor, lo mudaban en secreto, y apenas habia un corto número de ellos que osara confiarse mutuamente su odio y su desprecio. Agramante no podia conocer en los semblantes el sentimiento unánime que agitaba los corazones; oía palabras adulatorias y falsas, y se persuadió de que le osaban y no le abandonaban en sus reveses. Cuando supo que las costas de Biserta estaban ocupadas por los nubios, se apresuró á elegir otro puerto; esperaba hallar mas arriba un punto propicio para el desembarque. Pero durante los tinieblas de una noche oscura, con un

temporal de nubarrones y nieblas, la flota de los moros, la que parecía perseguir un destino cruel, encontró los buques formados tan milagrosamente y que se dirigían á toda vela hacia las costas de Francia. Agramante no tenía la menor noticia de aquella expedición, y por lo demás ¿cómo habría imaginado que una rama de árbol pudiera producir cien buques? Navegaba pues sin disconianza alguna y ni se cuidaba siquiera de poner guardias y vigías. Los intrépidos compañeros de Dudon vieron la flota mora al ponerse el sol y resolvieron atacarla. De improviso caen sobre los buques los gritos de fiero y empieza el abordaje. Es tan rudo el choque y tan impetuoso, que varios buques sarracenos fueron echados á pique por los enormes nevios de Dudon. En seguida empiezan á flotar sobre las embarcaciones de Agramante el hierro, el fuego y los pedazos de roca, etc. terminos que parece aquello una tempestad horrosa. Por fin ha sonado la hora de la venganza divina: el ejército cristiano redobla su audacia y valor. El hijo de Trojan no sabe cómo defenderse de las nubes de flechas, de las picas, espadas, lanchas y garfios que le amenazan por todas partes. Las máquinas de guerra vomitan sin cesar piedras enormes: la popa y la proa de los buques, estropeados por los proyectiles, dejan ancho paso á las olas enfurecidas. Después invade las embarcaciones el incendio, que tan fácil es de producir y tan difícil de apagar. Los marineros procurando librarse del fuego y del acero enemigo, se arrojan al mar que les sirve á un tiempo de sudario y sepultura; intentan otros saltarse usando hacia las lanchas, pero los que las tripulan temen zozobrar y rechazan á los fugitivos. Mil brazos se agarran á las lanchas y los cuerpos van á parar al fondo del líquido abismo. Los que contaron con esta probabilidad de salvación, ó que esperaban al menos tener una muerte menos cruel, vuelven á los buques incendiados para librarse de las olas que van á tragarlos. Agitanse sus manos á los males que calcaen, y sufren así dos suplicios, dos géneros de muerte, á un tiempo. El que se aleja para huir del alcance de las lanchas y lanzas, muere bien pronto á pedradas ó tropesado á flechazos. Pero antes de causarles festidio y hastio, creo prudente suspender esta narración, que imaginó escucháis con interés.

## CANTO XL.

Asociación.—Agramante se sale con Sobieski.—Astolfo de al asalto á Biserta.—Nube á la muralla Bramante.—Orlando y los demás guerreros entran por la brecha á socorrerla... Incendio de la ciudad.—Ve Agramante las llamas.—Quiero mataros.—Sobieski le detiene.—Se ve obligado por la horrasca á desembarcar en una isleta.—Ejecución en ella á Ibrahim.—Los tres guerreros entran en una isla.—Acepta la paz, y nombra para acompañarlo al combate á Bramante y Otterio.—Rugiere se encamara al África.—Se bato con Ismael.

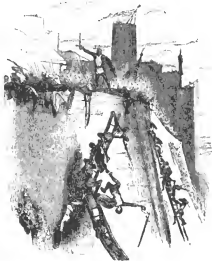
¿Me esforzaré en referir aquí todos los episodios de aquel combate naval? Hacerlo ante vos, hijo ingenuo del invencible Hércules, sería, como dice el proverbio, llevar jirrones á Sanos, mochuelos á Atenas y crocodilos á las orillas del Nilo. Conoceis los combates de aquella especie porque habeis asistido á espectáculos mas grandiosos, y sorprendisteis vos mismo á vuestro pueblo fiel, cuando en el Pó, presenciando vuestra gloria, pudo ver á la flota enemiga luchando á la vez contra el acero y el fuego. Pudo comprender todo el horror de un combate naval al escuchar los gritos y lamentos de los moribundos; pudo ver arrojada el agua por torrentes de sangre y presenciar todo género de muertes. Yo no fui testigo de vuestra victoria; hacia seis dias que me habia ido á implorar del Santo Padre pronto auxilios; pero no necesitasteis, señor, de vuestros ginetes ni infantes para romper los diques y garras del leon de San Marcos, que no se atrevió á volver á vuestras

costas. Suyo vuestro triunfo por Alfonso Troto, por Anibal, Pedro Moro, Afranio, Alferto, los tres Ariostos el Bagno y el Zerlinato, nuestros mas fieles soldados, y aun olvidaré sus heroicas acciones. Los trofeos de vuestra victoria fueron esos estandartes numerosos depositados en nuestros templos, quince galeas y una multitud de buques de otras clases, apresados y conducidos á nuestros puertos. Solo aquellos que han contemplado esos incedidos, esos naufragios, esas escenas de muerte tan variadas y la destrucción completa de una flota (! ¡represéñlas hasta justas de la ruina de nuestras ciudades!) podrán formarse una idea exacta de todos los males que agobiaron con su gravoso peso el ejército africano durante la noche oscura en que fue atacado por Dudon. Empeñóse el combate en medio de profundas tinieblas, pero pronto le alumbraron el fuego de la pez, el azufre y el alquitran que desde la proa á la popa de los buques consumían todos los aparejos. Entonces derramaron las llamas una claridad repentina mas brillante que la luz del dia. Mientras duró la oscuridad, tuvo esperanza Agramante de poder resistir aquel ataque imprevisto, porque ignoraba el número de los galeras enemigas; el resplandor del incendio le hizo ver que las fuerzas de sus adversarios eran dos veces mayores que las suyas. Seguido entonces de algunos amigos fieles, saltó á una lancha, á la que habian trasbordado el caballo Breda de Oro y los tesoros; después se alejó con el mayor silencio de su flota ecostada y atacada con ocultamiento y reducida al último estremo. Mientras se escapaba el autor principal de tantos desastres, acabó el acero de exterminar á los que se libraron de las llamas y del agua. Sobieski acompañaba á Agramante, que se arrojaba entonces de no haber seguido sus consejos severos y prudentes.

Vuelvo ahora á Orlando; exhorte al duque inglés á que dé el asalto antes de que Biserta sea socorrida; esclama que es ya tiempo de impedir á aquellos villanos que vuelvan á empezar sus ataques. Todo el ejército habrá de estar pronto al amanecer del tercer dia. Los bueyes que se han reservado Astolfo son conducidos á Sansonet, que habrá guarnidos, eclará el nublado á una milla de la entrada del puerto. Los guerreros cristianos, fieles á las prácticas piadosas, observarán el ayuno y se mantendrán en oración. Después, á la primera señal marcharán todos sobre la ciudad, que entregada al pillaje y al incendio, será destruida hasta los cimientos. Obedeciendo luego los órdenes de su jefe, los parientes y amigos se reune á disfrutar de una buena comida que ha de restituirlos las fuerzas, y después se abrazan como es costumbre en el momento de una separación. Los defensores de Biserta, imitando su ejemplo, hacen oración, se golpean el rostro é imploran al profeta, que no puede oír sus gemidos. Le ofrecen altares, donativos, estatuas, y aun templos, si libra á la ciudad de los peligros que la amenazan; por último, bendecidos por los sacerdotes de Mahoma, toman las armas y se sitúan en las murallas. Dormia aun la vieja Aurora en brazos del viejo Titon, cuando Astolfo y Sansonet, favorecidos por las sombras de la noche, tomaron las últimas disposiciones. Dió el conde la señal, y se hizo general el asalto el momento. Rápidamente el mar uca parte de la ciudad, y el resto de las murallas, elevadas y antiguas, se prolongaba tierra adentro. Por lo demás, estas eran sus únicas fortificaciones. Careciendo de acuerdo de tiempo y brazos, no habia podido completar los medios de defensa. Ordena Astolfo á los nubes que arrojen nubes de flechas, dardos y piedras á las murallas, para uportar á los sitiados de las almenas. Este ataque permite á los ginetes é infantes que lleven hacia el pie de las murallas, maderos, tablas y máquinas de guerra. Páñase de mano en mano los materiales necesarios para cegar los fo-

sos; habíaselos quitado el agua y ya no tenían mas que ciego; pronto se llenan de modo que se hallan al nivel del suelo. Astolfo, Orlando y Oliverio dan entouces la señal del asalto. Inflamados los nubios por la esperanza del saqueo que les han prometido para calmar su impaciencia, olvidan el peligro; embranzando con fuerza sus escudos, forman la figura de la tortuga y empujan los arietes que han de destruir las murallas ó arrancar las puertas. Defiéndense los sarracenos con el acero, el fuego y los escombros de las murallas, ó con vigas que impiden á las máquinas que puedan funcionar. Prolóngase la resistencia durante la noche, y los sitiadores sufren pérdidas considerables, pero al salir el sol, el siguiente día, muéstrase adversa la fortuna á los sarracenos. Hace el conde avanzar nuevos soldados; Sansonet, que ha permanecido fuera del puerto con sus buques, entra

en él y ataca con el arco y la honda. Despues se fijan escalas y los marineros suben por ellas pertrechados con todas las armas necesarias. Orlando, Oliverio, Brandimarte y el osado dueño del hipógrifo mandan cuatro divisiones distintas y dan un ataque simultáneo y mortífero en cuatro puntos diferentes, rivalizando todos en intrepidez y valor. Brillan tanto mas y se observan tanto mejor las proezas de cada uno, cuanto que no están juntos los cuatro héroes. Llévanse varias torres rodadas, mientras que otras colocadas en el lomo de los elefantes, llegan á las almenas ó aun suben á mayor altura. Aproximase entonces Brandimarte, fija una escala al pie de las murallas y da el ejemplo á los soldados, llamándoles para que le sigan. Los mas intrépidos se lanzan tras él sin reflexionar si podrá ó no soportar la escala tanto peso. Ya ha llegado el hijo de Morodante á las almenas y salta



Asalto de Diserta.

á la muralla, precipitando de ella á los sarracenos á quienes no mata su espada. En el momento en que está haciendo prodigios de valor, da un estallido la escalera, se rompe y caen al foso cuantos subian por ella. Aunque el intrépido paladin se halla solo, no por eso retrocede. En vano llueven sobre él los dardos y le gritan sus compañeros que se vuelva á tras, desde lo alto de la muralla da un salto de mas de treinta brazas y cae en el interior de la ciudad, sin hacerse el menor daño: hubiérase creído que caía sobre paja ó algodón en rama. En seguida huere, tras-pasa, parte por medio á los que le oponen resistencia como si hubiera cortado una tela delgada y blanda. Huie todo ante él; pero sus compañeros temen no poder llegar bastante pronto para socorrerle. El ruido del peligro que corre vueta de boca en boca, la fama con rápida carrera difunde la noticia, que llega á adquirir proporciones colosales. Oliverio, Orlando, los hijos de Oton, adictos todos á Brandimarte á quien estiman, saben que el mejor retraso puede serle fatal. Fijan de improviso y á porfía varias escalas y rivalizan en audacia; su solo aspecto inspira terror á los sarracenos. Cuando un marino ve á su bajel acometido por la tempestad, y siente á las em-

bravecidas olas estrellarse con fuerza en su popa y costados, palidece de terror, pierde sus fuerzas y valor, y se estremece, en lugar de echar mano de todos sus recursos; llega por fin una ola que abre el costado del buque y da libre paso á las olas, así los tres paladines se abren un camino tan ancho que pronto sube una multitud de sitiadores por mil escalas. Los arietes no cesan de golpear la muralla con tanta fuerza que varias brechas permiten pronto á los sitiadores que acuden al auxilio de Brandimarte. Cuando el rey de los rios, rompiendo sus diques y saliéndose de madre se derrama por las fércoces llanuras del Océano, cubre los surcos del arado con sus aguas, arrastrando los rebaños y las cabuinas, los pastores y los perros, y los peces nadan por las copas de los olmos en que poco antes revoloteaban los pajarillos: así los sitiadores se precipitan en medio de la ciudad y lo llevan todo á sangre y fuego. El asesinato, el saqueo, todos los excesos imaginables consuman la ruina de aquella ciudad estensa, que era poco ha tan poderosa y se la consideraba como la reina del Africa. El suelo está sembrado de cadáveres; corre la sangre por todas partes y forma un estuque mas horrible y asqueroso que el rio que circuye el imperio de Dios.

Estiéndose el fuego de unos edificios á otros, devorando los palacios, los templos y las casas. Oyense los gemidos y lamentos de los heridos: luego los vencedores se retirán cargados de botín, de jarrones preciosos, de trajes magníficos y despojos de las mezquitas, varios soldados llevan cautivos á niños y madres desconsoladas. Astolfo y el conde no pueden impedir tantos actos de violencia y barbarie. Oliverio dá la muerte al rey de los algazeros; reducido Braucardo á la última desesperación se mata. El duque Leopoldo hizo prisionero á Tolves, que espiró á consecuencia de tres heridas que recibiera. Esta fue la suerte de los tres generales á quienes el rey de los moros había confiado la defensa de sus estados.

Después de haber abandonado Agramante á su tropa, buia á la sazón con Sobrino, y pudo ver el desastre de Biserta. Quería darse la muerte, pero contuvo Sobrino su brazo. « ¡Queries colmar la alegría de nuestros enemigos! le dice. ¡Les entregas el Africa, objeto de tu codicia! Solo tú puedes salvarla y hacer frente á los cristianos. ¿Qué será de tus súbditos que solo en tí confian? De tu vida depende su dicha y su libertad: sin tí seremos presa y esclavos del vencedor. ¡Vive, pues, si no para tí, al menos para la salvación de los tuyos! ¿No tienes la seguridad de obtener el apoyo del soldado de Egipto, que nunca sufrirá que los franceses se establezcan en Africa? El poderoso Noradino tomará las armas en favor tuyo; los armenios, los turcos, los pueblos de la Medes, de la Persia y de la Arabia, acudirán á tu llamamiento. » Con estas y semejantes palabras procuró el sábio y prudente anciano producir en el ánimo de su señor una esperanza de que quizás él creencia. Harto sabía que el monarca que pierde su corona se espone á gemir y padecer largo tiempo en el cautiverio cuando se entrega en manos de sus enemigos. Los capitanes mas ilustres, Anibal, Jugurtha, son buenos ejemplos de ello. ¿No tenemos á la vista á Luis-el-Moro, cautivo de Luis XII? Noble Alfonso (á vos me dirijo, mi ilustre señor), considera vuestro hermano como una locura el contar en semejante caso con el apoyo de los demas, mejor que con el suyo propio. Cuando la cólera de un pontífice impecable volvió á encenderla guerra, vióse á Alfonso, privado del apoyo de los franceses, resistir á los españoles, dueños ya de Nápoles, y no ceder Ferrarra á las amenazas ni á las promesas de sus enemigos.

Agramante habia mandado bajar rumbo hácia el Oriente, pero le cogió en medio del mar una tempestad borrascosa. El piloto, alzando los ojos al cielo, exclamó: « Se prepara; un huracán que no podrá sostener la embarcación os aconsejo, señor, que me permitais dirijirla á una isla que está á barlovento, y cerca de aquí. » Siguió Agramante este consejo y halló un abrigo en aquella isla, que está situada entre el Africa y las fraguas de Vulcano. No estaba habitada, y cubrían su suelo mirtos y cedros, retiro favorito de los dioses, gamos, liebres y cabritos; conocíala tan solo algunos pescadores que iban á ella á tender y secar sus redes mientras reposaban los pescados en el fondo del mar. Ya habia sido llevado allí otro bujel por el temor de la tempestad, en el cual iba el rey de Sericania. Los dos príncipes que habían peleado juntos bajo los muros de Paris, se vieron con alegría. Afilióronle á Gradasse las desgracias de Agramante, y procuró consolarle, ofreciéndole su apoyo, pero le disuadió de ir á los dominios del soldado de Egipto. « Pompeyo, le dice, enseña á los reyes desgraciados lo que pueden esperar del pérdida Egipto. Dices que Astolfo se ha apoderado del Africa con un ejército que le ha dado el rey de Etiopia; ha quemado tu capital y lo auxilia ese loco de Orlando. Hey un medio de terminar la guerra: desalíralo á Orlando, y aunque sea tu cuerpo de bronce ó acero, sabré vencerle. Muerto el conde huirán

TOMO II.

los demas enemigos cual los corderillos que ven á un lobo hambriento; me será muy fácil rechazar á los nubes armando contra ellos á los pueblos que habitan al otro lado del Nilo y pertenecen á distinta secta: levantaré á los árabes y los macrobios, tan abundantes de soldados, dinero y corceles. Mis vasallos de la Persia y la Caldes, llevarán la guerra al país de los nubes y les harán mirar así por su propia seguridad. » Agrada en extremo este último proyecto á Agramante y da gracias á su suerte por haberlo llevado á aquella isla; pero no quiere que Gradasse pelee con Orlando, aunque la posesión de Biserta hubiera de ser el premio de su victoria. « A mí me corresponde ese combate, esclama. ¡Sea cual fuere mi destino, cumpliré con mi deber: disponga el cielo de mi existencia! — Hagamos otra cosa mejor, contesta Gradasse; me ocurre otra idea: ¿no podemos pelear juntos con Orlando y otro paladín? — Con tal que yo tome parte en la lucha, me importa poco que sea solo ó contigo; ademas me complazco en reconocer que tu valor no tiene igual en el mundo. — ¿Y qué hará yo? esclama Sobrino; ¿me juzgais incapaz de sostener esa lucha? ¿no puedo acaso ayudaros con mis consejos y guiar vuestro valor? » El rey de Garbe no se ha doblegado bajo el peso de los años; á pesar de su avanzada edad he conservado todo su vigor. Admiten su proposición ambos monarcas y un heraldo que habrá de desembarcar en la costa, irá á provocar á combate á Orlando y otros dos paladines. El paraje designado es Lempedusa, isla situada en medio del mar de Africa. El heraldo hace fuerza de vela y remo y llega á Biserta en el momento en que el conde hace entre sus compañeros la distribución del botín.

El reto de Agramante llenó de júbilo al ejército y el señor de Anglante, el cual colmó de regalos al heraldo. Habíase propuesto ir á buscar al corazon de la India á Gradasse, en cuyo poder sebia que se hallaba su buena espada Durandal, y no creía hallarle tan pronto; sabía ademas que el hijo de Trojan poseía á Brides-de-Oro y la tropa de Almonte, y se prometía conquistar estos dos trofeos. Eligió por segundos á su cuñado Oliverio y á Brandimarte, cuya lealtad y valor le eran conocidos. Privados de sus armas y caballos habituales, procuran hallar buenos corceles y armas excelentes. No habrían olvidado que Orlando, en su furor insensato, habia dispersado todas las piezas de su armadura y que las de los otros dos caballeros habían quedado en la torre de Rodomonte. No era fácil sustituirlas en un país que nunca habia producido muchas y que estaba muy desprovisto de ellas, particularmente desde las últimas expediciones.

Sin embargo, se reunieron todas las que pudieron hallarse, empuñadas ó brillantes. Un día en que Orlando se paseaba por la costa con sus compañeros hablando de la próxima lucha, vieron un buque que desprovisto de piloto y marineros se dirigió á toda vela hácia la costa, donde varó. Pero antes de proseguir esta historia, permitid que os hable un poco de mi querido Rugiero y del señor de Montauban. Recordareis que los dos campeones habían suspendido el combate en el momento en que los dos ejércitos empuñaban la acción; informábase por todas partes para saber quién era el perjuro, si Carlos ó Agramante. Uno de los escuderos de Rugiero, diestro y valiente, se aproximó á él en lo mas fuerte del combate y le presentó su caballo y su espada para que pudiese unirse á los africanos. No pudiendo resolverse aun el héroe á tomar parte en la acción, se alejó después de haber jurado de nuevo que cesaría de servir á Agramante, si este monarca había violado realmente el pacto que jurara. Aunque el clamor general acusaba al rey de Africa, repugnábale á Rugiero abandonarle de pronto por un motivo infame.

El ejército sarraceno vió volverse rápidamente contra él á la veleidosa fortuna, que desde el principio

de la ventura anelo precipitarnos al fondo de los abismos. Mientras vacila Rugiero, el recuerdo de Bradamante le retrae de seguir á Agramante: perderá á la que adora si olvida el juramento que ha hecho á Reynaldo; pero teme tambien que le tachen de cobarde por haber abandonado á su rey en el momento mismo en que se ve agobiado por la derrota. Si le disculpan algunos, muchos le censurarán, y aun opinarán varios que se puede uno dispensar de haber pronunciado un juramento impio. Permanece dos dias en esta perplejidad y se resuelve por último á reunirse con Agramante. El honor impera en su corazón mas que el amor. Al llegar á Arlés no baja bajel alguno en el mar ni en el río: Agramante se ha llevado los mejores y ha quemado los domos. Dirijese entonces Rugiero á Marsella, para apoderarse de un buque de grado ó por fuerza. Ya ha conducido allí Dudson la flota apresada; el mar está cubierto de embarcaciones venecianas y venecianos. Un número muy reducido de sarracenos pudo salvarse durante la noche; entre los cautivos se ven siete reyes que se vieron obligados á entregarse, que agobiados por su profundo sentimiento, guardan un silencio sombrío y derraman amargo llanto. En su impaciencia por reunirse con el emperador, ha desembarcado Dudson: los prisioneros están en la playa; los nubios, cubiertos con sus armas, hacen resonar el aire con el nombre glorioso de Dudson; bubiesen creído ver una marcha triunfal. Rugiero que se hallaba lejos todavía, imagina que aquella flota inmensa es la de Agramante. Para cerciorarse de ello oprime los hijeros de su caballo y conoce entre los cautivos al rey de los nasamones, Embizago, Agricalto, Fazulante, Manilardo, Balastro y Rimedoz, que tienen la frente incluída y derraman lágrimas. En otro tiempo fueron amigos suyos y no puede soportar el espectáculo de su humillación, sin recurrir á rugidos inútiles, baja su lanza, cae sobre los guardias que los custodian y derriba al instante á mas de ciento. Oye Dudson los gritos y ve la manza de los nubios sin conocer á aquel caballero tan temible, empuña apresuradamente sus armas, monta en su corcel, y fiel á su divisa de paladin esclama con voz atronadora: «Retírense todos!» Ya ba derribado Rugiero otras cien víctimas; la vista de sus hazañas renueva la esperanza de los reyes prisioneros. Al ver á Dudson que dirige hácia él su caballo, conoce el amante de Bradamante que es el jefe de la tropa y se adelanta para desafiarle. Observando el paladin que el audaz desconocido no tiene lanza, arroja la suya. Dice entonces Rugiero para sí: Yo sabré el nombre de ese guerrero, que debe ser uno de los paladines mas invencibles de Francia. Pregúntaselo á Dudson: este contesta que es hijo de Ogier-el-Danés y pregunta el nombre de Rugiero que satisface su deseo; enseguida comienza el combate. Dudson esgrime la maza de armas que tantas veces le ha dado la victoria. Rugiero da á su adversario golpes terribles con la espada que no tiene igual para romper cascos y corazas, pero conociendo las cosas mas ilustres de Francia, sabe que Dudson, hijo de Ermeüan, hermano de Batrix, es primo de Bradamante. La muerte de Dudson le habria privado del amor de la hermosa guerrera y no puede resolverse á derramar un sangre. No da estocadas y solo procura parar ó evitar los golpes de la maza. Turpino asegura que Rugiero halló mas de una ocasión de matar á su adversario; pero no se servia sino del corte de su espada. Sin embargo, el ruido atronador de Belisarda y la multiplicidad de los golpes habian deslumbrado y atardido á Dudson, que apenas podía ya sostenerse. Permiútle que me detenga; en el canto siguiente continuaré mi narración.

ARGUMENTO. — Dudson propone la paz á Rugiero. — Da libertad á los siete reyes. — Embarcase Rugiero con dirección á África. — Le acomete una borrasca. — Se salva á nada. — Encuentra Orellana á Frontino, la armadora y la espada de Rugiero. — Horda Fier-de-Luz á Bradamante nos sobrevuela para el día del combate. — Refusa Agramante las proposiciones de paz hechas por Bradamante. — Rugiero hace voto de consagrarse al cristianismo. — Llego á una roca. — La bousine. — Ellogio de la casa de Esta. — Combate de los seis guerreros en la isla de Lampédusa.

Los perfumes que un jóven elegante ó que una dama hermosa á quien el amor hace derramar llanto con frecuencia, gustan de echar en su cabellera hermosa y espesa, ó en sus trajes injosos, dan un testimonio evidente de su escelecia primitiva cuando despues de varios dias conservan aun su olor delicioso y agradable. El licor esquisito de que belieros con barta abundancia los asesinos crueles del desgraciado fcaro y que en otro tiempo hizo á los godos y á los celtas travesar los escabrosos senderos de los Alpes, se considera que llega al último grado de perfección cuando al fin del año conserva una parte de su aroma. El árbol que ostenta su verde ramaje á pesar de las heladas, manifiesta cuál debió ser su belleza durante la estación hermosa. Así las virtudes sublimes de la raza gloriosa á la que se admira despues de tantos siglos y que brilla sin cesar con nueva aureola, atestiguan que el jefe de la casa ilustre de Este reúne todas las perfecciones: así respaldece el sol entre las estrellas.

Rugiero se muestra siempre magnánimo; nunca fue mas generoso que en la noche en que, á pesar de su superioridad, consagró todos sus esfuerzos á evitar la muerte de Dudson. Observó este al fin que su adversario cuidaba de no herirle; sus brazos cansados no le permitian ya parar los golpes, y resolvió imitar la cortesía de Rugiero. «Por favor, le dijo, dejemos el combate, puesto que es tuya ya la victoria. Me conmueve tu proceder generoso y me confieso vencido. — Deseo tambien la paz, contesta Rugiero, pero aspiro á obtener la libertad de los prisioneros.» Señala á los siete reyes cargados de cadeas y que tienen la frente inclinada; exige tambien que nadie se oponga á su paso á Africa. Dudson consiente en ello y manda soltar á los siete reyes. Elige Rugiero un buen buque y da la vela ayudado por el viento, que al pronto se muestra favorable. Fluye la costa de la vista de los navegantes; sus miradas abarcan tan solo la inmensidad del Océano. Pero hácia la caida de la tarde sopla el brégo con furia; las olas se estrellan en la popa, la proa y los costados del buque, se elevan en montañas inmensas, y bramando como los rebuños de toros en la pradera. Cada ola parece llevar consigo la destrucción y la muerte. Los vientos son encontrados: unos hacen avanzar la embarcación, otros la obligan á retroceder. En vano gime y suspira el piloto, y palido y turbado grita que vireis ó que amaineis velas, pues no se oye su voz que se pierre entre los bramidos de la tempestad. En medio de los lamentos de la tripulación y del ruido de las olas, impide la oscuridad de la noche que se vean las señales: desde la popa á la proa no se distinguen los objetos. Silban los vientos entre las cuerdas, surcan el cielo continuados relámpagos y se oye el ruido de los truenos. Corren los marineros á la aventura, unos al timón, otros á los bancos de los remeros; desatan las cuerdas, aprietan los cables, y varios dan á la bomba para restituir sus funestos presentes.

El soplo furioso del Boreas desgarró las velas y las ciñe á los mástiles; luego, elevando las olas en espumosa cresta hasta las nubes, caen con fuerza sobre los remos y los rompen. Inclínase el buque y toca ya la superficie del mar con su costado derecho. Viendo se los marineros espuestos á ahogarse, lanzan gritos

de terror é imploran el Torpe-poleroso. Librase la embarcacion de aquel peligro para caer en otro mayor; crujen sus costados y dan pase á las olas, que se precipitan con furia en la bodega del buque. Lanzade unas veces hasta las nubes, parece tocar á la celeste bóveda para hundirse en seguida en los abismos infernales. ¡La esperanza, último refugio de los desdichados, se desvanecia ante el espectáculo de una muerte inevitable! Asi trascurrió la noche en continua zozobra; los marineros, juguete del viento y de las olas, van redoblar la furia de la tempestad al amanecer. El mar los arrojó sobre un escollo, del cual no pueden huir; el piloto, helado de espanto, procura dar vuelta al limón, pero se rompe la barra y el viento agita con furor las velas que caen desgarradas. En aquel momento suprimo cesa todo trabajo y cada uno piensa solo en sí; precipitanse todos á la lancha que se hunde hasta las bandas y amenaza irse á pique.

En el momento en que Rugiero ve al capitán y al piloto abandonar, quiere arrojarse á la frágil barcuicuela, pero harto cargada ya esta, la invaden nuevos fugitivos y desaparecen con los que creyeron librarse de la muerte. Arrojan gritos lastimeros y se encomiendan al Eterno que permanece serdo á sus ruegos; despan el mar alborotado cierra para siempre toda salida á los quejidos y gemidos, y la mayor parte de las adufragos perecen. Algunos cadáveres flotan á la aventura; por un lado se ve una cabeza, por otro un brazo ó una pierna desnuda que luchan con la muerte. Rugiero, incapaz siempre de dejarse dominar por el terror, nada vigorosamente y llega cerca del escollo que no ha podido evitar el buque. Esperando hallar un refugio en la roca, rechaza con sus líbios el agua salada y se sostiene sobre las olas con sus pies y manos. Sin embargo, abandonado el buque por toda su tripulacion, vaga á merced del viento por la llanura líquida. ¡Cuán vanos son los proyectos de los hombres! Aquel bajel que parecia destinado á perecer, se libra de la destruccion; parece que las olas y los vientos, satisfechos ya, han reauaciado á aquella presa; el buque es arrastrado á parajes mas tranquilos, donde no hay escollos. Lo que el piloto no pudo hacer la ejecuta la casualidad. Encalla el buque en la costa de Africa, por la parte de Egipto, á des ó tres millas. Segun dije anteriormente, hallábase Orlande en la playa con sus compañeros y ve al navio hundir su proa en la arena. El conde, Brandimarte y Oliverio montan en una barca y se dirigen al buque, sorprendiéndoles no hallar en el naufragio ser humane y encontrar á Frantino, las armas y sobre todo la espada de Rugiero, que este héroe no pudo salvar del naufragio. Conoce Orlande á Belisarda, que arrebató en otro tiempo á Falerina, destruyendo sus jardines magnificos. Brunel se la robó al cenizo y la regaló á Rugiero al pie del monte Carena. El paladino que ha tenido muchas ocasiones de experimentar la bondad de esta espada, se llena de júbilo al verla de nuevo en su poder. Da gracias al cielo, porque le servirá en su combate con el rey de Sericaita; y conoce que Belisarda contrabalanceará por sí sola la ventaja que da á Gradasse la posesion de Bayardo y Durandal. En cuanto al resto de la armadura, ignorando que perteneció á Héctor, admira tan solo su riqueza. ¡Qué le importa su buen temple, si es invulnerable! Da la armadura á Oliverio, el caballo á Brandimarte y solo conserva para sí la espada. Asi dispone el conde de los objetos hallados en la embarcacion. Desean los tres paladines aparecer en la liza con magnificencia, hacen que les preparen nuevas cotas de maila. En la de Orlande se ve un bordado que representa la torre de Babel destruida por el rayo. Oliverio ha elegido por emblema un perro de sinople echado, llevandole la trullilla en el lomo con esta divisa: «*Hasta que vuelva.*» Su sobrevesta

es de brocado de oro. Brandimarte, en conmemoracion del falcimiento reciente de su padre, exige una armadura negra. Flor-de-Lis ha adornado la sobrevesta con un rico bordado sembrado de piedras preciosas, caye brillo resalta sobre el color sombrío del paño. La tierna amante ha concluido por sí misma todos los adornos que han de cubrir la coraza de Brandimarte y la grupa y petral de Bayardo; pero no cesa de derramar lágrimas. Experimenta á pesar suyo vagas temores que no sintió nunca al ver á su amante expuesto á los mayores peligros. Esta inquietud, por lo mismo que no la es habitual, aumenta su terror.

Cuando Orlande y sus dos compañeros se bailan provistos de armas y bien equipados, dan á la vela, dejando el mando del ejército á Astolfo y Sansonet. Flor-de-Lis, entregada á la mayor desesperacion, dirige al cielo sus quejas y deseos; sigue con la vista el bajel hasta que desaparece. Caeletras trabajo á Astolfo y Sansonet arrauca de la costa; cuando regresó al castillo, se echó temblorosa y desconsolada en su lecho.

Impulsados los tres paladines por un viento favorable, tardan poco en descubrir la isla en que ha de empeñarse el combate. Orlande seguido de Brandimarte y Oliverio, hace levantar sus tiendas al Oriente de la liza. Agramante que ha desembarcado en el mismo dia, se sítia en el lado opuesto, pero como el sol va ya declinando, convienen en aplazar la lucha hasta la aurora del siguiente dia. Los escuderos custodian la entrada de las tiendas. Al aproximarse la noche, va el hijo de Monodante, con permiso del conde, á visitar al rey de Africa. Brandimarte, que en otro tiempo fue amigo del monarca, le siguió á Francia; se estrechan la mano y procura el paladino con mil razonamientos disuadir al rey de su proyecto. Le ofrece en nombre de Orlande restituirle todos los monarcas que se hallan entre el Nilo y las columnas de Hércules si se convierte á la verdadera fe. «Escucha, le dice, el consejo de un amigo sincero y que siempre te profesará aliento. Yo participaba de tu error, pero he conocido que el único Dios verdadero es el que murió por los hombres; ¡Mabema es un insensate! Me regocijaria en extremo verte, así como á mis antiguos compañeros, en el sendero de la salvacion; te compadezco por querer desear á Orlande. ¿Puede compensar acaso la victoria las desgracias que serán consecuencia inmediata de la derrota? ¿Dónde están las ventajas á que aspiras? ¡La muerte de Orlande y la de esos caballeros decididos á vencer ó á perecer con él! Pero ¿cómo hallará otros muchos guerreros para defender hasta la última torre del último de sus castillos. En nada variará nuestra muerte el resultado de la guerra, y entences ¿con qué objeto vas á arrostrar las calamidades mas terribles?»

A estas razones, quiere Brandimarte añadir otras no menos poderosas, pero le interrumpe Agramante, diciéndole con irritado acente: «¡A la verdad que es loca audacia la tuya de dar consejos, buenos ó malos, á quien no te los pidió! ¿Puede yo creer acaso en la sinceridad y adhesion del que se presenta acompañado de Orlande? Yo debo pensar, por mi parte, que crea alguna presa consagrada ya al dragon devorador y que te complaces en arrastrarnos á la region de las penas eternas. Solo Dios puede saber si poseeré el trono de mis abuelos ó si quedará derrocado por mi derrota. Ne nos toca á nosotros adivinar el porvenir; pero sea cual fuere mi suerte, nada haré que sea indigno de un rey; y perderé antes la vida que renunciar al honor! Marcha á unirse con los que te envian, y si mañana no sabes combatir algo mejor que predicar en la muerte que le has hecho conuigo, serás para Orlande un campeon bien inútil.» Estas son las últimas palabras que se dirijies; retírase Agramante y Brandimarte se vuelve á su tienda, á esperar la vuelta de la aurora.

A los primeros albos del día, se arman los guerreros y montan á caballo; sin pronunciar una palabra echan sus lanzas y se atacan al momento. Pero señor, no puedo resolverme á dejar á Rugiere próximo á perecer en medio de las olas agitadas por el viento. Turba su alma secreto terror, y teme la venganza de Jesucristo. Refusó recibir el bautismo del agua tranquila y transparente ¡será condeado á recibirle en las salobres olas? ¿Qué prometió á su amado y á Reynaldo? ¡Juramentos engañosos! ¡perjurio culpable! Lleno de remordimientos, dirije al cielo fervorosos ruegos; hace voto de abrazar el cristianismo si llega á la playa, y no esgrimir espada ni lanza, sino contra los enemigos de la fe, volverá á Francia á tributar homenaje á Carlos, calmar los tormentos de Bradamante y coronar su casto amor. ¡Oh milagro sorprendente! apenas ha pronunciado este juramento, cuando siente acrecentarse sus fuerzas y sigue con mas facilidad el movimiento de las olas, que sucesivamente le elevan y le precipitan. Llevado establanamente por las oscilaciones del mar, pisa con felicidad la playa que se inclina hacia el mar. De todos los pasajeros del buque naufrago, solo él se libra, merced á la divina misericordia. Pero dirigiendo la vista en torno suyo por aquella roca desierta, apodése de su alma nuevo terror y teme hallar en ella una muerte brutal y espantosa; sin embargo, renace su valor y confundido en la voluntad del cielo, se dirije con segura planta á la cumbre de la montaña. De pronto ve á un ermitaño agobiado por los años y estenuado por el ayuno y la penitencia. Dulce y venerable es la expresión de su semblante; se acerca, exclamando: «¡Saul, Saul! ¿por qué me persigues? (estas son las palabras que dirigió el Señor á Pablo, cuando le iluminó con la luz divina). Esperabas atravesar los mares sin cumplir tu deuda para conmigo; el brazo de Dios sabe alcanzar á los que creen hallarse el abrigo de sus golpes.» El santo ermitaño habia tenido durante la noche una vision en que Dios le revelaba la próxima llegada de Rugiero, la vida pasada y futura del jóven héroe y la muerte funesta que le estaba reservada. Sabia tambien el destino de los principes de su raza, y le reprendió por haber diferido tanto tiempo su conversion. Puesto que Dios le llamaba hacia el con bondadosa misericordia, no hubiera debido excitar la divina cólera con sus retrusos; le tranquiliza despues, asegurándole que ese mismo Dios sobre clemente sus brazos á los hijos rebeldes. Cita la parábola de los obreros del Evageio, que recibieron todos igual salario; explica con vehemencia y verdad los preceptos de la fe y conduce al neófito á su celda, abierta en el corazon de roca. Hállase dominado por una iglesia pequeña, cuya fachada, llena de adornos sencillos y de buen gusto, está vuelta hacia el Oriente. Las pendientes de la montaña están cubiertas de laureles, enebros, yerbas mora y palmeras cargadas de fruta. Le conserva su frescura un manantial hermoso y transparente, cuyas aguas caen murmurando desde la cumbre de la roca. Cuenta años hace que habita el ermitaño en aquel paraje tan á propósito para la meditacion y las oraciones; se alimenta con frutas, el manantial le ofrece sus aguas. Exento de enfermedades, ha conservado el vigor y la fuerza á pesar de sus ochenta inviernos.

Eociendo lumbre el momento el ermitaño, y pone en la mesa las frutas que da el estacion. Rugiero seca su ropa y sus cabellos, repone sus fuerzas por medio del alimento y presta atento oido á las palabras del anacoreta que al día siguiente le confiere el bautismo. El caballero se encuentra muy feliz en aquella marcha apacible, y cuenta con llegar en pocos dias al término de su viaje; oye al anciano hablar del reino de los cielos; de su suerte futura y de la posteridad. En efecto, el Señor ha revelado al anciano que en el sétimo año siguiente á su conversion, succumbirá

Rugiero bajo los golpes de los impíos Maguncios, deseados de vengar la muerte de Bertolas y Pinebel. Los matadores enterrarán á su victima y el asesinato quedará oculto durante mucho tiempo. Bradamante, que á la sazón se hallará en cinta, buscará á su esposo y obtendrá una venganza tardía. Dará á luz un hijo en los bosques inmediatos á Ateate, entre el Adige y el Brenta, al pie de las colinas que le parecieran tan hermosas á Antenor que, olvidando los pinos del Ida y las llanuras en que corren el Xante y el Ascanio, cambió de patria y se estableció cerca de las minas de azufre, en medio de aquella campiña feraz que riegan mil arroyos transparentes. El hijo de Bradamante, adornado con todas las gracias y virtudes imaginables, llevará tambien el nombre de Rugiero. Algunos pueblos de origen troysno, le eligirán por su jefe. En recompensa de sus brillantes y útiles servicios en las primeras guerras de Lombardia, Carlos le dará aquellas comarcas hermosas y el título glorioso de marques; y como el emperador al hacerle esta donacion para él y sus descendientes, le dará estas palabras latinas: «*Este hic dominí* (sed dueño de estos sitios) aquel principado hermoso por su ingenio favorable, tomará en el futuro siglo el nombre de Este, perdiendo las dos primeras letras del nombre de Ateate que satánicamente lleva. El Señor ha revelado tambien al ermitaño las venganzas terribles que caerán sobre los asesinos de Itugiero. Este héroe infortunado aparecerá en sueños á su esposa para indicarles los nombres de sus asesinos y el paraje en que se halla sepultado; entonces Bradamante y su cuñada Marisa saquearán la ciudad de Poitiers y la incendiarán. El tierno hijo de Rugiero, apenas pueda soportar el peso del arcos, castigará á los de la casa de Maguncia. El ermitaño ha visto tambien en su sueño á los Atzo, los Alberti, los Obizzo y todos los héroes de aquella raza, los Nicolás, los Borsu, los Lioel, los Hiercules, y por último, á Alfonso, Hipólito é Isabel. Pero el piadoso anciano calla muchas cosas, por no decir á Rugiero sino lo que cree conveniente participarle.

Entre tanto, Orlando, Oliverio y Branimarte se precipitan con lanza en ristre contra Gradasse (el Morte de los saracenos) y contra Sobrino y Agramante, que corren rápidamente á su encuentro. En el primer choque se hacen pedizos las lanzas y vuelan sus astillas hasta las nubes; retumban con tal estrépido la costa y el mar, y se aborotan las olas. Oye aquel ruido terrible hasta en Francia. Gradasse alcanza al conde, y el vigor de Bayardo parece darle la ventaja; el audaz corcel se arroja sobre el caballo de Orlando, y le derriba en tierra. En vano procura el conde levantarse, escitándole con la mano ó la espuela; apesárase entonces á abandonarle, desensius Belisarda y se cubre con su escudo. Agramante y Oliverio se encuentran sin hacerse daño alguno. Branimarte arroja de la silla á Selbrino, sin que pueda decirse si fue culpa de este ó de su caballo. El amante de Flor-de-Lis no quiere atacar al anciano guerrero que está tendido en tierra, y se adelanta contra Gradasse que acaba de dejar desmontado á Orlando. El hijo de Trojan continúa su lucha con Oliverio; despues de haber roto sus lanzas, desenvainan las espadas. Viendo el conde á Branimarte que pelea ventajosamente con el rey de Sericania, busca otro adversario y ve á Sobrino. Terrible y amenazador se precipita entonces contra el rey de Garbe, que reune todas sus fuerzas para recibirle bien. Cual el piloto, al ver llegar desde lejos la tormenta, presenta la proa á las encrespadas olas, y se arrojante de haber salido del puerto: así el anciano Sobrino opone su escudo á los golpes de la espada de Felerina, pero no hay armadura que resista su filo, y se halla manejado Belisarda á la sazón por el caballero de mas valor y pujanza de todo el universo.

A pesar del doble ferro de acero que tiene el escudo, le atraviesa la espada y penetra hasta el hombre, que no puede proteger tampoco dos chapas de metal. Recibe Sobrino una herida terrible, y en vano procura horir al que el Soberano del cielo y de los estros hiciera invulnerable. Orlando tira otro mandoble,

capaz de separar la cabeza del enorpe; el anciano rey se ha echado hácia atrás, mas no con la presteza suficiente para evitar que la punta de la espada atravesase su casco, y cae en tierra sin sentido. Creyéndole muerto, corre Orlando á auxiliar á Brandimarte, sobre el cual obtiene Gradasso una ventaja que debe



Rugiero y el ermitaño.

á su corcel, á su espada y aun quizás á su fuerza. Es verdad que Brandimarte posee á Frontino, el excelente caballo de Rugiero, y su vigor es próximamente igual al del sarraceno; pero su armadura está muy lejos de ser tan buena como la de Gradasso, observa su desventaja y procura evitar los golpes. El dócil Frontino da vueltas á la derecha y á la izquierda para huir del alcance de Durandal. Agramante y Oliverio, iguales ambos en destreza, pelean con el mismo éxito.

Orlando, según he dicho antes, habiendo abandonado á Sobrino, vuole á socorrer á Brandimarte. Estaba suyo á pie, cuando vió pasar por su lado al caballo del rey de Garbe; monta en él presuroso y sujetando con una mano las lujosas riendas, levanta su espada contra el sarraceno, que lo conoce, lo llama por su nombre y no parece temerlo. Jactándose Gradasso de vencer á los tres caballeros y dárles muerte, deja á Brandimarte, se lanza al encuentro de Orlando y le tira un estoque, que penetra por las mallas de su armadura hasta la carne. Cootesta el conde con otra estocada, y atraviesa Belisarda el escudo, el casco y la coraza de Gradasso, y aun los arneses del caballo. El rey de Sericanaia, herido por primera vez en su vida, derrama sangre por el muslo, el pecho y el rostro. Si se hubiera hallado Orlando mas cerca al tirar el mandoble, habria partido á Gradasso por medio. El feroz guerrero espertinenta el poder de Belisarda, y no tiene ya la misma confianza en la bondad de su armadura, mostrándose mas prudente y atento á parar los golpes. Brandimarte, á quien la interve-

cion de Orlando deja libre, permanece en medio de la liza para acudir al auxilio de uno ú otro de sus compañeros. En aquel momento recobra Sobrino el sentido, se levanta, y á pesar del fuerte dolor que sufre, se aproxima silenciosamente á Oliverio, que está peleando con Agramante, y corta con su espada los corvejones del caballo, que cae en tierra con su ginete. El paladin hace esfuerzos para sacar su pia derecha que ha quedado enredado en el ostrobo, y debajo del cuerpo del caballo; el rey de Garbe pega otro mandoble en la cabeza de su enemigo, pero el acero no puede atravesar la obra de Vulcano, aquel casco, bruñido y reluciente que usó el noble Héctor. Lánzase Brandimarte hácia el rey de Garbe, lo acosa, le pega en la cabeza y le derriba. El valeroso anciano se vuelve á levantar y se dirige á Oliverio para matarlo, ó por lo menos para mantenerle en tierra. El paladin le rechaza con su espada, y le obliga á permanecer á alguna distancia de él, espera desahucarse de aquel adversario, estenuado ya por la mucha saogre que ha perdido, mas no puede conseguirlo, pues su caballo permanece inmóvil. Brandimarte pelea con Agramante; el rey de Africa monta un caballo que en nada merece al veloz Frontino; se Brides de Oro, que le fue dado por el vencedor de Mandricardo. Sus armas son tambien de un temple superior á las que el hijo de Monodante tomó al acaso, y con la esperanza de procurarse otras mejores. Herido Brandimarte en el hombro por el rey de Africa, y en el costado por Gradasso, no por eso deja de dar á su adversario una estocada que penetra hasta el

brazo izquierdo y roza la mano derecha; pero aquel combate tan terrible, oada es en comparación de la lucha espantosa que sostienen el rey de Sericania y Orlando. Durandel ha hecho pedruzcos la cimera y las das lados del casco del caude; ha rato el escudo, ha desgarrado la cota de malla sin penetrar en aquel cuerpo invulnerable. Gradasso, mas moltratado aun, recibe nuevas heridas en el pecho, rastra y cuello. Furioso y desesperado empuja con ambas manos la espada, ármamente cuello á acabar con su adversaria; cae el acero sobre la frente del caude, y vuelve á levantarse tan puro y limpio como antes. Cualquiera otro que no hubiera sido el conde de Anglante, habría quedado dividida en dos mitades, pero él tan solo bajó la cabeza, vió mil estrellas, abandonó las riendas y soltó la espada, que tan solo quedó sujeta á su muñeca por la cadena. Asustada el caballo echó á correr, llevando muy lejos á su jinete, que se hallaba en estado de dirijirse. Persiguelo Gradasso, y hubiera podido alcanzarle fácilmente con el ligero Bayardo, pero se vuelve y ve á Agramante próximo á sucumbir: Brandimarte le sujeta con la mano izquierda, después de haberle desatada el casco, y se prepara á hundiir su daga en la garganta. El rey de los moros ha perdido su espada, y no apone ya resistencia alguna; al ver Gradasso aquello, retrocede, y mientras Brandimarte, preocupado exclusivamente con su intento, no piensa en prevenir ningún otro ataque, alza su espada el rey de Sericania con entrambos manos, y da un tajo espantoso en el casco del hijo de Monodante. ¡Oh Padre celestial! dignate recibir entre tus elegidas á este mártir líel y constante que, al llegar al término de su vida harrescosa, recoge sus velas y se detiene en el puerto! ¡Cruel Durandel! ¡tú eres quien arranca la vida á una de los mejores amigos de tu antiguo dueño! El círculo da hierro de dos dedos de espesor que circuey el casco, queda cortado por la fuerza del golpe, se atraviesa también el capacete de acero. Vacía Brandimarte, pálido y ensangrentado, y cae en tierra, derramando torrentes de sangre por su ancha herida. El conde ha recobrado ya el sentido; ve á Brandimarte tendido sin vida, y la actitud de Gradasso indica suficientemente que él ha sido el matador. No podrá decir si fue mayor la cólera de Orlando que su dolor; pero na era aquel momento oportuna para gemir y sollozar: solo el furor debió estallar. Me detengo aquí.

### CANTO XLII.

**AGRAMANTE**—Orlando dá muerte á Gradasso.—Llora sobre el cadáver de Brandimarte.—Caída de Rolando que está embarazado herido.—Bernaldo quiere saber noticias de Anglante.—Se despiden del rey Carlos.—Encuentra á los Celos.—Descripción de este ministro.—Proteja el Destino á Bernaldo.—Este se propone ir á la tala de Lamjedusa.—Le ruego un caballero que pase la noche en su morada.—Descripción de un palacio magnífico.—Invitan á Bernaldo á que beba en la copa encantada.

¿Qué freno sería asaz poderoso, ni qué cadena bastante sólida, aunque fuera de diamante, para detener la cólera de un corazón noble que tropasa los límites de la clemencia con el objeto de salvar de la muerte ó la deshonra al objeto de su amor que se halla espuesta á la traición y la violencia? Si el arrebatado de una justa cólera le hace ser inhumano y cruel, merece indulgencia su falta, pues ha perdido la razón. Al conocer Aquiles el cadáver ensangrentado de Pabiaco cubierto aun con sus armas, no creyó que la muerte de su matador fuera una satisfacción suficiente y arrastró por la llanura el cuerpo de Hector llevándola de insultos y ultrajes. Vuestras soldados, ¡baste Alfonso, se inflamaron de igual furor el día en que, viéndolos herido en la frente por una piedra, creyeron que era mortal la herida. Las murallas, los fosos, los atrinchamientos mismos no pudieron

salvar á vuestros enemigos; perecieron todos sin que quedara ni uno solo para anunciar al español aquella derrota cruel. Oí derrribos y vuestra caída escitó el furor de vuestros guerreros; si hubiérais permanecido á su frente na so hubrían visto tantos escocos. Bastante era para vuestra gloria haber tomado á Bastia en menos horas que los días que emplearon los de Granada y Córdoba para arrancársela. Mas quizes fuu un Dios vengador que quisa castigar las crímenes é impiedad de aquellas bárbaros. El desventurado Yestidel, herido y desarmado, se había entregado á ellas, pero fue tropesada su cuerpo con mil lanzas por aquellos infames, muchos de los cuales pertenecian al islamismo. Llorero de aquí que no hay na da tan á propósito para escitar un cólera uoble coma el presenciar un ultraje hecho á su mansrea, á su pariente ó á su amigo. No hay pues, que estrañar que se apoderara la rabia de Orlando al ver la herida terrible que el rey de Sericania había hecho á Brandimarte. Cual el pastor salvaje empuja un estaca y persigue á la serpiente venenosa que ha mordido á su hijo irriendole mortalmente, así el conde esgrime á Belisarda, la mas terrible de las espadas. Hállase Agramante el primero al alcance de sus golpes; ensangrentado ya y herido en mil partes, sin espada, con su casco abierto, y rata su escudo, se desembraza de Brandimarte cual el ávido gavilán privado de su cola, se escapa medio muerta de las garras del buitre. La punta de la espada de Orlando penetra en aquella parte del cuerpo en que se une la cabeza al tronco. Queda cortado el cuello cual endeble caña y rueda la cabeza del monarca mientras que su cuerpo se retuerce en horribles convulsiones. Ya vaga su alma por las orillas del río á que el garfo de Aqueronte no tarde en arastrarle.

En el momento mismo cae Orlando con espada en mena sobre el altanero Gradasso, que al ver la suerte que cupo á Agramante y su livida cabera separada del cuerpo, tiembla y palidece. Un terror desconocido sobrecoje su alma, y un triste presentimiento le advierte que es inevitable su muerte. No se pone en defensa, ni intenta evitar el golpe mortal. Belisarda le alcanza en el costado derecho, debajo de las costillas, penetra en las entrañas, y sale mas de un pedmo de la hoja ensangrentada por el lado apuesto. Así fue inmolado el mas temible de los paganos por el mas audaz y valiente de todos los caballeros cristianos.

Olvidando el conde su gloriosa victoria, apésase de su carcel y se acerca lloroso á Brandimarte. El yelmo del hijudo Monodante se ha roto cual débil cascarrillo; el suelo está inundado de sangre. Quita Orlando el casco al moribundo paladín y ve la herida, que se estiende por entre las dos cejas hasta la nariz. Respira aun el héroe y puede pedir el perdon de sus faltas al rey del Paraíso; procura consolar á Orlando cuando ve su dalar, y le dice: «Recuérdame en tus oraciones; te recomiendo también á Flor-de-.....» Na puede acabar de pronunciar este nombre tan querido y espira. Oyense en el espacio las dulces melindas de las espritas bienaventurados que trasparan á la celestial marada aquella alma líbre ya de su mortal corteza. Aunque Orlando está convencido de que aguarda á Brandimarte la felicidad eterna, no puede menos de derramar lágrimas abundantes al pensar que queda ya privado para siempre de un hermano querido.

Sobrina yace en el suelo, oprimido por la pérdida de sangre que ha sufrido. Oliveria no ha podido levantarse ni sacar su pie, medio desconcertado y rota por el peso de su caballo; necesita que Orlando le auxilie para levantarse, pero sufre dolores atroces y no puede apoyarse en el pie lastimado: se ha entumecido la pierna, y necesita apoyo para andar algunos pasos. Esta victoria causa poco regocijo á Orlando, puz era un acontecimiento harto funesto para el haber perdido á Brandimarte y temer por la existencia

de su cuñado Oliverio. En cuanto á Sobrino, que aunque anegado en su propia sangre vivía todavía, quizás habría medio aun de salvarle. Orlando le hizo cuidar como á un hermano y procuró consolarle con palabras afectuosas; este paladín tan terrible en los combates, se mostraba siempre humano y generoso después de la victoria. Se reservó las armaduras de los dos reyes muertos, y abandonó á sus escuderos el resto de los despojos.

Federico Fulgoso parece poner en duda la veracidad de esta historia; ha recorrido todas las costas de Berberia y ha explorado la isla de Lampedusa, hallándola tan desierta y montuosa que, en concepto suyo, no se podría hallar sitio alguno á propósito para semejante combate. No cree, pues, que hayan podido ir á él seis caballeros con sus caballos; pero se le puede contestar que había en aquella época, en el interior de la isla, una llanura estensa que los temblores de tierra han cubierto después de fragmentos de roca. Así pues, antorchas brillante de los Fulgose, si vuestras dudas me han hecho algun perjuicio en el ánimo del príncipe ilustre que fue el pacificador de nuestra patria, díganos decirlo, es lo ruego, que en nada he alterado la verdad.

Dirigiendo el señor de Angliante sus miradas hacia el mar, vió una embarcación ligera que navegaba á toda vela hacia la isla. Pero no puedo decirlos en este momento lo que ocurrió; ¡bartos áéres reclamau que fije mi atención en otra parte. Veamos lo que hicieron los caballeros de Francia después que espulsaron de su territorio á los sarracenos. ¿Qué hizo la constante Bradamante cuando se alejó de ella un amante idolatrado? Os he descrito su desesperación cuando Rugiero violó sus juramentos en presencia de los dos ejércitos. ¿Cuáles serían ya sus esperanzas en lo sucesivo? Lloró, sollozaba, y acusó á Rugiero y al Destino; luego, en su terrible desesperación, profiere blasfemias contra el cielo que por injusticia ó debilidad dejó impune al perjurio. Maldice también á Melisa, cuyos oráculos engañadores la precipitaran en un mar de amores sin fin, en el cual tan solo puede naufragar: quéjase á Marisa de la conducta de su pérfido hermano y la pide auxilio contra su propia desesperación.

Marisa solo puede ofrecerle consuelos; no cree que Rugiero sea tan pérfido que prolongue mucho tiempo su ausencia, pero al falta á la fe jurada, olvidará ella también que es su hermano, y sabrá obligarle á regresar. Aplaca así los arrebatos de su amiga; pero después de haber oído todos los nombres que prodiga á Rugiero su irritada amante, venmos si Reynaldo, que está enamorado en extremo, es mas afortunado que su hermana Bradamante. Ya conocéis la llama ardiente que le consume; no es tanto la belleza de Angélica como la fuerza de los encantamientos, lo que le tiene subyugado. Mientras los demás guerreros disfrutan tranquilamente de las ventajas de la victoria, se entrega él á su dolor; ya despatchado cien correos en todas direcciones, y él también busca por el mismo á su amada. Acude por fin á pedir asistencia á Maugis; acérese á él con los ojos bajos, ruborosa la frente, y le suplica que le haga hallar al objeto de su pasión. Sorpréndele á Maugis aquella confesion, pues sabe que Reynaldo ha tenido mas de cien ocasiones de poseer á Angélica. Mas de una vez excitó al señor de Montauban á que correspondiera al ardor de aquella reina; pero amenazaba, ruegos, todo había sido inútil entonces, aunque la libertad del hijo de Beuves dependía de una sola palabra de Reynaldo. ¿De qué proviene ahora esa pasión repentina é inútil ya en lo sucesivo para los planes del astuto mágico? ¿Por qué se ha de compadecer del que por sus desdenes estuvo en poco que camara su pérdida? Sin embargo, los ruegos y súplicas de Reynaldo son tan vivos é impetuosos cual su pasión. Olvida Maugis su

antiguo resentimiento y promete ayudarle; pero necesita hacer algunos preparativos para saber el camino que ha tomado Angélica, y si está en Francia ó en otra parte. Penetra el encantador en una cueva situada entre dos montañas y que le sirve generalmente para sus conjuros. Abre un libro y evocando al instante á los demonios, éllye á uno que posee los secretos de todas las intrigas de amor; preguntale la causa del cambio que se ha operado en Reynaldo, el cual era antes tan cruel, y está á la sazón tan ciegamente enamorado. El espíritu infernal le explica la virtud de las dos fuentes de Merlin: una inspira amor, aversion la otra; los efectos de una no pueden ser destruidos sino bebiendo las aguas de la otra, que corren en sentido contrario. Reynaldo había bebido en la fuente del odio; después bebió de la otra, y produciendo en su corazón un ardor amoroso, concibió una pasión insensata hacia la mujer que hasta entonces despreciara. Los astros quisieron sin duda que aconteciera así, pues por un lado funesto, la hermosa Angélica bebió cuasi al mismo tiempo en la fuente que destruye el mas tierno amor; espertimó desde entonces tal horror hacia el hijo de Aimon cual si fuera un monstruo hediondo y repugnante; pero el ardor de Reynaldo era el mismo, á pesar de sus desprecios y desdenes.

Maugis, que conoce las propiedades de ambas fuentes, no ignora las faltas de Angélica; sabe que después de haber amado á un moro jóven ao ha marchado con él; después se embarcó en uno de los puertos de España en un buque catalán. Cuando fue Reynaldo á buscar la prometida contestación, recibió del encantador el consejo de renunciar á la ingrata que aceptaba por esposo á un vil pagano. Hallábase ademas tan lejos de Francia, que era imposible seguir sus huellas y alcanzarla. La desesperación de Angélica no habría contenido á Reynaldo, que fuera capaz de buscarla hasta en las estremidades del Oriente, pero lo que le llenó de dolor y desconsuelo, fue saber que un vil sarraceno había disfrutado aquella flor tan codiciada. En toda su vida no experimentó tan cruel angustia. No contestó ni una sola palabra á Maugis; su corazón se estreñeció, contrayéronse sus labios: arrebatado por furiosos celos, se aleja bruscamente para dar libre curso á sus quejas y lamentos. Decídese por fin á pasar al Oriente; dirijese á Carlomagno y le espone que Gradase, menospreciado todos las huyes de la caballería, le ha robado su caballo Bayardo. Exige su honor que le persiga para impedir que un cobarde se alabe descaradamente de haberse apoderado, con las armas en la mano, del corcel de un paladín francés. Consiente Carlos en que marche, á pesar del profundo sentimiento que tanto él como toda su corte experimentan al ver alejarse á tan esclarecido héroe. Rehúsa Reynaldo la oferta que le hacen Dudon y Guido el Salvaje de acompañarle, y se aleja de París con el corazón agitado por el amor y el sentimiento. ¿Cuántas veces despreció las ocasiones mas favorables, cuando era dueño de poseer á la mas hermosa de las mujeres! Con cuánta rapidez huyeron aquellos dias deliciosos por uno de los cuales daría á la sazón su vida entera! ¿Cómo es posible que un simple escudero haya podido mas que los caballeros mas ilustres y constantes? Entregado á estas reflexiones que desgarran su corazón, se dirije hacia la India y parte para Binsleia, siguiendo las orillas del Rhin. Pronto se interna en el bosque de los Ardenes; después que hubo andado algunas millas por aquella floresta misteriosa, llegó á un paraje desierto y salvaje. Cubrióse el cielo de improvito con negras nubes que ocultaron el resplandor del sol; un monstruo extraño con figura de mujer salió de una caverna. Nunca duerme, sus mil ojos no tienen párpados, y tiene el mismo número de oídos. Forman su cabellera serpientes enlazadas: sin duda le han vomitado los in-

fiernos. Una serpiente enorme que forma su cola, se repliega sobre sí misma y rodea la cintura del monstruo. Al verle Reynaldo, siente un terror desconocido para él hasta entonces; dominando, no obstante su temor, desenvaina la espada. Pronto el fantasma para atacarle, agita sus serpientes y le amenaza por cien lados á la vez. En vano tira el paladín tajos y mandobles á diestro y siniestro, pues no consigue herirle; á las voces se desliza la serpiente por debajo de su coraza y le clava en el corazon su aguijón emponzoñado, ó entra por la visera del casco y se arroja en derredor de su cuello y rostro. Renunciando el señor de Montauban á aquella lucha, oprime los hijares de su corcel y huye con rapidez; pero el monstruo infernal salta á la grupa de él y no le suelta, á pesar de los saltos y coques del caballo. Le sigue por los senderos mas estraviados y escabrosos, por montes y por valles. Estreméciese Reynaldo horrorizado; no siente herida alguna, pero experimenta un disgusto tan profundo que tiembla y gime. Llamando á voces la muerte ó el fin de aquel suplicio, se arroja ciegamente á la espesura del bosque, en los sitios mas escabrosos y llenos de arbustos espinosos, pero no puede desembarazarse de los hediendos y asquerosos brazos del monstruo: corre inminente riesgo de perecer, cuando recibió un auxilio inesperado. Ofrecióse á su vista un caballero cubierto de armas brillantes y que llevaba por cimera un yugo rojo; su escudo de oro estaba lleno de llamas, así como su cota de malla y el caparazon de su caballo: llevaba por armas una lanza fuerte y sólida, una espada y una maza de armas ardiente colgada al arzon de la silla. Esta maza de armas, forjada en los fuegos eternos, rompe con la mayor facilidad el broquel mas sólido, la coraza de mejor temple y el casco mas duro; con ella derriba todos los obstáculos. Precisa era tan poderosa intervencion para salvar á Reynaldo. Corre el caballero á rienda suelta hacia el sitio de donde salen los gemidos, y ve al monstruo sujetando á su presa, compadecese del paladín á quien hiela y abraza alternativamente el mortal contacto del fantasma y que hace esfuerzos tan desesperados cuanto inútiles. Cae sobre el monstruo, le pega y le derriba sobre el costado derecho; pero se vuelve á levantar al momento y se oyen los silbidos de las serpientes. El caballero le pega entonces con su maza de armas ardiente y da golpes multiplicados á la serpiente que no puede huir ni defenderse. Al mismo tiempo que obliga al monstruo á retroceder, aquel vengador de mil injurias aconseja al señor de Montauban que suba á la cumbre de la montaña; no vacila el paladín en seguir su consejo y trepa por la escabrosa loma sin mirar siquiera tras sí. Cuando el caballero hubo obligado al monstruo á entrar en los oscuros abismos del infierno, donde se roe y desgarrá á sí mismo, se reunió con Reynaldo y le guio fuera de aquellos sitios sombríos y agrestes. El señor de Montauban da gracias á su libertador y le asegura que con sacrificarle su propia vida no podrá pagarle debidamente el servicio que acaba de prestarle; le suplica que se dé á conocer para proclamar el nombre de su salvador en presencia de Cárlos y de todos sus caballeros. «No te ofendas, contéstas el desconocido, si no accedo al instante á tu deseo; te diré mi nombre antes que el sol haya hecho crecer siquiera un solo pajo á las sombras que proyectan los objetos en el suelo: pronto quedarás satisfecho.» Hablando de esta suerte llegaron cerca de una fuente, cuya frescura y la transparencia de sus aguas atraían con frecuencia á los viajeros y pastores. Era la fuente del Olvido; sus aguas apagaban los fuegos del amor, y eran las que habían inspirado á Angélica su odio hacia Reynaldo. En otro tiempo no sentís este siso tibieza ó repugnancia hacia aquella hermosa, porque había bebido en su mágica corriente.

Se detiene el caballero al lado de la fuente y dice á

Reynaldo: «Haremos bien en detenernos aquí.—Con mucho gusto, responde el paladín; me sofoca el calor y confieso que estoy cansado de mi lucha con el monstruo de que me habeis librado.» Echan pie á tierra y dejan pastar libremente á sus caballos por el bosque. Reclinados en el humilde césped, esmaltado con mil florecillas, desentran los yelmos, y Reynaldo, á quien devora su ardor, corre á la fuente y apaga á la vez su sed y su amor. En cuanto ve el caballero que humedece el agua los labios del paladín, se levanta con aire grave y altanero; y le dice: «Me llamo el Desden: ¡he venido á romper en tu yugo indigno de tí!» Al pronunciar estas palabras desaparece así como su corcel. Sorprendido Reynaldo con aquella maravilla, dirige sus miradas en torno suyo. «¿Será, dice para sí, algun demonio enviado por Mangis para librarme? ¿O será acaso el mensajero del Eterno que hizo bajar al ángel de Tobías para disipar su ceguera? ¿Ángel ó demonio, tributa gratitud al espíritu bienhechor cuyo poder ha catirizado las lagas de su corazon; siente renacer ya su antiguo desden hacia Angélica: no merece que vaya á buscarla tan lejos. Pero anhelando hallar á Bayardo y vengar su ultraje, continúa su viaje á la Sericiana según se lo enunció al emperador. Llega al siguiente día á Basilea, donde sabian que iba á tener lugar un combate entre Orlando, acompañado de dos paladines, y Agramante, Gradise y Sobrino; había traído esta noticia un viajero procedente de Sicilia. Desesperado Reynaldo al verse tan lejos del conde, apresura su marcha para renaisar con él; de diez en diez millas cambia de guias y caballos, pasa el Rhin por Constanza, atraviesa los Alpes y penetra en Italia. Deja tras sí á Verona y Mantua y llega á las orillas del Pó, atravesándole al instante. Llega el sol al término de su carrera y brilla ya en el firmamento la primera estrella. Dudando Reynaldo si deberá aguardar en la orilla del río la vuelta del día ó continuar su camino, ve á un caballero, cuyo aspecto es amable y bondadoso, el cual, despues de saludar al señor de Montauban, le pregunta si es casado. «Sí, contesta el paladín bastante sorprendido al oír tal pregunta.—Lo celebro mucho, añade el caballero; y si te dignas aceptar la hospitalidad que te ofrezco en mi morada, me apresuraré á manifestarte un secreto digno de toda la atención de un esposo.» Cansado Reynaldo del viaje y siendo ademas curioso por naturaleza, admite la invitacion del caballero.

Apeons se hubieron alojado un tiro de flechas del camino cuando vieron un palacio estenso, del cual salieron á su encuentro muchos pajes y escuderos con antorchas. Al penetrar el caballero de Clermont en aquel palacio, sorprendiéronle su arquitectura y magnificencia; tanta riqueza y esplendor no pueden pertenecer á la morada de un simple mortal. Las paredes están formadas de pórfiro y mármol serpentino, y en las puertas de bronce hay figuras cinceladas que parecen moverse y respirar. Bajo los pórticos se ven mosaicos admirables y se entra en un patio cuadrado que tiene en cada uno de sus costados una galería de cien brazas de longitud. A cada una de estas galerías precede un pórtico unido al edificio por medio de arcos de igual tamaño en que prodigara el artista los adornos mas variados. Se llega á estos arcos por un rambla tan suave que una acémila podría subir por ella sin dificultad con su carga en el lomo. Todas las galerías tienen puertas sostenidas por columnas de bronce ó mármol, que sirven de entrada á un salon magnifico; mas no procurará describir todas las maravillas de aquel palacio, ni toda la elegancia de las galerías subterráneas. Las columnas elevadas coronadas por capiteles de oro, los balcones elegantes, los artesonados recargados de pedrería, los mármoles mas singulares trabajados por artistas hábiles, las pinturas, las esculturas y otros mil objetos (aunque las sombras de la noche les quita una gran parte de

su mérito) probaban suficientemente que los tesoros de dos reinos no habían bastado para costear la construcción de semejante edificio. Entre todas aquellas maravillas sobresalía particularmente una fuente; cuyas aguas transparentes formaban una multitud de arroyuelos. Hallábase en medio del patio, á igual distancia de las galerías: tenía la forma de un pabellón octógono, coronado por un techo de oro, esmaltado por debajo y sostenido por ocho estatuas magníficas de mármol blanco que le mantenían con la mano izquierda. En la mano derecha tenían el cuerno de Amaltea, del cual caía el agua con delicioso murmullo en un pilón de alabastro. El ingenioso artista había tomado por modelos á ocho donas vestidas con distintos trajes, pero iguales en gracia y belleza. Cada una de ellas tenía apoyados los pies en otras dos figuras que entreabrían la boca y parecían estar cantando las alabanzas de las jóvenes colocadas sobre sus hombros; las estatuas inferiores tenían efectivamente en la mano cartelejos largos y voluminosos en que espresaban los nombres ilustres de las figuras superiores, con elogios pomposos. Un poco más lejos se veían también sus nombres trazados en caracteres brillantes. Examina Reynaldo aquellas estatuas á la claridad de las antorchas. La inscripción de la primera indica que representa á Lucrecia Borgia, cuyas virtudes y belleza consideran sus compatriotas los romanos como superiores á la de la Lucrecia de Tarquino. Los que sostienen tan noble y hermosa carga son, Hércules Strozzi, digno émulo de Lias, y Antonio Tibaldei, rival melodioso de Orfeo. La segunda estatua, no menos bella y graciosa, es la de Isabel, hija de Hércules! La ciudad de Ferrara se estimará mucho más honrada por haberla visto nacer en su seno, que por cualquiera de los favores que la fortuna bienhechora y propicia la concederá algún día en el variable trascurso de los años. Calandra y Bardenela, que ambos llevan el nombre de Juan Jacolo, la consagran sus cantos y sus escritos. La tercera y cuarta estatuas, colocadas cerca del sitio por donde sale el agua del pilón, representan á dos mujeres igualmente ilustres en nacimiento, virtudes y belleza. En la inscripción están los nombres de Isabel y Leonor; Mántua, famosa por haber sido cuna de Virgilio, no se envanecerá menos por haber nacido en ella estas dos mujeres admirables. Pedro Bembo y Jacobo Sadolei, sirven de pedestal á la primera; apóyase la segunda en el sabio Muzio Arelio y el elegante Castiglione. Todos estos nombres, tan ilustres hoy, eran desconocidos aun para Reynaldo. Cerca de Leonor está la estatua de la que estará dotada con tantas perfecciones que nunca podrá hallarse en las revoluciones de los siglos mujer alguna digna de serla comparado; es Lucrecia Bontivoglio, orgullo del duque de Ferrara, su padre. Canaleo la canta en sus versos armoniosos; Feisino y el Reno le escuchan con la misma admiración que experimentaron el Anfriso al oír los acentos de su pastor. El otro contor de Lucrecia es aquel poeta que desde las costas del mar hasta los límites de la India, y del uno al otro polo, llevó la gloria de la ciudad en cuyas cercanías tiene el Isaura su embocadura, ciudad antigua en que pesaban su oro los romanos. Guido Póntumo, favorito de Minerva y Febo, immortalizará á Pésaro. He aquí á Diana. «No temas, dice la inscripción, la arrogancia de sus miradas, es tan buena como hermosa.» La España, la India, Monsejo y Juba resonaron con los acentos penetrantes de Celio Calcagrim, cantor de tu nombre y de tu gloria. El otro esclavo suyo es Marco Cavallo, que hará salir de los muros de Auconna un menestral semejante al que Pegase hizo correr por el Parnaso ó el Helicon. Al lado de Diana está Beatriz. «Hará feliz mientras viva á su esposo, que quedará inconsolable con su muerte; la Italia perderá con ella su poder y libertad.» El señor de Corregio

y Timoteo, honra de los Bendelei, celebrarán á Beatriz en escritos llenos de armonía. Entre esta estatua y la de Borgia se ve á una dama tan noble y magestuosa, que á pesar de la sencillez de sus vestidos de luto se la distingue: así brilla Ciprino entre las demás estrellas. Cuanto más se fijen en ella las miradas, tanto más trabajo cuesta decir lo que inspira más en ella, si la gracia ó la modestia, la belleza ó la modestia. «Nunca se conseguirá cantarla dignamente, porque esta es empresa superior á las fuerzas de un simple mortal.» Su rostro tranquilo y apacible espresa cierto sentimiento por haber sido cantadas sus alabanzas por el poeta harto débil que se halla á sus pies. No hay inscripción alguna que revele los nombres de la dama y el poeta. En medio de la fuente había un pilón de forma ovalado que mantiene una frescura suave y deliciosa, debida á varios arroyuelos que serpenteaban graciosamente entre flores y arbustos aromáticos.

Allí está puesta la mesa. Conversando Reynaldo con su huésped, le recuerda su promesa, pero ve que le preocupa una tristeza sombría, y exhale suspiros lastimeros. Aunque onbelando saber lo que excita su curiosidad, no se atreve á interrogarlo. Al fin del banquete, un paje desempeña las funciones de copero, pone en la mesa una copa de oro adornada con piedras preciosas y llena de un vino exquisito. El caballero alza los ojos al cielo y vaga por su semblante, mas bien triste que alegre, leve sonrisa. «Voy á calmar tu impaciencia, dice á Reynaldo, y pondré á tu disposición un secreto precioso para todo hombre casado. En concepto mío yo hay hombre alguno que no arda en deseos de saber si es amado realmente por su esposa, si esta le respeta ó se burla de él, si soporta, en fin, sin saberlo, el peso ligero producido por la vergüenza que, todos excepto él, ven con facilidad, y que le hace asemejarse á cierto animal. Seguro ya en lo sucesivo de la discreción de tu esposa, lo amarás con más ternura que si dieras cabida en tu corazón á la duda y las sospechas. Nada hay que sea tan común como los celos injustos, mientras que muchos maridos viven en lo mayor tranquilidad á pesar de su infortunio. Si deseas adquirir la prueba de lo que sin duda crees, te basta beber en la copa que tienes delante de ti. Si llevas la cámara de Cornouailles, se derramará el líquido por tu pecho: si tu mujer te es fiel, beberás el licor de un solo trago. Haz pues, la prueba.» Al decir estas palabras miró el caballero al hijo de Aímon y parece esperar que se derrame el licor.

Después al pronto el paladín de averiguar lo que nunca agrada sober, coge la copa y la levanta; después contiene su curiosidad una reflexión repentina. Pero necesita descansar, señor; permítte que aguardé á otro momento para referiros la contestación del señor de Montauban.

## CANTO XLIII.

Argumento. — Reflexión sobre la fidelidad de las mujeres. — Historia de la copa encantada. — Cosas Raynald al caballero. — Viaje de Raynald por el Po. — Historia del perillito que produce piedras preciosas. — Llega Raynald á la isla de Lampedusa. — Desembarco de Fior-de-Lis. — El cadáver de Bradimarte es transportado á Agrigento. — Descripción de sus funerales. — Muere Fior-de-Lis en la iglesia, cerca del sepulcro de su amante. — El ermitaño cura á Sobrina y Oliverio. — Busto de Sobrina. — Conocen los guerreros á Ruggiero y la abadesa.

¡Avaricia detestable, sed insaciable de riquezas! ya no me estraña que subyugas á las almas viles y mancilladas por el crimen, pero no puede comprender que domines con la misma facilidad al mortal á quien sus virtudes habían hecho digno de respeto y oprecio, si hubiera podido sustranerse á tu vergonzosa influencia. El hombre para quien la tierra, los mares, el cielo y la naturaleza entera no tienen secretos,

el filósofo que lleva su audacia hasta el extremo de investigar los designios de Dios, todos, en fin, en cuanto se hallan infectados por tu infernal ponzoña no tienen mas idea ni preocupación que acumular oro. ¡El guerrero que dispersaba los batallones y derribaba las murallas, que llegando el primero al combate se retiraba el último, no puede librarse de tan afrentosas cadenas! El que se habría hecho ilustre en las letras ó las artes permanece por culpa tuya en las tinieblas del olvido. ¡Y vosotras, mujeres de esclarecido linaje y sin por belleza, vosotras que resistáis con frialdad constante á los transportes de un amante fiel, cedéis ¡ah! ¡quién lo creyera! á las seducciones de un viejo rico y hediondo! ¡Ay! ¡no hablo sin motivo, entienda quien quiera lo que yo sé con tanta certeza! No son ajenas estas quejas á la continuación de mi relato. Vuelvo al palacio que se prepara á hacer la prueba de la copa; reflexiona un momento antes de llevarla á los lábios, y esclama en seguida: «¡Cuán insensatos es el hombre que busca lo que mas teme! Mi esposa es mujer, y por consiguiente frágil. ¿Por qué he de querer renunciar á la buena opinión de ella? ¿Sería yo mas feliz acaso después de haber intentado una prueba cuyo resultado, si me es favorable, no me proporcionara ventaja alguna, y cuyo éxito puede ser funesto? Castiganos con frecuencia el Eterno por haber querido penetrar sus secretos; no sé si mi resolución es prudente ó insensata, pero no procuraré conocer lo que puede afligirme. Mandad quitar esa copa de vino, pues espero no probarla. Dios nos prohiba ese género de averiguaciones, así como prohibió al primer hombre que tocara árbol de la vida. Al cojer Adán la manzana puso á la tranquilidad y alegría á la desgracia, y su vida entera transcurrió en continua aflicción. Así le acontece al marido que es tanto curioso por saber lo que dice y hace su mujer; pierda su tranquilidad y se ve expuesto á ciertos tormentos.»

Al decir esto rechazaba la odiosa copa, pero ve que el coballero derrama lágrimas abundantes. Después de un momento de silencio esclama al huésped: «¡Maldición á la que me inspiró el deseo de hacer prueba tan fatal! ¡A no ser por mi curiosidad no habría perdido á mi dulce compañera! ¡Ah! señor ¡por qué no te habré conocido diez años antes! ¡Por qué no habré recibido tus consejos antes del día en que empecé mis penas y se aseguraron mis ojos en llanto! Pero quiero contarte mi historia para excitar tu compasión, refiriéndote la causa y origen de mis tormentos. Habrás visto cerca de aquí una ciudad bañada por un río que nace en Benico, forma un lago alrededor de la ciudad y va á arrojarse en el Pó; fue edificada sobre las ruinas de la que construyeron los soldados de la raza de Agenor. Mi familia era ilustre pero pobre, y vivía retirado. Para compensarme la naturaleza la pérdida de las riquezas, pareció colmarme con todos sus dones. Inspiré amor á mas de una dama, y aunque sea bastante ridiculo elogiarse uno mismo, confesaré que reunía á una hermosura no comun, modales muy distinguidos. En esa ciudad habitaba un anciano científico y profundo, que llegó á la edad de ciento veintiocho años; vivía en la soledad y aislamiento mas completo, pero hacía la declinación de la vida, sensible aun á los fuegos del amor, obtuvo á fuerza de regalos la posesión de una dama, de la cual tuvo una hija. Para conservar á esta casta y pura, para impedirle sobre todo que vendiera lo que es mas precioso que todos los tesoros, resolví sustraerla á las miradas de los hombres. Los demonios sometidos á sus órdenes edificaron, en medio de este desierto, el palacio en que nos hallamos. La niña fue confiada á algunas mujeres encerradas bajo el peso de los años, y que eran de probada discreción; la educaron con esmero y fue un modelo de belleza y talento. Nunca pudo ver ni hallar

ningun hombre, y para inspirarle amor á la prudencia, la pintura y la escultura la mostraban en todas partes las facciones de las esposas que habían sabido resistirse á los seductores. Allí se veían las imágenes y estatuas, no solo de las heroínas virtuosas de pasadas épocas, sino tambien de las que habían de ser algun día la admiración de la Italia entera, como eran las damas que servían de adorno á la fuente.

«Cuando llegó la jóven á la edad en que los frutos del amor se hallan en sazón, hizo el destino (no sé si fue favor ó desgracia) que me concedieran su mano. Este palacio magnifico, esos estanques, las praderas que le rodean en un radio de mas de veinte millas, constituían el dote de la que no tenía rival en gracias y hermosura. La armonía de su voz y la nobleza de su porte la daban aspecto de una deidad. Rival de Palas en prudencia y sabiduría, reunía la destreza de Aracné á la gentileza de las ninfas. Tenia un ardor apasionado cuyo solo recuerdo me consume aun; cifrañ toda su dicha en estar á mi lado! Así vivimos largo tiempo, pero al fin fue tortada nuestra dicha. Murió mi suegro, cinco años después de nuestro casamiento, y en aquella época comenzaron mis desdichas. Mientras yo creía hallarme al abrigo de los golpes de la suerte adversa y tentaba por do quiera las alabanzas de mi dulce amiga, inspiré loca pasión á una señora noble y rica de esta comarca. Mas hábil en el arte de los encantamientos y maleficios que la mágica mas consumada, hacia brillar la noche con deslumbradora claridad, oscurcía la luz del día, detenía el curso del sol y hacía temblar la tierra, pero aun así no era suficiente su poder para hacerme olvidar á mi esposa bella y jóven. Su belleza, sus encantos, sus riquezas, el ardor mismo de aquella mujer desdénada, no pudieron hacer saltar ni una sola chispa del fuego en que me abrasaba por mi esposa, y mi constancia me libraba de toda idea criminal. Para resistir hallé la suficiente fuerza en la esperanza de concebir mi vida al lado de una mujer fiel y constante por la cual habría yo despreciado los seductores atractivos de la hija de Leda, los favores de las fortunas y todos los dones que fueron prometidos en otro tiempo al pastor del monte Ida. No pudo librarme mi resistencia de las persecuciones de Melisa (este era el nombre de la mágica). Habiéndome encontrado un día fuera de mi palacio, aproveché la ocasión para hallarme á solas, y conseguí alterar mi confianza haciendo penetrar en mi corazón el orgullo fatal de los celos. Empecé tributándole elogios por amar con tal constancia á una esposa fiel, y añadió después: «¿Estás bien seguro de la virtud de tu mujer? Porque no cometa falta alguna, no pueda asegurar que sea incapaz de olvidar sus deberes. ¡Ah! si la dejas sola después de haberla prohibido que recibiera á cualquier otro caballero, pronto verías si tenía la fortaleza de ánimo suficiente para obedecerte. Haz la prueba, ajénate de tu palacio; que se sepa tu ausencia en las ciudades y campos, para que nadie ignore el aislamiento de tu mujer, y deja que lleguen hasta ella los amantes y sus tiernas epístolas. Si sus palabras y regalos la hallan insensible cuando pueda ella estar segura del secreto mas profundo, entonces no deberás dudar de su virtud.» Así me oscita la mágica á poner á prueba la fidelidad de mi mujer. «Pero en fin, repliqué, si mi esposa es cual yo no puedo creerla, cómo obtendré la prueba de ello, de qué modo podré convencerme de su falta ó su resistencia? — Yo te daré, repuso Malisa, la copa maravillosa que remitió Margano á su hermano para descubrirle la traición de la reina Goiebra. El esposo feliz bebe en ella sin trabajo; el marido engañado no puede llegarla á los lábios sin que antes se derrame sobre él su contenido. Haz esa prueba en el momento mismo. Como tu mujer no ha tenido el mas mínimo desah, beberá con entera facilidad; mas tarde si be-

bes el licor de un solo trago te tendré por el mas feliz de los esposos. » Acepto la oferta, y la primera prueba es excelente, adquiriendo una dulce certidumbre que me llena de júbilo. « Alejate ahora por un mes ó dos, replica Melisa, y vuelve luego á hacer de nuevo la experiencia; verás entonces si llegan siquiera tus lánias á humedecerse con el liquido. » Pareciana cruel marcharme, meaos aun por la idea de mi desconfianza culpable que por el sentimiento de permanecer lejos de mi mujer un día, una sola hora. « Otro estratagemá puede servirte, añade la mágica; trasformar tu voz, tu fisonomía, tu traje, y tu mujer te tomará por un extraño. » Cerca de aquí hay una ciudad, próxima á la embocadura del Pó, cuyo territorio se estende hasta la sinuosa orilla del Mediterráneo. Aunque es nueva antigua que las ciudades de los alrededores, no desmerece en riqueza y hermosura, tuvo por fundadores á algunos troyanos que se libraron de la espada de Aquiles. Había en esta ciudad un gobernador jóven y hermoso, que poseía riquezas inmensas. Habiéndose extraviado un día cazando, llegó cerca de mi palacio y vió á mi mujer, cuyos atractivos hicieron en su alma una impresion profunda. Desde entonces no descuidó medio alguno para seducirla, pero sus rigores y negativas concluyeron por negarle. Habiéndome aconsejado Melisa que tomara la forma del gobernador, trasformó súbitamente mi voz y mis facciones. Advertida mi mujer de que iba yo á hacer un viaje, creia que lloraba ya dos dias de camino en direccion al Oriente, cuando me presentó á ella bajo el aspecto y traje del gobernador. Me acompañaba Melisa disfrazada de payo, llevando las piedras preciosas mas singulares de la India y de Eritrea. Conociendo ya todas las entradas y salidas de mi palacio, pude llegar bien pronto con Melisa adonde se hallaba mi mujer, que á la sazón estaba sola, lejos de sus doncellas y criados. La habí con espasmodico ardor, ostentando ante su vista los rubies, diamantes y esmeraldas, medio fustego que habia de conmover á la virtud mas rebelde. La dije que nada oran aquellos regalos en comparacion de los que obtendria de mi amor; no ignoraba la vehemencia y constancia de una pasión que era tiempo ya de recompensar, pues la ausencia de su esposo vos ofrecia ocasion propicia para ello. Manifestóse al pronto ofendida de mis palabras; cubierto el rostro con el carmin de la vergüenza, se negó á escucharlo; mas despues parocieron ablandar su corazon los fuegos brillantes de la pedrería. Por último me dijo con voz baja y temblorosa estas palabras crueles que son tormento constante de mi existencia: « Me entregaria á tus deseos si tuviera la seguridad de que un misterio impenetrable habia de esculpir mi conducta. » Esta respuesta cruel penetró en mi corazon cual un dardo envenenado. Recorrí mi cuerpo un frio mortal; no pude pronunciar una palabra, y Melisa me restituyó en el momento mismo mi forma primitiva. Juzga cuál seria la vergüenza de que me acusaba de hacerme tan terrible ofensa. Quedamos entrambos pálidos, mudos y con la frente inclinada. Apenas tuvo ánimo para decirlo: « ¿ Con que me harías traicion, infame, si hubiera alguno que quisiera pagar tu deshonra! » No dió mas contestacion á estas palabras que derramar un torrente de lágrimas.

« La vergüenza que experimentaba cedió bien pronto el puesto al desprecio, y despues al odio y el furor. Decidida á huir de mi lecho, aguarda á que Febo haya bajado de su carro, y corre á la orilla del rio, se embarca en una leucha y se aleja, favorecida por las sombras de la noche. Reúnese al caballero que tanto la amó y cuya figura habia yo tomado para hacer una experiencia cruel; continuaba estando perdidamente enamorado de ella, la recibió lleno de júbilo. Me escribió mi esposa diciéndome que renunciara para

siempre á poseerla, pues rechazaria mi amor. Desde entonces vivijuntos en medio de los placeres, mientras que yo me consumo en penas crueles, siendo tan terrible mi tormento, que creí llegar al término de mi vida, pero una porcion de infortunios semejantes al mio vinieron á aliviar mi desesperacion. Diez años há que convivo á todos los viajeros á quienes recibo en mi palacio á que hagan la prueba de la copa, y aun no he podido hallar uno solo que pudiera beber el licor contenido en ella. Es muy consolador para mi el ver que tantos otros esposos participan de mi infansta suerte. Así es como me he visto castigado por mi loca curiosidad, y he perdido para siempre mi reposo. Melisa creyó al pronto obtener la recompensa de su trama, pero corta fue la duracion de su alegría: la detestaba como la autora de mis penas, y no quise volverla á ver. Irritada con mis desdones, resolvió huir del que tanto amaba y tan en vano, y abandonó los sitios en que creyó reinar cual soberana absoluta; Melisa ha desaparecido y no he vuelto á oír hablar de ella. »

Así habló el caballero, y Reynaldo, lleno de compasion, le dijo después de algunos momentos de silencio: « Melisa te dió un consejo pódigo: bicisto lo que un insensato que inquieta un enjambre de abispos; corriste al encuentro de lo que mas debías temer; jno es extraño que cedieras tu esposa al atractivo de seducciones que hicieron delinquir á otras muchas antes de ella! Almas de mayor fortaleza se han entrogado por mucho masos á acciones mas vergonzosas. El deseo de tener oro ha hecho á mas de un hombre ser traidor á sus amigos ó á su rey. ¿ Por qué complomsto armas tan terribles contra la que hallabas inalterable en su resolucion? ¿ Ignoras que el oro baco mella en el mármol y acero? A la verdad, no sé si tu mujer es mas culpable que tú; atacado del mismo modo, quizas habrias succumbido con mayor facilidad. » Al decir esto se levanta el señor de Montauban de la mesa con intencion de disfrutar algunos momentos de reposo; se propone marchar una hora antes del amanecer y quiere aprovechar el poco tiempo que aun le queda hasta que salga la aurora. El caballero le invita á que baga su entera voluntad, pero para facilitarle el medio de dormir con comodidad y viajar durante su sueño, le dice: « Voy á mandar preparar una barca que te trasporte por la apacible corriente del rio, y así adelantará, sin observarlo, una jornada de mucho. » Acepta Reynaldo y da las gracias á su huésped por su cortesania; dirijese despues hácia el rio, en donde lo esperan ya los marineros.

Cediendo la barca al vigoroso empujo de seis remos, desliza por la tersa superficie del agua con la rapidéz del pájaro que blende el ai. Ereyoldo se duerme despues de haber encargado que no lo desportasen hasta llegar á las cercanías de Ferrara. Pasa la barca por Melara, Sermino, Figarolo y Stellata, donde se divide el Pó en dos brazos. El piloto sigue el de la derecha, dejando el otro que va á bañar los muros de Venecia, y llega á Budeno en el momento en que el cielo se aclara por la parte del Oriente. Emplea la aurora á derramar sus brillantes flores por la bóveda celeste, cuando despierta Reynaldo y vo desde lejos los dos castillos de Tealdo: « ¡ Oh ciudad venturosa, esclama, cuyo porvenir glorioso me ha predicho mi primo Maugis despues de haber consultado los estros, sobrepujará en prosperidad y renombre á todas las ciudades de Italia! »

La barca parece volar por la tranquila corriente del rey de los reyes; detiéndose por último cerca de la isla mas pequeña, que es el mismo tiempo la que está mas próxima á la ciudad. Aunque se halla inculca y abandonada, complécese Reynaldo en contemplarlo, pues sabe cuál ha de ser algun día su prosperidad. En otro tiempo le dijo Maugis: « Cuando el sol haya pa-

sado setecientas veces por el signo Aries, esa isla se convertirá en la mas rica y feraz de cuantas se bailen circundadas por lagos, rios ó mar. Al verla olvidará el viajero las maravillas de la patria de Nausica. Sus edificios superarán en belleza á los de Caprea; los jardines de las Hesperides, no habrán producido plantas mas singulares: Circe no llegó á poseer nunca en sus parques ni en sus estados tan inmenso número de animales, ni de tan variadas especies. Los amores y las gracias abandonarán con frecuencia á Chipre y Grito para ir á jugar en aquellos bosquillos. Todas estas maravillas serán efecto de la industria é inteligencia de un príncipe que uniendo el poder á la inteligencia, sabrá ademas rodear su ciudad con murallas y fortificaciones tan inexpugnables, que podrá defenderse de todas las invasiones sin mendigar ajenos auxilios. Este héroe, hijo de un príncipe llamado Hércules, será padre de otro Hércules.» Recordó Reynaldo las predicciones de Maugis, y al ver el aspecto salvaje de la isla, decía para sí: «Es posible que del seno de esos pantanos surja en los venideros tiempos una ciudad floreciente, asilo de las ciencias y las artes? Esa aldea miserable se convertirá en una ciudad estensa y suntuosa: ese suelo húmedo y pantanoso se convertirá en fértiles campiñas. ¡Ciudad venturosa! ¡Saludo de antemano á tus señores tan corteses y magnánimos, á tus caballeros tan valientes y á tus nobles habitantes! ¡Quiera el Altísimo conceder á tus príncipes, tan sabios como justos, dias de paz, de ventura y de abundancia! ¡Ojalá puedan librarte tus soberanos del furor y ataques de tus enemigos! ¡Sé para tus vecinos un objeto de admiración y envidia eterna! Mientras habla Reynaldo, boga con mas rapidez que cuando el halcon cazador hunde el aire para precipitarse sobre su presa. Lintase luego la barquilla en un nuevo brazo del rio, desaparece la isla, y los viajeros dejan tras sí á San-Giorgio y la torre de la Tosta y de Gaibana.

Como acontece con frecuencia que una idea produce otras muchas sucesivamente, pensando Reynaldo en el caballero que le habia recibido en su palacio y en la ciudad á que estaba reservado tan brillante porvenir, recordó la copa reveladora de las faltas de las mujeres; reflexionó en la prueba que hacia el caballero con sus huéspedes y se sonrió al recordar que todos los maridos han derramado el licor al intentar beberlo. Arrepíntese un momento de haber sido barto prudente, otras veces dice para sí: «Debo aplaudirme por lo que he hecho; un buen resultado sólo hubiera servido para mantenerme en eterna coquedad, una decepcion me habria causado penas sin fin. Vale tanto mi conviccion como una certidumbre. Tuve pues poco interes en buscar la prueba de lo que ya creia, y me esponsia á los tormentos mas crueles provocando relaciones perjudiciales para mi Clarisa: era jugar un ulbr de mil contra uno, y arriesgar mucho para ganar muy poco.»

Mientras se entrega Reynaldo á estas reflexiones, uno de los remeros que está sentado junto á él, le mira atentamente; parece aquel hombre adivinar sus pensamientos y le dirige la palabra. No tardaron en censurar juntos la conducta del caballero que espuso su mujer á una tentacion superior á las fuerzas de su sexo; convinieron ambos en que la mujer que fuera capaz de resistir á tales seducciones arrostraría los golpes de mil espadas ó las llamas de una hoguera. «Habeis obrado con mucho juicio, señor, añade el barquero, el reconvenir á mi amo por su imprudencia, hay muy pocas almas que sean bastante bonradas para rechazar tales ataques. ¡Sabreis acaso la historia de una dama (so la difundido ruidosamente por leganas tierras) que supo hacer que su marido incurriera en una falta comparable á la que ella misma estuvo en poco que pegara con la vida? Mi amo, olvidando el poder

del oro y pedrería, no aprovechó un ejemplo que tenía bien á la vista, porque la aventura á que me refiero aconteció en nuestra patria, en esa hermosa ciudad que el Mincio, detenido en su curso, baña y rodea como un lago. Quiero hablar de Adonio y del perro maravilloso que ofreció á la mujer del juez. — Esa historia no la atravesado los Alpes, repuso el psalidin; nunca oí pronunciar el nombre de Adonio en Francia ni en ninguna parte, y me darás mucho gusto refiriéndola.» El barquero lo hizo así: «En un tiempo vivía en Mantua un hombre de categoría que en su juventud, vestido con larga toga, habia estudiado la ciencia de Ulpiano. Cuando quiso elegir esposa, halló en la ciudad inmediate una joven que pertenecía á una familia distinguida y poseía tantas gracias y atractivos que parecia haber sido creada por mano del Amor y las Gracias. Tantos eucantos tenian que turbar inevitablemente el reposo de Anselmo, y fue pronto el mas celoso de los maridos. Había en la misma ciudad un caballero joven y de illustre cuna, de cuyos abuelos decíase que remontaba el origen hasta aquellos hombres producidos por los dientes de un dragon, que fueron sembrados por Cadmo. Contaba entre sus ascendientes á la linda Manto y los que la ayudaron á edificar la ciudad en que nació; Adonio, que así se llamaba el caballero, concilió la esperanza de erudir á la esposa de Anselmo ostentando no lujo sin igual en las fiestas y banquetes, y superando por la magnificencia de sus trajes á los señores mas ricos y poderosos. Los tenores de Tiberio no habrían alcanzado para cubrir tanto gasto, y el patrimonio de tan pródigo joven fue disipado en meses de dos inviernos. Hallóse abandonada bien pronto su casa por aquella multitud de enemigos que no hallaban en ella codornices, perdices ni faisanes. Precipitado desde la alta posicion en que se hallaba se vió excluido de las reuniones de aquellos cuyos socorros está cuasi reducido á mendigar; tomó el partido de ir á ocultar su miseria en un país lejano, donde es penoso vivir desconocido. Un mañana, pues, se puso en camino, sin despedirse de nadie; y mientras caminaba tristemente por las orillas del lago, absorbía todas sus ideas por la mujer á quien amaba aun, á pesar de su desgracia, un acontecimiento imprevisto llegó á sacarle de un abismo de miseria para elevarle al colmo de la felicidad. Vió á un labriego que estaba pegando palos á una zarza con la estaca que llevaba en la mano. Detúvose Adonio y le preguntó qué hacia; el pasano le contestó que habia visto huir y esconderse en la zarza la culebra mas grande que pueda imaginarse. «No me marcaré de aquí, añade, sin haber muerto á ese maldito animal.» Oyó el caballero con sentimiento proferir esta amenaza contra un animal que le recuerda el antiguo blasón de su raza y que se parece al dragon. Manda al labriego que deje en paz á la culebra y continúa su viaje hacia el sitio en que espera ocultar su infortunio, y donde pasa siete años entregado al mas profundo dolor. Sin embargo, el enajenamiento y la pobreza, que muchas veces alteran la razon, no habian podido apagar su amor. Consumido por un fuego secreto, quiso volver á los sitios en que habiaba la soberbia de su corazón. Triste, con los cabellos y barba en desorden, privado de todo recurso, volvió á emprender el camino de su patria. En la misma época se decidió el sueldo de Mantua á enviar cerca del Santo Padre un embajador, cuya residencia en Roma debía tener una duracion ilimitada; designó la suerte á Anselmo para esta misión. ¡Infortunado! Esta eleccion fue para él origen de eterno llanto! En vano invocó todos los pretestos y empleó todos los medios imaginables para sustrerse á la obligacion de hacer aquel viaje: no tuvo mas remedio que marchar. Fue mayor su dolor que si le hubieran desgarrado la carne ó arrancado el corazón. Pálido, devorado por

la inquietud y los celos, suplica á su esposa que le sea fiel, repitiéndola que la belleza, la buena posición y la fortuna nada son sin la buena reputación que hace á una mujer ser respetada por todo el mundo. Brilla la virtud con mas pura aureola cuando resiste los ataques de la seducción. La ausencia de su esposo va á proporcionarle motivos para probar que es un modelo de castidad. Con semejantes discursos procura fortalecer su virtud. ¡Su esposa parece hallarse muy afligida; gime y solloza; aquel viaje la sume en el mayor desconsuelo! ¡Si se la ha de creer, el sol apagará sus fuegos para siempre, antes que sea ella pífida! ¡Antes morirá que hacer traición á su esposo! ¡Aunque estas protestas tranquilizan en parte á Anselmo, quiere obtener otra prueba mas segura! ¡Ob curiosidad deplorable! Va á ver á uno de sus amigos, adivino célebre, que posee todos los secretos de la magia; y le suplica que le diga si su

mujer, su querida Argia, permanecerá siéndole fiel, ó si olvidará sus deberes. Accede el astrólogo á sus ruegos, traza líneas y figuras, y consulta las constelaciones. Anselmo se separa de él, y vuelve al siguiente día para saber el resultado de sus cálculos. En vano permanece silencioso el adivino, esforzándose en no contestar á sus preguntas; vencido por sus ruegos importunos, le anuncia su suerte desgraciada. En cuanto haya marchado le será infiel su esposa; seducida por un vil interés, que no por la belleza y dulces palabras de un amante, hará traición á su marido. Si conocéis los trasportes del amor, prodréis juzgar cuál fuera la turbación de Anselmo, que veía aumentarse sus temores y sospechas por la influencia de los astros enemigos. Pero lo que llevaba su dolor al último extremo era la idea de que Argia traficaría con su honra. Con la esperanza de librarla de tan inusitado crimen (¿no arrastra la miseria al hombre al robo y



Orlando apaña con el cadáver de Bradamante á Agrigento.

al sacrilegio?) la deja Anselmo la disposición de todos sus dominios, joyas, pedrería y dinero. «Te entregó por entero mi fortuna, la dice; puedes vender mis tierras, fundir ó gastar mi oro, pues nunca te pediré cuenta de ello. ¡Si vuelvo á hallarte tal cual hoy te dejo, poco me importan mis tierras y palacios!» Flúgala tan solo que se retire á vivir al campo, lejos del mundo engañoso; piensa que los rústicos aldeanos, consagrados á la cultura del campo ó á custodiar sus ganados, no atentarán á su honor. Abraza Argia á su desventurado esposo y le baña el rostro con su llanto, reconviniéndole por sus injustos temores, sospechas y desconfianza. Pero fuera harto prolijo referir todas las palabras que se dijeron en el momento de separarse. «Te confío mi honor,» fue lo último que dijo Anselmo, y pareció saltárselo del pecho el corazón. Argia siguió largo trecho á su esposo con la vista, y sus ojos parecían dos manantiales.

»Durante este tiempo, el desdichado Adonio, pálido y desfigurado por una barba muy larga y pobrada, se acercaba á su patria, en donde pensaba vivir ignorado; llegó á orillas del lago, cerca del sitio en que salvó la vida á una culebra, á quien quería matar un labriego. Era al amanecer, brillaban aun en el cielo algunas estrellas, y á la escasa luz del matutino crepúsculo, vió ante sí á una dama vestida con un traje extraño. Era su porte magestuoso y noble, y aunque no llevaba consigo doncellas ni escuderos, conocíase que era persona distinguida. Adelantóse con afectuoso semblante hacia Adonio, y le dijo: «No me conoces, y sin embargo te estoy agradecida

y aun soy parienta tuya, pues ambos descendemos de Cadmo. Soy la hada Manto, yo fui quien fundó esa ciudad y la di mi nombre. Aunque soy hada, me hallo sometida como todas mis hermanas á una ley funesta. A pesar de ser inmortales, estamos sujetas á todos los males, y por una condición de nuestra misma existencia, en el sétimo día de la semana nos vemos precisadas á tomar la forma de una culebra. ¡Nos vemos reducidas así á arrastrarnos, lo cual es para nosotros la cosa mas cruel y humillante, y maldecimos la vida! En dicho día nos vemos expuestas á toda clase de peligros, pues no hay animal mas aborrecido que la culebra. Nos llenan de ultrajes, nos pegan, nos persiguen y nos destrozan si no podemos hallar un asilo. Tú me libraste de manos de un labriego que me maltrataba; á no ser por tu intervención favorable, corría lúminente riesgo de que me rompieran la cabeza ó los riñones, y aunque viva, habría quedado coja ó contrahecha. Bajo aquella forma estamos privadas de todo nuestro poder, y aun el cielo mismo se muestra rebelde á nuestras leyes. Sin embargo, nuestras palabras detienen al sol ó le obligan á ocultar sus rayos, gira la tierra sobre su eje, el hielo se convierte en fuego y se congelan las llamas; quiero recompensarte ahora el buen servicio que me prestaste. Libre ya de la tosca corteza en que entonces me hallaba envuelta, no tiene límites mi poder: puedo hacerte ser mas rico de lo que nunca lo fuiste y ponerte para siempre al abrigo de la pobreza, tus prodigalidades solo te conducirán á aumentar tu fortuna. Sé que ama amas á la que fue causa de tus

desgracias; yo te proporcionaré los medios para que llegues á conseguir tu deseo. Mientras está Anselmo ausente, ve á presentarlo á su mujer, que vive retirada en el campo; yo te acompañaré.»

«Enseñale el hada el modo de presentarse á la mujer á quien adora; lo indicé el traje que ha de llevar y aun le dicté las palabras que había de pronunciar. Manto tiene el poder de metamorfosizarse; elige la forma de un perro de maravillosa pequeñez, lleno de gracia y agilidad, con pelo largo y sedoso, y mas blanco que el armiño. Adonio se vistió el traje de uno de esos peregrinos que piden en nombre de Dios hospitalidad y limosna; detúvose cerca de algunas cabañas inmediatas al castillo y tocó una especie de gaita, á cuyo son bailaba el perrito puesto en dos patas. Vióle Argia desde lejos y mandó á decir al peregrino que fuera con el perro al patio del castillo. Empezábase á cumplir el destino del juez.

«Dócil el perro á las órdenes de su amo, ejecuta una porción de bailes extranjeros y da infinitos saltos y vueltas; desplega tal destreza y habilidad, y da pruebas de tan extraordinaria inteligencia, que los espectadores le admiran con la mayor atención y sin atreverse siquiera á respirar. Argia, sorprendida al pronto, tarda muy poco en concebir el deseo mas violento de poseer aquel perro y encarga á su nodriza que ofrezca por él una suma considerable. «Aunque poseyerais, contesta el ostato peregrino, todos los tesoros que posee una mujer avara, no tendrías lo suficiente para pagar el valor de una sola pata de este perro.» Y llamando aparte á la nodriza, ordena al perro que le dé una moneda de oro; sacúdese el animalito y cae una moneda del oro mas puro y brillante.

Adonio hace á la mujer que acepte la moneda y añade: «¡Piensas que querré yo deshacerme de semejante compañero? No formo un solo deseo que no le ejecute él al momento. Perlas, joyas, trajes ricos y preciosos, nada me niega. Sin embargo, puedes decir á tu ama que se le cederé, no á cambio de oro, pues no tiene ella el suficiente para pagarmele, sino por pasar una noche con ella.» Al decir esto, le encarga que ofrezca á su señora una de las perlas que deja caer el perro sacudiéndose. Este arreglo, en concepto de la nodriza, es mas ventajoso para su ama que un gasto de diez á veinte ducados. Corre presurosa á ver á Argia y la escita con vehemencia á hacer la adquisición del perro por un precio que, aunque se dé, no se pierde. Argia, un poco por virtud y mucho por incredulidad, rechaza este consejo; pero la nodriza la acusa, la tranquiliza, la apura y la hace observar que no volverá á hollar tan buena ocasión. Por último, consiente la hermosa en ver otro día al perro en su propia estancia. Esta segunda entrevista es fatal para el pobre juez! El perrillo hace rodar por el suelo una cantidad inmensa de doblones, perlas y otras muchas piedras preciosas, cuya vista conmueve el alto corazón de la dama. Afloja mas y mas su resistencia al conocer que el peregrino es el mismo caballero que tanto y con tal constancia la amó. Los perdidos consejos de su nodriza, las palabras apasionadas de Adonio, las riquezas que ostenta este á su vista, la prolongada ausencia del anciano Anselmo, la esperanza del misterio, en fin, triunfo de su poder y acepta el perro al precio que fijara Adonio. Disfruta el caballero largo tiempo de los dulces favores que su amada le concede; la hada no se separa de ellos y el sol listó los doce signos del Zodiaco antes que obtuviese el juez su evidencia de desgracia. Por fin, lleno de celosa inquietud, se apresuró á volver. La primera visita que hizo fue al adivino; le suplicó que le dijera si Argia había sido infiel ó si había guardado su fe. Traza el astrólogo sus figuras, interroga á los planetas y le contesta que se ha cumplido su predicción: su esposa ha admitido los espléndidos regalos de un amante. Una lanza ó un chazo que se cla-

varan en el pecho del juez, no habrían podido hacerle una herida mas cruel. Para convencerse por sus propios ojos de una desgracia de que no le cabía ya la menor duda (¡tal era su confianza en las palabras del adivino!) hace á la nodriza mil preguntas para saber de ella la verdad, pero son inútiles todos sus esfuerzos y no puede obtener el mas mínimo dato. Acostumbrada á fingir, lo niega todo con la mayor desfachatez y á fuerza de astucia mete á Anselmo en tal confusión que dura su perpétua mas de un mes. La duda era preferible en su grado á lo cierto; pues que había de ser para él un motivo poderoso de desesperación. Viendo que quedaban sin efecto sus ruegos, amenazas y regalos, esperó el juez prudentemente á que se destilara la discordia entre Argia y su nodriza, pues sabía que entre mujeres pronto se suscitan rencillas y disputas. No se engañó en su cálculo; á la primera disputa que aquellas tuvieron, fue la nodriza espontáneamente á revelar toda la intriga amorosa sin omitir el mas mínimo pormenor. No procurará describir el dolor del juez, solo sí diré, que le faltó poco para perder la razón. En su furor quiere matarse, pero después de haber muerto á la perjurá. El mismo puñal vengará su ultraje y pondrá término á su martirio. Decidido á ejecutar este proyecto, vuélvese á la ciudad y manda el castillo un criado fiel. «Te presentarás á mi mujer, le dice, y la anunciarás que Anselmo, atacado por una enfermedad aguda, tiene ya pocos momentos de vida. Si Argia profesa aun algun cariño á su esposo se apresurará á ponerse en camino: vendrá sin vacilar, y en el viaje, la daré la muerte.»

«El asesino cumplió fielmente su cometido. Monta Argia á caballo y se pone en camino con su perrito. La hada no le ocultó el proyecto de su esposo, pero la dijo que no tuviera inquietud alguna, puesto que sabría defenderla de cualquier peligro. Al llegar á un sitio aislado y desierto, cerca de un torrente que bajaba en cumbre de los Apeninos y echaba sus aguas en el rio, juzgó el asesino que la sombra de los bosques favorecería su crimen. Descaminando su espada dice á Argia que pida perdón á Dios de sus culpas y pecados, pero desapareció su víctima en el momento en que creía herirla y en vano procuró hallarlo. Confuso y avergonzado volvió al lado de Anselmo, que oyó con estupor el relato de aquel acontecimiento inexplicable y extraño; no podía imaginar que su mujer estuviera tan protegida por el hada Manto. Al descubrirse todo la nodriza había omitido esta circunstancia, no sé por que. El furor del esposo ultrajado es el mismo que antes, y ademas no le podido lavar su afrenta. Nada era antes su desesperación comparada con la que sufre á la sazón: pública es su vergüenza; y todos le señalan con el dedo. Antes podía obrar con misterio, pero es conocida de todo el mundo su tentativa de venganza. En efecto, conociendo ya Argia sus crueles intenciones, para librarse de lo cólera de su marido se entregará á un hombre poderoso que la conservará en su poder con menoscupio y vergüenza de su esposo, y aun quizás se entregue á un amante que sea bastante infame y vil para explotar su belleza. Temiendo tan terrible desgracia, envía Anselmo emisarios por to las partes y hace explorar hasta las aldeas mas miserables de la Lombardia. Hace por sí mismo pesquisas activas y visita los parajes mas solitarios, pero no adquiere noticia alguna. Por último manda á su criado que le lleve al sitio en que desapareció Argia, creyendo que su mujer se ocultará durante el día en los bosques y pasará la noche en alguna cabaña inmediata. Penetran amo y criado en el bosque y descubren un palacio mágico. Manto había creado lo imprevisto, á ruegos de Argia, aquel edificio con muros de alabastro y resplandeciente de oro. Difícil fuera describir ni imaginar nada mas admirable. En su interior ofrecía aun mas maravillas, y el pala-

cio de mi amo que habeis hallado tan hermoso, no hubiera sido al lado suyo sino una humilde cabaña. Las habitaciones, las galerías, las cuadras y las bodegas estaban tapizadas con terciopelo y telas de oro y plata. Velanse por lo quiera ricos jarrones, piedras preciosas de todas clases y colores que servían de copas, de platos y aun de mesas.

Sorprendiéndose el juez de bailar aquel palacio magnífico en un desierto donde no pensaba ver siquiera una choza miserable. Creyó en el primer momento que turbada su razón por la embriaguez ó engañado por la ilusión de un sueño, se estraviaba en un delirio completo. En el pórtico principal había un etíope de nariz aplastada, labios abultados y rostro hediondo y repugnante. Aquella copia horrible de Esopo hubiera asustado á los alegres habitantes del Paraíso. Su traje era sucio y andrajoso como el de un mendigo: en fin no puede daros sino una idea muy superficial de la fealdad de aquel ente. No sabiendo Anselmo á quién dirigirse, pregunta á aquel hombre quién es el dueño del palacio. « Ese palacio es mío », contesta el Etíope. Anselmo cree que quiere chancarse, pero le afirma el negro con nuevos juramentos que ninguna mortal puede disputarle la posesión de tan suntuosa morada. Añade que un puede el juez visitarle y nigrir en él lo que más le agrade, y sea para sí ó para sus amigos. Confía Anselmo su caballo al criado que lo acompaña y recorre las diferentes salas; ologia su belleza, el buen gusto de su arquitectura, sus esquisitos adornos y la riqueza de los muebles, dejando escapes con frecuencia esta exclamación: « ¡ Todo el oro del universo no sería suficiente para comprar tan suntuosa morada! Du ti depends poeërle por mucho meos, le dice el negro; yo tendrás que hacer sacrificios costosos. » Y en seguida tiene la osadía de hacer á Anselmo una proposición semejante á la que dirigió Adonio á Argin. Anselmo le trata de loco y desvergozado, mas no se retrae el infame por recibir tres ó cuatro negativas bastante bruscas, reconvocando con perseverancia sus vergonzosos ruegos, y concluye por obtener el consentimiento del juez. En el mismo instante aparece Argin, que estaba oculta cerca de allí, y dice á su esposo: « ¡ Que conducta tan vit por parte de un hombre tan prudente y virtuoso! Juzgad cuál sería la confusión de Anselmo; quisiera en aquel momento haber podido ocultarse en las entrañas de la tierra. Complácense Argin en dirigirle reconveniones que parecen atentar su propia falta. « Qué castigo mereces, le dice llorando, tú que por un acto odioso le pases á discreción de un monstruo horrible, mientras que me condenaste á morir por haberme dejado arrastrar por una pasión natural; yo, al menos me escuchaba las protestas de amor de un hombre joven y perdidamente enamorado, que pagaba mi flaqueza con magnificencia. Si me hico acreedora á recibir una vez la muerte, tú la mereces mil veces. Sin embargo, aunque te tengo en mi poder, no añadiré castigo alguno á la vergüenza que en este momento te agobia con su peso, y que satisface suficientemente mi deseo de venganza. Ambos hemos pecado: el olvido y el perdón de nuestra mútua falta es lo que mejor nos conviene. En lo sucesivo, ninguna de mis palabras ni acciones te recordarán tu torpe codicia, con tal que imites mi discreción. » Este arreglo pareció barto favorable á Anselmo para que dejase de acuparle; restableciéronse la paz y la concordia entre ambas esposas, cuya unión no volvió á turbarse desde entonces. » Cedió el batelero y Reynaldo se sonrió al escuchar al fin de su historia, pero la acción vergonzosa de Anselmo le hizo ruborizarse, alabó, no obstante, la astucia de Argin que supo arrastrar á su esposo á una aventura mas desagradable aun que aquella en que sucumbió ella misma.

En cuanto el sol se halló bastante adelantado en su carrera, hizo servir Reynaldo los manjares que le

enviara su huésped la víspera con generosa profusión. Dejaba á su derecha un país feraz y hermoso, y á su izquierda estensas pantanos. Pronto atravesó la ciudad de Argenta, cerca de la cual se halla el nacimiento del Suterano; creo que nun no habían fundado entonces á Bastia. Siguiendo la barca el curso del río, se halló bien pronto en medio del lago y el señor de Montauban penetró en Rávena hécia la hora del medio día. Reynaldo solia estar con frecuencia escaso de dinero, pero en aquella ocasión pudo mostrarse generoso con los barqueros de quienes se servaba entonces, y tomó varios guías y caballos. Aquella misma tarde pasó de Rimini y no esperó en Maunthon á que amaneciera. Alzabase apenas de su húmedo lecho el astro del día cuando atravesó las puertas de Urbino. Isabel y Federico no habían hecho ilustre aun á esta ciudad; no halló en ella al valiente Guido, ni á Francisco Muria, ni á Leonar, cuya amable cortesía habría decidido fácilmente á nuestro héroe á aceptar durante varios días esa hospitalidad que tan generosos señores ofrecen há tanto tiempo á las damas y viajeros. Nació detuvo por la brida á su caballo y prosiguió su camino hécia Cagli; sube la montaña que cruza el Metro ó el Ganuo, pasa los Apeninos, atraviesa la Umrin, el país de los Etruscos, y avanzando hécia Roma, se embarca en el puerto del Ostia. Pronto desembarca en aquella playa en que Anquises recibió los últimos honores del piadoso Eneas. Heciendo fuerza de remo y vela, se dirige hécia la pequeña isla de Lampedusa, que eligieran para teatro de su combate Agramante y los caballeros; pero los vientos contrarios engañan su impaciencia. Ya ha terminado el caballero de Angliante su gloriosa empresa: Agramante y Gradasso han perecido; le muere de Brundimarte ha sido el premio de una triste victoria. El valiente Oliverio está tendido en el suelo, sufriendo crueles padecimientos. Orlando estrecha á su primo entre sus brazos y no puede contener las lágrimas al anunciarle la muerte de su mejor amigo. El señor de Montauban derrama llanto tambien al ver á Brundimarte, cuyo cabeza está dividida en dos partes. Corre al sitio en que yace Oliverio tendido en tierra, y procura consolarlo; pero el mismo está penetrado de dolor, cual el convidado hambriento que llega cuando se ha concluido el banquete y están alzados los manteles. Los escuderos trasportan al cadáver de Agramante y el del rey de Sericania á las ruinas de Biserta, donde estas príncipes ban de ser sepultados; llevan tambien la noticia del combate. Astolfo y Sansonet saben la victoria de Orlando con suma alegría, debilitada empero por la idea de la suerte funesta que cupo á Brundimarte. Cúbrese su rostro con una impresión de sombría tristeza. ¿ Como podrán resolverse á participar á Flor-de-Lis tan gran desgracia? En la noche que precedió al combate, vió la desdichada jóven en sueños la cota de armas que había bordado y regalado al hijo de Manodante, cubierta de gotas de sangre: figurábase haber formado ella misma aquellas manchas al bordarla, y sentía la mayor aflicción: « Me había rogado, decía para sí, que no mezclara ningún color con el negro de su armadura. ¿ Por qué habré negado su deseo? No puede menos de considerar aquel sueño como un presagio funesto, y al día siguiente le revelaron la triste realidad. Astolfo y Sansonet se la ocultaron hasta el momento en que pudieron ir á decirselo por sí mismos.

Sus consternados semblantes no tienen aquella expresión de alegría que debe inspirar la victoria y no necesita Flor-de-Lis que le digan su desgracia. Con el corazón oprimido, aborreciendo la luz del día, esa privada de sentido y como muerta. Recobra tan solo la voz para llamar á su amado; se golpea y desgarran el seno, se maza los cabellos y los arranca y dispersa; lanza gritos espantosos como una mujer entregada

al demonio ó como las Méseles errantes; pide un pañal, quiere correr á la playa donde está el buque que conduce los cadáveres de ambos reyes, para saciar su furia destruyéndolos. «¡Querido mío, esclama, no debías haberte marchado sin mí! ¡Flor-de-Lis no se separó nunca de tí! Yo te hubiera salvado la vida! Mis gritos te hubieran advertido el cobarde ataque de Gradase, ó al menos me hubiera arrojado entre vosotros dos, y para librarte del golpe mortal, hubierste servido mi cabeza de escudo. ¡Voy á espirar y mi muerte te será inútil! ¿Para qué podías yo sacrificar mejor mi vida que para salvar la tuya? Si la despiadada suerte hubiera defraudado mi esperanza, procurara yo reanimarte con mis besos y hubria bañado tu rostro con mis lágrimas exclamando: ¡Alma querida! ¡vuélvete en paz al seno de Dios! No tardaré en seguirte! ¡Ah! Brandimarte ¿era ese el cetro que habías de empuñar? ¡Así me recibes en el trono de Damogira? ¡Suerte cruel, cuánta ventura me arrebatas hoy! ¡Todo lo he perdido, nada ya me interesa! Aumentase más y más su desesperación, y se arranca los cabellos cual si tuvieran culpa de su desdicha. Pero dejómosla entregada á tan furioso dolor, y volvamos á Orlando y sus compañeros.

Quería el conde, así como Oliverio, cuya herida exigía pronto auxilios, honrar la memoria de Brandimarte con funerales pomposos; un viento favorable impulsó el navio hacia la montaña que por la noche lanza brillantes fuegos, y durante el día arroja humo negro y denso. Esta montaña no está lejos de Lampedusa; la diosa de la noche favorece con su pálida luz á los navegantes. Al día siguiente llegan á Agrigento y disponen para el día siguiente los preparativos de la ceremonia fúnebre.

En medio de las sombras de la noche, rodeado Orlando por los principales habitantes de la ciudad, camina por la orilla del mar, que parece estar abrasada por la llama de infinitas antorchas. Oyense lamentos y gritos lúgubres. Diríjese el conde á la capilla en que están depositados los restos de aquel á quien tanto quiso. El anciano Bardiu, cuyos ojos son tan raudal de lágrimas, está cerca del ataúd y parece sucumbir á su dolor profundo. Acusa al cielo despiadado y á la influencia de los astros enemigos; ruega cual un león herido, y lleva una mano estraviada á sus cabellos plateados y su arrugada frente. Redoblan los gemidos y sollozos al ver á Orlando; el conde, silencioso y pálido, fija sus miradas en el yerto rostro de su amigo, lanza un profundo suspiro y dice: «¡Oh mi fiel compañero, es posible que estes privado de la luz del día! Didrutas tú de la felicidad eterna y te hallas al abrigo de adversa suerte, mientras que mi dolor no tiene límites y me quedo solo en el mundo. ¡Hemos orrostrado juntos el furor de los elementos, y los peligros de la guerra, y no participo de tu reposo! ¿Qué he hecho, pues, para verme condenado á vivir sin ti en medio de un mundo impuro? Compañero de tus trabajos ¿no tengo derecho acaso á las mismas recompensas que tú? ¡Ay! no soy yo solo el que siente tu muerte. ¡El mismo dolor consume á la Italia, la Alemania y la Francia! ¡Oh! ¡cuán inmenso será el desconuelo del grau Carlos y sus paladines! El imperio y la fe han perdido su sosten mas firme. ¡No temblarán ya nuestros enemigos y el infiel se sentirá animado con nueva audacia! ¿Cuál será ahora la suerte de la tierna Flor-de-Lis? Oigo sus gritos lamentables, veo su llanto. ¡Quizás en este momento mismo acusa y maldice al autor de este combate que la quita toda esperanza! Al menos tenemos la idea consoladora de que todos los guerreros deben envidiar tan gloriosa muerte. ¡Decio, Cadro, el héroe de Argos, y aun aquel mismo que se sacrificó por la salvación de Roma, no fueran mas útiles á su patria ni mas dignos de la inmortalidad! »

Mientras pronuncia el conde este discurso, los fra-

iles de hábitos grises, blancos y negros, y una multitud de sacerdotes, forman dos hileras largas y se adelantan rogando al Altísimo que conceda á Brandimarte la eterna felicidad. El resplandor de las antorchas fúnebres disipa las tinieblas. Alzan el ataúd y le llevan alternativamente condes y caballeros; está cubierto con un paño de seda de color de púrpura bordado con oro y perlas. El hijo de Monodante está tendido en cojines guarnecidos de pederria; la cota de maila escarlata que tiene puesta es de una riqueza admirable. Trescientos pobres cubiertos con largas capas negras que van arrastrando por el suelo, preceden á la comitiva. Siguen cien pajes montados en vigorosos corceles cuyas lúgubres gualdrapas caen hasta el suelo. Las baaderas, los trofeos militares conquistados para la Iglesia y el emperador en mil batallas por el que ya no existe, rodean el féretro. Doscientas personas á quienes se suele confiar generalmente el cuidado de hacer los funerales, le preceden envueltas en ropajes negros y llevando hachas encendidas; después siguen Orlando y Reynaldo. Oliverio no ha podido asistir á la ceremonia á causa de su herida. No procuraré referir todos los pormenores de los funerales, ni contar las innumerables hachas, ni describir todas las telas negras y violeta que se veían en la comitiva. Avanzaba esta hacia la iglesia principal, y á su paso derramaban lágrimas los habitantes. Compadecíase todos del triste fin de un guerrero tan intrépido, joven y hermoso. El cadáver fue depositado en la nave principal de la iglesia: cuando los gemidos de las mujeres y del pueblo hubieron saludado á Brandimarte por vez postrera, cuando los sacerdotes concluyeron de rezar las oraciones de difuntos, se colocó el féretro sobre dos columnas, y Orlando hizo cubrirle con un rico paño de oro, mientras se construía un monumento mas digno y duradero. Antes de salir de Sicilia ordenó que se prepararan materiales de oro y púrpura y consagró cuantiosas sumas de dinero á los trabajos que ejecutaron con arreglo á sus planes los arquitectos y escultores mas afamados. Después de la partida de Orlando, hablase trasladado Flor-de-Lis de Africa á Sicilia, en donde vigiló la erección del mausoleo. Convencida de que su dolor seria eterno, á pesar de todas las misas y oraciones que pudieran decirse, resolvió establecerse al lado del sepulcro y vivió en una peida de donde nunca salia. Orlando la dirigió varios mensajes y aun fue él mismo á verla para incluir la que saliera de allí; asegurábala de sus propios bienes una existencia honrosa, prometiéndola que Galerana no se separaría de ella, y aun la ofreció llevarla á Lissa, al lado de su padre, y hacer que edificaran allí un monasterio para ella si queria consagrarse al Señor: mas todo fue en vano. La inconsolable jóven quedó al lado del sepulcro, y aniquilada bien pronto por el ayuno y las vigiliat, tardó muy poco en sucumbir.

Los tres paladines, llenos de tristeza, se alejaron de la antigua morada de los ciclopes; al embarcarse llevaron consigo á un médico para que asistiera á Oliverio, cuya herida, descuidada al pronto, se presentaba difícil de curar. Sus lamentos tenían á los paladines en continua inquietud, cuando les dió el piloto un consejo que les agradó sobremanera; díjoles que en una roca aislada que se hallaba cerca ya de ellos, vivia un ermitaño cuyos sabios consejos y protección eran muy útiles. Tenia el poder de sustituir la vista á los ciegos y la vida á los muertos; santiguándose aplacaba la tempestad y apaciguaba las furiosas olas. Indújoles, pues, el piloto á que se dirijieran á aquel mortal tan favorecido de Dios, pues la curación de Oliverio le proporcionaría el medio de hacer un nuevo milagro. El señor de Angiante aprobó en un todo esta idea y ordenó que se hiciera rumbo á la isla en que moraba el ermitaño. Al amanecer

cer del siguiente día se descubrió la roca y los marineros se aproximaron á ella con prudencia; los escuderos trasladaron á Oliverio á la lancha, que atravesó los arrecifes y tocó en la playa. Los viñeros fueron en seguida á ver al ermitaño; era este el mismo anciano que administró el bautismo á Rugiero. Recibió al conde y sus amigos con afabilidad, los bendijo en nombre del Señor y les preguntó qué soliciaban de él, á pesar de que los ángeles le habían revelado ya su suceso y su llegada. Contestóle Orlando que solicitaba su poderosa intervención en favor de su cuñado, que había sido herido por los enemigos de Dios. El ermitaño se apresuró á tranquilizarle y le prometió una curación completa. Ignoraba la ciencia de la medicina y no poseía remedio alguno, pero se arrodilló en la capilla, les dijo después algunas palabras evangélicas para fortalecer su esperanza y bendijo por segunda vez á Oliverio en nombre de la Santísima Trinidad. ¡Oh poder maravilloso que concede el Señor á los fieles! ¡cuánto aliviado el paladín y su pío está mas fuerte y ágil que nunca. Al presentarle este milagro, Sobrino, cuyas heridas se agravan por momentos, resuelve abjurar los errores del mahometismo y abrazar la religión de Jesucristo, y pide que le inicien en los santos misterios: el ermitaño le bautiza y le cura. Regocijase casi tanto los paladines con esta conversión como con el restablecimiento de Oliverio. Rugiero que se hallaba todavía en la isla, experimentó mayor júbilo aun que los demás, y sintió aumentarse su fe y devoción. El santo varón exhortaba á todos los caballeros á que se librasen de las manchas é impurezas que el hombre irracional encuentra incesantemente en el sudor de la vida. «Tened siempre fijas las miras en el Señor!» les decía.

Hizo Orlando que desembarcaren pan, vino y provisiones, y el ermitaño, que habia olvidado ya aquellas sensualidades tuvo no obstante la condescendencia de probar aquellos manjares. Cuando concluyeron de comer, empezaron los caballeros á hablar de diferentes cosas, y como un descubrimiento produce siempre otro, conocieron á aquel Rugiero cuyo valor admiraba todo el orbe. No habia recordado el señor de Montauban las facciones de su antiguo adversario, pero Sobrino le habia conocido en el momento mismo en que le vio aparecer al lado del ermitaño. Cuando se convencieron los paladines de que tenían ante sí á aquel guerrero tan célebre y que se habia convertido al cristianismo, le acariciaron con tierna efusión: uno le cogió la mano, otro le abrazó, y Reynaldo manifestó viva alegría. En el canto siguiente oídré, si os agrada saberlo, el motivo principal de los testimonios de sincero afecto que le prodigaba el señor de Montauban.

## CANTO XLIV.

ARGUMENTO.—Reynaldo promete á Rugiero la mano de su hermana Bradamante.—Convención la pida para su hijo Leon.—Así mismo manda á los nobles que regresen á su país.—Manda al bispo y llega á Francia.—Retirada de los guerreros en París.—Rugiero se compromete á Carlos.—Aimon y Beatriz entregan á Rugiero la mano de Bradamante.—Pide esta una gracia á Carlomagno.—Dirigese Rugiero á Belgrado con el objeto de dar muerte á Leon.—Favorece á los bizancos y gana la batalla.—Ofrecenle aquellas la corona.—Llega Rugiero al castillo de Ungardo.

Con frecuencia acoteos que bajo humildes techos, en albergues miserables, en medio de las calamidades y las desgracias, los corazones se unen con los vínculos de una amistad mas constante y duradera que en los palacios mas suntuosos, en el seno de la opulencia que escita la envidia de todos, que en las cortes de los reyes, llenas de peridia y sospechas, de donde está desterrada completamente la cordialidad y donde solo se halla en fin en engañadora máscara de la amistad. ¡Cuán es la duración de los trau-

dos y alianzas que hacen entre sí los príncipes y los reyes? Los papas, los emperadores y los monarcas, unidos hoy, se hacen mañana una guerra encarnizada; olvidan fácilmente sus promesas y ven tan solo su propio interes, hallando escasas ocasiones de disfrutar del encanto de los sentimientos afectuosos que están desterrados de las elevadas regiones en que se trata con hipocresía y disimulo aun á los seres mas insignificantes. Si por casualidad les agobia el infortunio con su gravoso peso, aprenden mejor y con mas rapidez á apreciar lo que antes desdeshan. El ermitaño, en su apocible retiro, pudo unir mejor con dulces vínculos á aquellos guerreros, que si los hubiera hallado en el torbellino y confusión de una corte. La muerte sola pudo romper estos lazos. Confiante intimo de sus pesamientos, conoció que aquellas almas tenían toda la pureza de la blanca pluma del cisne: todos ellos eran francos y generosos, y de noble corazón. Su cortesía no participaba en lo mas mínimo de esa urbanidad engañosa, triste recurso de los seres enviciados que tienen que ocultarse bajo una falsa esterilidad; olvidaban sus antiguas disensiones y se amaban como hermanos.

Mostrábase Reynaldo mas solícito que los demás en colmar de caricias á Rugiero, porque no solo habia experimentado el valor del joven héroe, sino que conocia tambien su generosidad y cortesía, y sabia los favores de que le era deudora su familia. Después de haber salvado á Ricard de la venganza del rey moro, habia librado Rugiero de manos de los sarracenos y de los satélites del infernal Maguncio á los dos hijos de Beuves. En vista de esto ¿podia rehusarle Reynaldo su amistad y estimación? Si le era imposible ser amigo de Rugiero mientras se hallaba entre los moros y pertenecía á su secta, ahora que se halla convertido al cristianismo puede satisfacer su deuda de gratitud. Viendo el ermitaño las atenciones y pruebas de cariño que prodiga Reynaldo al hijo de Galeazelo, le dirige estas palabras: «Al observar la amistad que os une, os voy á manifestar un deseo que escuchareis con gusto (así lo creo al menos). De vosotros depende unir dos razas ilustres por medio de una alianza cuya gloria, tan brillante como el sol, durará (y observad que es el Señor quien dicta mia palabras) mientras efectúen los astros su rotación por la inmensidad del espacio.» Persuade el ermitaño con facilidad á Reynaldo que debe prometer la mano de Bradamante á Rugiero. El conde y Oliverio aprueban esta union y no dudan que sea del agrado del emperador y de Aimon. ¡No debe acaso regocijarse por ella la Francia entera? Ignoran que en aquel mismo momento, con aprobación de Carlomagno, acoge Aimon favorablemente la petición que le hace Constantino, emperador de los griegos, de la mano de Bradamante para Leon, su hijo y su heredero. Sin ver á la guerrera, se ha enamorado Leon perdidamente de ella por la sola fama de sus hazañas. Aimon no ha querido decidir nada sin el consentimiento de Reynaldo, cuyo regreso aguarda de un momento á otro; pero no le cabe la menor duda de que su hijo apreciará debidamente el lustre de tan noble alianza. Tal es la deferencia que guarda el anciano doctore pare con el señor de Montauban.

Sin embargo, convencido Reynaldo por los consejos del señor de Angliante y sus compañeros, y cediendo á las instancias del ermitaño y á su propio deseo, ha prometido á Rugiero la mano de su hermana. Ignora los proyectos de su padre, por lo cual no duda que obtendrá su aprobación. Los caballeros pasan aun dos dias con el ermitaño, aunque el viento es ya favorable; por último, tanto les apura el piloto para que se embarquen, que se despiden de su huésped. Sepárase Rugiero del piadoso solitario á quien debe el conocimiento de los santos misterios. El señor de Angliante le devuelve Belisanda, el rápido

Frontino y la armadura de Héctor. Dueño de aquella espada después de haberla arrebatado á cesta de mil peligros del jardín de Falerina, tiene Orlando mas derecho á poseerla que el jóven guerrero que la recibiera con Frontino de manos de un vil ladron, pero se complace no obstante en dársele al paladin que posee ya su estimacion. Bendecidos los caballeros por el santo varon, se vuelven al buque y dan la vela al instante. Los remos golpean las olas, el viento continúa mostrándose favorable y llegan á Marsella con una navegacion feliz y rápida. Los dejo en puerto Je seguridad y procuraré conducir tambien á él al ilustre Astolfo. En cuanto supo la victoria que tan caramente pagara Orlando, juzgunde el duque que la Francia se hallaba libre ya para siempre de los sauros, se ocupó en hacer que regresaran los núbios á su pais. Duñon habia enviado á Africa la flote, después que venció con ella á los moros de Agramante. En cuanto hubieron desembarcado los marineros que la tripulaban, vióse (¡oh nuevo prodigio!) á las proas, popas y puentes de las embarcaciones recuperar su primitiva forma de hojas de árbol, que fueron dispersadas en hrute ralo por el viento. Los nubes se alejaren de la costa; Astolfo manifestó su agradecimiento á Senapes, q'no habia mandado en persona el ejército y le entregó el odre en que estaba encerrado el fogon de Austro. Este viento terrible del Mediodia hace fudar, cual furiosas alas, las arenas del desierto y las levanta en torbellinos que son siempre fueustos para los viajeros, por lo cual era de la mayor importancia mantenerlo cautivo hasta la llegada de les núbios á su pais. Asagura el buen Turpio que en el momento en que el ejército penetró en las gargantas del Atlas, todos los caballos recalaron tambien su forma primitiva y los guerreros continuaren la marcha á pie. Pero tiempo es ya de que Astolfo vuelva á Francia. En cuanto hubo fortificado las ciudades mas importantes de la Mauritania, montó en el hipógrifo, que desplegó sus alas y en un solo vuelo le llevó á Cerdeña, y desde allí á Córcega. Volviendo á la izquierda, pasó el astro se detuvo en la costa de Provenza, donde sometiéndose en un todo á las órdenes del mangabiel, restituyó para siempre la libertad á su carcel. San Juan le habia prescrito que quitara al hipógrifo la silla y la brida. La trompa misma, privada de su virtud, no producía ningún sonido desde que Astolfo la llevó al astro que recibe en su seno todo lo que pierden les mortales. Desembarcó el duque en Marsella el mismo dia en que llegaron Orlando, Oliverio y Reynaldo, con Sobrino y Rugiero. El triste fin de Brandimarte les impedia que se regocijaban por la victoria obtenida. Un mensajero enviado desde Sicilia habia participado á Carlos la muerte de los dos reyes, la del hijo de Monodante y el cautiverio de Sobrino. No ignoraba tampoco la conversion de Rugiero y se procuraba ocultar la alegría que esta nueva habia producido en su corazón. Libre ya de una angustia insuperable bajo cuyo peso se habia inclinado su frente, creyó que nunca podría honrar demasiado á los que eran los apoyos mas firmes de su imperio. Por su orden salieron todos sus barcos al encuentro de los paladines hasta la misma orilla del Saona; el mismo emperador salió de la ciudad con una comitiva de reyes y duques. A su lado cabalgaba la emperatriz, seguida de muchas damas y doncellas, no menos notables por su hermosura que por la elegancia y riqueza de sus galas. Al ver á Orlando y les demás paladines, se adelantó el emperador hacia ellos con los brazos abiertos. ¡Mil aclamaciones elevaron hasta las nubes los nombres de Montgraine y de Clermont! Por todas partes recibian los heroes pruebas evidentes de simpatía y amistad. El conde, Oliverio y el señor de Montauban presentaron á Carlomagno el hijo de Rugiero y de Rizza, aquel Rugiero tan valiente como su padre. «Nues-

tros escuderos, dijeron, pueden dar un testimonio evidente de su valor sin igual. » Brandamante y Murfisa, los dos amigos valerosos, se adelantaron hacia Rugiero. Su hermano le estrechó entre sus brazos, su amada manifestó su alegría con menos espasmos.

Lleva el emperador á Rugiero á que monte en su carcel y le luce que camine al lado suyo, colmándole de honrosas distinciones, pues sabe que aquel héroe ha abrazado la fe católica. La noble comitiva entro en la ciudad en medio de una pompa verdaderamente triunfal; les edificios están cubiertos de tapices y guirlandas de follajo; las damas esmadas á los balcones dejan caer sobre les cabezas de les magnates y paladines una lluvia de flores y perfumes. Se han construido trofeos y urcos de triunfo en que están representadas la toma y ruina de Hiserta y sus gloriosos hechos de armas; á su pasa se ejecutan juegos y su representación misterios, llevándose por de quiera esta inscripción: «A los libertadores del Imperio.» El emperador llega á su palacio en medio de las aclamaciones y gritos de una multitud inmensa, y de los bélicos sonidos de los clarines, cornetas y músicas militares. Les fiestas, bailes y torneos duraron varios dias.

Participa Reynaldo á su padre la promesa que ha hecho á Rugiero en presencia de Oliverio y Orlando; los dos paladines creen que es imposible hacer mejor elección, tanto por la ilustre casa de Rugiero cuanto por su mérito y valentia. El duque Aimon manifestaba su descontento por haber dispuesto Reynaldo de la mano de Brandamante, sin consultarle, en favor de un simple caballero sin reino ni tierras, justamente en el momento en que la guerrera podía ser esposa del heredero del poderoso Constantino. La nobleza y aun la virtud misma, no pueden prescindir de las ventajas que ofrecen las riquezas. Beatriz se muestra aun mas irritada y declara que se opondrá con todas sus fuerzas á semejante enlace. El señor de Montauban está resuelto á no faltar á su palabra. No dudante Beatriz que su hijo le obedecerá, la invita á que rechace, aunque sea á costa de su vida, aquella alianza, y la amenaza con retirarle su afecto si se muestra rebelde á sus deseos. En fin su resistencia al deseo de Reynaldo deberá bastar, puesto que no puede someter su voluntad. Brandamante permanece silencioso sin atreverse á contradecir el lo mas mínimo á lo que debe amar y respetar. Prometer lo que no quiere ni debe cumplir, sería un crimen, su corazón no está ya libre. Suspira y se calla, porque toma relusar y no puede neceder. Retrada al fondo de su estancia, da libre curso a su llanto, se entrega á la desesperacion, se golpea el seno y se masa los cabellos. ¡Desgraciada! esclama ¿podré yo resistir á lo que tanto poder tiene sobre mí? ¿Podré yo menospreciar los deseos de una madre y obrar á mi antojo? ¿Hay crimen mayor que el de tomar un esposo contra la voluntad de sus padres? El cariño filial me ordena, Rugiero querido, que acepte la mano de este. ¡Será preciso que elvide el respeto que debo á mi madre por satisfacer mis deseos y pasiones! Conozco cuáles son mis deberes ¿pero sé yo acaso cuál será mi recompensa? La razón cede al amor, que la espalsa y la arroja de mi corazón y será mi soberano y mi guia. Aunque soy hija casta y respetuosa, soy tambien esclava del niño cielo. Beatriz, Aimon, perdonareis á vuestra hija: el amor es despiadado cuando le ultrajan; permanecerá serda á tales ruegos y arrepentimiento; mi castigo será una muerte pronta y cruel. Mis esfuerzos proseguidos y perseverantes han producido la conversion de Rugiero; ¿perderé yo acaso, Dios mío, la recompensa de semejante obra, como la abaja que cada año se ve privada del fruto de su trabajo? ¡No! ¡antes la muerte que vivir con otro esposo! Desobedezca á mi padre y á mi tío, pero lígase le que ordena mi prudente y noble hermano

cuyos pocos años no disminuyen su discrecion y talento. El mismo Orlando consiente en lo que desea. Reynaldo; tengo en favor mio á esos dos caballeros, mas temidos y venerados en todo el orbe que todo el resto de nuestra familia junta. ¿No son ombos acaso lo mas puro y glorioso de la raza de Clermont? Dominou á todos los demás héroes cual descuello el gigantesco pino entre los demás árboles. ¿Deberé sufrir que Aimon ejerza mas imperio sobre mí que ellos? El griego no ha recibido de mi padre sino una vaga promesa, mientras que Reynaldo ha comprometido su palabra con Rugiero.

Mientras la guerra se aflige y atormenta, su amante se halla en el mismo estado de angustia y ansiedad. Aunque la negativa del duque y de Beatriz no es pública todavía, lin llegado ya á su noticia. Acusa á la fortuna, una prodiga de favores para con otros mil, de haberle arrebatado el objeto de su tenura. ¿Qué le importan los demás bienes que puedo conceder la naturaleza á que puedo deber á su propia valor? Hallábase dotado con ellos en mayor grado que cualquier otro mortal, y supera en vigor á todos los demás hombres; su alma es noble, generosa sus sentimientos. Por desgracia, el vulgo, y no se crea que quiero aludir aquí á los papas, los reyes, ni les emperadores, da menos valor á las cualidades personales que á las riquezas que deslumbran la vista. De modo que por grandes que sean la belleza, el valor, la fuerza, la destreza, la virtud y aun la salubridad de un hombre, lo consideran como un ser insignificante si no dispone de cuantiosas sumas. «Puesto que quieren ver á su hija emperadora, decía Rugiero para sí, les aconsejo que aguarden siquiera un año: no necesito mayor plazo para arrancar la corona á Leon y á su padre; su vencedor no parecerá ya indigno de la mano de Bradamante. Si sus padres se atreven á efectuar al instante ese enlace, si no hacen caso alguno de la palabra que me han dado Reynaldo y su primo en persecucion del emulso, de Oliverio y de Sobrino, no sufriré tan sangriento ultraje ¡antes morir! ¿Pero en quien recaerá mi venganza? ¿En el padre de Bradamante? Tal proyecto, aunque fuera fácil de ejecutar, seria accion propina de un insensato, porque la muerte de ese anciano y el exterminio de todos los suyos interpondrian entre mi amada y yo una barrera insuperable. Lo que mas temo en el mundo es su odio, y me haria acreedor á él inmolando á su padre, á su hermano y á los demás guerreros de su raza. ¿Será preciso, pues, que sufra yo el insulto? No, no, prefiero la muerte á la vergüenza, y lo do castigar al autor y causante de todas mis penas! Leon y su padre perecerán. ¡No costó Helena más sangre á los troyanos, ni Proserpina á Pirrotus, que la que ha de correr por Bradamante! Y tú, objeto adorado de la esperanza mia, renunciarás á Rugiero por ese griego? ¿Habráu podido tu padre y tus hermanos arrancarte el consentimiento? ¡Ay! ¡harto temo que la voluntad de Aimon haya sido mas poderosa que la voz del amor! Temo que la corona de los Cesares te haya hecho olvidar á tu simple caballero. ¿Podrá suceder acaso que el esplendor del rango supremo y el brillo de las cortés hayan seducido tu alma, abastido tu valor y triunfado de tu virtud? ¿Seducirán las riquezas á Bradamante, haciéndola olvidar sus votos y juramentos? ¿Debia arrostrar la nodricon de su padre! »

Estas son las quejas y acusaciones que profiere Rugiero contra el destino. Mas de una vez fueron oidas sus palabras por los que se hallaban cerca de él, y se las repetian á Bradamante; lo que la ofensa sobre todo eran las sospechas de Rugiero y el temor que manifestaba de ser olvidado por un griego. Con el fin de tranquilizarlo y desterrar de su ánimo tan creoles dudas, le envió uno de sus doncellas mas fieles y adictas, encargándole que le dijera en su nombre:

«Querido Rugiero, continuaré siéndote fiel hasta el sepulcro, y aun mas allá si es posible amar aun... Que el amor me proteja ó me desdén, que sea bueno ó mala mi fortuna, mi constancia será inalterable como el duro peñasc batido por las olas embravecidas y los furiosos ventos. Nunca variaré; la lima ó el cincel de plomo certarán el diamante antes de que los golpes de la suerte adversa ó los del amor conmuevan mi constancia. Subirá el torrente bácia la cumbre de los Alpes antes de que nuevos acontecimientos, felices ó adversos, puedan modificar el estado de mi corazón. Los juramentos que nos ligan á un rey, nada son comparados con el dominio que ejerces sobre mí. Te pertenezco, y no puede haber posesion mejor guardada; no necesito fosos, ni estibos, ni tropas para defender á la que recluzará todos los esaltos. Desprecia tu amada las riquezas, el oro, el fausto, el brillo de una corona; nada de lo que deslumbró al vulgo podrá sojuzgar mi corazón. La belleza misma de un mortal no podrá hacer impresion alguna en la que una ve comparable á ti. Tu retrato está barto profundamente grabado en mi corazón para que una nueva imagen pueda borrarla nunca. Este corazón ya ha dado pruebas de ello, no es de cera, y el amor se vió obligado á dur en el rudo golpe para herirle; así el marfil, el diamante, las piedras mas duras serán reducidas á polvo antes de que se le vea cambiar de forma y recibir otra impresion. El amor puede destrozarlo pero no grabará nunca otras fuciones que las tuyas. »

A estas palabras añade Bradamante una porcion de protestas lianas, capaces de restituir mil veces la existencia á Rugiero si la hubiera perdido otras tantas: pero esta esperanza debia ser defraudada también. Hallándose tan cerca del puerto, vieronse urrojados do nuevo al proceloso mar. Deseso Bradamante de cumplir su promesa, no vacila en presentarse un día á Carlos y dirigirle estas palabras: « Señor, os pido hoy la recompensa de mis servicios. Dignos concederme una gracia, aun antes de que os la ospre, pues conoceréis que son justos los motivos que me impulsan á pedirlos. — Querido hijo mio, contesta el emperador, no hay cosa alguna que deje de hacer por tí, y juro concederte lo que me pidas, aunque sea la mitad de mis estados. — Lo único que deseo es que no permitas que me den un esposo cuyo valor sea inferior al mio. Los que aspiren á poseerme habrán de sostener conmigo un combate á lanza ó espada. El vencedor será mi dueño, el vencido irá á otra parte á buscar esposa.

Gozoso el emperador el oír aquella pretension tan digna de ello, la contesta que se cumplirá su deseo. No tarda en difundirse la noticia de aquella entrevista, y en el mismo día llega á oídos del encino duque y su esposa. Irritados con la audacia de su hija, ven que su objeto es olejar á Rugiero y rechazar á Leon. Para contrariar su proyecto, le arrianon secretamente y se retiran con ella á la Roca Fuerte, ciudad situada en la orilla del mar, entre Perpiñan y Carcasson, y que hace poco tiempo que Carlomagno la ha cedido al duque. Están decididos á encerrar en ella á Bradamante hasta el momento en que consienta trasladarse al Oriente para casarse con Leon. No menos sumisa que valiente, se ha resignado la guerrera á seguir á su padre y permanecer en la ciudadela, aunque es ya duña de sus acciones; pero la prision, los tormentos, la muerte misma no le obligarán á renunciar á su amante. Separado Reynaldo de su hermano, se queja del subterfugio de su padre, que le quita todo medio de cumplir su palabra. Desahoga su descontento con palabras amargas, acusa á Aimon, que permaneco implacable, y no se conmueve al ver su cólera. Informado Rugiero de esto acotamiento, temo haber perdido á su amado: ¡preciso es, pues, que Leon perezca! Forma secretamente la

resolución de inmolarse a su rival y cambiar su título de Augusto al de divino, y aun concibe la audaz esperanza de arrancar el imperio y la vida al padre y al hijo. Cubierto con la famosa armadura de Héctor, arrebatada en otro tiempo á Mandricardo, cambia Rugiero de cimera, de escudo y divisa, y monta en Frontino. Su escudo no lleva ya el águila blanca en campo azul; en su lugar se ve un unicornio en campo de gules.

Seguido tan solo del mas fiel de sus escuderos, á quien prohíbe que revele en ocusión alguna el nombre de su amo, pasa el Mosa y el Rhin, atraviesa las provincias de Austria y Hungría, baja por la orilla derecha del Istier y no tarda en llegar á vista de Belgrado. Cerca del sitio en que el Save confluye con el Danubio, ve Rugiero numerosos escuadrones reunidos en derredor de la bandera del emperador. Constantino ha reunido todas sus tropas y va con su hijo



Rugiero.

á sitiar aquella ciudad que le han tomado los búlgaros. Una parte del ejército de estos ocupa la ciudad, y el resto está tomando posición hasta en la falda de la montaña. El río Save separa á los dos ejércitos: llega Rugiero en el momento en que los griegos consagran todos sus esfuerzos á cebar un puente, y los búlgaros se oponen á la realización de este proyecto. Se batien por ambos lados con igual encarnizamiento: el número de los griegos es cuádruple del de los búlgaros. Mientras Constantino aparece por el frente con barcas y puentes prontos para ser echados sobre el río, aprovechando Leon este movimiento fágido, se aleja de la orilla, vuelve con rapidez y pasa el río. Mas de veinte mil guerreros le siguen, tanto á pie como á caballo, y cargan al enemigo con furor. Al ver el emperador los estandartes de su hijo, echa los puentes y se arroja con todo su ejército al sitio del combate. El rey de los búlgaros, Vatrano, tan prudente como valeroso, procura en vano reparar el desorden causado por aquel ataque imprevisto. Leon se aproxima á él y con vigoroso brazo le arroja al suelo; al búlgaro rehusa rendirse y Leon le sepulta su espada en el pecho. Privados de su jefe los soldados, se apresuran á huir de la tormenta que se acerca y empiezan todos á correr hacia la colina de donde huyeron. Impulsado Rugiero por su odio al emperador, ó mas bien á su rival, vuela á socorrer á los fugitivos. Frontino, con su ligereza sin igual, corre mas rápido que el viento. Rugiero se arroja en medio de los búlgaros, los detiene, los lleva de nuevo al combate y eoristra su lanza; su aspecto terrible, aun en el mismo Olimpo habria hecho palidecer á Marte y Júpiter.

Un hijo de la hermana de Constantino, muy queri-

do de su tío, se distingue por su cota de armas de púrpura, bordada de oro, y su magnífica garzota de seda. Rugiero se precipita sobre él, atraviesa su escudo y coraza cual si fueran de fina tela, y el hierro de su lanza sale mas de un palmo por la espalda; el guerrero cae muerto. Belisario, desvanecido en toques, hiende la cabeza de esta, corta la de aquel, atraviesa á unos el pecho y á otros los costados ó la garganta. La tierra está sembrada de manos, brazos y cuerpos muertos, é inundada de sangre. Aterrados los griegos dejan de oponer resistencia: cambia la faz del combate, y vence el búlgaro. La acción es general y oúeleen las banderas en el mayor desórden.

Situado Leon en una eminencia, desde la cual domina la Panura, va derrochar su ejército; mira con sorpresa y dolor al caballero que persigue á sus soldados, y no puede menos de admirar su valor. Su divisa, la forma de sus armas, el brillo de su armadura, todo hace creer á Leon que Rugiero no es un búlgaro. ¿Será el gran ángel exterminador bajado del cielo para castigar á los griegos por sus pecados y crímenes? Así rinde al noble príncipe un tributo de admiración al valor de aquel enemigo, á quien otros en su caso habrían cobrado odio, mientras que él prefirió perder seis de sus guerreros á ver sucumbir tan valiente caballero. El uero niño castigado por su madre no huye de ella para ir á buscar un refugio al lado de su padre ó de su hermano, si no que vuelve al lado de la que le castigó. De esta naturaleza es el sentimiento que experimenta Leon; la muerte de sus soldados y el peligro que amenaza á los demas no le irritan contra Rugiero, sino que su intrepidez y valor excitan entusiasmo en su alma. El amante de Brad-

manta está muy lejos de hallarse en la misma disposición favorable con respecto á Leon; le busca por todas partes y arde en deseos de quitarle la vida; pero la buena estrella del príncipe y su prudencia impiden que los dos rivales se reanun. Leon manda tocar retirada para salvar el resto de su ejército, y envía á uno de sus oficiales á buscar á Constantino para decirle que procure volver á pasar el río si puede conseguirlo, y él con los restos de sus batallones, vuelve al puente que le sirvió para pasar el Save. La llanura está cubierta de cadáveres del ejército griego, el resto tan solo se libra de la muerte pasando á la otra orilla del río. Varios guerreros son precipitados en medio de la confusión desde las puentes al agua, y perecen ahogados; otros pasan por un vado, pero quedan muchos cautivos y son conducidos á Belgrado.

Aquella batalla que costara á los búlgaros la pérdida de su rey y los espuso á mil peligros y á una vergonzosa derrota, le da el triunfo, merced al heroísmo del caballero del unicornio blanco; le rodean y le muestran su gratitud por el poderoso auxilio que les ha prestado: se prosternan á sus pies, le besan las manos y las rodillas; los que tienen la dicha de poderse aproximar á él, creen tocar á un ángel salvador. Con voz unánime le proclaman su general, su señor y su rey; pero el guerrero les contesta que no puede aceptar ni el cetro ni el mando, ni aun descansar en la ciudad mientras viva Leon, pues ha atravesado una distancia enorme con el único objeto de darle muerte. En seguida, sin pedir ni aguardar que le acompañe ni un solo escudero, marcha en persecución del príncipe, el cual vuelve hacia el puente temiendo que lleguen á cortarle la retirada. La fuga de los griegos (pues no se le puede dar el nombre de

retirada) es tan rápida que atraviesan el puente sin ningún obstáculo y le queman despues. Llega Rugiero á la orilla del Save al anochecer; al pálido resplandor de la luna procura buscar un asilo y no distingue ciudades ni aldeas. Al amanecer ve por fin una ciudad, donde se propone permanecer hasta el día siguiente, para que su caballo pueda descansar de su prolongada carrera.

Uno de los oficiales mas fieles de Constantino, llamado Ugiardo, ocupaba aquella ciudad con una fuerte guarnición de infantería y caballería. Hallando Rugiero buena acogida, no piensa pasar de allí. Hácia la tarde se detiene en la misma ciudad un oficial de Rumania que ha tomado parte en el combate contra los búlgaros y conoce al terrible caballero del unicornio blanco, que derrotó y mató á los griegos; su presencia en la puerta del castillo y manifiesta que tiene que hacer al gobernador una revelación importante y urgente. Conducido á presencia de Ugiardo, le dice lo que os referiré en el siguiente canto.

## CANTO XLV.

*Anuncio. — Mientras dormía Rugiero, es hecho prisionero por Ugiardo. — Teodoro pide el emperador que le entregue el manto de su hijo. — Quejas de Bradamante. — Leon libra á Rugiero. — Le induce á batirse en lugar suyo con Bradamante. — Carlos y toda la corte le consideran como vencedor. — Rugiero se interna en un bosque. — Marfisa se propone probar que Rugiero es el verdadero esposo de Urrede mania. — Carlos somete este asunto á la decisión de su parlamento. — Leon hace que busquen á Rugiero.*

El mortal venturoso que se ve en el punto culminante de la rueda de la Fortune, está mas espuesto que nunca á dar una caída espantosa, y su cabeza está próxima á tocar la tierra que hollarán poco á sus pies. Tenemos repetidos ejemplos de esto en



Leon salva á Rugiero.

Pollcrates, Dionisio, el rey de Lidia y otros mil, que cayeron desde la cúspide de la grandeza y poderío á una miseria terrible. El desdichado que se encuentra en la parte inferior de la rueda debe tener mas esperanza que ningún otro de llegar al encumbramiento mas completo. El que suba la vispera á un cadalso, dicta leyes al día siguiente al mundo entero. Servio, Mario y Vostidio, dieron en la antigüe-

TOMO II.

dad este ejemplo que reproduce en nuestro siglo Luis XII. Este suero ilustra del hijo de mi noble dueño, despues de la derrota de San-Aubino, estuvo en poco que cayera en poder del enemigo; el famoso Matias Corvino se libró de un peligro mayor en todavia; y sin embargo, aquel subió al trono de Francia, y este fue coronado rey de Hungría. La historia de todas las épocas está llena de sucesos semejantes y

la desgracia sigue siempre de cerca á los favores del destino. Si el infortunio toca á la prosperidad, sucede la vergüenza á la gloria; no se puede contar con la riqueza y el poder, y nunca, tampoco, se debe perder la esperanza en medio de los rigores de la Fortuna, cuya rueda no cesa un solo instante de dar vueltas.

Envejecido Rugiero con lo victoria que había alcanzado sobre los griegos, pensaba que con su solo brazo liria ceder todo ante su voluntad; jactábase de ir á jactar al emperador y á su hijo eo medio de cien escuadrones armados. Pero lo diosa inconstante que se complace en ensalzarnos y precipitarnos alternativamente, contrariando ó favoreciendo nuestros deseos, para perder á Rugiero se sirvió del oficial que se había librado de la matanza, y que tuvo no poco trabajo para escaparse de manos del vencedor. Advirtió á Ungiaro que el guerrero, cuyo ataque había causado la derrota de Constantino y destrozado su ejército, pensaba permanecer en la ciudad hasta el día siguiente. El emperador recibiría aquel cautivo como un presente del cielo, y entónces se podría contar con la seguridad de subyugar fácilmente á los búlgaros. El gobernador había sabido por los fugitivos que llegaban en tropel, y á cada instante á la ciudad, que por no haber podido atravesar el puente habían perecido infinitos griegos, hoy los golpes de un solo caballero. Se recorrió en extremo al oír la noticia que le daba el oficial de la Rumania, aunque no podía comprender una acción tan temeraria. Aprovechando el momento en que Rugiero estaba durmiendo sin la menor desconfianza, le hace prender por sus guor lisas. Descubierta tan infamamente por el uicirnio blanco, queda el héroe en la ciudad de Novigrad, en poder del hombre mas cruel. Desnudo y desarmado, no pudo oponer sino muy floja resistencia. Ungiaro se apresura á enviar un correo á Constantino, participándole tan feliz nueva. A favor de las sombras de la noche, ha levantado el emperador el sitio, y se ha retirado á Beltek, ciudad importante que pertenece á Audrólio, padre del joven príncipe, cuyo escudo fue atravesado, cual si fuera de cera, por la lanza del héroe, que á la sazón se halla prisionero. Se componen las puertas y fortificaciones de Beltek con un ardor proporcionado á la terrible alarma que inspiran los búlgaros, sostenidos por tan valiente campeón. Al sober Constantino la prisión del caballero. Se inunda de júbilo su corazón. «¡Someteremos á los búlgaros!» exclama con acento de completa convicción. Parecía cierta la victoria: así piensa el guerrero que en un combate ha cortado los dos brazos á su adversario.

No menos satisfecho Leon que su padre, se lisonjea con la esperanza de conquistar á Belgrado y el país de los búlgaros; pero quiere no obstante captarse el afecto del guerrero incógnito, por medio de beneficios sin cuento. Con semejante apoyo no envidiará el poder de Carlomagno, sostenido por Orlando y Reynaldo. Pero la madre del infortunado joven muerto por Rugiero, se siente enimada de opuestas deseos; corre, deshecha en llanto, y arrojarse á los pies de Constantino: «No me alzaré, le dice, si no me concedes vengarme del bárbaro que hizo perecer á mi hijo y sobrio tuyo. Su adhesión á tu causa y su valor deben irritarte contra su asesino. El cielo, compadecido de mi desgracia, lo ha hecho conducir-se con la mayor cogaedad; ha venido como una ave de rapina á caer en nuestras redes, para que el alma de mi hijo, que anda errante por los orillos de la laguna á Estigia, no aguarda mucho tiempo la venganza. Entregámelo, señor, pues martirizándole aliviaré mi dolor.» Las lágrimas, los gemidos y palabras de Teodora, que no quiere alzarse á pesar de las repetidas instancias del emperador, arrancan sin grande dificultad el consentimiento de Constantino, y cuando

que el cautivo sen entregado á su hermana. Al día siguiente está ya Rugiero en poder de Teodora. Los suplicios mas terribles y vergonzosos la parecen harlo suaves, y quiere inventar otros mas espantosos. Cargan de cadenas á Rugiero y le encierran en una torre oscura, en la cual nunca penetraron los rayos del sol; le dan por único alimento un poco de pan enmohecido, y el carcelero, mas cruel aun que Teodora, se olvidó con frecuencia de llevarlo tan triste comida. Si la tieran Bradamanta y la noble Morfisa hubieran sabido la situación apurada en que se hallaba el héroe, habríanse espuesto á los mayores peligros por librarle; y Bradamanta arrostrara la maldición de Aimon y Benriz.

Fiel Carlos á su promesa, hace publicar á son de trompa, no solo en París sino tambien en todos las provincias, que Bradamanta no admitirá por esposo á un hombre que sea menos fuerte y valeroso que ella. Lleva la fama esta noticia por toda Europa y hasta en el foudo del Oriente. Anunciaban los heraldos que todo aspirante á la mano de la hija de Aimon deberá sostener contra ella un combate desde la salida hasta la puesta del sol. Si la resistencia del campeón se prolongaba todo este tiempo, debía considerarse vencida la guerra. Por lo demás, siendo muy hábil Bradamanta en todo género de combates á pie y á caballo, dejaba la elección de armas á su adversario. Después de vacilar el duque Aimon mucho tiempo, no queriendo desobedecer á Carlomagno, regresó á la corte con su hijo. Beatriz, no obstante su mortal desecho, hizo preparar para su hija los trajes mas elegantes y sueltos. Pareció triste y fría aquella corte á la guerrera, que no voia en ella á Rugiero. Así el que admira un jardín esmaltado de flores durante los dias de abril ó mayo, no le conoce ya, por lo desierto y salvaje que se halla, cuando el sol, inclinandose hacia el Austro, cesa de iluminar dias tan largos. Privada aquella corte de Rugiero, lo pareció á la joven muy distinta de lo que antes era. Por un especie de pudorosa reserva no se streve á informarse del héroe, pero presta atento oído á todas las conversaciones en que se trata de él; ha desaparecido y se ignora el camino que siguiere, porque solo su escudero está en la confidencia. Bradamanta suspira: aquella partida misteriosa la desazona y aflige. Reducido Rugiero á la última desesperación por la negativa del obstinado duque ¿habrá querido acaso huir de ella y olvidarla? Se alegrará para ir de pais en pais buscando una esposa, cuya belleza pueda borrar el recuerdo de su primer amor, así como un clavo saca á otro? Pero se arrepiente al momento de una diada y sus celos. De esta suerte se apoderan alternativamente de su corazón dos ideas opuestas; no sabe en cual fijarse, y acogiendo la que mas le agrada, trata de rechazar toda sospecha. Recordando las tiernas protestas de Rugiero, se ocupa de haber sido injusta y culpable y se golpea el pecho. «Otro mal, dico, pero el amor es causa de ello, y produce males mucho mayores. El amor, Rugiero mio, ponio inco-santemente ante mí vista tu imagen tan bella y adorada; me recuerda tu talento y tus virtudes. ¿No debo temer, por ventura, que todos las mujeres se esfuercen en romper los vincula que nos unen para apresarte en sus redes? ¿Por qué el amor que tiene el poder suficiente para representarme tu imagen, no me da á conocer tambien tus pensamientos? Estoy segura de que se ofrecerian á mí meate tales cual yo las imagino, y los celos, que causan mi angustia y tormento, quedarían vencidos para siempre. Me parezco al avaro, cuyas ideas todas están reconcentradas en el tesoro que ha enterrado; no se separa de él sin perder el reposo y estar lleno de cuidados. Lojos de ti, Rugiero mio, vende el temor á la esperanza; conozco que es un temor vano, y sin embargo, no puedo librarme de él. Una solo de tus miradas desterrará esta

inquietud fatal: vuelve, pues, cuanto antes para calmar mi pena y destruir mis sospechas. Nos estremecemos de terror cuando estamos en medio de las tinieblas, pero al ver los primeros rayos del brillante Febo, desaparece nuestro temor; del mismo modo temblo cuando estoy lejos de ti, y al verte estoy tranquila. Vuelve, y que sustituya la esperanza á la inquietud. La menor chispa brilla durante la noche, mientras que por el día no se la ve: así mi sol al desaparecer me deja entregada á mil alarmas; su regreso reanima mi esperanza. Vuelve, pues, astro de mi vida, y destierra los tormentos que me consumen. Cuando el sol se aleja de nuestro hemisferio, son mas breves los días, la tierra se despoja de sus galas, brama el huracán, cubrese el sol, caen la nieve y las heladas, cesa el pájaro su canto, las flores y el verdor ban desaparecido. Así yo, cuando pierdo de vista á mi sol brillante, mi alma helada está entregada á los rigores de mil inviernos. Vuelve, pues, sol mío, vuelve hácia mí para devolverme la primavera tan dulce y deseada; destierra los hielos y escarchas, y restituye á mis ideas su serenidad primitiva. » Parécida á Progne y Filomena, que al huir sus nidos vuicios, no ven abrir ya los picos á sus hijuelos que acaba de arrebatar un zagal; tan desdichada como la tórtola privada de su tierno compañero, gime y se lloza Bradamanta, temiendo haber perdido para siempre á Rugiero. Su rostro está bañado en llanto que procura ocultar. ¡Pero cuánto mayor sería su dolor si pudiera saber el cautiverio en que se hallaba su esposo y los peligros que amenazan su vida!

Al mismo tiempo llegan á noticia de Leon las crueldades ejercidas por Teodora y su intención de dar muerte á Rugiero en medio de mil tormentos. El generoso príncipe quiere salvar la vida á su guerrero dotado de tanta intrepidez y valentía. Es un homenaje tributado á su valor sobrehumano y maravilloso, reflexiona un momento y halla medio por fin de salvar al cautivo sin exponerse al odio de su tia. Diríjese al prisionero y solicita verle antes de que concluyan al suplicio; luego, favorecido por la oscuridad, penetra en la torre con uno de sus escuderos, luchador hábil y vigoroso. El carcelero introduce al príncipe en el calabozo en que gime el desdichado destinado á sufrir el suplicio mas cruel; pero de improviso, ayudado Leon por su escudero, echa un lazo corredizo al cuello del carcelero y le envia en un instante al otro mundo. Levantau entónces la trampa; el príncipe, con una tea encendida en la mano, se descuelga por una cuerda hasta el sitio en que el héroe, cargado de cadenas, yace tendido en una especie de verja que apenas le separa del suelo pantanoso. Unmes de aquel cautiverio espantoso hubieran bastado para hacerle morir. Leon estrecha á Rugiero entre sus brazos: « Caballero, le dice conmovido, tu valor te granjea mi cariño para siempre; quiero defenderte y salvarte; aunque fuera á costa de mi vida. Por obtener tu amistad, sacrificaría el afecto de mi familia y mis padres; soy hijo de Constantino y vengo á libertarte, menospreciando sus órdenes y la cólera que encendió en su corazón el desastre de Belgrado. » Le dirija las palabras mas consoladoras y procura restituirle la esperanza al mismo tiempo que rompe sus cadenas. « ¡Ah! señor, le contesta Rugiero! cuánto os debo! Mi vida es vuestra, dispuesto de ella á vuestro antojo; en todas ocasiones estaré pronto á sacrificarla en obsequio vuestro. » Sale Rugiero de la prision con sus libertadores sin que le conozcan. Leon le lleva á su palacio y le tiene en él durante muchos días para instruirle con mas seguridad á las pesquisas; prométele tambien hacer que le restituyan su corcel y sus armas que han quedado en poder del cruel Ugiardo. Al amanecer del día siguiente al en que se escapó Rugiero, encuentran vacia la prision, y en lugar del prisionero hallan al cadáver del carcelero. No saben á

TOMO II.

quién acusar, y las sospechas recaen alternativamente en una multitud de personas, sin que piense nadie en Leon. ¿No tiene el príncipe mas motivo para desear la muerte de un enemigo peligroso que para socorrerle?

Tanta cortesía le sorprende y conmueve á Rugiero. Han variado sus sentimientos y olvida su primitivo intento; los celos, el odio y la cólera han cedido el puesto á la amistad mas sincera. Noche y día piensa tan solo en los medios de probar su gratitud á Leon. Su adhesión ignoralá á la inmensidad del servicio que le prestó, y su vida entera debe ser consagrada á su libertador.

Llega á la corte de Constantino la noticia del pregon publicado por órden de Carlomagno. Para obtener la mano de Bradamanta es preciso batirse con ella á lanza ó espada. Cúbrese de mortal palidez el rostro de Leon, pues conoce que no puede pelear con buen éxito con la guerrera. Imágine una estratagemu para hacer triunfar su amor. Si el valiente desconocido, que es capaz sin duda alguna de resistir á todos los paladines, acepta el reto, en lugar suyo conseguirá la victoria; pero es necesario el consentimiento de Rugiero y no debe traslucirse el secreto; le habla, le espone su proyecto y le ruega que sea su campeón. La gratitud ejercia mas dominio aun en el ánimo de Rugiero que la elocuencia del griego. Semejante lucha era espantosa y los resultados de ella habían de ser en estremo funestos; Rugiero contesta con semblante gozoso que consagrará todos sus esfuerzos á hacer que se realicen los deseos de Leon. Despues de hacer esta promesa no cesa un punto de gemir y sollozar, quiere morir pero obedecerá al generoso príncipe. Renunciar á su amada es renunciar á la vida: si el dolor no tiene poder suficiente para hacerle espirar, se arrancará él mismo la existencia y no presenciá el enlace de Bradamanta con otro hombre. Agitada su mente por tan tristes pensamientos, piensa presentar indelencso su pecho á los golpes de la guerrera. ¡ Muerte deliciosa! Pero obrando de este modo fallará á la palabra que ha empeñado: ha prometido sostener la lucha y no puede mancillar su fama con tan indigna felonía. Por último, dominando las encontradas ideas que lucian en su cerebro, adopta la firme resolución de cumplir su palabra. Ya Leon con asentimiento de su padre, ha hecho preparar sus armas y caballos; se dirije á Paris acompañado de numeroso séquito y de Rugiero montado en Fronto y cubierto con las armas de Héctor. Pronto llegan al término de su viaje; Leon hace levantar sus tiendas á las puertas de la ciudad y envia un heraldó á saludar al emperador en su nombre. Gozoso Cárlos por su llegada, le hace frecuentes visitas y le colma de atenciones y suntuosos regalos. Leon anuncia que desea pelear con la guerrera, para obtenerla por esposa ó parecer bajo sus golpes. Durante la noche se prepara el palenque y se fija el día siguiente para el combate. Aquella noche es tan cruel para Rugiero como puede serlo la de un condenado á muerte en la víspera de su suplicio. Para ocultar mejor el ardor del príncipe, ha elegido el combate á pie y con espada, así luzca su corcel. No teme la lanza maravillosa de Argali que da manos de Astolfo, pasó á las de la guerrera. Solo el rey que la vió furjar para su hijo conocia su origen mágico y su poder de derribar á los caballeros mas vigorosos. Aun Astolfo y Bradamanta atribuian sus victorias á su propia fuerza y no al arte de los nigrománticos; habrían tenido la misma confianza en cualquiera otra arma. Al escoger Rugiero el combate á pie, indócele tan solo el élio el temor de que Bradamanta conozca á Fronto. La guerrera poseyó y montó en otro tiempo este caballo, y Rugiero evita por todos los medios posibles el que pueda ser conocido. No quiere servirse de Belisard, que corta el acero cual si fuera blanda cera y rompe las armaduras.

8\*

ras mas fuertes; al escoger otra espada embota su filo á martillarlos. Al brillar en el Levante los primeros rayos del sol, entra en la liza con esta arma que no puede hacer herida alguna, y revestido de la cota de maila de Leon. Lleva en su escudo el águila de dos cabezas con las alas desplegadas en campo de exur. Su estatura es igual á la del príncipe que permueve cuidadosamente oculto á todas las miradas. Bradamante por su parte hace preparativos de muy distinto género; echa su espada y quisiera que cada una de sus estocadas atravesara de parte á parte el corazón de su adversario. Cual un caballo árabe que pinta con impaciencia, pone rectas las orejas y relincha aguardando la señal de las carreras, así la valerosa guerrera, que cree atacar á Leon, encuentra harto lento el clamar en dar la señal que aguarda tambien impaciente: parece que circula un fuego abrasador por sus venas. Después de caer el rayo acontece á las veces que el viento agita las olas del mar y lleva hasta las nubes torbellinos de polvo; los animales montaraces se dispersan, huyen los pastores con sus rebaños y corren torrentes de lluvia y granizo: así Bradamante, al oír el sonido del clarín, empuña su espada y encabeza Rugiero. El noble secular, cuyas raíces penetran profundamente en la tierra, la torre robusta y sólida u oponen mayor resistencia el soplo del vendaval furioso, ni la roca á los embates de las olas embrovecidas que noche y día se estrellan en ella, que la que Rugiero, cubierto con las armas impenetrables de Héctor, opuso á los múltiples golpes de Bradamante. Pega esta alternativamente de punta ó de filo, buscando la parte débil de la armadura, atacando tan pronto por un lado como por otro, y abrasándose con rubia y despecto: así como los enemigos reunidos al pie de un castillo, multiplican los asaltos, atacan las puertas y las torres, ciegan los fosos y prodigan inútilmente su sangre y sus vidas, así tambien Bradamante se consume en esfuerzos inútiles sin poder romper ni una sola maila de la armadura. Produce mil chispas en el escudo, casco y correa de Rugiero, y hace llover sobre él una multitud de golpes tan numerosos y retumbantes como el granizo que rompe las tejas. El héroe se limita á pararlos, sin procurar herir á su anada; se detiene, avanza ó retrocede, y su mano sigue el movimiento de sus pies. Tan pronto opone su espada como su escudo al acero de la guerrera á quien teme atacar aun cuando sus golpes hayan de quedar sin efecto. Arde Bradamante en deseos de concluir antes de la puesta del sol, pues recuerda las condiciones del combate y teme el peligro de que se ve amenazada. Si resiste su enemigo hasta la noche, será dueño de su mano. Ya el sol, próximo á sepultarse en el mar, se acerca á las columnas de Hércules. Empieza la guerrera á desconfiar de sus fuerzas y pierde la esperanza, pero se aumenta su cólera: multiplica sus golpes y procura romper la armadura en que aun no ha conseguido introducir su espada. Así hace el jornalero que desahogado concluir la tarea del día, al ver acercarse la noche se apresura y se consume en esfuerzos inútiles, pues sus fuerzas y la luz del día le faltan á un tiempo. — ¡Oh Bradamante! ¡si conocieras al que quieres humillar, si supieras que es Rugiero, el águila de tu existencia, pronto volverías contra ti misma la punta de la espada que esgrimes contra él! ¿Cuán grande será tu desesperación cuando puedas conocerle!

Cárlas y los que le rodean, persuadidos de que Leon es el adversario de Bradamante, admiran la fuerza y destreza con que se defiende sin procurar siquiera herir á la jóven, y todos dicen: «Se convienen mutuamente y son dignos uno de otro.» En cuanto el sol se oculta manda el emperador suspender el combate y declara que Bradamante será esposa de Leon. Rugiero ha salido ya del palleco sin atre-

se la visera del casco ni despojarse de sus armas, y montando en un caballo de mequize apariencia, se retira á la tienda del príncipe. Estréchalo este repetidas veces sobre su corazón, le prodiga las caricias mas tiernas y le ayuda á desembarazarse de sus armas. «¡Seré tuyo mientras viva, le dice; mi persona, mis bienes, todo te pertenece: nunca podré remunerarte el favor que acabas de hacerme, ni aun cediéndote mi corazón!» Rugiero, turbado y aborrecido la vida, contesta algunas palabras entrecortadas, devuelve al príncipe su escudo y toma el sayo en que campea el unicornio blanco; en seguida disculpándose con su cansancio, se retira á su tienda. Hacia la mitad de la noche toma sus armas, ensilla á Frontino y se aleja con el mayor sigilo, abandonándose al instinto del noble corcel en que cabalga. Camina Frontino á la ventura y lleva á su amo, tan pronto por caminos trillados como por senderos escabrosos, cruzando bosques ó llanuras. Rugiero no cesa de derramar lágrimas y llama en su ayuda á la muerte, único remedio capaz de calmar sus penas y dolor. «¡Ay! esclama ¿á quien puedo yo acusar de mi infortunio? Si semejante injuria exige sangre ¿en quien haré caer mi furor? ¡Yo solo he cometido la falta y causado mis penas; preciso fuera, pues, que me metara á mí mismo, puesto que soy el único culpable! Si tan solo me hubiera perjudicado á mí, podría, por lo menos, perdonarme mi propia falta: pero puedo hacerlo acaso cuando mi amada es víctima tambien de mi crimen? Aunque yo pudiera acallar mis remordimientos ¿podría dejar sin venganza á Bradamante? Por ella, pues, debo y quiero morir. ¡Ay! no siento dejar la vida, pues cesará tambien mi dolor: muerte harto leda, puesto que debiera haber espirado antes de afligir á mi anada. ¡Por qué no habré acumbido en el calabozo en que me tuvo Teodor! Sus suplicios mas atroces habrían sido menos terribles que la cólera de Bradamante. Cuando sepa que ha sido mas fuerte el dominio de la gratitud que el del amor, cuando conozca la usura que se ha esforzado para entregarla á otro esposo, me aborreceré.» Pasa Rugiero el resto de la noche protruendo estas quejas, interrumpidas por suspiros y sollozos. Al amanecer penetra en un hosque espeso y solitario y hallando aquel paraje á propósito para darse la muerte secretamente, se interna en él hasta llegar á un sitio en el que entrelazándose las ramas de los copulados árboles, mantienen una oscuridad profunda. Al separarse de Frontino le quita el freno y rienda. «¡Oh mi noble caballo, le dice, si me fuera dado recomponer dignamente tus servicios, no tendrías que envidiar la suerte del corcel que está colocado entre las constelaciones. Ariou, Citario, los caballos tan pouderosos de Grecia y Roma, no escedieron tu mérito, ni fueron dignos de mayores elogios. Los que te igualen no disfrutaron nunca del mismo honor que tú, pues te quisó y te cuidó la mas bella y virtuosa de todas las damas ¡mi noble anada! ¡Ay! ¡ya yo tengo derecho para darte tan dulce nombre desde que mi cobardía la ha entregado en manos de otro! Mas por qué no he vuelto aun contra mi pecho la punta de este espada?» Mientras Rugiero se abandona por entero á su desesperación y los habitantes de los bosques, ávidos testigos de sus gemidos y sollozos, se entrecierran al ver su profundo dolor, como aires que no es menos digna de lástima Bradamante, ahora que ya no tiene derecho para rechazar las pretensiones de Leon ni retrasar la época de una union aborrecida. Está decidida á faltar á su promesa, á arrostrar la cólera de Cárlas y de sus padres y la cesura de sus amigos, antes que aceptar otro esposo que no sea Rugiero. El acero ó el veneno serán su último recurso y prefiere la muerte á vivir sin Rugiero. «¡Ay! dice para sí cuando mio, alóndole ha encamuiado tus pasos? ¿Es posible que el pregon de Carlomagno, conocido ya

de todo el orbe, sea ignorado tan solo por ti? Si hubiera llegado á tu noticia, nadie sino tú se habrío presentado en el palenque. ¡Infartusda, no puedo imaginar sino sucesos funestos! ¡Si estás informado de lo que nadie ignora, debes haber muerto ó hallarte cautivo! ¡Ese príncipe arrojero te habrá tendido algún lazo ó te habrá interceptado el camino por donde hubieras de llegar á tal lado! Cuando impone la condición de vencerme á todos los que aspirarán á poseer mi mano, fue con la idea de que solo tú podrías resistirme. No conocía yo hombre alguno superior á ti en valor, pero harto castigado estoy por mi presunción. Héme yo vencida por un caballero sin nombradura. ¡Pero habré de ceder la victoria porque no he podido matar á mi adversario ni obligarle á rendirse? No: es injusta la sentencia y no puedo resignarme á ella. ¡Que me acusen de inconsecuencia y pérdida, pero me importa! No será la primera ni la última en faltar á mi honor, me basta con tener la firmeza de una roca y superar en constancia á las damas mas famosas de los tiempos antiguos y modernos. Acépteme el mundo si quiere do sor mas ligera que la veleta do un campesino: lo que me importa es no entregar mi mano á ese griego.»

Pasa Bradamante toda la noche sollozando y lamentándose, pero en cuanto Morfeo se retiró á las tinieblas con los demás eimerisinos, el cielo, en sus decretos eternos habian ordenado la union de Rugiero con la guerrera, y acudió al auxilio de esta. Al amanecer se presentó Marfisa al emperador, á quejarse de la afrenta que iba á sufrir su hermano, y declarar que no se le podía arrebatar tan arbitrariamente su esposa. Fácil era, su concepto suyo, probar que Bradamante pertenecía ya á Rugiero; ambos habian pronunciado en su presencia los juramentos solemnes que forman el verdadero vinculo del matrimonio. Ni Rugiero ni su amada podian aceptar ya desde entonces otro yugo. Repitió con energía este aserto, cuya veracidad no pretendo afirmar. Aun estoy tentado á creer que Marfisa deseaba ante todo impedir el enlace del príncipe con la guerrera, y quizas estuviera de acuerdo con Bradamante, que no habia otro medio de apartar á Leon y guardar la fe jurada.

Sorprendido Carlos al oír semejante protesta, manda llamar á Bradamante, y en presencia del duque su padre la participa el paso que ha dado Marfisa. Inclina la jóven su frente y permanece silenciosa, dando lugar á creer que Marfisa ha dicho la verdad. Reynaldo y Orlando están transportados do júbilo; la alianza proyectada y cunsi decidida con Leon no puede ya llevarse á cabo. Triunfó Rugiero de la resistencia del anciano duque y obtendrá la mano de Bradamante sin que necesito emplear la violencia para arrancarla al poder de su padre. Piensan ambos paladines que si la promesa hecha por la jóven se publica, nada se opondrá ya á su casamiento ni á la realizacion de sus deseos. «Kao no es sino un subterfugio inútil, esclama Aimon; pero todos vuestros consejos no conseguirán triunfar. Aunque fuera cierto lo que habeis dicho, no conseguiriais contrariar mi voluntad. Aun suponiendo (y estoy muy lejos de creerlo) que mi hija entregara su corazón y su amor á Rugiero, quisiera que me indicaran de un modo claro y explicito el sitio en que eso aconteció. Rugiero no era cristiano aun y sabeis perfectamente que una alianza con un rraceno está prohibida á los fieles. En semejante caso, no tienen valor alguno los juramentos. Aunque así fuera, Leon ha ganado el premio del combate y nuestro monarca no se dejará convencer por vanas evasivas. Deberíais haber suscitado esa cuestion antes de quo Carlos hiciere venir á Leon desde tan lejos, fado en una promesa hecha por mi hija.» Tan obstinada es la resistencia del anciano duque que rechaza con terquedad todas las instancias, á cual mas solícita, de lo a paladines. Escucha Carlos silencioso las razones es-

puestas por amias partes. Se difunde por toda la Francia un rumor sordo, y Bradamante es objeto de todas las conversaciones; unos se pronuncian en favor de Rugiero, otros en el de Leon; pero apenas reúne un solo sufragio favorable por cada diez que le son contrarios. Así se oye al Austro ó al Boreas agitar las ramas do los árboles: así es tambien el bramido de las olas agitadas por la lucha de Neptuno contra ei dios de los vientos. El emperador que no hace inclinarse la balanza bácia ninguno de los dos rivales, somete la decision de este asunto al tribunal de sus pares. Entonces propone Marfisa un medio de resolver la cuestion: «Rugiero, dico, no sufrirá que sea Bradamante esposa de otro; preciso es, pues, que Leon se le dispute á mi hermano con las armas en la mano. Una vez muerto el vencido, dejaré á Bradamante al poder del vencedor.» Transmite este nuevo reto al griego, que cuenta con el apoyo y valor del caballero del unicornio y no duda que alcanzará la victoria. Acepte pues, el combate, porque ignora la fuga de Rugiero, y piensa que este paladín se habrá alejado tan solo un par de millas y volverá por la noche.

Pero no tarda en apoderarse la inquietud de su ánimo al ver que no vuelve aquel día ni en los dos siguientes, y sin él no se atreve á aventurar el combate. Recorren por órden suya las ciudades, aldeas y castillos, para buscar al que le de salvarle el honor ó la vida. El mismo príncipe toma parte en la búsqueda, que habrían sido de todo punto inútiles si no ser por el auxilio do Melisa, según vereis en el cauto siguiente.

## CANTO XLVI.

Argumento. — Melisa informa á Leon del peligro en que se halla Rugiero. — Leon le presenta á Carlos. — El emperador y sola la corte se quedan sorprendidos al ver su equivocacion. — Perseguido Leon el duque Aimon á que cederá la mano de Bradamante á Rugiero. — Los bizantinos suplican á Rugiero la corona de su país. — Matrimonio de Rugiero con Bradamante. — Descripción de su pabellon nupcial. — Bodas de Bradamante á Rugiero á singular combate. — Muerte de Rodomonte.

Si mi mapa no me engaña, descubriré muy pronto el puerto que cumpliré los votos que he hecho á la divinidad tutelar cuyo auxilio me ha salvado de mas de un naufragio. ¡Cuántas veces he temido estrevarme ó ver á mi bujel estrellarse! ¡Pero ya veo, si no me engaña, ya veo la tierra y la costa! ¡Oigo un ruido confuso producido por la alegría del pueblo y semejante el estallido del trueno; suena el ruido de las campañas y clarines. Conozco á los que avanzan por ambos costados del puerto para saludar mi feliz arribo. ¡Oh! ¡cuántas damas nobles y hermosas adornan esa playa risueña! ¡Cuántos amigos so dignan celebrar mi regreso! Al estremo del muelle se ve á Mamma y Ginebra en medio de las bellezas de Correggio; esa sublime Verónica de Gambera, tan querida de Feho y de las musas de Anona. Cerca de ella está otra Ginebra, de su misma sangre, y la amable Julia. Veo á Hipólita Esforcio y á la jóven Trivulce, crinda en el valle sagrado; Emilia Pia, Margarita, están inmedatas á Graciosa y Angela Borgia. Con Ricarda Este saludo á Blanco, Diana y las demas hermanas. To conozco hermosa Bárbara Turca, mas casta aun que hermosa; Laura está á tn lado: el sol no elumbró nunca una pareja mas perfecta. Las sigue Ginebra, cuyas virtudes derraman sobre la cesa de Malatesta mas brillo y esplendor que las pedrerías y el oro sobre los palacios mas suntuosos. Si César, el orgulloso conquistador de las Galias, la hubiera hallado en Rimini, habria vacilado en atravesar el río y marchar contra Roma para subyugarla. Depositando á los pies de la hermosa los trofeos de sus victorias, hubiera recibido las leyes y cadeaus que le impusiera Ginebra. Hé ahí la esposa, la madre, las hermanas y primas del señor de Barzola, las Tarelli

los Bentivoglio, los Visconti, los Pallavicini; pero los griegos, los latinos, a todos los pueblos del mundo han visto nada comparable a la encantadora Julia de Gonzaga. En todas partes la ceden la palma de la superioridad y la admiran como la diosa de la hermosura. Al lado de ella está su cuñada, su fiel compañera aun en los reveses. Brillan en primer término Ana de Aragón gloria de las del Guast; ¡Aen tan noble y tan pura, cuyo corazón es un santuario de amor y constancia! ¡A su lado se ve a su hermana, que no tiene rival en gracias y hermosura! Sus cantos divinos arrancan a las tinieblas de la laguna Estigia y a la Parca despiñada el noble esposo a quien inmortalizara. Hé allí las bellezas de Ferrara y Urbino, las damas de Mantua y las perlas de Toscana y Lombardia. Si, deslumbrada mi vista por el brillo de tantos ojos bellos, no me engaña, veo en medio de ellas a Unico Accoli, Aretio, antorcha esplendorosa de su patria: su sobrino Benedicto, cubierto con la púrpura Romana; los cardenales de Mantua y de Campeggio, lumbreras de los concilios, aumentan su comitiva. Conozco en sus miradas que me van llegar con placer y no podré agradecerles tanto como les debo. Pero veo también a Lactancio, Claudio Tolomeo, Pablo Panza, Drusino, Latino Juvencio, mis queridos Capilupi, el Sasso, el Molza, Floriano Montino y Julio Camillo, que supo allanar los caminos del monte sagrado; Marco Antonio Flaminio, Sanga y Berni. Veo a mi ilustre dueño. Alejandro Farnesio, rodeado por los mas selectos de los sabios; Pedro, Capella, Porzio, Felipe de Boloua, Volterrano, Maddalena, Blosio, Pierio, Vida de Cremona, meantant inagotable de elocuencia; Lascari, Musuro, Navagiero, Andrés Marou y el religioso Severo. Otros Alejandro se hacen notar entre ellos: uno es Guarino, otro Oroligio. Distingo a Mario de Olvita y al censor de los reyes, el divino Pedro Aroliano; los dos Gerónimos; uno de Veridade, el otro de Cittadini; veo a Mainardo, Leoniceo, Celio, Panizzato y Teodoro, Bernardo Capello y Pedro Bembo, a quien debe nuestro hermoso idioma el haber recuperado su pureza y armonia primitivas. Siguiendo Gaspar Obizi, su admirador y su émulo, Frascator, Bevarano y Gabriel Trifon. Hé allí el Tasso, Nicolas Tiepoli, Nicolas Amanioz, Antonio Fulgioso, que se sorprende y regocija al verme llegar. Creo ver tambien a mi amigo Valerio; permanece un poco lejos de las damas y parece pedir consejo a Brignano para evitar las dulces cadenas que se le complacen con harta frecuencia en buscar. Admiro dos genios sublimes, Pico y Pio, unidos por los vinculos de la saogre y la amistad. ¿Quiénes es, pues, el que les precede? Personajes ilustres le colman de elogios; creo conocerle por el retrato que me han hecho de él: es el hombre célebre a quien tanto anhelo ver, Saotino Sandazar, cuyos cantos atraen las musas a orillas del mar. El docto y laborioso secretario Pistollo, Augurio y los Acciaouli manifiestan su alegría al verme al abrigo de la inconstancia de las olas. Anibal Malaguzzo, pariente mio, está al lado de Adoardo, que hará resonar el nombre de mi ciudad nativa de las rocas de Calpe hasta las orillas de la India. Victor Fausto, Taocredo y otros ciento, damas ó caballeros, aplauden mi feliz llegada. Aprovechando el viento favorable, puedo pues concluir el poco camino que me resta salvar; vuelvo a Melissa y diré de qué modo se compuso para salvar la vida de Rugiero.

La hada, según sabéis, quería llevar a cabo la union de Bradamanta y Rugiero. Interrogaba incesantemente el porvenir para averiguar lo que podia acontecer, favorable ó adverso, a los dos amantes. Varios espíritus recorrian por órden suya el orbe entero y la daban cuenta de sus avertisaciones de hora en hora. Uno de estos mensajeros participó que Rugiero, entregado al dolor mas espantoso, estaba en

el fondo de un bosque donde parecia querer dejarse morir de hambre. Salí el hada al instante de su palacio y marchó en seguimiento del principe griego. Despues de haber hecho Leon explorar todos los alrededores por sus numerosos escuderos, empezó a buscar por si mismo al caballero del unicornio. Montada Melissa en un espíritu que habia tomado la forma de un caballo, se encontró frente a frente con el heredero de Constantino. « Señor, le dice, si la nobleza de vuestra alma corresponde a lo que indica vuestro rostro, si tenéis tanta bondad y generosidad como parecen indicar vuestros ojos, venid por favor a consolar y socorrer al mejor caballero del universo, el mas valiente y gracioso de todos los que esgrimen espada ó llevan escudo. ¡Ay! el escudo mismo de su lealtad le costará la vida si no acude pronto en auxilio suyo. ¡Señor, por piedad! ¡Salvad su existencia! Pensando Leon que aquel caballero es el que desea él hallar, sigue al momento a la persona que reclama su apoyo. Rugiero, pálido, descompuesto y tan abatido por un ayuno de tres dias; que apenas puede sostenerse, se ofrece a su vista; está echado en la yerba completamente armado, con el casco puesto y ceñida la espada; tiene la cabeza recostada en el escudo del unicornio blanco. Entregado al dolor, no cesó de reconocerse por sus propios errores y su ingratitud para con Bradamanta; exhalaba su rabia en trasportes furiosos: se muerde las manos y los labios, y torrentes de lágrimas inundan su rostro. El desórden de sus ideas le impide que vea a Leon y Melissa; el principe se apea de su corcel y se aproxima a Rugiero, cuyos lamentos indican suficientemente que el amor es la causa única de sus tormentos, pero no se le oye pronunciar el nombre de la belad a quien adora. Adelántase Leon, le saluda y le estrecha entre sus brazos con fraternal ternura. La llegada repentina de Leon, creo que no fuera muy grata a Rugiero, pues temió no poder ejecutar ya su fatal proyecto. « Por favor, le dice el principe bondadosamente, confíame el motivo de tu llanto. Hay pocos males que no tengan remedio cuando se conoce la causa de ellos, y no se debe perder la esperanza mientras quede un soplo de vida. ¿No tengo derecho de quejarme de la disimula para conmigo? ¿No soy acaso tu mejor amigo? Me senti inclinado a quererte no solo desde el dia en que te hiciste acreedor a mi gratitud, sino desde el instante en que te mostraste nuestro enemigo mas cruel. Soy toda tuyo: dispon de mis soldados, de mis tesoros, hasta de mi vida. ¿Qué penas te afligen? Yo verré si la fuerza ó la astucia, el oro ó los regalos pueden triunfar de los obstáculos que se oponen a tu deseo, y si mis esfuerzos son inútiles, cutouces podrás morir. »

A las palabras mas persuasivas una Leon ruegos afectuosos y tiernos, y concluye por conmover el corazón de Rugiero, que no era de hierro ni de mármol. Conoce este padiduo que debe romper su obstinado silencio y corresponder a tantas pruebas de amistad; quiere hacerlo, pero las palabras espiran tres veces en sus labios. « Cuando sepas mi nombre, y preciso es ya que te lo diga, desearás mi muerte tanto ó mas que ya mismo: soy tu aborrecido rival, soy Rugiero. Siendo en otro tiempo tu enemigo, corri desde el corazón de la Francia a tu pais para matarte, pues no tenía otro medio de arrebatarte a la que amo, y que unanciano obstinado quiere entregarte. Pero soy Dios dispone cuando el hombre propone; tu generosidad convirtió mi odio en adesion decidida. Ignorando mi nombre me confiaste el cruel encargo de conquistar para ti la mano de Bradamanta. Sacrifique ¡bien lo sabes! mis deseos al tuyo. Posee en paz a tu bella esposa, pues tu felicidad será siempre para mí mas grata que la mia propia; pero couoce que no puedo sobrevivir a la desgracia de renunciar a la mujer a quien amo. Es el alma de mi vida: sin ella no puedo

vivir. Seria yo un obstáculo para vuestro matrimonio, porque me unen á Bradamante vinculos sagrados y no puede tener dos esposas á un tiempo.

Inmóvil y lleno de estupor, se queda el hijo de Constantino con la boca abierta y los ojos espantados: parece una de esas estatuas colocadas en las Iglesias por la piedad de los fieles. Tanta generosidad y abnegación le parecen la cosa mas extraordinaria que pueda imaginarse. No disimula esta confesion la amistad que profesa á Rugiero, sino que por el contrario la aumenta. El principe participa del dolor del paladin, y deseara de mostrar una grandeza de alma digna de su ilustre nacimiento, probará que un simple caballero no le podrá superar en generosidad.

«Rugiero, le dice, si el día en que dispersastes mi ejército hubieras sabido el nombre que hoy me revelas, sorprendido, maravillado al ver tu valor, no me habrían huido menos dispuesto á estimularle como lo hago en este momento. Te aborrecia sin concierto, pero puedes estar seguro de que el odio está destruido ya de mi corazón: no habria dejado de librarte del cautiverio aunque hubiese sabido que eras rival mio. Ahora que me une á ti la gratitud, no habrá sacrificio alguno que yo no sea capaz de hacer en obsequio tuyo. Me cediste el mas precioso de todos tus bienes, tu amada, recobra su posesion: experimento mas gozo al devolvértela que al tenerla. Mereces mejor que yo poseer á Bradamante; no es tan grande mi amor hacia ella que haya de renunciar á la existencia por verla en los brazos de otro. Rompiendo nuestros vinculos y uniéndome á ella seria yo causa de tu muerte. ¡Ah! renunciaré á Bradamante, á los bienes de mas valor, á la vida misma, antes que ver perecer á un héroe cual tú. ¿Por qué duistes, pues, de quien te perteneces? ¿Por qué preferiste morir antes que hacer una confesion que te hubiera salvado la vida? Seria inútil por demas repetir aquí todas las palabras de Leon; triunfa por fin de los escrúpulos de Rugiero que le contesta: «Puesto que lo exiges yo atentaré á mi existencia: ¿pero cómo podré pagar á quien me ha dado dos veces la vida?» Hizo Melisa al instante que sirvieran los manjares succulentos y nutritivos, y vinos generosos, para reanimar las fuerzas extenuadas de Rugiero. Atorado Frontino por los relinchos de los caballos, corrió al sitio en que se halla la conitiva; le cogieron los escuderos y se le entregaron á su ama. Costóle trabajo á Rugiero montar y sostenerse en el lomo del noble corcel; habia perdido aquella fuerza que era capaz de dispersar un ejército y sostener durante un día entero los asaltos mas terribles. Despues de haber andado una media legua, se detuvieron en una alameda para descansar, y juzgaron oportuno permanecer en ella tres días; despues, Melisa y Leon condujeron á Rugiero á la real ciudad de Paris, adonde habian llegado tambien la noche anterior un embajador de los búlgaros. Estu nación habia elegido por rey á Rugiero, y los magnates del Estado, creyendo hallarle en la corte de Carlos, iban á entregarle la corona y hacer el pleito homenaje. El escudero de Rugiero que acompañaba tambien á los diputados, habia referido á los paladines franceses la victoria por su amo contra Leon y el emperador, y la mataza que hizo de las tropas griegas, que los búlgaros habian reconocido por su jefe supremo á tan valiente guerrero. «Poro apresado mi amo, añadió el escudero, en la ciudad de Novigrad por su gobernador Ungardo, y entregado á Teodoro, se habia escapado del calabozo, ballándose abierta la puerta y muerto el carcelero, sin que pudieran descubrirse los huellas del fugitivo.»

Penetra el héroe en la ciudad sin que nadie lo vea, al día siguiente se presenta delante de Carlomagno con el principe griego. Lleva el escudo con el águila de oro de dos cabezas en campo de gules y la manna

armadura y cinta de armas rojas y agujerada en varias partes que usó en su combate con Bradamante. Leon, desarmado y vestido con un traje suauoso, camina á su lado. En medio de una comitiva formada con lo mas selecto de los grandes y caballeros, sale el emperador al encuentro del principe, el cual se inclina respetuosamente y le dice: «Te presento el caballero valeroso que desde la salida del sol hasta la noche, sostuvo los ataques de Bradamante, la cual no pudo vencerle ni inmolarle, y segun las conlocuciones del hado le corresponde su mano. Si le pertenece por el derecho de conquista, si es digno de ella por su incomparable valor, mereces tambien su amor por su cierto vivo y sincero. Por lo demas está prouto á disputársela á quien se la quiera arrebatarse.»

Carlos y todos los que se hallan presentes, se quedan mudos de sorpresa, nadie sospechaba que hubiera combatido otro su lugar de Leon con Bradamante. ¿Quién era pues aquel caballero incógnito? Melisa, que apenas puede contener sus cólericos arrebatos, se acerca al emperador, y le dice: «¡Puesto que mi hermano no está aquí para defender sus derechos, yo saldré hacer de modo que no le quiten á su amada sin dar un golpe. Desato al que aspira á obtener la mano de mi amiga y parece poner en duda el valor de Rugiero.» Pronuncia estas palabras con un tono tan aminorado, que leuen verla empezar la lucha antes de haber obtenido el consentimiento del emperador. Pero Leon, alzando la celada del casco de Rugiero, dice á Melisa: «¡He aquí el adversario que contestará á tu reto!» El anciano Egeo no se quedó mas sorprendido cuando en medio del baquete impio en que una mandraza cruel queria envenenar á su hijo, conoció este por la espada que que llevaba celada. Al ver á Rugiero arrojase Melisa en sus brazos. El emperador, Orlando, Reyinaldo, Dudon, Oliverio, el rey Saburio y todos los paladines lo rodean y le colman de caricias.

Cuando hubieron culminado algun tanto los primeros trasportes, refirió Leon con dulce elocuencia lo que habia acontecido. Dijo que en la batalla de Belgrado se habia captado Rugiero su estimacion y afecto, á pesar de haber derrotado á su ejército; y hecho en él una espantosa carnicería, que habia sido arrancado de manos de una mujer cruel é irritada, y que la gratitud le impulsó á hacer un acto de generosidad de que no ofrecia ejemplo alguno los pasados tiempos y que no será posible que se reproduzca en los siglos venideros. Refirió despues, en estremo conmovido y con los ojos arrasados de lágrimas, la desesperación del desolado amante que habia formado el propósito de darse la muerte. Dirigiéndose despues al anciano duque le suplica y ruega encarecidamente que una á los dos amantes y consiga convencerle. Declara Annou á Rugiero que lo concede la mano de Bradamante y le considera ya como á su yerno.

Entre tanto, retirada la hermosa guerrera en su estancia, lamentábase por su desgracia, cuando varios amigos fueron á anunciarle el venturoso desenlace que tenian sus penas. Detenida su augro por el dolor, refluó de su corazón con una imposibilidad que estaba á punto de ahogarla; perdió su fuerza y euerja, y estuvo próxima á caer desmayada. El condeudo á muerte cuyos ojos están ya cubiertos con la venda fatal y espera el momento del suplicio, no oye con mayor alegría el grito del perdon. Las familias de Clermont y de Montgraine se regocijan al ver los nuevos vinculos que van á unir á sus descendientes. Ganelon, Anselmo, Guili, Falcon y Guisart, disimulado su odio, ocultan su negra envidia y sus perversos manejos, cual la zorra que acecha emboscada el paso de la liebre. Los magnates no han olvidado el castigo que Reyinaldo y Orlando (á pesar de los prudentes y hábiles consejos de Carlomagno) impusieron

á los infames miembros de su familia, como Pinabel y Bertolas. Los traidores finjan ignorar el nombre de los que mataron sus parientes.

Los embajadores búlgaros, que han llegado á París con el único objeto de proclamar por su rey al caballero del unicornio, se echan á los pies de Rugiero, suplicándole que les siga á Andriópolis, donde le esperan una corona y un cetro. Tiempo es ya de que vele por la seguridad de sus Estados, que Constantino amenaza invadir á la cabeza de un ejército numeroso. «Pero en cuantos tengamos por gefo, áhuden, esperamos conseguir la victoria, en lugar de temer una derrota.» Accede Rugiero á sus ruegos y les promete estar antes de tres meses en Andriópolis, si nada se opone á sus proyectos. Leon le jura, que puesto que es ya rey de los búlgaros, se estipulará la paz entre ellos y los griegos, comprometiéndose además á obtener de su padre la restitucion de las ciudades conquistadas sin que Rugiero necesite recuperarias con las armas en la mano. Todas las virtudes resplandecientes de nuestro héroe le hacen menos digno de estimacion á los ojos de la ambiciosa Beatriz, que su nuevo título de rey. Preparañse las bodas con una magnificencia digna del monarca que las dispone; hubiérase creído que Cárlos casea á una de sus hijas. Recordead los servicios de Bradamaeta y los demas héroes de la raza de Aimon, y no pensara recompenarlos demasiado cediendo la mitad de sus tesoros; hizo publicar que celebraría unas cortes ó consejo pleno, y que todos los que quisieran esponeer á él sus quejas, hallarian justicia y proteccion. Consiguientemente á esto se erigieron en la llanura santosos pabellones adornados con ramas de árbol y flores perfumadas. Brillaban por todas partes el oro y la seda; no se podia dar espectáculo tan magnifico y agradable como el que presentaba aquel campamento. Preciso era proveer así á las necesidades de la multitud de estrangeros que Paris no habria podido contener, y que, ricos y pobres, griegos, latinos ó bárbaros, principes y señores, acudian presurosos de todos los puntos del globo. Unos hallaron abrigo en los pabellones, otros en las tiendas de campaña, y otros, en fin, entre los árboles del bosque.

Melisa se complació en adornar por sí misma la cámara nupcial que hacia tanto tiempo soñara. La adivinacion de los sucesos futuros la hacia desear con ardor una alianza de donde babin de surgir numerosa raza de héroes. Estaba situado el lecho bajo la tienda mas rica y admirable que se babin visto nunca. La boda se la babia quitado á Constantino, en las costas de la Tracia, y con el consentimiento del principe Leon, á quien deseaba probar su poder en la tierra y los infiernos, la hizo trasportar bajo los muros de Paris por los demonios sometidos á su voluntad. Aquella tienda, con sus palos y cuerdas, fue llevada por los aires en medio del dia, sirvió á los esposos, y después le envió de nuevo Melisa, por el mismo camino, á su legitimo poseedor. Dos mil años habian transcurrido desde el dia en que Casandra la jóven profetisa de Ilio, regaló á su hermano Héctor aquella tienda, fruto de sus vigiliat y prolongado trabajo. Veaise representado en ella, en un bordado magnifico de oro y seda, ni mas lustre de todos los descendientes de Héctor. Este héroe la conservó cuidadosamente, porque admiraba su belleza y queria en estremo la memo que la habia hecho. Después de su triste fin y de la caída de Troya entregada por el pérido Sinon, después del saqueo mas espantoso que pueda hallarse en la historia, tocó en suerte esta tienda de campaña á Menelaus, que la trasportó á Egipto, donde se vió obligado á darla en cambio de su infiel Helena que estaba en poder del rey Proteo. Por una sucesion de reinados llegó á pertenecer á los Tolomeos, y de manos de estos pasó á las de Cleopatra, que la abandonó con otras riquezas en el mar

de Leucades al romano Agripa. Cayó sucesivamente de manos de Augusto en las de Tiberio y otros emperadores, basta llegar á las de Constantino. Cuando este principe, ejecutando el proyecto mas fatal para la Italia, dejó las orillas del Tiber por las costas del Bósforo, llevó consigo aquella tela preciosa que Melisa arrebató momentáneamente á otro Constantino. Los palos son de marfil, las cuerdas de hilo de oro; los bordados que la adornan pueden ser compereados á las obras maestras de Apelo. Allí se ven representadas las Gracias, con sus brillantes adornos, en el acto de socorrer á una princesa que está con los dolores del parto: da á luz el hijo mas hermoso que pudiera desear una madre. Júpiter, dios de la elocuencia, Marte y Venus derraman sobre él las flores del Olimpo, la ambrosia y los perfumes celestiales. Léase en su cune, en caracteres casi imperceptibles, el nombre de Hipólito. Mas tarde le guia la fortuna y sostiene la virtud sus pasos. Se ve un grupo de estrangeros, vestidos con largos trajes, de larga cabellera, que van á reclamar el tierno niño de parto del victorioso Corvino. Hipólito se aleja del duque Hércules y de su madre Leonor, y va á buscarse adorar de los pueblos del Danubio. El sabio rey de Hungría admira sin cesar el juicio y prudencia del jóven principe; le eleva al primer rango entre sus herones y le confia la custodia de la Estrigonia. Al lado mismo de Corvino en las ciudades y los campos, toma parte en todas las batallas contra los turcos y los elemenes; aprende así el arte de la guerra y aprovecha estos ejemplos magniminos. Mas tarde se le ve distribuir sus hermosos años entre la cultura de las artes y los ejercicios bélicos, el docto Fusco le explica los autores antiguos. Gracias al talento de la artista, se creen oír al anciano decirle: «¡Hé aquí el ejemplo que habéis de seguir, hó aquí el que habéis de evitar para adquirir gloria inmortal!» Revestido Hipólito con la púrpura romana en su juventud mas tierna, sorprende y arrebatu con su elocuencia á los piadosos cardenales ramanos reñididos bajo las bóvedas del Vaticano: «¿Qué llegará á ser este jóven algun dia? parecen decirse unos á otros los ancianos; ¿qué gloria y poderío tan inmenso para la Iglesia si lleja á poseer el manto de San Pedro!» En otra parte se ven los juegos y placeres de su infancia. Allí, en montes escabrosos, ataca á los osos; mas abajo busca á los jabalies en el fondo de los valles pantanosos. Después, cabalgando en un corcel mas rápido que el viento, persigue á los cabritos y los ciervos, dividiéndolos de un solo golpe de su espada. Se le vuelve á hallar tambien rodeado de poetas y filósofos; los sabios le esplican la marcha de los astros y la division de los cielos; los favoritos de las musas recitan tristes elegias ó cantos alegres; uno declama verso heroico, otro lee una oda armoniosa; le gustan la melodia y los nobles acordes, y presiden las gracias á su xiroso baile.

Así la industriosa Casandra consagró la primera parte de sus cuadros ó reproducir las diferentes edades de la vida de Hipólito; en otra parte ha trazado todos sus actos de prudencia, sabiduria y modestia, y de esa virtud, compañera de todas las demas, la libertad que distribuye con justicia las dádivas y los favores. Adivinase en él la reunion de todas estas virtudes. Por fin, hallábase con el desdichado principe de Insubria, cuyo consergero en tiempo de paz, siendo asimismo su firme sosten en tiempo de guerra. Lo permanece siempre fiel, tanto en la adversa como en la buena suerte; compañero de su fuga, es su consolador y su último apoyo: forma vastos proyectos para asegurar la salvacion de Alfonso y de Ferrara, revela á su sublime hermano las tramas péridas de sus favoritos mas queridos, y merece así el glorioso sobrenombre que concedió Roma en otro tiempo á Ciceron. Revestido de brillante armadura, pelea en favor de la Iglesia; á la cabeza de un puzado de soldados

sostiene el choque de todo un ejército y salva los Estados del Santo Padre de los fuegos que están próximos á devorarlos. Entonces puede esclamar:

« ¡Vine, vi y vencí! » Cerca de las costas de su patria pelea contra la flota mas numerosa que opusiera nunca Venecia á Génova ó á los turcos, le lleva á su



Juegos de la infancia de Hipólito.

hermano las góleras apresadas y cargadas de botín. La gloria es su única ambición.

Las damas y los caballeros admiran la riqueza y el brillo de las pinturas, sin saber á punto fijo la que representan y sin poder adivinar que son acontecimientos venideros; pero se complacen en examinarlos y añaden las inscripciones. Solo Bradamante lo sabe por habérselo dicho Melisa, y se llena de júbilo al ver el porvenir de su raza. Recuerda Rugiero lo que Atlante de Carenc la habló de Hipólito; ambos se envanece con tan gloriosa posteridad. Mis varones podrían describir la afabilidad de Carlomagno, la variedad de los juegos, la magnificancia de las fiestas, la abundancia y lujo de los festines. Los caballeros mas valientes muestran su valor; cada día se rompen mil lanzas; se sostienen combates á pie ó á caballo, uno á uno, ó dos á dos; á las veces es general el combate. Rugiero queda siempre vencedor; triunfa de todos sus rivales, tanto en el baile como en las justas.

Llegado el último día de las fiestas, se colocan los convidados alrededor del banquete imperial; Rugiero está á la izquierda y Bradamante á la derecha del emperador. De pronto distinguen en la llanura un caballero de elevada estatura y aspecto amenazador. Negra es su armadura, también lo es el caparazón de su caballo, adelantase rápidamente hacia cerca de donde están las mesas: es el rey de Argel. Fiel á su juramento de permanecer un año, un mes y un día sin llevar las armas, y de no montar en ningún corcel, ha vivido en una celda como un hermitaño, para espiar la vergüenza de su caída en el encuentro con la guerrera: tal era la costumbre de los caballeros. La noticia de las victorias de Cárlos y de los desastres de su soberano no ha podido hacerle olvidar su voto; pero viendo que los espíritus al término, coje sus armas, salta sobre su caballo y se dirige á París. No echa pie á tierra, ni da señal alguna de respeto, y afecta desdeñar á Cárlos y sus ilustres pares. Sorprende á todos al ver tanta insolencia, y se levantan para escuchar lo que va á decir el audaz. Se aproxima al emperador, y colocado de frente de Rugiero, esclama con arrogancia: « Soy Rodomonte y vengo á desafiarte á ti, Rugiero, á singular combato. Antes de que hayas llegado al sol al término de su carrera, te

probaré que eres un cobarde y un traidor indigno de los honores de que te veo colmado. Aunque pretendes envanecerte con tu perjurio y buscar una excusa en tu misma apostasia, te haré confesar en palenque cerrado que eres un infame. Estoy pronto á combatir con todos los que se armeen en defensa tuya, aunque fueren cuatro ó seis reunidos y sostendré mi dicho á todo el que se presenta. » Levántase Rugiero, y con la venia de Cárlos contesta al rey de Sars que miente; que fajes de habar hecho traición á su monarca, la habio servido siempre con el mayor celo. Añade que su conducta no puede ser censurada por los hombres de firmeza y corazón, y que no necesita campeón para defender su causa y poner la verdad en su lugar; bastante tendrá Rodomonte con un solo adversario.

Marfisa, Dudon, Reynoldo, Oribodo, Oliverio y sus hijos, los de la armadura blanca y negra, quieren batirse con el sarraceno, con el fin de que uada turbe para los dos esposos, la paz de un día tan solemne, pero exclama Rugiero: « ¡Eos subterfugios son indignos de mí; quedaos quietos! » Traénla al instante las armas arrebatadas á Mandricardo. Orlando calza las espuelas al caballero, Cárlos le digna ceñir la espada; Bradamante y Marfisa le ponen el casco y el resto de la armadura. Astolfo la presenta los riandres del corcel, cuyos estribos le tiase el hijo del Damos. Naymas, Reynaldo y el marques Oliverio se apresuran á hacer desapejar el palenque, que está constantemente abierto, á los muchos curiosos que le ocupan. Cual tímida palomas á quienes la violencia del huracán hace huir de las nubes en el momento en que brilla el relámpago con siniestro fulgor, ó en que las nubes cargadas de granizo y lluvia empiezan á descargar su furia sobre los campos, así las damas y jóvenes, se levantan temblorosas y asustadas, pues temen que sea fatal á Rugiero aquella lucha contra un hombre tan feroz y temible. También el pueblo y los barones experimentan temor, pues todos recuerdan las terribles hazañas de Rodomonte, que en otro tiempo destruyó una parte de la ciudad con el acero y el fuego; allí están sus las ruinas para atestiguar su paso y sus escosos espantosos. Bradamante, naturalmente, está mas commovida que los damas. La fuerza de Rugiero, su valor, la misma justicia de su

cansa la tranqullizan y son para ella prenda segura de victoria; sin embargo teme las eventualidades siempre inciertas de los combates; querin sostener por sí misma aquella lucha, aun á riesgo de perder la vida en ella. Preferiera sufrir mil muertes á ver espirar á Rugiero pero sus reiterados ruegos no pueden obtener de su amante que renuncie á vengar su propia injuria, y se ve obligada á permanecer siendo mera espectadora del combate.

De pronto enristran sus lanzas los dos adversarios y se precipitan uno contra otro; rómpense las lanzas cual frágil vidrio, y los trozos de ellas se pierden en las nubes cual rápidas aves. El hierro del sarraceno no ha podido atravesar el escudo de maravilloso temple, obra maestra de Vulcano. Rugiero traspasa con su lanza el escudo del rey de Sarse, aunque está formado de un lienzo de mas de un palmo de espesor, y cubierto con una doble chapa de acero; afortunadamente para él se quebró la lanza, pues de lo contrario habría atravesado el hierro la coraza, aunque fuera de diamante. Los corceles tocan el suelo con sus cuernos traseros: el acicate y las bridas los hacen levantar. Brillan entonces las espadas, y los enemigos, arrojando los pedazos de las lanzas que empuñaban aun, se atacan con furia. Iguales en habilidad y en destreza, dirigen las puntas de las espadas á las junturas de las corazas. No está cubierto ya Rodomonte con la piel escamosa del dragon; no exclime la terrible espada de Nemrod, ni cubre su cabeza tampoco el casco que antes usara. Todas estas armas preciosas quedaron suspendidas en el sepulcro de Isabel despues de la victoria de Bradamante. Las armas que lleva á la sazón, aunque son buenas, no pueden resistir el filo de Babilonia, que romperia el mejor acero, aunque estuviera encantado. Rómpese la cola de malla del rey de Sarse por varias partes, y furioso Rodomonte al ver correr su sangre, brama como el mar irritado. Tirando su bragueta, empuña con ambas manos la espada y da un golpe sobre el casco de Rugiero con sin igual violencia. Este choque terrible es impotente, merced al yelmo encantado que lleva el héroe, y sin el cual le habría partido por medio con su caballo; próximo á caer, vacila y estiendo los brazos: Rodomonte multiplica sus golpes hasta el momento en que se rompe su espada. Aunque desarmado, lázase sobre Rugiero que está casi desmayado, le coge por el cuello, le sacude y le tira á tierra. Al llegar Rugiero al suelo, recobra el sentido: lleno de ira y de despecho, se vuelve hacia Bradamante que está pálida y desfallecida: adelántase con la espada levanta la hricia el sarraceno, que procura derribarle con su propio corcel. Rugiero coge las riendas y obliga al caballo á dar vueltas mientras que con la mano derecha dirige su espada á los costados y el pecho del ginete. Dos veces se siente herido Rodomonte, en el muslo y costado izquierdo: espere derribar á su enemigo y le acosa un golpe

terrible como el pomo de su espada, quiere repetirlo, pero anjálale el brazo Rugiero, le detiene y le arrancan de la silla. Gracias á su fuerza y agilidad, cae Rodomonte de pie. Toda la ventaja está á la sazón de parto de Rugiero, que ha conservado su espada; se sirve de ella para mantener á una distancia respetuosa aquel enemigo gigantesco, cuyo peso enorme habría bastado para aplastarle; ve correr de sus heridas un torrente de sangre. Es inevitable su derrota y no tardará en confesarse vencido. Sin embargo, reuniendo Rodomonte todas sus fuerzas, arroja con furia el pomo de la espada á la cabeza de Rugiero, y le da en el hombro y debajo de la visera, aturdiéndole la fuerza del golpe. Al verte Rodomonte vacilar, quiere precipitarse sobre él, pero su muslo herido no le sostiene ya: dóblase su pierna y cae con una rodilla en tierra. Rugiero le da un diluvio de golpes y concluye por derribarle. Vuélvese á levantar Rodomonte, y le oprime entre sus brazos; ambos adversarios se sacuden con violencia, el rey de Sarse está debilitado por la pérdida de sangre que ha tenido, Rugiero une el vigor á la destreza. Le pega alternativamente con los pies y las manos en las heridas, de donde corre la sangre á torrentes. Rodomonte está arrebatado de furor: coge á Rugiero y le levanta en el aire, manteniéndole suspendido por los hombros y el cuello; despues le hace dar vueltas á un lado y á otro, procura derribarle. Rugiero le oprime el pecho, pasa su pierna derecha por entre la de Rodomonte y le arroja en tierra. El casco y los hombros del sarraceno se hunden en la arena y corre la sangre de las heridas con mayor abundancia. Rugiero le acosa sin cesar, le impide que se levante, apoya los rodillos en su pecho, le oprime la garganta y le dirige á la celada la punta de su daga. En los subterráneos de la Iberia y la Patagonia en que se encuentra el oro, cuando un hundimiento inesperado cae sobre el avaro misero, apenas puede su alma hallar una rendija para escaparse. Rugiero intimó al rey que se confiese vencido y consiente en dejarle la vida, pero Rodomonte, agobiado bajo el peso de su adversario, teme menos la muerte que la vergüenza, procura ahogar á su enemigo con un esfuerzo convulsivo. El vigoroso perro al que un mestizo feroz sujeta la garganta entre los dientes, se defiende en vano con los ojos ardientes y la boca llena de espuma; así el sarraceno pierde la esperanza de evitar la muerte. Sin embargo, consigue aun desmembrar su brazo y procura sepultar su puñal en los riñones de Rugiero. Conoce este entonces que es ya tiempo de inmolár á un bárbaro tan feroz, y levantando el brazo hunde su daga dos y tres veces en el cráneo del guerrero terrible. Quédyse inmóvil y helado el cuerpo del rey de Sarse, y su alma irritada, su alma, símbolo de orgullo y ferocidad, baja blasfemando á las tenebrosas orillas del Aqueronte.

00000000000000  
1010402 D  
00000000000000

# INDICE

DE LOS CAPITULOS DE ESTA OBRA.

| Pag.                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                          |    | Pag. |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----|------|
| VIDA DEL ARIOSTO. . . . .                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                     | 3  |      |
| CANTO PRIMERO.—ARGUMENTO. Reynaldo persigue á su caballo Bayardo y encuentra á Angélica que va bu-<br>yendo. Ataca Ferraguso al paladín y vuela al río en<br>cuyas orillas le encontrará. Conoce Sacripante á An-<br>gérica por su belleza y sus dulces ojos; ella se enter-<br>neces al escucharla. Sin embargo los alicia Reynaldo,<br>y sus gritos turban su dulce coqueño. . . . .                                                                                                                                                                                                                                                                                        | 8  |      |
| CANTO II.—ARGUMENTO. Reynaldo se bate con Sacri-<br>pante. Un ermitaño mágico envía uno de sus emi-<br>sarios para hacer cesar el combate. Reynaldo persigue<br>á Angérica hacia Paria. Carlos envía á este héroe á<br>Inglaterra. Se embarra en Calais. Tempestad. Bra-<br>damanta encuentra en un bosque á Pinabel de Na-<br>gancia. Combate entre Rugiero, Gradasso y el mági-<br>co. Los dos guerreros son vencidos. Encuentra<br>Bradamanta á un mensajero de Marsella. Arrastrada<br>por el amor sigue á Pinabel que la hace traidor y la<br>obliga á caer en la gruta de Merlin. . . . .                                                                               | 12 |      |
| CANTO III.—ARGUMENTO. Encuentra Bradamanta en<br>la gruta á Melisa. Oryse la voz de Merlin. Predic-<br>ción de aquel encantador. Melisa hace aparecer ante<br>Bradamanta las sombras de sus descendientes. Elogio<br>del cardenal Hipólito de Este. Melisa enseña á Bra-<br>damanta los medios de librar á Rugiero. Descripción<br>del castillo del encantador, de la sortija que con-<br>vierte en invisible al que la lleva puesta, y de la per-<br>nata de Brunel. Bradamanta encuentra á Brunel. . . .                                                                                                                                                                    | 15 |      |
| CANTO IV.—ARGUMENTO. Aparición de Atlante sobre<br>su corcel alado. Brunel sirve de guía á Bradamanta.<br>Esta le quita su anillo encantado. Se bate con Atlante<br>y le hace prisionero. Destrucción del castillo. Monta<br>Rugiero en el hipógrifo y se eleva por los aires. Re-<br>suelvase Bradamanta á apartarse de aquel sitio. La<br>tempestad arroja á Reynaldo á las costas de Escocia.<br>Ley severa de esta país para la castidad de las muje-<br>res. Observaciones de Reynaldo sobre esta ley. Mar-<br>cha á socorrer á Ginevra. Encuentra á Dalinda y la<br>libra de manos de dos asesinos. . . . .                                                             | 18 |      |
| CANTO V.—ARGUMENTO. Historias de Dalinda y de Ge-<br>nevra. Ariodante abandona la corte y se arroja al<br>mar. Asencia su muerte un peregrino. Luchazo ar-<br>ca á Ginevra y ofrece probar su crimen por medio<br>de un combate singular. Ariodante disfrazado se bata<br>con su hermano para defender la inocencia de Ge-<br>nevra. Llega Reynaldo y descubre al rey la perfidia del<br>duque de Albania. Reynaldo se bate con Pulinecio y<br>le mata. Ariodante se quita el casco y se da á co-<br>nocer. . . . .                                                                                                                                                           | 22 |      |
| CANTO VI.—ARGUMENTO. Alegria que causa en toda la<br>corte el regreso de Ariodante. El rey le concede la<br>mano de su hijo con el duque de Albania. Dalinda se<br>retira á un convento. Llega Rugiero á la isla de Al-<br>cina. Descripción de esta isla encantadora. Rugiero<br>encuentra á Astolfo convertido en mirto. Refiere As-<br>tolfo á Rugiero las seducciones de Alcina. Consejos que<br>da á Rugiero. Es atacado por los monstruos de la is-<br>la. Protégienle dos ninfas que le conducen al palacio<br>de Alcina. Llegan al puente custodiado por Eriphila. . . .                                                                                              | 26 |      |
| CANTO VII.—ARGUMENTO. Descripción del monstruo<br>Eriphila. Rugiero la mata y vence. Entra en el pala-<br>cio de Alcina. Descripción de sus concantos y belleza.<br>Enamórase de ella Rugiero. Vida deliciosa que tienen<br>ambos amantes en aquella isla encantada. Melisa anun-<br>cia á Bradamanta que Rugiero está en poder de Alcina.<br>Bradamanta la oye el quillo mágico. Melisa se hace tras-<br>portar á la isla de Alcina. Toma la forma de Atlante.<br>Reconvenciones de Melisa á Rugiero. Siente este re-<br>nacer su antiguo valor. Deja del hipógrifo para montar<br>su Rabirán, y se dirige por el camino que conduce á<br>los estados de Logistilla. . . . . | 30 |      |
| CANTO VIII.—ARGUMENTO. Rugiero es atacado por un<br>ermitaño de Alcina. Descubre el escudo de Atlante. Al-<br>cina persigue á Rugiero por mar y tierra. Melisa res-<br>tituye á los caballeros encantados á su forma natural.<br>Llega con Astolfo al palacio de Logistilla. Reynaldo<br>pide tropas á los reyes de Inglaterra y de Escocia. Un<br>ermitaño hace entrar un espíritu infernal en el cuerpo<br>del caballo de Angérica. Para el mar á nado con su<br>caballo. Cógela unos cornarios. Historia de Proteo.<br>Angérica es condenada á ser devorada por un mon-<br>struo. Arde Paria. Una lluvia celestial apaga el incendio.<br>Orlando abandona á Paria. . . . . | 35 |      |
| CANTO IX.—ARGUMENTO. Cruza Orlando el campo ene-<br>migo. Promete librar á las mujeres de la isla de Ebn-<br>dia. Un viento contrario arroja á Orlando á la costa<br>de Holanda. Refierele Olimpia su historia. Arometo<br>Orlando la empresa de librar á Bireno, y vengar á<br>Olimpia. Para á Holanda. Pruebas de valor que da:<br>mata á Cimoxque, libera á Bireno, y restaura el trono<br>de Olimpia. Esta se casa con Bireno. Parte Orlando<br>para Irlanda, se lleva el arcabuz y le arroja al mar. . . .                                                                                                                                                               | 37 |      |
| CANTO X.—ARGUMENTO. Bireno se enamora de la hija<br>de Cimoxque. Parte para la Zelanda. Abandona á<br>Olimpia. Desaparición de esta esposa desgraciada.<br>Encuentra Rugiero á dos mujeres de la corte de Alci-<br>na. Aparece la Sota de Alcina. Logistilla envía socor-<br>ros á Rugiero. Combate naval. Alcina es derrotada.<br>Monta Rugiero en el hipógrifo, y vuela á Inglaterra.<br>Revela del ejército destinado á socorrer al rey Carlos.<br>Rugiero encuentra á Angérica en la isla del Llanto.<br>Aparece el monstruo. Rugiero le vence, rompe las<br>cadenas de Angérica y se la lleva á la gruta en su<br>alado corcel. . . . .                                  | 41 |      |
| CANTO XI.—ARGUMENTO. Angérica se hace invisible.<br>Apodérase de una yegua con intención de regresar á                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                        |    |      |

| Fig. | Pág.                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                |
|------|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
|      | Oriente. Pierde Rugiero el hipógrifo. Cree ver á Bradamante entre los brazos de un gigante. Entra en el palacio de Atlante. Orlando encuentra en la isla de Eibolia á Olímpia, puesta al monstruo marino y mata á este. Alacan los isleños á Orlando. Los irlandeses desembarcan en la isla, y lo llevan todo á sangre y fuego. Orlando conoce á Olímpia y la saca de la roca. Oberio, rey de Irlanda, se enamora de Olímpia y promete vengarla del traidor Bireno. Continúa Orlando su marcha en busca de Angélica. . . . .                                                                                                                        |
| 10   | CANTO XII.—ARGUMENTO. Engraiada Orlando por el ardor de Atlante, entra en el palacio encantado. Descripción de este palacio. Orlando encuentra en él á Ferragus, Bradamante, Gradase y Sacripante. Llegan también Rugiero. Angélica se muestra al rey de Circe y le toma por guía. Combate entre Orlando y Ferragus. Angélica arroja el casco de Orlando. Aparece de él Ferragus. Encuentra Orlando dos escuderos de saracenos, y los estermina. Llegá á una caverna profunda donde encuentra á dos mujeres. . . . .                                                                                                                                |
| 49   | CANTO XIII.—ARGUMENTO. Isabel refiere su historia á Orlando. Entran veinte ladrones en la gruta. Orlando los mata á todos, y libera á Isabel. Toma á esta princesa bajo su protección, y marcha con ella. Encuentran á un paladín prisionero. Melisa consuela á Bradamante, y la indica por segunda vez el medio de liberar á Rugiero de los encantos de Atlante. Le nombra las mujeres virtuosas y célebres que han de surgir de su noble estirpe. Bradamante va á liberar á Rugiero al palacio encantado, y cae en el mismo error. Ordena Agramante una revista general de su ejército. . . . .                                                   |
| 53   | CANTO XIV.—ARGUMENTO. Agramante crea nuevos gefes. Únese Mandricardo á sus banderas. Va á buscar á Orlando. Roba á Dorotea. Prepara Agramante á salir á París. Ordena Dios al arcángel San Miguel que vaya á buscar al Silencio y á la Discordia. El ángel encuentra á esta en un convento. Su descripción. Pasa al campo de los saracenos. Descripción de la morada del Safo. El ángel y el Silencio rodean el ejército de Reynaldo. Situación de París. Descripción del sitio. Valor de Rodomonte. Perocen los saracenos en las llamas. . . . .                                                                                                   |
| 56   | CANTO XV.—ARGUMENTO. Agramante alienta á París. Astolfo recibe de Logistia un libro y una trompa maravillosa. Parte en una galera, y aprende el arte de la invención moderna. Elección de los héroes del reinado de Carlos V. Continúa Astolfo su viaje por tierra. Quiere batirse con elegante Calpacante. Aparece de él y le lleva al gran Cairo. Encuentra á Aquilante y á Grifón que se estaban batiendo con un monstruo. Le mata. Muestran juntos á visitar la Tierra Santa. Grifón recibe noticias desagradables de su amada. . . . .                                                                                                         |
| 62   | CANTO XVI.—ARGUMENTO. Océliga aparece á Grifón y le lleva á Damasco. Continuación del sitio de París. Crueldad y proezas inauditas de Rodomonte. Llegan Reynaldo con el ejército de la Gran Bretaña. Aliza á los saracenos. Ariadote y Lurano protegen á Zerbino, que se halla en peligro. Llegá á tiempo Reynaldo para salvar á Zerbino. Lurano y Ariadote. Derriba á Agramante. Rodomonte continúa destruyendo la ciudad de París. Adelantase Carlos con sus caballeros más valientes hacia la plaza grande en que estaba Rodomonte. . . . .                                                                                                      |
| 68   | CANTO XVII.—ARGUMENTO. Carlos aliza á Rodomonte con otros seis puceros á la vez. Descripción de la ciudad de Damasco. Llegá á ella Grifón con Océliga y Martia. Historia del rey Saraceno. Destrucción de la fiesta. Huye Martia. Grifón derriba á todos los caballeros. Martia se apodera de la armadura de Grifón, y vuelve á Damasco. El rey le roba de nuevo. Gerson coge la armadura de Martia y le devuelve. Le pascen por la plaza en medio de una gran rebulicón. Arróase sobre la multitud con espada en mano. . . . .                                                                                                                     |
| 70   | CANTO XVIII.—ARGUMENTO. Grifón hara una malvosa espantosa. Rodomonte usa el Sena á naón. Encuentra á un enano, mensajero de Dorotea. Parte para ir abastecer con Mandricardo. Carlos vuelve á poner la ciudad en estado de defensa. Dardineo mata á Lurano. Libera Noradino á Grifón. Aquilante trae á Océliga y Martia á la ciudad de Damasco. Martia es amada por marco del verdugo. El rey hace anunciar otras justas. Martia conoce en ellas su armadura, y consigue que se la restituyan. Los paladines y Martia marchan con dirección á Francia. Tempestad. Rey-                                                                              |
|      | nado mata á Dardineo. Huyen los saracenos. Cloridan y Medor salen de sus atrecheramientos. Medor encuentra el cuerpo de su amo, y se le lleva sobre sus hombros. . . . .                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                            |
|      | CANTO XIX.—ARGUMENTO. Hieren á Medor. Saecome Cloridan bajo los golpes de los soldados escoceses. Angélica quiere curar á Medor. Progresos que hace el amor en el corazón de esta princesa. Los nombres de Angélica y Medor están grabados en los árboles de los alrededores. Angélica marcha con Medor al Oriente. Martia, Astolfo, Aquilante y Grifón son arrojados á la costa del país de las mujeres hominidas. Costumbré bárbara y estrordinaria. Entran los guerreros en la ciudad. Les proponen que eñjan entre balise ó entregarse. Aceptan el combate. Martia se bate contra los diez caballeros, y mata á nueve de ellos. . . . .         |
| 84   | CANTO XX.—ARGUMENTO. Martia se descubre al caballero, el cual la refiere su historia. Los paladines y Martia procuran evadirse. Las mujeres hominidas caen sobre estos guerreros. Astolfo toca la trompa encantada. Terror general que hace buir á la misma Martia y á sus compañeros. Astolfo incendia la ciudad de Alejandria. Martia derriba á Pinabel, y hace á Gabriela que se vista el traje de la dama de aquel caballero. Tira á Zerbino del caballo, y le hace después que tome á la grupa á Gabriela. . . . .                                                                                                                             |
| 87   | CANTO XXI.—ARGUMENTO. Zerbino encuentra á Hermonides, se bate con él y le vence. Hermonides lo refiere la historia de Gabriela. No puede concluir el caballero la narración por causa de su herida. Zerbino se marcha con Gabriela. Un ruido de arma atrae á Zerbino á un sitio en que se ve un combate terrible. . . . .                                                                                                                                                                                                                                                                                                                           |
| 92   | CANTO XXII.—ARGUMENTO. Entra Zerbino en un valle. Embrázase Astolfo para Inglaterra. Regresa á Francia. Un jóven labrigo le roba su caballo fabicac. Llegá Astolfo al palacio encantado. Destruye el encantamiento y hace buir al ángel, á los guerreros y á los caballos. Encuentra el hipógrifo. Rugiero se dirige con Bradamante á la abadía de Vallombrosa. Encuentro que tienen en el camino. Aquilante, Grifón, Susoneto y Ganda, prisioneros en el castillo de Pinabel. Rugiero derriba á Susoneto. Descubre por casualidad un escondite y le arroja á su pozo. Bradamante mata á Pinabel. . . . .                                           |
| 95   | CANTO XXIII.—ARGUMENTO. Quepa de Bradamante. Encuentra á Astolfo que la da el caballo Babaron ya famoso lauzo de Argal. Muta Astolfo en el hipógrifo. Resaca Bradamante á Hipura que le ve el caballo Frontino á Hipura. Rodomonte se apodera del caballo. Encuentra Zerbino el cadáver de Pinabel. Se detiene en el castillo del rinde Anselmo. Arisale Gabriela de haber asesinado á Pinabel. Le sentencian á muerte. Orlando le libera. Mandricardo se bate con Orlando por su espada Durandal. Orlando se repara en la cual se habían hospedado Angélica y Medor. Averigua la historia de sus amores. Principio de una locura terrible. . . . . |
| 98   | CANTO XXIV.—ARGUMENTO. Llegá Orlando á un puente. Zerbino encuentra á Ocério, príncipe de Almondo. Cadigo de Ocério. Zerbino encuentra las armas de Orlando y hace con ellas un trofeo. Mandricardo se apodera por la fuerza de Durandal. Combate de Zerbino con Mandricardo. Muere Zerbino en los brazos de Isabel. Un ermitaño impide á esta que se mate. Se la lleva á Provenza con el cadáver de Zerbino colocado en un ataúd. Rodomonte encuentra á Mandricardo. Se baten. Un mensajero interrumpe el combate. Dorotea les manda que vayan á socorrer á su rey. . . . .                                                                        |
| 103  | CANTO XXV.—ARGUMENTO. Rodomonte, Mandricardo, Iberlicia y el enano, toman el camino de París. Llegá Rugiero al sitio en que iban á quemar á Ricardet. Le libera. Refiere Ricardet su historia. Rugiero y Ricardet llegan al castillo de Aldipiero. Llegá á su noticia el peligro en que se hallan Naugis y Viviano. Annette Rugiero la empresa de librárselos. Escribe una carta á su amada. . . . .                                                                                                                                                                                                                                                |
| 106  | CANTO XXVI.—ARGUMENTO. Martia ofrece su auxilio á los caballeros, quienes lo aceptan. Naugis y Viviano recobran su libertad. Descripción de una tierra y de la fuente de Meria. Parte Rugiero para batirse con Rodomonte que ha arrebatado á Froiano. Martia viste el traje de mujer. Mandricardo reta á los                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                        |

- ésteos guerreros qui la acompañan, y los vence á los dos. Marfisa la mata á su vez. Rugiero se bate con Rodomonte. Mandricardo intenta querrelarse con Rugiero. Combate general. Vuelte la discordia á rendir entre los moines. Naugis hace que entre un demonio en el caballo de Doracida. . . . . 192
- CANTO XXVII.—ARGUMENTO. Vuelve Doracida al lado del rey su padre. Reynaldo haca á Orlando y Angélica. El ray Carlos vuelve á entrar en París. El Ángel Miguel va á buscar por segunda vez á la Basoquia. Los guerreros paganos vuelven á sostener sus disputas. Agramante hace sortear los guerreros. Nuevas causas de querrela. Marfisa se apodera de Buzuel. Agramante somete á Doracida la devoción de la nieta de Mandricardo y Rodomonte. Este abandona el campo. Sacrificando le sigue. Invetivas de Rodomonte contra las mujeres. . . . . 118
- CANTO XXVIII.—ARGUMENTO. Novela de Jorcano y del rey Astolfo, referida á Rodomonte por el hostalero. Un anciano que se halla en la hostería deliendo al sexo débil, y contradice el testimonio del posadero. Rodomonte le impide que continúe. Se embarca en el Rodano, y se debe en una aldea cerca de Montpellier. Llega á ella Isabel con el cadáver de Zerbino y el ermitaño. Rodomonte se enamora de Isabel. . . . 124
- CANTO XXIX.—ARGUMENTO. Rodomonte se desembaraza del ermitaño, y acosa sin cesar á Isabel. Medio singular que adopta esta para salvar su honor. Elogio de Isabel. Rodomonte hace edificar un puente. Llegan á él muchos guerreros, y entre ellos Orlando. Caen al río con Rodomonte. Locuras de Orlando. Encuentra á Angélica y se apodera de su calabedura. . . . . 120
- CANTO XXX.—ARGUMENTO. Continuación de las locuras de Orlando. Agramante procura reconciliar á Rugiero y Gradasse con Mandricardo. Doracida hace todo lo posible para impedir que se baten su amante. Mata Rugiero á Mandricardo. Bipalca regresa á Montauban. Bradamante recibe la carta de Rugiero. Tiene celos de Marfisa. Llega Reynaldo á Montauban. Lleva consigo á sus hermanos. . . . . 139
- CANTO XXXI.—ARGUMENTO. Imprecaciones contra los celos. Reynaldo encuentra á un caballero que desafia á Ricardel. Reynaldo se bate á su vez. Descripción del combate. Conoce Reynaldo á su soberano. Caminan juntos hacia París. Ataca Reynaldo á los saracenos por la noche. Descripción del asalto. Flor-de-Lis encuentra á su amante Brandimarte. Parte este con su armada para buscar á Orlando. Brandimarte es prisionero de Rodomonte. Agramante toma el camino de Arlés. Gradasse busca á Reynaldo para quitarle su caballo Bayardo. . . . . 135
- CANTO XXXII.—ARGUMENTO. Agramante se retira á Arlés. Va Marfisa al campamento. Bradamante aguarda á Rugiero en Montauban. Quejas de aquella guerrera. Un caballero la da muy malas noticias. Encuentra Bradamante á la embajadora de la isla perdida. Llega á la roca de Tristán. Desafia á tres reyes y los vence. Historia de Clodion. Juagan á Bradamante mas hermosa que á Uliana. Habla la guerrera contra si misma y gana la causa que defiende. . . . . 140
- CANTO XXXIII.—ARGUMENTO. Descripción de las guerras que han detener lugar entre la Francia y la Italia. Bradamante ve á Rugiero en sueños. Derriba de nuevo á los tres reyes. Combate entre Reynaldo y Gradasse. Ataca no mostró á Bayardo. Gradasse enenentra á Bayardo en una caverna. Descripción del viaje aéreo de Astolfo. Llega á Etiopia. Senapes es atormentado por los harpías. Astolfo espulsa á estos monstruos y los persigue hasta la entrada del infierno. . . . . 144
- CANTO XXXIV.—ARGUMENTO. Baja Astolfo á los infiernos. Historia de Lidia. Astolfo sale del subterráneo. Sube al Paraíso Terrenal. Encuentra en él á San Juan Evangelista, que lo hace subir á la luna. Ve Astolfo en un traseco el juicio de Orlando. Es conducido Astolfo al palacio de las Parvas. . . . . 149
- CANTO XXXV.—ARGUMENTO. Echa el Tiempo los nombres de los mortales en el río Leteo. Elogia San Juan á los autores y poetas. Encuentra Bradamante á Flor-de-Lis que la roga libre á Brandimarte. Desafia Bradamante á Rodomonte y le arroja al río. Chega su armadura en el sepulcro de Isabel. Envía el caballo Frontón á Rugiero por conducto de Flor-de-Lis. Provocado por Serpentina, Gradassa y Ferragusa, derriba á los tres. Bradamante solicita batirse con

- Rugiero. . . . . 153
- CANTO XXXVI.—ARGUMENTO. Vuelve Rugiero por si deberá ó no salir. Va Marfisa á batirse con Bradamante. Es derribada por dos veces. Pelea general entre los caballeros saracenos y cristianos. Bradamante se retira con Rugiero á un sito apartado. Marfisa los sigue. La sombra de Afante interrumpe un combate y hace conocer á Rugiero y Marfisa que son hermanos. Nuevas promesas de Rugiero. . . . . 156
- CANTO XXXVII.—ARGUMENTO. Rugiero, Bradamante y Marfisa encuentran á Uliana y dos hijeros de su séquito. Relatan de la injuria que han recibido. Juraron los guerreros venganza. Historia de Margarita. Los dos guerreros y Rugiero se apoderan de la ciudad perteneciente á Margarita. Y la hacen prisionero. Encuentran allí el broquel de oro y los tres reyes. Hacen cambiar la ley cruel de Margarita. Uliana le precipita desde lo alto de una torre. Rugiero se dirige al campo de los saracenos; Bradamante y Marfisa van al de los cristianos. . . . . 159
- CANTO XXXVIII.—ARGUMENTO. Bradamante y Marfisa son bien recibidas en la corte de Carlomagno. Refiere Marfisa su historia. El arzobispo Turpio la bautiza. Baja Astolfo del círculo de la luna. Senapes le acompaña á la conquista de Biserta. Astolfo convierte piedras en caballos. Va un neosiojra á Arlés. Consejo de guerra de los saracenos. Arenga de Agramante. Respuesta de Marfisa. Proponen terminar la guerra con un combate singular. Eligen los saracenos á Rugiero, y los cristianos á Reynaldo. Consuela Melisa á Bradamante. Descripción de la ceremonia del juramento. Principio del combate. . . . . 164
- CANTO XXXIX.—ARGUMENTO. Continúa el combate. Melisa toma la forma de Rodomonte. Agramante ataca á los cristianos. Combate general. Derrota de los saracenos. Victorioso Astolfo, se dirige á Biserta. Traslocus murcha hoja de árboles en bajeles. Duden libra á Brandimarte y Sisnoact. Astolfo encuentran á Orlando en la orilla del mar. Flor-de-Lis encuentra á Brandimarte. Astolfo cura á Orlando. Duden se marcha con la flota. Sitio de Biserta. Agramante enenentra á Duden. Combate naval. Incendio de los bajeles. . . . . 167
- CANTO XL.—ARGUMENTO. Agramante se salva con Sobrino. Astolfo da el asalto á Biserta. Sube á la muralla Brandimarte. Orlando y los demás guerreros euran por la brecha á socorrerle. Incendio de la ciudad. Ve Agramante las llamas. Quiere matarse. Sobrino lo detiene. Se ve obligado por la bofetada á desembarcar en una isleta. Encuentran en ella á Gradasse. Los tres guerreros envían un relic á Orlando. Acéptale este, y nombra para acompañarle al combate á Brandimarte y Oliverio. Rugiero se encamina al africa. Se bate con Duden. . . . . 171
- CANTO XLI.—ARGUMENTO. Duden propone la paz á Rugiero. Da libertad á los siete reyes. Embarcarse Rugiero con ducecon á Africa. Le acomete una borrasca. Se salva á nado. Encuentra Orlando á Frontino, la armadura y la espada de Rugiero. Borda Flor-de-Lis á Brandimarte una sobrevesta para el día del combate. Refiere Agramante las proposiciones de paz hechas por Brandimarte. Rugiero hace voto de convertirse al cristianismo. Llega á una roca. Le bautizan. Elogio de la casa de Esde. Combate de los sen guerreros en la isla de Lampedusa. . . . . 174
- CANTO XLII.—ARGUMENTO. Orlando da muerte á Gradasse. Lleva sobre el cadáver de Brandimarte. Cnida de Sobrino que está peligrosamente herido. Reynaldo quiere saber noticias de Angélica. Se despide del rey Carlos. Encuentra á los Celos. Descripción de este monstruo. Protege el Desden á Reynaldo. Este se propone ir á la isla de Lampedusa. Le ruega un caballero que pase la noche en su morada. Descripción de un palacio magnífico. Invita á Reynaldo á que beba en la copa encantada. . . . . 178
- CANTO XLIII.—ARGUMENTO. Reflexiones sobre la fidelidad de las mujeres. Historia de la copa encantada. Cesaura Reynaldo al caballero. Viaje de Reynaldo por el Pó. Historia del perito que produce piedras preciosas. Llega Reynaldo á la isla de Lampedusa. Desesperaron de Flor-de-Lis. El cadáver de Brandimarte es trasportado á Argenteo. Descripción de sus funerales. Muere Flor-de-Lis en la agüera, cerca del sepulcro de su amante. El ermitaño cura á Sobrino y Oliverio. Bautizo de Sobrino. Conocen los guerreros

á Rugiero y se abrazan. . . . . 181  
**CANTO XLIV.—ARGUMENTO.** Reynaldo promete á Rugiero la mano de su hermana Bradamante. Constantino le pide para su hijo Leon. Astolfo manda á los nobios que regresen á su país. Mouta en el hipógrifo y llega á Francia. Entrada de los guerreros en París. Rugiero es presentado á Carlos. Aimon y Beatrix niegan á Rugiero la mano de Bradamante. Pide esta una gracia á Carlomagno. Dirijese Rugiero á Belgrado con el objeto de dar muerte á Leon. Favorece á los búlgaros y gana la batalla. Ofreceles aquellos la corona. Llega Rugiero al castillo de Unguardo. . . . . 182  
**CANTO XLV.—ARGUMENTO.** Mientras dormía Rugiero, es herido prisionero por Unguardo. Teodora pide al emperador que le entregue el matador de su hijo. Quejas de Bradamante. Leon libra á Rugiero. Le in-

duce á batirse en lugar suyo con Bradamante. Carlos y toda la corte le consideran como vencedor. Rugiero se interna en un bosque. Marfisa se propone probar que Rugiero es el verdadero esposo de Bradamante. Carlos somete este asunto á la decision de su parlamento. Leon hace que busquen á Rugiero. . . . . 183  
**CANTO XLVI.—ARGUMENTO.** Melisa informa á Leon del peligro en que se halla Rugiero. Leon le presenta á Carlos. El emperador y toda la corte se quedan sorprendidos al ver su equivocacion. Persuade Leon al duque Aimon á que conceda la mano de Bradamante á Rugiero. Los búlgaros suplican á Rugiero que acepte la corona de su país. Matrimonio de Rugiero con Bradamante. Descripcion de su pabellon nupcial. Bodonismo de Rugiero á singular combate. Muerte de Rodomonte. . . . . 187

00000000000000000000  
 1010402  
 00000000000000000000









ENCLOSURE - DMS

B.5.-.300



